



EL
DESTINO
DEL
TEARLING

ERIKA JOHANSEN

EL
DESTINO
DEL
TEARLING



ERIKA JOHANSEN

Traducción de
Gemma Rovira



FANTASCY

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Shane, que nunca me pide que sea otra



El Huérfano

Mucho antes de que la Reina Roja de Mortmesne ascendiera al poder, el Glace- Vert ya era una causa perdida. Era una taiga remota, a la sombra del Fairwitch; en sus endurecidas llanuras solo se vislumbraba un atisbo de hierba, y sus escasas aldeas no eran más que un puñado de chozas apiñadas en el barro. Pocos se aventuraban más al norte de Cite Marche, a menos que no hubiera alternativa, pues la vida en esas llanuras era difícil. Todos los veranos, los aldeanos del Glace-Vert se asfixiaban de calor; todos los inviernos pasaban hambre y frío.

Sin embargo, ese año abrigan un nuevo temor. Las congeladas aldeas tenían las puertas bien cerradas, y las rodeaban vallas recién construidas; detrás de esas vallas, los hombres pasaban las noches en blanco, con los puñales de caza sobre las rodillas, como centinelas fantasmales. Las nubes tapaban la luna, aunque esas nubes todavía no vaticinaban las nieves del invierno del Fairwitch. En las estribaciones, los lobos aullaban en su extraño idioma, lamentándose de la escasez de comida. La desesperación no tardaría en animar a las manadas a descender hacia el sur, hacia los bosques, para cazar ardillas y armiños, o a algún crío lo bastante insensato para adentrarse solo en el bosque invernal. Pero ahora, de pronto, a las dos y diez, los lobos callaron todos a la vez. Lo único que se oía en el Glace-Vert era el gemido solitario del viento.

Algo se movía por las oscuras estribaciones: la negra figura de un hombre que trepaba por la empinada ladera. Avanzaba con paso seguro, aunque con precaución, anticipándose a los peligros. Salvo por su respiración, acompasada pero acelerada, era casi invisible, poco más que una sombra que se movía entre las rocas. Había pasado por el Soto de Ethan, donde se había detenido dos días antes de continuar hacia el norte. En el pueblo le habían contado toda clase de historias acerca de la plaga que acosaba a sus habitantes: un ser que por la noche se llevaba a los más jóvenes. Ese ser tenía un viejo nombre en el alto Fairwitch: el Huérfano. Hasta entonces, el Glace-Vert nunca había tenido que preocuparse por cosas así, pero ahora las desapariciones estaban extendiéndose hacia el sur. Al cabo de dos días, el hombre ya había oído suficiente. Quizá los aldeanos lo llamaran «el Huérfano», pero el hombre conocía el verdadero nombre de aquel ser, y, aunque él era rápido como una gacela, no habría podido huir de su sentido de la responsabilidad.

«Está en libertad —pensó el Traedor sombríamente mientras sorteaba los espinos que cubrían la ladera—. No acabé con él cuando tuve ocasión de hacerlo, y ahora está en libertad.»

Esa idea lo atormentaba. Durante años había ignorado la presencia de Row Finn en el Fairwitch porque sabía que estaba retenido. Cada pocos años desaparecía algún niño; era lamentable, pero había peores males que combatir. El Tearling, sin ir más lejos, donde casi cincuenta niños desaparecían todos los meses con la aprobación del estado. Ya antes de instaurarse la remesa, el Tear siempre había sido como un niño díscolo que precisaba atención constante. Los Raleigh alternaban entre la indiferencia y el expolio, y los nobles peleaban por cada pedacito mientras el pueblo moría de hambre. Durante tres largos siglos, el Traedor había visto cómo el sueño de William Tear se hundía cada vez más en el lodo. En el Tearling ya no había nadie capaz de ver el mundo mejor de Tear, y mucho menos de reunir el valor necesario para perseguirlo. Solo el Traedor y los suyos lo sabían, solo ellos recordaban. Ellos no envejecían. No morían. El Traedor robaba para distraerse. Se divertía atormentando a los peores Raleigh. No perdía de vista el linaje de los Tear, casi por pasar el rato, tratando de convencerse de que quizá sirviera de algo. Era fácil detectar la sangre de los Tear, pues había ciertas cualidades que siempre acababan apareciendo: integridad, intelectualismo y férrea determinación. A lo largo de los años habían ahorcado a algunos Tear acusados de traidores, pero ni siquiera con la soga al cuello perdían aquel sutil aire de nobleza que distinguía a los miembros de la familia. El Traedor reconocía esa nobleza: era el aura de William Tear, el magnetismo que había convencido a casi dos mil personas para que cruzaran con él el océano hacia lo desconocido. Hasta la bruja mort, pese a su perversidad, tenía un diminuto atisbo de aquel glamour. Pero la Reina Roja no había tenido descendencia. Durante mucho tiempo, el Traedor estuvo convencido de que el linaje se había perdido.

Y entonces apareció la niña. El Traedor aspiró entre los dientes al notar que se le clavaba una espina en la mano. No llegó a atravesarle la piel; hacía una eternidad que no sangraba. Había intentado muchas veces poner fin a su vida, hasta que decidió que era una causa perdida. Tanto a Row como a él los habían castigado, pero ahora el Traedor se daba cuenta de que había estado ciego. Rowland Finn no había dejado de conspirar ni un solo instante de su vida. Él también había estado esperando a la niña.

Era la primera heredera Raleigh que no se había criado en la Ciudadela. El Traedor la había observado a menudo; iba en secreto a la casita cuando no tenía nada que hacer, y a veces incluso cuando estaba ocupado. Al principio no percibió gran cosa en ella. Kelsea Raleigh era una niña tranquila e introvertida. El grueso de su educación parecía estar en manos de aquella vieja severa, lady Glynn, pero el Traedor intuía que la personalidad de la niña estaba siendo discretamente

modelada por el antiguo guardia real, Bartholemew. A medida que crecía, la niña iba rodeándose de libros, y eso, más que ninguna otra cosa, convenció al Traedor de que merecía una atención especial. Sus recuerdos de los Tear iban desvaneciéndose, perdiendo brillo y volviéndose borrosos. Pero eso sí lo recordaba: a los Tear siempre les habían gustado los libros. Un día había visto a la niña sentarse debajo de un árbol delante de la casita y leerse un libro entero en cuatro o cinco horas. El Traedor estaba escondido entre los árboles a más de diez metros, pero sabía darse cuenta de cuándo alguien estaba ensimismado; si se hubiera acercado sigilosamente a la niña y se le hubiera sentado delante, ella ni siquiera lo habría visto. Sí, era como los Tear. Le importaba más lo que pasaba dentro de su cabeza que lo que ocurría fuera.

A partir de ese día, siempre había uno de los suyos vigilando la casita, a todas horas. Si algún viajero mostraba más interés de la cuenta por sus ocupantes (en varias ocasiones habían seguido a Bartholemew hasta su casa desde el mercado), nunca volvió a saberse nada del curioso. El Traedor ni siquiera estaba seguro de por qué se había esforzado tanto. Era una corazonada, y algo que William Tear les había inculcado desde el principio era que el instinto era real, y que había que confiar en él. El Traedor intuía que la niña era diferente. Importante.

«Podría ser una Tear —les dijo a sus hombres una noche, alrededor del fuego—. Podría serlo.»

Siempre existía esa posibilidad. En la guardia de Elyssa había varios hombres cuyos orígenes él desconocía. Tear o no, la niña requería un escrutinio minucioso, y, a medida que pasaban los años, él fue adaptando sutilmente su actividad. Cada vez que Thomas Raleigh se proponía forjar una alianza real con algún poderoso noble del Tear, el Traedor centraba toda su atención en él: asaltaba sus caravanas y sus almacenes, robaba sus cosechas y desaparecía en la oscuridad. Un buen atraco cuando se suponía que Thomas estaba vigilando, y cualquier alianza en ciernes se iba rápidamente al traste. Al mismo tiempo, el Traedor empezó a preparar el terreno en Mortmesne, ante las mismísimas narices de la Reina Roja. El Traedor sabía que si la niña llegaba algún día al trono, su primera prueba consistiría en ocuparse de la remesa. Mortmesne estaba abierto a cualquiera que supiera sacar partido del descontento, y, tras varios años de trabajo minucioso y paciente, había una sólida rebelión en marcha. Durante mucho tiempo, el Traedor había tenido diversos asuntos de que ocuparse, y era lógico que no le hubiera prestado tanta atención a Row Finn.

De pronto distinguió una silueta que se alzaba más allá, entre las rocas, y se detuvo. Para

cualquier otro, quizá no fuera más que una silueta oscura, pero el Traedor, dotado de una excelente visión nocturna, vio que era un crío: un niño de cinco o seis años. Vestía con harapos, y estaba pálido debido al frío. Sus ojos eran oscuros e impenetrables. Iba descalzo.

El Traedor se quedó mirándolo, helado hasta la médula. «No acabé con él cuando pude hacerlo.» El niño salió disparado hacia él, y el Traedor le bufó como un gato. Los ojos del niño, que se habían animado, ávidos, se apagaron bruscamente y se clavaron en el Traedor.

—No soy alimento para ti —le espetó el Traedor—. Ve a buscar a tu amo. El niño se quedó mirándolo un momento más, desconcertado, y luego desapareció entre las rocas. El Traedor se tapó los ojos; notó que el suelo se inclinaba, como si se hallara dentro de un oscuro torbellino. Cuando la niña había destruido el puente de Nueva Londres, la certeza había cristalizado dentro de él, pero todos los momentos a partir de entonces parecían un desfile de dudas. La niña estaba retenida por los mort, y el último mensaje de Howell dejaba claro que se estaban preparando para trasladarla a Demesne. La Reina Verdadera había llegado por fin, pero había llegado demasiado tarde.

Algo descendía por la ladera. Solo era una brizna en la oscuridad, pero hacía mucho tiempo que nadie podía sorprender al Traedor. Se preparó y esperó. ¿Cuándo había sido la última vez que habían mantenido una conversación? Hacía más de dos siglos, cuando todavía ocupaba el trono James Raleigh. El Traedor había querido comprobar si Row podía matarlo. La reunión había acabado en un concurso de trinchado, sí, pero ninguno de los dos había derramado ni una sola gota de sangre. «Éramos amigos —recordó de pronto el Traedor—. Buenos amigos.» Pero esos días ya pertenecían a un pasado lejano; habían transcurrido varias vidas. Aquella forma oscura fue definiéndose hasta convertirse en un hombre, y el Traedor se puso en guardia. Los pobladores del Fairwitch habían inventado muchas leyendas sobre el Huérfano, pero al menos una cosa era cierta: decían que aquel ser tenía dos caras, una clara y otra oscura. ¿Cuál de las dos iba a ver él?

La clara. La cara que se volvió hacia el Traedor era la misma que él siempre había visto: pálida, despótica y taimada. Row siempre había sido un excelente

embaucador; hacía mucho tiempo había convencido al Traedor para que tomara la peor decisión de su vida. Se observaron el uno al otro en silencio, de pie en la ventosa ladera, con todo el territorio de Mortmesne extendiéndose detrás de ellos.

—¿Qué quieres? —preguntó Row. —Convencerte para que dejes esto. —El Traedor señaló la ladera de la montaña—. Este rumbo que llevas. No le deparará nada bueno a nadie, ni siquiera a ti.

—¿Cómo sabes qué rumbo llevo? —Avanzas hacia el sur, Row. He visto a los tuyos

acechando por la noche en las aldeas, más abajo del Glace-Vert. No sé qué final de partida tienes previsto, pero seguro que los pobres aldeanos muertos no podrán participar en ella. ¿Por qué no los dejas tranquilos?

—Mis niños tienen hambre. El Traedor detectó un movimiento a su derecha: era otro, una niña de unos diez años; estaba encaramada en una roca y lo observaba fijamente, sin pestañear.

—¿Cuántos niños tienes ya, Row? —Pronto serán una legión. El Traedor se quedó callado, y sintió que el agujero oscuro dentro de él se ensanchaba un poco más.

—Entonces ¿qué? Row no dijo nada y se limitó a sonreír. Era una sonrisa sin humanidad, y el Traedor reprimió el impulso de retroceder.

—Ya destrozaste una vez el reino de Tear, Row. ¿De verdad necesitas volver a hacerlo?

—Conté con ayuda para destrozarme la tierra de Tear, amigo mío. ¿Tanto tiempo ha pasado que lo has olvidado, o acaso te has absuelto?

—Me siento culpable de mis pecados. Intento repararlos. —Y ¿cómo te va? —Row extendió un brazo y señaló las tierras que se extendían abajo—. Mortmesne es una cloaca abierta. El Tear sigue hundiéndose.

—No, ya no. Se mantiene a flote.

—¿La niña? —Row soltó una risa hueca, lúgubre—. Venga, Gav. La niña solo tiene un criado fiel y cierto talento para las relaciones públicas.

—No me engañas, Row. Tú también la temes. Row permaneció callado un largo momento, y entonces preguntó: —¿Qué haces aquí, Gav? —Servir a la niña. —¿Ah! Así que tus lealtades han vuelto a cambiar. Eso le dolió, pero el Traedor no mordió el anzuelo. —Ella tiene tu zafiro, Row. Tiene el zafiro de Tear, la sangre de Tear. Ha estado allí.

Row titubeó, pero su oscura mirada seguía siendo inescrutable. —¿Dónde? —En el pasado. Ha visto a Lily y a Tear. —¿Cómo lo sabes? —Me lo dijo ella, y no miente. Tarde o temprano llegará hasta Jonathan. Y hasta nosotros.

Row no contestó. Paseó la mirada por las rocas. El Traedor consideró que había derribado por fin ese muro de indiferencia, así que contuvo su rabia y siguió presionándole.

—¿No te das cuenta, Row, de que esto cambia las cosas? —No cambia nada. El Traedor suspiró. Se había guardado un último dato, lo había escondido para utilizarlo únicamente en caso de absoluta necesidad. Era una táctica desesperada que pondría a Row a la caza. Pero la situación era desesperada. La reina estaba cautiva en Mortmesne, y, sin ella, el Traedor temía que el Tearling se

derrumbara, con la intervención de Row o sin ella.

—Han visto la corona. Row levantó la cabeza de golpe, como un sabueso que detecta un rastro en el aire.

—¿La corona?

—Sí. —¿Dónde? El Traedor no contestó. —¿Cómo sabes que no es la corona Raleigh?

—Porque yo destruí la corona Raleigh hace años, para asegurarme de que Thomas nunca pudiese llevarla. Esta es la auténtica corona, Row.

—Mi corona. El abatimiento se apoderó del Traedor. Hubo un tiempo en que él había ayudado a ese hombre, y no solo de buen grado sino con entusiasmo. Ambos habían cometido crímenes terribles, pero únicamente el Traedor se había arrepentido. Row robaba sin miramientos y nunca miraba atrás. El Traedor se preguntó por qué se habría molestado en subir hasta allí, pero arrinconó ese pensamiento y siguió insistiendo.

—Si nos hiciéramos con la corona, Row, podríamos dársela a la niña y reparar los daños. Compensar el pasado.

—Te pasas la vida torturándote, atormentado por el sentimiento de culpa, y das por hecho que los demás hacemos lo mismo. No intentes inculcarme conciencia. Si me entero de dónde está mi corona, la recuperaré.

—Y entonces ¿qué? Ni todos los reinos del mundo podrían cambiar lo que nos ha pasado.

—Ya veo por dónde vas. Crees que la niña puede acabar contigo. —Podría ser. —Pero ¿lo haría? —Los labios de Row dibujaron una sonrisa maliciosa—. Esa muchacha es un libro abierto, y está locamente enamorada de ti.

—Lo único que ve es a un joven atractivo. —En realidad ¿por qué has subido hasta aquí? —preguntó Row. El Traedor distinguió un destello rojizo en sus ojos cuando se le acercó un poco más—. ¿Qué esperabas conseguir?

—Esperaba llegar a un acuerdo. Que me ayudes a encontrar la corona. Que me ayudes a recomponer el Tearling. Nunca es demasiado tarde, Row, ni siquiera ahora.

—Demasiado tarde ¿para qué? —Para expiar nuestros crímenes. —¡Yo no he cometido ningún crimen! —dijo Row en voz baja, y el Traedor se alegró de haber metido el dedo en la llaga—. Aspiraba a algo mejor, nada más.

—¿Y Katie? —Será mejor que te marches. —Los ojos de Row relucían intensamente, y su tez estaba palideciendo.

«Por lo menos todavía siente», se dijo el Traedor, y entonces se dio cuenta de lo poco que eso significaba. No existía emoción alguna en el mundo capaz de superar las ansias de Row.

—Y ¿qué pasa si no me voy? —Si no te vas, dejaré que mis niños te cacen. El Traedor miró de reojo a la niña que estaba encaramada en la roca. Sus ojos tenían un brillo casi febril que le produjeron aprensión, a su pesar. Los pies descalzos de la niña, los dedos de sus pies encogidos sobre la roca fría, le preocuparon enormemente, aunque no habría podido explicar la razón.

—¿Qué son, Row? —Nunca has sabido leer, Gav. Esto es una magia muy antigua, anterior a la Travesía, anterior a Jesucristo. Son unos seres muy arcaicos, pero me servirán.

—Y ¿los dejas sueltos en el Glace-Vert? —Tienen el mismo derecho que cualquier otro animal. Esa afirmación era tan típica que al Traedor estuvo a punto de escapársele una carcajada. Era como si Row y él estuvieran en las orillas del Caddell, con catorce y quince años, cada uno con una caña de pescar en la mano.

—Vete ya —dijo Row con una voz cargada de veneno; su rostro había palidecido por completo—. No te cruces en mi camino.

—Y si no, ¿qué me harás, Row? Sabes que anhele la muerte. —¿También anhelas la de otros? ¿La de la niña? —El Traedor vaciló, y Row compuso una sonrisa—. Me ha liberado, Gav, ha roto la maldición. Ya no la necesito para nada. Si te cruzas en mi camino, o si ella se cruza en mi camino, acabaré con ella. Será lo más fácil que haya hecho jamás.

—Row. —De pronto se sorprendió adoptando un tono suplicante—. No lo hagas. Piensa en Jonathan.

—Jonathan está muerto, Gav. Tú me ayudaste a matarlo. El Traedor se dio impulso y golpeó a Row, que salió despedido y se estrelló contra una roca cercana. Sin embargo, el Traedor sabía que, cuando se levantara, Row estaría ileso y no tendría ni una sola marca.

—Ay, Gav —susurró Row—. ¿No hemos hecho esto muchas veces ya? —No las suficientes. —Tú haz tu nuevo mundo, y yo haré el mío. Ya veremos quién gana. —¿Y la corona? —Mi corona. Si es verdad que aparece, me la quedaré. El Traedor se dio la vuelta y se alejó tambaleándose, y a punto de estuvo caerse por la ladera. Había dado unos pasos cuando se dio cuenta de que veía borroso porque tenía los ojos empañados. El viento lo atravesaba. No podía pensar en Tear sin llorar, así que se concentró en lo que vendría a continuación.

El sacerdote llevaba más de un mes desaparecido, y no había ni rastro de él. Los hombres del Traedor estaban repartidos por las regiones central y septentrional de Mortmesne, pero iba a

necesitar que algunos regresaran. Lear y Morgan, quizá Howell. El Traedor llevaba mucho tiempo preparando la rebelión que ahora asolaba Mortmesne; sin embargo, la corona era primordial. Para buscarla, los necesitaba a todos. Y luego estaba la niña...

Notó que lo observaban, se dio la vuelta y sintió que el viento frío penetraba aún más en sus huesos. La ladera que tenía detrás estaba llena de niños pequeños, de ojos oscuros en unas caras pálidas. Iban descalzos.

—Dios mío —murmuró. La noche parecía atestada de fantasmas. Oyó la voz de Jonathan Tear, desde siglos atrás, y no obstante muy cercana.

«No fracasaremos, Gav. ¿Cómo vamos a fracasar?»

—Pues fracasamos —dijo el Traedor en voz baja—. Dios mío, fracasamos estrepitosamente.

Se dio la vuelta y siguió descendiendo por la ladera, demasiado deprisa y con menos cuidado, casi corriendo. En varias ocasiones estuvo a punto de perder el equilibrio, pero tenía prisa. Al llegar al pie de la ladera, echó a correr por las estribaciones hasta llegar al bosquecillo donde había dejado atado su caballo.

En la ladera, los niños esperaban en silencio como una gran ola detenida. Respiraban acompasadamente, produciendo un sonido ronco y vibrante que resonaba entre las rocas, pero de sus labios no se veía salir ni pizca de vaho. Row Finn, de pie al frente de ellos, observaba aquella diminuta figura que se veía a lo lejos. En otros tiempos, Gavin había sido el hombre más fácil de manipular del mundo. Pero esos tiempos habían pasado a la historia, igual que el propio Gavin, pues su verdadera identidad había quedado sepultada bajo la leyenda del hombre a quien llamaban el Traedor. Ese hombre sí podía plantear un verdadero problema, pero Row seguía optimista mientras recorría con la mirada el pálido mar de niños que lo rodeaba. Ellos siempre obedecían, y estaban eterna e insaciablemente hambrientos. Solo esperaban a que les diera la orden.

—La corona —dijo en voz baja, y sintió que lo invadía una gran emoción, una emoción que recordaba de mucho tiempo atrás: empezaba la cacería, y al final estaba la promesa de sangre. Había esperado casi trescientos años.

Adelante.

LIBRO I

El Regente

Examinada en retrospectiva, la regencia Glynn no fue realmente una regencia. El papel de un Regente es sencillo: guardar el trono y hacer de barrera para los usurpadores en ausencia del gobernante legítimo. Como guerrero por naturaleza, Maza era el más indicado para la tarea, pero su exterior de guerrero también ocultaba una perspicaz mente política y, quizá más sorprendente aún, una fe inquebrantable en la visión de futuro de la reina Glynn. Tras el fracaso de la segunda invasión mort, el Regente no se quedó sentado esperando a que regresara su Señora, sino que concentró todo su considerable talento en la visión de la reina, en su Tearling.

Historia del Tearling según MERWINIAN

Durante un breve período, Kelsea se había esforzado para abrir los ojos cada vez que el carro pasaba por encima de un bache. Parecía una buena forma de marcar el paso del tiempo, y de ver cómo iba cambiando el paisaje. Pero ya había parado de llover y la intensa luz del sol le producía dolor de cabeza. Cuando otra sacudida volvió a despertarla de lo que parecía una siesta interminable, mantuvo los ojos cerrados y escuchó el ruido de los cascos y el tintineo de las bridas de los caballos que cabalgaban alrededor del carro.

—Ni siquiera una moneda de plata —refunfuñó un hombre a su izquierda, en lengua mort.

—Percibimos un salario —replicó otro—. Un salario muy pequeño. —Es verdad —intervino un tercero—. Mi casa necesita un tejado nuevo. Con la miseria que ganamos no lo podré pagar.

—¿Queréis parar de quejaros? —Y tu ¿qué? ¿Sabes por qué nos vamos a casa con las manos vacías? —Yo soy soldado. Mi trabajo no consiste en saber cosas. —Yo he oído algo —murmuró la primera voz, contenida—. Dicen que todos los generales y sus coroneles, de Ducarte para abajo, están recibiendo su parte.

—Pero ¿qué parte? ¡Si no hay botín! —No necesitan botín. Ella va a pagarles directamente, con el dinero del erario, y a los demás nos dejará colgados.

—Eso no puede ser cierto. ¿Por qué iban a pagarles por nada? —¿Quién sabe por qué la Señora Carmesí hace lo que hace? —¡Ya basta! ¿Queréis que nos oiga el teniente? —Pero si...

—¡Cállate! Kelsea siguió escuchando un minuto más, pero no oyó nada, así que volvió a inclinar la

cabeza hacia el sol. Pese al persistente dolor de cabeza que tenía, la luz le aliviaba las magulladuras, como si le atravesara la piel e hiciera sanar el tejido de debajo. Hacía tiempo que no se veía en un espejo, pero todavía notaba la nariz y los pómulos hinchados, y se imaginaba qué aspecto debía de ofrecer.

«Hemos cerrado el círculo —pensó, y reprimió una risotada cuando el carro volvió a pasar por un bache—. Veo a Lily, me convierto en Lily, y ahora tengo unas lesiones iguales que las tuyas.»

Kelsea había estado diez días cautiva: seis atada a un poste en una tienda de campaña mort, y los cuatro últimos encadenada en aquel carro. La rodeaban unos jinetes provistos de armaduras, lo que descartaba cualquier plan de huida, pero aquellos jinetes no eran el problema más acuciante de Kelsea. Su problema más acuciante estaba sentado al fondo del carro, y la miraba fijamente con los ojos entrecerrados por el sol.

Kelsea no sabía dónde lo habían encontrado los mort. No era mayor (quizá no fuera mucho mayor que Pen), y tenía una barba bien recortada que semejaba una correa bajo su barbilla. No tenía el porte de un carcelero jefe; de hecho, Kelsea

empezaba a dudar que tuviera algún cargo oficial. ¿Podía ser que alguien le hubiera lanzado las llaves de las cadenas de Kelsea, sencillamente, y le hubiera encargado la tarea de vigilarla? Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que eso era exactamente lo que había pasado. No había vuelto a ver ni de lejos a la Reina Roja desde aquella mañana en la tienda. Toda aquella operación destilaba improvisación.

—¿Cómo estás, preciosa? —le preguntó el carcelero. Kelsea no le contestó, pero se estremeció ligeramente. La había llamado «preciosa», pero ella no sabía si era un comentario personal o no. Se había vuelto guapa, sí, era un duplicado de Lily; pero habría dado cualquier cosa por poder recuperar su antiguo rostro, aunque tampoco sabía si ser fea le habría permitido librarse de las atenciones de aquel hombre. Cuando llevaban tres días en la tienda de campaña, le había propinado una paliza, golpeándole a conciencia la cara y el torso. Kelsea no sabía qué era lo que lo había provocado, ni si estaba enfadado; mientras la agredía, su rostro había permanecido desprovisto de toda expresión.

«Si tuviera mis zafiros», pensó Kelsea sosteniéndole la mirada, sin bajar la vista para que él no lo interpretara como una señal de debilidad. La debilidad era un acicate para él. Kelsea se había pasado muchas horas de aquel viaje fantaseando sobre lo que haría si recuperaba sus zafiros. En su

corta experiencia de reina había experimentado diversas formas de violencia, pero la amenaza que representaba aquel carcelero era completamente nueva: una violencia que no parecía tener ningún origen ni ningún objetivo, del todo gratuita. Y aquella falta de sentido era lo que la desesperaba, y eso también le recordaba a Lily. Una noche, hacía aproximadamente una semana, había soñado con Lily y con la Travesía, una reluciente y llamativa pesadilla con fuego, un mar encrespado y un amanecer rosado. Pero la vida de Lily estaba, de alguna manera, encapsulada en los zafiros, y Kelsea los había perdido, y ahora se preguntaba, casi con ferocidad, por qué demonios había tenido que pasar por todo aquello, por qué había tenido que ver tanto. Ahora tenía la cara de Lily, el pelo de Lily, los recuerdos de Lily. Pero ¿de qué le servía todo eso, si no podía ver el final de la historia? Row Finn le había dicho que ella era una Tear, pero Kelsea no sabía de qué le servía eso sin los zafiros. Ni siquiera conservaba la diadema de lady Andrews, que se había perdido en el campamento. No conservaba nada de su antigua vida. «Por una buena razón.» Cierto. Era importante que no perdiera de vista el Tear. Al final de aquel viaje la esperaba la muerte (ni siquiera sabía por qué seguía viva), pero había dejado atrás un reino libre, gobernado por un buen hombre. Su mente evocó la cara de Maza, sombría y seria, y de pronto lo echó tanto de menos que las lágrimas amenazaron con derramarse por debajo de sus párpados cerrados. Las contuvo, consciente de que el hombre que estaba sentado al fondo del carro disfrutaría viéndolas. Estaba convencida de que una de las razones por las que le había pegado con tanta rabia era que Kelsea se había negado a llorar.

«Lazarus», pensó tratando de aliviar su tristeza. Ahora Maza ocupaba su trono, y, aunque él no viera el mundo exactamente como lo veía ella, sería un buen gobernante, justo y honrado. Y, aun así, Kelsea sentía una leve congoja, que se acrecentaba con cada kilómetro recorrido. Nunca había salido de su reino, ni una sola vez en toda su vida. No sabía por qué seguía con vida, pero no tenía duda alguna de que iba a Mortmesne a morir.

Notó que algo se deslizaba por su pantorrilla y se sobresaltó. El carcelero se había acercado arrastrándose por el suelo del carro y le acariciaba la pierna con un dedo. Kelsea no habría podido sentir más asco si hubiera visto una garrapata atravesándole la piel. El carcelero volvía a sonreír, y arqueaban las cejas como si aguardara una respuesta.

«Ya estoy muerta», se recordó Kelsea. En teoría, era una muerta viviente desde hacía meses. Ese pensamiento implicaba una gran libertad, y esa libertad le permitió recoger las piernas, como si se acurrucara en su rincón del carro, y entonces, en el último momento, arquear la espalda y arrearle

una patada en la cara al carcelero.

El hombre cayó hacia un lado con un fuerte golpazo. Los jinetes que cabalgaban alrededor del carro se echaron a reír, la mayoría de ellos con una risa cruel; Kelsea dedujo que el carcelero no les caía muy bien, pero eso no la ayudaría en nada. Recogió las piernas y colocó las manos encadenadas delante del cuerpo, dispuesta a defenderse lo mejor que pudiera. El carcelero se incorporó; sangraba por la nariz, pero él no debía de notarlo, porque ni siquiera se molestó en limpiarse la sangre que resbalaba por su labio superior.

—Solo estaba jugando —dijo con arrogancia—. ¿No te gustan los juegos, preciosa?

Kelsea no le contestó. Los repentinos cambios de humor de aquel tipo eran lo primero que le había hecho pensar que no estaba bien de la cabeza. No había forma de prever ningún patrón de comportamiento. Rabia, confusión, jovialidad... Reaccionaba de un modo diferente cada vez. De pronto se dio cuenta de que sangraba y se limpió la sangre con una mano, pasándola luego por el suelo del carro.

—Será mejor que te comportes, preciosa —la reprendió imitando el tono de un profesor que regaña a un alumno díscolo—. Ahora yo me encargo de ti.

Kelsea se acurrucó en el rincón. Volvió a pensar con aflicción en sus zafiros, y de pronto se dio cuenta, sorprendida, de que en realidad tenía intención de sobrevivir a aquel viaje, aunque aún no supiera cómo. El carcelero solo era un obstáculo más que había que vencer. Pero ella estaba decidida a regresar a la Ciudadela. «La Reina Roja jamás lo permitirá. »Entonces ¿por qué me devuelve a Demesne? »Para matarte. Seguro que planea poner tu cabeza en el sitio de honor de la Avenida de las Picas.»

Pero a Kelsea aquello le parecía demasiado fácil. La Reina Roja era directa. Si lo que quería era matar a Kelsea, su cadáver ya estaría pudriéndose en las orillas del Caddell. Tenía que haber algo que la Reina Roja deseaba obtener de ella, y, si así era, tal vez Kelsea lograra regresar a casa.

«A casa». Esta vez no pensó en las tierras, sino en las personas. Lazarus. Pen. El Traedor. Andalie. Arliss. Elston. Kibb. Coryn. Dyer. Galen. Wellmer. El padre Tyler. Por un momento, Kelsea los vio a todos juntos, como si estuvieran reunidos a su alrededor. Entonces esa imagen desapareció, y la luz del sol volvió a deslumbrarla y a causarle dolor de cabeza. No era una visión, sino solo su mente, que trataba de liberarse. Ya no volvería a haber más magia; la realidad era aquel carro polvoriento que avanzaba inexorablemente, alejándola de su hogar.

Maza nunca se sentó en el trono. A veces Aisa creía que lo haría. Entre los miembros de la

guardia aquello ya se había convertido en motivo de chanzas: Maza subía a la tarima con decisión... y se sentaba en el último peldaño, con los enormes brazos apoyados en las rodillas. Si había sido un día largo, tal vez se aviniera a usar un desvencijado sillón que había allí cerca, pero el trono propiamente dicho permanecía desocupado, un vacío monolito de plata que relucía en lo alto de la tarima y que servía para recordarles a todos la ausencia de la reina. Aisa estaba convencida de que eso era precisamente lo que pretendía Maza. Ese día, Maza ni siquiera había subido a la tarima, y se había sentado a la cabecera de la mesa de comedor de la reina. Aisa se quedó de pie detrás de su silla. Había varias personas más de pie; pese a ser enorme, en aquella mesa no cabían todos. Aisa no creía que allí pudiera darse ninguna amenaza violenta, pero de todas formas tenía una mano en el puñal. Raramente lo soltaba, ni siquiera para dormir. La primera noche después del puente (ahora la vida mental de Aisa parecía dividida en antes y después del puente), Maza le había asignado una habitación para ella sola, muy cerca de las dependencias de la guardia. A pesar de que Aisa quería mucho a sus hermanos, se alegró de librarse de ellos. Aquella parte de su vida, la parte que correspondía al pasado, la parte de la familia, parecía desaparecer cuando estaba trabajando con la guardia. No había espacio para ella. Aisa se sentía segura en su nueva habitación, más segura de lo que jamás se había sentido, pero a veces, cuando despertaba por la mañana, se encontraba el puñal en la mano.

Arliss estaba sentado al lado de Maza, con uno de sus apestosos cigarrillos entre los dientes, hojeando un montón de documentos que tenía delante. Arliss vivía para los datos y las cifras, pero Aisa no sabía de qué iban a servirle sus registros en aquel caso. El problema de la reina no podía resolverse sobre el papel.

Junto a Arliss estaba el general Hall, acompañado de su ayudante, el coronel Blaser. Ambos llevaban todavía puesta la armadura, pues acababa de regresar del frente. Durante toda la semana anterior, los últimos restos del ejército tear habían seguido a la enorme caravana militar mort, que cruzó el Caddell e inició su avance, lento pero constante, hacia el este, atravesando el Almont. Por imposible que pudiera parecer, los mort estaban replegándose: habían recogido su material de asedio y volvían a casa.

«Pero ¿por qué?» Nadie lo sabía. El ejército tear estaba diezmado, y las defensas de Nueva Londres eran endebles; Elston decía que los mort habrían podido atravesarlas sin ningún problema. El ejército mantenía estrechamente vigilados a los invasores, por si se trataba de una trampa; sin embargo, a esas alturas, hasta Maza parecía convencido de que la retirada era real. Los mort se

marchaban. No tenía sentido, pero era lo que estaba pasando. Según el general Hall, los soldados mort ni siquiera saqueaban por el camino.

Todo eso eran buenas noticias, pero el humor de los que estaban sentados a aquella mesa distaba mucho de ser jovial. Seguían sin saber nada de la reina. Los mort no habían dejado atrás su cadáver al retirarse. Andalie decía que estaba prisionera, y a Aisa le hervía la sangre solo de pensarlo. El primer deber de un guardia real era proteger al gobernante del peligro, y, aunque la reina no estuviera muerta, todavía estaba a merced de los mort. Ni siquiera su madre sabía qué le estaba pasando en el campamento.

Al otro lado de Maza estaba sentado Pen, pálido y demacrado. Por mucho que sufrieran Aisa y los otros guardias pensando en lo que podía estar sucediéndole a la reina, nadie sufría como Pen, que era su guardia personal... «y algo más», pensó Aisa. Últimamente no se podía contar mucho con él, pues por lo visto lo único que era capaz de hacer era estar deprimido y beber, y, cuando alguien decía su nombre, solo levantaba un poco la cabeza, con gesto de ligero desconcierto. Una parte de Pen se había perdido el día que la reina había destruido el puente, y aunque estaba sentado al lado de Maza, ocupando el lugar de un guardia personal, seguía con la mirada fija en la mesa, ausente. Coryn, sentado a su lado, estaba tan alerta como siempre, de modo que Aisa no se preocupaba, pero sí se preguntaba hasta dónde llegaría la tolerancia de Elston respecto a Pen. ¿Cuánto tardaría alguien en decir la verdad en voz alta: que Pen no estaba en condiciones de desempeñar su trabajo?

—Empecemos —anunció Maza—. ¿Qué noticias hay? El general Hall carraspeó. —Creo que antes que nada, señor, debería presentar un informe. Hay buenas razones.

—Pues adelante. ¿Dónde están los mort? —Están en el Almont central, señor, y se acercan al nacimiento del Crithe. Recorren como mínimo cinco millas diarias, casi diez desde que dejó de llover.

—¿No dejan nada atrás? Hall negó con la cabeza. —Hemos buscado trampas. Creo que la retirada es auténtica. —Bueno, algo es algo. —Sí, señor, pero... —¿Y los desplazados? —inquirió Arliss—. ¿Podemos empezar a devolverlos a sus casas?

—No sé si será seguro. Deberíamos esperar a que la caravana militar mort se haya alejado un poco más.

—En el norte del Reddick ya han caído las primeras nieves, general. Si no recogemos las cosechas pronto, no habrá nada que cosechar. —Arliss hizo una pausa y expulsó una voluta de humo—. Además, tenemos todos los problemas a los que se puede enfrentar una ciudad

superpoblada: alcantarillado, tratamiento de aguas, enfermedades... Cuanto antes la vaciemos, mejor. Tal vez sí...

—Hemos visto a la reina. Todos se pusieron alerta. Hasta pareció que Pen despertaba. —¿A qué estáis esperando? —preguntó Maza con brusquedad—. ¡Informad! —La vimos ayer por la mañana, en el delta del Crithe. Está viva, pero esposada, encadenada a un carro. No tiene ninguna oportunidad de huir.

—¿Pero si partió el maldito puente de Nueva Londres por la mitad! —renegó Arliss—. ¿Cómo van a atarla unas cadenas a un carro?

—No pudimos verla bien —dijo Hall con serenidad—. La caballería mort es demasiado nutrida. Pero uno de mis hombres, Llew, tiene vista de halcón. Está casi seguro de que la reina ya no lleva los zafiros de Tear.

—¿Cómo está? —intervino Pen. Hall se sonrojó; miró a Maza y dijo: —Quizá sería mejor que lo habláramos... —Lo hablaremos ahora mismo —dijo Pen en voz muy baja—. ¿Está herida? Hall miró, acongojado, a Maza y este hizo un gesto afirmativo. —Sí. Tiene cardenales en la cara; hasta yo pude verlo con el catalejo. Le han pegado.

Pen se recostó en la silla. Aisa no podía verle la cara, pero tampoco había necesidad. Sus hombros caídos lo decían todo. Toda la mesa guardó silencio un momento.

—Al menos iba de pie en el carro —se aventuró a decir Hall—. Si se tiene en pie es que no está gravemente herida. No creo que tenga ningún hueso roto.

—¿Dónde va ese carro? —preguntó Maza. —Justo en el centro de la caballería mort. —¿No hay ninguna posibilidad de un ataque directo? —No, ninguna. Aunque mi ejército no estuviera terriblemente diezmado, los mort no quieren arriesgarse. Está rodeada de soldados a caballo por los cuatro costados, en un radio de al menos treinta metros. La llevan a toda velocidad por la Calzada Mort, aventajando a la infantería. Supongo que la llevan directamente a Demesne.

—A la mazmorra del Palais. —Pen apoyó la frente en una mano—. ¿Cómo demonios vamos a sacarla de allí?

—La rebelión mort está a punto de llegar a Demesne —le recordó Maza—. La gente de Levieux nos será útil.

—¿Cómo sabe que puede confiar en él? —Lo sé, y basta. Aisa arqueó las cejas. No había vuelto a pensar en Levieux, que se había marchado de la Ciudadela hacía más de una semana. Era atractivo, pero la belleza no significaba nada a la hora de pelear. Alain, uno de sus hombres, sí sabía

unos cuantos buenos trucos de cartas, pero no podían compararse con los de Bradshaw. Quizá un mago fuera capaz de entrar en la mazmorra del palacio mort, pero Maza no confiaba en los magos.

—Ahora la Reina Roja se enfrentará a un problema en su flanco derecho — caviló Arliss—. No hay botín: ni oro, ni mujeres... No sé cómo ha conseguido que su ejército se retire, pero seguro que los soldados no están contentos.

—Eso mismo habrá pensado Levieux. Los soldados que no han recibido su paga se convierten en excelentes rebeldes. Espera poder reclutar a un gran número de ellos cuando el ejército regrese a casa.

—Y eso ¿de qué nos sirve a nosotros —preguntó Pen —si no tenemos a la reina?

—Eso ya lo hablaremos más tarde, Pen —lo reprendió Maza—. De momento, cálmate.

Aisa arrugó la frente. Maza consentía continuamente a Pen: intentaba animarlo y no lo reprendía cuando este adoptaba una actitud insubordinada. Aisa habría impuesto al joven una dura sanción y, si eso no hubiera bastado, le habría dado una bofetada.

—Siga enviándome informes de la retirada —le dijo Maza a Hall—, pero concéntrese en la reina. escoja a dos de sus mejores hombres para que la sigan una vez en Mortmesne. asegúrese de que no le perdemos la pista. Pueden retirarse. Hall y Blaser saludaron con la cabeza y se dirigieron hacia la puerta. —Tenemos que hablar del Arvath —dijo Arliss. —¿Qué pasa con el Arvath? Arliss recogió sus documentos y los dejó a un lado. —Esta mañana una muchedumbre ha causado algunos desperfectos en la ciudad. Por lo visto se han congregado en el circo y, desde allí, han ido hasta Bethyn's Close.

—Esta clase de disturbios no son nada nuevo. —Este era especial. Tengo entendido que el principal asunto en discusión era la falta de moralidad del gobierno de la reina.

Maza frunció el entrecejo, y lo mismo hizo Aisa. Ahora que el problema de los mort se alejaba rápidamente, surgía otro que ocupaba su lugar: el Santo Padre. El mismo día en que la reina había salido de la ciudad, el Arvath había anunciado públicamente su negativa a pagar el impuesto sobre la propiedad, así como su intención de absolver a cualquier seglar que se negara a hacer lo mismo.

—¿Qué relación tiene esa turba con el Arvath? —preguntó Coryn. —Ninguna —contestó Arliss—. El grupo se dispersó mucho antes de que llegaran los alguaciles, y ya no tenemos ejército capaz de ocuparse del descontento civil. Pero entraron en una casa del borde de Bethyn's Close y aterrorizaron a las dos mujeres que vivían allí. Por llevar un estilo de vida inmoral.

A Maza había empezado a temblarle un músculo de la cara. —El Santo Padre cree que si me presiona lo suficiente no recaudaré los impuestos de la reina. Pero se equivoca.

—Los nobles siguen negándose a pagar sus impuestos, excepto Meadows y Gillon. La Guardería se va a llevar la mayor parte del Tesoro. Hemos perdido los ingresos de los peajes del puente. Dentro de pocos meses estaremos con el agua al cuello.

—Pagarán. —Maza compuso una sonrisa tan feroz que Aisa retrocedió asustada, pero al cabo de un momento su rostro recuperó su expresión habitual—. ¿Se sabe algo de esos dos sacerdotes?

—No, no hay ni rastro de ellos. Han desaparecido. Pero el Arvath se ha enterado de que hemos igualado su recompensa. —Arliss volvió a hurgar en su montón de papeles—. En un mensaje de ayer, el Santo Padre exige que retiremos nuestra recompensa por el padre Tyler, si queremos entrar en el Cielo.

—Si queremos entrar en el Cielo —repitió Maza—. Algún día yo mismo me ocuparé de que ese hombre conozca a Jesucristo.

—Y hay otro informe preocupante. Hace dos días, uno de mis espías vio a unos sacerdotes que salían de Nueva Londres por la carretera secundaria que rodea la ciudad.

—¿Adónde iban? —A Demesne, seguramente. Mi hombre los siguió un buen trecho por la Calzada Mort.

El semblante de Maza se ensombreció. —¿Lo investigamos? —preguntó Elston. —No —contestó Maza tras reflexionar un momento—. Si el Santo Padre tiene tratos con la Reina Roja, mi fuente en el Palais nos informará. ¿Qué más?

Arliss repasó su lista. —Tenemos que recoger la cosecha antes de que nieve. El reino entero está hambriento de frutas y hortalizas frescas. Creo que los primeros labriegos que vayan a recoger una cosecha podrían poner los precios que quieran.

—Eso no es un buen incentivo para los que trabajan las tierras de un noble. —Sí, pero todos los nobles siguen en Nueva Londres. —Arliss compuso una sonrisa tan traviesa que Aisa no pudo evitar sentir cierta simpatía por él en ese momento, a pesar de los cigarrillos apestosos y todo lo demás—. Si un lord no se ocupa de sus tierras mientras los mort las atraviesan, ¿quién puede decir qué fue de la cosecha?

—Y ¿y si los mort se dedican a saquear por el camino de regreso? —preguntó Elston.

—No, no está habiendo pillaje. Se lo he preguntado al segundo de Hall. No tocan los cultivos, sabe Dios por qué. —Arliss se encogió de hombros y añadió —: Dejemos que los campesinos

vayan a recoger las mejores piezas. Aunque solo recolecten unos pocos días, podrían asegurarse el invierno si consiguieran ser los primeros en llegar al mercado. Y su éxito sería un aliciente para los demás.

Maza asintió con la cabeza y dijo: —Ocúpese usted de ello. —Merritt sigue esperando fuera —le recordó Elston. —¿Cuántos cadén lo acompañan? —Tres. —¿Solo? —Sí, señor. Pero no son tres cualesquiera. Son los hermanos Miller. —Vaya. —Maza meditó brevemente sobre aquel dato. Aisa no sabía quiénes eran los hermanos Miller, pero habían discutido mucho sobre si debían dejar entrar a unos cadén en el Pabellón Real. A Elston no le gustaba la idea, como a casi todos los otros guardias, pero Maza estaba decidido a dejarlos pasar, y Aisa confiaba en que se saliera con la suya. Estaba deseando ver de cerca a unos cadén. —Muy bien, que pasen. Maza subió a la tarima, y Aisa aguantó la respiración, expectante. Pero, en lugar de sentarse en el trono, Maza se colocó en el último peldaño mientras Devin entraba por la puerta con los cadén.

El jefe, Merritt, medía más de un metro ochenta, pero se movía como Maza, con la agilidad de un hombre corpulento capaz de adquirir una velocidad considerable en caso necesario. Tenía una gran cicatriz en la frente. Aisa, que se había hecho varias heridas de puñal en las manos y los brazos durante los entrenamientos, conjeturó que aquella cicatriz no era lo bastante limpia para haber sido hecha por un cuchillo. Parecía más bien una herida infligida por unas uñas humanas. Había oído hablar de Merritt; todos habían oído hablar de él, pues, incluso entre los cadén, estaba considerado uno de los más selectos. En cambio, los tres hombres que iban detrás de él eran un enigma.

Entraron en la sala formando un triángulo, uno delante y dos detrás, en una formación defensiva que Aisa reconoció gracias a sus sesiones de entrenamiento. Sus capas color sangre destacaban contra la piedra gris de las paredes de la Ciudadela. Los tres eran muy distintos físicamente: uno alto, otro de mediana estatura, y otro más bajo, y todos tenían diferentes tonalidades de pelo castaño, desde el más claro hasta el más oscuro. Sin embargo, guardaban un extraño parecido, no físico, que Aisa no supo identificar. Cuando uno se movía, también lo hacían los otros dos; se orientaban como una tríada, sin decir nada y sin hacerse señales abiertamente, y Aisa dedujo que llevaban mucho tiempo trabajando juntos. Elston, en su calidad provisional de capitán, había decretado que ninguno de los cadén podría acercarse a más de tres metros de Maza, y Aisa se alegró de que hubiera tomado aquella precaución. Aquellos tres hombres parecían peligrosos.

Merritt señaló uno a uno sus acompañantes. —Los Miller. Christopher, Daniel, James. Maza

los miró y dijo: —Tenía entendido que os habían echado del gremio. —El gremio se lo ha pensado mejor —replicó el más alto, Christopher, con tono cordial.

—¿Por qué? —Somos útiles, Regente. —Fuisteis útiles hace seis años. No he vuelto a saber nada de vosotros desde entonces.

—Pero no hemos estado ociosos —aportó James. —Claro que no. —El tono de Maza se afiló—. Habéis estado buscando a la reina.

Los tres cadén permanecieron callados con gesto hostil, sosteniéndole la mirada, hasta que Maza transigió.

—El pasado pasado está. Tengo un trabajo para vosotros, y para tantos miembros de vuestro gremio como quieran participar.

—Nuestro gremio está muy ocupado —dijo James. Aisa le pareció que era una respuesta mecánica. Se preguntó si los cadén siempre responderían con una negativa la primera vez.

—Sí, estáis ocupados —dijo Maza con un deje burlón—. Me han contado algunas historias. Los cadén, salteadores de caminos. Los cadén, mercenarios. Los cadén organizando peleas de perros y cosas peores.

—Hacemos lo que nos piden. ¿Qué hay de malo en eso? —Esas cosas son indignas de vosotros; no fue para eso para lo que os reclutaron. Perjudican el prestigio de vuestro gremio. Yo tengo un trabajo mejor. Difícil y peligroso. Y que exige cierta astucia. Aunque tuviera a mi disposición un ejército intacto, no les encargaría esta misión a unos soldados.

El tercer cadén, Daniel, habló por primera vez. —¿De qué trabajo se trata? —Se trata de limpiar la Guardería. —Eso es muy fácil —dijo James riendo—. Lo único que necesitas es una cisterna.

—No, no es nada fácil —lo contradijo Maza sin sonreír siquiera—. Ahí abajo el espacio es muy reducido, hay mujeres y niños expuestos a un peligro considerable. Y también hombres, y la reina querrá saber quiénes. Quiero sacar de allí a los inocentes sanos y salvos, y a los proxenetas y empresarios, vivos y detenidos.

—¿Cuánto vas a pagar por este trabajo? —Un precio cerrado. Diez mil libras al mes durante tres meses. Si vuestro gremio no lo consigue en ese tiempo, dudo mucho que pueda hacerse.

—¿Habrá bonificación por hacerlo en menos tiempo? Maza miró a Arliss, que asintió a regañadientes y dijo: —Si lo hacéis en dos meses, pero bien hecho, os pagaremos los tres meses. Los Miller formaron un corro y hablaron en voz baja mientras el resto de los presentes esperaban.

Merritt no participó en la deliberación, sino que se quedó un poco apartado, impertérrito. Él ya había accedido a ayudarlos gratis; según Maza, estaba en deuda con la reina. Pero Aisa tenía sus dudas. ¿Qué clase de deuda podía hacer que un cadén trabajara gratis?

Maza observaba a los tres hermanos con gesto de indiferencia, pero Aisa no se dejó engañar por su expresión. Había algo que lo impulsaba a hacer aquello. Ella nunca había oído hablar de la Guardería antes de lo del puente, y nadie quería contarle nada de aquel lugar abiertamente, pero ya había entreoído bastante para hacerse una idea de cómo era aquel sitio: una madriguera que se extendía por debajo de la ciudad, donde estaban tolerados los peores vicios, y donde niños más pequeños que Aisa eran vendidos con fines de lucro y entretenimiento. La idea de aquel sitio la intrigaba. Su padre era repugnante, pero solo era eso: un individuo. La idea de que existieran otros como él, y de que todos hicieran cosas terribles, de que hubiera todo un mundo subterráneo de niños que vivían la misma pesadilla... la corroía, no la dejaba dormir por las noches. Y por lo visto también corroía a Maza, porque Arliss y él estaban concentrando gran parte de su energía en la Guardería, a pesar de que a Arliss le dolía gastarse el dinero en eso. Nadie discutía con Maza sobre el asunto, pero a él le parecía que no se estaba resolviendo con suficiente rapidez, y ahora Aisa creyó ver la sombra de la reina detrás de Maza, aguijoneándolo. Obligándolo a actuar.

Los cadén llegaron a algún tipo de acuerdo y se volvieron hacia Maza. Christopher habló por los demás.

—Presentaremos tu propuesta en la próxima reunión del gremio. Entretanto, nosotros tres estudiaremos el trabajo, sin compromiso y sin exigir ningún pago previo.

—De acuerdo —dijo Maza—. Puesto que esa parte del trabajo no se va a remunerar, no os pondré una fecha límite. Pero el tiempo es de vital importancia. Quiero tener este asunto solucionado antes de que regrese la reina.

Los tres cadén lo miraron fijamente. —¿Qué te hace pensar que va a regresar? —preguntó James. —Regresará —afirmó Maza, con un tono que descartaba cualquier discusión. —Si aceptáis el trabajo, tendréis que dirigiros a mí para cobrarlo —intervino Arliss—. No habrá anticipos ni ninguna tontería parecida, así que no hace falta que lo intentéis.

—Pues yo sí quiero pedir un pequeño adelanto —replicó Daniel—. La niña. Esa de ahí. —Señaló a Aisa—. Hemos oído hablar de ella —continuó—. Dicen que maneja bien el puñal, pero nosotros no conocemos ningún caso como el suyo. Antes de irnos, ¿puedo pedirlos que nos haga una pequeña exhibición?

Maza frunció el ceño. —¿Queréis pelear contra una cría? Aisa puso mala cara. No soportaba que le recordaran su edad. —No, no una pelea, Regente —aclaró Daniel—. Solo una exhibición. Maza miró a Aisa con gesto interrogante, y ella asintió con entusiasmo. ¡Entrenarse con un cadén! Hasta un empate sería algo excepcional.

—Si te hieren, fierecilla —le dijo Maza en voz baja, inclinándose hacia ella—, se lo explicarás tú a tu madre.

Aisa ya había empezado a tirar de las correas de la armadura, despojándose de ella y sacando el puñal de su funda. Fell había encargado aquel puñal especialmente para ella, del mismo material y la misma forma que los puñales que llevaban el resto de los miembros de la guardia real: era una copia del antiguo modelo Belland, con un filo recto y otro curvado. Pero Aisa tenía las manos pequeñas, y Venner creía que necesitaba menos circunferencia en la empuñadura, así como una hoja más delgada. Fell se lo había encargado a un falsificador de armas cuyo trabajo le gustaba, y el resultado era un puñal muy compacto que Aisa podía blandir cómodamente. Venner siempre decía que para ser bueno con el puñal tenías que lograr que el arma formara parte de tu mano, pero a veces Aisa creía haber ido más allá incluso, y el puñal no solo formaba parte de su mano sino de ella misma, y mantenía alejados a los demonios. Hasta su padre desaparecía de su pensamiento cuando iba armada.

Daniel, el cadén, se había despojado del resto de sus armas, pero su puñal relucía, semioculto, en su mano, y la hoja era más larga que la del de Aisa. Venner también lo había visto, porque señaló el arma de Daniel y gritó:

—¡Esto no es un combate justo! —Las desventajas son una parte natural de toda batalla —lo contradujo Daniel dirigiéndose a Maza—. También la supero en estatura. Sin embargo, puesto que es una niña, sujetaré la empuñadura un poco más arriba. ¿De acuerdo?

Maza miró a Aisa, y la niña asintió. Habría peleado contra aquel hombre aun con desventajas mayores; así, la gloria habría sido también mayor.

—¡Vigila, niña! —le advirtió Venner—. ¡Emplea tus bazas! Aisa empuñó firmemente su puñal apuntando hacia abajo. Venner le había repetido en numerosas ocasiones que su tamaño siempre sería una desventaja en el combate, pero que podría compensarla con velocidad y astucia. El resto de la guardia había formado un corro dejándoles un espacio de unos seis metros de circunferencia, y una parte de la mente de Aisa registró distraídamente que los hombres hacían apuestas.

—No tengo intención de herirte —le dijo Daniel, colocándose a unos tres metros de ella—. Solo quiero comprobar tus habilidades.

Esa afirmación no significaba gran cosa. Venner y Fell tampoco tenían intención de hierla, pero Aisa ya tenía varias cicatrices en las manos y los brazos. Un combate era un combate.

—Atácame —ordenó Daniel, pero Aisa no lo hizo. Venner le había enseñado que una agresión temprana era un error. Si atacaba cuando todavía no tenía ninguna ventaja, no podría protegerse las costillas ni el cuello—. Veo que eres prudente —observó.

Aisa no contestó; estaba demasiado ocupada evaluando a su oponente. El cadén mantenían los brazos junto a los costados para conservar la energía. Cuando atacara, llegaría más lejos que ella. Si Aisa quería acercarse más a él, como mínimo tendría que repeler un golpe con el antebrazo. Empezó con una serie de embestidas controladas, todas ellas más lentas de lo que era capaz, y sin apurar al máximo su alcance. Oía fluir la sangre por sus venas; Venner habría dicho que era la adrenalina, pero Aisa sabía que en realidad era la música del combate, de estar sola en un rincón sin depender de nada más que de ella misma y de su puñal.

Notaba el sabor del metal en la boca.

De pronto, el cadén dio un salto hacia delante y agitó un brazo para distraerla mientras golpeaba con el otro. Pero Aisa había aprendido a no desviar la atención de la mano que sujetaba el puñal, y lo esquivó sin dificultad: rodó por el suelo para esquivar la embestida y se puso de nuevo en pie.

—Rápida —observó Daniel. Aisa no dijo nada, porque había detectado algo cuando el cadén se había dado la vuelta para seguirla: tenía la pierna izquierda débil. Una cojera, o más probablemente una herida reciente. El hombre se protegía esa pierna, manteniéndola sutilmente lejos de la zona de contacto. Aisa amagó un golpe, apuntando sin muchas ganas al cuello de su oponente, y aspiró entre los dientes cuando el puñal del cadén le rozó el antebrazo. Pero ella, sin amilanarse, le lanzó una rápida patada hacia la rodilla izquierda, golpeando con la punta del pie, como le había enseñado Maza.

El cadén ahogó un gruñido de dolor, se tambaleó y cayó al suelo. —¡Ja! ¡Así me gusta! —exclamó Venner—. ¡Acaba, niña! ¡Acaba mientras lo tienes en el suelo!

Aisa saltó sobre la espalda del cadén y dirigió su puñal hacia el cuello, pero él ya se había preparado para parar el golpe, y la niña no pudo agarrarse bien. El cadén dio una fuerte sacudida y lanzó a Aisa por encima de sus hombros; entonces fue ella la que gruñó al caer al suelo de espaldas

y golpearse la cabeza contra la piedra.

—¿Estás bien, Aisa? —preguntó Maza. Aisa no le contestó. Se puso rápidamente en pie, sin perder de vista al cadén, que describía círculos alrededor de ella. Le había hecho daño en la rodilla, pero él también le había hecho daño a ella; el corte del antebrazo era profundo y tenía la mano libre ensangrentada. Venner la había entrenado para aumentar su resistencia, pero Aisa notó que empezaba a cansarse y que sus músculos reaccionaban más lentamente. Asió mejor el puñal y buscó un nuevo hueco. El cadén no la dejaría acercarse otra vez a su rodilla, pero los anteriores amagos de Aisa, torpes, debían de haber surtido efecto, porque él ya no se protegía tanto las costillas. Decidió entrar a fondo, aunque tuviera que pagar las consecuencias.

—Vigila dónde pisas —le aconsejó Daniel—. Hay sangre en el suelo. —Quiere que mire hacia abajo, ¿verdad? El cadén sonrió y se pasó el puñal a la mano derecha. Al verlo, los guardias que los rodeaban murmuraron un poco, pero Aisa no se preocupó; Venner también se cambiaba el puñal de mano. Aisa evitó dirigir la mirada hacia el punto que quería atacar: debajo de las costillas, detrás del antebrazo izquierdo, justo donde terminaba la protección de la armadura. Se enfrentaba a un oponente excelente, más alto, más rápido y mejor entrenado, que, en una pelea a muerte, habría acabado con ella. Pero allí lo único que necesitaba era darle un toque.

Aisa supo en qué momento iba a atacarla, porque inspiró justo antes de lanzarse, describiendo un amplio arco con el puñal y dirigiéndolo hacia su hombro. Aisa se agachó y le rozó las costillas con el puñal. No fue un golpe limpio; el puñal estuvo a punto de caérsele de la mano, y al mismo tiempo Aisa notó un corte en el bíceps. Pero oyó al cadén aspirar entre los dientes, dolorido, y al cabo de un momento el hombre la agarró y le dio la vuelta. Aisa perdió el equilibrio y se encontró inmovilizada, con el cuchillo del cadén en el cuello. Se obligó a permanecer quieta, jadeando. El cadén estaba como si no hubiera hecho ni el más mínimo esfuerzo.

—Suéltala —ordenó Maza. Daniel obedeció, y Aisa se dio la vuelta y lo miró. Al principio se quedaron plantados frente a frente, observándose fijamente, mientras a su alrededor los guardias empezaban a discutir y a entregarse monedas.

—¿Cómo te manejas con la espada? —preguntó Daniel. —No muy bien —admitió Aisa. Sus lentos progresos con la espada la fastidiaban.

—No he sido muy duro contigo, niña, pero tampoco blando, y soy uno de los mejores del gremio con el puñal. —Se quedó mirándola largo rato y añadió—: Hábil con el puñal, mediocre con la espada... Tú no eres una guardia real, niña.

Eres una asesina. Cuando hayas crecido un poco, deberías abandonar este mausoleo y venir a hablar con nosotros. —Se tocó la herida de las costillas y levantó la mano para enseñarle a Maza los dedos manchados de sangre—. Gracias, Regente. Ha sido una buena exhibición.

Aisa recogió su armadura y volvió a colocarse junto a la tarima. Kibb le guiñó un ojo. Se abrochó el peto y se limpió la sangre. Cuando concluyera la reunión, seguramente Maza la dejaría ir a ver a Coryn para que le curara la herida del brazo, pero todavía no, porque ella se había prestado voluntaria para aquella pelea. Era lo justo, pero estaba perdiendo sangre, y, tras pensárselo un momento, se enrolló la mitad inferior de la manga, desgarrada, alrededor del brazo y la ató fuertemente.

—No hay nada más que hablar —le dijo Christopher a Maza—. Volveremos cuando el gremio tenga una respuesta.

—Si la respuesta es afirmativa, puedo cederos al menos veinte guardias reales para que os ayuden.

—No, gracias. No nos hacen falta aficionados. Un murmullo de contrariedad recorrió a los miembros de la guardia, pero los Miller ya se habían dado la vuelta y caminaban hacia la puerta.

Merritt rió y dijo: —No siento especial simpatía por esos tres, Regente, pero os servirán para vuestro propósito. Yo, por mi parte, estoy dispuesto a servir a la reina.

Siguió a los otros cadén hacia la puerta, y Aisa notó que sus músculos se relajaban. Aunque jamás lo habría admitido, estaba dándoles vueltas a las palabras de Daniel.

—Ahora solo nos queda ocuparnos de nuestra reina, ¿no? —dijo Arliss. No se había levantado de la mesa durante el combate, y eso había sorprendido a Aisa; creía que Arliss sería el primero en recoger los beneficios de las apuestas—. ¿Qué hay que hacer?

—Iremos a buscarla —respondió Maza—. Pero la reina me mataría si me marchara y dejara que su reino se derrumbara. Tendremos que priorizar.

Aisa notó que le tocaban el brazo, se dio la vuelta y vio a Coryn examinándole las heridas.

—Feas, pero no muy profundas. Arremángate la camisa para que te dé unos puntos.

Aisa se arrancó el resto de la manga. —La pelea no ha estado nada mal, fierecilla —comentó Maza—. Pero has dejado que te hiciera perder el equilibrio.

—Ya lo sé. —Aisa apretó los dientes mientras Coryn empezaba a desinfectarle las heridas—. Era más rápido que yo.

—Es la torpeza de la juventud. No durará eternamente. Aunque hubiera durado solo un día

más, para Aisa era demasiado. Se sentía atrapada en un desagradable espacio intermedio: era demasiado mayor para ser una niña, y demasiado joven para ser una adulta. Estaba impaciente por trabajar como una persona mayor y por ser independiente. Estaba aprendiendo a combatir, pero había muchas lecciones que no podía enseñárselas nadie: cómo comportarse en público, como anteponer los intereses de la Guardia Real, y sobre todo los de la reina, a los suyos propios. Eran lecciones de madurez, y Aisa era consciente de ello. Sin embargo, a veces todavía quería ir corriendo con su madre, apoyar la cabeza en su hombro y dejar que ella la consolara como hacía cuando Aisa era pequeña y su padre la perseguía.

«No puedo tenerlo todo.» Notó el pinchazo de la aguja de Coryn en el antebrazo e inspiró hondo. En la Guardia no se hablaba de esas cosas, pero ella sabía que la forma de actuar ante una herida era tan importante como el comportamiento en el combate. Para distraerse, preguntó:

—¿Qué ha querido decir con eso de que los habían expulsado? —¿Cómo dices? —A esos cadén. Ha dicho que los habían expulsado. —Sí, hace seis años. Le hicieron perder mucho dinero al gremio y los echaron. —¡Ay! —exclamó Aisa. La aguja de Coryn debía de haberle pinchado un nervio—. ¿Qué fue lo que hicieron mal?

—Había una joven noble, lady Cross. Lord Tare le tenía echado el ojo y a las tierras de su familia también, pero lady Cross se había comprometido en secreto con un joven del Almont, un arrendatario pobre, y rechazaba a lord Tare una y otra vez. Lord Tare la raptó, se la llevó a su castillo del extremo sur del Reddick y la encerró en la torre. Juró que la retendría allí hasta que accediera a casarse con él.

—El matrimonio es una estupidez —dijo Aisa, apretando los dientes mientras Coryn tensaba el hilo—. Yo no pienso casarme.

—Claro que no —replicó Maza riendo—. Pero lady Cross, que no era una guerrera, sí quería casarse, y quería casarse con su joven enamorado. Pasó dos meses en el castillo de lord Tare y no cambió de opinión. Y entonces lord Tare tuvo la excelente idea de privarla de alimento.

—¿La mató de hambre para que accediera a casarse con él? —Aisa hizo una mueca de repugnancia—. Y ¿por qué ella no se casó con el noble y luego se fugó? —La Iglesia de Dios no acepta el divorcio, niña. Un marido siempre tiene derecho a obligar a su esposa a volver a casa.

Aisa recordó que su padre lo había hecho. Varias veces, cuando ella era pequeña, su madre les había hecho recoger sus escasas pertenencias y huir, pero el viaje siempre terminaba igual: otra vez en casa con su padre.

—Y ¿qué pasó? —Bueno, pues lady Cross se estaba consumiendo, porque seguía sin ceder. Aquello se convirtió en un tema de discusión en el reino.

—¿Y su prometido no hizo nada? —No podía hacer gran cosa. Le había ofrecido a Tare las pocas libras que tenía. La familia de lady Cross también intentó pagar un rescate por ella, pero sin suerte. A esas alturas, para lord Tare aquello era una cuestión de orgullo, ¿entiendes? Tenía que conseguir que la mujer se rindiera, costara lo que costase; estaba en juego su honrría. Muchos nobles apelaron al Regente en nombre de lady Cross, pero el Regente se negó a enviar el ejército para intervenir en lo que consideraba un asunto doméstico. Finalmente, cuando fue evidente que lady Cross moriría en aquella torre, los Cross reunieron una suma importante de dinero y contrataron a los cadén para que la sacaran de allí.

—¿Y la liberaron? —preguntó Aisa. Estaba hechizada; era como escuchar uno de los cuentos de hadas de su madre.

—Sí, y fue un trabajo muy logrado —intervino Elston—. James se hizo pasar por el primo de la dama, que iba a suplicarle que transigiera, y Christopher y Daniel, por dos criados suyos. Pasaron una hora hablando con ella y, cuando salieron, la dama accedió a casarse con lord Tare. Él estaba muy contento, y organizó la boda para la semana siguiente.

«Una finta», pensó Aisa. A veces se daba cuenta de que todo en la vida podía entenderse como un combate.

—Durante la semana previa a la ceremonia, lord Tare mantuvo a lady Cross bajo estrecha vigilancia, pero todo el reino creía que ella había cedido. El capitán, sin embargo, insistía en que no era así —Elston saludó a Maza llevándose dos dedos a la sien—, pero a todos los demás nos engañó, y no le reprochábamos nada a lady Cross. La muerte por inanición es terrible.

—Y ¿qué pasó? —preguntó Aisa. Coryn había empezado a trabajar en su bíceps, pero ella no se dio ni cuenta. —Llegó el día de la boda, y Lady Cross se puso sus mejores galas. El Arvath envió al obispo para que celebrara la ceremonia. Lord Tare invitó a medio reino a presenciar su triunfo, y la iglesia estaba abarrotada de guardias e invitados. Los Cross no quisieron asistir, pero el resto de la nobleza sí estaba allí, incluido el Regente. Lady Cross caminó hasta el altar y prestó atención al obispo durante toda la ceremonia; escuchó cada una de sus palabras, durante dos horas, hasta que estuvieron casados.

—¿Qué? —La boda terminó sin incidentes, y de inmediato las preocupaciones de lord Tare se desvanecieron. Ya tenía las tierras y los títulos de la dama, y eso era lo único que quería. Se quedó

en el piso de abajo emborrachándose con su guardia

privada mientras lady Cross subía al piso de arriba a quitarse el vestido de novia. Una hora más tarde, Tare fue a buscar a su esposa, pero ella había desaparecido: se la habían llevado sin el menor impedimento. Para cuando Tare hubo reunido a sus hombres para ir a rescatarla, ella había recorrido ya medio Reddick.

—Pero estaba casada con él. —Eso parece, ¿verdad? Lord Tare se puso hecho un basilisco, persiguió a los cadén con sus sabuesos, y, como no los encontró, acudió al Regente. Pasaron dos días hasta que a alguien se le ocurrió consultar al obispo, pero, cuando por fin lo hicieron, lo encontraron atado en su palacio, junto con sus guardias. El obispo estaba furioso y muerto de hambre, y no era el mismo que había celebrado la boda.

—Y ahora viene la parte más ingeniosa, fierecilla —terció Maza—. Yo no sé latín, pero conozco a unas cuantas personas que sí, y me contaron que la ceremonia de la boda había sido una farsa. Hubo un largo sermón sobre los beneficios del ajo, otro sobre las reglas del rugby, y Dios sabe qué más. Lady Cross prometió amar y servir a la cerveza el resto de su vida. Resulta que ella sabía latín, pero lord Tare no.

Aisa reflexionó un momento. —¿Y los asistentes a la ceremonia? —Muchos sabía latín, y algunos hasta eran amigos de lord Tare. Pero nadie dijo nada hasta más tarde, cuando atestiguaron que la boda había sido una farsa. Aquellos tres cadén se habían arriesgado mucho, pero les había salido bien la jugada. Al final, todo el reino simpatizaba con lady Cross. Los únicos que de verdad querían que la mujer acabara sometándose eran los sádicos y los misóginos, y los cadén apostaron muy alto a que, de esos, ninguno sabría latín.

—Una buena apuesta —masculló Arliss—. Perdí una fortuna con aquella boda. —¿Qué hizo lord Tare cuando se enteró? —Bueno, juró y perjuró que se vengaría de todos ellos: de lady Cross, de los cadén, del falso obispo (al que nunca encontraron). Pero no tenía ningún derecho legítimo sobre la dama, y, para cuando se descubrió toda la trama, ella estaba con su granjero.

—¿Se casó con él? —Sí, y su familia la desheredó por ello. Entonces fue cuando los Miller se metieron en un lío; se habían comprometido a devolver a la dama a su familia, pero se la entregaron al granjero. Los Cross solo pagaron la mitad de lo acordado por el trabajo. Los cadén estaban furiosos y expulsaron a los hermanos del gremio. Además, la Iglesia de Dios los excomulgó, aunque dudo mucho que eso les importara.

—Pero hicieron su trabajo —reflexionó Aisa—. La salvaron. —Sí, a cambio de una buena

suma. —¿Y lord Tare? ¿Qué fue de él? —Sigue en su castillo, más amargado que la cerveza de invierno —contestó Maza—. Se dedica a conspirar contra la reina, y si pudiera demostrar que estaba en el Argive en primavera, ya le habríamos retorcido el cuello. Pero de momento lo dejo tranquilo.

A Aisa eso le pareció decepcionante. En un verdadero cuento de hadas, el villano habría recibido su justo castigo.

—¿Siempre trabajan juntos? —preguntó—. ¿Esos tres hermanos? —Sí. Muchos cadén trabajan en pequeños grupos, sobre todo cuando tienen habilidades que se complementan. Pero también pueden trabajar conjuntamente. Todos los cadén persiguiendo un objetivo común son algo digno de verse.

—Pero ¿por qué la Guardería, señor? —preguntó Coryn—. Creía que nuestra prioridad era la reina.

—Lo es, pero ella no me perdonaría que la considerara nuestra única prioridad. Ella me encomendó esa tarea. —Maza pestañeó, y Aisa creyó ver el brillo de las lágrimas en sus ojos—. Al principio no lo entendí, pero me encomendó que limpiara aquello. Me encomendó que me encargara de los indefensos, y no solo de los poderosos, y esa tarea no puede esperar hasta que ella regrese a casa.

Un puño golpeó la gran puerta de doble hoja del Pabellón Real, y Aisa se sobresaltó. La guardia rodeó rápidamente a Maza. Devin y Cae abrieron un poco la puerta, pero por ella solo entró una sirvienta de la Ciudadela, vestida de blanco de pies a cabeza. Aisa no distinguió lo que decía, pero sí que hablaba atropelladamente, y que su voz tenía un timbre agudo, casi histérico.

—¿Qué pasa, Cae? —preguntó Maza. —Hay un problema abajo, señor. Con la bruja de Thorne. —¿Qué problema? La sirvienta se quedó mirando a Maza con los ojos como platos. No era joven, y estaba pálida como la cera.

—¡Explícate! —Se ha ido —dijo la mujer con la voz quebrada. —¿Y Will, su guardia? Pero la mujer no pudo contestar. Renegando, Maza bajó los escalones de un salto y salió dando grandes zancadas del Pabellón Real. Aisa lo siguió por el pasillo y bajó detrás de él los tres tramos de escalera que conducía a la prisión improvisada de Brenna. Aisa le tenía miedo a Brenna; todos se lo tenían, hasta los más valientes de la guardia. Una visita a las habitaciones de Brenna era peligrosa, pero Aisa no podía dejar de pensar en las palabras del cadén.

«Cuando hayas crecido, deberías venir a hablar con nosotros.» Doblaron la última esquina y

Maza se detuvo a tres metros de la cámara de Brenna. La puerta estaba abierta de par en par, pero en el suelo había un charco de sangre. Su olor golpeó a Aisa como una bofetada. Las moscas ya habían formado un enjambre alrededor del charco, y una zumbó alrededor de la cabeza de la niña hasta que ella la ahuyentó de un manotazo.

Maza se dispuso a entrar, pero Elston le puso una mano en el pecho. —Déjenos entrar a nosotros primero, señor. Maza asintió, aunque Aisa notó que lo irritaba aquella restricción. Elston y Kibb entraron en la cámara, y Aisa los siguió; quería ver, y al mismo tiempo no quería. Se asomó por detrás de Elston, y retrocedió al distinguir una masa de color rojo intenso en un rincón.

—¿Puedo entrar? —preguntó Maza desde el umbral. —Sí, señor —contestó Elston, pero con una voz rara, y se apartó al acercársele Maza, y ofreció a Aisa una visión que ella enseguida lamentó.

Will estaba tendido en el suelo, con el cuello destrozado, como si lo hubiera atacado un animal. Aisa nunca había visto un cadáver; pensó que se marearía, pero su estómago aguantó ante aquella desagradable imagen. Maza nunca había dejado que Aisa estuviera a solas con Brenna; las dos veces que había tenido que bajar allí porque era su turno, la habían acompañado Coryn o Kibb. Will era un buen guardia, pero era evidente que no había podido con la bruja. Quizá deberían haber trabajado todos en parejas.

Kibb se había puesto en cuclillas junto a Will; le levantó un brazo y le examinó las manos, manchadas de sangre.

—Hay tejido bajo las uñas, señor. —Kibb irguió la cabeza—. Creo que se lo ha hecho él mismo.

Aisa volvió a dirigir la mirada, con fascinación un tanto morbosa, hacia la herida del cuello de Will. ¿Por qué se destrozaría un hombre el propio cuello? «Ahora soy más fuerte que antes —comprendió contemplando el cadáver—. Puedo soportar esto. Algún día quizá sea capaz de soportar cualquier cosa.»

—Traed a unos cuantos sirvientes con el estómago lo bastante fuerte para limpiar esto —ordenó Maza—. Y aseguraos de que Ewen no baja por aquí.

—¿Enviamos a un grupo a buscar a la bruja? —No. Ofreced una recompensa, por supuesto; es una mujer fácil de identificar. Pero dudo que con eso consigamos nada. La última vez Coryn logró apresarla por pura chiripa.

—Pero me juego mi espada a que sabemos adónde va —murmuró Coryn—. Madre mía,

mirad eso.

Aisa se apartó de aquel amasijo sanguinolento. La cámara de Brenna estaba limpia y ofrecía un aspecto acogedor, sin lujo pero con espacio de sobra y varios muebles bonitos. Los restos de una comida, de hacía varias horas, estaban en la mesa, y también atraían a las moscas. Pero Coryn se refería a la pared del fondo, donde estaba aquello que hizo que Aisa se estremeciera y respirara hondo. La pared estaba cubierta de extraños símbolos que parecían danzar por la pared, una constelación que orbitaba frenéticamente alrededor de una sola palabra escrita con sangre: GLYNN.

La ciudad

El grupo de utópicos comprometidos que hicieron la travesía original con William Tear compartían el gran sueño de una sociedad pacífica e igualitaria. Eran cerca de dos mil, y se instalaron en las estribaciones de las montañas Clayton, donde construyeron la ciudad que más tarde se convertiría en la Nueva Londres moderna. Aprendieron a labrar la tierra, votaban mediante asamblea y cuidaban unos de otros. En aquel asentamiento idílico, la ciudad creció rápidamente; la población se disparó y, una generación más tarde, casi se había doblado. La religión era una cuestión estrictamente privada, y la violencia estaba prohibida. Aparentemente, William Tear había conseguido hacer realidad su sueño.

Historia del Tearling, según Merwinian

Subir hasta la cima del monte requería un gran esfuerzo. Katie Rice había realizado aquel ascenso infinidad de veces, por el tortuoso camino que iba del río hasta la ciudad. Conocía todas las marcas que iban apareciendo a lo largo del trayecto: la roca partida que la saludaba, como un poste indicador, después de la tercera curva; el bosquecillo de robles que asomaba por la curva hacia la mitad del ascenso; aquel tramo del camino expuesto al viento, erosionado tras años y años recibiendo el castigo de los vientos que soplaban desde las llanuras. En la reunión de la semana anterior, William Tear les había hablado de aquel lugar; dijo que tendrían que reforzarlo, protegerlo de alguna manera. Había pedido voluntarios, y se habían levantado un centenar de manos.

Katie conocía aquel camino, y aun así lo odiaba. Odiaba que fuera tan largo, y no tener nada que hacer aparte de pensar. Pero la granja de ovejas estaba al pie del monte, y a Katie le gustaba la lana tanto como detestaba caminar. Tenía tres años cuando su madre le puso por primera vez en las manos unas agujas de calceta, y ahora, con catorce, además de ser la mejor tejedora de la ciudad, era una de las mejores hilanderas y tintoreras. Aquella caminata era el precio que tenía que pagar para hacer y teñir su propia lana.

Salió del último bosque y apareció la ciudad: cientos de casitas de madera que cubrían la redondeada cima del monte. Más allá, las casas se extendían también por la depresión entre las colinas, y llegaban hasta la misma orilla del río, donde este torcía hacia la ciudad antes de trazar

otro meandro hacia el sur y luego hacia el este. Su madre le había contado que habían encontrado aquel lugar remontando el curso del río desde el mar. Katie trató de imaginar cómo lo habrían visto los colonos de Tear: un grupo de colinas cubiertas de árboles. Habían transcurrido dieciséis años desde la Travesía; a Katie le parecía mucho tiempo, pero sabía que en realidad era muy poco.

Se dio la vuelta para caminar hacia atrás, porque aquel era su paisaje favorito: las filas de árboles que tapizaban la ladera, y luego el río, de un azul intenso, y más allá los verdes y dorados de las llanuras de labranza. Desde allí, Katie podía ver a los campesinos, unos cincuenta, que trabajaban en el extenso rectángulo de cultivos al otro lado del río. Los campesinos trabajarían hasta la puesta de sol, y, si no habían terminado el trabajo, seguirían alumbrándose con faroles. Antes de nacer Katie, había habido un par de años terribles: los años del hambre, los llamaba su madre, cuando los colonos todavía no habían aprendido a cultivar la tierra. Habían muerto más de cuatrocientas personas, casi una cuarta parte de la población. Ahora la agricultura era el principal negocio de la ciudad.

Al año siguiente, Katie por fin alcanzaría la edad para trabajar de aprendiz después de haber terminado los estudios, y, si así lo quería, podría trabajar en la granja, pero no creía que lo hiciera. No le gustaba el trabajo manual, sobre todo si había que levantar y transportar pesos. Pero en septiembre y octubre todo el mundo trabajaba en la granja, excepto los niños pequeños y los ancianos con artritis. Todavía no había suficientes agricultores profesionales, y había que recoger la cosecha antes de las primeras heladas. Si alguien se quejaba (y siempre había alguien que se quejaba), los adultos recordaban los años del hambre y empezaban a contar todas aquellas historias: que tuvieron que sacrificar y comerse a todos los perros excepto los cachorros; que varios grupos huyeron por la noche, para ir a buscar comida a otro sitio, y que habían perecido en la nieve; que William Tear regalaba sus raciones, hasta que se quedó tan delicado y desnutrido que contrajo neumonía y estuvo a punto de morir. Ahora tenían multitud de cultivos (patatas, zanahorias, fresas, repollos y calabazas), así como una nutrida población de gallinas, vacas y ovejas, y nadie pasaba hambre. Pero, de todas formas, todos los otoños Katie tenía que revivir los años del hambre, y ahora se le revolvía el estómago solo de pensar en la cosecha.

El año anterior, en una asamblea, William Tear había dicho una cosa que Katie jamás olvidaría: que algún día todas aquellas llanuras estarían cubiertas de cultivos, hasta donde alcanzaba la vista. Katie no conseguía imaginar toda aquella extensa pradera domesticada y surcada de hileras. Confiaba en que ese día no llegara mientras ella viviera. Quería que aquel paisaje permaneciera tal

como estaba.

—¡Katie! Se dio la vuelta y vio a Row, unos cien metros más arriba, en el camino. Katie se apresuró para reunirse con él, y notó un estremecimiento en el estómago. Row haría que la caminata fuera más interesante; siempre lo hacía.

—¿De dónde vienes? —preguntó la joven. —De la ladera sur. He ido a buscar metal. Katie asintió. Row trabajaba los metales; era uno de los mejores de la ciudad. Era aprendiz del taller de Jenna Carver, y la gente le llevaba sus joyas para que se las arreglara, así como artículos más prácticos, como teteras y cuchillos. Pero para Row reparar aquellos objetos solo era un trabajo. Lo que de verdad le gustaba era fabricar sus propias piezas: adornos y brazaletes, vistosas herramientas de chimenea, cuchillos con elaborados mangos, estatuillas de sobremesa. Por el último cumpleaños de Katie, Row le había hecho una estatuilla de plata que representaba a una mujer sentada bajo un roble. El tallado de las hojas por sí solo debía de haberle llevado días, y aquella estatua era la posesión más valiosa de Katie; la tenía en la mesilla de noche, junto a su montón de libros. Row era un artista de gran talento, pero el metal que tanto le gustaba trabajar era difícil de obtener en la ciudad. Row se marchaba a menudo, a veces varios días seguidos, a buscar por los bosques y las llanuras. Una vez, tras caminar hacia el norte durante una semana, había encontrado, en la linde de un extenso bosque, grandes cantidades de cobre. Row estaba impaciente por regresar allí, e incluso le había pedido permiso a William Tear para dirigir una expedición. De momento, Tear no le había dado ninguna respuesta.

Pasaron al lado del cementerio, una parcela llana, de media hectárea de extensión, bajo un bosque de pinos. El perímetro estaba cercado por una valla de madera, una incorporación reciente. Últimamente habían entrado animales en el cementerio, lobos, o quizá solo mapaches; unas semanas atrás, Melody Banks, que se encargaba de cuidar el cementerio, había encontrado varias tumbas abiertas y su contenido esparcido por el camposanto. Melody no había querido decir qué tumbas, y ya habían vuelto a enterrar los cadáveres. A Katie no le daban demasiado miedo los cementerios ni los cadáveres, pero no le hacía ninguna gracia pensar que hubiera animales escarbando en las tumbas de la gente. Se alegró mucho cuando la ciudad decidió por votación vallar aquel lugar.

—Algún día —dijo Row—, cuando me encargue yo, voy a excavar todo esto y a incinerarlo todo.

—¿Qué te hace pensar que vas encargarte tú? —preguntó Katie—. A lo mejor me encargo yo.

—Y a lo mejor nos encargamos los dos —replicó Row, y sonrió, pero Katie vio seriedad debajo de aquella sonrisa.

Ella no tenía ningún interés en encargarse de la ciudad, en ocuparse del sinfín de obligaciones que William Tear debía atender diariamente. Pero Row sí tenía ambiciones. A sus quince años, le molestaba la ineficiencia de la ciudad, y estaba

convencido de que él sabría dirigirla mejor. Estaba impaciente por asumir responsabilidades, y Katie pensaba que lo haría bien; Row era un solucionador de problemas nato. Sin embargo, hasta el momento ningún adulto de la ciudad había reconocido sus cualidades, y Row estaba dolido por esa falta de reconocimiento.

La fuente de la insatisfacción de Katie era ligeramente diferente. A ella le gustaba la ciudad, le gustaba aquel concepto tan sencillo y hermoso de que todos cuidaran de todos. Pero en los últimos años a veces la había agobiado precisamente esa buena sintonía, ese interés por el bienestar común. Katie tenía muchos vecinos que no le caían simpáticos; los encontraba aburridos, o estúpidos, o, peor aún, hipócritas, falsos. Porque eso era lo que se esperaba de ellos, porque Tear los vigilaba. Katie prefería la sinceridad, aunque esta significara ser menos amable con la gente. Ansiaba poder expresarse abiertamente.

Katie atribuía todo lo mejor de sí a su madre, una de las consejeras de más confianza de William Tear y firme defensora de su proyecto. Katie no sabía quién era su padre; a su madre le gustaban las mujeres, no los hombres, y Katie estaba convencida de que su madre había contratado a algún hombre dispuesto a ayudarla para concebirla a ella, y que luego se había olvidado de él. A Katie no le preocupaba la identidad de su padre, pero a menudo se preguntaba si aquel desconocido a quien no había visto nunca sería el origen de su insatisfacción, de la creciente impaciencia que sentía en su interior, una impaciencia que a veces rayaba en la maldad.

—¿Otra vez vacilando? —le preguntó Row, y Katie rió. —No vacilo, solo pienso. No hace ningún daño. Row se encogió de hombros. La necesidad de Katie de analizar ambos lados de un asunto, de ser equitativa en sus pensamientos —lo que él llamaba «vacilar»— era un impulso que él, simplemente, no compartía. Cualquier cosa que Row pensara era sin duda correcta, y él nunca necesitaba profundizar más. A veces eso sacaba de quicio a Katie, pero también la aliviaba. Row nunca necesitaba mirar atrás, preguntarse si se había equivocado, si había sido injusto. Los pequeños errores que cometía no le quitaban el sueño.

Doblaron la esquina y llegaron a High Road; pasaron por delante de la biblioteca, donde la

bibliotecaria, la señora Ziv, estaba echando a la calle a los últimos usuarios. La biblioteca era un edificio enorme, la única estructura de dos plantas de la que podía jactarse la ciudad. A diferencia de la mayoría de los otros edificios, contruidos con madera de roble, este era de ladrillo. La biblioteca era el lugar favorito de Katie, siempre oscuro y silencioso, con libros por todas partes. A Row también le gustaba, aunque él no tenía los mismos gustos que Katie; ya se había leído todos los libros de la pequeña sección de ocultismo, pero eso no le impidió volver a leérselos otra vez, y luego otra. Había normas muy estrictas sobre cómo manejar los libros, y la señora Ziv se abatía como un halcón sobre cualquiera a quien viera doblando las páginas o, peor aún, sacando un libro de su sobrecubierta de plástico. Un día Katie le había preguntado a la señora Ziv cuántos libros había allí, y esta le había dicho, en voz baja, que había casi veinte mil. Había querido impresionar a Katie, pero no lo había conseguido. La joven se leía dos o tres libros por semana. Si seguía a ese ritmo, podría seguir leyendo el resto de su vida, pero ¿y si muchos libros no le gustaban? ¿Y si los que todavía no había leído se los llevaban otros usuarios? Ya no había más libros, y, en cambio, con toda seguridad habría más gente, mucha gente. Solo Katie parecía entender que veinte mil no eran muchos, que, en realidad, eran poquísimos.

La señora Ziv se libró por fin de los últimos rezagados. Katie la saludó con la mano, y la atribulada bibliotecaria le devolvió el saludo, entró en el edificio y cerró la puerta con llave.

—¡Row! Katie se dio la vuelta y vio a Anita Berry bajando a toda velocidad los escalones de su porche. Katie no sentía mucha simpatía por Anita, pero de todas formas le sonrió, porque siempre le divertía ver el efecto que Row tenía sobre las otras chicas. Row era muy atractivo, hasta Katie se daba cuenta; a veces reparaba en ello, en las raras ocasiones en que miraba a Row sin la lente de su amistad. La naturaleza lo había dotado de una cara angelical: pómulos marcados, con hoyuelos debajo, y una boca grande y hermosa. El pelo, grueso y muy negro, le caía sobre la frente, tapándole casi los ojos castaño oscuro. Poseía un magnetismo que atraía a un sinfín de admiradoras, y no todas eran adolescentes. En más de una ocasión, Katie había visto a mujeres mayores coqueteando con él, y a veces también a hombres mayores.

—Hola, Anita —dijo Row—. Tenemos prisa; ya hablaremos en la escuela. Katie reprimió una sonrisa mientras continuaban su camino, y Anita se quedó muy alicaída. Row le hincó un codo en las costillas, y ella le sonrió. Row era consciente del efecto que ejercía sobre las mujeres; para él era un juego. Katie se sentía orgullosa de que su amigo recibiera tanta atención, aunque no acababa de entender ese orgullo. Row y ella no sentían ninguna atracción el uno por el otro, y habían pasado a

algo más fuerte y más sutil que el sexo: la amistad, una amistad íntima y sincera que no se parecía en nada a la amistad que Katie veía entre las otras chicas de su edad, que solo parecían interesadas en chismorrear y criticarse unas a otras. Katie nunca había tenido relaciones sexuales (algún toqueteo rápido y torpe con Brian Lord, a lo sumo), pero su amistad con Row era tan fuerte que estaba convencida de que el sexo solo habría conseguido separarlos.

Cuando ya estaban cerca de la casa de Row, él se detuvo y, contrariado, se quedó mirando la puerta, donde lo esperaba su madre. Pese a la popularidad de Row, la señora Finn no le caía bien a nadie. Era una mujer temerosa y apocada que siempre decía lo que no había que decir. Según su madre, Row era un dechado de virtudes, pero él no pagaba su lealtad con amor; como mucho, sentía por ella una indiferencia desdeñosa.

—¿Todavía no quieres entrar? —le preguntó Katie. Row sonrió, compungido, y, bajando la voz, dijo: —A veces me dan ganas de irme a vivir a otro sitio. Construir mi propia casa en el otro extremo de la ciudad. Pero creo que ella me seguiría hasta allí, y que llamaría a mi puerta día y noche.

Katie no dijo nada, pero pensó que Row tenía razón. El padre de Row había sido uno de los mejores amigos de William Tear, pero el señor Finn había muerto poco después del desembarco, y la señora Finn se aferraba a Row con una desesperación francamente bochornosa. La actitud de la señora Finn le aportaba perspectiva a Katie; la madre de Katie no toleraba tonterías, pero era fuerte y justa, una de las mujeres más respetadas de la ciudad. Su madre no le daba mucha libertad, pero tampoco la agobiaba ni la humillaba delante de otras personas.

—Podríamos fugarnos —dijo Katie—. Huir a las praderas y acampar allí. Tu madre nunca nos encontraría.

—Ay, Rapunzel. Row le puso una mano en la mejilla y Katie sonrió involuntariamente. Se habían conocido un día en que ella estaba llorando detrás del edificio de la escuela, porque Brian Lord le había tirado del pelo, muy fuerte, y ella no quería volver a entrar después del recreo para no encontrarse con Brian, que se sentaba detrás de ella y siempre le tiraba del pelo. La señora Warren había hablado de aquello con el niño, pero él siempre volvía a hacerlo en cuanto ella lo miraba. La injusticia de aquella situación, su crueldad, había hecho llorar a Katie, que entonces tenía seis años, y se estaba planteando cortarse el pelo y dejárselo tan corto como el de su tía Maddy, cuando Row se sentó a su lado con la espalda apoyada en la pared. Katie se había asustado (él era un alumno de tercero), pero Row escuchó atentamente sus quejas, le examinó la cabeza y le contó la historia de

Rapunzel, que había logrado huir de su cárcel gracias a su largo cabello.

«Ojalá pudiéramos —pensó Katie evocando la impaciencia que a ella le producía la ciudad—. Ojalá.»

—¡Row! —gritó la señora Finn desde el porche. Era una mujer descarnada, con grandes ojos que transmitían desamparo, y con las comisuras de la boca hacia abajo formando una mueca de desaprobación. Katie había pensado quedarse a cenar, pero de pronto decidió volver a su casa—.

¡Entra, Row!

—A lo mejor mi madre no nos encontraba —continuó Row—, pero la tuya seguro que sí.

—Tienes razón. Mi madre es un perro sabueso. —¡Row! —insistió la señora Finn—. ¿Dónde estabas?

Row sonrió, resignado, y subió lentamente hasta el porche de su casa. Katie se dio la vuelta y siguió por el camino. Row vivía en una de las laderas más altas de la colina, pero la casa de Katie se hallaba en la misma cima, al lado de la de William Tear. Tear estaba bien protegido, con la casa de su madre a un lado y la de Maddy Freeman al otro. En la ciudad nadie quería tener problemas con ninguna de las dos.

—¡Katie! La señora Gannett la llamaba desde su porche. Katie quería seguir caminando (la señora Gannett era una chismosa), pero su madre siempre se enteraba de esas cosas. Se detuvo y la saludó.

—Está en tu casa —dijo la señora Gannett. —¿Quién? —Ya sabes. —La señora Gannett bajó la voz y, casi con un susurro, dijo—: Él. Tear.

Katie tuvo que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Sabía que lo que se esperaba de ella era que adorara a Tear, como hacía todo el mundo, pero, cada vez que oía a alguien pronunciar el nombre de Tear con reverencia, a su parte más rebelde le daban ganas de insultarlo y demostrar que no valía tanto como la gente creía. Pero no se atrevía. Tear tenía algo que la asustaba; quizá fuera solamente su forma de mirarla, aquellos ojos grises que la traspasaban. Era como si sus ojos pudieran ver en su interior cosas que ella no quería que nadie más supiera. Procuraba no hablarle nunca directamente.

Lily, la pareja de Tear, le caía bien (no era su esposa, se recordó; William Tear y Lily no se habían casado), pero, claro, Lily le caía bien a todo el mundo. Era una de las pocas mujeres auténticas que Katie conocía, pero intuía que Lily se había ganado a pulso aquella franqueza, porque la mujer también transmitía tristeza, una melancolía que Katie detectaba de vez en cuando,

cuando Lily creía que nadie estaba observándola. ¿La veía también William Tear? Seguro que sí, pues daba la impresión de que él lo veía todo.

El sol estaba empezando a ponerse cuando Katie llegó a la cima de la colina, pero ya estaban todos los faroles encendidos y las llamas parpadeaban débilmente agitadas por la suave brisa nocturna. Ese era otro oficio que Katie podía escoger: aprender a fabricar velas. No tenía intención de acercarse a las colmenas de la ciudad, pero su madre le había explicado que la apicultura era otro oficio diferente, y que los fabricantes de velas solo se dedicaban a la cera. Katie no sabía por qué pensaba tanto en el aprendizaje de un oficio; todavía faltaban meses para eso. Quizá se debiera a que sería una señal incuestionable de que estaba haciéndose mayor. Estaba harta de ser pequeña.

—¡Katie! Alzó la mirada y vio a su madre esperándola en el porche, con los brazos en jarras. Llevaba el pelo recogido de cualquier manera en un moño y la blusa salpicada de manchas que parecían de estofado. Había días en que su madre la sacaba de sus casillas, mientras que otros, como hoy, Katie sentía un profundo amor por ella aunque fuera tan testaruda que se negara a ponerse un delantal para cocinar.

—Ven, trasto —le dijo su madre; le dio un abrazo y entró con ella por la puerta—. Tenemos compañía.

Todas las lámparas de la casa estaban encendidas, y cuando los ojos de Katie se adaptaron a la débil luz del salón, la joven vio a William Tear y a su tía Maddy hablando en voz baja junto a la chimenea.

—Hola, Katie —la saludó tía Maddy—. ¿Cómo estás? Katie la abrazó, contenta de verla; aunque Maddy Freeman no era su verdadera tía, Katie la quería casi tanto como quería a su madre. Su tía Maddy era divertida; desde que Katie podía recordar, siempre era a ella a quien se le ocurría un buen juego, una forma de pasar una tarde lluviosa en casa sin aburrirse. Además, sabía escuchar. Fue tía Maddy la primera que le habló de sexo cuando tenía nueve años, dos años antes de que la señora Warren abordara el tema en la escuela y mucho antes de que Katie se atreviera a hablar de ello con su madre.

El abrazo de tía Maddy casi la estrujó. Era lo bastante fuerte para trabajar en la granja, o en los corrales, pero, si tía Maddy tenía algún trabajo, este consistía en

aconsejar a William Tear. Su madre, tía Maddy, Evan Alcott... Tear nunca iba a ninguna parte sin dos de ellos como mínimo, y, pese a la ambivalencia de los sentimientos de Katie hacia aquel hombre, no podía evitar sentirse orgullosa cuando veía a su madre y a su tía Maddy a su lado.

—Ven al patio conmigo, Katie —le dijo tía Maddy, y ella la siguió, preguntándose si se habría metido en algún lío.

Tía Maddy no tenía hijos de los que preocuparse, de modo que tenía tiempo de sobra para vigilar a Katie.

El patio era muy extenso, y estaba separado de las otras casas únicamente por una valla de postes que había construido su madre para alejar al perro de los Caddell. El sol estaba muy bajo en el horizonte, un deslumbrante disco naranja. Katie todavía podía oír los gritos de otros niños, varias casas más allá, pero pronto se callarían. La ciudad siempre estaba en silencio por la noche.

Tía Maddy se sentó en el gran banco de madera bajo el manzano y dio unas palmadas a su lado.

—Siéntate, Katie. La muchacha se sentó; su ansiedad iba en aumento. Raramente se portaba mal, pero, cuando lo hacía, casi siempre era tía Maddy quien la descubría.

—El año que viene empezarás a aprender un oficio —comentó tía Maddy. De modo que se trataba de una charla sobre el futuro, no sobre el pasado. Katie se relajó y asintió. —¿Tienes alguna idea de qué te gustaría hacer? —Quiero trabajar en la biblioteca, pero mamá dice que todo el mundo quiere trabajar allí y que es muy difícil entrar.

—Eso es verdad. La señora Ziv tiene tantos ayudantes que no sabe qué hacer con ellos. Y, si no es eso, ¿qué otra cosa te gustaría?

—No sé, cualquier cosa. —¿No te importa? Katie levantó la cabeza y sintió un gran alivio al ver que no estaba hablando con tía Maddy la disciplinadora. Había dos tías Maddy, y aquella era la comprensiva, la que había ayudado a Katie a esconder un vestido que había estropeado peleándose en el barro cuando tenía siete años.

—Es que no me interesa nada más —admitió Katie—. Sé que hay algunos oficios que detestaría, como la apicultura. Pero los que no detestaría tampoco me llaman la atención.

De pronto tía Maddy sonrió. —He pensado en un oficio que creo que te gustará. Tu madre ha dado su aprobación, pero debe ser un secreto.

—¿Qué clase de oficio? —No puedes decírselo a nadie. —¿Ni siquiera a Row? —A Row menos que a nadie —contestó tía Maddy. Se había puesto muy seria, y Katie no llegó a formular la protesta que tenía pensada.

—Sé guardar un secreto —replicó. —Muy bien. —Tía Maddy hizo una pausa para escoger sus palabras—. Cuando cruzamos el océano, dejamos atrás las armas, y por lo tanto también nuestra

capacidad para defendernos de cualquier violencia. No creíamos que aquí fuéramos a necesitarlas. Tú has leído libros donde hablan de armas, ¿verdad?

Katie asintió pensando en el libro que tenía en la mesilla de noche, en el que los hombres se disparaban unos a otros con pistolas. En la ciudad no había pistolas, solo puñales y flechas, y se utilizaban para cazar y comerciar. Ni siquiera estaba permitido llevar puñal por la calle.

—Antes de la Travesía, a tu madre y a mí nos entrenaron en el uso de las armas —recordó tía Maddy, con la mirada perdida—. Teníamos pistolas, pero no las necesitábamos. Aprendimos a matar con las manos.

—¿Matar... a personas? —Katie parpadeó y trató de asimilar esa idea. En los libros pasaban esas cosas, pero solo eran historias. Intentó imaginarse a tía Maddy y a su madre matando a alguien, pero le parecía inconcebible. Que ella supiera, en la ciudad solo había un hombre que hubiera muerto de forma violenta, y lo había matado un lobo en las llanuras, años atrás. Aquel suceso había provocado una discusión durante una asamblea, aunque entonces Katie era demasiado pequeña para entenderlo. Varias personas habían exigido que apostaran guardias alrededor del perímetro de la ciudad, guardias con arcos. Aquellas decisiones siempre se tomaban tras una votación democrática, pero William Tear se había opuesto a la moción, y, cuando William Tear se oponía, la votación solo podía arrojar un resultado. Katie miró las manos de tía Maddy, y luego sus brazos, musculosos y con cicatrices.

—¿Es por eso por lo que siempre seguís a William Tear a todas partes? —preguntó—. ¿Por si tenéis que matar a alguien?

Esta vez fue tía Maddy la que parpadeó. —Claro que no. Solo queremos estar cerca por si necesita algo. Katie pensó que su tía acababa de mentirle. No se molestó; los adultos mentían continuamente, y sus razones para hacerlo solían ser tan tontas como las de los niños. Pero le extrañó que, en una conversación que había contenido sorprendentes muestras de sinceridad, tía Maddy sintiera la necesidad de mentir sobre aquello.

—Queremos que inicies pronto tu aprendizaje, Katie. El mes que viene. Queremos entrenarte, como nos entrenaron a tu madre y a mí, para que puedas enfrentarte a la violencia cuando llegue.

—¿Por qué? ¿Qué violencia? De pronto, fue como si tía Maddy se hubiera puesto una máscara que ocultaba cualquier emoción.

—Seguramente ninguna, Katie. Esto solo es una medida preventiva. Otra mentira, y esta vez Katie sintió que la rabia se removía en su interior al igual que un animal agazapado, expectante.

—¿Tiene algo que ver con el cementerio? —preguntó, pensando en aquellas tumbas abiertas cuyo contenido habían esparcido por la hierba. Decían que había sido algún animal, pero Katie no las tenía todas consigo. Si hubieran sido animales, lo habrían destrozado todo, ¿no? Pero, por lo visto, los que habían excavado en la tierra solo se habían interesado por tres o cuatro tumbas.

—No —dijo tía Maddy—. Pero podría haber otros peligros. Considéralo una precaución.

—¿Solo yo? —preguntó Katie, pensando en su estatura. No era muy menuda, pero tampoco era alta, y estaba delgada. Si tuviera que pelear contra un hombre con las manos, seguramente perdería, aunque la hubieran entrenado.

—No. Hemos escogido a varios jóvenes: tu amiga Virginia, Gavin Murphy, Jonathan Tear, Lear Williams, Jess Alcott, y algunos más.

—¿Y a Row no? —No. Rowland Finn no participara en esto, y no tiene que enterarse. Katie sintió que su rabia empezaba a soltarse. Row tenía muchas habilidades; ¿por qué los adultos no lo reconocían, por una vez? A Row le dolía esa falta de reconocimiento, aunque él se esforzaba para disimularlo, y Katie sentía ese sufrimiento como si fuera suyo.

—¿Quieres hacerlo? —le preguntó tía Maddy. Katie tragó saliva y trató de dominar al animal que se retorció en su interior. Sí, quería, pero eso significaría ocultarle algo a Row. ¿Sería capaz? Ellos no tenían secretos. Row lo sabía todo sobre ella.

—¿Puedo pensármelo? —No —contestó tía Maddy, con un tono de voz dulce y a la vez implacable—. Tienes que decidirlo ahora.

Katie se quedó mirando el suelo, pensativa. Sí, quería hacerlo. Nunca le había ocultado nada a Row, pero se sentía capaz, si era una sola vez. Sí, quería guardar ese secreto.

—De acuerdo. Tía Maddy asintió, y a continuación hizo una seña en dirección a la casa. Katie se dio la vuelta y vio que William Tear caminaba a grandes zancadas hacia ellas. Sin pensárselo, la niña se levantó de un brinco y se quedó de pie, muy tiesa. Tía Maddy le tocó el hombro una última vez y se marchó, pero Katie apenas se dio cuenta. Solo recordaba haber estado a solas con William Tear una vez, el año anterior, durante una cena, cuando habían coincidido un momento en la cocina. Katie había esperado, paralizada, sin saber qué decirle, y había sentido un gran alivio cuando él había vuelto a llevarse su plato a la mesa. Esta vez no se sintió mejor.

—No tengas miedo, Katie. —Tear ocupó el lugar que tía Maddy había dejado libre en el banco— No pasa nada. Solo quiero hablar contigo.

Katie asintió y volvió a sentarse, aunque le temblaba un músculo de la pierna y tuvo que

esforzarse para controlarlo.

—¿Quieres hacer este aprendizaje? —Sí. Contra toda lógica, Katie sintió que quería abrir la boca y dejar que las palabras salieran atropelladamente: quería decir que ella sabía guardar un secreto, que sería una buena luchadora, que nunca haría nada que pudiera perjudicar a la ciudad.

—Ya lo sé —dijo Tear, y Katie se sobresaltó—. En parte es por eso por lo que te hemos escogido a ti. No se trata solo de pelear y de manejar puñales, Katie. Ni el mejor entrenamiento del mundo serviría de nada si no hubiera confianza. Llevo años observándote. Tienes un don; todos nos hemos dado cuenta, un don para descubrir la falsedad. La ciudad necesitará a alguien así, y yo no voy a estar siempre aquí.

Katie se quedó mirándolo, perpleja. Nunca se había parado a pensar en la edad que debía de tener Tear, como a veces hacía, distraídamente, acerca de otros adultos de la ciudad. Tear debía de tener como mínimo cincuenta años, pero eso solo era una cifra; Tear no tenía edad, él simplemente existía. Sin embargo, sus palabras no dejaban lugar a dudas.

—¿Está enfermo, señor? —No. —Tear sonrió—. Todavía tengo años por vivir, Katie. Pero soy prudente. Por eso...

Metió una mano bajo su suéter de lana y sacó una bolsita que se cerraba con un cordel de piel de ciervo. Katie nunca había visto aquella bolsita, y observó, intrigada, cómo Tear la abría y vaciaba su contenido en la palma de la mano: una joya reluciente, de color azul oscuro (un zafiro, pensó Katie), cuyas numerosas facetas reflejaban la débil luz del sol. En la ciudad había muchas personas que tenían joyas que se habían llevado al emprender la Travesía, pero Katie jamás había visto una gema de aquel tamaño. Tear se la ofreció, pero ella solo se atrevía a mirarla.

—Vamos, cógela. La niña cogió la joya y comprobó que estaba caliente. Seguramente, eso se debía a que había estado en contacto con la piel del torso de Tear, pero Katie tuvo la extraña impresión de que, de alguna manera, aquella piedra estaba viva, de que respiraba.

—Quiero que me hagas una promesa, Katie. Y te advierto que es una promesa muy seria que no debes hacer a la ligera. La joya que tienes en la mano posee el poder de hacer que las personas lamenten sus mentiras.

Katie encerró el zafiro en la mano y notó que este se calentaba; ahora la sangre corría más deprisa por sus venas. Levantó la cabeza y vio algo terrible: una lágrima que resbalaba por la mejilla de Tear, una imagen incongruente con todo lo que Katie sabía de la vida.

—Prométemelo, Katie. Prométeme que harás lo mejor para esta ciudad, siempre.

Katie respiró aliviada, porque lo que estaba pidiéndole Tear no le parecía tan difícil. Sin embargo, era tan evidente que Tear estaba trastornado que se obligó a decir, despacio y con solemnidad, como si meditara muy bien cada palabra:

—Prometo hacer lo que sea mejor para la ciudad. —Hizo una pausa y, como aquellas palabras no parecían suficiente, añadió—: Si alguna vez alguien hiciera algo que pudiera perjudicar a la ciudad, se lo impediría. Lo... mataría.

Tear arqueó las cejas. —Eres una fiera. Ya lo dice tu madre. Pero no hablemos más de matar, ¿de acuerdo? —Le tendió una mano a Katie, y ella le puso el zafiro en la palma—. Espero que nunca llegue a haber violencia. Se suponía que aquí nadie tendría que matar a nadie.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor? —Por supuesto. Katie hizo acopio de valor. —A veces usted tiene visiones. Todo el mundo lo dice. —Sí. —Si la ciudad está en peligro, ¿de dónde viene esa amenaza? ¿No lo sabe? Tear negó con la cabeza y respondió: —Muchas veces mis visiones no son más que sombras, Katie. Quizá no sea nada.

—Pero usted no lo cree. —No. Aun cuando solo veo sombras, suelen ser sombras ciertas. —Levantó el zafiro y dejó que los últimos rayos de sol lo atravesaran—. Esta joya tiene un gran poder, pero también tiene sus limitaciones. No admite órdenes. Yo puedo utilizarla, pero no puedo controlarla.

—¿Dónde la consiguió? ¿En el viejo mundo? —Sí y no. La niña lo miró, desconcertada. —A lo mejor algún día te cuento la historia, Katie. Pero, de momento, bastará con que sepas que has hecho una promesa. Una promesa muy seria. Empezaremos la semana que viene, pero, hasta entonces, te pido que no hables de esto con nadie, ni siquiera con tus amigos. Todavía no hemos hablado con todos.

—¿Puedo hablarlo con mi madre? —Claro que sí. Pero con nadie más. Katie titubeó; quería preguntar por qué no estaba incluido Row. Era el adolescente más listo de la ciudad, quizá con la única excepción de Jonathan Tear. Pero entonces Katie recordó que tía Maddy también había mencionado a Jonathan. Solo era un año mayor que Katie, pero ya iba tres cursos por delante de ella en la escuela, y tenía una actitud mucho más distante de lo que correspondía a su edad. Jonathan nunca acompañaba a sus padres cuando iban a cenar a casa de Katie, y, aunque vivía en la casa de al lado, ella raramente lo veía. Poseía una inteligencia excepcional; Katie había oído decir que, incluso después de haberse saltado varios cursos, habían tenido que crear una clase especial de matemáticas para Jonathan, una especie de calculus que nadie más estaba preparado para estudiar. Pero no tenía

amigos, y en la escuela lo tenían encasillado como inadaptado. Nadie se metía con él, porque era el hijo de William Tear, pero no podía negarse que era diferente. Row no era más raro que él.

—¿Katie? Volvió la cabeza y vio que Tear le sonreía con cierta lástima, como si hubiera adivinado su confusión. La joya y su bolsita ya habían desaparecido bajo el suéter de Tear, pero Katie apenas reparó en eso. Estaba impresionada por los ojos de Tear, que no eran grises, ni siquiera gris claro, sino brillantes y traslúcidos, casi plateados bajo la última luz del sol.

—Ya no debes temerme —le dijo Tear—. ¿De acuerdo? Katie asintió, y no pudo evitar devolverle la sonrisa. Pensó en todas las veces que había criticado a Tear y a sus aduladores, y de pronto se avergonzó. Era bueno, bueno por naturaleza; Katie sentía tan intensamente esa bondad que parecía que hubiera una cuerda uniéndolos el uno al otro, y de pronto entendió que su madre hubiera cruzado el océano siguiendo a aquel hombre.

«Solo quiere lo mejor para todos —se dijo—. Esa es la verdad, más allá de todos los chismes y toda la idolatría. Ojalá pudiera explicárselo a Row.»

—Gracias —dijo Tear, y durante el resto de su vida Katie jamás olvidaría ese momento: Tear sonriéndole, la ladera y el río detrás, y una tajada sangrante de sol en el cielo. Esa vez no le devolvió la sonrisa, pues comprendió que, de alguna manera, habría arruinado la solemnidad del momento, como mínimo en su memoria—. Vamos adentro.

Katie caminó a su lado, escuchando el roce de sus pies por la hierba, escasa y áspera; pero tenía la cabeza en otro sitio. Tear tenía razón; aquello había que guardarlo en secreto. Luchas y armas... Eso chocaba tanto con las normas de la

ciudad que Katie ni siquiera podía imaginar qué pasaría si la gente llegaba a descubrirlo. Virginia Warren, Lear Williams, Gavin Murphy, Jess Alcott, Jonathan Tear, ella misma, algunos más. Pero Row no.

«¿Por qué no? —se preguntó, mirando de reojo las largas piernas de Tear y sus zapatos de gruesa lana— ¿Qué sabe él que yo no sé?»

Su madre estaba esperándolos apoyada en una pared, junto a la puerta de la cocina, con las manos detrás de la espalda.

—Ya está —le dijo Tear, y le puso una mano en el hombro—. Es verdad, es una fiera, Dori. Igual que su madre.

Tear entró, y Katie miró a su madre sin saber qué pasaría a continuación. Su madre era imprevisible; a veces era asombrosamente razonable respecto a los errores de Katie, mientras que

otras las cosas más absurdas la enfurecían. Su madre sonreía, pero tenía una mirada vigilante.

—Nunca en tu vida has guardado un secreto tan importante como este, Caitlyn Rice.

—Lo sé. —Katie se lo pensó un momento, pero al final no pudo contenerse y dijo—: ¡Row es muy inteligente, mamá! ¿Por qué no lo han elegido también a él?

—Bueno. —Su madre volvió apoyarse en la pared, y Katie se dio cuenta de que estaba escogiendo sus palabras—. Row es... un chico imprevisible.

—¿Qué quiere decir eso? —Nada. Ven y pon la mesa. Katie la siguió en silencio, mientras trataba de descifrar aquel misterio. Sabía que Row tenía un lado travieso y que le encantaba confundir a los demás. Pero lo hacía sin maldad, sin ninguna intención perversa que les impidiera a los dos recordarlo y reírse. Katie quería estar enfadada en nombre de Row, pero solo sentía tristeza. Era la única capaz de ver el verdadero valor de su amigo, y eso, en parte, le gustaba; era como si compartieran un secreto. Sin embargo, en ese momento, habría renunciado a toda aquella intimidad tan cuidadosamente preservada a cambio de que el resto de la ciudad lo conociera y lo entendiera. Y, a propósito de Row, ¿cómo iba a ocultarle todo aquello? Un aprendizaje ocupaba mucho tiempo. ¿Cómo iba a evitar que Row lo descubriera?

«Tear se encargará de eso.» La voz le salió de lo más hondo, de un lugar inquietantemente adulto, pero Katie se dio cuenta de que aquel pensamiento era cierto. Tear se encargaría. Allí había más de un secreto; Katie percibía anillos concéntricos de ocultación, ondas que se extendían por la superficie engañosamente lisa de la ciudad. Pensó en aquel zafiro enorme y se estremeció. Había prometido proteger la ciudad, y tenía intención de cumplir su promesa, pero, en el fondo, aquella otra parte de sí protestaba, la parte que estaba cansada de preocuparse por los demás, la parte que habría querido ocuparse únicamente de ella misma.

«Puedo hacer las dos cosas», insistió, pero era una insistencia un tanto histérica, desesperada, como si en el fondo ella supiera que aquello solo era un subterfugio y que algún día tendría que escoger.

Kelsea despertó sobresaltada y se encontró a oscuras. Distinguió la silueta de su carcelero, y eso la hizo ponerse en tensión, pero entonces vio que la cabeza y el torso del hombre oscilaban al ritmo del movimiento del carro. Estaba dormido. El cielo era una extensión negra, insondable y aterciopelada; aunque no había señales del amanecer, Kelsea intuyó que pronto empezaría a clarear.

«He visto.» Pasó una luz por encima del carro. Kelsea alzó la vista y vio una farola ornamentada. Al mismo tiempo se dio cuenta de que el zarandeo constante al que ya se había

acostumbrado se había transformado en un deslizamiento suave. Volvían a avanzar por terreno liso. Hacía mucho frío, y Kelsea se ciñó la capa alrededor de los hombros. Pasó otra farola, y un sinnúmero de sombras contradictorias danzaron por el suelo del carro. Sabía que tenía que incorporarse y tratar de averiguar dónde estaba, pero se quedó allí tumbada, paralizada.

—He visto —dijo en voz baja, como si las palabras pudieran influir en la realidad—. He visto.

Sin pensarlo, se llevó una mano al pecho, explorando, pero no encontró los zafiros. Hacía mucho que no los llevaba, y sin embargo, cuando Kelsea cerraba los ojos, allí estaba, extendida ante ella: la ciudad, el bosque, el Caddell, el Almont a lo lejos. ¿Cómo podía ser? Ni siquiera el mundo de Lily se le había presentado con tanta claridad.

«No es Lily.» No, no era Lily: era una niña que había crecido en el Tearling mucho antes de que el reino llevara ese nombre. Su madre era Dorian Rice, la mujer que un día había saltado al jardín de Lily Mayhew con una bala en el vientre. La niña era Katie Rice. Aquella escena correspondía a unos años después de la Travesía; Jonathan Tear tenía catorce años. Esa idea le produjo una intensa congoja a Kelsea, pues sabía que solo cinco o seis años más tarde asesinarían a Jonathan y la utopía de William Tear se sumiría en el caos.

Era muy poco tiempo. ¿Cómo podía ser que todo se hubiera derrumbado? Era un enigma sin solución, a menos que Kelsea retrocediera y encontrara ella misma las respuestas. Pero sabía por experiencia que aquellas pequeñas incursiones en el pasado podían salir muy caras.

«Tampoco tienes nada mucho mejor que hacer.» Kelsea sonrió cansinamente ante aquel pensamiento, una muestra de sentido práctico que le recordó a Maza. Verdaderamente, desde aquel carro no podía hacer gran cosa. El día anterior la caballería había cruzado la frontera y descendido desde el puerto del Argive, dejando muy atrás al grueso del ejército mort. No sabía si la Reina Roja se había quedado con su ejército o si había seguido adelante por la noche. Alzó la vista hacia el cielo, que empezaba a pasar del negro al azul oscuro, y durante unos instantes echó tanto de menos su país que creyó que volvería a llorar. Había dejado el Tearling en manos de Maza, sí, y eso la tranquilizaba. Pero no lograba librarse de la sensación de que su reino pasaba graves apuros.

Vio pasar otra farola que el viento matinal hacía oscilar ligeramente. Hasta aquel pequeño detalle de organización de los mort irritó a Kelsea. Las farolas había que encenderlas por la noche y apagarlas a primera hora de la mañana, para no malgastar aceite. ¿Quién iba a ir hasta allí, un lugar tan alejado, a apagar todas aquellas farolas? Volvió a echar de menos sus zafiros perdidos, porque las farolas también encerraban una valiosa lección: el miedo te hacía más eficiente.

«No, perdidos no.» Kelsea dio un respingo de sorpresa, porque la voz que había oído en su cabeza era, sin lugar a dudas, la de Lily. Era cierto: los zafiros no estaban completamente perdidos, pero se hallaban en posesión de la Reina Roja; a efectos prácticos, era como si estuvieran en la luna. La Reina Roja no podía utilizarlos, pero Kelsea tampoco.

«¿Por qué no puede utilizarlos? —La voz de Lily sonaba muy lejos, enterrada en lo más profundo de su pensamiento; aun así, Kelsea detectó su apremio—. Piensa, Kelsea. ¿Por qué no puede utilizarlos?»

Kelsea se concentró, pero no sirvió de nada. Row Finn había comentado algo sobre la sangre Tear; intentó recuperar ese recuerdo, pero solo consiguió que le doliera la cabeza. La Reina Roja tenía sangre Tear, había afirmado Finn, pero la de Kelsea era más poderosa. Si ya no poseía los zafiros, ¿cómo podía ser que siguiera viendo el pasado? De pronto recordó su sueño de hacía una semana: la Travesía, los barcos y el cielo oscuro con un agujero brillante en el horizonte. William Tear había abierto una puerta para viajar en el tiempo, y Kelsea, aunque con limitaciones, había hecho lo mismo: había forzado una abertura y se había asomado al pasado. ¿Y si la abertura había permanecido abierta, a pesar de que hubiera perdido los zafiros? Si la Travesía que había visto era real, todo encajaba con lo que acababa de ver: Maddy Freeman, la hermana de Lily, con unos años más pero viva y con buena salud.

Cuanto antes bajara de aquel carro, mucho mejor. Durante sus fugas perdía el control de sí misma; Maza y Pen se lo habían dicho. Se retorció para tumbarse boca arriba, y notó que unas astillas de madera le atravesaban la capa. Ojalá pudiera comunicarse con ellos, con William y Jonathan Tear, hablarles del futuro turbulento, cambiar la historia en lugar de ver cómo se desarrollaba.

De pronto apareció un cráneo por encima de su cabeza. Kelsea se incorporó bruscamente y se tapó la boca con una mano para ahogar un grito de espanto, y vio que el cráneo estaba clavado en una pica, entre dos farolas. Del mentón todavía colgaban restos de carne. Las cuencas de los ojos tenían una costra de sangre seca, ennegrecida. La luz de la farola se alejó y Kelsea perdió de vista el cráneo, pero entonces apareció otra farola y, a continuación, otro cráneo. Este era muy viejo; el viento y el tiempo habían erosionado la mandíbula y la suave curvatura alrededor de la nariz.

Bueno, al menos ya tenía la respuesta a una pregunta. Estaba en la Avenida de las Picas.

Se levantó tan silenciosamente como pudo, sujetando sus cadenas para que no hicieran ruido y no despertaran al carcelero. Estaba amaneciendo y el horizonte se teñía de rosa por el este, pero la

tierra todavía era una vasta extensión oscura, donde solo se distinguía la calzada por la que avanzaba el carro, flanqueada por picas y farolas. Estaban descendiendo por una pendiente muy pronunciada, pero Kelsea observó que a lo lejos la carretera se inclinaba bruscamente hacia una barrera enorme: una muralla, alta y bien fortificada, un baluarte negro que se destacaba contra el cielo, que empezaba a clarear. Más allá del muro, Kelsea vio las siluetas de numerosos edificios y, descollando sobre ellos, una vasta estructura coronada por agujas y torres, que identificó como torreones.

«Demesne», pensó, y se le hizo un nudo en el estómago. La antigua Evanston, capital de Nueva Europa, una ciudad construida por los colonos, ladrillo a ladrillo, en la meseta. Ahora parecía un edificio salido de una pesadilla.

Kelsea se sentó en el suelo del carro sin perder de vista a su carcelero, que estaba empezando a moverse, y se arrebujó en la capa. Intentó hacer acopio de valor, pero el pozo debía de haberse secado. Se hallaba en medio de su propia travesía, pero su viaje no se parecía en nada al de William Tear.

El suyo era un viaje a un territorio oscuro.

Cuando Ducarte entró por la puerta, la reina supo que traía malas noticias. Llevaba días esperando aquel informe y tratando de no perder la paciencia (pese a que eso iba en contra de su carácter), pues comprendía que Ducarte necesitaría tiempo para valorar la situación. Solo hacía dos semanas que le había hecho regresar de la frontera. Tras aquella escena con la niña, Ducarte ya no le servía como comandante, pues no parecía capaz de mantener la compostura. Se sobresaltaba en cuanto oía algún ruido fuerte, y a veces la reina tenía que llamarlo dos o tres veces para captar su atención. Ella confiaba en que, si Ducarte volvía a sus antiguas obligaciones, al puesto que él mismo había creado y que había hecho suyo, tal vez se recuperaría. Pero, en cuanto Ducarte entró en el salón del trono, la reina comprendió que nada había cambiado. Es más, el hombre parecía haber empeorado. Fuera lo que fuese lo que le había hecho la niña, lo había hecho muy bien, y tal vez tuviera un efecto permanente. Y sin Ducarte, la reina se encontraba en una posición más debilitada que nunca.

Se enfrentaba a una sublevación. Pese a todos sus esfuerzos, había corrido la voz de que se había marchado, y el líder de los rebeldes, Levieux, había sitiado Cite Marche. Ninguno de aquellos inútiles en los que había delegado responsabilidades habían avanzado ni un ápice en pararle los pies a Levieux ni en descubrir su identidad. Su ejército ya había regresado del Tearling, pero había

tardado más en volver de lo que había tardado en ir, y en esa lentitud la reina intuía una traición. Antes de partir, había dado órdenes explícitas al sustituto de Ducarte, el general Vine, de que colgaran del primer árbol que encontraran a cualquier soldado que cometiera el más mínimo saqueo en el Tear. Pero el general Vine no era un hombre que hiciera temblar a un ejército. Lo único que mantenía a raya a los soldados era el miedo que le tenían a la reina, y esta sospechaba que ese temor estaba reduciéndose poco a poco. Sus coroneles y generales eran leales, porque sabían que a su regreso serían compensados por su parte del botín. Pero el resto del ejército... Maldita sea, ¿cómo se le ocurría a Ducarte derrumbarse cuando la reina más lo necesitaba?

Sin embargo, no permitió que el rencor se reflejara en su cara. Se recordó que muy pocos de sus hombres podían jactarse de ser ni la mitad de competentes de lo que lo había sido Ducarte en otros tiempos. Detrás de él iban dos tenientes, y ambos eran lo bastante prudentes para permanecer en segundo plano y callados, con la vista clavada en el suelo en actitud respetuosa.

—¿Qué noticias me traes, Benin? Ducarte se desprendió de la capa y se derrumbó en una silla. Otra señal inquietante. Antes, a Ducarte no le gustaba sentarse; ahora parecía buscar constantemente un punto de apoyo.

—Cite Marche está sumida en el caos, majestad. La semana pasada, una turba irrumpió en los almacenes de la corona y se lo llevó todo: comida, cristal, acero y armas. Los soldados que estaban de guardia habían desaparecido. El alcalde Givene también ha desaparecido, y, sin él, no hay nadie con autoridad para movilizar a la milicia urbana.

—Yo tengo esa autoridad. —Por supuesto, majestad. No he querido decir... —Que salga la milicia y que recupere mis propiedades. —Eso podría resultar problemático, majestad. Hemos descubierto a unas cuantas personas con cristal y acero, pero solo una o dos piezas. Ese desgraciado, Levieux, ya ha repartido todos los artículos, y por lo visto lo ha hecho por toda la ciudad. Seguramente ya habrán consumido la comida, y para recuperar lo demás tendríamos que detener a la mitad de la población.

—¿Lo ha robado solo para regalarlo? —Eso parece, majestad. La reina permaneció impertérrita, pero por dentro sus músculos no paraban de temblar, electrificados por la cólera. Como si no fuera suficiente que hubiera invertido una fortuna en organizar una invasión que había acabado en nada. ¡Y ahora tenía que tragarse aquello!

—Cuando encuentres a Givene, quiero que lo cuelgues de las murallas de Cite Marche.

—Sí, majestad. —Ducarte titubeó un momento, y entonces preguntó—: ¿La cabeza?

—¡No, el cuerpo entero! —gritó la reina—. ¡El cuerpo entero, Benin! ¡Vivo! ¡Cuando los cuervos hagan su trabajo, ya veremos si es un buen rebelde o no!

—Sí, majestad —repitió Ducarte con voz monótona. La reina tuvo que dominar el impulso de saltar de su trono y abofetearlo. En una ocasión, hacía casi veinte años, Ducarte había capturado a un traidor de Callae y lo había despellejado vivo; inmune a los gritos de aquel infeliz, había trabajado lenta y metódicamente con su puñal, como un escultor con el cincel. El antiguo Ducarte no habría necesitado aquella aclaración. El antiguo Ducarte lo habría entendido a la primera. La reina respiró hondo y sintió que dentro de sí todo se tambaleaba.

—Y ¿qué hay de Demesne? —De momento, Demesne parece relativamente tranquila, majestad. Pero no creo que la calma dure mucho.

—¿Por qué no? —Envié a varios espías al campo, majestad, para evaluar las probabilidades de una revuelta de esclavos. No han encontrado gran cosa que deba preocuparnos en ese sentido.

La reina asintió. Los castigos impuestos a los esclavos fugados siempre habían sido lo bastante severos para crear un efecto disuasorio.

—¿Pero? —Se está produciendo una extraña migración, majestad. Las aldeas del Glace- Vert han sido abandonadas. La gente está recogiendo su ganado y todos los objetos de valor que puede transportar y se está marchando al sur. Muchos ya se han instalado en Cite Marche.

—¿Por qué? —Mis hombres estaban demasiado desperdigados para realizar interrogatorios en condiciones, majestad. Esto es solo lo que consiguieron extraer de una serie de declaraciones voluntarias. En el Fairwitch hay una antigua superstición. — Ducarte hizo una pausa y tosió un poco—. Dicen que hay un ser que merodea por las montañas y las estribaciones buscando presas jóvenes...

—El Huérfano —murmuró la reina. —¿Cómo decís, majestad? —Nada. Conozco esa superstición, Benin; es más vieja que yo. ¿Qué es lo que ha cambiado?

—Hay nuevos informes, majestad, de aldeas asaltadas no por uno, sino por todo un ejército de criaturas como esa. Mi agente en el Soto de Devin halló sangre y huesos en el suelo de varias casas vacías, y mis hombres ya han encontrado ocho aldeas abandonadas. Dos de mis espías han desaparecido; hace más de una semana que no se sabe nada de ellos.

—¿Qué otra explicación podría haber? —preguntó la reina, con un tono desprovisto de emoción, pues era una pregunta retórica.

La cosa oscura estaba de cacería. Podía decírselo a Ducarte, pero entonces él le pediría una

explicación, y ¿qué historia podía contarle?

«Una vez, hace mucho tiempo, una niña asustada huyó de una aldea del Glace- Vert. Era una exiliada, y fue a esconderse al norte. Pero en las aldeas de Glace- Vert no encontró alivio, sino solo maltrato, hasta tal punto que prefirió morir de hambre en las montañas. Estaba dispuesta a morir, pero una noche vio parpadear una llama...»

—Insisto, no tenía recursos para interrogar a esas personas, pero os aseguro, majestad, que creían en lo que estaban diciendo. Hay algo que está causando estragos en el norte, y, si sigue avanzando hacia el sur, tendremos al país entero llamando a nuestra puerta y pidiendo asilo.

La reina se recostó en el trono; notaba un desagradable tamborileo en las sienas. Dos semanas atrás había despertado de una pesadilla, la pesadilla más terrible de su vida, en la que aquella cosa oscura, que ya no tenía una apariencia espectral sino sólida, y que ya no estaba constreñida por el fuego, la perseguía por los pasillos de su castillo y por todo el nuevo mundo.

«Libre», comprendió. No importa cómo la llamen: la cosa oscura, el Huérfano... Los pobres aldeanos acosados del Fairwitch necesitaban llamarla de alguna manera, ponerle un nombre a la razón por la que a veces sus hijos desaparecían sin dejar rastro. Andaba suelta, deambulaba libremente... ¿Y se dirigía hacia allí? ¿Acaso había alguna duda?

«¡Evie!» Una voz resonaba en su cabeza, pero la reina la ahuyentó, y se quedó mirando con gesto triste a su más anciano y fiel aliado. Ducarte se inclinó hacia delante, apoyó los brazos cruzados en las rodillas y clavó la vista en el suelo. Todavía no había cumplido sesenta años, pero parecía mucho más viejo; estaba sumamente curtido y cansado. El antiguo general Ducarte, el jefe de seguridad interna cuyo nombre había hecho temblar a todo su reino... Ese hombre había muerto, y la reina lloraba su pérdida. Ducarte había sofocado la sublevación de Callae y había contribuido a consolidar el férreo dominio de la reina sobre Mortmesne. Pero estaba acabado, y de pronto la reina comprendía que enviar a Ducarte al Tearling tal vez hubiera sido el error más grave que jamás había cometido. Sin él, no había nadie que la protegiera, ni siquiera del propio ejército.

«¿Habría habido otros? —se preguntó, y esa pregunta correteó por su mente como un roedor asustado—. ¿Habré cometido otros errores?»

—¿Qué queréis hacer, majestad? La reina tamborileó con los dedos en el brazo del trono, y entonces preguntó, casi despreocupadamente:

—¿Dónde está la niña? Ducarte no mudó la expresión, pero su rostro palideció ligeramente, y en ese momento pareció que envejeciera aún más. A la reina tampoco le gustaba pensar en la niña;

el recuerdo de la escena ocurrida en la tienda de campaña era aterrador, tan aterrador que lo había escondido en el fondo de su mente. La niña sabía tantas cosas...

«¡Evie!» ... tantas cosas que la reina tenía previsto llevarse a la tumba. —La trajeron ayer, majestad. Está en la mazmorra, sana y salva. Pero Ducarte hizo una mueca al pronunciar esas palabras. —Quiero que esté bien vigilada. —¿Teméis que pueda fugarse? —Por supuesto que no. Lo que quiero evitar es que muera mientras esté detenida. Y no puede decirse que tus hombres tengan un buen historial a ese respecto, Benin. Necesito a esa niña con vida.

—Su nombre es un grito de guerra para los rebeldes. ¿No sería mejor, sencillamente, ejecutarla?

La reina golpeó el trono con el puño y tuvo el placer de ver cómo el general se sobresaltaba.

—¿Me has oído, Benin? —Sí, majestad. Con vida. Entendido. Pero la reina ya no confiaba en él. ¿Sería capaz Ducarte de volverse contra ella? Ninguna lealtad parecía ya inquebrantable. Pensó con nostalgia en Beryll, su antiguo chambelán, quien habría caminado sobre el fuego si ella se lo hubiera ordenado. Pero Beryll estaba muerto, y en su lugar ahora la reina tenía a Juliette, que se pasaba el día susurrando. En ese momento, precisamente, Julie estaba poniéndose en evidencia, apoyada en la pared y lanzándole miradas coquetas a uno de los guardias del palacio. Las otras pajes de la reina estaban repartidas por la sala y apenas prestaban atención.

—¿Qué más? —El ejército, majestad —se atrevió a decir Ducarte, y miró con nerviosismo a los dos hombres que tenía detrás—. Es un problema. Muchos soldados se negaron a volver a sus casas después de haber cumplido su deber. Hay grupos de soldados muy nutridos que celebran reuniones clandestinas. Nos llegan informes de borracheras y peleas generalizadas por toda Demesne, y después de los disturbios, cuando aparecen los muebles rotos y las mujeres violadas, el pueblo os culpa a vos.

La reina sonrió, y esta vez su voz sí reveló cierta inquina cuando dijo: —Bueno, y ¿por qué no haces algo, Benin?

—Ya no tengo influencia sobre mis hombres, majestad —admitió Ducarte con rigidez—. No les interesan ni el patriotismo ni los honores. Lo que quieren es el botín, del primero al último. Y, si no hay botín, quieren que les paguen con dinero. La reina asintió con la cabeza, pero lo que le pedía Ducarte era imposible. Siempre se había encargado personalmente de la administración del erario, y sabía con exactitud cuánto dinero había en sus cámaras acorazadas. Disponía de reservas, pero la entrada de dinero se había reducido considerablemente desde que se había interrumpido la remesa

del Tear. Era evidente que no había suficiente para pagar a miles de soldados desafectos el equivalente a lo que ellos habían creído que podrían robar durante la invasión del Tear. La Reina se planteó por un instante pagarles de todos modos una pequeña cantidad; ese gesto supondría vaciar las arcas del tesoro, pero a veces este tipo de gestos eran necesarios. La reina ya había hecho jugadas parecidas en otras ocasiones, y esa apuesta siempre había dado resultado. Pero esa idea no acababa de convencerla. Al fin y al cabo, a ella tampoco le habían pagado nada. Los dos zafiros de Tear estaban debajo de su ropa, pero no eran más que bellos adornos. Todo el poder y la invencibilidad que esperaba obtener de la invasión del Tear se habían reducido a dos trofeos vacíos que ahora colgaban entre sus pechos. Al regresar al Palais lo había intentado todo, todos los conjuros que conocía, pero las joyas no le habían hablado. Era desquiciante. Si tenía sangre Tear, como le había asegurado la cosa oscura, debería ser capaz de manejarlos. ¿Qué había sido de su poder?

Ducarte seguía esperando una solución, pero la reina no podía ofrecérsela. Sus soldados eran unos críos. Había recompensado a los altos mandos de su ejército, y con generosidad. Lo que ellos decidieran hacer con ese dinero era asunto suyo.

—Este es mi ejército —dijo por fin—. Los soldados trabajan para mí. Si lo olvidan, puedo recordárselo.

—El miedo no los contendrá eternamente, majestad. —Espera y verás, Benin. La reina se dio cuenta de que a Ducarte le habría gustado seguir discutiendo, pero, tras un momento de duda, el general volvió a adoptar aquella postura de derrota, inclinándose hacia delante y agachando la cabeza. La reina se preguntó por enésima vez qué demonios le habría hecho la niña. Ella ni siquiera era consciente de que aquel hombre fuera capaz de sentir miedo, y ahora parecía reducido a una masa temblorosa de aprensión.

—¿Algo más? —Un informe inquietante. Cuando vuestros soldados se reúnen en secreto, siempre hay alguno de mis hombres vigilando. Hace un par de días, un grupo de diez tenientes se reunió en una casa abandonada de la zona sur.

—¿Y? —A la reunión asistieron dos sacerdotes. —¿Dos sacerdotes tear? —Así es, majestad. No reconocimos al segundo, pero el que mandaba era el padre Ryan, el que se convirtió en el brazo derecho del Papa cuando ejecutaron al hermano Matthew.

La reina hizo una mueca de desprecio. Los principios del Papa del Tear eran endebles como el papel de seda, y el acuerdo al que había llegado con la reina había quedado en suspenso. El Papa no

había conseguido matar a la niña, y la reina había retirado su ejército. Ella no volvería a tocar el Tearling: aunque las joyas parecieran muertas, había jurado sobre ellas, y no tenía intención de romper ese juramento. Pero debería haber sospechado que aquel desgraciado del Arvath, aquel hipócrita, buscaría su propia conveniencia. Estaba deseando agarrarlo por el cuello.

—Y ¿cuál era el tema de la reunión? —preguntó. —Todavía no lo sé, majestad. He arrestado a dos tenientes, pero todavía no han cantado.

—Hazlos hablar inmediatamente. —Por supuesto, majestad. Pero Ducarte parecía desanimado, y la reina enseguida le leyó el pensamiento: era muy difícil evitar que la gente conspirara.

«¡Evie!»

—¡Cállate ya, por lo que más quieras! —susurró. —¿Majestad? —Nada, nada. La reina se frotó las sienes y confió en no volver a oír aquella vocecilla interior. La niña había hecho todo un espectáculo con Ducarte, pero el general no era el único perjudicado. La reina, que creía haber eliminado a Evelyn Raleigh mucho tiempo atrás, descubría ahora que por su mente todavía rondaba el inquieto fantasma de Evelyn. Ella necesitaba tranquilidad, tiempo para pensar y decidir qué hacer a continuación. Una taza de té y un baño caliente. Las respuestas llegarían; y, si no llegaban, al menos podría echar una cabezada y aclarar un poco el desorden que últimamente reinaba en su mente a todas horas. Había confiado en que los zafiros de Tear le curarían el insomnio, pero ni siquiera eso habían hecho, y ahora su principal objetivo, todos los días, era recuperar el sueño perdido la noche anterior.

De pronto se oyó un débil ruido metálico, el inconfundible sonido de una espada. Instintivamente, se levantó del trono y, de un salto, se agazapó a un lado de la tarima. Algo golpeó la parte trasera del trono, pero ella ya se había escabullido detrás de una columna. Registró fragmentos de actividad: Ducarte forcejeando con uno de sus tenientes; un puñal en el suelo, al pie de los escalones; el otro teniente avanzando con sigilo hacia la columna, blandiendo su espada.

«Asesinato», pensó la reina, sorprendida. No era insólito, pero hacía mucho tiempo que nadie osaba perpetrar uno allí. Se apoyó contra la superficie lisa y redondeada de la columna y pensó qué podía hacer. Reinaba el descontento en el ejército, sí, pero el descontento por sí solo jamás los habría impulsado a tomar medidas tan drásticas. Debían de pensar que le habían descubierto algún punto débil. ¿Acaso creían que se había retirado del Tear por debilidad? Eso era intolerable. ¿Estaría implicado Ducarte? No lo creía; era más probable que este fuera un objetivo

secundario. Nadie lo quería, ni siquiera sus propios soldados.

Se dio cuenta de que el segundo teniente iba por ella; notaba los latidos de su corazón, rápidos y débiles como los de un conejo, al otro lado de la columna. Podría matarlo sin apenas esfuerzo, pero nunca dos soldados habían tramado, ellos solos, nada semejante; necesitaba por lo menos a uno con vida. En el centro de la sala se oyó el inconfundible gargarismo de estrangulamiento. Confió en que la víctima no fuera Ducarte, pero tuvo que admitir que cabía esa posibilidad. El asesino ya estaba rodeando la columna y se acercaba a ella por la izquierda, y la reina se puso en tensión y se preparó para agarrarle la mano con la que sujetaba la espada. Pero entonces algo golpeó la columna, y la reina notó el impacto a través de los tres metros de piedra maciza. La espada del hombre cayó al suelo con gran estrépito, a los pies de la reina.

—¿Estáis bien, majestad? La reina reconoció un marcado acento tear. Se asomó por detrás de la columna y vio a una de sus pajes, la chica nueva a la que había elegido Juliette tras la muerte de Mina. No recordaba su nombre. Siguió rodeando la columna, y vio que tenía inmovilizado al teniente; este tenía la cara aplastada contra la piedra y un puñal en el cuello. La reina quedó impresionada. Pese a que era alta y musculosa para tratarse de una mujer, como todas las pajes de la reina, el soldado era más corpulento que ella, y, a pesar de ello, lo tenía sometido.

La situación en la sala del trono era hartamente elocuente. Juliette no se había movido y tampoco lo habían hecho las otras pajes. El capitán de la guardia de la reina, Ghislaine, estaba sacando a Ducarte de debajo de su atacante, y, desde donde estaba, la reina vio que en el cuello del general estaban formándose unos grandes cardenales. El otro teniente estaba muerto, con un puñal clavado en la espalda. La mayoría de los guardias privados de la reina seguían de pie contra las paredes, observando atentamente cada uno de sus movimientos. Apenas se habían movido.

«¡Santo cielo! —pensó la reina—. ¡Mi propia guardia!» Se volvió hacia la paje nueva.
—¿Cómo te llamas? —Emily, majestad.

—¡Benin! ¿Estás en condiciones de ocuparte de un prisionero? —¡Sí, estoy bien! —dijo Ducarte, casi gruñendo—. Me ha atacado por el lado ciego.

La reina apretó los labios. Nadie pillaba por sorpresa a Ducarte. Miró a la chica, Emily, evaluándola: un buen ejemplar tear, alta y rubia, con unos brazos muy musculosos. Atractiva, pero no hermosa; su rostro tenía aquella inexpresividad que la reina siempre había asociado con la inferioridad tear.

—Llegaste con la remesa —dijo la reina. —Sí, majestad. Vuestra paje seleccionó a mí el mes

pasado —confirmó la chica en una mezcla de mort y tear.

¡Una paje que ni siquiera dominaba el idioma! Juliette debía de estar desesperada. Y sin embargo, a juzgar por lo ocurrido en los últimos minutos, la reina no podía censurar su elección. Habría podido enfrentarse a los dos asesinos sin ayuda de nadie; pero eso no importaba. De todos los que estaban presentes en la sala, solo habían reaccionado dos: Ghislaine y la esclava. Había mucha gente que hablaba mort con fluidez; en cambio, últimamente no abundaba la lealtad. ¡Lástima que la chica fuera tear!

—Déjasele al general Ducarte —le dijo a Emily—. ¡Benin! ¡Quiero nombres! —Sí, majestad. Ducarte se puso en pie con dificultad. La paje nueva le entregó al prisionero mientras la reina vigilaba atentamente a Juliette, que se esforzaba para disimular su ansiedad. La reina no estaba segura de que eso revelara culpabilidad. Por lo visto estaba rodeada de traidores. Aquello parecía una antigua leyenda tear: el dictador solitario, a salvo en su castillo, tan bien vigilado que no podía salir de allí. Ducarte le había advertido que ordenar la retirada del ejército causaría graves problemas, y ahora la reina se daba cuenta de que el general había entendido mejor que ella a sus hombres. Debería haberle escuchado. Ducarte se llevó al prisionero hacia la puerta, y la reina tuvo que enfrentarse a una desagradable realidad: aquel pobre hombre era lo más parecido a un amigo que tenía. Solos, ninguno de los dos duraría mucho.

—¡Benin! El general se dio la vuelta. —¿Sí, majestad? La reina inspiró hondo; era como si tuviera que arrancarse cada palabra de la garganta. Pedir ayuda... era lo más difícil, lo más terrible. Pero se le habían acabado las opciones.

—Ya solo quedamos tú y yo, Benin. Lo sabes, ¿verdad? Ducarte asintió, contrito, y la reina descubrió algo que la sorprendió: el general la detestaba tanto como ella a él. Más adelante tendría que pensar en eso, cuando hubiera terminado aquella crisis, cuando por fin hubiera podido dormir una noche entera.

—Vete. Ducarte se marchó y se llevó al teniente con él. De todas formas, seguramente no iban a poder sonsacarle nada a aquel hombre; era fácil reclutar a traidores de un ejército insatisfecho, pero un conspirador inteligente nunca le revelaba nada al asesino, y el misterioso adversario de la reina, Levieux, ya había demostrado su inteligencia. La reina volvió a sentarse en el trono y contempló a la colección de posibles traidores que tenía ante sí: guardías, pajes, soldados, cortesanos... treinta personas como mínimo, y todos conspirando para acabar con ella. Juliette había empezado a ocuparse de retirar el cadáver, pero no paraba de lanzarle miradas cohibidas a la reina.

La reina buscó con la mirada a la esclava tear, que se había retirado y estaba apoyada en la pared con las otras pajes. Indagaría sobre los orígenes de aquella chica, se enteraría de dónde había aprendido una tear a manejar así el puñal. Pero eso sería más tarde; había otras preocupaciones más acuciantes. En el Glace-Vert se habían vaciado aldeas enteras. La reina ya no estaba al mando de un ejército, sino solo de una pandilla de degolladores. El Huérfano, o la cosa oscura, o como fuera que lo llamasen, estaba cada vez más cerca, y ella no tenía nada con que detenerlo. La niña tal vez le sirviera de algo, pero eso era un imponderable muy peligroso, y la reina detestaba los imponderables por encima de todo. De pronto sintió ganas de gritar, de lanzar algo, de hacer cualquier cosa para que dejaran de mirarla todos fijamente, atentos por si cometía otra equivocación.

—¿Emily, verdad? —le preguntó a la esclava. —Sí, majestad. La reina se quedó mirándola un instante. Se dio cuenta de que ya no podía confiar en nadie, pero quizá una esclava tear fuera la mejor opción. Por lo general, los tear que llegaban en la remesa no conservaban la lealtad a su reino; normalmente sentían un profundo odio por él. Era arriesgado, muy arriesgado, permitirle a una esclava tear que tuviera acceso a la reina tear, pero al menos la chica había reaccionado, y... maldita sea, no podía decir lo mismo del resto de los presentes, ni siquiera de sus propios guardias. Volvió a pensar con añoranza en Beryll, y en una época en que la lealtad no se ponía en duda.

—Ya no eres paje —le dijo la reina—. Tienes un encargo especial. Baja a mi mazmorra. Quiero un informe detallado sobre la situación de la reina tear. Quiero saber en qué estado se encuentra. Entérate de si ha hecho alguna petición a sus carceleros.

La chica asintió, y miró, triunfante, a Juliette, cuyo rostro se ensombreció aún más. No eran amigas; eso era buena señal.

—Y búscate un profesor de mort. Estudia y esfuérzate. No quiero volverte a oír hablar en tear.

Otra buena señal: Emily no replicó ni hizo preguntas, sino que se limitó a asentir y marcharse.

La reina volvió a su trono, pero, una vez allí, pareció que no podía dejar de contemplar la mancha de sangre del suelo. Sublevación y revuelta. Ningún gobernante había sido capaz de contenerlas mucho tiempo, al menos por la fuerza. Levieux y la cosa oscura... La reina se preguntó si estarían trabajando juntos. Pero no, la cosa oscura nunca se rebajaría a trabajar con nadie. Hasta la reina, que en otros tiempos había creído que eran socios, había sido solo un peón. La cosa oscura esperaría hasta que la reina se hubiera debilitado, hasta que la rebelión que se extendía por Mortmesne hubiera hecho lo peor, y entonces iría por ella.

«Podría huir», pensó la reina, pero no era más que una idea vacua. La odiaban por igual en el Cadare y en Callae. Solo quedaban el norte, donde aguardaba la cosa oscura, y el oeste, la peor de todas las opciones. Si la capturaban los tear, la harían pedazos únicamente por el placer de oírla gritar. Y aunque lograra huir y ocultarse en oscuros agujeros y rincones, ¿qué clase de vida sería aquella para una mujer acostumbrada a ver cómo reinos enteros danzaban a su antojo?

«¡Evie! ¡Ven aquí!» —No —susurró. Mucho antes de que el Tear enviara su primera remesa, ella ya había sido esclava, y no podía volver a serlo. Prefería morir. Pensó en la pesadilla recurrente que llevaba meses atormentándola: la última huida, la niña, el fuego avvicinándose y el hombre de gris detrás. «Huirás», le había dicho la cosa oscura, y quizá lo hiciera, pero solo en el último momento, cuando ya no le quedara nada. Levantó la barbilla, y miró a todos aquellos traidores.

—El siguiente.

Demesne

¡Qué orgullosa está esta gente de su odio! El odio es fácil, y además es perezoso. El amor es lo que exige esfuerzo, el amor es lo que nos exige un precio a cada uno de nosotros. El amor cuesta; ese es su valor.

Las palabras de la reina Glynn, recopilación del Padre Tyler

A lo largo de tantos años de entrar y salir con sigilo de todo tipo de escenarios imaginables, el Traedor había comprobado que la habilidad más valiosa consistía en saber adoptar el paso correcto. Si ibas demasiado deprisa, levantabas sospechas. Si ibas demasiado despacio, parecías perdido. Pero el ritmo adecuado, los andares seguros de quien se sentía cómodo en el lugar, era casi un poder mágico para ganarse la confianza de guardias y centinelas.

Subió, imperturbable, por la escalera, con los andares propios de un hombre mucho más pesado y sin prisa por llegar a su destino. Llevaba una capa de guardia del Arvath, pero bajo la capucha sus ojos lo registraban todo, atentos a cualquier movimiento. Eran las tres y media de la madrugada y casi todos los ocupantes del Arvath dormían. Pero no todos; el Traedor oía actividad más arriba: el sonido de muchas voces bajaba de los pisos superiores por el hueco de la escalera. Una nueva mafia. Cuando habían ungido al Santo Padre, los devotos de la ciudad habían celebrado el acontecimiento con una vigilia de tres días delante del Arvath. Eran los mismos que creían que el Santo Padre restablecería el esplendor de la Iglesia, un esplendor que había ido erosionándose desde que la reina Glynn ocupara el trono. Era de ese sector demográfico de donde el Santo Padre sacaba sus mafias.

«Si yo os contara —pensó el Traedor, un pensamiento teñido de negro, y entonces, en lugar de ver al Santo Padre, vio a Row, envuelto en blanco—. Si yo os contara lo que sé de la Iglesia de Dios.»

Las mafias eran crueles; ya habían sacrificado a varios «pecadores» en diversos rincones de la ciudad. Pero lo peor estaba por llegar. El nuevo Santo Padre había contratado a más de veinticinco contables para el Arvath, pero hasta el observador menos avezado se habría dado cuenta de que aquellos hombres no eran contables sino ejecutores. Howell había seguido a unos cuantos por la

ciudad, por las Tripas y el distrito de los almacenes, e incluso por la Guardería, donde aquellos hombres traficaban con cualquier obscenidad que pudiera procurarles un buen rendimiento. El Traedor intuía que bajo las calles, en la oscuridad, estaba forjándose un vasto imperio criminal.

Evidentemente, en el Tearling abundaban los gánsteres; el tesorero de la reina era uno de ellos. Pero aquello era la Iglesia, y el Traedor, que en su infancia había pertenecido a la Iglesia de Dios, daba mucha importancia a esa diferencia. Criminales y proxenetas... ¿De qué se extrañaba? ¿Por qué seguía sorprendiéndole que existieran? Pero la pena que sentía ahora era la misma que había sentido en el pasado.

Antes de morir, Thomas Raleigh le había revelado al Traedor que el Santo Padre era quien tenía la corona. Thomas había ofrecido infinidad de pequeños sobornos para recuperarla, pero al menos había tenido la decencia de no conceder lo que más deseaba el antiguo Santo Padre: una exención de impuestos permanente para la Iglesia. Al fin y al cabo, solo era una corona; pero el Traedor, que siempre había tenido facilidad para entender a Thomas, veía otra realidad en los ojos del condenado: aunque lo negara, codiciaba intensamente la corona. No tenía ni idea de qué poderes tenía (y el Traedor tampoco), pero aquel aro de plata simbolizaba algo que Thomas necesitaba demostrar. En el último momento, antes de la ejecución, el Traedor se había compadecido de él, pero no lo suficiente para detener el hacha.

Unas semanas atrás, justo antes de que capturarán a la reina, Howell se había enterado de que habían robado algo del Arvath. Los ejecutores del Santo Padre no tenían ni idea de qué era, pero sí sabían que se guardaba en una caja de madera de cerezo lustrada; esa información era lo que había hecho aguzar el oído a Howell. Los hombres del Traedor nunca habían visto esa caja, pero el Traedor sí, mucho tiempo atrás, en las manos del hombre a quien entonces consideraba su amigo. Evitar que cayera en manos de Row era primordial, pero había otras manos casi tan maléficas como las suyas. La Iglesia entera buscaba al sacerdote de la Ciudadela, el padre Tyler, y el precio que le habían puesto a su cabeza aumentaba día a día. Si el sacerdote de la Ciudadela se había llevado la corona, el Traedor no la encontraría por mucho que merodeara por el Arvath. Pero el día anterior había visto algo interesante, y si algo le había enseñado la vida era que tener más información de la imprescindible nunca era mala cosa. Muchas veces, los detalles que uno conocía por accidente resultaban útiles más adelante.

Ante él tenía a una mujer de pelo castaño oscuro; estaba sentada en un banco del pasillo que recorría las dependencias de los hermanos. Tenía la cara hecha trizas; seguramente se la habían

cortado con una navaja. No le habían cosido los cortes, y su cara parecía una labor de retazos de sangre seca y piel infectada, con burdas costuras. Al ver acercarse al Traedor, clavó la vista en el suelo.

Howell no le había hablado de esa mujer, pero el Traedor había recogido suficientes rumores en las cocinas para saber que se llamaba Maya y que había sido una de las concubinas del Santo Padre. El Traedor, que sabía reconocer a un personaje prometedor, llevaba años vigilando atentamente al cardenal Anders, y sabía que siempre tenía dos concubinas, ni una más ni una menos. Si bien se las ocultaba al pueblo, aquellas mujeres no eran ningún secreto en el Arvath. Venían de la prostitución, y casi todas volvían a ejercerla cuando Anders se cansaba de ellas. Pero aquella, Maya, ya no podría volver a trabajar. Como todas las mujeres del Santo Padre, era adicta a la morfina, y el Traedor supuso que su adicción era lo único por lo que seguía sentada obedientemente en aquel banco. Seguramente no pensaba en nada más que en su siguiente dosis, pero el Traedor sabía que su muerte no podía estar muy lejana.

Aun así, era un enigma. Anders nunca les había hecho cortes en la cara a sus mujeres. Era un hombre violento, desde luego, pero siempre había reservado esa violencia para sus exhibiciones antisodomía. Además no había intentado ocultar a Maya; la mujer estaba a la vista de todos. La estaban castigando, estaban mostrándola como un ejemplo. El Traedor estaba decidido a averiguar por qué.

El Traedor le tocó un hombro, y la mujer levantó la cabeza. Las heridas que tenía en la cara eran ostentosamente visibles incluso bajo la débil luz de las antorchas; una ascendía hasta la comisura de un ojo. Parecía que hubiera llorado lágrimas de sangre, y eso hizo que el Traedor volviera a pensar en Row. Emocionado por el descubrimiento de aquella mujer, se había olvidado del infierno que asolaba la región septentrional de ambos reinos, el Tear y Mortmesne. Ese era uno de los numerosos peligros de Row: era sumamente fácil ignorarlo hasta que ya era demasiado tarde.

—Tú eres el Traedor —murmuró Maya. Tras un momento de desconcierto, el Traedor recordó que llevaba puesta su máscara. Se le olvidaba a menudo; estaba tan acostumbrado al tacto del cuero que era como si formara parte de su cara. A lo lejos, en las profundidades del Arvath, oyó un reloj que daba las dos.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó la joven. El Traedor le acarició el pelo con delicadeza, apartándoselo de la frente. A menudo empleaba el artificio para conseguir lo que quería, sobre todo de las mujeres, pero esta vez no había falsedad. En el Tearling se daban muchos casos de malos

tratos, y sin embargo el Traedor no recordaba haber visto a ninguna mujer tan maltratada como aquella. Creyó oír la voz de William Tear en algún rincón de su mente.

«Dios no se contenta con lo suyo. Ten fe, o no la tengas; la fe de tu vecino te perjudicará tanto como la tuya propia.»

El Traedor casi dejó escapar un quejido. Todos se lo habían oído decir, todos; habían oído a William Tear pronunciar esas palabras (o alguna variación de ellas) muchas veces, pero nunca le habían hecho caso. Para todos ellos, nacidos después de la Travesía, sin ningún marco de referencia, las palabras de Tear carecían de significado. El Traedor había pertenecido a la Iglesia de Dios el tiempo suficiente para saber que la carnicería que tenía delante no tenía nada que ver ni con Dios ni con el bien. La crueldad se camuflaba muy bien bajo la cruz.

«No le escuchamos. »No, tú no le escuchaste. Katie sí.» Era cierto: ella sí le había escuchado. Había pagado por ello: la habían condenado al exilio cuando estaba embarazada del hijo de Jonathan. De pronto el Traedor lamentó profundamente no poder hablar con Katie aunque solo fueran cinco minutos, solo para disculparse, para darle la razón. Gavin, el joven, era demasiado orgulloso para pensar en pedir disculpas, pero el Traedor había descubierto que con la edad surgía esa necesidad de hacer las paces. Pero ya era demasiado tarde para pedirle perdón a Katie. Ante él solo estaba aquella mujer con la cara destrozada por una navaja.

—¿Por qué te ha hecho esto? —preguntó el Traedor. —Porque dejé escapar al sacerdote de la Ciudadela. —¿Por qué? Maya se quedó mirándolo con los ojos empañados. —El viejo era bueno. Escuchaba. Decía que la reina era buena... Hizo una pausa y miró alrededor, y el Traedor se dio cuenta de que se había equivocado: no era la morfina lo que la inmovilizaba, sino el síndrome de abstinencia. Tenía la piel del cuello y los hombros empapados de sudor.

—Buena —continuó Maya con la voz un poco más ronca; tenía espasmos musculares que le constreñían las cuerdas vocales—. Decía que era buena. Y yo pensé, pues si ella es buena, no deberíamos permitir que Anders se la quite. No deberíamos permitirlo.

—Quitarle ¿qué? —La corona. Le gustaba probársela cuando nadie lo veía, y, hasta cuando estaba muy drogada, yo pensaba: no es suya; le pertenece a la reina. Él no debería llevarla.

—Parpadeó lentamente; el Traedor pensó que debía de estar a punto de perder el conocimiento—. Cuando vino el viejo, vi mi oportunidad y salté. El Traedor quería hacerle más preguntas, pero se le agotaba el tiempo. —Esa corona ... ¿cómo era? —De plata. Un círculo. Con zafiros azules. En una caja muy bonita. —¿Y el sacerdote de la Ciudadela se la llevó? Maya asintió. —¿Dónde está él?

—No lo sé. Dicen que logró huir, que se llevó con él al padre Seth. Cuando se enteró Anders, me cortó la cara.

El Traedor arrugó la frente, y se le retorcieron las tripas. Muy pocos en el Tear sabían que el aro de plata que los Raleigh habían llevado durante siglos solo era una imitación. La corona auténtica había desaparecido por completo, junto con su caja de madera de cerezo. El Traedor sospechaba que se la había llevado Katie, pero nunca había estado seguro. Dondequiera que estuviese la corona ahora, al menos durante un breve período había estado allí, en el Arvath, y él la había perdido. ¿Dos monjes de clausura del Arvath, solos, en Nueva Londres? Se estremeció al pensarlo.

—¿Te dan droga? —le preguntó a Maya. —Sí. Todos los días, una dosis muy pequeña, apenas suficiente... El Traedor hizo una mueca. —¿No te vas a quedar a hacerme compañía? —preguntó Maya—. No me da miedo tu máscara.

—Pues eres la única —murmuró el Traedor. Hasta él había acabado temiendo la máscara, porque ya no sabía quién era el hombre que había debajo. ¿El forajido? ¿El traidor atribulado a quien habían obligado a esconderse, y que llevaba la máscara únicamente porque no soportaba pensar que alguien pudiera reconocerlo? ¿O un chico llamado Gavin, un chico que anhelaba tanto tener razón, demostrar su astucia, que se lo había puesto en bandeja al más astuto de los manipuladores?

«¿Cuál de ellos eres?» No lo sabía. Llevaba más de trescientos años recorriendo el Tear, y a veces tenía la impresión de que no era un hombre, sino solo una colección de fases, varios hombres diferentes, cada uno con su vida.

«Pero ¿cuál eres ahora?, seguía insistiendo su conciencia, implacable. »¿En quién te has convertido?» Ah, esa era la cuestión. El chico, Gavin, habría dejado a la mujer mutilada en aquel banco una vez cumplido su propósito y extraída la información. El hombre, el Traedor, quizá la hubiera rescatado, pero únicamente para aumentar el esplendor de su leyenda, como la vez que se había llevado a una concubina desgraciada delante de las mismas narices de Thomas Raleigh.

Metió la mano en el fondo del bolsillo interior de su camisa y sacó un paquete envuelto con tela. Dentro había varias jeringuillas y una cantidad considerable de morfina de alta calidad. No había creído que fuera a necesitar aquello, pero se lo había llevado por si acaso. Desenvolvió el paquete y chasqueó los dedos ante la cara de Maya.

—Escúchame. —Le puso las ampollas en la mano—. Esto es para ti. Escóndelo bien. Maya

enfocó la mirada al ver las ampollas y las jeringuillas. —¿Para mí? —Sí. Por si acaso. —Le dio unas palmaditas en la mejilla para que lo mirara —. Es Grandmile. Muy potente, mucho más que lo que te proporcionaba el Santo Padre. Si la tomaras toda de golpe, no sobrevivirías ni una noche.

Ella lo miró fijamente, con el paquete encerrado en un puño. El Traedor retrocedió de puntillas y la dejó sentada en el banco. Por su cabeza pasó, fugaz, la idea de subir y acabar con el Santo Padre de una vez por todas, pero entonces se dio cuenta de que no podía; quizá al final lo necesitara, y, aunque no fuera así, había muchos sacerdotes ambiciosos como él, o quizá peores, esperando detrás. No, era mejor que desapareciera sin más, que se esfumara, como siempre había hecho. Y sin embargo no podía evitarlo: se odiaba a sí mismo.

—Dios mío —dijo en voz baja, y pese a estar, en ese mismo momento, recorriendo el templo más antiguo del nuevo mundo, sabía que no le estaba hablando a nadie. Suponiendo que Dios hubiera estado alguna vez en el Tearling, hacía mucho tiempo que se había marchado.

Javel no se tenía en pie. Llevaba casi toda la mañana paseándose delante de la ventana, que estaba salpicada de gotitas diminutas. Hacía dos semanas que en Demesne llovía de forma intermitente, y las calles sin asfaltar de aquel barrio, el Breen, se habían convertido en una ciénaga. El invierno siempre llegaba a la capital mort varias semanas antes que a Nueva Londres; Javel se alegraba de que Galen hubiera insistido en que llevaran ropa más gruesa. A veces la cautela de Galen era un fastidio (era como tener a tu madre al lado), pero muchas otras esa cautela estaba justificada. Javel había aprendido a confiar en el instinto de aquel hombre y, unos días atrás, cuando Galen les propuso marcharse y buscar un nuevo alojamiento, habían recogido sus cosas y se habían trasladado al Breen.

Javel no había imaginado que Demesne pudiera gustarle. Antes incluso de arrebatarse a Allie, Mortmesne era el reino oscuro y malvado de los cuentos de hadas que le habían contado a Javel de pequeño. Pero al fin y al cabo Demesne solo era una ciudad, compuesta de calles, callejones y edificios, y Javel siempre había vivido en una ciudad. Demesne era más grande que Nueva Londres, y contaba con construcciones imponentes; la mayoría de sus edificios eran de ladrillo, y no de madera. Las ventanas brillaban a lo largo de las calles, pues en Mortmesne el cristal era casi tan barato como el ladrillo, consecuencia de la superabundancia proveniente de Cadare. La Reina Roja no era imbécil; se había asegurado de que en Mortmesne todos pudieran permitirse comprar cristal, incluso los pobres. La ciudad estaba llena de pequeños detalles como ese, signos aparentes de calidad de vida, plazas y parques públicos. Era la fachada de un país abierto y sencillo,

incongruente con la imagen de Mortmesne que Javel siempre había tenido.

Sin embargo, las plazas y los parques eran objeto de una estrecha vigilancia por parte del departamento de seguridad interna de la reina, que controlaba quién se reunía con quién. Las ventanas implicaban que no se pudieran ocultar muchas cosas.

—Tranquilízate, centinela —murmuró Galen desde la mesa, donde estaba escribiéndole un mensaje a Maza—. Vas a gastar la alfombra.

Javel se paró delante de la ventana, y entonces notó el retumbar de fuertes golpes bajo los pies. Fundiciones de acero, fábricas de ladrillos y otras industrias funcionaban bajo las calles, y el ruido era espantoso, incluso en el interior de los edificios. Ese estruendo hacía que los locales de las plantas bajas fueran baratísimos, y ellos ya llevaba dos días en la taberna Meiklejohn, pagándole un alquiler diario al dueño, un individuo con muy mal genio. Galen, siempre tan prudente, no estaba seguro de que fuera conveniente proponerle a Javel que se alojara en una taberna, pero no había ningún peligro. Los pubs de Demesne no eran como los de Nueva Londres, antros oscuros donde uno podía perderse y ahogarse. Además, Javel jamás había tenido menos ganas de beber. Dyer llevaba toda la noche fuera, pero no tardaría en regresar, y, con un poco de suerte, volvería sabiendo dónde se encontraba Allie.

Formaban un grupo de lo más variopinto. Aunque fuera guardia real, Galen era demasiado mayor para participar en semejante misión. Dyer y Javel habían alcanzado un precario equilibrio entre la cordialidad y la desconfianza, pero Javel sabía que, en el fondo, Dyer habría dado cualquier cosa por poder atravesarlo con la espada. A Dyer le gustaba atormentarlo, lo que no era nada difícil, porque Javel no podía rebatir los dos temas recurrentes de Dyer: Javel era un traidor y Javel era un borracho. En más de una ocasión Galen les había obligado a callar cuando la discusión estaba a punto de dar paso a la violencia (pese a ser Javel consciente de que saldría muy mal parado del enfrentamiento), pero sus treguas siempre eran efímeras. Dyer lo odiaba, y a veces Javel se planteaba decirle la verdad para no hacerle perder el tiempo: era imposible que Dyer lo odiara más de lo que Javel se odiaba a sí mismo.

Con todo, su curiosa asociación casi siempre resultaba eficaz. Galen, que había crecido en una aldea fronteriza, hablaba un mort excelente, y podía mezclarse con los habitantes de la ciudad sin ningún problema. Siempre le dejaban hablar a él: Dyer también sabía mort, pero lo hablaba con un poco de acento que un oído atento habría podido detectar; y a Javel, que no lo hablaba, no le dejaban abrir la boca. Javel tenía que admitir que Galen era un negociador muy espabilado. Les

había conseguido alojamiento muy barato en el local de Meiklejohn, y, lo que era aún más importante, se había asegurado de que el casero los dejaría en paz.

Después estaba Dyer. Javel había dado por hecho que a Dyer lo habían enviado, sobre todo, por ser uno de los mejores espadas de la reina. Sin embargo, tenía otros talentos: solo había tardado dos días en ligar con una chica de la Oficina de Subastas. Desde entonces, había habido varios encuentros más, de los que Dyer regresaba con un aire cada vez más insoportable de haber hecho un gran sacrificio por la reina y por el país. Se hacían pasar los tres por mercaderes venidos del sur, y Dyer fingía, además, un truculento interés por el comercio de esclavos. Se suponía que, la noche anterior, la chica iba a enseñarle la Oficina de Subastas, pero esa mañana, al despertar Javel, Dyer todavía no había regresado. Lo único que podía hacer para calmar su nerviosismo era pasearse delante de la ventana. En las listas del subastador figuraban el nombre, la ubicación y el origen de todos los esclavos de Mortmesne, pues la oficina de Gain Broussard era casi tan eficiente como la desmantelada Junta del Censo de Thorne. Hacía casi un mes que la noticia había llegado a Demesne: Arlen Thorne había muerto. La reina Glynn lo había ejecutado, y por lo visto hasta los mort estaban de acuerdo en que era mejor así. Pero a Javel la noticia de la muerte de Thorne no le había procurado la satisfacción que él esperaba, sino solo una sensación de futilidad. Habría apostado hasta su última libra a que Thorne había muerto convencido de que no había hecho nada malo; y aunque hubiera sentido, en el último momento, algo parecido al arrepentimiento, el mundo seguía lleno de Thornes.

—¿Ya volvemos a empezar? —observó Galen—. Si no puedes estarte quieto, tendré que atarte a una silla.

—Lo siento —masculló Javel, y se detuvo. Abrigar esperanzas era terrible. A veces añoraba los viejos tiempos. Los seis últimos años que había pasado en Nueva Londres habían sido muy tristes, sí, pero al menos allí se había impuesto la certeza de que jamás volvería a ver a su mujer.

En la calle, la llovizna constante había dejado paso a un aguacero, y, a ambos lados de la calle, los vendedores que pregonaban sus mercancías empezaban a recoger sus puestos. Justo debajo de la ventana de Javel, en la acera, había un montón de estiércol de caballo que nadie se había molestado en recoger. Por muchas ventanas que hubiera, aquel no era un buen barrio. Aunque Demesne no tenía una zona que pudiera compararse a las Tripas, donde no había prácticamente nadie que no tuviera malas intenciones, en su exploración de la ciudad, Javel había encontrado muchos barrios a los que no habían llegado las mejoras de la Reina Roja y donde imperaba la

decadencia. Había marcado esos lugares en un mapa, dentro de su cabeza. Esa era su utilidad, la razón por la que no se sentía completamente inútil en aquella misión. Dyer se había pasado casi toda la vida en la Ciudadela, y Galen era, más o menos, un chico de campo que se había convertido en guardia real. Pero ambos se sentían intimidados por las dimensiones de Demesne, por la dificultad de orientarse en ella, y siempre que tenían alguna pregunta sobre la geografía de la ciudad acudían a Javel.

En los veinte minutos que llevaba delante de la ventana, Javel ya había visto pasar a tres compañías de soldados mort. Si bien allí no había ningún barrio como las Tripas, de alguna manera toda la ciudad lo era, y cada uno se ocupaba de lo suyo y miraba para otro lado. No daba la impresión de que los habitantes de Demesne consideraran que se hallaban bajo una ley marcial, pero la fuerza policial permanente de la ciudad patrullaba las calles incesantemente. Javel no había visto disturbios, aunque Galen había comentado que el Tearling, incluso bajo Thomas Raleigh, siempre había sido mucho más tolerante con las protestas civiles que Mortmesne. Galen creía que los soldados eran una medida preventiva, y tenía razón. Hasta ellos, en su condición de forasteros, percibían algo diferente en la ciudad, un murmullo de descontento en los barrios tranquilos. A Galen, que nunca olvidaba que era guardia real, le gustaba sentarse en una taberna por la noche, con una jarra de cerveza que le duraba horas, y recopilar información para Maza, y últimamente había oído muchas cosas interesantes. La reina del Tearling (a quien en Demesne todos tenían por una bruja temible) había entrado en el campamento mort y había hecho retroceder al ejército mort frente a las mismas puertas de Nueva Londres, tal como había hecho su madre, aunque nadie sabía muy bien cómo lo había logrado. Javel se preguntó si la reina habría vuelto a instaurar la remesa, pero enseguida lo descartó. Él no sentía por ella la misma devoción que le profesaban Galen y Dyer, pero no se había olvidado de lo que había visto en los jardines de la Ciudadela, cuando la reina había abierto las jaulas, y estaba convencido de que ella habría preferido cortarse el cuello antes que reanudar el tráfico de esclavos.

Dyer y Galen estaban preocupados por la reina (aunque ambos trataban de disimularlo), pero ya no había más noticias sobre ella, al menos en los pubs. Los otros cotilleos versaban sobre las dificultades de Mortmesne, que eran numerosas. Una epidemia asolaba la región septentrional, vaciando las aldeas y dispersando a sus habitantes. En las ciudades del norte, Cite Marche y Arc Nord, había surgido una insurrección. Los rebeldes empezaban a trasladar su resistencia hacia Demesne, y Demesne se preparaba para recibirlos. Como ya no había esclavos que vender, muchos

ciudadanos habían perdido su empleo y muchas industrias se resentían de la escasez de mano de obra. Hasta la chica de la Oficina de Subastas le había confesado a Dyer que vivía con miedo a que la despidieran. La inestabilidad económica de Demesne iba en aumento, y en la ciudad todos señalaban a la Reina Roja como la única culpable. La invasión del Tearling, que debería haber inyectado un capital muy necesario en la ciudad al regreso del ejército, no había aportado nada.

Javel había dado por hecho que el regreso de los soldados calmaría el descontento de los ciudadanos. Pero no había sido así, y los problemas de la Reina Roja no habían hecho sino agravarse. Los dos guardias pensaban que todo aquel caos era bueno y que les facilitaría el trabajo. Javel confiaba en que tuvieran razón. —¡Señor! Se oyeron golpes en la puerta. Era la voz de Dyer, y Javel se dio cuenta, contrariado, de que el guardia se las había ingeniado para pasar por delante de su ventana sin que él lo viera. Galen le hizo una señal con la cabeza, y Javel fue a abrir la puerta, y casi se cayó hacia atrás cuando Dyer irrumpió jadeando en la habitación.

—Venga, señor. Rápido. Galen se levantó y cogió su capa. Aquello era algo que Javel admiraba de la Guardia Real: nada de discusiones, nada de peleas tontas; cuando había que actuar, las preguntas pasaban a un segundo plano. Quería preguntar por Allie, pero la profesionalidad de Galen le hizo avergonzarse y callar. Nadie le había invitado, pero de todas formas los siguió, y al salir cerró con llave las habitaciones. Tuvo que darse prisa, porque los dos guardias pasaron dando zancadas por delante del furibundo dueño de la taberna y no aminoraron el paso hasta que llegaron a la calle. La lluvia había vuelto a reducirse a llovizna, casi una niebla. La atmósfera apestaba al olor acre del humo de las fundiciones de acero. A su derecha, por encima de los edificios, Javel atisbaba las torrecillas más altas del palacio, y la bandera roja que ondeaba en lo alto para recordar al pueblo de Demesne que el reinado de la Reina Roja había empezado con sangre.

Los dos guardias reales corrían a una velocidad considerable, suficiente para que Javel sintiera que iban a estallarle los pulmones, pero cuando ya habían recorrido casi dos kilómetros redujeron el paso. Estaban acercándose a la Rue Grange, la enorme avenida que dividía Demesne en dos mitades. A Javel le gustaba explorar la ciudad, pero, si podía, intentaba evitar la Rue Grange, pues era la entrada principal por la puerta occidental de Demesne, donde empezaba la Avenida de las Picas. Javel jamás olvidaría que, unos años atrás, Allie debía de haber recorrido aquella avenida dentro de su jaula. Pero Dyer los llevó en esa dirección, y Javel no tuvo más remedio que seguirlos. Cada vez había más gente a medida que se acercaban a la Rue Grange; todas las calles laterales estaban atestadas, pero los dos corpulentos guardias reales se abrían paso entre la muchedumbre sin

grandes dificultades, y Javel no se separaba de ellos.

Cuando por fin llegaron a la Rue Grange, se vieron obligados a detenerse; ya no quedaba espacio, sencillamente. La gente había despejado el centro de la avenida al ver acercarse a varios cientos de caballos de tiro que desfilaban ordenadamente hacia el Palais. El suelo temblaba bajo el impacto de sus cascos, pero Javel solo oía el rugido de la multitud.

—¿Qué es esto? —le gritó a Dyer al oído. No le habría sorprendido que Dyer se hubiera dado la vuelta y le hubiera arreado un tortazo (no habría sido la primera vez), pero Dyer no le prestó atención. Tenía la vista fija en las columnas interminables de caballos, como si buscara algo.

—¡Allí! —gritó. Javel se puso de puntillas y asomó la cabeza por detrás de los hombros de los guardias reales. Al cabo de unos segundos distinguió algo: un carro descubierto que iba en el centro de la columna mort, y, sentada en aquel carro, mirando hacia atrás, una figura con una capucha que casi le tapaba la cara por completo.

—¿Quién es? —volvió a gritar. Esta vez Dyer se dignó reparar en él, aunque hizo una mueca de repugnancia con los labios cuando respondió:

—Es la reina, borracho de mierda. Javel quiso contestarle a gritos que él no era ningún borracho; ya llevaba seis meses completamente sobrio. Pero no lo hizo, porque las palabras de Dyer lo paralizaron.

—¿La reina? —Sí, la reina —confirmó Dyer con desdén—. La han hecho prisionera mientras estábamos atrapados aquí, haciendo el idiota contigo.

Javel volvió a ponerse de puntillas y fijó la vista en el carro, que estaba muy cerca de ellos. Era cierto que el contorno de los hombros sugería que la figura era una mujer; igual que las muñecas, que llevaba encadenadas al carro. A medida que se acercaba, los gritos del público aumentaban, y un trozo de algo que parecía carne cruda salió volando desde el lado opuesto de la calle y estuvo a punto de darle en la cabeza a la reina.

—¿Qué hacemos? —le gritó a Galen. Javel notó un roce en la cintura. Miró y vio a un carterista muy entretenido buscando debajo de su capa. Solo era un crío, y Javel lo apartó de un empujón.

—¡Joder! —gritó Galen. Javel levantó la cabeza y vio que el carro ya había pasado de largo, lo suficiente para que pudieran distinguir bajo la capucha el rostro de la prisionera. Le habían dado una paliza; tenía el labio inferior partido y un cardenal tremendo le adornaba el ojo derecho. Pero aquellos ojos verdes eran inconfundibles; con ellos la reina escudriñaba aquella turba, aunque la

gente la insultara y le lanzara puñados de barro. Durante un instante que pareció interminable, Javel tuvo la certeza de que su mirada se había fijado en ellos tres, y que el ojo bueno de la reina se había clavado en el suyo. Y entonces el carro se perdió de vista.

Dyer empezó a desenvainar su espada, y Javel sintió que el pánico lo atenazaba. ¿De verdad quería Dyer que el ejército mort se les echara encima? ¿Ya, allí mismo? ¿Y Allie?

De detrás de ellos salió una mano furtiva que agarró a Dyer, y una voz susurró en tear:

—¡No hagas nada! Se volvieron rápidamente y vieron a un grupo de hombres vestidos de negro detrás de ellos. El jefe no era muy corpulento, pero lo rodeaban otros más altos que él, y al menos uno era demasiado robusto tanto para Dyer como para Galen. Si era una patrulla mort, ya podían darse por vencidos los tres. Javel se planteó suplicarle a Dyer que le dijera dónde estaba Allie, por si ya no se le presentaba otra oportunidad.

Galen había desenfundado un puñal, pero el desconocido solo le echó una ojeada, y luego volvió a mirar a Dyer.

—Todavía no puedes hacer nada por ella, guardia real. Reserva tu fortaleza para otro momento. Está herida, pero no muerta. ¡Mirad!

Los tres se volvieron, pero el carro ya se había perdido de vista. La caballería mort seguía adelante, y parecía no acabarse nunca.

—¿Quién eres? —preguntó Galen volviéndose de nuevo hacia el desconocido. Pero aquel hombre y sus acompañantes ya se habían esfumado entre la muchedumbre.

El calabozo de Kelsea medía dos metros y medio por lado. Lo sabía porque había recorrido el largo de cada pared contando los pasos. Tres paredes eran de piedra y estaban en buenas condiciones; al deslizar las manos por ellas, Kelsea no había encontrado grietas ni filtraciones. La otra era de barrotes de hierro, con una puerta, y detrás de esos barrotes había un pasillo de longitud indeterminada. Los sonidos que provenían de ese pasillo no eran nada agradables: gritos, gemidos y, al fondo, un hombre que no podía parar de farfullar y que mantenía un diálogo interminable con un tal George. El hecho de que George no estuviera allí para ocuparse de su parte de la conversación no era impedimento para aquel pobre desgraciado, que parecía decidido a convencer a su amigo invisible de que él no había robado nada.

No había forma de medir el tiempo. En el campamento le habían quitado su reloj, y Kelsea ya estaba constatando que lo peor de estar presa era la incertidumbre respecto al paso de las horas. Las comidas le proporcionaban cierto alivio, aunque no mucho, porque solían consistir en verduras

frías, a veces combinadas con trozos de una carne que Kelsea no había sabido identificar. De todas maneras hacía un esfuerzo y se lo comía todo. No parecía que las comidas estuvieran sujetas a ningún horario, y podía pasar mucho tiempo hasta que llegara la siguiente. El agua también llegaba de manera irregular; Kelsea había aprendido a racionar el cubo de agua de beber.

Apenas veía; los mort no permitían que los prisioneros tuvieran ni siquiera una vela. Era evidente que a alguno de aquellos presos los estaban manteniendo vivos contra su voluntad, pues Kelsea había oído a más de uno, al fondo del pasillo, suplicando que lo mataran. Entendía la lógica que había detrás de la privación de luz; la oscuridad era terrible por sí sola. Ella no había sido tan cruel con sus prisioneros, ni siquiera con Thorne.

Pero pensar en Thorne era una equivocación. Si no había calculado mal, Kelsea llevaba cuatro días allí abajo, y había descubierto que un calabozo no servía para gran cosa más que para reflexionar. Tras las últimas semanas en la Ciudadela, observando el avance del ejército mort, no había tenido tiempo para la autoevaluación; allí, en cambio, no había nada más, y a menudo pensaba en Arlen Thorne, arrodillado en el cadalso, el rostro transido por la agonía. Era un traidor y un traficante, un hombre cruel que no palidecía ante la tortura. Era obvio que representaba un grave peligro para el Tearling. Y sin embargo...

—¡Tienes que crearme, George! —gritó aquel otro prisionero desde el fondo del pasillo—.
¡Yo no lo robé!

Kelsea se preguntó por qué no le hacían callar. Ella casi nunca veía a nadie por allí, solo a los carceleros y a los sirvientes que llevaban la comida. Cuando llegaban con sus antorchas proporcionaban un poco de luz, la suficiente para que Kelsea trazara el plano de su celda, con el suelo vacío y los dos cubos. No había vuelto a ver a su carcelero desde su llegada, y se alegraba de ello. La oscuridad, la monotonía, la irregularidad de las comidas... todo eso, al menos, resultaba desgraciadamente predecible, pero el carcelero era una variable incontrolable, y Kelsea prefería la triste certeza de su soledad.

Allí abajo hacía frío y había mucha humedad (no había ningún foso alrededor del Palais, pero no cabía duda de que se filtraba humedad desde algún sitio), pero Kelsea podía considerarse relativamente afortunada. Se había puesto un vestido que abrigaba mucho para aquella excursión, a primera hora de la mañana, hasta el otro lado del puente, y la gruesa lana había resistido muy bien el largo trayecto. Solo notaba el frío en las raras ocasiones en que se oía gemir el viento por la mazmorra, una señal inequívoca de que, o bien había múltiples entradas y salidas, o algún fallo en

la estructura. Pasaba gran parte del tiempo junto a los barrotes, escuchando, tratando de entender la distribución espacial de aquel lugar. El Palais no era tan alto como la Ciudadela, pero ocupaba una gran extensión. Podía encontrarse a media milla de las murallas exteriores.

En ese momento Kelsea estaba sentada junto a los barrotes, con la espalda apoyada en la pared, tratando de juzgar si los roces y arañazos que oía eran reales. Según las breves imágenes que tenía de aquel lugar, gracias a la débil luz de las antorchas, delante de la suya había otra celda con barrotes. A los mort no les gustaba desperdiciar el espacio, ni conceder a sus prisioneros ni una pizca de intimidación. Allí había alguien, y, quienquiera que fuese, estaba arañando la pared con algo, repetidamente y sin obedecer ningún patrón.

Kelsea carraspeó. Llevaba varias horas sin beber nada, y su voz también sonó áspera, como aquel ruidito de fricción.

—¿Hola? —preguntó en mort. El ruido cesó de inmediato—. ¿Hay alguien ahí? Volvió a oírse aquel roce, pero más lento. Kelsea tuvo la impresión de que quienquiera que fuese lo hacía de forma deliberada, para demostrarle que la había oído pero que, sencillamente, no pensaba contestar.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? Los roces continuaron, y Kelsea suspiró. Era evidente que allí había prisioneros que llevaban años encarcelados, y seguro que ya habían perdido todo interés por lo que sucedía fuera de sus celdas. Pero ella todavía sentía apremio. El Tearling estaba a salvo, se dijo; estaría a salvo durante los tres años que había negociado, así que ¿qué más daba que ella se pudriera allí dentro? Por su mente pasaron vagos pensamientos sobre William Tear, fugaces imágenes de su utopía, su ciudad, que ya empezaba a pudrirse por dentro. Pero eso sucedería tanto si Kelsea estaba encarcelada como si no. Podía ver el pasado en su cabeza, pero no podía cambiarlo.

«¿Por qué no?»

Kelsea dio un respingo, pero, antes de que pudiera elaborar esa idea, oyó algo a lo lejos: tacones de botas, más de un par, al fondo del pasillo, a su derecha. Cuando se acercaron, cesaron los arañazos en la pared. Los pasos bajaron dos tramos breves de escaleras que Kelsea, pese a no haber visto, sabía que había al fondo del pasillo. De alguna manera, supo que habían ido por ella, y se levantó como pudo, para que cuando la luz de la antorcha doblara la esquina la encontraran de pie, erguida y orgullosa, dentro de su celda.

Eran dos. Uno era el carcelero de Kelsea, con la misma jovialidad necia de siempre reflejada en los ojos, que portaba una antorcha en la mano; la otra era una mujer que llevaba un bonito vestido de terciopelo azul. Era muy alta, y tenía una mirada afilada; la economía de sus

movimientos indicó a Kelsea que había recibido algún tipo de adiestramiento, quizá para el combate. Hizo memoria y encontró un pequeño detalle de algo que Maza le había dicho hacía mucho tiempo: que las pajes de la Reina Roja tenían que saber defenderse.

—Está sucia —observó la mujer en mort, con una pronunciación claramente errónea—. ¿No se ha lavado?

El carcelero negó con la cabeza, y Kelsea se alegró de ver que parecía un poco avergonzado.

—¿Cuándo ha comido por última vez? —Me parece que ayer. —Ya veo que eres lo mejorcito de tu profesión. El carcelero la miró, desconcertado, y entonces fue cuando Kelsea supo que todo aquello era teatro. El carcelero estaba mal de la cabeza, francamente mal, pero no era idiota.

—¡Dame eso! —le espetó la mujer; agarró la antorcha y la mantuvo en alto mientras escudriñaba el rostro de Kelsea—. A esta mujer le han pegado.

El carcelero, con la vista fija en el suelo, se encogió de hombros. —Se portaba mal. —Es una prisionera muy valiosa. Un simple carcelero no puede ponerle la mano encima salvo para salvarle la vida. ¿Me has entendido? El carcelero asintió, enfurruñado, y en sus ojos apareció un débil brillo de ira. Pero lo que asustó más a Kelsea no fue su ira, sino la rapidez con que la ocultó: de pronto ya no estaba allí, la había retirado cuidadosamente de la vista.

—Espósala y súbela al tercer piso —ordenó la mujer. El carcelero abrió la celda, y Kelsea se puso en tensión al ver que la mujer se marchaba por el pasillo.

—Preciosa es especial —murmuró el carcelero—. Pero para mí es más especial que para ellos. Preciosa es mía.

Kelsea hizo una mueca de asco. Aquel parecía un buen momento para sacarlo de su error, pues ya no podría volver a pegarle sin provocar la ira de la mujer del vestido azul. Habló en mort, articulando cuidadosamente cada palabra:

—Yo no soy de nadie. —No, no, no la habrían traído aquí si no fuera para mí, para mí solo. Kelsea dominó como pudo el irresistible impulso de darle una patada en la rodilla. Maza le había enseñado esa maniobra, una de las lesiones más dolorosas que se podían infligir estando desarmado: tenía que pegar de lleno en la rótula, y dejabas el hueso partido en pequeños fragmentos. Kelsea ya no tenía magia, y únicamente podía recurrir a su fuerza física, pero se creía capaz, y, de pronto, oír aullar de dolor a aquel hombre se le antojaba la idea más maravillosa del mundo. Solo que después no tendría adónde ir.

—Manos —ordenó el hombre, y puso la antorcha en su soporte. Kelsea extendió los brazos y

dejó que la esposara. —Preciosa se mueve muy despacio. —Puede ser —replicó Kelsea—. Pero antes de salir de este calabozo, preciosa se va a encargar de ti. No te quepa ninguna duda. El hombre alzó la vista, sorprendido. —Bobadas. Solo es una prisionera. —No. Es una reina. —Sí. —El hombre terminó de cerrar las esposas y le acarició el pelo a Kelsea. Habría sido peor que le tocara otras partes del cuerpo, pero lo hizo con una actitud tan posesiva que a Kelsea se le puso la piel de gallina—. Mi reina particular.

Kelsea miró al techo, asqueada. —Vámonos ya, joder. —Las mujeres no deben renegar. —Vete a la mierda. El carcelero parpadeó, sorprendido, pero no reaccionó: solo la cogió del brazo y la sacó del calabozo. Kelsea habría dado lo que fuera, todo lo que poseía, por tener sus zafiros en ese momento. Habría bastado un empujoncito mental para que el carcelero hubiera muerto en medio de desgarradores gritos de dolor. Habría podido prolongar esa agonía varios días si hubiera querido.

«Crueldad —le susurró su vocecilla interna, y el rostro de Arlen Thorne apareció brevemente ante sus ojos—. Dijiste que no querías volver a eso, ¿te acuerdas?»

Sí, se acordaba; aquel momento en la tienda de campaña de la Reina Roja había acabado con todas las ideas frívolas de Kelsea sobre el uso de la violencia. Pero el odio era más poderoso que la memoria, infinitamente más poderoso, y en su odio Kelsea percibía el eco de la mujer en la que se había convertido aquellas últimas semanas en la Ciudadela: la Reina de Picas. Kelsea se había propuesto acabar con ella, pero no era fácil.

Llegaron al final del pasillo y subieron por una escalera. No era por allí por donde Kelsea había entrado en la mazmorra, y al llegar al final del último tramo se desanimó al ver una gran puerta de barrotes de hierro, custodiada por dos guardias dentro y otros dos fuera. «Ya puedo despedirme de mis planes de fuga», pensó, compungida. Un hombre podría golpear aquellos barrotes de hierro hasta destrozarse el cráneo y no conseguiría nada. Bajó la vista mientras los guardias del lado interior abrían la puerta. El carcelero le rozó el trasero con una mano y ella dio un respingo. Su deseo de recuperar sus zafiros se había convertido en algo físico, casi una fiebre. Salieron a otro pasillo, largo y de techos altos, con colgaduras de seda roja; la tela brillaba bajo la luz de una gran cantidad de antorchas. El efecto era hermoso, y Kelsea volvió a sentir la incongruencia de todo aquello con la Reina Roja, la reina bruja, la mujer sin piedad y sin corazón de quien había oído hablar a lo largo de toda su infancia.

«No es verdad —le susurró la vocecilla—. Sí tiene corazón, y es un corazón complicado. Tú lo sabes.»

Kelsea lo sabía. El carcelero la guió por otra escalera, y ella se preguntó si la Reina Roja habría decidido finalmente ejecutarla. Kelsea había decidido no matar a la Reina Roja, pero estaba convencida de que su adversaria no lo tendría en cuenta. Ahora la Reina Roja veía a Kelsea como un mero estorbo, porque sabía demasiadas cosas que la mujer había intentado enterrar para siempre. Sabía su verdadero nombre.

«Tengo que sobrevivir —pensó Kelsea—. Si no, ¿cómo podré volver a casa?» Y tras esa necesidad, otra expresada en voz más baja, pero no con menos vehemencia: «¿Cómo sabré el final de la historia?». La Reina Roja quería algo de ella, porque, si no, no la habría transportado en carro hasta aquel lugar horrible; y Kelsea notó que su mente se preparaba para afrontar una negociación. La Reina Roja y ella ya habían regateado una vez, y había ganado Kelsea, pero solo porque había tenido suerte. No subestimaba a la mujer de rojo.

Al final del tercer tramo de escaleras los esperaba la paje de la Reina Roja. Con un ademán ordenó al carcelero que se marchara.

—A partir de aquí yo me encargo de ella. El carcelero arrugó el ceño, como un crío a quien niegan una golosina. —Tengo órdenes de quedarme con ella. —Tienes órdenes de hacer lo que te ordenen. El hombre echaba chispas por los ojos, y a Kelsea le dieron ganas de sacarle la lengua, pero se lo pensó mejor. No tenía ninguna intención de soportar los malos tratos ni las ideas delirantes de aquel hombre, pero tampoco ganaba nada fastidiándolo más de la cuenta.

«Un solo momento —pensó mientras el carcelero, a regañadientes, entregaba la llave de sus esposas—. Un solo momento con mis joyas y podría destrozarte.»

—Vamos —le dijo la paje en lengua tear, y Kelsea constató que lo hablaba muy bien—. Tengo una bañera preparada para vos, y ropa limpia.

Kelsea se animó ante esa perspectiva y apretó el paso para no alejarse de la mujer; al cabo de un rato iba casi corriendo. Por lo menos el carcelero le había permitido conservar sus botas, las excelentes botas de montar que se había puesto aquella lejana mañana y que tan útiles le habían sido para cruzar corriendo el puente de Nueva Londres. ¿Reconstruiría Maza el puente? Había muy poco dinero en las arcas, y un proyecto de construcción de esas dimensiones parecía un lujo innecesario.

«¿Te das cuenta? —se burló la vocecilla—. ¡Pretendes gobernar desde aquí!» Bañarse delante de aquella mujer no resultó nada fácil. Hacía mucho que Kelsea había prohibido a Andalie entrar en su cuarto de baño, pero al menos Andalie le prestaba algún servicio, mientras que la joven tear se limitó a quedarse apoyada en la pared observándola con gesto inexpresivo.

—¿Qué cargo tienes? —le preguntó Kelsea al cabo de un rato. —Soy paje de su majestad. Kelsea había acertado. Sin embargo... ¡una paje tear! Kelsea no tenía pajes; Andalie se bastaba para ocuparse de todo. Pero la Reina Roja no disimulaba su desprecio por cuanto tuviera relación con el Tear, de modo que aquella mujer debía de ser especial.

—¿Cómo te llamas? —Emily. —¿Cómo has acabado aquí? ¿Salió tu nombre en la lotería? —Lavaos el pelo, por favor. Cuando salgáis comprobaremos si tenéis liendres. Kelsea se quedó mirándola un momento más, y entonces sumergió la cabeza. Su pelo, ahora largo y liso, el pelo de Lily, era una melena enredada que le llegaba por la mitad de la espalda. Les llevó mucho rato cepillárselo, pero, para gran alivio de Kelsea, no tenía piojos. Emily le dio un vestido negro para que se lo pusiera; Kelsea no supo si deliberadamente o por accidente, pero aceptó la prenda de buen grado y comprobó que estaba hecha de una lana muy agradable, y sin duda costosa.

—Vamos —dijo la paje—. La reina os espera. Kelsea la siguió por otro largo pasillo, este con chimeneas apagadas a ambos lados. Había guardias por todas partes, y, aunque llevaban el uniforme rojo de la reina, no parecían guardias personales. A diferencia de Kelsea, la Reina Roja no necesitaba atrincherarse en un ala de su palacio con un grupo de guardias escogidos cuidadosamente. ¿Qué debías de sentir, se preguntó Kelsea, estando tan segura en el trono?

Se dirigieron a una puerta negra de doble hoja que había al fondo del pasillo, custodiada por un soldado que, ese sí, sin duda, era un guardia personal. Su cara le resultó vagamente familiar, pero había algo más: reconoció en ella el orgullo del cargo que ostentaba, aunque su trabajo solo consistiera en permanecer allí de pie. Para los guardias a los que había visto en el pasillo que acababan de recorrer, la vigilancia no era más que un servicio, pero para este era algo más. A una señal del chambelán, tocó dos veces con los nudillos y abrió la puerta.

Kelsea había creído que se dirigían al salón del trono, pero tras dar unos pasos comprendió que aquello era una cámara privada. Todo estaba adornado con seda roja: las paredes, el techo, incluso la cama que ocupaba el centro de la habitación. También había un escritorio enorme de roble y un sofá tapizado con terciopelo rojo. No había nada de oro, y ese detalle obligó a Kelsea a revisar su juicio sobre la Reina Roja. El terciopelo y la seda eran productos de lujo, desde luego, pero aquella estancia no era chabacana ni de mal gusto. Era una habitación que reflejaba una fuerte personalidad.

—Kelsea Glynn. La Reina Roja estaba de pie al fondo de la habitación. Su vestido era del mismo color que los cortinajes, y al principio Kelsea no la distinguió, pero entonces vio que la

Reina Roja no se encontraba bien. Estaba pálida y tenía el cutis ceroso, como si tuviera fiebre; los ojos, hundidos, delataban que llevaba tiempo sin dormir suficiente.

«Ya somos dos», se dijo Kelsea con pesar.

—Nada más, Emily. Puedes irte, Ghislaine. Pen habría discutido con Kelsea en ese momento (oh, pero pensar en Pen también era un error; Kelsea jamás olvidaría la imagen de su rostro afligido en el puente de Nueva Londres), pero el guardia personal de la Reina Roja se limitó a saludar con una reverencia y salió de la habitación. Era el hombre que la había esposado en la tienda de campaña, recordó de pronto Kelsea. Ella creyó que iba a cortarle el cuello, pero solo le había puesto las esposas y se la había llevado. ¿Cómo podía ser que aquel día pareciera tan lejano?

—Sentaos —le ordenó la Reina Roja en mort, y señaló el sofá de color rojo. Quizá estuviera enferma, pero sus oscuros ojos seguían tan impasibles como siempre, un puerto tranquilo en medio de una violenta tempestad. Kelsea admiró esa serenidad aparente y lamentó no saber cómo se alcanzaba ese estado; ella se estaba esforzando para mantener una apariencia de negociadora implacable, pero no era fácil. Sus zafiros estaban allí, en algún sitio, y, si bien Kelsea los había entregado voluntariamente, la Reina de Picas quería recuperarlos.

Se sentó (lo que no resultó nada fácil con las manos atadas) y comprobó que aquel sofá era el más cómodo en que jamás se había sentado. Notó que se hundía en el mullido terciopelo. La Reina Roja se sentó cerca, en una butaca, y se quedó mirándola largo rato, hasta que Kelsea se sintió profundamente incómoda.

—Antes erais feúcha —observó la Reina Roja—, cuando os veía en mis sueños. Pero ya no lo sois.

—Vos tampoco, Señora Carmesí. La Reina Roja apretó la mandíbula, una señal de enojo. —¿Cómo habéis encontrado vuestro alojamiento? —No muy cómodo, la verdad, pero he estado en sitios peores. —¿En serio? La Reina Roja, interesada, afiló la mirada, y Kelsea se recordó que debía ser muy prudente. En la tienda, la Reina Roja la había reconocido a partir del retrato de Lily. Ella no conocía a Lily, pero la fascinación que le producían el retrato y la persona quizá le ofreciera ventaja a la hora de negociar. Pero ¿en qué consistía la negociación? ¿Qué podía ofrecer Kelsea para que aquella mujer la dejara en libertad?

—Era peor estar atrapada en una ciudad condenada y con las manos atadas. —No tenáis las manos atadas. «¿Ah, no?», estuvo a punto de replicar Kelsea, pero entonces se acordó de Maza. Este, si hubiera tenido que tratar con un enemigo declarado, no habría revelado nada. Pensar en él la

ayudó a serenarse y le permitió encontrar su propia autoridad. Si no volvía a casa, jamás volvería a ver a Maza.

La Reina Roja metió una mano en el bolsillo de su vestido y sacó los dos zafiros, que quedaron colgando de sus dedos.

—Me gustaría saber qué les habéis hecho a estas joyas. ¿Por qué conmigo no funcionan?

Kelsea las contempló mientras trataba de entender sus propios sentimientos. Llevaba días soñando con recuperarlas, pensando en el infierno que podría desatar si lograba hacerse de nuevo con ellas. Y sin embargo, ahora que las veía no sentía nada, del mismo modo que no había sentido nada en el momento de quitárselas. ¿Qué podía significar eso?

Al comprender que Kelsea no iba a contestar, la Reina Roja se encogió de hombros.

—Nadie entiende las joyas de Tear. Ni siquiera quienes las llevan. Elyssa nunca tuvo la menor idea. Para ella solo eran unos colgantes bonitos que ponerse en el cuello, pero les tenía un fuerte apego. Nunca conseguí que se las quitara, ni siquiera a cambio de conservar su reino.

—A estas alturas ya he oído muchas opiniones sobre la reina Elyssa, pero siento curiosidad: ¿cuál es la vuestra?

—Que jamás deberían haberle entregado un reino para que lo gobernara. —Ya, eso es obvio. Pero ¿cómo era? —Superficial. Descuidada. Las mismas palabras que habría escogido Kelsea. Se hundió un poco más en los cojines.

—Permitidme que os dé un consejo, Glynn. Os sentís coartada en exceso. Los lazos de sangre no tienen más importancia que la que vos queráis darles. Algunos padres son venenosos, y lo mejor que uno puede hacer es alejarse de ellos, sencillamente.

—¿A vos os resultó así de fácil? —Sí. —La Reina Roja fue a sentarse en el extremo del sofá—. Mi madre, por muy única heredera que fuera, como la vuestra, no debería haber traído hijos al mundo. Cuando lo entendí, me alejé de ella y no volví la vista atrás.

«Miente», pensó Kelsea. Había visto la mente de aquella mujer por dentro, aunque fuera brevemente, y la Reina Hermosa estaba por todas partes.

—¿Quién es vuestro padre? —preguntó la Reina Roja—. Confieso que siento curiosidad por saberlo.

—Yo también. —¿Vos tampoco lo sabéis? —La Reina Roja sonrió y sacudió la cabeza—. Ah, Elyssa.

—No creáis que me ofendéis ofendiendo a mi madre. —¿Ofenderla? Yo duermo todas las

noches con un hombre diferente. No estamos en el Tear, donde se exige a las mujeres que prescindan de los placeres mundanos. Pero no era propio de Elyssa guardar secretos. Y aún me extraña más —añadió, pensativa, sosteniendo los zafiros en alto— que estos no os lo hayan revelado.

Kelsea se encogió de hombros. —Quizá no sea tan extraño. Nunca he sentido una necesidad abrumadora de saberlo.

—¿No os importa no saber quién os engendró? —¿Por qué iba a importarme? Ese hombre no me crió ni me educó. Hubo otras personas que se encargaron de eso.

—Pero la sangre deja una impronta, Glynn. —La Reina Roja sonrió con tristeza, y Kelsea se alarmó al ver que aquella mujer casi le inspiraba lástima. Decidió no seguir indagando en los recuerdos de la Reina Roja, pero no podía deshacer las conexiones que ya había establecido. La Reina Hermosa había vendido a su hija, como quien vende un novillo en el mercado, y esa traición seguía dominando la mente de la Reina Roja, oscureciéndola y agostándola—. La sangre nos hace crecer y nos da forma, aunque no siempre entendamos cómo.

—Ah, sí. He oído decir que os consideraréis genetista. —Eso solo es una palabra. En realidad no sé gran cosa sobre los genes en sí. Todavía no hemos recuperado esa tecnología. Pero los rasgos, Glynn, los rasgos... esos sí los observo y los analizo. Hemos vuelto a nivel de Mendel, pero todavía queda mucho que aprender y entender sobre el comportamiento.

—Mendel estudiaba los rasgos físicos. —No era suficientemente ambicioso. También hay rasgos psicológicos que se pueden transmitir.

—Y eso me lo dice una mujer que afirma que los lazos de sangre no significan nada.

La Reina Roja sonrió, condescendiente, pero esa sonrisa no tranquilizó en absoluto a Kelsea. ¿Qué esperaba obtener de ella aquella mujer?

—Dijisteis que nadie entiende estas joyas. ¿Qué os hace pensar que yo sí? —Estoy segura. Se han quedado muertas. Nunca había oído nada parecido, pero así es. ¿Qué habéis hecho?

—No lo sé —contestó Kelsea, y decía la verdad—. ¿Por qué no se lo preguntáis a Row Finn?

—¿Quién es Row Finn? Kelsea entrecerró los ojos. Si aquella mujer se había propuesto jugar con ella, no pensaba ponérselo fácil. Pero al revisar los recuerdos que había encontrado en la mente de la Reina Roja, se dio cuenta de que era perfectamente posible que no conociera el verdadero nombre de Row Finn. No cabía duda de que ellos dos tenían una historia en común, y Kelsea había atisbado algo sobre un niño muerto, pero ya había desaparecido. Su incursión en la mente de aquella

mujer había sido demasiado breve.

—Basta.

La Reina Roja la agarró por la muñeca. —Sé qué estáis haciendo. Y no es justo —añadió. —¿Que no es justo? Vos me tenéis encerrada en un calabozo. —Eso que estáis examinando no os pertenece. Lo habéis robado. Yo no he curioseado en el contenido de vuestra mente.

—Pero lo haríais si pudierais, Señora Carmesí. —Y eso ¿qué importancia tiene? Esa pregunta sorprendió a Kelsea. Estaba convencida de que tenía importancia, pero ¿la tenía realmente? Maza habría respondido que sí, pero Kelsea ya no estaba tan segura. El hecho de que pudiera hacerlo, el hecho de que otros hubieran hecho lo mismo en su lugar, ¿lo autorizaba realmente?

—Recibo un informe semanal sobre la situación en vuestro reino —continuó la Reina Roja con un deje burlón—. Kelsea Glynn, una reina de principios elevados. Vuestro gobierno pregona el valor de la intimidad. Hasta vuestros ridículos nuevos jueces han dictado sentencias basándose en eso. La intimidad es la intimidad, Kelsea Glynn. Decidme, ¿sois una reina de principios o no?

Kelsea se sintió acorralada. El razonamiento de la Reina Roja destilaba hipocresía, pero no podía negarse que contenía cierta lógica. Kelsea no podía creer en la intimidad para algunos y violar la de otros. Tras una pausa, soltó el tejido de los recuerdos de la Reina Roja, que cayó como una masa deforme en el fondo de su mente, como si se hubiera quitado un vestido y lo hubiera dejado formando un charco en el suelo. La Reina Roja asintió, y en su voz se apreció una nota de triunfo. —Los principios os debilitan, Glynn. Siempre los utilizarán contra vos en el momento más inconveniente.

—Es peor no tener principios. —Existe un punto medio. —Sí, supongo que este debe de ser el estilo mort. Todos los inconvenientes se eliminan.

—¿Qué les habéis hecho a estos zafiros? Exijo saberlo.

—¿Qué valor le dais a esa información? —No me pongáis a prueba, Glynn. Si seguís con vida es a disgusto mío. «Quiere algo —comprendió Kelsea—, no solo información, sino algo más.» Esa idea la puso eufórica; se recostó en el sofá y cruzó las piernas.

—No decís nada. —¿Por qué iba a hablar? Todavía no he oído ninguna oferta. El rostro de la Reina Roja se crispó. A Kelsea le recordó a un perro parado delante de un alimento prohibido.

—Podría acurrucarme y ponerme a dormir en vuestras ojeras, Señora Carmesí. ¿Qué es eso que tanto os atormenta?

—Tenéis razón —admitió la Reina Roja—. No duermo bien. Me acosan las visiones.

—¿Qué visiones? —Del futuro, ¿de qué iban a ser? «Del pasado», estuvo a punto de replicar Kelsea, pero cerró la boca. —Una epidemia asola mis tierras. Kelsea parpadeó. —¿Una enfermedad? —No en el sentido estricto de la palabra. Esta epidemia procede del Fairwitch. Kelsea sintió que una mano fría se colaba en su pecho. —En vuestro Tear lo llaman el Huérfano. Es un monstruo muy antiguo, lleno de resentimiento y maldad. —La Reina Roja la observó atentamente—. Pero creo que vos le habéis visto con otra forma, Glynn. ¿Un joven, tal vez? ¿Un joven apuesto como el demonio?

Kelsea se quedó muy quieta, porque no se fiaba ni un ápice de la mujer que tenía delante, pero, sin proponérselo, su pensamiento retrocedió hasta un pasado muy lejano, donde un niño llamado Row Finn ya era objeto del desprecio de los habitantes de la ciudad de William Tear.

«Siempre ha estado aquí —pensó Kelsea—. Siempre aquí, esperando para destruir mi reino, quizá para destruir todo el nuevo mundo. Y yo lo he liberado.»

—El terror se extiende por el norte y obliga a mi pueblo a desplazarse hacia el sur. Han desaparecido pueblos enteros.

—¿Qué clase de terror? —Niños —contestó la Reina Roja, con una mueca de repugnancia y de algo más... ¿Culpabilidad?—. Van de aldea en aldea, asesinando a los ancianos y secuestrando a los jóvenes.

Kelsea cerró los ojos. Cuando había perdonado a Finn, había sentido al instante que aquel trato era una equivocación; había sabido que, una vez más, la necesidad estaba obligándola a tomar una decisión nefasta. Con los ojos cerrados, vio las jaulas delante de la Ciudadela, aquellas jaulas especiales para niños pequeños. Ese recuerdo no la reconfortó, sino que le produjo una sensación de profunda futilidad. ¿Había hecho algo que valiera la pena desde que había ocupado el trono? ¿Algo que significara algo a largo plazo?

«Ozymandias, rey de reyes», le susurró la vocecilla, pero no con tono insidioso sino lastimero, como un viento que restriega el paisaje, barriendo todo lo que antes había en él y sin dejar nada detrás. Carlin le había hecho memorizar el poema de Shelley, y ahora entendía por qué, sin ninguna duda.

—¿Por qué niños? —preguntó. —No lo sé. Ese hombre siempre ha querido niños. Durante años, tuve que reservar una parte de la remesa para las ocasiones en las que necesitara su ayuda.

—¿Qué clase de ayuda? —Saber cosas. No sé cómo, pero las sabe. Si estaba gestándose alguna rebelión en algún lugar, él lo sabía, y yo podía tomar medidas antes de que la conspiración

se consolidara. Si yo necesitaba encontrar a alguien, a un fugitivo, o un traidor, él sabía dónde. Excepto en vuestro caso, Glynn. Os ha protegido durante toda vuestra vida. No tenía inconveniente en ofrecerme información sobre otros asuntos (siempre a cambio de un precio, desde luego), pero jamás me reveló nada sobre vos, nunca me dijo dónde estabais. ¿Por qué creéis que será?

Kelsea se dio la vuelta; volvía a estar mareada. «¡Qué trato tan nefasto hice!»

—El fuego le permite desplazarse hasta donde yo no podría, pero ya no necesitaré el fuego. Ahora viene, y los niños vienen con él, van de aldea en aldea y se alimentan de mis súbditos.

Esas palabras lastimaron el tejido blando bajo las costillas de Kelsea, pero la joven disimuló y preguntó:

—¿Y a mí qué más me da? Me dijo que su odio estaba aquí. —¿En Mortmesne? —Se trata de vos, Señora Carmesí. ¿A mí que más me da si viene por vos? —No seáis necia, niña. Esos niños no infligen daño al azar. Destrozan una aldea cada vez. Casas destruidas, campos de cultivo reducidos a fango, tumbas profanadas... Buscan algo.

Tumbas profanadas... Otro vago recuerdo de la ciudad de Tear. Kelsea estaba inquieta, aunque solo fuera porque se suponía que el pasado y el presente debían mantenerse separados. El tiempo correspondiente a Lily, pese a la intensidad de las visiones, siempre había sido muy claro. ¿Qué pintaban los seguidores de Tear en el mundo actual?

Sacudió la cabeza para ver si así se le aclaraban las ideas. —Pero ¿qué buscan? —Eso nadie lo sabe. Pero si no lo encuentran en mi reino, irán a buscarlo al vuestro.

—Finn no puede ser tan poderoso. —Sí puede serlo, y lo sabéis. Ese ser ha sobrevivido varios siglos a base únicamente de maldad.

—Bueno, pero ¿qué puedo hacer yo? —Los idealistas sois todos iguales —le espetó la Reina Roja—. Dais por hecho que, puesto que no le deseáis el mal a nadie, vuestras decisiones siempre son inofensivas. Ese ser estaba controlado, Glynn, paralizado por una magia tan oscura que ni siquiera yo logré descubrir su origen. Ahora ese hechizo se ha roto, el Huérfano ha quedado en libertad, y sé que habéis sido vos. Esta epidemia es obra vuestra.

Kelsea notó que su mal genio se agitaba, que se revolvía bajo la calma superficial que había proyectado, y lo recibió como si fuera un viejo amigo que llamara a la puerta de su casa.

—Qué desfachatez, Señora Carmesí. ¿Queréis que hablemos de responsabilidades? Hablemos de la vuestra. Miles de personas secuestradas de mi reino, hombres, mujeres y niños, traídos aquí y obligados a trabajar y a dejarse explotar sexualmente hasta morir de agotamiento y maltrato. Y ¿a

cuántos entregasteis a Finn? Desde que comenzó la remesa, os habéis llevado a un número desproporcionado de niños, y me juego la corona que es allí adonde iban. Puede que yo tenga las manos manchadas de sangre, pero vos nadáis en ella.

—¿Pensar eso os permitirá dormir tranquila? Kelsea apretó la mandíbula. Discutir con aquella mujer era exasperante, porque la hipocresía no parecía avergonzarla en absoluto.

—Puede que no, pero yo no necesito que el miedo gobierne mi reino. Yo no tengo policía secreta, no tengo a ningún Ducarte.

—Pero os gustaría tenerlos. —¿Creéis que estoy celosa? —preguntó Kelsea, incrédula—. ¿De vos? —Desde hace más de un siglo mis súbditos gozan de seguridad y tienen un techo bajo el que vivir y alimentos para sustentarse. Vos estáis muy lejos de semejante logro. Y, en lugar de eso, nos habéis arruinado a todos sin pensároslo dos veces.

—No me conocéis. Me cuesta muchísimo tomar cada una de mis decisiones. —Pues no habéis tomado ninguna tan perniciosa como esta. La cosa oscura... —Se llama Row Finn. En realidad no sabéis gran cosa de él, ¿verdad? —Vos tampoco. —Sí, yo sí —la contradujo Kelsea, y de pronto le pareció atisbar un camino—. Sé más de lo que vos imagináis. Creció en la ciudad de William Tear. Su madre se llamaba Sarah. Era un experto obrero metalúrgico.

—Mentís. —No, no miento.

—Él jamás os habría revelado esos detalles. —No me los reveló él. La Reina Roja se quedó mirándola. —Entonces ¿quién es vuestra fuente? —No sois la única a quien acosan las visiones. —Kelsea titubeó; nunca había revelado en qué consistían en realidad sus fugas, pero esta vez continuó—: Veo el Desembarco, la época en que Nueva Londres no era más que un pueblo en la cima de un monte, gobernado por William Tear.

—¿Qué utilidad puede tener una visión del pasado? —Esa es una buena pregunta, pero el caso es que yo lo veo: quince años después del Desembarco, la ciudad de Tear empezó a pudrirse por dentro.

Mientras pronunciaba esas palabras, Kelsea se dio cuenta de que la historia les había engañado; en el aula de Carlin, el fracaso de la utopía de Tear siempre se había atribuido a la muerte de Jonathan Tear. Pero lo cierto era que había comenzado mucho antes, cuando habían empezado a corromperla todos los viejos vicios de la humanidad. Kelsea los percibía, incluso en Katie, que había sido educada por uno de los tenientes más veteranos y más leales de Tear. Hasta Katie tenía dudas.

«Tal vez nunca podamos darnos por satisfechos —pensó Kelsea, y fue como si esa idea abriera un abismo en su interior—. Tal vez la utopía no esté a nuestro alcance.»

Pero no, eso no era lo que ella creía. —Y el Huérfano, o Finn, como vos lo llamáis, ¿también estaba allí? —quiso saber la Reina Roja.

—Sí, era solo un crío. —Pero vulnerable —murmuró la Reina Roja, y empezaron a brillarle los ojos—. En la infancia todo es vulnerable.

—Es posible. Pero debió de vivir el tiempo suficiente para descubrir esa vulnerabilidad. Mis visiones no son homogéneas. Avanzan en el tiempo, a veces con largas interrupciones. Como una historia explicada en capítulos.

—Es extraño —caviló la Reina Roja, pero entonces su mirada se endureció—. ¿Seguís teniendo esas visiones, a pesar de que ahora soy yo quien posee los zafiros de Tear?

—Sí. —¿Cómo es eso posible? —Lo ignoro. —A ese tal Row Finn... ¿se lo puede matar? —Creo que sí —contestó Kelsea, pues así lo pensaba. Si bien lo recordaba de pequeña, la visión de Katie era muy clara. El niño, Finn, se mostraba arrogante, desde luego, pero también había miedo en él, aunque cuidadosamente disimulado; y ese miedo lo estimulaba. Pero ¿de dónde provenía ese temor?

—Pero no sabéis cómo matarlo. —Mis visiones llegan espontáneamente. No las controlo. Tendréis que concederme tiempo.

—¿Tiempo, con ese monstruo amenazándome? La Reina Roja se dio la vuelta, pero Kelsea alcanzó a ver algo extraordinario: tenía los nudillos muy apretados, tan blancos que parecía que fueran a abrirse y empezar a sangrar.

—¿De qué tenéis miedo? —preguntó entonces Kelsea en voz baja. No esperaba obtener una respuesta, pero la Reina Roja la sorprendió, y, por encima del hombro, dijo con voz apagada:

—Creéis que no me importa mi pueblo, pero sí me importa, tanto como a vos el vuestro. He construido este reino desde cero, he convertido el caos en una máquina. No permitiré que nadie lo destruya. Me preocupo por mi gente.

«No tanto como os preocupáis por vos misma», pensó Kelsea, pero no verbalizó esas palabras.

—Necesito tiempo —repitió con firmeza—. Tiempo para averiguar a qué le teme. Y quiero otro carcelero.

La Reina Roja se quedó mirándola fijamente, con el ceño fruncido, y entonces gritó:

—¿Emily! La paje entró y saludó con una reverencia. —¿Sí, majestad? —¿Quién es su carcelero? —Strass, majestad. —¿Strass? ¿Por qué...? —Hace tres años hubo un incidente, majestad —contestó la paje con su deficiente mort—. Yo no estaba aquí, pero me lo han contado. Un incidente con una prisionera.

—¿Ah! —La Reina Roja hizo una mueca y señaló a Kelsea—. ¿Ha sido él quien le ha hecho eso en la cara?

—Y no solo en la cara, majestad. La Reina Roja sacudió la cabeza y se volvió hacia Kelsea. —Eso no debería haber sucedido. Os asignaré una carcelera sin esas tendencias.

—¿Por qué lo conserváis a él, que sí las tiene? La Reina Roja despidió a Emily y esperó a que se cerrara la puerta para contestar.

—Porque hace bien su trabajo. Estando él, los prisioneros no se fugan. Kelsea se acordó de Ewen, quien tampoco había dejado huir a ningún prisionero de la Ciudadela, y que jamás haría daño a nadie por iniciativa propia.

—No es una buena excusa. —¿Quién sois vos para juzgar? El capitán de vuestra guardia real es un perro rabioso.

—Si volvéis a mencionar a Lazarus, no os ayudaré en nada, con carcelero o sin él.

La ira iluminó los ojos de la Reina Roja, y Kelsea comprendió lo novedoso que debía de ser para ella buscar ayuda. Con el carácter que tenía, debía de ser prácticamente intolerable.

—Si queréis que os ayude con Row Finn, el intercambio tiene que ser en las dos direcciones. Vos tendréis que contarme lo que sabéis sobre él.

La Reina Roja asintió, y Kelsea se quedó atónita al ver que le temblaban las manos.

«No soy la única que le teme al pasado —se dijo—. Ella aún tiene más cosas que lamentar que yo.»

—Y quiero recuperar mis zafiros. —No, todavía no. —¿Por qué no? A vos no os sirven para nada. —Pero para vos son de gran utilidad, Glynn. Antes hemos de establecer alguna base de confianza. Kelsea rió. —No puede haber confianza, Señora Carmesí, solo puro interés personal por ambas partes.

La Reina Roja arrugó el ceño, y Kelsea tuvo el extraño presentimiento de que aquella mujer quería confiar en ella. Era evidente que en su breve incursión en la mente de la Reina Roja había pasado por alto muchos detalles. Todavía había allí muchas cosas que no entendía, pero, bajo el aparente aplomo de aquella mujer, Kelsea intuía una profunda infelicidad.

«¿Se sentirá sola? —se preguntó, y a continuación:— ¿Es eso posible?» La Reina Roja le tendió una mano. Kelsea se quedó mirándola un instante, con cierto desasosiego. Si algo le había dejado claro el pasado más reciente era su incapacidad para reconocer un mal trato.

—¿Y bien? «El instinto es nuestro mejor consejero. —La voz de Barty en su cabeza: serena y poco exigente, todo lo contrario que la de Carlin—. Puedes absorber todos los conocimientos que quieras del mundo, pero tus tripas siempre saben más que tu cerebro.»

—Mirad mi obra, poderosos, y desesperad —murmuró Kelsea. Asió la mano de la Reina Roja y se la estrechó.

Brenna

Basta de llorar. Debo pensar en la venganza.

MARÍA ESTUARDO (período pre-Travesía)

Tenía sangre en las manos. Se miró las palmas e intentó recordar. Los sucesos de los últimos días se confundían en una masa borrosa, pero la verdad era que todo había sido confuso desde que había muerto su amo. A partir de ese momento, ya no recordaba el tiempo como algo concreto, sino solo como un río que la arrastraba y en el que, a veces, chocaba contra la orilla. Recordaba haber matado al guardia real, pero no cómo había logrado huir después. Ignoraba cómo había llegado hasta allí.

A su izquierda había un pequeño arroyo. Brenna se agachó y se lavó las manos, frotándose las uñas para quitar la sangre seca. De pronto se acordó de que había matado a otro hombre en el Soto de Burns; lo había hecho para conseguir dinero y comida. Lo había pillado desprevenido, y él ni siquiera había tenido ocasión de desenfundar el arma: se había quedado mirándola, hipnotizado, y ella le había clavado un puñal entre las costillas. Aquel hombre tenía un caballo, pero ella no sabía montar, y no habría podido vender el animal sin despertar sospechas. Todo el Tear creía que era albina, y su amo le había dicho que eso era bueno, que era una ficción que valía la pena mantener.

Pero no era albina, ni estaba loca, y desde la muerte de su amo ya había empezado a recuperar algo de color, algo de vida. Aunque no el suficiente para vender un caballo sin que nadie notara nada raro. Todavía no. No el suficiente para mezclarse entre una multitud.

Su amo. No había llorado por él, pero solo porque las lágrimas eran una forma muy cobarde de lamentar una pérdida. Primero tenías que vengarte, y después, años más tarde, cuando ya hubieras pasado cuentas, podías revolcarte en tu pena. La voz de su amo todavía resonaba en su cabeza; no lograba acallar sus gritos. Había sentido su muerte, había sentido su agonía y, peor aún, su pánico absoluto en el último momento, cuando había comprendido que no había forma de huir, que por fin se había enfrentado a una fuerza con la que no podía negociar. Ella se había pasado toda la vida absorbiendo el dolor de él, desde que ambos eran niños; ese esfuerzo era lo que la había dejado blanca.

Se enderezó y siguió caminando hacia el este, persiguiendo a su presa. No se guiaba por el olfato, o no exactamente; era, más bien, como si caminara por el fango, abriéndose paso entre miles de personas y entre infinidad de sentimientos, hasta que encontraba exactamente lo que buscaba. Ese don en concreto le había resultado especialmente útil al amo, pues cada vez que alguien intentaba eludir la remesa, la mente rastreadora de Brenna daba con él. Era una técnica muy poderosa; siendo ella más joven, los cadén habían intentado secuestrarla más de una vez, arrebatársela a su amo. Brenna había matado a tres, y al final desistieron. El año anterior habían vuelto a intentarlo; unos cuantos habían ido a ver al amo y le habían pedido que les prestara temporalmente sus servicios para buscar a la heredera Raleigh. Pero se negaron a pagar el precio que el amo les exigió.

«¡Ojalá hubieran pagado! —pensó Brenna, furiosa. Sus pensamientos habían tomado ese camino en numerosas ocasiones, pero no por ello resultaba menos amargo, menos apremiante—. ¡Si hubieran pagado, a lo mejor el amo todavía estaría vivo!»

Volvió la cara hacia el viento y lo tanteó con la lengua. La zorra todavía estaba por allí fuera, pero ya no se movía. Ahora estaba en una habitación fría y oscura. Examinó las paredes, las probó con la lengua y vio que eran de piedra.

—¿Te han encarcelado? —susurró. No podía estar segura, pero le pareció que la zorra podía oírla. Sabía que aquella mujer poseía un gran poder; Brenna lo percibía incluso ahora, lejano y débil, del mismo modo que siempre había podido percibir aquella fuerza poderosa en el Fairwitch. Se había planteado previamente orientar sus pasos hacia el norte en ese viaje, llegar hasta lo alto de las montañas y pedir ayuda. Fuera lo que fuese, lo que había allí arriba era poderoso, sin ninguna duda; Brenna sentía su atracción bajo la planta de los pies. Pero recientemente había habido disturbios en el Fairwitch, y notaba que las líneas de fuerza que siempre habían subyacido al Tearling empezaban a variar. Demasiado incierto, y ella no quería distracciones. Tenía suficiente comida para llegar a la frontera mort, y la verdad era que necesitaba muy poco para subsistir. La rabia era más nutritiva que los alimentos.

Pero si la zorra estaba en la mazmorra de Demesne, tal vez estuviera lejos del alcance incluso de Brenna. De nada le serviría al amo que Brenna pereciera tratando de entrar en el Palais. Debía de haber alguna otra forma. Tras pensar un momento más, Brenna empezó a mirar por el bosque. Casi todos los animales habían huido al verla acercarse, pero estaban empezando a salir otra vez, lentamente, porque ella se había quedado quieta. Tras buscar unos minutos, encontró una ardilla que

asomaba la cabeza por detrás de un árbol. Se le echó encima antes de que el animal pudiera pestañear siquiera. La ardilla se defendió mordiéndola y arañándola, pero Brenna ignoró las heridas (el dolor solo era un truco de la mente, al fin y al cabo) y le retorció el pescuezo. A continuación sacó el puñal del muerto, abrió la ardilla en canal y dejó que se desangrara y que la sangre formara un charco en el suelo. Tenía que darse prisa. La sangre atraería a otros depredadores, que a su vez podían atraer a algún cazador. Ella podía apañárselas perfectamente con un cazador, pero no quería dejar rastro. Ahora estaba libre, sí, pero el amo le había aconsejado a menudo que no subestimara a Maza.

Tiró la ardilla al suelo, se inclinó sobre el charquito de sangre e inspiró hondo. Saber dónde estaba alguien era fácil. Saber dónde iba a estar era más difícil, pero no imposible, y seguramente mucho más fácil que entrar ella sola en la mazmorra mort.

«¿Y si se muere estando recluida allí?» Brenna no quiso ni plantearse esa idea. Morir a manos de los mort no sería agradable para aquella zorra, pero equivaldría a unas vacaciones comparado con lo que Brenna tenía previsto. Brenna había sufrido, su amo había sufrido; no creía que el futuro fuera a privarla del placer de la venganza.

Se quedó muy quieta, con la vista clavada largo rato en el charco rojo, los ojos muy abiertos; cada respiración era un silbido de dolor. A un cuarto de milla de allí, en la Calzada Mort, el éxodo continuaba, y una columna de carros y jinetes se dirigía hacia el este. Eran los refugiados de Nueva Londres que regresaban a sus hogares, en los poblados fronterizos. Ninguno vio a Brenna, pero todos se estremecían al pasar cerca de donde ella estaba, como si atravesaran una bolsa de aire helado.

Al final, Brenna se enderezó, sonriente. Otra pizca de color había regresado a sus mejillas. Recogió el puñal manchado de sangre y la bolsa de comida, y se encaminó hacia el sudeste.

Javel se arrebujó en la capa; le habría gustado poder fundirse con las sombras que proyectaban los salientes del edificio. Otra patrulla callejera mort había pasado a su lado hacía escasos minutos. Tarde o temprano, alguien se fijaría en que estaba allí plantado, quieto, y sospecharía que tramaba algo.

La dirección que había descubierto Dyer estaba enfrente: una casa de ladrillo, señorial, de tres plantas, cercada por un alto muro de piedra con una cancela de hierro. Javel ni siquiera había podido asomarse a las ventanas, porque dos guardias custodiaban la cancela y solo la abrían para según quién.

Según Dyer, quien había comprado a Allie había sido una tal madame Arneau, pero Javel ya no podría conseguir más información. Desde que habían visto a la reina en la Rue Grange, Dyer y Galen habían perdido todo interés por Allie. Habían trasladado su base a una fábrica abandonada del barrio de las acerías, y se pasaban las noches haciendo misteriosos recados y celebrando reuniones secretas con hombres a quienes Javel no identificaba. Esos hombres eran mort y llevaban armas de acero, pero no eran soldados. Había un plan de rescate en marcha, y Javel tenía más que nunca la sensación de que estorbaba.

En el otro lado de la calle, un carro descubierto apareció por detrás de la casa. Allí debían de estar las cuadras, porque, cuando llegaban los hombres, uno de los guardias que vigilaba la cancela se apresuraba a llevarse sus caballos hacia allí. Javel ya había visto llegar y marcharse a varios. Dos de ellos estaban borrachos. Poco a poco iba adquiriendo una certeza que le revolvía el estómago y le debilitaba las piernas.

Podría ser cualquier tipo de casa, se decía, pero sabía que no. Quizá el barrio no estuviera tan sucio como las Tripas, pero había cosas que eran iguales en todas partes. Sabía qué era lo que tenía delante. Se pasó una mano por la frente y comprobó que estaba sudando, pese al frío de finales de otoño. Él ya sabía que existía aquella posibilidad, se recordó. Nadie compraba a una mujer bella como Allie para convertirla en sirvienta, y él había hecho todo lo posible para aceptar la posibilidad de que fuera prostituta. Sin embargo, ahora se preguntaba si con eso sería suficiente. Cuando se imaginaba a su mujer en los brazos de otro hombre, le daban ganas de lanzar patadas y puñetazos y de romper cosas.

Oyó una risa alegre y sonora y miró hacia arriba. Habían salido cinco mujeres por la puerta principal de la casa. Charlaban entre ellas y llevaban bolsas cargadas al hombro. Iban todas muy emperifolladas, con vestidos de telas brillantes, los ojos maquillados, el pelo recogido en lo alto de la cabeza.

Allie iba en el medio. Javel se quedó paralizado unos instantes. Era su Allie, no había ninguna duda. Veía sus característicos rizos rubios, ahora recogidos en un moño en la coronilla. Pero su cara había cambiado mucho. Se notaba que era mayor, sí, y tenía arrugas alrededor de los ojos, pero ese no era el verdadero cambio. Su Allie siempre había sido una mujer dulce; aquella mujer, en cambio, parecía... antipática. Se apreciaba cierta tensión en sus labios. Reía, como las otras, pero su risa no era la que Javel conocía: era basta y hermética, fría como la capa de hielo sobre un lago oscuro. Javel, perplejo, la observó subir al carro voluntariamente y sentarse junto a las otras mujeres sin

parar de reír.

Un hombre alto y fornido había salido por la puerta detrás de ellas. Cuando subió al carro, Javel vio el destello de un puñal debajo de su abrigo. Debía de ser otro guardia, aunque Javel ya se había fijado, en sus exploraciones de Demesne, que allí trataban a las prostitutas mucho mejor que en Nueva Londres. Ni siquiera importunaban a las muchachas que hacían la calle. No entendía por qué cinco prostitutas de lujo necesitaban un guardia en Demesne, pero, sabiendo que las vigilaban un guardia y un chófer, Javel no podía arriesgarse a acercarse al carro.

El chófer arreó a los caballos y salió del recinto cercado por el muro. Javel los siguió como en un sueño, obligándose a quedarse a una distancia de más de treinta metros. Dentro de él se había abierto un agujero oscuro. A lo largo de los seis últimos años se había imaginado a menudo la vida de Allie, e infinidad de imágenes habían pasado por su mente y lo habían conducido hasta las tabernas como quien lleva un rebaño de cabras al mercado. Pero nunca se la había imaginado riendo.

Cuando, en el siguiente cruce, el tráfico obligó al carro a detenerse, Javel se acercó con sigilo, se escondió en un callejón adyacente e hizo el segundo descubrimiento desagradable: las cinco mujeres, incluida Allie, hablaban en mort. El carro torció por la Rue Grange y Javel lo siguió, aunque manteniendo la distancia y tratando de pasar inadvertido. Aquel era el tramo de la calle donde se instalaba el mercado, y siempre estaba muy concurrido, invadido por los puestos de los vendedores ambulantes y por los compradores. Javel estaba empezando a perder de vista el carro cuando, milagrosamente, el chófer redujo la marcha y se arrimó a un lado para que las mujeres pudieran bajar y seguir a pie por la acera.

Dos de ellas cruzaron la calle, y Javel se dio cuenta, atónito, de que habían ido de compras. Allie se dirigió directamente hacia una botica.

El chófer no se apeó del carro, y el guardia se quedó con él, pero no paraba de recorrer la calle con la mirada. Javel estaba convencido de que el guardia saltaría en cuanto advirtiera la más mínima amenaza. Javel se acercó un poco más, sin saber qué planes tenía. Por una parte, le habría gustado volver corriendo a la seguridad del almacén, y a un tiempo en que todavía no sabía nada del destino de Allie.

Atento a lo que hacían el guardia y el chófer, se dirigió con aparente tranquilidad hacia la botica. La gente lo empujaba, pero él fue esquivándola sin perder de vista la puerta. El chófer le estaba contando alguna historia al guardia, que sonreía, y Javel pasó a su lado y entró en la tienda.

Encontró a Allie en un rincón oscuro, esperando delante de un mostrador. El boticario no estaba por allí, pero Javel oyó, detrás de una cortina verde, que alguien movía unas botellas. Le habría gustado poder hacer aquello en otras circunstancias, sin que hubiera nadie que pudiera aparecer en cualquier momento, pero sabía que era muy probable que jamás volviera a presentársele otra ocasión como aquella. Era ahora o nunca.

—Allie. Ella levantó la cabeza, sorprendida, y Javel sintió que el suelo oscilaba cuando vio sus ojos, fríos y recelosos bajo los párpados pintados de violeta. Allie lo miró y dijo:

—¿Qué quieres? —He venido... Javel notó que se le cerraba la garganta y que las palabras quedaban atascadas. Evocó sus recuerdos: aquellas noches sentado en los pubs, medio dormido, la cara de Allie flotando detrás de sus párpados, el profundo odio hacia sí mismo que había sentido. La había dejado allí seis largos años, para que ella pudiera convertirse en la mujer que ahora tenía ante sí. Si volvía a dejarla allí, ¿cómo podría seguir viviendo?

—He venido para llevarte a casa —concluyó torpemente. Allie emitió un sonido breve y ronco, y Javel tardó un momento en comprender que era una risotada.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Porque eres mi mujer. Allie se echó a reír, y su risa fue como una bofetada para Javel. —Podemos salir de aquí —le dijo él—. Tengo amigos. Puedo cuidar de ti. —Cuidar de mí —murmuró ella—. Qué tierno. Javel se sonrojó. —Allie... —Me llamo Alice. —¿He venido a rescatarte! —¿Oh, un príncipe azul! —exclamó ella con voz alegre, pero su mirada no cambió, y Javel detectó una profunda rabia bajo aquellas palabras aparentemente joviales—. Y ¿dónde estabas hace seis años, príncipe azul, cuando tu valor habría podido servirme de algo?

—¿Te seguí! —insistió Javel—. ¿Te seguí hasta el final de la Calzada Mort! Ella se quedó mirándolo, impasible y fría. —¿Y? —Los hombres de Thorne eran demasiado poderosos. No pude hacer nada. No habríamos podido escapar.

—¿Y después, todos estos años? —Estaba... —Pero ¿qué más podía decir? ¿Que se había pasado todo ese tiempo de taberna en taberna?

—Lo intenté —dijo con la voz quebrada. —Está bien, lo intentaste —replicó Allie—. Pero, como entonces fuiste un cobarde, ahora no puedes dártelas de valiente. Llegas seis años tarde. Ahora tengo una vida aquí y estoy contenta con ella.

—¿Contenta? ¡Pero si eres una puta! Allie le dedicó una mirada larga y escrutadora. Era una mirada que hacía que Javel se acobardara; la había visto unas pocas veces a lo largo de su matrimonio, cuando él le había prometido a Allie que haría algo y luego no cumplía su promesa.

Javel pensó que era como si hubieran hechizado a su mujer; si lograba llevársela de allí, tal vez podría romper el hechizo y ella volvería a ser la de antes.

—¿Pasa algo, Alice? —preguntó una voz. Javel se volvió y vio al guardia corpulento que iba en el carro, y que ahora se había acercado a la puerta de la tienda. Miraba fijamente a Javel, y su expresión hizo que este se estremeciese. Era evidente que a aquel hombre le habría encantado darle una paliza y reducirlo a papilla.

—No, nada —respondió Allie con desenvoltura—. Solo tanteaba. Al oír eso, Javel abrió la boca, y de pronto comprendió el doble propósito de aquella salida a las tiendas, y la razón por la que las mujeres llevaban ropa tan bonita e iban tan maquilladas.

—De acuerdo, pero avísame si necesita algo, señora. El guardia salió de la tienda claramente defraudado. Entonces Javel reparó en que había entendido perfectamente a aquel hombre, porque había hablado en tear. Todos los músculos de su cuerpo destilaban violencia, pero se había dirigido a Allie de manera muy respetuosa. Javel miró a Allie y lamentó no poder retirar sus últimas palabras, pero intuyó que no habría servido de nada.

—Sí, soy una puta —añadió Allie tras una larga pausa—. Pero trabajo, Javel. Me gano un sueldo y no tengo que obedecer a nadie.

—¿No tienes proxeneta? —le espetó él; lo dijo con desprecio, a su pesar, y se odió por ello.

—Le pago el alquiler a madame Arneau. Un alquiler razonable, mucho más razonable del que pagaría por un sitio parecido en Nueva Londres.

Javel no pudo rebatirlo, pero deseó tener entre sus manos el cuello de aquella tal madame Arneau.

—A cambio, tengo unas habitaciones preciosas y tres comidas al día. Estoy muy bien protegida de los depredadores, hago el horario que quiero y elijo a mi clientela.

—¿Qué clase de prostíbulo es ese que da tanta libertad a sus empleadas? —preguntó Javel—. Para empezar, no puede ser un buen negocio.

Allie achicó los ojos, y la frialdad de su voz se acentuó y se afiló aún más, por mucho que costara creerlo.

—Pues un prostíbulo que sabe que una prostituta feliz y sana es más rentable. Gano tres veces más que tú con tu sueldo de centinela de la Puerta.

—¡Pero seguimos casados! Eres mi esposa. —No. Renunciaste a mí hace seis años, cuando me viste entrar en aquella jaula. No quiero nada de ti, y tú no tienes derecho a exigirme nada.

Javel fue a protestar (seguro que el matrimonio no podía anularse tan fácilmente, ni siquiera en Mortmesne), pero entonces el boticario salió de detrás de la cortina verde. Era un individuo de escasa estatura, calvo y con gafas, y sostenía una cajita.

—Aquí tiene, señora —dijo ofreciéndole la caja a Allie. Él también hablaba en tear, y eso sorprendió a Javel, que hasta entonces no había oído hablar en tear por las calles de Demesne y no había tenido más remedio que recurrir a sus escasos conocimientos de mort—. Con esto tendrá suficientes para dos meses, y asegúrese de ingerirlas siempre con comida abundante. De otro modo, podrían acentuar sus mareos.

Allie asintió y sacó un monedero lleno de monedas. —Gracias. —Vuelva dentro de dos meses y le tendré preparada otra tanda, pero a partir del sexto mes tendrá que interrumpir el tratamiento para no perjudicar al bebé.

Al oír la última palabra, Javel sintió que lo sepultaba una ola de irrealidad. Apenas vio cómo Allie le entregaba unas monedas al boticario y se guardaba la cajita en su bolsa. El boticario los miró a uno y a otro y entonces, al percibir la tensión entre los dos, volvió a desaparecer detrás de la cortina.

—Estás embarazada —dijo Javel, pero no era una pregunta, sino solo una constatación.

—Sí. —Lo miró fijamente, desafiándolo a continuar. —¿Qué vas a hacer? —¿Que qué voy a hacer? Tener a mi hijo y criarlo debidamente. —¿En un burdel! Allie lo taladró con la mirada. —Mi hijo estará bien atendido, y más adelante recibirá una buena educación de la que se encargan tres mujeres que madame Arneau tiene empleadas con ese único propósito. Y cuando sea mayor, no tendrá por qué avergonzarse de saber que su madre era una puta. ¿Qué te parece?

—Me parece un crimen. —Es lógico, Javel. Antes, yo también lo habría pensado. Pero esta ciudad trata a las mujeres mucho mejor de como Nueva Londres jamás se ha planteado tratarlas. Quizá haya sido un acto de valentía que hayas venido aquí, no lo sé. Pero la tuya es una valentía de bajo riesgo. Siempre lo fue, y yo me merezco algo mejor. Si le tienes algún aprecio a tu vida, no vuelvas a acercarte a mí.

Salió precipitadamente de la tienda y dio un portazo, y Javel se quedó pegado contra la pared. De pronto la claustrofobia se apoderó de él: la tienda parecía diminuta, pero Javel no se atrevía a salir a la calle, al menos hasta estar seguro de que Allie se había marchado. Rezó para que el boticario no saliera de detrás de la cortina y, milagrosamente, no lo hizo. Por fin, cuando parecía que hubieran transcurrido horas, Javel miró a través de la puerta de vidrio de la botica y vio que el

carro había desaparecido. Respiró hondo y salió a la calle.

Fuera todo seguía como antes, lo que a Javel le pareció extraño. ¿Cómo podía seguir funcionando todo con normalidad en la ciudad, si todo había cambiado? Había un olor dulce en la atmósfera, a pasteles de una pastelería cercana, pero Javel lo encontraba empalagoso: para él, aquel olor dulzón enmascaraba otro a basura, como en toda aquella ciudad. Se había pasado seis años preocupado por Allie, sufriendo por Allie, y ahora no sabía qué hacer. Volver por donde había venido parecía impensable. Seguir adelante, peor. Y empezaba a anochecer.

Se quedó plantado en la acera, con la cabeza entre las manos, como si estuviera pensando, pero en realidad tenía la mente en blanco. Se destapó los ojos, miró hacia arriba y de pronto lo vio todo claro.

Estaba delante de una taberna.

Ni siquiera Maza había encontrado a los dos sacerdotes. Se suponía que la Guardia Real debía estar junto a Maza en todo momento. Se lo había ordenado la reina en persona, y Aisa daba por hecho que los demás se tomaban aquel encargo tan en serio como ella misma. Pero Maza era Maza, y, si él quería desaparecer, nadie podía impedirselo. El día anterior se había marchado, y hacía un momento había vuelto a aparecer, también inesperadamente, por la puerta secreta de la cocina; Mila, que removía una cazuela de estofado, gritó asustada.

Las ausencias de Maza eran desesperantes, pero hasta Aisa entendía que Maza solo los soportaba a todos de milagro, pues él había nacido para vigilar y no para que lo vigilaran. Era lógico que necesitara desaparecer, librarse de ellos, estar solo. Aisa suponía que Maza iba a beber, o a espiar, pero tras escuchar a hurtadillas una conversación entre Elston y Coryn se enteró de que salía a buscar al sacerdote de la Ciudadela, el padre Tyler, y a otro monje, el padre Seth, por quienes el Arvath había ofrecido una recompensa.

—Los cadén también los buscan —comentó Coryn—. Quieren la recompensa, la nuestra o la del Arvath, eso no les importa. ¿Quién iba a pensar que dos viejos podrían esconderse tan bien?

—Tarde o temprano aparecerán —masculló Elston—. Y cada vez que el capitán sale de la Ciudadela, aumentan las posibilidades de que el Santo Padre se entere.

A Aisa le habría gustado seguir escuchando, pero entonces Coryn la vio en el umbral y le ordenó que se marchara. Cada vez que Maza regresaba de una de aquellas expediciones sin los dos sacerdotes, parecía más desanimado. Aisa creía que el padre Tyler debía de estar muerto, porque no era lógico que el sacerdote, tan tímido, pudiera permanecer escondido tanto tiempo. Y no era la

única que opinaba así, solo que nadie se atrevía a decírselo abiertamente a Maza. Todos habían aprendido a dejarlo en paz en momentos como aquel, pero ese día, nada más dejarse caer en una de las sillas alrededor de la mesa, Maza empezó a bramar:

—¡Arliss! ¡Ven aquí! Sus palabras hicieron retumbar el suelo de la sala de audiencias.

—¡Arliss! —¡Un poco de paciencia, bellaco! —gritó Arliss por el pasillo—. ¡No puedo correr!

Maza se quedó sentado con los hombros caídos y con una expresión que no auguraba nada bueno. Su frustración por no haber encontrado a los dos monjes solo era parte del problema, pensó Aisa. El verdadero problema era el trono de plata vacío. La ausencia de la reina pesaba sobre todos ellos, pero quien más acusaba ese peso era Maza. Aisa sospechaba que, bajo aquella fachada de imperturbabilidad, el capitán sufría aún más que Pen.

Arliss entró arrastrando los pies. —Dígame, señor Maza. —¿Qué es lo último que sabemos del Santo Padre? —Ha enviado otro mensaje esta mañana. Si no entregamos al padre Tyler y renovamos la desgravación fiscal del Arvath, amenaza con expulsarnos a todos de la Iglesia.

—¿Quiénes somos «todos»? —La Ciudadela entera, desde la reina hasta la base. Maza soltó una carcajada y se frotó los enrojecidos ojos con una mano. —No tiene ninguna gracia. A mí Dios me tiene sin cuidado, pero este lugar está lleno de creyentes. Hasta en la Guardia Real hay cristianos practicantes. Aunque a usted no le importe, a ellos sí —añadió Arliss.

—Si son lo bastante necios para aceptar la palabra de Dios de los labios de ese desgraciado del Arvath, merecen arder en el infierno.

Arliss se encogió de hombros, aunque Aisa se dio cuenta de que le habría gustado añadir algo más.

—¿Solo exigen que entreguemos al padre Tyler? ¿No dicen nada del padre Seth?

—Solo al padre Tyler. Y han vuelto a doblar la recompensa. —Qué raro. Y ¿seguimos sin saber nada de lo que pasó cuando huyó del Arvath?

—Hubo una escaramuza. Algo pasó en los aposentos del Santo Padre. No he conseguido averiguar nada más.

—Qué raro —repitió Maza. —Por cierto, en esas pequeñas misivas ya no lo llama padre Tyler, ni siquiera sacerdote de la Ciudadela. El Santo Padre le ha dado un nuevo nombre.

—¿Qué nombre? —El Apóstata. Maza sacudió la cabeza. —¿Ha pasado algo más durante mi ausencia? —Han atacado otra aldea de las estribaciones. —¿Qué clase de ataque? Arliss sacudió la cabeza. —Solo quedan dos supervivientes, señor, y sus informes no tienen mucho sentido: hablan

de monstruos y fantasmas. Deme unos días más.

—De acuerdo. ¿Qué más? Arliss miró a Elston, quien de pronto parecía muy turbado.

—Tenemos que hablar de Pen, señor —masculló. —¿Qué pasa con Pen? Elston agachó la cabeza y, como no atinaba a responder, Arliss lo relevó: —El muchacho bebe demasiado últimamente, y...

—Eso ya lo sé. —No he terminado. Anoche se metió en una pelea. En una pelea de taberna.

Aisa abrió mucho los ojos, pero no dijo nada, no fuera a ser que repararan en su presencia y la echaran, como había hecho Coryn el otro día.

«Pen», pensó, y sacudió la cabeza, casi con tristeza. —Por suerte, estaba en uno de mis locales de apuestas, porque, si no, podrían haberlo matado. Se enfrentó a cinco hombres y sin espada. Recibió una buena paliza, desde luego. He intentado que no corra la voz, pero tarde o temprano se sabrá. Siempre se acaba sabiendo todo.

—¿Dónde está? —En las dependencias, durmiendo la mona. Maza se levantó con gesto adusto. —Lo siento, señor —dijo Elston, compungido—. He intentado regañarlo, pero...

—No importa, El. Este lío lo he organizado yo solo. Maza enfiló el pasillo hacia las dependencias de los guardias; caminaba con determinación, a grandes zancadas. Al cabo de un momento, Elston lo siguió, y luego también Coryn y Kibb. Aisa fue la última en unirse, sigilosa, a la comitiva. Llegaron al final del pasillo y se pararon en seco al oír el fuerte ¡paf! de un bofetón.

—¡Mueve el culo! Pen masculló algo. —Ya te hemos mimado bastante, mocososo de mierda. Levántate de la cama o te echaré yo a patadas, y no me importará partirte unos cuantos huesos. Te estás poniendo en ridículo y estás avergonzando a toda la guardia. ¡Me estás poniendo en ridículo a mí! —¿Por qué? —¡Yo te escogí, imbécil! —gritó Maza—. ¿Crees que eras el único chico bueno con un puñal al que había visto en las calles? ¡Yo te escogí! ¡Y ahora te derrumbas, justo cuando más te necesito!

Pen volvió a farfullar. Aisa se dio cuenta de que todavía estaba borracho; o eso, o tenía una resaca tremenda. Ella había oído murmurar así a su padre muchas veces.

—Soy un guardia personal —dijo el muchacho de forma algo más inteligible —, y usted no necesita ningún guardia personal. —Pen alzó un poco la voz y continuó—: ¡Lo único que hacemos es quedarnos aquí sentados sin hacer nada, mientras ella está allí! ¡No tengo nadie a quien vigilar!

Se oyó ruido de madera que se partía, y luego un golpe sordo seguido de un grito de dolor de Pen.

—¿No deberíamos entrar? —preguntó Aisa en voz baja, pero Elston negó con la cabeza y se

llevó un dedo a los labios.

Oyeron un golpazo y, a continuación, los fuertes resuellos de Maza, que había tirado a Pen de la cama y lo arrastraba por el suelo con gran esfuerzo.

—Tú eras el más listo, chico. Se suponía que serías el capitán de esta Guardia Real cuando los demás fuéramos demasiado viejos y lentos. Y, mírate, lo único que sabes hacer es revolcarte en tu desgracia como un cerdo en la mierda.

Aisa notó que le tiraban del faldón de la camisa, y, al mirar hacia abajo, vio a su hermana Glee, que la miraba fijamente.

—¡Glee! —dijo en voz baja—. Ya sabes que no puedes venir aquí abajo. Glee seguía mirándola de hito en hito, aunque sin ver, y Aisa comprendió que se encontraba en uno de sus trances.

—Glee, ¿me oyes? —Tu oportunidad —susurró Glee. Tenía la mirada tan extraviada que sus ojos parecían huecos—. Lo verás con claridad. Ellos doblan la esquina y tú aprovechas tu oportunidad.

Aisa quiso decir algo. No podía hacerle caso a Glee, porque la situación entre Maza y Pen seguía siendo violenta; oyó más muebles que se rompían, y a continuación un puñetazo.

—Ve a buscar a mamá, Glee. Le dio la vuelta a la cría y la empujó suavemente, orientándola hacia el pasillo. Aisa se quedó mirándola unos segundos, preocupada, y luego se volvió de nuevo hacia las dependencias de la Guardia Real. Elston y Kibb contemplaban la escena sin pasar del umbral, y Aisa, armándose de valor, se puso a gatas y asomó la cabeza por detrás de las piernas de Elston para ver qué estaba pasando.

Pen estaba doblado por la cintura, con la cabeza dentro de una de las vasijas que había contra la pared del fondo. Maza, de pie a su lado, lo agarraba por la nuca, y Aisa tuvo la impresión de que, si Pen intentaba incorporarse antes de tiempo, Maza volvería a hundirle la cabeza. Elston le hizo una seña a Maza preguntándole si quería que se marcharan, pero este se encogió de hombros.

Pen levantó la cabeza y dio una gran bocanada de aire. Tenía los rizos castaños chorreando. Aisa hizo una mueca de dolor cuando le vio la cara: un amasijo de cardenales, con dos ojos morados y un tajo recubierto de sangre seca en una mejilla. Maza no parecía en absoluto preocupado por aquello.

—¿Ya estás sobrio, muchacho? —¿Por qué no hacemos algo? —gritó Pen—. Aparte de quedarnos aquí esperando, mientras ella está allí y la están...

Maza le soltó un bofetón. —¡Cómo te atreves! Si miraras un momento más allá de tu propia desgracia, lo entenderías. Tenemos una ciudad llena de gente que necesita volver a su casa. Una Iglesia que está deseando partir este trono por la mitad. Y una llaga purulenta en las Tripas. Tú conoces a la reina, Pen. Si dejáramos todo esto así y nos marcháramos para rescatarla, nos mataría a todos.

—Sin ella aquí, todo es aún peor. La Iglesia es aún peor... Maza pestañeó. —Cierto. Y tú podrías ser de gran ayuda, pero prefieres ahogar tu pena con alcohol y peleas. ¿Crees que a la reina le gustaría verte así? ¿Crees que estaría orgullosa de ti?

Pen tenía la vista clavada en el suelo. —Te encontraría patético, Pen, igual que yo. —Maza inspiró hondo y se cruzó de brazos—. Lávate y ponte ropa limpia. Y luego vete. Haz lo que tengas que hacer, piensa si quieres seguir formando parte de la Guardia Real. Tienes dos días. Vuelve completamente recuperado, o no vuelvas. ¿Me has entendido?

Pen aspiró entre los dientes, dolido. Aisa creyó que Maza volvería a abofetearlo, pero este fue hacia la puerta, y todos los demás se apartaron.

—Lo siento, señor —repitió Elston. —No es culpa tuya, El —replicó Maza, y cerró la puerta de las dependencias—. Infringí una antigua norma, y me equivoqué.

—¿Cree que volverá? —Sí —respondió Maza, lacónico. Arliss los esperaba delante de su despacho, con un fajo de papeles, como siempre; pero se les había unido Ewen, y se asomaba por detrás del hombro de Arliss como un niño vergonzoso.

—Tenemos previsiones de la cosecha... —empezó a decir Arliss, pero Maza lo interrumpió.

—¿Qué te pasa, Ewen? Este salió de detrás del tesorero; tenía las mejillas muy coloradas. —Me gustaría hablar con usted, señor. —Adelante, habla. Ewen inspiró hondo, como si fuera a pronunciar un discurso. —Yo no soy guardia real. La reina y usted se han portado muy bien conmigo, señor, al dejarme llevar la capa y representar el papel. Pero yo no soy un guardia real de verdad, ni lo seré nunca.

Maza le lanzó una mirada fulminante a Elston. —¿Has hablado de esto con alguien, Ewen? ¿Alguien te ha sacado el tema? —No, señor. Todos han sido tan amables como usted —respondió Ewen, y se ruborizó aún más—. He tardado un poco en aclararme, pero ahora ya lo tengo claro. Yo no soy un guardia real de verdad, y me gustaría volver a ser útil.

—Y ¿de qué forma te gustaría ser útil? —Pues haciendo lo que he hecho siempre, señor: de carcelero. Porque se le ha fugado una prisionera.

—Una prisionera... —Maza se quedó mirándolo largo rato—. No, Ewen. Ni hablar.

—Me gustaría volver a ser útil —insistió Ewen, tenaz. —Ewen, ¿sabes cómo capturamos a Brenna la primera vez? Coryn la encontró por casualidad, profundamente dormida en uno de esos antros para morfinómanos de Thorne. Ya habrás oído lo que le pasó a Will ahí abajo. Sabiendo lo que ahora sabemos, creo que Coryn tuvo mucha suerte de que Brenna no lo viera venir. No enviaría ni al mejor espada del Tear a apresar a esa bruja. Y desde luego no puedo enviarte a ti.

Ewen cuadró los hombros hasta adoptar una postura muy erguida. —Sé lo que es esa mujer, señor. Lo sé desde la primera vez que la vi. Y me he enterado de lo que escribió en la pared. Quiere hacerle daño a la reina.

Maza arrugó el ceño. —¿Has hablado con tu padre de esto? —Mi padre ha muerto, señor. Pero en su lecho de muerte me pidió que hiciera cuanto estuviera en mi mano para ayudar a la reina.

Maza tardó en responder, pero Aisa se dio cuenta de que estaba preocupado. —Ewen, esa mujer no es una prisionera cualquiera. No puedes matarla, porque la reina prometió conservarle la vida. Pero si intentaras apresar a una bruja como ella con vida, lo más probable es que murieras en el intento. Aprecio tu valentía, pero no puedo permitir que hagas esto. La reina diría lo mismo. Lo siento.

Ewen siguió con la vista fija en el suelo. —Ya te encontraremos alguna otra tarea. Algo para ayudar a la reina. Te lo prometo.

—Sí, señor. —Puedes irte. Ewen fue hacia la sala de audiencias, cabizbajo y con los hombros caídos. —Tal vez debería haberle dejado ir —comentó Arliss. —Sí, habría sido un bonito legado como Regente, ¿verdad? Enviar a un crío a una misión suicida.

—Quiere hacer algo honorable, señor —aportó Elston, inesperadamente—. Quizá debería permitírsele.

—No. Ya no soy un asesino de niños. Aisa se quedó de piedra, pero no pareció que a los demás les sorprendieran aquellas palabras.

—De eso hace ya mucho tiempo. Es agua pasada —murmuró Arliss, pero Maza soltó una risa amarga y sacudió la cabeza.

—Lo dices con buena intención, anciano, pero, por mucho que intentemos alejar el pasado, siempre está muy cerca. Para mí, aquellos tiempos son agua pasada, pero eso no significa que yo lo sea para ellos.

—Ahora es usted un buen hombre. —Sí, lo soy —concedió Maza, y asintió con la cabeza,

pero sus ojos tenían una expresión siniestra—. Pero eso no cambia lo que he sido.

Siguieron caminando por el pasillo, hablando de la cosecha, pero Aisa se quedó donde estaba, como si hubiera echado raíces, repasando mentalmente esas palabras tratando de entenderlas. Pero no lo consiguió. Creía que Maza era el mejor hombre del Pabellón Real, quizá con la excepción de Venner, y le resultaba imposible conciliar al capitán de la Guardia que ella conocía con el retrato que Maza acababa de hacer: el de un hombre que se abría paso entre una masa de siluetas menudas blandiendo una guadaña.

«Un asesino de niños.»

Dos horas más tarde acudieron al Salón del Trono, donde iba a celebrarse la audiencia del Regente. Elton, Aisa, Coryn, Devin y Kibb se repartieron alrededor de la tarima, y el resto de la Guardia, por toda la sala. Maza se sentó en una butaca, en la tarima, y Arliss en otra a su lado, y empezaron a entrar los peticionarios. El trono, vacío, relucía bajo la luz de las antorchas.

—Que Dios me asista —murmuró Maza—. Siempre me preguntaba por qué la reina no podía controlar su mal genio durante estas sesiones. Ahora lo que no entiendo es cómo las soportaba.

Arliss rió.

—Mi reinécita tenía un carácter considerable. Y era divertida. Echo de menos a esa muchacha.

—Todos la echamos de menos —dijo Maza con aspereza—. Y, ahora, ocupémonos de sus asuntos.

Aisa se volvió hacia la puerta y adoptó la expresión de estoicismo e impassibilidad que siempre le recomendaba Elston. Primero entraron los nobles, una vieja costumbre sobre cuya conveniencia Aisa había oído a Maza y a Arliss discutir en más de una ocasión. Pero lo cierto era que hacía que la sesión se agilizará. Asistían pocos nobles a las audiencias de Maza; ese día solo habían ido dos a solicitar una desgravación fiscal. Nadie estaba cultivando los campos, y hasta Aisa comprendía que eso tenía que remediarse cuanto antes: no solo porque pronto no habría comida, sino porque las granjas y los campos vacíos daban a los nobles del reino una excusa para eludir los impuestos. Lady Bennett y lord Taylor escuchaban, apesadumbrados, mientras Maza les explicaba, haciendo gala de una paciencia extraordinaria, que la situación no le permitía decidir sobre ese asunto, de momento. Aisa sabía que Arliss estaba trabajando para solucionar el problema de la cosecha y de cómo devolver a la gente a sus casas, pero llevaba tiempo aprovisionar a tantas familias para un viaje tan largo a pie. Los dos peticionarios se marcharon con las manos vacías y

contrariados, como tantos otros antes que ellos.

Después de los nobles venía el turno de los pobres. Aisa los prefería, pues sus problemas eran reales. Delitos sin resolver, ganado robado, disputas sobre terrenos... Muchas veces, a Maza se le ocurrían soluciones que Aisa jamás habría podido imaginar. La Guardia tendía a relajarse un poco durante esa parte de la audiencia, incluida Aisa. Ese día, la niña casi estaba divirtiéndose, hasta el momento en que la gente se apartó y de pronto se encontró ante su padre.

Aisa llevó la mano al puñal, mecánicamente, y se vio inmersa en tal mezcla de sentimientos encontrados que al principio no consiguió distinguirlos. Sintió alivio, porque había crecido varios centímetros desde la primavera, y su padre ya no parecía tan alto. También había odio, un fuego duradero que la distancia y el tiempo no habían hecho sino avivar, y que le abrasaba la cabeza y las entrañas. Y por último, y lo más urgente, sintió la necesidad de ir a buscar a sus hermanas pequeñas, Glee y Morryn, y protegerlas de toda amenaza, empezando por su padre.

Era obvio que Maza también lo había reconocido, porque había empezado a temblarle un músculo del mentón. Se agachó y, en voz baja, le preguntó:

—¿Quieres irte, fierecilla? —No, señor —contestó Aisa, y lamentó que su resolución no fuera tan firme como su voz.

Su padre ya no era más alto que ella, pero por lo demás no había cambiado. Se ganaba la vida colocando piedras, y tenía el torso mucho más desarrollado que la parte inferior del cuerpo. Cuando empezó a acercarse al trono, Aisa desenvainó su puñal y lo asió con fuerza. De pronto le sudaban las manos.

Maza le hizo señas a Kibb para que se acercara y le dijo al oído: —Asegúrate de que Andalie no se asoma por aquí. Aisa vio que su padre no iba solo: había salido de entre la multitud con un monje a su lado. El monje llevaba la túnica blanca del Arvath, pero la capucha le tapaba la cara, y Aisa no lo reconoció. Tras lanzarle una mirada rápida pero penetrante que Aisa no supo interpretar, su padre la ignoró y centró toda su atención en Maza.

—¿Otra vez tú, Borwen? —preguntó Maza con hastío—. A ver, ¿qué nos traes hoy?

Borwen fue a decir algo, pero entonces el monje dio un paso adelante y se quitó la capucha. Aisa oyó la brusca aspiración de Maza, e instintivamente blandió su puñal al mismo tiempo que Elston se lanzaba hacia delante. El resto de la Guardia rodeó el pie de la tarima, y Aisa se unió a ellos y subió dos peldaños para colocarse entre Cae y Kibb.

—Santidad —dijo Maza con parsimonia—. Qué gran honor teneros aquí. La última vez fue

emocionante.

¡El Santo Padre en persona! Aisa intentó no mirarlo demasiado, pero no podía evitarlo. Siempre había pensado que el Santo Padre debía de ser viejo, pero era mucho más joven que el padre Tyler; todavía tenía el pelo casi negro, y en su cara apenas se apreciaban arrugas. Maza decía que el Santo Padre nunca iba a ningún sitio sin protección, pero Aisa no veía a ningún guardia junto a él. Aun así, hizo lo mismo que el resto de los miembros de la Guardia Real, quienes habían adoptado una posición defensiva alrededor de Maza.

—He venido a pedirle justicia al gobierno de la reina —anunció el Santo Padre con una voz grave y resonante, y entonces Aisa se fijó en que sus ojos, inexpresivos, casi de reptil, no delataban emoción alguna—. Nuestro hermano y feligrés, Borwen, vino a presentarnos su queja hace unas semanas. La reina le ha negado sus derechos de padre.

—¿Ah, sí? —Maza se recostó en la butaca—. Y ¿por qué motivo? —Para su propio beneficio. Quería quedarse a la esposa de Borwen como sirvienta.

Maza miró fijamente a Borwen. —¿Eso vas contando por ahí? Vaya cuento más estúpido. Andalie no es la sirvienta de nadie.

—Tengo plena confianza en la versión de Borwen —añadió el Santo Padre—. Borwen es miembro de la parroquia del padre Dean desde hace unos años, y...

—Usted no ha venido aquí a interceder por este delincuente sexual. ¿Qué quiere?

El Santo Padre titubeó, pero solo un instante. —También he venido a exigir personalmente que me devuelvan al Apóstata. —Como ya le he dicho unas diez veces, no lo tenemos. —Yo creo que sí. —Bueno, esta no sería la primera vez que creía usted algo sin tener pruebas, ¿verdad?

—Maza lo dijo en tono burlón, pero en su frente había empezado a palpar una gruesa vena—. No tenemos al padre Tyler, y no pienso seguir discutiendo sobre eso.

El Santo Padre compuso una sonrisa insulsa.

—Entonces ¿qué me dice de la queja de Borwen? —Borwen es un pedófilo. ¿Seguro que quiere implicar al Arvath en sus exigencias?

—Eso es una calumnia—replicó el Santo Padre sin perder la calma, aunque Aisa se fijó en que la sonrisa se había borrado de sus labios. Quizá creyeran que Maza no se atrevería a sacar el tema en una audiencia pública. Aisa no supo si alegrarse o disgustarse de que lo hubiera hecho.

—Borwen es un buen cristiano. Asiste a misa todas las mañanas. Por las noches dedica su tiempo a...

—Borwen no tiene más remedio que ser un buen cristiano —gruñó Maza—. Porque sabe que, desde hace seis meses, un alguacil de Nueva Londres lo sigue allá adonde va como si fuera su sombra. Tengo entendido que sus vecinos se sienten muy reconfortados.

Aisa se llevó una sorpresa. Nunca había pensado que Maza pudiera interesarse por algo que no afectara directamente a la reina. Se preguntó si lo sabría su madre. Su padre no era un buen cristiano ni nada parecido; su familia solo pisaba la Iglesia unas pocas veces al año.

—Borwen se ha arrepentido sinceramente de todos los pecados cometidos en el pasado —replicó el Santo Padre—. Se ha reformado, y ahora lo único que quiere es estar con su esposa y sus hijos.

—¿Que se ha reformado? —dijo Maza con sorna—. Por mí ya puedes decir misa, Borwen. Sabes tan bien como yo que, tarde o temprano, la enfermedad que llevas dentro encontrará la forma de salir, y, cuando te sorprenda con las manos en la masa, te encerraré para siempre.

—¡Mis hijos son míos! —gritó Borwen—. ¡No tiene ningún derecho a arrebatármelos!

—Perdiste a tus hijos desde el momento en que les pusiste una mano encima. A ellos y a su madre.

Aisa detectó un movimiento a lo lejos: su madre estaba de pie en la entrada, cruzada de brazos. Kibb no la había visto (o lo fingía), y Aisa tampoco dijo nada. ¿Cómo podía saber Maza tanto sobre su madre? ¿Le habría hablado ella sobre aquellos tiempos? No parecía muy probable. No tenían ninguna relación.

—¡Ahí está mi hija! —insistió Borwen—. ¡Pregúnteselo a ella! ¡Pregúntele si alguna vez la he tratado mal!

Aisa se quedó paralizada, pues de pronto todas las miradas estaban puestas en ella.

—Tu hija trabaja para mí —se apresuró a decir Maza, y Aisa se dio cuenta de que no había previsto aquel giro de la conversación—. Habla cuando yo se lo ordeno, no cuando se lo ordenas tú.

Aisa miró a su padre y vio el triunfo en sus ojos. Su padre la conocía muy bien. Había hecho una apuesta muy bien calculada: que su hija no revelaría su desgracia, su terrible pasado. Revelar algo tan vergonzoso ante las miradas curiosas de unos desconocidos... ¿Cómo iba a hacer eso y seguir como si no hubiera pasado nada? Aunque la creyeran, ¿cómo podría la niña seguir viviendo, sabiendo que eso era lo primero que todos pensarían al verla: que había soportado esas vejaciones? ¿Quién iba a exponerse a eso?

«La reina —le susurró de pronto una vocecilla—. La reina habría dicho la verdad y habría

asumido las consecuencias.»

Pero Aisa no podía. —Aisa ya ha sufrido suficiente —dijo Maza—. Ningún verdadero cristiano la obligaría a volver a relatar su historia aquí.

—Dios ama a los niños, desde luego —replicó el Santo Padre—. Excepto a los mentirosos.

—Tenga cuidado, padre. Maza había bajado ligeramente la voz, y para quienes lo conocían eso era una señal de peligro, pero al Santo Padre no pareció importarle. Aisa se preguntó si el sacerdote se habría propuesto que lo agredieran allí, o que lo detuvieran; eso, sin duda, habría sido útil para el Arvath. Maza era demasiado listo para morder el anzuelo... O eso quería pensar Aisa. Aquella ira silenciosa y contenida era mucho peor que sus gritos de cólera. La niña volvió a notar que su padre la miraba, y contuvo el impulso de volver la cabeza.

—Estoy seguro de que, si la niña tuviera alguna acusación que presentar, la presentaría —continuó el Santo Padre con desdén—. El objetivo de estas acusaciones infundadas contra Borwen es ocultar el hecho de que las leyes de la reina son arbitrarias y están diseñadas para satisfacer sus propias necesidades. Todos los hombres de Dios deberían defenderlo.

—¿Sus propias necesidades? Cuando llegaron los mort, la reina abrió la Ciudadela a más de diez mil refugiados. ¿A cuántos refugiados acogió el Arvath?

—El Arvath es un recinto sagrado —replicó el Santo Padre, pero Aisa comprobó, aliviada, que Maza había vuelto a romperle el ritmo—. Ningún seglar puede entrar en la casa de Dios sin permiso del Santo Padre.

—Ya, eso es muy conveniente tanto para Dios como para su santidad. Y ¿qué dice Jesucristo sobre dar cobijo a los que no tienen hogar?

—Me gustaría seguir hablando del Apóstata, señor Regente —se apresuró a decir el Santo Padre.

Aisa miró con disimulo a los asistentes, pero no supo decir si se habían percatado de la rápida retirada del monje. La mayoría se limitaban a contemplar la tarima con la boca abierta.

—¿Qué pasa con el padre Tyler? —Si no nos lo entregan antes del mediodía del viernes, la Iglesia excomulgará a todos los empleados de la corona.

—Ya veo. Cuando falla todo lo demás, recurre al chantaje. —En absoluto. Pero Dios está disgustado por la incapacidad que ha demostrado la Corona para desterrar el pecado del Tearling. Ahora que no está la reina, confiábamos en que usted aprovecharía esta oportunidad para criminalizar las conductas antinaturales.

Elston se movió a su lado; más que verlo, Aisa lo notó. Pero cuando levantó la cabeza y lo miró, el guardia estaba igual que siempre, con la vista fija en el público y sin que su expresión delatara nada.

—¿Cómo va la preparación del impuesto sobre el patrimonio? —preguntó Maza de repente—. ¿Estará listo el dinero para principios de año?

—No sé a qué se refiere —respondió el Santo Padre, pero su tono revelaba nerviosismo.

Maza soltó una carcajada, y, al oírla, Aisa se relajó ligeramente y la tensión de sus hombros se redujo un tanto. Volvió a mirar con disimulo alrededor de la sala y vio que su madre miraba a Maza de hito en hito, y que sus labios insinuaban una sonrisa.

—¿Sabe qué, Anders? —continuó Maza—. Durante unos minutos no sabía a qué había venido. Pero ahora ya lo entiendo. Déjeme aprovechar esta oportunidad para dejárselo claro: pase lo que pase, ese impuesto tendrá que estar pagado antes del uno de febrero.

—Esto no es una cuestión de dinero, señor Regente. —Todo es una cuestión de dinero, siempre. Usted le impone un diezmo al Tear y luego pretende quedárselo todo, y se gasta en lujos un dinero que proviene de los ingenuos y los hambrientos. Se aprovecha de ellos.

—La gente hace donativos libremente por una causa santa. —¿De verdad? —Maza compuso una sonrisa burlona—. Pero es que yo sé perfectamente adónde va a parar ese dinero. La semana pasada detuvimos a dos de sus ejecutores. Ha estado haciendo negocios en la Guardería.

Esas palabras levantaron una oleada de murmullos entre el público, y la sonrisa del Santo Padre se aflojó un momento, hasta que se recuperó.

—¡Acusaciones infundadas! —gritó—. Soy el mensajero de Dios, y... —En ese caso, su Dios es un traficante de niños. Se oyeron gritos ahogados. —¡Y tú! —le gritó Maza a Borwen—. Tampoco sabía muy bien qué habías venido a hacer aquí, pero ya te he calado. Creías que tendrías más posibilidades de convencer con tu ridículo argumento si había un hombre sentado en el trono. Si vuelves a intentar acercarte a tu mujer o a tus hijos, te...

—¿Qué me hará? ¿Matarme? —gritó Borwen—. ¿Qué amenaza es esa? ¡Yo ya estoy muerto, he perdido a mis hijos y me persiguen allá donde voy! ¿Por qué no me mata ahora mismo?

—No voy a matarte —dijo Maza sin alterarse, mirando a su interlocutor con frialdad—. Voy a detenerte, y dejaré que tu esposa decida tu destino.

Borwen palideció. Maza bajó los escalones y centró su atención en el Santo Padre. —No me chantajeará con amenazas, ni me distraerá de mis objetivos prioritarios, que son los de la reina. No

me traiga más cuentos como este. El próximo sacerdote que ponga un pie aquí quizá no tenga tanta suerte. Y tú, Borwen... no quiero volver a verte nunca.

Aisa temió que le estallara el corazón. Su madre y Wen la habían protegido de su padre siempre que habían podido, pero que lo hiciera alguien que no pertenecía a la familia era diferente. Si hubiera sido permisible que abrazara a Maza, lo habría hecho, porque de pronto lo amaba, con ese amor intenso que nunca había sentido por nadie salvo por su madre.

—Ven, hermano Borwen —ordenó el Santo Padre—. Siempre lo he dicho: la corona Glynn se ahoga en su propio orgullo. Dios sabe que es una injusticia, pero llevaremos tu caso ante los tribunales públicos y se demostrará lo que este sitio es en realidad.

—Puede intentarlo —repuso Maza sin alterarse—. Pero tenga cuidado, Santidad. Los hijos de Borwen no son los únicos que pueden denunciarlo.

—A mí nadie me ha acusado de nada, señor Regente. —Yo lo acuso. Aisa no pudo impedir que las palabras salieran de su boca. De pronto todos la miraban, y deseó no haber dicho nada.

—¿Has dicho algo, niña? —preguntó el Santo Padre. Su voz era dulce como la miel, pero en sus ojos brillaba el odio. Eso, curiosamente, fue lo que obligó a Aisa a volver a hablar. Creyó que cada palabra sería peor que la anterior, pero una vez que hubo empezado descubrió, aliviada, que sucedía precisamente lo contrario: las primeras palabras habían sido las que más le había costado pronunciar, y después todo fue más fácil, como si se hubiera roto un dique en su garganta.

—Yo tenía tres o cuatro años cuando empezaste. —Hizo un gran esfuerzo para mirar a su padre a los ojos, pero solo consiguió enfocar su barbilla—. Y le hiciste lo mismo a Morryn, también a esa edad. Al final teníamos que escondernos debajo del suelo para que no nos encontraras. —Aisa se dio cuenta de que subía la voz, cada vez más angustiada, pero era como bajar corriendo por una ladera, haciendo molinete con los brazos. No podía parar—. Siempre persiguiéndonos, Padre. Nunca nos dejabas en paz: eso es lo que mejor recuerdo.

—¡Mentiras! —exclamó el Santo Padre. —¡No, no miento! —gritó la niña—. ¡Es verdad, lo que pasa es que no quieren oírlo!

—Fierrecilla —dijo Maza con dulzura, y Aisa calló y, furiosa, inspiró entrecortadamente—. No pasa nada, pero ahora quiero que salgas. Coryn, llévala con su madre.

Coryn le tiró suavemente del brazo y, al cabo de un momento, Aisa se fue con él. Volvió la cabeza y vio un océano de ojos fijos en ella. Su padre seguía al lado del Santo Padre, rojo de ira.

—¿Estás bien? —le preguntó Coryn en voz baja. Aisa no sabía qué contestar. Estaba mareada.

Oyó que, a sus espaldas, Maza ordenaba marcharse a los dos hombres.

—¿Aisa? —insistió Coryn. —He avergonzado al capitán. —No, te equivocas —replicó él, y Aisa agradeció su tono desenfadado—. Has hecho algo muy útil. El Arvath ya no se atreverá a llevar a tu padre ante un juez. Ahora hay demasiados testigos.

«Ahora lo sabrá todo el mundo.» Ese pensamiento parecía atormentar a Aisa. —A los cadén no les importará —comentó Coryn como de pasada, y Aisa se detuvo.

—¿Por qué dices eso? —Te vi la cara, niña. Sé que algún día te perderemos. Pero tanto si llevas la capa gris como la roja, no dejes que tu pasado gobierne tu futuro.

—¿Tan fácil es? —No. Hasta el capitán lidia con eso, todos los días. «Un asesino de niños», recordó Aisa. De pronto vio a su madre con los brazos abiertos, y fue como si, afortunadamente, dentro de Aisa todo se derrumbara. Durante años había estado dispuesta a matar su padre, pero ahora se daba cuenta de que había hecho algo aún más difícil: había hablado en voz alta.

Tyler no creía en el infierno. Mucho tiempo atrás había decidido que, si Dios quería castigarlos, tenía infinitas oportunidades de hacerlo allí mismo: el infierno era innecesario.

Pero, si existía un infierno en la tierra, Tyler lo había encontrado. Seth y él estaban escondidos en un hueco que habían encontrado detrás de una pared, en las profundidades de un túnel, enterrados en las entrañas de la tierra. Se habían metido allí por una estrecha abertura que habían descubierto en la pared de piedra. El suelo y las paredes, iluminados únicamente por la parpadeante cerilla que sujetaba Tyler, estaban recubiertos de moho. En el último momento, justo antes de que se apagara la cerilla, Tyler vio que ese día Seth tenía peor aspecto que nunca, con las mejillas consumidas por la fiebre y las córneas amarillentas por la infección. Tyler llevaba varios días sin examinarle la herida, pero si lo hubiera hecho habría visto que aquellas franjas rojas ascendían por el vientre del sacerdote hacia su pecho. Nada más huir del Arvath, Tyler había llevado a Seth a que lo viera un médico, y se había gastado en eso casi todo el dinero que tenía ahorrado. Pero aquel hombre no era un médico de verdad, y, aunque le había dado a Seth algo para aliviar su dolor durante unos días, no había podido detener el avance de la infección.

La cerilla se consumió, y justo a tiempo, porque entonces Tyler oyó pasos que corrían por el túnel. Eran varias personas.

—¡Al ramal este! —dijo una voz masculina—. Al ramal este, y nos encontraremos en la carretera.

—Son cadén, estoy seguro —dijo otra voz, débil y cargada de miedo—. Vienen hacia aquí.

—¿Para qué iban a venir aquí los cadén? Aquí no hay dinero para ellos. —¡Todos al ramal este, rápido! Echaron a correr de nuevo. Tyler se apoyó en la pared, con el corazón acelerado. Seth y él ya se encontraban en un difícil aprieto, pero, si era cierto que allí abajo había cadén, sus problemas se multiplicarían. En los primeros días después de su huida, Tyler había subido varias veces a la superficie y había comprado comida y agua con dinero, y no había tardado en oír la noticia: el Arvath ofrecía una recompensa por ellos. Tyler y Seth ya se habían deshecho de sus túnicas de monje, pero, aunque fueran vestidos de seglares, ya no se sentían seguros en el exterior. Hacía más de dos semanas que Tyler no salía de los túneles, y sus reservas de comida estaban a punto de agotarse.

—¿Ty? —dijo Seth con un hilo de voz—. ¿Crees que vienen por nosotros? —No lo sé —contestó Tyler. Había creído que allí abajo estarían a salvo, pero esa seguridad tenía un precio. En sus incursiones por los túneles, Tyler había visto muchas cosas, y, cuando comprendió qué era en realidad aquel laberinto, empezó a hundirse de nuevo en la oscuridad espiritual que lo había atenazado durante sus últimas semanas en el Arvath.

«¿Por qué permites esto, Dios mío? Este mundo es tuyo. ¿Por qué consientes que esta gente siga aquí?»

No recibió respuesta, pero eso no le sorprendió. Sabía que tenía que sacar de allí a Seth cuanto antes. Había buscado una ruta subterránea que condujera hasta la Ciudadela; estaba seguro de que Maza debía de haber utilizado una ruta parecida para entrar y salir del Arvath sin ser visto cuando acudía a sus lecciones de lectura. Pero Tyler no se atrevía a alejarse demasiado de la seguridad de su escondite. La recompensa que ofrecían por Seth era solo de mil libras, pero la que ofrecían por él ya ascendía a cinco mil libras.

Ningún cadén dejaría escapar una oportunidad semejante. Por los cuchicheos que Tyler había oído en una oscura taberna la última vez que había salido al exterior, sabía que su recompensa también incluía sus posesiones, y eso indicaba que, si bien el Santo Padre quería verlos muertos a los dos (y sin duda estaría dispuesto a pagar lo que hiciera falta para llevar a juicio a Tyler), su interés primordial no eran Tyler ni Seth, sino la caja de madera de cerezo que Tyler tenía guardada en su bolsa. Tyler estaba deseando sacarla de allí y volver a abrirla, pero no podía permitirse gastar más cerillas, porque les quedaban muy pocas. Aun así, no pudo evitar abrazar la bolsa contra el pecho y notar el reconfortante bulto de la caja.

Tras varias semanas en los túneles, el sacerdote había reconstruido parte de lo sucedido.

Nadie había vuelto a ver la corona del Tear desde que falleciera la reina Elyssa. Ella debía de habérsela regalado a la Iglesia; era una decisión extraña tratándose de una monarca que no asistía a los oficios más de una vez al año, pero Elyssa no habría sido la primera que había encontrado a Jesús en el lecho de muerte. Tyler no había conocido a la madre de la reina Glynn, pero, por lo que sabía de ella, era la clase de mujer que no habría dudado en comprar el camino hasta el cielo. Evidentemente la corona tenía un gran valor, pues estaba hecha de plata maciza y zafiros, pero el valor que tenía para Tyler iba mucho más allá del dinero. Aquella corona había adornado la cabeza de todos los gobernantes desde Jonathan Tear, y había evitado sangrientas guerras de sucesión. También se rumoreaba que tenía poderes mágicos, aunque Tyler creía que eso no era más que fantasías. Para él, la corona era un objeto, un testigo de la historia valiente, esforzada y extraordinaria del Tear, y Tyler no podía ser descuidado con un objeto como aquel, del mismo modo que no podía abandonar a Seth. Además, tenía que cumplir una promesa. El recuerdo de aquella mujer, Maya, era desgarrador. Ella le había entregado la corona, y él la había dejado allí, sentada ante la mesa donde tenía sus drogas. No habría podido llevársela, porque entonces los habrían apresado; él lo sabía, pero saberlo no le procuraba ninguna paz. Anders no escatimaba los castigos físicos, y Tyler no quería ni imaginar lo que le habría deparado el destino a Maya después de huir él. Ya que no podía hacer otra cosa, estaba decidido a cumplir su promesa y entregarle la corona a la reina. Pero para eso necesitaba salir de allí abajo.

Oyó pasos por encima de su cabeza y se estremeció. Quizá fueran los cadén, o algún otro grupo de almas perdidas y condenadas de los que Tyler había visto allí abajo. Pero siguieron oyéndose pasos, muchos, y Tyler no pudo evitar pensar en otra información que había oído en la taberna: ahora había bandas que deambulaban por las calles de Nueva Londres, armadas con espadas y crucifijos de madera, alabando a Dios y amenazando a quien no lo hiciera también. No había nada explícito que relacionara a aquellas bandas con la Iglesia de Dios, y sin embargo Tyler veía en ellas la marca del Santo Padre. Habría apostado su Biblia a que aquella gente recibía las órdenes del Arvath.

«En sus tiempos era una buena iglesia», se dijo, y era cierto. Tras el asesinato de Tear, la Iglesia de Dios había ayudado a mantener el orden. La Iglesia había trabajado con los primeros Raleigh y había evitado que la colonia de William Tear se diseminara. En el siglo segundo después de la Travesía, un dedicado predicador llamado Denis había abrazado el catolicismo, reconociendo el gran valor de la teatralidad y los rituales para captar la imaginación de los fieles. Denis había

supervisado el diseño y la construcción del Arvath, una obra ingente que había vaciado las arcas de la Iglesia y había hecho envejecer prematuramente a aquel hombre. Denis falleció tan solo tres días después de la colocación de la última piedra, y ahora la Iglesia lo reconocía como el primer Santo Padre verdadero, pero antes que él había habido otros que habían guiado a la Iglesia de Dios por el mismo camino. Tyler, quien había recopilado tantos relatos históricos orales como había podido, sabía que su iglesia distaba mucho de ser perfecta. Sin embargo, ni siquiera el capítulo más oscuro de su historia podía compararse con el estado en que se encontraba actualmente el Arvath.

Evidentemente, el Santo Padre no se habría atrevido a hacer nada de eso de haber estado la reina en la Ciudadela. Anders le tenía miedo a la reina Kelsea; le tenía tanto miedo que, no hacía mucho, le había entregado a Tyler un frasco de veneno y le había ordenado cometer un acto terrible. La reina se había entregado a Mortmesne (ni siquiera a él se le había escapado esa noticia, pese a lo breves que eran sus salidas al exterior), y Maza estaba al mando del reino. Pero los súbditos del Tearling no querían a Maza, solo lo temían, y el miedo no resultaba tan peligroso. En ausencia de la reina, el Santo Padre estaba envalentonado.

«Es necesario que ella regrese —se dijo Tyler, casi como si recitara una oración—. Tiene que regresar.»

Se oyeron otros pasos por el túnel, y Tyler se apoyó contra la pared. Vio pasar a unos hombres por delante de la estrecha grieta, pero no hicieron ningún otro ruido aparte del de sus pisadas, y, pese a solo haberlos visto pasar fugazmente, Tyler detectó la eficacia militar de sus movimientos, sincronizados y concentrados en un mismo objetivo.

«Cadén», pensó. Pero ¿a quién buscaban? ¿A ellos? En realidad no importaba. Bastaba con que unos ojos atentos se fijaran en la estrecha abertura de la pared del túnel y los descubrirían.

Los hombres siguieron adelante sin reducir el paso, y Tyler se relajó. Seth se acurrucó a su lado, tembloroso, y Tyler rodeó a su amigo con un brazo. Seth estaba muriéndose, lenta y dolorosamente, y Tyler no podía hacer nada por él. Lo había ayudado a huir del Arvath, pero ¿de qué les había servido? No tenían escapatoria.

«Dios mío —rezó, pese a tener la certeza de que sus palabras no irían a ningún sitio y que seguirían dando vueltas y vueltas por el oscuro abismo de su mente—. Te lo ruego, Dios mío, muéstranos tu luz.»

Pero no veía nada, solo negrura, un goteo constante de agua, y, no muy lejos, los pasos de unos asesinos que se alejaban.

La tierra de Tear

El error de las utopías consiste en dar por hecho que todo será perfecto. La perfección tal vez sea la definición, pero somos humanos, y llevamos con nosotros nuestro propio dolor, nuestros errores, nuestros celos, nuestras penas. No podemos desprendernos de nuestros fallos, aunque aspiremos al paraíso, y por eso planear una nueva sociedad sin tener en cuenta la naturaleza humana equivale a condenar esa sociedad al fracaso.

Las palabras de la reina Glynn, recopilación del padre Tyler

William Tear estaba muy preocupado por algo. Katie tenía esa convicción.

Aunque llevaba casi un año trabajando para él, aún no lo conocía bien. No era un hombre fácil de conocer, pues se protegía mucho. Ella pensaba que ni su madre lo entendía del todo. Había días en que Katie creía ver aquella cosa que pesaba sobre Tear, encorbaba sus hombros y lo avejentaba; y, como él estaba preocupado, Katie también.

Estaba sentada en el suelo, en medio del Cinturón, la estrecha franja de denso bosque que bordeaba la parte norte de la ciudad. Allí, el dosel que formaban las copas de los árboles era muy tupido, y solo unos pocos rayos de sol moteaban la hierba seca.

—¡Empuja! —gritó Tear—. ¿No ves que le falla el equilibrio? Ahora es cuando utilizas el peso de tu cuerpo para abalanzarte sobre él y derribarlo. Si consigues colocarte encima de tu adversario y con el puñal en la mano, lo has vencido.

Katie se abrazó las rodillas y trató de concentrarse en el cuadrilátero que tenía delante, donde Gavin y Virginia forcejeaban esforzadamente. Cada uno empuñaba un puñal, pero en ese momento las armas no eran lo primordial; aquello era una lección de influencia y poder. Katie todavía no dominaba el puñal, y no tenía suficiente estatura para imponerse a un oponente, pero era una de las más rápidas, y la que más confiaba en su propio cuerpo, en sus reflejos y en su equilibrio. Virginia era más alta y tenía los músculos más desarrollados, pero no encontraba dónde empujar, y al cabo de unos segundos Tear les ordenó parar y empezó a señalar lo que no habían hecho bien. Virginia parecía contrariada, pero Katie no creía que fueran a tenérselo en cuenta. Eran nueve los que se entrenaban allí: Katie, Virginia Warren, Gavin Murphy, Jess Alcott, Jonathan Tear, Lear Williams,

Ben Howell, Alain Garvey y Morgan Spruce. Cada uno tenía sus virtudes, pero Virginia era la más valiosa: no le temía absolutamente a nada. Katie había aprendido mucho en el último año, pero la intrepidez no podían enseñártela, y ella la codiciaba.

—Virginia, siéntate y observa. A ver si esta vez consigues verlo. —Tear chasqueó los dedos —. Alain, ataca a Gavin.

Alain se levantó del corro y se acercó a Gavin con cautela. Eran buenos amigos, pero Alain era el luchador más débil del grupo, y Gavin lo sabía; en sus ojos ardía un brillo de exceso de confianza. Katie sacudió la cabeza. Gavin era un buen luchador, pero tenía tendencia a la arrogancia, y eso le había causado problemas en más de una ocasión.

—¡Encógete, Garvey! —gritó tía Maddy desde detrás de Tear—. ¡O te hará saltar por los aires!

Alain encogió los hombros hacia el pecho y desenvainó el puñal que llevaba en la funda de la cintura. Eran unos puñales muy bastos, poco más que punzones afilados con empuñadura, las mismas herramientas que los trabajadores utilizaban para sacrificar el ganado. Pero Katie había oído a su madre hablando con tía Maddy, y esta le había dicho que Tear les había fabricado a todos auténticos puñales de combate. Esas armas tenían que fabricarse en secreto, y había que llevarlas también en secreto (a veces Katie tenía la impresión de que, desde aquel día, hacía ya un año, en que se había sentado en un banco con William Tear, su vida se había llenado de secretos, como el cazo que colocabas bajo una gotera), y no se las entregarían hasta que estuvieran preparados. Katie estaba impaciente. Alain era más alto que Gavin, pero este era el que mejor manejaba el puñal de todos ellos, y además sabía moverse como una lagartija. En solo unos segundos se había colocado detrás de Alain, le había agarrado la mano del puñal y empezó a golpear la muñeca de Alain contra su rodilla, metódicamente y con decisión, tratando de obligar a este a soltar el puñal.

—¡Alto! —gritó Tear, y entró en el cuadrilátero. La madre de Katie iba con él y miró a Gavin con reproche.

—¿Qué habría pasado en una pelea real, Gavin? —preguntó ella. —Lo habría inmovilizado —contestó Gavin con voz monótona—. Le habría roto la muñeca y luego le habría destrozado la rodilla.

—La derrota no significa gran cosa en este cuadrilátero —le dijo Tear a Alain —. Pero en la vida real, en un combate real, la derrota significa una muerte instantánea. Eso es algo que hay que entender y recordar.

Con el rabillo del ojo, Katie vio que Virginia asentía con gesto adusto. Eran amigas, de alguna manera, aunque Virginia era demasiado agresiva para entablar una amistad verdadera con nadie. La semana anterior, durante la fuerte discusión sobre el reparto de la cosecha, Virginia había agarrado al señor Ellis por el cuello, y Katie estaba segura de que, si varios adultos no la hubieran apartado, Virginia lo habría estrangulado. En la ciudad que Katie había conocido de niña nunca había peleas; cuando tenía problemas, la gente los solucionaba hablando. Ahora daba la impresión de que había un conflicto cada semana, y muchas veces Katie se preguntaba si estarían entrenándose para mantener la paz, si sería ese el problema que William Tear había previsto.

Jonathan Tear, al lado de Virginia, observaba a las dos figuras que estaban en el centro del cuadrilátero, absorbiéndolo todo con la mirada. Jonathan era un duplicado de William Tear, salvo por los ojos, grandes y oscuros. Los ojos eran de su madre, Lily; Katie se había fijado muchas veces en ese parecido. Jonathan no destacaba en el combate; Katie lo había derrotado varias veces, pese a que él era un año mayor que ella. Pero eso no importaba mucho. Jonathan siempre estaba aprendiendo; aprendía de todo. Katie se daba cuenta, veía cómo aquellos ojos oscuros grababan la información y la enviaban a aquella habitación enorme que era el cerebro de Jonathan para que fuera procesada. ¿Habitación? Qué demonios, era toda una casa.

—Cambio, Gavin. Lear contra Alain. Lear se levantó, y Katie casi vio lamentarse a Alain. Lear no era el mejor combatiente del grupo, y sin embargo era el más respetado, porque era inteligente. Su padre, que había muerto durante la Travesía, había sido uno de los hombres de confianza de William Tear, y su madre solía decir que Lear había heredado la inteligencia de su padre. Era aprendiz del anciano señor Welland, el historiador de la ciudad, y Lear estaba trabajando en su propia crónica. No era una historia de la Travesía; ninguno de ellos sabía suficiente sobre ese período, y las respuestas que conseguían sonsacarles a los adultos eran vagas hasta la desesperación. Pero, según Gavin, Lear se había propuesto redactar una crónica de la historia de la ciudad durante el resto de su vida y publicar la obra justo antes de su muerte. Nadie quería pelear con un chico capaz de pensar a tan largo plazo.

—Cerrad un poco el corro —ordenó la madre de Katie—. Menos posibilidad de error.

Todos avanzaron un poco. —¡Ya! Lear rodeó a Alain, que se había quedado prácticamente paralizado. Alain era el más débil del grupo, y a Katie le fastidiaba esa debilidad; allí no había espacio para ella.

«Hablas igual que Row.» Arrugó el ceño y lamentó no poder silenciar aquella voz.

Últimamente sus pensamientos parecían los de un esquizofrénico; daba la impresión de que cualquier idea que tuviera pudiera clasificarse según perteneciera a Row o a Tear. Alain no era un buen combatiente, pero, como muchos niños de la Travesía, tenía otras habilidades, concretamente un don espectacular para los juegos de manos. Nadie jugaba a las cartas con Alain, a menos que fuera por el simple derecho a jactarse de ello; había ganado varias madejas del mejor hilo de Katie hasta que ella comprendió que tenía que dejar de apostar. Todos los otoños, en la fiesta de la cosecha, Alain realizaba un espectáculo de magia con el que impresionaba a los adultos y dejaba absolutamente maravillados a los más pequeños. Quizá no fuera muy buen luchador, pero Katie sabía reconocer el gran valor de tener a personas tan diferentes en una comunidad, cada una peculiar, cada una con defectos, virtudes, intereses y singularidades. Todos juntos conformaban un tapiz, como habrían hecho los personajes de un libro. Esa era la lección de la ciudad, la lección que enseñaban a los niños antes de que aprendieran a andar: tú eres especial, todos somos especiales, y nadie es mejor que nadie. Cada uno tiene su valor.

Pero Row no sabía apreciar el valor de ese tapiz. Katie intentaba explicárselo a menudo, pero dudaba que él lo entendiera. Row no tenía paciencia con la incompetencia, y a veces sus pensamientos se entrelazaban con los de Katie y estrangulaban la voz de Tear hasta extinguirla.

Lear dejó de describir círculos y avanzó, rápido y silencioso. En cuestión de segundos se había colocado detrás de Alain y lo había agarrado por el cuello con ambos brazos, inmovilizándolo.

—¡Alto! William Tear, de pie y con los brazos cruzados, miraba fijamente a Alain. Su mirada no estaba desprovista de compasión, pero tampoco de frialdad, y de pronto Katie se dio cuenta de que Alain estaba en apuros.

—Ya es suficiente por hoy. Podéis volver todos a vuestros oficios. Lear soltó a Alain, que se separó de él tambaleándose y frotándose el cuello. Lear le dio una palmada en la espalda, y Alain sonrió, afable, pero se notaba que no las tenía todas consigo; Katie estaba segura de que él también sabía que solo estaba en período de prueba. Gavin empezó a meterse con él, pero Gavin era así; estaba tan convencido de sus talentos que a veces pecaba de cruel sin darse cuenta. El año anterior, Gavin la había invitado al picnic de verano, y, aunque era atractivo, Katie había rechazado la invitación. Gavin era implacable, estaba dispuesto a pasar por encima de lo que hiciera falta para lograr su objetivo. Katie dudaba que fuera capaz de anteponer nada a sí mismo.

«¡Venga ya! —protestó su vocecilla interior—. ¿Acaso Row es mejor?» No, pero Row no se

engañaba respecto a sí mismo. Y eso significaba una gran diferencia. Row quizá fuera antipático, pero Gavin era estúpido. Ni siquiera le gustaba leer.

Tear, tía Maddy y su madre salieron del claro y se dirigieron hacia el oeste, hacia la ciudad. La madre de Katie le hizo una discreta señal con la cabeza a su hija para indicarle que ese día lo había hecho muy bien. Gavin, Howell, Alain y Morgan desaparecieron entre los árboles y se encaminaron hacia el este; después rodearían la colina y torcerían hacia el sur, hacia la granja. Jess descendió por la ladera, hacia el aserradero, y Virginia la siguió; formaba parte de un grupo muy numeroso que había empezado a explorar y trazar el mapa de las extensas tierras alrededor de la ciudad, la «Tierra de Tear», como habían empezado a llamarla, aunque Katie sabía por su madre que a William Tear no le gustaba que la llamaran así. Todos tenían oficios que les servían para camuflar aquellas sesiones; hasta Jonathan Tear trabajaba de día en la lechería. Sin embargo, no había ningún oficio que pudiera compararse con las lecciones de Tear. Les estaba enseñando a combatir, pero eso solo era una parte. De alguna manera, aunque fuera difícil explicarlo, Tear también les estaba enseñando, no mediante palabras sino mediante el ejemplo, a ser mejores. Mejores personas, mejores miembros de la comunidad. Durante las sesiones, la voz de Row seguía presente en la cabeza de Katie, pero muy débil. En el mundo de Row, a Alain ya lo habrían echado hacía mucho tiempo, pero las ideas de excepcionalidad de Row, su visión del mundo competitiva y despiadada no parecían tener cabida en el claro.

Katie esperó un momento antes de levantarse, y se sacudió las briznas de hierba del fondillo de los pantalones. Podía permitirse llegar un poco tarde a la granja; trabajaba mucho, y el señor Lynn, que supervisaba a las hilanderas y las tintoreras, consideraba casi milagrosos los resultados que Katie obtenía. Seguramente, no se habría quejado aunque ella no hubiera aparecido en una semana.

En el otro extremo del claro, Jonathan Tear seguía sentado en el suelo con la vista al frente. Tenía el rostro impasible, casi como si estuviera adormecido, y Katie se marchó sin decirle nada; ¡Jonathan era tan raro! Pese a pertenecer a una comunidad que valoraba a los individuos, Katie no sabía muy bien qué papel ocupaba Jonathan. En teoría, habría podido disfrutar de un estatus muy elevado por ser su padre quien era, pero Jonathan no aceptaba la adulación que a la ciudad le habría encantado dedicarle; no parecía saber qué hacer con ella. Pasaba casi todo su tiempo libre en la biblioteca, acurrucado con un montón de libros en los rincones oscuros del segundo piso. Hasta en las sesiones de entrenamiento Jonathan permanecía aislado, al margen de la jocosidad camaradería de

la que disfrutaban los demás, aquella agradable sensación de pertenencia a una elite que los definía. Era raro, sencillamente raro, y el primer impulso de Katie fue dejarlo en paz.

Pero, cuando llegó al borde del claro, redujo el paso y acabó deteniéndose del todo. La voz de su madre rondaba por su cabeza, la voz de la infancia de Katie, una voz que decía que cuando veías que tu vecino tenía un problema, por muy antipático que te cayera o por mucho que discreparas con él, te parabas. Y le ofrecías ayuda.

Jonathan Tear no tenía buen aspecto. Katie suspiró con hastío, dio media vuelta y fue hacia él. —¿Estás bien? Jonathan siguió mirando al frente y no contestó. Katie se puso en cuclillas y escudriñó su cara, y entonces comprobó que lo que le había parecido embotamiento era en realidad concentración; era como si Jonathan observara algo a lo lejos. Katie volvió la cabeza, pero solo vio la hilera de árboles del fondo del claro.

—¿Jonathan? Chasqueó los dedos delante de sus ojos, pero él ni siquiera pestañeó. Tenía las pupilas dilatadas, y Katie se preguntó si estaría sufriendo algún tipo de ataque, y si debía avisar a alguien. Pero el resto del grupo ya se había alejado, y solo se oía la melodía del bosque: el canto de los pájaros y el débil murmullo del viento entre las ramas de los árboles.

Poco a poco, indecisa, Katie estiró un brazo y le puso una mano encima del hombro a Jonathan. Él dio un respingo, pero sus pupilas no se contrajeron, y cuando se volvió tenía la misma mirada extraviada e inexpresiva que antes, y Katie tuvo la impresión de que la atravesaba, y se estremeció.

—Se ha estropeado —dijo en voz baja—. La ciudad, la tierra. Tú y yo, Katie. Tú y yo, Katie, y un puñal.

Al oír esa última palabra, Katie dio un respingo y automáticamente llevó una mano al puñal que tenía en la cintura. Jonathan alargó una mano y le agarró la muñeca con unos dedos fríos, y las comisuras de su boca se elevaron y compusieron una sonrisa siniestra.

—Nosotros lo intentamos, Katie —susurró—. Hicimos todo lo que pudimos. Katie dejó escapar un grito ahogado y se soltó de su mano. Jonathan parpadeó y la luz moteada de la tarde contrajo sus pupilas. La miró fijamente, con el ceño fruncido.

—¿Katie? Ella se echó hacia atrás. El corazón todavía le latía muy deprisa, y no quería estar tan cerca de Jonathan. Sentía que proyectaba peligro, que lo irradiaba casi como el calor.

—Estabas soñando —dijo por fin. «¿Soñando? —dijo aquella vocecilla con sorna—. Estaba en trance, en algún tipo de trance, como le pasa a veces a Annie Fowler cuando le preguntan qué

tiempo hará mañana.»

Pero Annie solo cerraba los ojos un momento antes de predecir el tiempo, y solía acertar. Lo que le había pasado a Jonathan había sido completamente diferente. Era casi como si...

—¿Ha acabado el entrenamiento? —preguntó Jonathan. —Sí. Se levantó y le ofreció una mano. Lo ayudaría a ponerse en pie, y basta. Ya había hecho la buena obra del día. Se marcharía de allí, bajaría a la granja, teñiría un poco de lana y se olvidaría de toda aquella escena tan repulsiva.

Pero, en lugar de eso, preguntó: —¿Qué has visto? Él adoptó una expresión introspectiva. —¿Qué quieres decir? Katie lo levantó. —A veces tu padre entra en trance. Me lo ha contado mi madre. Tú también has entrado en trance. ¿Qué has visto?

—No puedes contárselo a nadie. —¿Por qué no? Yo no tengo la culpa de que hayas decidido hacerlo en mitad del entrenamiento.

Jonathan la sujetó por los hombros, y Katie se puso en tensión; de pronto reparó en que Jonathan le sacaba más de un palmo. Llevó la mano hacia el puñal, pero antes de que pudiera desenvainarlo Jonathan la soltó y retrocedió. —Lo siento —dijo fríamente—. Es que no quiero que lo sepa nadie. —¿Por qué? —insistió Katie, perpleja—. A mí me encantaría ser clarividente. Yo no soy como los niños de la Travesía, no tengo ningún don.

Jonathan la sometió a una mirada escrutadora. —Desde que tengo uso de razón, la gente no ha dejado de observarme, atentos a ver cómo me convierto en un doble de mi padre. Y no me importa; entiendo por qué lo hacen. Pero las dinastías son peligrosas. No sé a quién escogerán para sucederlo y gobernar la ciudad, pero no deberían elegir a nadie por ser el hijo de nadie. Decidirán mejor si creen que soy como cualquier otro.

—¿No es algo un poco difícil de ocultar? —No, no mucho. Paso la mayor parte del tiempo solo. Katie agachó la cabeza, abochornada. Siempre había dado por hecho que el aislamiento de Jonathan no era más que una muestra de ineptitud social; nunca se le había ocurrido que pudiera ser voluntario. Recordó los comentarios maliciosos que Row y ella habían compartido sobre aquello y se avergonzó de sí misma.

—No te avergüences —dijo Jonathan, y Katie se sobresaltó—. Era la impresión que yo quería que tuvieras.

Katie, asustada, se apartó de él. ¿Había oído lo que estaba pensando? En la ciudad había varios adolescentes que tenían algo de aquel talento; una vez, Katie había oído a su madre y a tía Maddy hablando de eso. Su madre había dicho que William Tear les había ordenado que no

hablaran de esas cosas, para que los niños de la Travesía no se sintieran especiales. Row sabía hacer cosas extraordinarias con el fuego; ese era su don, del mismo modo que Ellie Bennett sabía encontrar agua o Matt van Wye podía hacer desaparecer los objetos. Row tampoco exhibía su don; solo Katie (y tal vez la madre de Row) sabía que esa habilidad suya era lo que hacía que Row trabajara tan bien los metales. Katie, que había nacido casi dos años después de la Travesía, no poseía ninguno de esos dones, y muchas veces los había envidiado. Pero tenía la impresión de que los niños de la Travesía, con sus pequeños poderes mágicos, diseminados por la ciudad como los huevos que escondían en las fiestas de primavera, eran muy diferentes de Jonathan. Él parecía estar rodeado de poder. Katie miró hacia abajo y vio que tenía el vello de los brazos erizado. No apartó la mano del puñal.

—No soy ningún peligro para ti —le aseguró Jonathan. Tal vez no lo fuera, pero aun así había peligro en él, y Katie trató de analizarlo. ¿Acaso no estaba pensando, hacía solo un momento, que la ciudad era un lugar donde todos eran igual de valiosos, donde todos sus dones se unían para componer un tapiz?

«¿Igual de valiosos? ¿Y William Tear?» Katie parpadeó. Se preguntó qué diría Row si se enteraba de lo que había descubierto, e inmediatamente llegó la respuesta.

«No necesitamos a otro William Tear.» Sí, esa era la voz de Row, pero este no había estado allí aquella noche, sentado en el banco, y no había sentido la grandeza de Tear, su majestuosidad. Tear les había pedido a los mentores de los muchachos que los cubrieran, que no revelaran que no estaban en sus puestos de aprendices cuando se suponía que sí lo estaban, y de momento nadie sospechaba nada. Pero ocultarle cosas a Row era muy diferente; él sabía que Katie no era del todo sincera, y eso había abierto una pequeña brecha entre ellos dos. Katie odiaba esa brecha, pero no podía hacer nada para evitar que existiera. Aunque a veces todavía la irritaban las restricciones de la ciudad, su innata hipocresía, sabía que ella nunca podría ir contra William Tear. Este no quería que lo adoraran como a un dios, ni siquiera como a un rey; eso era peligroso, se contradecía con la democracia que él tanto valoraba. Pero de todas formas Katie lo adoraba. Y allí estaba el hijo de Tear, el raro de la escuela, un chico a quien ella siempre había considerado sin ninguna importancia, y de pronto un poder similar al de William Tear emanaba de él. Entonces a Katie se le ocurrió otra cosa, algo que nunca se había planteado: ¿qué pasaría con la ciudad cuando ya no estuviera William Tear?

—¿Puedes apartar la mano del puñal? —preguntó Jonathan. Katie soltó el puñal. Él se relajó y

se sentó en cuclillas, y de pronto Katie recordó que solo le llevaba un año. Durante unos momentos, la diferencia de edad había parecido mucho mayor.

—No se lo contaré a nadie —aseveró. Él levantó la cabeza y sonrió. Katie tuvo que desviar la mirada, pues era una sonrisa reluciente, con una carga de bondad casi cegadora. Le dieron ganas de suplicarle perdón. Volvió a acordarse de aquella noche en el jardín, sentada al lado de Tear en el banco, y se dio cuenta de que haría cualquier cosa que él le pidiese. Los Tear eran peligrosos, pero su peligro no tenía nada que ver con los puñales.

—Gracias —dijo Jonathan.

Katie miró la hora. Hacía mucho que debería haber regresado a la granja, pero seguía vacilando sin saber por qué, y, cuando por fin identificó el origen de esa indecisión, se quedó atónita: estaba esperando a que él le ordenara marcharse.

—Vete —le dijo Jonathan. Katie fue tambaleándose hacia el borde del claro. No podía concentrarse y tenía la piel de gallina. Se sentía como creía que debían de sentirse los árboles después de que les cayera un rayo.

Volvió la cabeza, pero Jonathan ya había desaparecido. Katie siguió andando hacia el este, buscando el sendero que atravesaba la ladera y que la devolvería a Hill Road. Al final lo encontró, pero la sensación de haber sido golpeada por un rayo no la abandonó.

«¿Qué ha pasado? —se preguntó, aunque sabía que no iba a obtener respuestas—. ¿Qué ha pasado en el claro?»

No lo sabía, pero al menos había una cosa que sí había cobrado solidez en su mente: ahora tenía otro secreto que guardar. Y no tenía que ocultárselo a la ciudad, lo que habría sido fácil, sino a Row. Otro secreto que los separaría, y Katie sintió que la cuña se hincaba un poco más en su mente: Tear y Row, tan distantes ahora que habrían podido hallarse en los lados opuestos de un barranco; y ¿dónde clavaba Katie su bandera?

«¡Puedo ser las dos!», se dijo, pero, a pesar de no haber hablado en voz alta, su voz sonó estridente, y tenía ese tono agudo y angustiado de alguien que intenta encubrir una mentira.

Se oyeron unos golpecitos. Katie despertó bruscamente de un sueño en el que volaba, y se encontró a oscuras. Los golpecitos continuaron y durante unos instantes sintió que su sueño se transformaba, de manera fluida, sin interrupciones, como suelen hacer los sueños, en algo nuevo, un poema que su madre le había leído cuando ella era pequeña. Fuera había un cuervo, y golpeaba con el pico, y Katie no podía abrir la ventana, porque fuera solo había locura.

Unos cuantos golpecitos más. Se dio cuenta de que estaba despierta, de que el ruido lo hacían unos dedos en la ventana, una tabla que su madre había construido y que se abría hacia fuera girando sobre unos goznes. A diferencia de las ventanas con cristales de sus libros, esa ventana era opaca, de madera, y Katie no podía ver lo que había fuera.

«Nada —le dijo una vocecilla—. Nada bueno. No le hagas caso y sigue durmiendo.»

Pero no podía ignorar aquellos golpes. De hecho, eran cada vez más rápidos y más fuertes, y no tardarían en despertar a su madre. Katie inspiró hondo, se recordó que era un animal feroz, quitó el pestillo y abrió un poco la ventana.

Row estaba agazapado bajo el alféizar y miraba a Katie con sus oscuros ojos bajo la luz de la luna.

—Abrígate y ven. —¿Adónde? —Afuera. —¿Qué hora es? —Buscó su reloj a tientas en la mesilla de noche. —Las dos y media. —Row levantó una masa negra y deforme—. He traído capas para los dos. Así podremos hacernos pasar por adultos.

Katie no se movió. El instinto le aconsejaba no salir, y sin embargo la oscuridad que vislumbraba detrás de Row ejercía una fascinación irresistible. Él podía saltarse las normas sin miedo a sufrir represalias. Pero Katie no era tan temeraria.

Row sonrió. —¿Por qué no? Ya me conoces, Katie; nunca me pillan. Ella se retiró, súbitamente estremecida al recordar aquel momento, la otra tarde, con Jonathan Tear. ¿Acaso ahora todos podían leerle el pensamiento? Miró con recelo a Row y se preguntó si habría estado ocultándose todo ese tiempo.

—No me digas que... —Te conozco, Rapunzel. ¿Desde cuándo necesitamos magia para adivinar lo que piensa el otro?

Era verdad. A veces alcanzaban una armonía tan perfecta que ni siquiera necesitaban hablar.

—Dime, ¿de qué tienes miedo? —Row cruzó los brazos y los apoyó en el alféizar—. ¿De mí?

No, no era exactamente de Row de lo que tenía miedo, pero Katie no habría podido explicarlo. Como siempre, lo que Row le ofrecía era descabellado, misterioso y prohibido: la noche al otro lado de su ventana. Si la descubrían después del toque de queda, no solo la castigaría su madre, también se enteraría William Tear, y hasta podían expulsarla de la guardia. —¿A qué has venido? —le preguntó—. ¿Y Mia? Row se encogió de hombros, y en ese simple gesto Katie pudo leer sin ninguna dificultad toda una conversación. Sí, esa semana Row dormía con Mia Gillon, pero esta esperaba, como por lo visto lo esperaban todas las mujeres de la ciudad. Row tenía muchas

camas a su disposición, y hacía buen uso de ellas, pero las mujeres no le importaban. A Katie la reconfortaba pensarlo. El círculo mágico que los rodeaba a los dos desde la infancia era sólido, demasiado sólido para que lo rompiera alguien tan ridículo como Mia Gillon.

Row se inclinó un poco más y le puso delante la capa, haciéndola oscilar. —Tu última oportunidad, Rapunzel. Katie cogió la capa con dedos ligeramente temblorosos. —Tengo que vestirme. —Te espero fuera. Date prisa. Temblorosa, Katie cerró la ventana. Se le encogió el estómago, como siempre que ocurría cuando existía la posibilidad de meterse en un lío. Tenía ganas de vomitar.

—¿Qué haces? —se dijo mientras se ponía unos pantalones gruesos de lana y una camisa de abrigo—. ¿Por qué lo haces?

No había respuesta. Katie pensó en Jonathan, en su padre, en su madre, en los libros... en cosas que ocupaban las horas del día, pero ahora era de noche.

—Qué estúpida —susurró, y pasó una pierna al otro lado del alféizar—. Qué estúpida, qué estúpida, qué estúpida.

Saltó al suelo y cerró la ventana. Los goznes chirriaron un poco e hizo una mueca. Sin el pestillo cerrado, la madera no quedaba perfectamente alineada, y dejaba un resquicio de un par de centímetros, pero eso no podía evitarlo. La hierba que crecía bajo su ventana estaba húmeda de rocío, y notó que empezaba a traspasarle los gruesos zapatos de lana. Con todo, sus pies parecían llevarla sin necesidad de que ella se lo ordenara; salió al camino que había delante de la casa, donde Row la esperaba en silencio, con la capa y la capucha puestas; él le dio la mano y Katie sintió que la recorría un extraño estremecimiento.

—Vamos. Recorrieron presurosos el sendero y luego descendieron hacia el extremo sur de la ciudad. La niebla cubría la ladera del monte, ocultándolo todo salvo algún que otro farol encendido. Todo estaba tranquilo, y el silencio recordó a Katie, más que ninguna otra cosa que hubiera pasado ese día, el extraño momento vital en que se encontraba, a punto de hacerse mayor. Todos los otros niños estaban acostados, pero allí estaban Row y ella, que no eran ni niños ni adultos, corriendo por las calles sin permiso, intrusos en un mundo azul oscuro.

Al cabo de unos minutos, el camino empezó a descender de forma más pronunciada. Katie se había desorientado por culpa de la niebla, pero Row parecía saber adónde iban, porque le tiró de la mano, la sacó de la calzada y la metió en el espacio entre un grupo de casas. Katie no entendía cómo podía estar tan seguro del camino; ella no veía más de un metro más allá. Tenía los zapatos

calados y se le estaban durmiendo los dedos de los pies. Ya no había casas: habían llegado al bosque; Row corría entre árboles y matorrales arrastrando a Katie. La niebla empezó a desaparecer y ellos siguieron descendiendo, y al poco rato Katie ya podía ver dónde pisaba. Se encontraban en el Lower Bend, la parte más baja de la ciudad, donde la ladera oriental lindaba con el bosque. Allí estaba el taller de metales de Jenna Carver donde trabajaba Row, y Katie pronto comprendió que era allí adonde iban.

—Row, ¿qué...? —¡Chiss! El taller de Jenna era un edificio de madera desvencijado, desprotegido del viento incesante que azotaba la ladera oriental. Katie suponía que la puerta estaría cerrada con llave, puesto que Jenna guardaba allí objetos personales de muchos clientes, pero cuando subían los gastados escalones Row le enseñó una llave.

—¿De dónde has sacado eso? —He hecho un duplicado. Katie sabía que acababa de hacer una pregunta estúpida. Entre muchos otros objetos de metal, Row y Jenna fabricaban llaves y cerraduras. En la ciudad poca gente cerraba la puerta de su casa con llave, aunque todas tenían cerradura. Katie sospechaba que esa rareza, como muchas otras, tenía algo que ver con el período de la Travesía, pero no podía estar segura. Todos los adultos eran iguales: no les importaba hablar de la Travesía (aunque lo hacían con una imprecisión exasperante respecto a la geografía), ni de historia mundial, pero el período inmediatamente anterior al éxodo, que abarcaba unos treinta o cuarenta años, era un agujero negro en la conciencia de la ciudad. Fuera lo que fuese lo que los había llevado a todos hasta allí habían decidido borrarlo de su memoria.

Entró detrás de Row en la tienda, y esperó, temblorosa, mientras él encendía una lámpara.

—Será mejor que valga la pena. Me estoy congelando. —Vale la pena —dijo Row, hurgando en un cajón de la mesa de Jenna—. ¡Mira!

Sacó una piedra preciosa, oscura, con múltiples y relucientes facetas. Pese a estar en penumbra, Katie reconoció al instante la joya de William Tear, la misma que ella había tenido encerrada en el puño hacía más de un año, pero se quedó mirándola como si no la hubiera visto jamás.

—¿Qué es? —preguntó. Por una parte sentía pena, esa pena que sentía cuando le mentía sobre dónde había pasado la tarde. ¡Cuántos secretos tenía ya!

—Es de William Tear —respondió Row—. Se la dio a Jenna; quiere que la monte en un collar con engaste de plata. Se supone que yo no sé nada.

—Entonces ¿cómo es que lo sabes? —Les escuché a escondidas —Row sonrió. Katie conocía

muy bien aquella sonrisa, pero en aquel momento le pareció casi grotesca. No le hizo ninguna gracia ver el zafiro de William Tear en la mano de Row.

—Y ¿me has traído hasta aquí solo para enseñarme esto? —¿No es una piedra como otra cualquiera! —protestó Row—. Mira, cógela. Katie la cogió. No tuvo ninguna de las sensaciones que recordaba haber tenido aquella noche en el banco: solo notó su peso, su frío y sus múltiples puntas, que se le clavaban en la mano. Row la miraba fijamente, emocionado, pero al cabo de un rato arrugó la frente. —¿No lo notas? —Notar ¿qué? —La magia —contestó Row. —¿La magia? —dijo Katie con sarcasmo. —¿Es magia de verdad, Katie! ¡Yo la noto cuando sostengo la piedra! Katie lo miró con fingido desprecio, pero, además de la tristeza que le producía engañar a su amigo, sentía un dolor repentino y más profundo. El entusiasmo de Row no era falso; hacía mucho tiempo que Katie no lo veía tan emocionado por nada. Cuando sostenía la joya, le pasaba algo. Sentía una magia, como decía él. ¿Por qué ella no notaba nada? Encerró la joya en el puño y apretó con todas sus fuerzas, pero no sintió nada, ni siquiera un cosquilleo parecido al que recordaba haber notado aquella noche en el banco con Tear. La joya era una piedra inerte en su mano.

—¿Qué clase de magia? —¿Me muestra cosas! —A Row le brillaban los ojos—. El pasado. La Travesía. ¡Sé lo que pasó, Katie! ¡Sé por qué lo guardaron en secreto!

Hizo una pausa, dando pie a que ella preguntara qué, pero Katie no dijo nada. En su interior estaba encendiéndose la rabia, una rabia que comenzaba con un goteo ácido y repugnante: los celos.

—No digas tonterías, Row —dijo, y se dio la vuelta. Row la cogió por el brazo. —¿No estoy mintiendo! ¡Lo he visto! —Ya, claro. Una parte de Katie se sentía fatal por aquella conversación, por mentirle otra vez a su mejor amigo. Pero no podía evitarlo; el goteo de los celos se había transformado rápidamente en un río furioso. Katie era quien había hecho una promesa, quien había seguido a William Tear, quien hacía todo lo posible por aprender sus lecciones, y ahora, además, guardaba los secretos de Jonathan Tear. Row odiaba a William Tear. Entonces ¿por qué él podía ver esas cosas?

Row la miraba fijamente, enojado y dolido. —¿Crees que te miento? —Creo que te engañas a ti mismo. Row entrecerró los ojos. Alargó una mano sin decir nada; Katie le devolvió el zafiro, y se alegró al ver que él lo guardaba de nuevo en el cajón. Antes de que el cajón se cerrara del todo, Katie vio que dentro había algo más: un débil destello de plata sin pulir, casi circular.

—Siento haberte hecho perder el tiempo —dijo Row fríamente—. Vamos, te acompaño a casa.

Katie asintió también con frialdad. Le habría gustado marcharse sola, pero la idea de volver atravesando toda la ciudad a oscuras le ponía los pelos de punta. Esperó en silencio mientras Row apagaba la lámpara, y luego salió detrás de él por la puerta.

El viento volvía a susurrar entre los pinos. Katie solo veía un mundo negro más allá de las vigas del porche. «Ahora la ciudad se ha vuelto más oscura», pensó, pero no sabía qué significaba ese pensamiento.

Row cerró la puerta del taller de Jenna, y en cada uno de sus movimientos Katie percibió el profundo abismo que de pronto los separaba, un abismo que nunca había existido. Sí, a veces discutían, pero nunca así. Sintió el impulso absurdo de retirar sus palabras y decirle que sí le creía, pero su orgullo se lo impidió. ¿Qué demonios hacía Row jugando con el zafiro de William Tear? Se suponía que ni siquiera conocía su existencia; él mismo lo había dicho. «Bobadas. Al menos reconoce que lo que pasa es que estás celosa.» Katie hizo una mueca. Sí, podía admitirlo, pero no ante Row. Apretó el paso, alcanzó a su amigo y lo adelantó, persiguiendo su aliento en el aire helado. Esperaba poder no dirigirle la palabra hasta la mañana siguiente, cuando ya se hubiera calmado. Además, ¿por qué sentía tantos celos? Estaba contenta de ser Katie Rice. No necesitaba hacer magia, no necesitaba ser como los niños de la Travesía, con su extraña colección de dones. Era Row el que no se contentaba con las cartas que le había repartido la vida; era Row el que no descansaría hasta haber destruido la ciudad de William Tear...

Katie se detuvo. Ese último pensamiento no era suyo; era como si hubiera un extraño dentro de su cabeza. No se trataba de Row, ni de Tear, sino de un tercero, una voz que ella nunca había oído.

«Oír voces. Estás en un tris de volverte loca.» Pero Katie no lo creía. Se volvió y miró a Row para ver si aquella voz tenía razón, si veía afán de destrucción en su rostro.

La calzada estaba vacía. Katie describió un círculo completo. Estaba a punto de llegar al Lower Bend, donde el camino se empinaba bruscamente y empezaba a ascender trazando curvas muy pronunciadas hacia el centro de la ciudad. En aquella zona había algunos faroles encendidos, pero eso solo servía para destacar aún más las numerosas zonas de oscuridad que tenía detrás. A ambos lados, los edificios deteriorados crujían y chirriaban bajo el azote del viento. Aquella parte del Lower Bend era lo más parecido a un polígono industrial que podía exhibir la ciudad: la forja del señor Eddings; el molino de Ellen Wycroft; el taller de cerámica, que tenía diez tornos de alfarero y dos hornos y estaba abierto para todos a través de una hoja de inscripción; y la tienda de

material artístico del señor Levy, llena de barras de grafito, lienzos, pinturas de fabricación casera y marcos de cuadro de roble, sencillos pero bonitos. Eran todos ellos edificios de aspecto agradable, edificios conocidos, pero ahora se inclinaban y crujían en la oscuridad, y Katie se inquietó al ver lo diferentes que le resultaban, lo rápido que desaparecía la certeza en la oscuridad. ¿Dónde estaba Row? Si le estaba gastando una broma, se las pagaría.

—¿Row? El viento atrapó su voz y la arrastró calle abajo, llevándola hasta los rincones más oscuros, a sitios donde ella no quería que fuera. Pensó en el cementerio, y vio huesos esparcidos por todas partes por un animal que no tenía reparos en abrir las tumbas y llevarse los cadáveres. Su imaginación, tan poderosa que la señorita Warren solía leerle sus redacciones al resto de la clase, estaba cobrando vida y haciendo de las suyas. Detectaba movimiento a su alrededor, detrás de ella, en todos los rincones oscuros.

—¡Row! —gritó, y se le quebró la voz. Ya no le importaba que los descubrieran a los dos; de hecho, lo habría agradecido, habría agradecido que algún adulto contrariado la acompañara hasta la ciudad y le contara a su madre que la habían encontrado en la calle después del toque de queda. Delante, Katie tenía una espesa masa de árboles entre los que apenas se vislumbraba el camino. Prefería que la descubrieran a tener que adentrarse, sola, en aquel bosque tan cerrado.

—¡Row! —volvió a gritar, pero el viento atrapó su voz y la hizo añicos. En aquella parte de la Ciudad no vivía nadie. Todos los edificios estaban cerrados y vacíos por la noche, pero de pronto el hecho de que estuvieran vacíos la atemorizaba: era un vacío que quería llenarse. Nunca perdonaría a Row por hacerle aquello, nunca. La había adelantado, había tomado uno de sus atajos secretos por el bosque, y seguramente ya estaría llegando a su casa, y no habría parado de reírse por el camino. A los dos les gustaba leer historias de terror, pero a Row no lo asustaban tanto como a Katie. Seguro que él no creía que fuera tan grave dejarla allí sola, en la oscuridad; debía de considerarla una broma estupenda.

«¿No crees que te conoce demasiado para algo así?» Sí, era cierto. Row sabía que Katie tenía mucha imaginación, sabía que no le gustaría que la dejara sola de noche y con aquel viento. Lo había hecho a propósito. Katie se había portado mal con él en el taller de Jenna, y lo sabía. Le habría gustado disculparse. Pero lo que había hecho Row era deliberado y, por tanto, cruel.

Katie oyó algo. Entre el agudo y frío ulular del viento, detectó el sonido de algo que se movía furtivamente. No detrás de ella, sino delante, entre el molino y el taller de cerámica. Allí había mucho movimiento; en aquella ladera el viento era tan fuerte que los árboles siempre hablaban y

susurraban en su idioma secreto, pero aquello no era ruido de árboles. Lentos y torpes, pero decididos, los sonidos iban acercándose. Katie oyó el chasquido de una rama volviendo a su sitio.

—¿Row? —preguntó con voz débil. El sonido apenas se despegó de sus labios, y Katie se alegró. Quizá ella no tuviera ningún don; no veía en la oscuridad, como Gavin, ni se movía con la agilidad y el sigilo animal de Lear; pero tenía más intuición que nadie, y eso que había oído era malo. No «malo» en el sentido en que lo era Row, travieso y seductor, sino terrible. Katie lamentó no llevar encima su puñal, que había dejado encima de su tocador, junto a un montón de ropa. No les dejaban llevar sus puñales encima salvo para ir a las sesiones de entrenamiento, pero Katie habría dado cualquier cosa por tenerlo en ese momento.

No tuvo más remedio que darse la vuelta y echar a andar por el camino hacia el bosque, con la cabeza encogida, tratando de pisar sin hacer ruido, decidida a no mirar atrás. El bosque podía ser peligroso, pero Katie no se arredró; ya tenía quince años. El camino era más largo que el atajo de Row, pero al menos era un camino que ella conocía, así que no podía perderse. Iría derecha hasta la ciudad y se metería en la cama, y, la próxima vez que Row la despertara, no abriría la ventana.

Pese a lo oscuro que estaba, avanzaba deprisa; era un bosque espeso, pero se filtraba suficiente luz de luna entre las ramas y Katie podía ver por dónde iba. Se había propuesto lo contrario, pero no pudo evitar mirar atrás varias veces, y no vio nada. Fuera lo que fuese lo que había hecho aquel ruido (y no tenía ninguna intención de seguir preguntárselo, al menos hasta que estuviera a salvo en su cama y hubiera salido el sol y hubiera iluminado la ciudad), no la había seguido hasta allí.

El camino describió una curva. Más allá, Katie vio un gran hueco entre los árboles y, detrás, un extenso campo. La luz de la luna delimitaba claramente el campo, y revelaba las formas oscuras y redondeadas de las lápidas. Era el cementerio. La ciudad, preocupada por la posible contaminación de las reservas de agua, siempre había enterrado a sus difuntos cerca del pie de la colina. William Tear recomendaba la cremación (en eso, al menos, Row y él estaban de acuerdo), pero había demasiada gente cuya fe religiosa exigía que los enterraran. La última vez que había salido el tema en una asamblea, Paul Annescott había congregado a un contingente de cristianos; habían ganado la votación para mantener el cementerio, y la habían ganado limpiamente, pero durante unos instantes Katie los odió a todos. Aquella extensión de campo relucía, fantasmagórica, bajo la luz de la luna, pero lo que más la inquietaba eran las lápidas. ¿No era bastante desagradable meter a la gente bajo tierra y dejarla pudrirse allí, que encima tenían que conmemorarlo?

Una rama se partió detrás de ella. Se dio rápidamente la vuelta. Por una pequeña abertura en el follaje, oteó, muy lejos, las débiles luces del Lower Bend, pero el tramo del camino que acababa de recorrer era una larga alfombra de sombras. Oía los latidos del corazón en los oídos, pero eso no le impidió oír otra vez aquel sonido: el furtivo latigazo de las ramas volviendo a su sitio después de que alguien las apartara. Algo iba hacia ella, pero ¿por la derecha o por la izquierda?

—¡Row! —gritó, y el miedo le comprimió la garganta—. ¡Si eres tú, te voy a matar, desgraciado!

No hubo respuesta, y en cambio volvió a oír aquel ruido de algo que se aproximaba, con decisión y cautela. Katie se tiró al suelo y empezó a escarbar en la tierra hasta que encontró lo que buscaba: una piedra grande, lisa y ovalada pero pesada, una piedra que pudiera blandir. Una de las caras era irregular; una geoda, quizá, cuyos cristales asomaban por la superficie agrietada de la roca. Katie se enderezó, con la piedra fuertemente apretada en la mano, y se quedó inmóvil al ver que algo se movía en el camino. Estaba a unos diez metros, y había tapado un hueco por donde entraba la luz de la luna.

Fuera lo que fuese, era grande, quizá de la estatura de un adulto. Katie solo distinguía vagamente una silueta, unos hombros redondeados y la protuberancia de la cabeza, pero la forma, la postura, no encajaban: estaba encorvada casi por completo, como si estuviera en cuclillas. Desesperada, intentó convencerse por última vez de que era Row, que estaba tomándole el pelo, pero sabía que no podía ser: se lo decía la intuición. Hasta distinguía el olor de aquella cosa, un olor rancio como el de las hortalizas cuando empezaban a echarse a perder.

La figura se quedó quieta, observándola en silencio, y Katie percibió una amenaza en aquel silencio, y no era la amenaza impetuosa de un lobo o de cualquier otro animal salvaje, sino algo mucho peor: una amenaza pensante. De pronto Katie tuvo la certeza de que aquella cosa sabía quién era ella, de que había ido a buscarla a ella deliberadamente.

«Sabe mi nombre», pensó, y el valor la abandonó. Se dio la vuelta y echó a correr.

Fuera lo que fuese, era veloz. Las ramas restallaban y se partían detrás de Katie a medida que aquella cosa pasaba y las apartaba. La joven oía sus propios ásperos resuellos, pero detrás también oía a aquella cosa, que no respiraba sino que gruñía, produciendo un rumor como el que hacía el viento cuando pasaba por los molinetes que había enfrente de la escuela. Katie no estaba acostumbrada a correr cuesta arriba. Le pareció que aquella cosa la estaba alcanzando.

Atravesó el aserradero, corriendo cuanto podía, y oyó un estruendo de metal y madera cuando

la cosa que la perseguía derribó unas herramientas. Se arriesgó a mirar atrás con la esperanza de ver que se había caído, pero la cosa seguía en pie, incluso más cerca que antes, una sombra negra que corría a paso largo, muy encorvada. Allí, el bosque no era tan espeso, y Katie contuvo un grito al distinguir una piel blanca y unos ojos que miraban fijamente, y unas manos que tanteaban el suelo como las patas de un animal. Era un hombre, pero no era un hombre, porque un hombre no podía doblar la espalda de aquella forma, ni emitir aquellos jadeos ásperos e inhumanos.

«Es mala —pensó Katie—. Sé cuándo una cosa es mala, y esta lo es. ¿Me comerá? ¿Será así cómo acabará esto?»

Entonces el bosque volvió a cerrarse y Katie se encontró de nuevo rodeada de árboles. El aliento le rascaba la garganta como el papel de lija. Saltó por encima del tronco de un árbol caído, y las ramas le arañaron las piernas, pero casi ni lo notó. No apartaba la vista del camino, apenas visible, porque sabía que, si se desviaba, estaba perdida.

Poco a poco, el trazado del camino empezó a distinguirse mejor: un surco largo y claro en la oscuridad, teñido de azul. ¡Sí, ya veía! ¡Lo veía todo! Si no hubiera estado tan asustada, se habría reído, porque Gavin no era el único que había recibido el don de la visión nocturna. Pero al cabo de un momento se dio cuenta de que aquello no era visión nocturna. La luz provenía de su mano derecha, con la que todavía sujetaba la piedra que había desenterrado. Unas diminutas líneas de luz azulada salían de entre sus dedos, lo bastante brillantes para alumbrar el camino.

La cosa que la perseguía dio un gruñido, y Katie gritó, porque se le estaba echando encima: había oído su voz casi al lado de su oreja izquierda. Algo la agarró por las caderas, y Katie dio un chillido, estridente como la alarma de incendios de la ciudad, y se soltó, y corrió entre los árboles, y allí, reluciendo a lo lejos, estaba la ciudad, en todo su aburrido y comunal esplendor; pero ahora Katie estaba deseando abrazar aquel aburrimiento; si hubiera podido encontrar el impassible y sordo corazón de la ciudad, lo habría besado apasionadamente.

Volvió a mirar atrás, y se detuvo, pero tan bruscamente que cayó de bruces al suelo y se rasguñó el codo izquierdo.

Allí ya no había nada. Se había caído a unos treinta metros de la linde del bosque, justo al final de High Road, donde empezaban las casas y los faroles, encendidos, mitigaban la oscuridad. Las ramas de los árboles del borde del bosque se movían y hacían ruido, pero aquel era el sonido natural que Katie había oído toda su vida: el de las hojas y las ramas frotándose unas con otras, agitadas por el viento que soplaba desde la llanura. Salvo eso, no había ni rastro de nada que se

moviera.

—¿Katie? Se volvió, asustada, y llevó hacia atrás la mano con la que sujetaba la piedra, dispuesta a lanzarla pese a estar tumbada boca abajo. La luz azulada ya se había apagado (¿de verdad la había visto?), pero los faroles todavía parpadeaban, y no necesitó más luz para reconocer a Row, que estaba de pie un poco más allá, en High Road, sin un pelo fuera de sitio.

—Katie, ¿qué te ha pasado? —¡Row! —Se levantó, sollozando, y se lanzó a sus brazos—. ¿Dónde te habías metido?

—He vuelto por un atajo, y de repente he mirado y ya no estabas. ¿Qué ha pasado?

Katie se lo contó, llorando. Row la abrazaba, pero su abrazo era un poco distante, y al cabo de unos minutos, cuando todavía no había terminado su relato, Katie se fijó en que él no la estaba consolando. Solo la escuchaba mientras miraba hacia otro lado.

—... y entonces he salido del bosque y me he dado la vuelta y no había nada, había desaparecido, Row, pero te aseguro que lo he visto, y...

—Yo no me preocuparía mucho —dijo Row, en absoluto impresionado. —¿Qué? Row la miró, y Katie vio que sus labios dibujaban una sonrisa triunfante, cruel. No era la primera vez que veía sonreír a Row de aquella forma, ni mucho menos, pero nunca lo había hecho mirándola a ella, y se sintió tan ofendida que se soltó y se apartó de él, y lo miró con los ojos muy abiertos, dolida.

—Yo no le daría importancia —continuó Row—. De hecho, Katie, seguramente se trata de una alucinación.

Se quedó mirándolo perpleja, pero Row ya se había dado la vuelta y subía por la colina.

Kelsea salió del pasado y se encontró atrapada en la oscuridad. Tardó un rato en liberarse de su visión, y se sacudió, jadeando, hasta que reconoció el duro suelo de piedra sobre el que estaba tendida. Seguía en su celda, y durante un largo minuto lo único que sintió fue un profundo alivio por no estar con Katie en el bosque.

Detrás de los barrotes no había nadie, y eso también suponía un alivio; la Reina Roja estaba al corriente de lo de sus fugas, pero a Kelsea no le gustaba la idea de que pudieran observarla. Al otro lado de la pared que tenía detrás, su vecino (o vecina) debía de estar trabajando, porque le oía barajar papeles y rasguear, curiosamente, con una pluma. Todavía no había conseguido arrancarle ni una sola palabra, pero de vez en cuando percibía silencios que parecían indicar que la escuchaba cuando ella hablaba. Sin embargo, en ese momento solo se oía el roce de la pluma. Por lo demás, la mazmorra estaba en silencio. Kelsea supuso que debía de ser de madrugada.

Tenía algo en la mano, un objeto duro y redondeado. Parpadeó un poco y trató de pensar qué podía ser, pero no tenía ni idea. Desde hacía poco, recibía un tratamiento especial; la paje, Emily, le había llevado una vela y unas cuantas cerillas. Kelsea no se decidía a gastar una cerilla, pero al final la venció la curiosidad. Tanteó el suelo hasta que sus dedos encontraron la vela y, tras varios intentos, consiguió encenderla. La llama era débil, y la amenazaban las continuas corrientes de aire que atravesaban la mazmorra, pero bastó para que Kelsea alumbrara el objeto que tenía en la mano; se quedó mirándolo fijamente largo rato, cavilando, tratando de descifrar su significado.

Lo que tenía en la mano era una piedra lisa y ovalada, con una incrustación de cuarzo azul.

LIBRO II

Aisa

El futuro no se puede divorciar del pasado. Confiad en mí, sé lo que digo.

Las palabras de la reina Glynn, recopilación del padre Tyler

—Fierecilla. Es hora de irse. Aisa levantó la vista de sus alforjas. Venner estaba en el umbral, y su cara, alargada y adusta, denotaba preocupación.

—¿Lo tienes todo? —Sí, señor. —Bien, pues despídete de tu madre. Aisa se levantó. Andalie estaba en la cámara de la reina cambiando las sábanas. Las cambiaba cada dos días, aunque nadie durmiera allí. Aisa se demoró un momento en el umbral, observando trabajar a su madre. Iba a echarla de menos, sí, pero estaba deseando salir de allí. Maza ya le había dicho que ella no iría hasta Demesne; se quedaría en el Almont, con el general Hall, donde estaría relativamente segura. Aun así, a ella le había sorprendido que su madre le hubiera dado permiso para ir. Una vocecilla insidiosa en su cabeza hasta se preguntaba si su madre estaría contenta de librarse de ella. —Madre. Me marchó.

Andalie soltó la almohada que estaba sacudiendo y, con los brazos abiertos, rodeó la cama con dosel. Su rostro reflejaba la misma serenidad de siempre, pero Aisa se impresionó al ver que había aflicción en sus ojos. Su madre no había vuelto a poner aquella cara desde que habían huido de la casa de su padre.

—¿Has visto algo, madre? —le preguntó Aisa—. ¿Has visto si volveremos con la reina?

—No, cariño. No lo sé. —¿Has visto algo sobre mí? Andalie titubeó, y entonces dijo: —Veo muchas cosas sobre ti, Aisa. Has crecido demasiado deprisa, mucho más de lo que yo habría querido, pero no sería una buena madre si te impidiera seguir el camino que has decidido tomar.

—¿Estoy destinada a rescatar a la reina? Andalie sonrió, pero la niña detectó amargura detrás de su sonrisa. —Estás destinada a pelear, niña. Pero ten cuidado. Vas a un sitio peligroso. Aisa notó que su madre estaba dando rodeos, pero no entendía a qué venían aquellas respuestas ambiguas. Durante un instante deseó que su madre pudiera acompañarlos. Pero no, eso habría sido desastroso. En Mortmesne habrían pagado mucho por una mujer con la clarividencia de Andalie; Maza lo había comentado en más de una ocasión.

—¡Andalie! La voz de Elston, atronadora, las sobresaltó. Aisa cogió su puñal y salió presurosa al pasillo, y el guardia le hizo señas para que se acercara.

—Es la pequeña. Le ha dado un ataque. Andalie echó a correr. Aisa la siguió hasta la sala de audiencias y la encontró inclinada sobre Glee, que había entrado en trance. Aisa había presenciado ese fenómeno infinidad de veces y lo consideraba rutinario; le divirtió ver la reacción de los guardias, que se habían apartado de Glee y en cuyas caras se reflejaba un pavor supersticioso.

—¿Tesoro? —dijo Andalie—. ¿Quieres volver con nosotros?

Pero Glee negó enérgicamente con la cabeza. Paseó la mirada por la habitación un momento, y entonces la fijó en Maza, y se quedó mirándolo tanto rato, y con tanto embeleso, que pareció que hasta él se ponía nervioso.

—Buscas un premio —murmuró Glee, pensativa, como si intentara descifrar un problema—. Pero en Demesne no lo encontrarás.

Uno de los nuevos guardias, cuyo nombre Aisa desconocía, se santiguó. —Busca en Gin Reach —le dijo Glee a Maza. —¡Tesoro! —Andalie le puso las manos sobre los hombros a la pequeña—. ¿Me oyes, tesoro?

—Gin Reach —repitió Glee—. Pero no podemos saber... —¡Glee, despierta! —Llévatela de aquí, Lie —gruñó Maza—. Antes de que nos asuste a todos. Andalie cogió a su hija en brazos y salió al pasillo. Aisa estuvo a punto de seguirlas, pero no lo hizo. Ya se había despedido de su madre.

«Ya estoy preparada para irme —pensó, maravillada—. Ahora ya estoy realmente preparada.»

Maza se volvió hacia Arliss. —¿Estás seguro de que tu información es fiable? —¡Claro que es fiable! —contestó Arliss, molesto—. ¡Tú mismo elegiste a la muchacha!

—¿Y si han llevado a la reina a otro sitio en secreto? —No la han cambiado de sitio. Al menos, no en los dos últimos días. —Asegúrate. Arliss se levantó y se dirigió a su despacho. —¡Pregúntaselo a Levieux, y no a Galen! —gritó Maza—. ¡Nos contestará antes!

Arliss le dijo adiós con la mano. Aisa se preguntó qué haría Maza. A veces, las visiones de Glee no significaban nada, pero no recordaba que se hubiera equivocado nunca con ninguna predicción. Y jamás había oído hablar de Gin Reach.

—¿El? ¿Tú qué opinas? Elston encogió los hombros. —La niña es clarividente, de eso no cabe duda, pero prefiero la información concreta que la ambigua. Propongo que vayamos a Demesne, tal como habíamos planeado.

Maza asintió. —Estoy de acuerdo. No podemos desaprovechar nuestra oportunidad. Se volvió hacia los demás, y en la cabeza de Aisa resonó aquella inquietante frase: «Un asesino de niños». Le había preguntado a su madre qué significaba, y ella le había dicho que no lo sabía, pero Aisa había visto algo en sus ojos. También le había preguntado a Coryn de dónde provenía Maza, y este le había contestado que no lo sabía. Le ocultaban algún secreto, y ella estaba decidida a desenterrarlo.

—A los que os quedáis aquí —anunció Maza—: ¡Devin se ocupa de todo lo relacionado con la guardia! ¡De todos los otros asuntos se ocupan Arliss o Andalie!

Al oír eso, Aisa se quedó boquiabierta. ¿Maza dejaba a su madre al mando? Era evidente que había varios guardias a los que aquello tampoco les había hecho ninguna gracia, pero la mirada de Maza ahogó sus murmullos. Aisa miró alrededor y de pronto vio a Pen, que estaba detrás de Maza. Tenía unas marcadas ojeras, pero parecía sobrio. Iba armado y vestido para viajar, con la espada al cinto.

—Preparadlo todo para nuestro regreso —ordenó Maza a los guardias—. Vamos a traer a la reina a casa. Que no os encuentre durmiendo.

Pero pese a la seguridad con que lo dijo, Maza parecía atribulado. Al cabo de diez minutos, cuando Aisa fue a buscar sus alforjas, él seguía inclinado sobre la mesa del comedor, examinando un mapa.

Salir de la ciudad después del anochecer era emocionante. Maza había elegido la hora más tranquila de la noche, cuando los borrachos ya se habían acostado y antes de que se levantaran los trabajadores más madrugadores, y las calles permanecían casi desiertas.

Pero no todo estaba en silencio. Al acercarse a las afueras de las Tripas, Aisa oyó un barullo cada vez más intenso: hombres que se gritaban unos a otros, y algún entrechocar de espadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Ewen. Cabalgaba al lado de Aisa, cerca del final del escuadrón.
—No lo sé. —Es la Guardería —respondió Bradshaw, que cabalgaba al otro lado de Ewen.

Se había incorporado en el último momento a la Guardia, pero, al final, hasta Maza había tenido que admitir que un mago tal vez resultara útil para organizar una fuga de la cárcel. Aisa seguía sin entender por qué Maza había decidido llevarse a Ewen. Los tres, Aisa, Ewen y Bradshaw, vivían en una especie de penumbra: iban armados, pero no eran auténticos guardias reales, y Aisa se preguntó si ejercerían la misma función en aquella misión: eran, fundamentalmente, un lastre. Pero en eso consistía la vida de un guardia real. La seguridad de la reina era lo más importante, aunque ellos tres no fueran más que escudos humanos.

—¿Qué es la Guardería? —preguntó Ewen. —Son los túneles que hay debajo de las Tripas. Los cadén han estado limpiándola, y se han esmerado mucho.

Ewen seguía pareciendo desconcertado, pero eso era lógico; ¿cómo podía saber él qué era la Guardería? Ahora estaban tan cerca que el ruido de pelea que salía de allí era espantoso. Aisa se preguntó cómo podían soportarlo quienes vivían en aquel barrio, cómo podían dormir.

—¿Por qué trabajan por la noche? —preguntó Ewen. Bradshaw hizo una mueca de repugnancia. —Porque a estas horas tienen más posibilidades de apresar a los clientes.

Aisa también hizo una mueca. Podía imaginarse la Guardería con una claridad extraordinaria: los túneles, los hombres que huían, las antorchas. Capas rojas. En su imaginación, todo aquello estaba relacionado con su padre, porque allí había muchos niños, y todos estaban en peligro.

—¿Aisa? La niña parpadeó y vio que había detenido su caballo. Ewen y Bradshaw iban unos tres metros más adelante, y le hacían señas para que los alcanzaran.

—¡Aisa! —volvió a llamarla Ewen. Abrió la boca con la intención de explicárselo. Después de todo, Ewen tampoco era un auténtico guardia real. Él sabía qué significaba pertenecer solo a medias a aquel mundo. Pero no, no podía hacerle eso a Ewen; su imaginación no llegaba tan lejos, no podía concebir la clase de bajezas que se cometían solo unas calles más allá. Pero la de Aisa sí, y lo hacía. Un hombre gritó a su izquierda, y se oyeron pasos que corrían. Notó que se acaloraba, y de pronto recordó algo que había dicho Glee unos días atrás: «Ellos doblan la esquina y tú aprovechas tu oportunidad».

—¿Aisa? ¿Te encuentras bien? Sonrió. El guardia había doblado la esquina. Tenía su oportunidad delante, clara y reluciente, y lo único que lamentaba era no poder pedirle perdón a Maza en persona, explicarle que, sencillamente, tenía que hacerlo. Había llevado la mano al puñal que portaba al cinto, y asió el mango; entonces sintió que algo titánico crecía en su interior. Ella no era una auténtica guardia real, porque de pronto entendía que había cosas más importantes en el mundo que la vida de una sola mujer. Lo que ella siempre había querido era eliminar el mal de la faz de la tierra; llevaba meses soñando con eso. Pero sabía que el origen de esos sueños se remontaba al pasado, hasta su infancia, hasta su padre. Llevaba toda la vida esperando aquella oportunidad.

—Decidle al capitán que lo siento, que no tuve alternativa. Ewen contrajo las facciones, confundido, pero Bradshaw preguntó: —¿Qué piensas hacer?

—Lo que habría hecho la reina. Aisa se dio la vuelta y encontró el recuerdo allí mismo, detrás

de sus párpados: las jaulas, los soldados, la cara de Glee, perpleja y asustada detrás de los barrotes, su madre chillando. Había parecido el fin del mundo, y entonces había llegado la reina. Había sacado a Glee de la jaula, pero había jaulas por todas partes.

—¡No puedes entrar ahí, niña! —protestó Bradshaw. —No soy ninguna niña —contestó Aisa, y mientras lo decía sabía que era verdad, que por fin había atravesado aquella misteriosa frontera.

—Decidle al capitán que estoy haciendo lo que quiere la reina. Ewen la miró consternado, pero, antes de que pudiera decir nada más, Aisa había aprovechado su oportunidad y había desaparecido en las profundidades oscuras de las Tripas.

—¡Tú! ¡Muchacha! Kelsea alzó la vista, sobresaltada. Era una voz de hombre, y hablaba en buen Tear, pero no sabía de dónde salía. Estaba sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, inmóvil, pero su cerebro llevaba más de una hora trabajando sin parar, tratando de componer una teoría coherente con la información que tenía. Estaba empezando a sacar algunas conclusiones (algo relacionado con los zafiros y con William Tear), pero al oír aquella voz se desconcentró.

—¡Eh, la de la puerta de al lado! Era su compañero de celda invisible. Se acercó a los barrotes. —¿Qué quieres? —¿Sois la reina marcada? Kelsea arqueó las cejas. —Me imagino que sí. —Mi carcelero dice que han destruido vuestro ejército. Una masacre. ¿Es cierto?

—Sí —contestó bajando la voz. Oyó pasos que bajaban por la escalera que había al fondo del pasillo—. Ellos eran muchos más que nosotros.

—¿No hubo supervivientes? Kelsea no contestó, porque los pasos se estaban acercando y ya veía la luz de las antorchas detrás de la esquina. Había creído que sería Lona, su nueva carcelera, que iba a buscarla, pero los pasos se detuvieron en la celda de al lado, y una voz de hombre dijo en mort:

—Levántate. Te buscan. Kelsea se acercó más a los barrotes e intentó escudriñar el pasillo mientras el guardia abría la celda de su vecino. No veía gran cosa salvo la pared de enfrente, y, al cabo de un momento, la parte de atrás de una cabeza calva. El hombre recorrió el pasillo, seguido por la silueta de su carcelero, y la luz desapareció detrás de él.

Kelsea se retiró hasta la pared del fondo de su celda y se sentó en el suelo. Se planteó volver a encender la vela, pero lo descartó. Era más fácil pensar a oscuras.

Ocho meses atrás, no podía hacer ninguna magia. Era una joven con un cerebro bastante decente, una buena educación y una fuerte convicción de que había cosas que estaban bien y otras que estaban mal. Había llevado un zafiro colgado del cuello desde la infancia, pero solo era una

joya. Aunque pertenecía a la realeza, no era excepcional. Llevaba una vida normal y corriente. Nunca se había sentido como una reina.

Por el camino a Nueva Londres había sido cuando había notado la diferencia por primera vez. Una mañana temprano, eso lo recordaba bien; aunque no sabía si la del día del halcón, o la de otro. Pero todo había empezado a cambiar a partir de ese momento. ¿Porque tenía diecinueve años, la edad de la ascensión? Parecía una explicación tan buena como cualquier otra, pero sonaba falsa. Los jóvenes de diecinueve años eran necios, y William Tear debía de saberlo.

«Estaban juntos —recordó Kelsea de pronto—. Los dos zafiros. Los tuve los dos en las manos, juntos.»

¿Podía ser? No lo sabía. ¿De dónde había salido el segundo zafiro? En la ciudad de Katie, dos destacamentos de exploración ya habían llegado a las estribaciones del Fairwitch; seguramente uno de aquellos destacamentos acabaría encontrando zafiro en las montañas, donde la veta de mineral era más superficial. Era fácil hacer un collar una vez que tenías las piedras preciosas. Row Finn era el mejor orfebre de la ciudad, pero no era el único, ni mucho menos.

«Y eso ¿de qué te va a servir? —preguntó aquella vocecilla interior—. ¿Tanta historia te ha servido de algo alguna vez?»

Pero aquella voz no tenía ningún efecto en la hija adoptiva de Carlin Glynn. La historia siempre importaba. Allí había un patrón, y tarde o temprano empezaría a repetirse. Tanto Kelsea como Jonathan Tear habían heredado un reino que se estaba derrumbando. Sí, se estaban derrumbando por diferentes motivos, pero...

«Te vas por las ramas. Has llevado una de esas joyas colgada del cuello desde que tienes uso de razón. ¿Por qué no hizo nada en todo ese tiempo?»

«Quizá no hubiera necesidad de hacer nada.» Parecía lógico. Todos aquellos años, Kelsea había estado escondida en el Reddick, protegida por su anonimato. Muchos la habían buscado, pero nadie había encontrado la casita. Si la hubieran encontrado, ¿habría permanecido la joya de Kelsea mansa e inactiva? ¿La misma joya que había matado al asesino que la había hecho salir de la bañera?

«Él intentó quitarme el collar», recordó, pero ese detalle no hizo sino complicar más el asunto. ¿De dónde provenía aquel poder? ¿Cómo podía un zafiro actuar como su propio protector? Kelsea le había entregado las joyas a la Reina Roja voluntariamente, pero la Reina Roja no había podido utilizarlas, a pesar de que, sin duda alguna, ella sabía mucho más de magia que Kelsea.

¿Acaso aquellas joyas pensaban por sí mismas? Si así era, ¿por qué habían elegido a Kelsea? Los Raleigh habían llevado aquellas joyas durante años, pero, por lo que sabía Kelsea, ninguno de ellos había obrado magia alguna.

Alzó la mirada y salió de su ensimismamiento. Había oído algo al final del pasillo, a su izquierda. Ya se había familiarizado con la mazmorra, y aquel sonido no era de los que solían oírse allí: un ruido áspero y prolongado, como si algo arañara la pared. No se oía nada más, ni siquiera las peroratas de aquel hombre acusado de robar del final del pasillo, y Kelsea reparó en que llevaba días sin oírle. Era muy probable que en aquellas celdas muriera gente continuamente. Emily, la paje de la Reina Roja, bajaba a ver qué hacía Kelsea como mínimo dos veces al día, pero aquel ruido... no se parecía a ninguno de los que hacía ella.

Otro roce, más débil, casi furtivo, y sin duda más cerca. Kelsea sintió un sudor frío. Sin pensarlo, alargó una mano hacia el montoncito de provisiones que tenía junto a la cama y, a tientas, buscó aquella piedra, la piedra de Katie. Katie había creído que era cuarzo azul, pero Kelsea la había examinado a la luz de la vela y, tras darle muchas vueltas, había llegado a la conclusión de que era zafiro, como el de los collares, el mismo zafiro que, por lo visto, había en el lecho de roca del Tearling. Quizá fuera más fácil obtenerlo en el Fairwitch, pero estaba por todas partes, y servía de ancla a su reino, y daba forma al terreno sobre el que se erguía la ciudad, y Kelsea había reconocido aquella luz azulada en el camino de Katie sin ninguna dificultad.

Pero aunque Kelsea tanteó por el suelo, no encontró la piedra, sino solo las cerillas y las sobras de su última comida. Intentó serenarse y quedarse quieta. Oyó una pisada al final del pasillo, y luego otra. Débil, como de alguien que caminara descalzo o de puntillas. Si hubiera llevado una antorcha, Kelsea ya habría visto la luz; quienquiera que fuera, caminaba a oscuras. De pronto notó que una mano fría se posaba en su nuca, y pensó en Brenna, la protegida de Thorne, capaz de hacer descender la temperatura de una habitación con su sola presencia. Pero Brenna estaba encarcelada en la Ciudadela. Los pasos se detuvieron justo delante de su celda, y Kelsea permaneció muy quieta, aguantando la respiración, con la esperanza de que, si no se movía, quienquiera que fuese el que estaba allí no la encontrara. Los barrotes vibraron débilmente cuando unos dedos los acariciaron. No pudo contenerse más.

—¿Quién hay ahí? —preguntó, y enseguida se arrepintió. Era estremecedor hacerle preguntas a la oscuridad. Pensó en Katie, gritando en aquel bosque oscuro, y cerró los ojos.

—Se pensaban que podrían alejarme de mi preciosa. —Kelsea se estremeció—. Se pensaban

que yo no tenía mi propia llave.

Kelsea retrocedió hasta la pared. Se había olvidado del carcelero, y había cometido un grave error. Oyó el tintineo de las llaves, e inmediatamente se le aceleró el pulso.

—No te me acerques. —Como si mi preciosa pudiera pertenecerle a otro que no sea yo. Al oír eso, el miedo de Kelsea se transformó inmediatamente en cólera, una cólera maravillosa y muy oportuna. La asaltaron vagos recuerdos, reminiscencias de aquel día en que había destrozado a Arlen Thorne. Había prometido que jamás volvería a hacerlo, y sin embargo ahora estaba preparada para atacar.

El carcelero deslizó su llave en la cerradura, y, en cuanto oyó que caían las clavijas, sintió que los últimos restos de su miedo desaparecían. La rabia creció en su interior, luminosa y reluciente, y le pareció que su pecho doblaba su tamaño. Había echado de menos aquella rabia, llevaba semanas añorándola con una intensidad que jamás habría podido imaginar, y ahora sentía como si se reencontrara consigo misma, como si volviera a estar completa.

—¿Dónde está? —preguntó el carcelero. Era como un juego, y no era la primera vez que jugaba. ¿Cuántos prisioneros habrían tenido que soportar aquello? Entró en la celda, y de pronto Kelsea se dio cuenta de que podía verlo: una figura borrosa, alumbrada por una débil luz azulada. Era la piedra, la piedra de Katie, el zafiro de Katie, que estaba en el suelo, en un rincón de la celda, y relucía débilmente. Pero Kelsea no tuvo tiempo para pensar en eso, porque el carcelero se le estaba acercando.

—Aquí está —murmuró el hombre. Echó una ojeada al rincón y vio relucir el zafiro, pero no se fijó en él. —No te me acerques —dijo Kelsea, desafiante. Era una advertencia, y era más cierta de lo que ella misma sospechaba. Se estaba formando algo muy potente en su interior, una roca que rodaba a toda velocidad por una ladera y adquiriría cada vez más fuerza y velocidad. El carcelero desenvainó una daga, y, por alguna razón, eso enfureció aún más a Kelsea. Como mínimo pesaba veinticinco kilos más que ella, y, aun así, él no pensaba arriesgarse a una pelea en presunta igualdad de condiciones. Kelsea valoró distintas partes del cuerpo del carcelero y se decidió por sus ojos, visibles bajo aquella débil luz azul. Iba a ser un placer arrancárselos.

Acababa de pensar eso cuando el carcelero se tambaleó y se tapó los ojos con una mano. La daga cayó al suelo y Kelsea la recogió. El hombre cayó de rodillas, aullando, y la joven se lanzó sobre él y lo derribó. El carcelero se golpeó la cabeza contra los barrotes, pero ella ni se dio cuenta. Aquello que lo había incapacitado podía cesar en cualquier momento, y esa noción le permitió

sentarse encima de él (a pesar de que le repugnaba tocarlo), asir fuertemente el puñal y clavárselo en el cuello. El carcelero gruñó y se atragantó, mientras Kelsea asía el mango de la daga y se la clavaba con todas sus fuerzas.

—Yo no soy de nadie —susurró. Aquello se prolongó mucho, y duró cinco minutos que parecieron una eternidad, pero al final el carcelero dejó de forcejear. Kelsea notó que los músculos de su víctima quedaban flácidos, y entonces se relajó.

El resplandor de la piedra, si es que había existido, se había apagado, y Kelsea sintió que su rabia también había desaparecido. Tanteando bajo el borde del colchón encontró sus cerillas. Le costó más encontrar la vela, porque durante el forcejeo entre ambos había ido a parar a un rincón de la celda. Cuando por fin consiguió encenderla, se quedó de pie al lado del carcelero, y lo miró fijamente. No sentía gran cosa, solo una leve decepción que recordaba haber sentido también después de matar a Thorne, y entonces oyó la voz de Andalie en algún oscuro rincón de su memoria.

«Creo que eso es la esencia del mal en este mundo, Majestad: quienes se sienten con derecho a tener cuanto desean, cualquier cosa que se les antoje.»

De ahí venía su decepción. Kelsea quería erradicar el verdadero mal, pero no podía. Lo único que podía hacer era matar a hombres como el carcelero y Thorne, hombres que no eran más que herramientas débiles e inútiles del mal. El verdadero cambio estaba lejos de su alcance.

—¿Cómo lo arreglo? —le susurró al cadáver—. ¿Qué hay que hacer para conseguir un mundo mejor?

Se quedó callada, confiando contra todo pronóstico que alguien la oyera y le contestara. Quizá William Tear poseyera tanto poder que su voz pudiera salvar los abismos del tiempo y la muerte y hacerse oír. Pero, tras pensarlo un momento, comprendió que Tear ya le había contestado, hacía mucho tiempo. No había ninguna forma rápida y fácil de erradicar el mal. Solo existía el paso del tiempo de generaciones, de gente que criaba a hijos que tendrían otras vidas tan valiosas como las suyas. Tear sabía que esa era la respuesta, pero, pese a todos sus esfuerzos, había fracasado.

«Porque se olvidaron —le respondió su voz interior—. Tardaron menos de una generación en olvidar todo lo que deberían haber aprendido.»

Pero eso no era del todo cierto. Los padres, la generación que había hecho la Travesía, habían ocultado el pasado a sus hijos. Katie había estudiado historia mundial como una asignatura más en la escuela, pero del brutal período inmediatamente anterior a la Travesía, de las armas, la vigilancia,

la pobreza... de eso no sabía nada, y sus coetáneos tampoco. La generación que estaba empezando a rebelarse contra el socialismo de Tear no estaba familiarizada con el otro lado de la moneda. Tear había tenido en su mano el cuento con moraleja definitivo, pero lo había desaprovechado y había permitido que la advertencia se diluyera.

«Pero tú lo recuerdas, Kelsea —le susurró Carlin—. Cuando llegues al final, quizá lo sepas todo.»

«¿Qué iba a hacer yo con ese conocimiento?» No hubo respuesta, solo la cara del carcelero, y aquellos ojos que la miraban sin ver. Tenía las córneas de un rojo intenso; había intentado arrancarse los propios ojos. Kelsea miró alrededor en busca del zafiro sin tallar y vio que seguía en el suelo, en un rincón de la celda.

—¿Qué eres? —preguntó.

Fue a cogerlo pero se quedó quieta. Hasta se le cortó la respiración. La puerta de la celda estaba abierta de par en par, y de la cerradura colgaba el llavero.

Su primer impulso fue salir corriendo de la celda, pero hizo un esfuerzo y, sin moverse de donde estaba, analizó la situación. Tenía una idea aproximada de la distribución de la mazmorra, pero no del castillo. ¿Qué podía conseguir saliendo de la celda?

«No seas cobarde. ¡Tienes una puerta abierta!» Al pensar en el Tearling, la nostalgia se apoderó de su corazón. Normalmente evitaba pensar en su reino, o, al menos, en aspectos concretos; en aquella celda oscura, parecía un buen método para enloquecer. Sin embargo, ahora cerró los ojos y vio el Almont ante ella, kilómetros de tierras de labranza y de río, y después Nueva Londres, su ciudad, en lo alto de una colina. Nueva Londres era muy diferente de la ciudad de Tear, y también se estaba derrumbando, pero todavía había allí cosas buenas. Cuando los mort habían llegado a las puertas de la ciudad y habían hecho entrar a los refugiados, la Ciudadela se había llenado hasta el máximo de su capacidad, y todavía quedaban dos mil personas sin refugio. No podían dormir en la calle, porque la temperatura descendía mucho por la noche. Arliss se había puesto histérico, pero Kelsea se acordó de que, en el último momento, el gremio de comerciantes de Nueva Londres había dado la cara y todos ellos se habían ofrecido para alojar a la gente en sus casas y tiendas. Quizá su reino no fuera perfecto, pero todavía valía la pena luchar por él, y además, sencillamente, Kelsea deseaba volver a casa.

Pero dejarse llevar por sus impulsos ya le había ocasionado problemas otras veces. Volvió a ver fugazmente la cara de Thorne; a veces Kelsea creía que jamás lograría huir de él, y quizá fuera

lo adecuado, porque cuando lo había matado no había pensado en el reino, sino en ella misma. No podía volver a cometer un error parecido. Cuando estuviera muerta no podría hacer nada por su reino, y de momento seguía viva por gentileza de la Reina Roja. Un intento de fuga podía destruir aquella frágil distensión. Por mucho que lo deseara, no podía huir, sin más, y confiar en que todo saliera bien. Tenía que quedarse; debía hacerlo por su reino.

Por lo menos podía sacar al carcelero de la celda. Pero tras echarle un vistazo decidió que era una estupidez. Alrededor del cadáver, el suelo estaba cubierto de sangre. No, iban a encontrarlo, y dentro de su celda. No había forma de impedirlo.

«¡Tienes una puerta abierta!», la intimidó la voz. —Podría echar una ojeada —susurró, y, horrorizada, se dio cuenta de que se estaba dirigiendo al carcelero mientras bordeaba su cadáver para llegar hasta la puerta—. Una ojeada rápida, solo para ver qué hay.

Salió de la celda de puntillas. Hacia la derecha, el pasillo estaba a oscuras, pero hacia la izquierda y al fondo se veía un atisbo de luz de antorchas, parpadeante, cerca de la escalera. Por lo demás, no se apreciaba movimiento alguno en la larga hilera de celdas, y Kelsea no oyó ningún ruido. El carcelero había hecho mucho ruido antes de morir, pero los gritos no eran inusuales en aquella mazmorra. No parecía que nadie fuera a ir a investigar qué había pasado. Protegió la llama de la vela con una mano ahuecada y avanzó hacia aquella luz.

Le bastó una breve inspección de la celda vacía de su vecino para comprobar que la antigüedad tenía sus privilegios. Era evidente que el hombre llevaba allí mucho tiempo; además de un camastro y de varios cubos, también tenía una mesa y una silla. En la mesa había un montón de hojas de papel y un tarro con varias plumas, así como unas diez velas. Las paredes no estaban desnudas, como las de la celda de Kelsea, sino que tenían dibujos colgados. Kelsea levantó un poco la vela y se quedó petrificada.

No eran dibujos, sino bocetos de planos. Cada centímetro de cada hoja parecía cubierto de mediciones e indicaciones. La mayor parte de las hojas quedaban demasiado lejos de la luz y no pudo verlas claramente, pero, pese a estar cerca de la puerta, Kelsea distinguió varios diseños: una torre de asedio de más de veinte metros de alto, un aparato de dos plantas con una especie de mecanismo de enganche en el medio y dos tipos de arco diferentes. En la propia mesa, colocada cerca de los barrotes, había dibujado un plano sin acabar que Kelsea no supo descifrar. Levantó la vela cuanto pudo, y aspiró entre los dientes cuando le cayó una gota de cera caliente en la mano, y obtuvo, como recompensa, una imagen clara del boceto clavado en la pared, sobre la mesa: un

diagrama de un cañón como los que ella había visto en el despliegue del ejército mort. A Kelsea se le cortó la respiración cuando comprendió lo que implicaban todos aquellos dibujos: había encontrado al diseñador de armamento de la Reina Roja.

Pero ¿qué demonios hacía aquel hombre allí abajo? Hablaba tear a la perfección. Lo más probable era que fuera un esclavo, y, en ese caso, debía de ser uno de los esclavos más valiosos de la Reina Roja. Entonces ¿por qué lo tenía encerrado en la mazmorra del Palais? ¿Por qué exponerlo a los malos tratos, las ratas, las neumonías que sin ninguna duda debían de abundar, en invierno, en aquel lugar húmedo y frío? Un ingeniero con un talento como el suyo debería vivir rodeado de lujos.

La celda vacía no proporcionó ninguna respuesta a Kelsea. La joven se quedó un momento más delante de los barrotes, para asegurarse de que no se le escapaba nada, y entonces echó a andar con sigilo por el pasillo.

En la siguiente celda ni siquiera había camastro. Una joven de la edad de Kelsea estaba acurrucada en el suelo, profundamente dormida. Estaba desnuda, e incluso bajo la débil luz de la vela Kelsea vio que temblaba. Tenía unos verdugones rojos en los brazos que se asemejaban a heridas de pinchazos. La cólera de Kelsea, que parecía haber muerto con el carcelero, volvió a brotar en el fondo de su estómago.

«¿Cómo puedes hacer esto? —preguntó pensando en la Reina Roja—. No eres estúpida, sabes distinguir el bien y el mal. ¿Cómo puedes dormir por las noches?»

Pero fue Carlin quien contestó. «No pierdas el tiempo, Kelsea. Hay gente que está podrida.» Sorprendentemente, Kelsea se dio cuenta de que no quería pensar eso de la Reina Roja. No le caía bien aquella mujer, pero había llegado a respetarla. De niña, Evelyn no había tenido una vida fácil.

«Si disculpas a la Reina Roja, también deberías disculpar a Thorne. Y quizá también a tu carcelero. Seguro que ellos tampoco tuvieron una infancia fácil.»

Kelsea descartó esa idea. No pensaba sentirse culpable por la muerte del carcelero. El mundo estaba mucho mejor sin él. Y en cuanto a Thorne...

Se abrió una puerta al final de la escalera. Kelsea se quedó paralizada un momento. Ahora no podía huir, si es que alguna vez había existido esa posibilidad, pero no debía dejar que ellos supieran lo cerca que había estado de fugarse. Quizá la castigaran por haber matado al carcelero, pero eso ya no tenía remedio. Sus piernas reaccionaron y corrió por el pasillo hasta su celda. La vela se apagó cuando echó a correr y tuvo que dar los últimos pasos a tientas; sujetó la puerta abierta y

entró en la celda. La llave del carcelero seguía en la cerradura, y Kelsea estuvo a punto de cogerla, pero al final decidió que no. El hecho de que el carcelero hubiera entrado por sus propios medios reforzaría su versión, y de todas formas sospechaba que a la Reina Roja no le importaría mucho la muerte del carcelero.

La luz de una antorcha empezó a alumbrar el pasillo, y Kelsea fue hasta el fondo de la celda y se quedó muy quieta. Miró el cadáver del carcelero y sintió alivio; sus emociones coincidían tanto con los recuerdos que tenía de Lily que parecía que la realidad se hubiera desdoblado. Pasara lo que pasase, por lo menos nunca más tendría que vérselas con aquel canalla.

Apareció la antorcha, y, detrás de ella, la alta figura de Emily, la paje de la Reina Roja. Emily echó un vistazo a la escena; entonces dejó la antorcha en un soporte y entró presurosa en la celda.

—Habéis elegido mal momento —murmuró en tear—. Muy mal momento. —Miró a Kelsea con cierta impaciencia—. ¿Estáis herida?

—No, estoy bien. —Vale. Entonces, ayudadme. Hay que sacarlo de aquí. —¿Qué...? —Si la Reina Roja descubre que habéis matado a vuestro carcelero, reforzará las medidas de seguridad. Ahora no puede permitirse estas cosas. La fecha está demasiado cerca.

—¿Qué fecha? —¿Ayudadme! —la apremió Emily—. Quitaos el vestido. —Hay demasiada sangre. —Ya la limpiaremos después. Pero no podemos dejar pistas. Dadme vuestro vestido.

Tras otro momento de indecisión, Kelsea se quitó el vestido por la cabeza y se lo lanzó a Emily, que empezó a envolverle el cuello al carcelero. Kelsea se tapó instintivamente, pero entonces reparó en que el recato no tenía mucho sentido en aquella situación. Bajó las manos y se quedó allí plantada, temblando, en ropa interior y con las botas puestas. Emily cogió el llavero de la cerradura, separó la llave de la celda de Kelsea y se lo guardó en el bolsillo.

—Agarradlo por las piernas. Kelsea cogió las piernas del carcelero y ayudó a Emily a levantarlo del suelo. La paje era mucho más fuerte que ella, y cargaba con más peso del que le correspondía. Kelsea la miraba perpleja. ¿Seguía siendo fiel al Tearling?

—Nada de ruido —murmuró Emily—. La celda de vuestra derecha está vacía, pero las demás están ocupadas. Es posible que los prisioneros estén despiertos.

—¿Y la luz? —preguntó Kelsea en voz baja. —Conozco bien esta mazmorra. Seguidme y no hagáis ruido. A la joven se le ocurrieron unas cuantas preguntas, pero se las guardó y siguió a Emily fuera de la mazmorra. Torcieron hacia la derecha, y Kelsea vio que Emily tenía razón: la celda contigua estaba vacía. La luz disminuyó cuando doblaron una esquina, y al final acabaron

caminando totalmente a oscuras. A Kelsea le pareció que las piernas del carcelero todavía estaban tibias, y cada vez se sentía más atormentada por una certeza irracional: no estaba muerto, sino dormido, y en cualquier momento notaría sus manos deslizándose sobre las suyas y oiría su voz cerca del oído.

«Preciosa.» —¿Quién hay ahí? —gritó una voz de hombre a la derecha de Kelsea, tan cerca que la joven se inclinó hacia la izquierda, ahogando un grito, y estuvo a punto de soltar las piernas del carcelero.

Tenía la frente cubierta de sudor. Oía a otras personas, que tosían y lloraban en sus celdas, y se acordó de los complejos de Seguridad que había visto en tiempos de Lily, grandes y oscuros laberintos de sufrimiento.

«No hemos aprendido nada —se dijo otra vez—. Lo hemos olvidado todo, todos.»

Emily, que iba delante, carraspeó, y Kelsea se detuvo. Notó que el otro extremo del cadáver del carcelero se inclinaba hacia abajo, y le bajó las piernas hasta el suelo. Oyó un ruido metálico: Emily depositó las llaves sobre el cadáver. La paje estaba demostrando tener sangre fría, y Kelsea pensó que se parecía a Andalie. Al cabo de un momento, Emily la agarró por el brazo y la guió otra vez hacia su celda. Kelsea se preguntó qué diría Maza si la viera, deambulando por la mazmorra del Palais en ropa interior. Tenía mucho frío, y los dientes le castañeteaban detrás de los apretados labios. Pensó en la mujer a la que había visto al fondo del pasillo, temblando en el suelo, desnuda. Kelsea necesitaba encontrar algo de ropa, y cuanto antes.

Doblaron una última esquina, y Kelsea se dio cuenta de que volvían a estar en su pasillo. Miró hacia abajo y vio que tenía las manos y los brazos cubiertos de sangre, pegajosa pero ya casi seca. Sin embargo, el pasillo estaba limpio.

—Meteos dentro —dijo Emily en voz baja, y la empujó hacia el interior de la celda. Tenía en la mano el vestido sucio de Kelsea—. Volveré con artículos de limpieza y un vestido nuevo para vos.

—Y luego ¿qué? —Será como si el carcelero nunca hubiera entrado en vuestra celda.

—Emily levantó la llave plateada de la celda de Kelsea—. De todas formas, no debería haber tenido esta llave. Me desharé de ella.

Kelsea vaciló y volvió a acordarse de la asombrosa eficacia de Andalie. Emily empezó a cerrar la puerta de la celda, y Kelsea agarró los barrotes, impidiéndole cerrarla del todo.

—¿Quién eres? ¿Estás al servicio del Tear?

—No. Estoy al servicio de Maza. Emily dio un tirón obligando a Kelsea a soltar los barrotos. Cerró la puerta con llave y desapareció por el pasillo.

—Despierta, patético borrachín. Javel, adormilado, volvió poco a poco a la realidad. Fue un proceso lento. Tenía muchas sensaciones que ignorar: dolor de cabeza, dolor de espalda, un tremendo vacío en el estómago. La cerveza mort era mucho más fuerte que la del Tear. Apenas recordaba haber probado algo que le había ofrecido el barman, un breve período de la modorra que siempre le producía el alcohol, y luego nada. Notó algo húmedo en su mejilla: un hilo de baba.

—¡Despierta, maldita sea! Le golpearon con algo en la nuca, y su dolor de cabeza se intensificó y se volvió casi insoportable. Gruñó e intentó apartar aquella mano a manotazos, pero entonces lo agarraron por el pelo y lo levantaron de un tirón, y el dolor de cabeza le hizo gritar. De pronto se encontró mirando a Dyer.

—Estúpido. Pedazo de mierda. —Dyer lo sacudió con cada palabra, con rabia pero sin subir la voz—. Tenemos un trabajo que hacer, un trabajo que exige discreción, y te encuentro inconsciente.

Javel estaba hecho un lío. ¿Qué hacía en una taberna? Llevaba meses sin probar el alcohol. ¿De verdad tenía que volver a empezar desde el primer peldaño de la escalera?

«Allie.» Los recuerdos llegaron en tropel, con una claridad dolorosa. Allie lo había llevado allí. Allie, vestida y maquillada como una prostituta, ya no era ella misma, sino una mujer diferente. Y él no le interesaba ni lo más mínimo. Llevaban meses en Demesne persiguiendo a un fantasma. Javel quería que Dyer se marchara para poder pedir otra copa y volver a empezar el carrusel. Al menos, otra copa le aliviaría el dolor de cabeza que amenazaba con hacerle estallar el cráneo.

—¿Qué te pasa, traidor? —Allie —masculló Javel—. Mi mujer. Ella... —¡Venga, por favor! Dyer lo agarró por el cuello de la camisa y lo dejó en el suelo, y Javel se dio cuenta de que se había pasado toda la noche en un taburete, con la cabeza encima de la barra. No era la primera vez, pero... creía que había dejado todo eso atrás.

—Mi mujer... —Pero ya no lo tenía tan claro. ¿Acaso Allie seguía siendo su mujer?—. Iba vestida como una...

—¿Como una puta? —preguntó Dyer mirando a Javel a los ojos, con franqueza pero sin lástima.

—Sí —respondió Javel en voz baja, y se alegró de no tener que pronunciar esa palabra en voz alta.

Pero al cabo de un momento abrió los ojos de golpe: Dyer le había tirado agua en la cara. Javel entrevió al dueño del bar, que los observaba con el escaso interés propio de quien ha visto de todo.

—A ver si lo he entendido bien, centinela. ¿Encontraste a tu mujer en un burdel mort?

—Sí. —Y ¿qué pasó? —Me dijo que la dejara allí. Que era feliz. Me dijo... —Javel tragó saliva, porque aquello era lo que más le costaba admitir—. Me dijo que no quería saber nada de mí.

—Madre mía. Dyer dejó unas monedas encima de la barra y se lo llevó hacia la puerta. El dueño del bar ni siquiera pestañeó: asintió con una cabezada y recogió el dinero con un rápido barrido.

Fuera, Javel sintió que la luz del sol le perforaba el cráneo. Gimió y se llevó las manos a la cabeza. —Cállate, inútil. Dyer tiró de él y lo obligó a caminar. Pasaron por delante de la botica, y Javel tuvo que reprimirse para no escupir en la puerta.

—Se reía —le dijo a Dyer. No sabía por qué se sinceraba precisamente con él, un guardia real a quien le habría encantado verlo ahorcado por traidor. Pero no había nadie más que pudiera escucharle—. Se la veía feliz.

—¿Y eso te enfurece? —¿Pues claro que me enfurece! —gritó Javel. Dyer lo agarró por el cuello y lo estampó contra una pared. Antes de sentir el dolor, Javel deseó estar muerto.

—Como veo que eres imbécil, centinela, te lo voy a explicar. Tu mujer recorrió más de trescientos kilómetros metida en una jaula. Cuando llegó a esta ciudad, la desnudaron, la registraron y la pusieron en una tarima delante de la Oficina de Subastas. Quizá se pasara horas allí de pie, mientras unos desconocidos especulaban sobre su valor y los niños la abucheaban por ser tear. Si la compró directamente el burdel, tal como parecen indicar los documentos, la obligaron a trabajar, y, si se negó a cumplir lo que le ordenaban, seguramente le pegaron, la violaron o le hicieron pasar hambre. Seis años. —La voz de Dyer se volvió más grave y más áspera—. Seis años, y ¿dónde estabas tú todo ese tiempo? Trabajando de día y bebiéndote el sueldo por la noche.

—Pero ella sigue siendo mi mujer. Dyer lo zarandó bruscamente, y le golpeó la cabeza contra la pared. —Tu mujer está haciendo lo que debe. ¿No se te ha ocurrido pensar que fingir que está contenta con lo que tiene hace que la vida aquí le resulte más fácil?

—¿Contenta! —dijo Javel con desprecio—. ¡Está embarazada! ¡Va a tener un hijo de otro hombre!

—De verdad, no sé cómo te atreves a hablar así, centinela. —Dyer lo soltó y, con un tono que

denotaba repugnancia, añadió—: A tu mujer la enviaron a Mortmesne y tú te quedaste en el Tear, y seguiste siendo un hombre libre, y, aun así, ¿te crees con derecho a juzgar lo que ella haya hecho para sobrevivir?

—Yo la quiero —repitió Javel, acongojado—. Es mi mujer. —Pues se ve que ella ha pasado página.

—Pero ¿y yo? —Tú deberías hacer lo mismo. Olvidarla. —La mirada de Dyer seguía siendo despiadada, pero su voz se había suavizado un poco—. La reina vio algo en ti, aunque yo no sabría decir qué aunque mi vida dependiera de ello. El motivo por el que viniste aquí ya no existe, pero quizá nos seas útil. Y a ella.

—¿A Allie? —A la reina, imbécil. —Dyer sacudió la cabeza—. Va a venir el capitán, y cuando llegue sacaremos a la reina del Palais o moriremos en el intento. Necesitamos a más hombres.

—Y eso ¿qué tiene que ver conmigo? Dyer le enseñó una carta sellada. —Esto son las últimas órdenes del capitán. Quiere enviar a un mensajero a Nueva Londres para pedir guardias de refuerzo, pero no puede desperdiciar a ninguno de sus hombres. Y ni Galen ni yo podemos ir, tampoco.

«Desperdiciar», pensó Javel con amargura. —El capitán llegará dentro de cuatro días. Necesitaremos los refuerzos, como muy tarde, dos días después. Por tanto, necesitamos a un mensajero que pueda cabalgar como el viento. —Dyer lo miró fijamente, evaluándolo—. Cuando veníamos hacia aquí te estuve observando. Montas bien, cuando no estás borracho. Si salieras mañana temprano, lo conseguirías.

Javel frunció el ceño y calculó mentalmente a pesar del dolor de cabeza. Tendría que llegar a Nueva Londres en no más de tres días. No era mucho, pero no era imposible.

—No podrás entrar en las tabernas que encuentres por el camino, por supuesto. —¿Y Allie? —Bueno, eso es lo que tienes que decidir, centinela. Servir a la reina, o servir a tus tonterías. El capitán ha puesto tu destino en mis manos, y, si así lo prefieres, puedo dejar que te ahogues aquí. A mí no me importa, te lo aseguro. —Dyer miró más allá de Javel entrecerrando los ojos—. Sea como sea, ya llevamos demasiado rato en esta calle.

Javel miró hacia donde miraba Dyer y vio que en el siguiente cruce se estaba formando algún tipo de disturbio. Otra revuelta; las calles de Demesne estaban llenas de ellas. Los rebeldes se sublevaban, las fuerzas de seguridad de Demesne los reprimían, y al día siguiente empezaba otra sublevación. Galen afirmaba que la ciudad se dirigía hacia un verdadero levantamiento.

Dyer siguió andando, alejándose de aquella gente, y Javel lo siguió. El centinela estaba confuso: por una parte, la resaca; por otra, Allie; y aún había un tercer rincón donde había empezado a darle vueltas a las palabras de Dyer, a examinarlas como si fueran una piedra preciosa recién extraída de la mina.

«Quizá nos seas útil.» Ya había sido útil en otra ocasión. Antes de que la bebida se apoderara de él, y mucho antes de que apareciera Arlen Thorne con sus sobornos venenosos, había habido un centinela de la Puerta llamado Javel, un tipo normal y corriente pero competente, a quien le gustaba hacer bien su trabajo y volver a casa con su mujer al final de la jornada.

«Servir a la reina, o servir a tus tonterías.» Llevaba semanas sin pensar en la reina, desde que la habían visto pasar en aquel carro. Pero entonces se dio cuenta (y se sintió imbécil por no haber caído antes) de que los dos guardias reales no habían pensado en nada más. La reina habría podido colgar a Javel por traición, como había hecho con Bannaker y el sacerdote del Arvath, o incluso mutilarlo, como había hecho con Thorne. Y no lo había hecho. Javel habría aceptado la muerte de buen grado, pero la reina no podía saberlo, y ahora allí estaba él, desgraciado, sí, pero vivo y en libertad, mientras la reina se pudría en una mazmorra mort. Javel reflexionó largo rato sobre eso; esquivó un carro que venía lentamente por la calzada y se apresuró a alcanzar a Dyer.

—Partiré mañana. Dyer se detuvo, y Javel, que se había preparado para encajar un comentario sarcástico, alzó la vista y vio que el guardia real lo miraba y, quizá por primera vez, se lo tomaba en serio. Al cabo de un rato, Dyer volvió a sacar la carta sellada de su bolsillo y se la ofreció a Javel.

—No te separes de ella, y no se la enseñes a nadie hasta que llegues a Nueva Londres. El centinela de la Puerta debería dejarte pasar, y deberías poder entrar en el Pabellón Real. Preséntasela a Devin, es él quien quedó a cargo del pabellón.

Javel cogió la carta y se la guardó en el bolsillo interior de la camisa. Se pusieron de nuevo en marcha, y esquivaron por los pelos la salpicadura de barro de un carro que pasaba. Dyer tenía la mirada perdida y triste, y Javel sabía que estaba pensando en la reina. Esa noche, y muchas más después, Javel se la pasaría pensando en Allie, y sus pensamientos serían sin duda dolorosos, pero ella no estaba cautiva.

—¿Conseguiréis rescatarla? —preguntó Javel en voz baja. Dyer se golpeó la palma de la mano con el puño. —No lo sé, centinela. Pero si fracasamos... Javel miró de reojo a Dyer, intimidado por la rabia que emanaba: era como combustible esperando que le acercaran una cerilla. Pero lo que vio en su rostro era aún más alarmante.

Dyer estaba llorando.

La caída

Es difícil combatir el culto de adulación ciega que ha surgido alrededor de la reina Glynn. Muy pocos historiadores cuestionan sus decisiones. Este historiador, sin embargo, opina que la reina Glynn cometió varios errores desastrosos. Al Tearling se le confiere el mito del gobernante infalible, pero no podemos olvidar que la reina Glynn abandonó su reino en un momento crucial, dejándolo en manos de Maza, quien a continuación también lo abandonó. Esas decisiones tuvieron consecuencias catastróficas, y los verdaderos historiadores deberían admitirlo.

Otra historia del Tearling, ETHAN GALLAGHER

—Estoy amenazada —afirmó la Reina Roja—. Cada día se acerca más. Estaban de pie en el balcón, el más alto del Palais, tan por encima del resto de las torres que, si giraba sobre sí misma, Kelsea podía verlo todo, sin obstáculos, en todas direcciones. Demesne se extendía como una alfombra a sus pies, un extenso tapiz de ladrillo rojo y piedra gris, y más allá estaban los Campos Demesne, un campo enorme que rodeaba toda la ciudad. Mortmesne era un territorio mucho más verde que el Tearling; gran parte del país estaba cubierto de pinares, y hasta los campos de cultivo se hallaban rodeados de abundante vegetación, a diferencia de las desnudas parcelas de tierra que Kelsea estaba acostumbrada a ver en el Almont. Era una tierra extraordinaria, y Kelsea lamentaba que la historia hubiera dividido a los mort y los tear y los hubiera convertido en enemigos. Era un desperdicio tremendo.

Hacia el oeste, Kelsea divisaba el monte Ellyre y el monte Willingham, con las cumbres casi ocultas bajo la neblina del día otoñal. Ambas montañas estaban cubiertas de nieve, pero Kelsea tenía la vista fija en la cañada entre las dos: el Puerto del Argive. Sentía tanta nostalgia de su reino, estaba tan ansiosa por volver a pisar la tierra del Tear, que sintió que algo se desgarraba en su interior.

—Mi ejército no puede sofocar esta rebelión —continuó la Reina Roja, obligando a Kelsea a salir de su ensimismamiento—. Mirad ahí abajo.

Kelsea miró hacia donde le indicaba y vio una columna de humo enorme en la zona norte de la ciudad.

—¿Qué es? —Mis arsenales —contestó la Reina Roja con voz monótona—. Los rebeldes siempre se las ingenian para burlar a mis soldados. Bueno, a los pocos que quedan. Todos los días desertan soldados para unirse a ese lunático tear.

—¿Levieux? —¿Lo conocéis? —He oído su nombre —contestó Kelsea, cautelosa. —¿Por qué querría hacerme esto un tear? Kelsea la miró y se dio cuenta de que la Reina Roja hablaba en serio. —Invadisteis nuestro país. —Me he retirado. —Esta vez sí. Pero, la última vez, vuestro general favorito dejó un rastro de violaciones y asesinatos. Y, aunque algún tear pudiera olvidar eso, ninguno olvidaría diecisiete años de remesa. La Reina Roja sacudió la cabeza. —Los súbditos solo son peones, Glynn. Los gobernantes no hacemos sino mover piezas.

—Pero vos sabéis que las personas no se ven a sí mismas así. Sin embargo, Kelsea se preguntó si la Reina Roja lo sabría. Llevaba más de un siglo totalmente desconectada de su pueblo. El atisbo de comprensión que había empezado a asomar en la mente de Kelsea se esfumó y desapareció.

—Las personas no se consideran peones. El sufrimiento que provocó la remesa: familias separadas, cónyuges perdidos para siempre, niños arrancados de los brazos de sus padres... ¿Creéis que alguien puede olvidar eso?

—Lo olvidarán. —No —negó Kelsea con firmeza—. No lo olvidarán. —El tráfico de personas existe desde los albores de la humanidad. —Pero eso no lo justifica. Es más, lo empeora. A estas alturas ya deberíamos haber aprendido algo.

La Reina Roja se quedó mirándola, casi con nostalgia. —¿Quién os educó, Glynn? —Un buen hombre y una buena mujer. —Kelsea notó que se le hacía un nudo en la garganta, como siempre que pensaba en Barty y Carlin. No se decidía a pronunciar su nombre, pero entonces se dio cuenta de que no tenía sentido guardar el secreto. Ya nadie podría hacerles daño—. Bartholemew y Carlin Glynn.

—La tutora de Elyssa. Debí imaginarlo. —¿Por qué? —Por esa moral tan rígida. Demasiado rígida para el gusto de Elyssa; ya se había librado de lady Glynn antes de que nacierais vos. —La Reina Roja sacudió la cabeza—. De todas formas, os envidio.

—¿Ah, sí? —Por supuesto. Os educaron para que creyeráis en algo. En muchas cosas, de hecho.

—¿Y vos no creéis en nada? —Creo en mí misma. Kelsea se volvió hacia el borde. A lo lejos, una marea oscura salía por las puertas del Palais: eran soldados, y se dirigían al infierno del lado

norte de Demesne. ¿Sería obra del Traedor aquel incendio? ¿Qué se le podía haber perdido allí?

Nadie había relacionado a Kelsea con la muerte del carcelero. Había habido mucho revuelo cuando lo habían encontrado, y había pasado mucha gente por el pasillo de Kelsea, pero no la habían interrogado. Era evidente que Strass no despertaba muchas simpatías; el alboroto causado por su muerte no tardó en disminuir. En la mazmorra todo había vuelto a la normalidad, y Kelsea se había puesto a darle vueltas en la mano a aquella piedra tan extraña, tratando de entender qué había pasado. Su vecino, el prisionero invisible, el diseñador de armas, no había vuelto a decir nada.

—¿Por qué me habéis traído aquí? —le preguntó a la Reina Roja. —Porque hemos perdido el contacto con Cite Marche. Los tres últimos mensajeros que envié por la Calzada del Frío no han regresado. —La Reina Roja se quedó mirando a Kelsea, casi con avidez—. ¿Alguna novedad, Glynn? ¿Ya sabéis algo más de él?

—No tanto como vos querríais. —¿Por qué no? —No puedo acelerar el pasado. Solo he visto al niño. —Y ¿cómo es? —Cruel —contestó Kelsea, y durante un instante creyó volver a estar allí con Katie, paralizada de miedo en el barrio industrial de la ciudad de Tear, en plena noche—. Maligno. —¿Qué más? —No estoy segura. —Kelsea cerró los ojos y pensó en el cementerio de la ciudad, en las tumbas profanadas. Katie todavía no había atado cabos, pero, claro, ella no conocía a su mejor amigo tan bien como lo conocía Kelsea—. Tiene escarceos.

—¿Con qué? —Con lo oculto. Creo que intenta resucitar a los muertos. —Bueno, pues eso ya lo ha conseguido —replicó con aspereza la Reina Roja, y señaló hacia el noreste—. Cada nuevo grupo de refugiados llega con alguna historia terrible. A esos niños no los matan las espadas. Solo son vulnerables a la magia.

—¿Qué sabéis de él? —Es un bebedor de sangre —dijo la Reina Roja con hastío. Kelsea parpadeó, sorprendida, pero no dijo nada—. Antes le ofrecía niños, de la remesa, a cambio de su ayuda. Ninguno volvió.

—¿Cómo lo conocisteis? —Lo conocí cuando huía. —¿De vuestra madre? Eso, al menos, sí había podido extraerlo Kelsea de la mente de la mujer. Tenía relación con una gran traición, aunque las circunstancias no estaban claras.

—Sí, y también de los cadareses. —La Reina Roja sacudió la cabeza al igual que un perro que se sacude el agua—. En fin, la cosa oscura me ofreció cobijo y me salvó de morir de hambre en el Fairwitch.

—¿Por qué lo hizo? —Creyó que yo lo liberaría. —La Reina Roja sonrió sombríamente—.

Pero no fui yo, Glynn. Fuisteis vos.

—Hice lo que tenía que hacer para salvar mi reino. —Una salvación temporal, como mucho, Glynn. —¿Para qué me habéis hecho venir aquí? ¿Para regodearos con mi sufrimiento? —No. —De pronto, la Reina Roja estaba más contenida—. Quería hablar con alguien.

—Tenéis a todo un reino a vuestra disposición. —Pero a nadie en quien pueda confiar. —En mí tampoco podéis confiar. —Pero vos no sois hipócrita, Glynn. En este castillo, todos buscan la manera de acabar conmigo.

—Siempre ha habido alguien que ha conspirado contra vos. Es una característica intrínseca de los dictadores.

—Eso no me importa. Lo que no soporto es la falsedad. Vos podéis despreciarme, Glynn, pero vuestro odio es claro y transparente. Esa gente sonrío, pero en el fondo...

La voz de la Reina Roja se volvió más ronca, y su mano apretó el pasamanos del balcón hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Según la leyenda tear, la Reina Roja había nacido sin corazón, pero nada más lejos de la verdad. Lo que Kelsea estaba viendo en ese momento eran las primeras grietas en décadas de férreo autocontrol. Estuvo a punto de ponerle una mano en el hombro, pero entonces se preguntó qué hacía. No tenía amistad con aquella mujer.

«¿Por qué le doy tanto margen?» «Porque has estado dentro de su cabeza.» Kelsea asintió; era verdad. Los zafiros le conferían una empatía extraordinaria. Era imposible odiar a alguien después de haber contemplado la larga historia de su vida: su madre, hermosa y terrible, que había rechazado a Evelyn Raleigh durante años... hasta que llegó el momento en que la madre necesitó vender algo. Entonces habían arrojado a la niña a un torbellino. La Reina Roja había tomado decisiones terribles, pero la baraja le había sido desfavorable desde su nacimiento.

«Tú también has tomado decisiones terribles —le susurró Carlin—. ¿Quién eres tú para juzgar?»

Kelsea cerró los ojos, acosados por imágenes: la multitud gritando en el circo de Nueva Londres, caras tan crispadas por el odio que no parecían humanas sino monstruosas; la sonrisa de Row Finn plantado delante de la chimenea; la cara de Arlen Thorne, sangrando por múltiples heridas y muriendo con gran dolor; y, por último, la mano de Kelsea blandiendo un puñal, y las yemas de sus dedos manchadas de sangre.

—¿Quién os crió? —preguntó de pronto, abriendo los ojos, ansiosa por repeler aquellas imágenes.

—¿No lo sabéis? —No lo vi todo —admitió Kelsea. —Tenía una niñera, Wright. Era una mujer muy inteligente, pero también me daba miedo. Parecía que hubiera entendido que su trabajo consistía en enseñarme que la vida iba a ser muy dura.

«Como Carlin», pensó Kelsea, admirada. Había visto breves imágenes de aquella mujer en la mente de la Reina Roja; tenía el pelo largo y oscuro, mientras que Carlin lo tenía blanco, pero había cierto parecido entre ellas. Ambas tenían unos ojos penetrantes, de águila.

—Mi madre no tenía inconveniente en dejarme con Wright. Elaine le ocupaba mucho tiempo.

—¿Quién era vuestro padre? —No lo sé. —La Reina Roja miró fijamente a Kelsea—. Nunca quise saberlo. ¿Vos queréis saber quién es el vuestro?

«Sí», fue a decir Kelsea, pero pensó: «No». Era su curiosidad académica la que quería saberlo, pero, en realidad, era mejor que siguiera ignorándolo. De no ser así, Maza ya le habría revelado la identidad de su padre.

—No importa, Glynn. No tenía intención de contároslo, pero hace mucho que no tengo nadie con quien hablar. Desde Liriane.

—Vuestra vidente. ¿Era tan buena como dicen? —Mejor. Éramos amigas, o eso creía yo.

—De pronto arrugó el ceño, confusa —. A esas mujeres cuesta conocerlas bien. Y eso me lleva al tema del que quería hablar con vos. He recibido una oferta muy interesante de vuestro Papa.

—¿De Su Santidad? Os aconsejo que para hablar con ese hombre tengáis un puñal en la mano.

La Reina Roja sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos. —Creo que vuestro reino está aquejado de numerosos problemas, Glynn. El Papa me pide mercenarios, una legión entera de mi ejército.

Algo se removió dentro de Kelsea. Tenía que prevenirlos, avisar a Maza... Pero no, claro, no podía avisar a nadie.

—¿Con qué objetivo? —¿Quién sabe? Pero es evidente que os odia. —¿Vais a darle los soldados? —preguntó Kelsea, tensa. —Quizá sí. Dependerá, sobre todo, del valor de lo que me ofrece a cambio. —¿Qué os ofrece a cambio? —Según el Papa, vos, Reina Kelsea, también tenéis una vidente. Kelsea abrió la boca. ¿Quién había hablado? Se dio media vuelta rápidamente para mirar por encima del parapeto, pero ya era demasiado tarde.

—¿Es verdad! —La voz de la Reina Roja revelaba sincera sorpresa—. ¿Y la cría también?

Algo se desató dentro de Kelsea. Sin pensar lo que hacía, se abalanzó sobre la Reina Roja, la

agarró por los hombros del vestido de terciopelo y la levantó del suelo; entonces se preguntó si tendría fuerza suficiente para arrojarla desde el balcón.

«¡La Reina de Picas!», le gritó su vocecilla interna, pero la oyó a lo lejos, desesperada.

—Ni se os ocurra —dijo con rabia—. Ni se os ocurra tocarlas. —Tened cuidado, Glynn. Pensad lo que hacéis. Kelsea se detuvo. A su alrededor, el aire estaba tenso, casi electrizado, y notaba la piel desagradablemente tirante. De pronto le costaba respirar. Se le había cerrado la garganta.

—Dejadme en el suelo, Glynn. —La Reina Roja le dio unas palmaditas en la mejilla, como si fuera una niña pequeña—. Dejadme en el suelo, si no queréis morir asfixiada.

Al cabo de un momento, Kelsea la soltó. Siguió teniendo la garganta cerrada durante unos segundos (la mueca desdeñosa de la Reina Roja, una especie de sonrisa de victoria, le indicó que aquello era obra suya), y luego se le abrió. Kelsea dio una bocanada, y gritó cuando sus pulmones se llenaron de aire.

—He de reconocer que tenéis agallas. —La Reina Roja se miró el vestido y vio que tenía las costuras de ambas mangas rotas—. Una vez hice azotar a una paje por estropearme un vestido.

—Yo no soy una de vuestras sirvientas. Kelsea se apoyó en el parapeto, jadeando. La columna de humo que salía del arsenal en llamas estaba borrosa; de pronto, veía doble. Notó un dolor de cabeza incipiente en las sienes.

—Os habéis precipitado al revelarme vuestras cartas —dijo la Reina Roja, y se colocó a su lado—. Ahora no puedo enviar soldados al Tearling, ni al Papa ni a nadie. Solo quería saber si la información era cierta. ¡Vuestra doncella y su hija pequeña! Siempre creí que la clarividencia era hereditaria, pero nunca había tenido ocasión de estudiar el fenómeno.

—Os deseo buena suerte. Esta vidente mataría a su hija antes de verla en vuestras manos.

—Tenéis problemas más graves, Glynn. Benin me ha dicho que el Santo Padre es un traidor. También le ha hecho propuestas a mi ejército directamente, a mis espaldas.

—¿Vuestros soldados necesitan a una vidente? —No, mis soldados quieren su botín. Pero por una vidente, una vidente auténtica, les pagarían un precio elevado en el mercado, lo bastante elevado para compensar a una legión entera. Yo ya no... —Se interrumpió, y Kelsea intuyó que le costaba decir lo que iba a decir—. Ya no controlo mi ejército, o no del todo.

—Qué pena me dais. —Podéis reíros si queréis, Glynn, pero, si mis soldados se sublevaran, vos también saldréis perjudicada.

Kelsea hizo una mueca al pensar en la Ciudadela, que había quedado desprotegida, pues casi todos sus soldados habían perecido en el Almont. El general Hall contaba, como mucho, con un centenar de hombres, y con eso no podría plantarle cara a una legión mort. Pensó que había negociado para conseguir tres años de seguridad para su reino, pero ¿había logrado algo con eso? ¡Si al menos pudiera ponerse en contacto con ellos! Algo tintineó en el fondo de su memoria, pero luego desapareció.

—¿No tenéis nada útil que ofrecerme respecto a esa cosa, el Huérfano? —No, todavía no.

—¡Emily! —gritó la Reina Roja y la paje apareció por la escalera que había en el centro del balcón.

Le lanzó una breve mirada a Kelsea, y luego miró hacia otro lado; esta también hizo como si nunca la hubiera visto. Desde que habían sacado al carcelero de la celda, Emily se había negado a contestar más preguntas.

—He acabado con ella, de momento. Llévatela abajo. Dijo esas palabras con brusquedad, pero no acertó con el tono. Mientras bajaba la escalera, Kelsea miró a la Reina Roja una vez más y volvió a tener una impresión de profunda infelicidad, de una mujer al borde de algo. Ella misma había hablado en ese tono más de una vez durante aquellas últimas y desgraciadas semanas en la Ciudadela.

No intentó hablar con Emily por el camino a la mazmorra. Había demasiada gente por los pasillos, era fácil que las oyeran. «La fecha está demasiado cerca», había dicho Emily, y entonces Kelsea se planteó que quizá hubiera una fuga programada. Confiaba en que así fuera, y por otra parte confiaba en que no; si el Santo Padre estaba preparándose para atacar la Ciudadela, Maza tenía problemas más graves. Kelsea estaba deseando darle un mensaje a Emily, para prevenir a Maza, y a Andalie, que tenía que saber que ni Glee ni ella estaban a salvo. Pero ¿cómo se había enterado el Santo Padre de lo de Andalie? ¿Había otro traidor en el Pabellón Real?

«Tengo que salir de aquí —se dijo—. Cueste lo que cueste.» «Mi reino está desprotegido.»

Cuando pasaron por delante de la celda de su vecino, Kelsea miró disimuladamente dentro y lo vio sentado a su mesa, muy concentrado en su trabajo, alumbrándose con una vela. Tenía la cara pegada al lienzo. Solo alcanzó a verle un trocito de perfil, pero le bastó para comprobar que era mucho más joven de lo que ella había creído. Estaba calvo, sí, pero se fijó y vio que llevaba la cabeza afeitada. Kelsea habría dado cualquier cosa por poder observarlo mejor, pero el hombre no se inmutó cuando ella y Emily pasaron por delante de su celda.

Cuando Emily cerró la puerta de la celda, Kelsea la agarró por un brazo y le hizo señas para

que se acercara más; quería decirle lo de Andalie, pedirle que le llevara un mensaje a Maza. Pero Emily se apartó, se llevó un dedo a los labios y se marchó. Kelsea ya no podía contener su frustración. Cuando desapareció la luz de la antorcha de Emily, encendió una de sus velas y, con mucho cuidado, la colocó en el suelo, junto a los barrotes. Era malgastar la cera, pero imaginarse a Maza, Pen, Andalie y a todos los demás en la Ciudadela, ajenos a toda sospecha, mientras una amenaza se cernía sobre sus cabezas... Esas visiones la habían destrozado, y no soportaba estar allí a oscuras.

«Un bebedor de sangre.» Si la Reina Roja no mentía (y, aunque Kelsea no confiaba en ella, no dudaba de la desesperación que había detectado en su voz), Kelsea había liberado un gran peligro. Hasta le parecía notar la viscosidad de la sangre en sus manos.

—Ya he matado otras veces —murmuró, y curiosamente ahora no pensaba en Thorne ni en el carcelero, sino en Mhurn.

Matarlo había sido un acto de compasión, o eso había pensado en aquel momento. El silencio de la celda se le hacía insoportable, y al cabo de un rato se arrodilló y se agarró a los barrotes.

—¡Eh, tú! ¡El hombre de los dibujos! —De la celda de al lado no llegó ningún sonido—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Silencio. ¿Cómo podía hacerle hablar? Kelsea pensó un poco, y entonces probó otra táctica.

—He visto tus cañones en el campo de batalla. Unas piezas impresionantes. —¿Los habéis visto disparar? —preguntó él. Kelsea frunció el ceño, pensó si debía mentir y contestó: —No. No llegaron a dispararnos. El hombre se echó a reír, una risa amarga y hueca. —Porque no podían. No podían hacerlos disparar. Mi diseño era perfecto, pero el químico de la Reina Roja tenía que encontrar algo parecido a la pólvora, y no lo consiguió.

Kelsea se apartó de los barrotes. Todo el tiempo y la energía que habían dedicado a aquellos cañones, a averiguar cómo inutilizarlos... Se habría abofeteado a sí misma.

—Os engañaron —dijo el hombre, y luego, tras una larga pausa—: ¿Es cierto que el ejército tear quedó aniquilado?

—Sí. —¿Y el general? —A Bermond lo mataron —contestó Kelsea. Sabía que debería haber lamentado la muerte de un soldado profesional como él, pero no podía; Bermond había sido un reaccionario, una espina para ella—. Ahora su segundo dirige lo que queda de mi ejército. Ni siquiera hay suficientes hombres para formar un cuerpo de policía urbana decente.

—Es una desgracia. Hacen falta varias generaciones para formar un ejército desde cero.

—Tenemos tres años. —«O menos», puntualizó mentalmente. Se imaginó al Santo Padre dirigiendo una legión armada y sintió que algo se revolvía en su interior. Y si este fracasaba, quedaban Row Finn y sus criaturas.

—¿Tres años? —Su vecino rió—. Buena suerte. —¿Por qué estás aquí? —preguntó Kelsea, sobre todo para mantener viva la conversación. No quería volver a quedarse sola y a oscuras—. Eres un esclavo, ¿no?

—Sí. —Tenía entendido que la Reina Roja trataba a los esclavos con algún talento especial como si fueran hombres libres. Tú eres un excelente ingeniero. ¿Qué haces en la mazmorra?

El hombre permaneció callado. Kelsea se desanimó; volvió a agarrar los barrotes y notó que la piedra del suelo se le clavaba en las rodillas. —Habla conmigo, por favor. Este silencio me hará enloquecer. —Supongo que las súplicas de una reina deben ser atendidas. Hasta las de una reina encerrada en una mazmorra. —Kelsea oyó el arrastrar de una silla, lo que indicaba que el hombre se había levantado de la mesa, y, a continuación, ruido de papeles—. Además, no importa. Registran mi celda una vez por semana, para asegurarse de que no estoy construyendo nada demasiado creativo. Pero, cuando me trajeron aquí, se limitaron a coger todos mis bocetos y mis planos. Hasta ahora esto se les ha escapado, pero es el verdadero motivo por el que estoy aquí.

Mirad.

Al poco, un papel arrugado cayó ante la celda de Kelsea. Ella estiró un brazo y lo cogió, y entonces lo desplegó y lo alisó sobre el suelo de piedra. Parecía un anuncio, pero, cuando acercó un poco más la vela, vio que era un panfleto político, muy bien impreso, en mort y en tear.

¡Pueblo de Mortmesne! ¿Estáis hartos de ser esclavos? ¿Estáis hartos de hacer jornadas laborales interminables para satisfacer los caprichos de unos pocos corruptos? ¿Estáis hartos de ver cómo vuestros hijos van a la guerra y regresan a casa con las manos vacías, si es que regresan? ¿Soñáis con algo mejor?

Uníos a nuestra lucha.

—Participaste en la sublevación —murmuró Kelsea. Aquel folleto estaba muy bien pensado. Estaba redactado en un lenguaje sencillo y directo, y Kelsea supuso que debía de haber ejercido un fuerte impacto. —No, no participé en ella —aclaró su vecino—. Solo les hacía estos trabajos de vez en cuando, estos panfletos, para poder ganarme algunos marcos. —Su voz tenía un deje de autoburla—. Me pareció una forma maravillosa de rebelarme sin exponerme a ningún peligro real.

—Y sin embargo has acabado aquí —comentó Kelsea, distraída, mientras seguía examinando

el panfleto.

El papel era normal y corriente, del mismo grosor que el que Arliss había utilizado para redactar su ley de regencia. Sin embargo, el texto le llamó la atención. Acercó cuanto pudo la vela al papel y examinó cada palabras, achicando los ojos. Las dos «es» de Mortmesne parecían idénticas, exactamente del mismo tamaño, sin la más mínima variación. Hasta la consistencia de la tinta negra era la misma. Kelsea saltó de una palabra a otra, vocal a vocal, consonante a consonante, buscando fallos, errores...

—Santo cielo —murmuró. Aquel panfleto no estaba escrito a mano, sino impreso.

Ewen jamás había imaginado que el Tearling pudiera ser tan extenso. Había crecido en Nueva Londres y no había salido nunca de la ciudad. Siempre había pensado que el reino ocupaba las tierras entre el río Caddell y el horizonte. Pero cuando la Guardia Real llegó a la cabecera del Caddell, las tierras seguían extendiéndose. Al final el río Crithe también dejaba de ser un río y era solo hierba. Había montañas a lo lejos, montañas que Ewen jamás había visto, y cada vez estaban más cerca. Ir a rescatar a la reina era un asunto serio, y Ewen lo entendía. Pero, al mismo tiempo, tenía la impresión de estar participando en una aventura fabulosa.

Habían montado el campamento en una hondonada entre dos altas colinas. Maza había colocado a Ewen de centinela en la cima, mirando hacia poniente, por si se acercaba alguien. Habían visto pasar varios grupos de gente, bastante numerosos, y Ewen sabía por Coryn que eran refugiados de la ciudad que regresaban a sus hogares. Él tenía que impedir que se acercaran al campamento, pues querían evitar que se supiera que Maza había salido de Nueva Londres. Ewen se tomaba muy en serio su trabajo de centinela, pero aun así confiaba en tener tiempo para dibujar. Había metido papel y lápices en las alforjas. Jamás habría imaginado que pudiera verse tanto mundo de una colina a otra.

Maza estaba en el centro del campamento, reunido con el general Hall y el hombre de Mortmesne. A Ewen no le habían pedido que participara en la reunión, pero él no se había ofendido. Es más, no entendía por qué Maza se lo había llevado con él en aquella misión, pero se alegraba de estar allí; así no tenía que pensar en su padre. Este había fallecido hacía dos meses y, a la mañana siguiente, Ewen y sus tres hermanos lo habían enterrado. Ewen intentaba no recordar aquel día, pero muchas veces no podía evitarlo. Había llorado, pero eso no le importaba; Peter también había llorado. A Ewen no le gustaba recordar a su padre tendido en aquella caja de madera marrón claro, con solo una lámina de roble para protegerlo de la oscuridad subterránea.

—¡Ewen!

Se dio la vuelta y vio al mago, Bradshaw, que subía por la ladera. —Quieren que volvamos a bajar. Ewen asintió y recogió su capa y su cantimplora. Bradshaw lo esperó, y bajaron juntos al campamento. Ewen le tenía simpatía; sabía hacer desaparecer y volver a aparecer cosas, y siempre adivinaba qué llevaba Ewen en los bolsillos. Pero además Bradshaw tenía paciencia, y siempre le explicaba a Ewen las cosas que no entendía.

—¿Has estado en la reunión? —le preguntó Ewen. —No. Me han mandado a cazar un ciervo

para la cena. Por lo visto creen que también hablo con los animales.

—¿Es verdad? —preguntó Ewen; esa idea le parecía maravillosa. —No. Ewen, acoquinado, no dijo nada más. En el campamento había mucha actividad. Había doce guardias reales, ocho soldados que habían llegado con el general Hall, y unos cuantos hombres más que se habían presentado con el hombre de Mortmesne. Elston y Kibb estaban cocinando el ciervo, y había un fuerte olor a carne asada. Los demás pululaban alrededor de la hoguera como buitres hambrientos. Ewen pescó algunos fragmentos de conversación cuando Bradshaw y él se acercaron al perímetro: la reina, la sublevación mort, algo relacionado con un huérfano. Ewen no sabía que hubiera ningún huérfano en la guardia, aunque suponía que él lo era, ahora que su padre había muerto. Se lo habría preguntado a Bradshaw, pero aquel no parecía el mejor momento para hacerlo.

—¡Vosotros dos! —gritó Maza—. ¡Venid aquí! Ewen y Bradshaw lo siguieron hasta la tienda que había en el centro del campamento. Dentro había una mesita plegable cubierta de mapas y rodeada de sillas; era allí donde habían mantenido la reunión, que ya había terminado. Maza se sentó, y Ewen vio que tenía unas marcadas ojeras. Normalmente, Ewen ni siquiera se atrevía a preguntarse en qué estaba pensando Maza, pero en aquel momento creyó saberlo. La primera noche que habían pasado fuera de Nueva Londres habían cabalgado mucho, y Maza no se dio cuenta hasta el amanecer de que Aisa había desaparecido. Toda la guardia había encajado muy mal aquella noticia, pero Venner había sido quien la había encajado peor: le había dado un ataque, como lo habría llamado su padre, y se había puesto a renegar y a lanzar cosas que sacaba de sus alforjas. Maza no había dicho nada, pero su silencio había asustado a Ewen. Temía que Maza lo culpara de algo, o a Bradshaw; al fin y al cabo, ellos habían sido los últimos que la habían visto. Pero nadie dijo nada, y poco a poco Ewen se dio cuenta de que no tenía nada que temer.

—Hemos de darnos prisa —dijo Maza—. Sentaos. —Ellos obedecieron—. Levieux nos ha confirmado que la reina todavía está en la mazmorra del Palais. Pero no podemos entrar en Mortmesne por el Argive. El general Hall me ha informado de que una legión del ejército mort se quedó en el extremo oriental del puerto. A partir de ahora piensan regular el tráfico. De modo que iremos directamente hacia el este y atravesaremos los Montes Fronterizos.

Para Ewen, nada de todo aquello tenía sentido, pero asintió de todas formas, imitando a Bradshaw.

—Vosotros dos no vendréis con nosotros. Bradshaw dio un resoplido; Ewen, en cambio, se quedó esperando. Confiaba en que no le ordenaran volver a casa, porque le gustaba estar allí. En la

Ciudadela le costaba mucho mas no acordarse de su padre, que había trabajado toda su vida en la mazmorra.

Maza frunció el ceño. —La hija pequeña de Andalie solo tiene tres años, y yo no soy muy dado a basar mis estrategias en los sueños de una cría. Pero el hecho es que Glee casi nunca se equivoca.

—Es verdad que tiene un don —se aventuró a opinar Bradshaw. —Este es mi dilema. Levieux dice que la reina está en la mazmorra del Palais; él mismo la vio allí, y yo confío en su palabra. Glee afirma que la reina está en Gin Reach, y Andalie me asegura que Glee tiene razón. ¿Qué debo hacer?

—¿Dónde está Gin Reach, señor? —preguntó Bradshaw.

—Es una pequeña aldea del sur del Almont, al borde del Sequedal, una parada obligada para los necios que intentan atravesar el desierto y llegar al Cadare sin pagar los peajes. En esa aldea no puede haber más de doscientos habitantes, y no me explico qué podría estar haciendo la reina allí, pero aun así...

—Tiene que contemplar todas las posibilidades —apuntó Bradshaw. —Sí. Por extraño que os parezca, quiero que vayáis los dos a Gin Reach y que tengáis los ojos bien abiertos. Fijaos en cualquier cosa que llame la atención. — Maza rebuscó en sus alforjas y le lanzó a Bradshaw una bolsa llena de monedas —. Con esto tendréis para tres semanas de alojamiento cómodo. Si no sucede nada ni veis nada, regresad a casa.

—¿Y si vemos algo? —Entonces utilizad el sentido común. Nuestra prioridad es la reina. Si la rescatamos, nos dirigiremos a la Ciudadela cuanto antes, y no tendremos tiempo para ir a buscaros por el Sequedal. Si sucede algo, enviad un aviso a este campamento. Varios guardias y la mayoría de los hombres de Hall se quedarán aquí.

A Ewen no le hizo mucha gracia ese encargo. Por lo visto iban a estar los dos solos en una pequeña aldea del desierto. Bradshaw quizá pudiera hacer magia, pero ninguno de los dos sabía manejar una espada.

—Partiréis esta noche, sin hacer ruido, después de cenar. Seguid los canales de riego que parten del Crithe. Si cabalgáis toda la noche hacia el sur, sin deteneros, no tardaréis en encontrar Gin Reach.

—¿Y cómo sabremos que hemos llegado? —preguntó Ewen. —Preguntando, supongo. Bradshaw será el responsable. Bradshaw se mostró sorprendido, y Ewen también. Aisa le había

dicho a Ewen que a Maza no le gustaba la magia, aunque Ewen no entendía por qué. Seguro que el mundo era mejor cuando podían suceder cosas extraordinarias.

—Voy a confiar en ti, mago, aunque no suelo fiarme de la gente como tú. Bradshaw se encogió de hombros y repuso: —La reina me hizo un gran favor, capitán. Si puedo, se lo devolveré.

—Podéis retiraros. Los dos hombres salieron de la tienda. Ewen tenía la impresión de que Bradshaw estaba tan sorprendido como él. Bradshaw podía hacer muchas cosas asombrosas; quizá fuera por ese motivo por lo que Maza lo había elegido. Pero, tras reflexionar un poco, Ewen llegó a la conclusión de que Maza no creía que fuera a ocurrirles nada en absoluto.

—Recoge tus cosas —le dijo Bradshaw—. Voy a buscar agua y comida. Ewen asintió y fue por su caballo. Por el ruido que se oía alrededor de la hoguera, dedujo que el ciervo ya debía de estar listo, pero había perdido el apetito. Siempre lo había aterrorizado pensar en Mortmesne, el reino tenebroso que su padre mencionaba en todos sus cuentos de hadas, pero al mismo tiempo se había sentido orgulloso de que lo hubieran escogido para ir allí. Sabía que no era lo bastante inteligente para ser guardia real, y no habría tenido inconveniente en renunciar e ir en busca de la bruja, Brenna. Eso sí que habría sido meritorio. La misión que le habían encomendado, en cambio, no parecía real.

Al acercarse a los caballos vio una figura solitaria: era Pen, que estaba sentado, solo, mirando hacia el este, en una de las rocas que bordeaban el corral. En más de una ocasión, Ewen había oído decir a otros miembros de la guardia que Pen era el favorito de la reina, y se había fijado en que Pen no parecía el mismo desde que la reina se había marchado. Ewen pensó que sería mejor no decirle nada a Pen, así que rebuscó en el montón hasta que encontró sus alforjas y su silla de montar, y entonces se fue con ellas hasta donde estaba su caballo. Ewen no era un buen jinete; había aprendido a montar de pequeño con sus hermanos, pero nunca se le había dado tan bien como a Peter y a Arthur. Bradshaw tampoco era muy buen jinete. Durante el viaje, los dos se habían quedado rezagados en varias ocasiones, y habían tenido que apretar el paso para alcanzar al grupo mientras este se tomaba un descanso. Y ahora los enviaban a un lugar del que Ewen jamás había oído hablar. Su caballo, Van, lo miró fijamente, como si lo entendiera, y Ewen se quedó un rato acariciándole el cuello. Una cosa era que él fuera a Mortmesne, y otra muy diferente llevarse a un animal allí; al menos Van también estaría fuera de peligro. Cuando le puso la silla de montar, se le cayó al suelo la capa gris de guardia real. Para realizar aquella misión no les habían dejado ponerse las capas, pero Ewen se había llevado la suya. Era el objeto más valioso que poseía, aunque era

consciente de que en realidad nunca le había pertenecido. Se acercó al caballo de Maza, dobló la capa y la puso encima de la silla de montar del capitán.

—Ewen. Pen le hacía señas para que se acercara. Ewen acarició la capa por última vez y fue a donde estaba Pen. Vio que este tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado.

—Vas a Gin Reach, ¿verdad? —Ewen asintió—. No creo que encuentres nada allí, y el capitán tampoco. Pero si encuentras algo... —Pen se quedó callado largo rato—. Si encuentras algo, recuerda que ahora eres un guardia real. Un verdadero guardia real, ¿me entiendes? Tienes que proteger a la reina, cueste lo que cueste.

Ewen estaba tan desconcertado que solo atinó a asentir con la cabeza, y Pen le dio una palmada en el hombro.

—Hazme algún dibujo mientras estés allí. Cuando volvamos todos a la Ciudadela, le echaremos otro vistazo a tu carpeta.

Ewen sonrió. Pen había sido el primero en decirle que sus dibujos eran muy bonitos

—Que tengas suerte, Ewen. —Tú también —replicó Ewen. Cuando Pen se alejó, Ewen intentó descifrar sus palabras. La obligación de todo guardia real era dar la vida para proteger a la reina, y eso lo entendía. Pero tenía la impresión de que Pen se refería a algo diferente.

Bradshaw estaba acercándose al corral con un grueso fardo cargado sobre un hombro. Ewen lo esperó, y siguió reflexionando sobre lo que le había dicho Pen. Había una palabra para describir aquello... Danzó por su cabeza hasta que Ewen consiguió atraparla: sacrificio. Eso era. Para Pen, ser guardia real era una cuestión de sacrificio, y, a juzgar por su aspecto, le estaba haciendo mucho daño.

Ewen vaciló un momento más, y entonces, sin saber muy bien por qué, cogió su capa gris de la silla de montar de Maza y volvió a guardarla en sus alforjas.

Javel despertó al oír gritos. Era una voz de mujer, y al principio se quedó desconcertado, hasta que recordó dónde estaban: en la Ciudadela. Había cabalgado durante tres días sin hacer más que breves paradas para abreviar su caballo, y nada más entregar la carta de Maza a Devin —no le había importado si este le creía o no— lo único que sintió un profundo agradecimiento de que la carrera hubiera terminado.

Ahora oía gritar a un hombre. Javel se incorporó en la cama, se frotó la cara y vio que tenía barba de cuatro días como mínimo. Había dormido mucho. Fuera, continuaba la discusión, ininteligible pero acalorada, y Javel suspiró y cogió sus botas.

Cuando salió al pasillo, lo encontró atestado de guardias reales. El guardia que estaba al mando, Devin, se encaraba a una mujer alta y morena justo delante de la puerta de Javel. Este no reconoció a la mujer, pero se fijó en que el resto de los guardias reales procuraban no mirarla y clavaban la vista en el suelo, en el techo o en cualquier otra parte.

—¡Te digo que vienen hacia aquí! —le gritó la mujer a Devin. —¡Tranquilízate, Andalie! ¡Vas a despertar a todo el pabellón! —¡Mejor! ¡Hemos de salir cuanto antes! Devin miró a los hombres que lo rodeaban y se puso colorado. —¿Estás dándome una orden? —¡Claro que sí, inútil! ¡Despierta a esta gente! —¡Cállate! La voz resonó por el pasillo. A la derecha de Javel, salió otra figura de una de las habitaciones, y Javel reconoció a Arliss, uno de los traficantes y corredores de apuestas más importantes de Nueva Londres. Cuando alguien pasaba cierto tiempo bebiendo en las Tripas (y Javel pasaba mucho tiempo allí), era inevitable que acabara viendo la ubicua figura de gnomo de Arliss entrando y saliendo de las tabernas, negociando y traficando, y embolsándose grandes cantidades de dinero.

—Será mejor que valga la pena —gruñó Arliss—. Estoy tratando de reubicar a cien mil personas que todavía no quieren marcharse. El aprovisionamiento por sí solo ya es un drama.

La mujer, Andalie, dijo: —Tenemos que irnos inmediatamente. —¿Irnos? ¿Adónde? —A cualquier sitio. —Ha tenido una pesadilla —le explicó Devin—. Ya me encargo yo, señor. No se preocupe.

Pero la voz de Devin se había debilitado, y tampoco miraba directamente a Andalie. Hasta Javel percibía el aura de rareza que la envolvía, aquellos ojos con la mirada tan extraviada que parecían estar viendo otro mundo más allá de la realidad. Los guardias, indecisos, miraban alternativamente a Devin y a Arliss.

—¿Qué pasa, Andalie? —preguntó Arliss. —Los hombres del Santo Padre vienen hacia aquí. Tenemos que marcharnos. —Te lo he advertido, Andalie. —Devin bajó la voz, porque habían empezado a abrirse puertas por todo el pasillo—. Vuelve con tus críos.

—No —se plantó Andalie—. Maza te dejó al mando de la guardia, pero no de mí.

—Según tú, ¿cómo piensa entrar el Santo Padre en la Ciudadela? ¡No tiene soldados!

—Sí los tiene. Soldados mort. —¡El ejército mort se ha retirado! —No. —¡Tiene razón! —dijo un joven guardia. Javel recordaba vagamente haberlo visto en aquel largo y pesadillesco viaje de regreso desde el Argive. No podía tener más de veinte años. Llevaba un arco a la espalda—. ¡Andalie siempre acierta! ¡Tenemos que salir de aquí!

—¡Cállate, Wellmer! —le espetó Devin. Justo entonces, un golpe ensordecedor sacudió el suelo que pisaban. Javel gritó, y no fue el único.

—Un ariete —masculló Arliss—. Demasiado tarde. Devin agarró a uno de sus guardias. —Baja y entérate de qué está pasando. El guardia desapareció. Javel lo vio marchar y se imaginó la escena que debía de estar desarrollándose abajo, en la Puerta; el centinela de la Puerta estaría intentando reforzarla por todos los medios y levantar el puente levadizo. Ellos sabían cómo rechazar a los invasores; eso formaba parte de la instrucción básica de un centinela de la Puerta. Pero, si había demasiada gente en el puente, este no se elevaría, y las puertas, pese a ser de hierro macizo, no aguantarían eternamente el embate de un ariete de acero. Y el foso ni siquiera era lo bastante profundo para suponer un verdadero obstáculo. Si Bil seguía encargándose de la vigilancia de la Puerta, debía de estar allí, más sereno y competente que nunca, dirigiendo a sus hombres mientras reforzaban la puerta con ladrillos e intentaban izar el puente. Sin embargo, si los atacantes eran suficientemente numerosos, los centinelas de la Puerta debían de saber que con aquello solo conseguirían aplazar el problema.

Arliss se volvió hacia Devin. —¿Y la salida secreta de Maza? ¿Los túneles? —Yo no los conozco —contestó Devin, avergonzado—. Nunca me los ha mostrado.

—¿Y tú, Andalie? Andalie negó con la cabeza. Otro golpe hizo temblar las paredes que los rodeaban, y Javel pestañeó cuando se filtró un poco de arenilla del techo y le entró en los ojos.

—¿Han vuelto a invadirnos los mort? —preguntó Devin—. ¿Cómo es posible que no nos hayamos enterado?

—No es una invasión —contestó Andalie—. Esto es el Arvath. Javel notó un tirón en la pernera del pantalón; miró hacia abajo y vio que una niña lo miraba. Era muy pequeña, una cría de pañales, pero sin embargo tenía mirada de adulta. Javel intentó ignorarla, pero ella siguió tirándole del pantalón, muy decidida, hasta que por fin él se agachó y le preguntó:

—¿Qué pasa, niña? —Centinela de la Puerta —dijo ella en voz baja, y su voz tampoco concordaba con su edad; tenía un deje burlón que a Javel le resultaba familiar.

—¿Qué quieres? —A lo mejor todavía podrías ser útil. Javel retrocedió, pero la niña, que ya le había soltado la pierna, fue andando con paso inseguro hacia la mujer, Andalie, y trepó a sus brazos. Se miraron fijamente, como si hablaran, y Javel notó un escalofrío. Había pasado días cabalgando sin parar, y ni siquiera había pensado en beber, pero en aquel momento habría dado cualquier cosa por un trago de whisky. O, mejor dicho, por unos cuantos.

Bajo el suelo resonaban unos golpes rítmicos, y Arliss sacudió la cabeza. —La puerta no va a aguantar eternamente. Tenemos que proteger el Pabellón con una barricada.

—Necesitamos muebles pesados —aportó Andalie. Javel se acordó del voluminoso armario que había en su habitación y fue hacia allí, pero se detuvo en el umbral al ver el lamentable montón de objetos personales que había a los pies de su cama. Se había llevado muy pocas cosas a Mortmesne, pues había preferido dejar su casa tal como estaba, para que cuando regresara Allie ella pudiera comprobar que no había cambiado nada. Esa idea, ahora, le hizo sonreír, pero era una sonrisa cargada de tristeza. El pasado se había marchado para siempre, había desaparecido, y su equipaje, triste y medio lleno, parecía una prueba de ellos.

«Centinela de la Puerta», dijo la voz de aquella cría en la cabeza de Javel. —Sí, lo era —replicó Javel, casi sin darse cuenta.

Había sido centinela de la Puerta durante más de diez años, y lo había hecho bien. Ir a trabajar todos los días, desempeñar un trabajo necesario y hacerlo competentemente... era algo de lo que enorgullecerse. Sin embargo, un hombre atormentado por los errores cometidos en el pasado no podía verlo. Javel se agachó junto a su equipaje, cogió su espada y se quedó mirándola, como si se hallara al borde de un precipicio.

«Útil.» Se dio la vuelta, echó a andar por el pasillo y se dirigió a la gran sala donde se encontraba el trono vacío de la reina. Al doblar la esquina, vio que la guardia se estaba preparando para proteger la gran puerta de doble hoja con una barricada hecha con muebles, y que ya había varios amontonados en la pared del fondo.

—¡Esperad! —les gritó Javel—. ¡Dejadme pasar! —No salgas —le aconsejó Devin—. Hay una muchedumbre, por lo menos doscientas personas, además de los mort.

—Soy centinela de la Puerta —replicó Javel—. Dejadme pasar. —Que sepas que estás cavando tu propia tumba. —Devin dio cuatro golpes en la puerta y, levantando la tranca, la abrió lo suficiente para que Javel pudiera salir por ella—. ¡No podremos dejarte entrar otra vez! —le gritó.

—¡Vale! —masculló Javel, y apretó el paso. Allí el ruido del ariete sonaba mucho más fuerte, un estruendo constante que sacudía las paredes. Volvió a caer polvo del techo, una fina nevada bajo la luz de las antorchas. Mientras Javel bajaba la escalera, los golpes aumentaron tanto que le castañeteaban los dientes, y cada golpe tenía el contrapunto del ruido metálico de la madera contra el hierro. Una parte de Javel, la parte débil que siempre se retiraba a los rincones más oscuros de la taberna, quería dar media vuelta y volver a subir corriendo la escalera.

—No —dijo en voz baja, tratando de convencerse—. Todavía puedo ser útil. Cuando llegó al primer piso, recorrió el vestíbulo principal, y por el camino se cruzó con varios sirvientes de la Ciudadela, que lo miraron alarmados.

—¿Qué pasa, señor? —le preguntó una anciana.

—Nos están sitiando —le contestó—. Subid a las plantas superiores y esconded.

La mujer se marchó presurosa. Javel dobló la última esquina y encontró a la Guardia de la Puerta preparándose para proteger la puerta con ladrillos. Se trataba de una contingencia para la que todos estaban preparados, y había un pequeño almacén al lado de la garita con ese propósito. Los guardias iban y venían del almacén cargados de ladrillos, y unos cuantos más ya habían empezado a levantar un muro de ladrillos y mortero detrás de la barricada. Javel se tranquilizó al reconocer a dos de ellos: Martin y Bil. Se les acercó, y Bil se enderezó, con una paleta en la mano.

—¡Javel! ¿Qué...? —¿Qué sucede? —le gritó Javel. Allí los golpes del ariete sonaban tan fuertes que notaba que se le estremecía la columna.

—¡Han llegado de repente! —contestó Bil, gritando también—. ¡Hemos cerrado la puerta, pero no hemos tenido tiempo de izar el puente! ¡La puerta no aguantará a menos que la reforcemos con ladrillos!

Javel asintió. —¡Dime qué quieres que haga, Bil! —¡Creía que estabas con la Guardia Real! —¡Yo soy centinela de la Puerta! ¡Dime qué puedo hacer! Bil se quedó mirándolo un momento, y entonces dijo: —¡Necesito a otro hombre para mezclar mortero! Gill está en el almacén. ¡Ve y ayúdalo!

Javel asintió, sonriente; para él, aquella sencilla orden era una bendición. Se ató la espada al cinto, pasó por encima de la espalda de Martin y se puso manos a la obra. Aisa estaba agazapada en un rincón oscuro, con una mano en el mango del puñal. Iba sucia, cubierta del polvo de los túneles, y hasta ella se daba cuenta de que olía mal, a una mezcla de sudor viejo y a la humedad podrida que por lo visto imperaba allí abajo. Le dolía el brazo, porque el día anterior se había hecho un corte. Pero estaba poseída por la música del combate.

Merritt estaba detrás de ella, y en el otro lado del túnel, en otro hueco, estaban los hermanos Miller, apenas visibles con la débil luz de la antorcha. Daniel llevaba el cuello vendado; se había hecho una quemadura terrible al asustar a una mujer que estaba friendo pollo en una sartén llena de aceite hirviendo. La mujer le había lanzado la sartén y entonces había intentado huir con los niños que tenía a su cargo, dos chicos y tres chicas, todos menores de diez años. Habían conseguido salvar a los niños, y los habían llevado a la gran zona de espera que habían montado en las Tripas. Pero la mujer había huido. Otro cuidador, un hombre, había intentado golpear a Christopher con una pala, y había acabado con la pala clavada en las costillas. Aisa no sabía si todos los cadén eran como los hermanos Miller, pero ya no le importaba. Estaba decidida a unirse a ellos o morir en el intento.

Sin embargo, para ese sueño todavía faltaban años. El primer paso, el paso que podía dar ahora, era obligarlos a tratarla como trataban a los demás, como una herramienta que se podía manejar.

Christopher se inclinó hacia la luz y señaló a Aisa. Merritt le dio un empujoncito en la espalda.

—Tú, niña. A ver si lo haces bien. Aisa se guardó el puñal en la parte trasera del pantalón y lo tapó con el faldón de su camisa. Inspiró hondo y echó a correr hacia el túnel principal. Era muy ancho: debía de medir unos seis metros de lado a lado, y otros seis de alto, hasta el techo curvado. El agua se filtraba por las grietas y formaba charcos en el suelo. Aisa pensó que debían de estar cerca del foso de la Ciudadela, o quizá incluso por debajo.

Más allá, el túnel se bifurcaba en tres pasillos, y todos se adentraban en la oscuridad. En uno de esos tres pasillos había varios hombres, un proxeneta y sus clientes, que retenían como mínimo a diez críos. Aisa y los cuatro cadén llevaban más de un día entero siguiéndolos por aquel laberinto subterráneo. Los pisos superiores estaban alumbrados con antorchas, escasas pero potentes; allí abajo, en cambio, solo había la que llevaban ellos. Aisa levantó un poco más su antorcha, pero no logró ver nada más allá de las entradas de los tres pasillos, unas bocas enormes y oscuras.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien ahí? Silencio. Pero Aisa notó que la observaban. Avanzó tambaleándose, abrazándose el cuerpo con un brazo, como un crío con frío. En los cinco días que llevaba allí abajo había visto a muchos niños, tanto vivos como muertos. James le había explicado, sin alterarse, que había proxenetas que mataban a sus niños para que no pudieran incriminarlos ni retrasarlos en su huida.

—¿Hola? —volvió a llamar—. ¿Señora Evans? Tres días atrás habían detenido a la señora Evans, que ahora estaba en la cárcel de Nueva Londres. No había sido fácil; era ella quien había herido a Aisa en el brazo. Pero su nombre era muy útil, porque en la Guardería era muy conocida y nadie sabía que la habían detenido. Aisa ya había usado aquel truco dos veces con éxito.

—¿Señora Evans? Tengo hambre. Detectó movimiento más adelante, pero no supo distinguir de qué túnel provenía. El miedo empezó a crecer en su interior, pero era más fuerte la adrenalina. Era la música del combate, sí, pero también intervenía algo más. Aisa estaba haciendo algo importante. No sabía si los cadén la habrían aceptado de no ser porque les venía bien tener a una niña a la que podían utilizar como cebo para atraer a presas difíciles. Pero ya no importaba. Aisa estaba ayudando a salvar a los débiles y castigar a quienes merecían ser castigados. La música del combate era maravillosa, pero la música del combate justo era muchísimo más poderosa, y permitió a Aisa ignorar el miedo y avanzar, cojeando, unos pasos más.

—¿Hola? Del túnel de la izquierda salió la silueta de un hombre. Aisa lo miró parpadeando. El instinto le aconsejaba dar la alarma, pero se quedó callada. Si sorprendían a su presa, esta se asustaría, y entonces era más probable que matara a los niños.

—La señora Evans me ha abandonado —le dijo al hombre, elevando la voz para que pudieran oírla los cadén, que estaban detrás.

El hombre sonrió, y Aisa vio el blanco de sus dientes en la penumbra. Pero el resto solo era una gran sombra que le tendía una mano.

Aquella era la parte más difícil para Aisa. Estaba deseando llevarse la mano a la cintura y sacar el puñal, pero en aquel túnel había más de diez niños. No podía ofrecerle a aquel hombre la posibilidad de gritar.

Aisa le dio la mano, y se estremeció al notar el tacto húmedo y resbaladizo de su piel. El hombre cogió la antorcha que llevaba Aisa y la levantó, y se llevó a la niña al túnel. Con su mano libre, Aisa buscó el puño del puñal en la espalda. El hombre era mucho más alto que ella, y para alcanzarle el cuello tendría que hacer un movimiento rápido e impecable. Los habitantes de la

Guardería, tanto los adultos como los niños, eran como animales salvajes: asustadizos y muy sensibles al peligro. Merritt decía que era resultado de vivir en la oscuridad, pero Aisa no lo creía. Ella también era asustadiza.

Doblaron una esquina, y Aisa se encontró en una pequeña cámara con el techo apenas lo suficientemente alto para que el hombre pudiera estar derecho. La iluminaban dos antorchas, pero en la pared del fondo había otra salida hacia la oscuridad. Había un montón de niños sentados en el suelo, con las piernas cruzadas; Aisa echó un vistazo rápido y calculó que debían de ser unos catorce. El mayor de ellos no podía tener más de once años. Había cinco hombres más repartidos por la cámara, y Aisa vio que tres de ellos llevaban espadas; entonces se fijó en el cuarto y se detuvo, atónita: era su padre.

Él abrió mucho los ojos y también la boca para gritar. Aisa intentó soltarse de la mano del hombre, pero este se adelantó: le tiró del brazo y la lanzó contra la pared. Aisa cayó al suelo, aturdida, y notó un fuerte dolor en el pecho cuando el hombre le propinó una patada en las costillas.

—¡Es una trampa! —gritó su padre—. ¡Corred! Los niños empezaron a chillar, y el eco de sus voces, que resonaban por las paredes del túnel, obligó a Aisa a taparse los oídos. Entonces se levantaron y fueron en tropel hacia la puerta del fondo. Aisa dejó de recibir patadas en el costado; levantó la cabeza y vio desaparecer tras ellos al último hombre.

«Padre», pensó, confusa. Y se preguntó cómo no se le había ocurrido pensar que podía encontrárselo allí. Proxeneta o cliente: ninguna de las dos cosas debería haberla sorprendido.

Los cuatro cadén irrumpieron en la cámara blandiendo sus espadas, y Aisa señaló la puerta del fondo mientras intentaba levantarse.

—¿Estás bien, niña? —le preguntó Daniel. —Sí —respondió ella, resollando—. Id, id tras ellos. Salieron corriendo por aquella puerta, y Aisa inició el lento proceso de levantarse del suelo. Le dolían las costillas, y tenía una herida en la cabeza que se había hecho al golpeársela contra la pared. Oyó ruido de espadas en el túnel, y se incorporó. Los cadén podían defenderse solos, pero quizá después recordaran que ella no había estado a su lado.

«Padre aquí», se repetía mentalmente, y era un pensamiento hiriente. Descolgó una antorcha de su soporte y miró alrededor hasta que encontró su puñal tirado en el suelo. Seguían oyéndose los gritos de los niños, pero a lo lejos. Con el puñal en una mano y la antorcha en la otra, Aisa inspiró hondo, con lo que sintió una fuerte punzada en las costillas, y echó a correr tras ellos.

Aquella parte del túnel era más estrecha, y pronto empezó a serpentear, a medida que

ascendía. Aisa oyó gritar a un hombre, y luego solo oía el arrastrar de sus propios pasos. El espacio era cada vez más reducido; Aisa habría dado cualquier cosa a cambio de una bocanada de aire fresco. Creía que los estaba alcanzando, pero no podía estar segura. Le dolía la cabeza. Cada pocos segundos tenía que limpiarse la sangre que le entraba en los ojos.

Derrapó al doblar una esquina y se paró. Había un cadáver de un hombre en el suelo. Se le acercó poco a poco, y entonces, con la punta del pie, le dio la vuelta: era su padre, y todavía respiraba. Él también había recibido un golpe en la cabeza; Aisa vio que empezaba a formársele un hematoma enorme en la sien.

Aisa se agachó y dejó la antorcha en el suelo, y siguió empuñando el puñal por si era una trampa. Pero su padre estaba inmóvil, y por sus labios entreabiertos, bajo la barba negra y tupida, salía un silbido áspero.

—Podría matarte —susurró Aisa, blandiendo el puñal ante los ojos cerrados de su padre—. Podría cortarte el cuello, y a nadie le importaría. Podría decir que lo hice en defensa propia.

Y habría sido verdad, pensó. Ni siquiera podía imaginar cómo sería la vida sabiendo que su padre ya no existía. Cómo sería saber que ya no tenía un enemigo siempre al acecho, un peligro para ella y para todos. Tendría una sensación de libertad fabulosa. Aisa nunca había matado a nadie, pero, si tenía que empezar, no había mejor forma de hacerlo que aquella.

Sin embargo vaciló; seguía asiendo el puñal con fuerza, pero empezaron a dolerle las rodillas y tenía las palmas de las manos sudadas.

—¿Por qué? —dijo mientras veía temblar los párpados de su padre—. ¿Por qué tenías que ser así?

Quería matarlo, pero, más aún, quería respuestas, quería pedirle cuentas. Matarlo parecía muy fácil ahora que estaba inconsciente. No era castigo suficiente.

Se oyó gritar a los niños al final del pasillo, y Aisa se sobresaltó. Había olvidado momentáneamente por qué estaba allí: por los niños. Un día, hacía menos de un año, había entrado en la cocina y había encontrado a su padre con la mano por debajo del vestido de Glee, y su hermana todavía no tenía ni tres años.

—Demasiado fácil —murmuró—. Demasiado fácil. Los cadén tenían las esposas, pero ella no sabía cuánto tardarían en volver. Utilizando su puñal, Aisa le cortó las mangas de la camisa a su padre, con cuidado de no tocarlo. Le ató las muñecas y los tobillos, apretando los nudos todo lo que pudo. Su padre se removía y gruñía mientras ella aseguraba las ataduras, pero no abrió los ojos en

ningún momento, y Aisa se quedó mirándolo largo rato, y deseó ser mayor, lo bastante mayor para haber superado todo aquello.

Venía alguien por el túnel, y Aisa se enderezó y blandió su puñal. Pero entonces identificó el ruido: eran pasos de varias personas que caminaban al mismo ritmo; se relajó y escondió el puñal. La otra parte de su misión estaba a punto de empezar, y estaba decidida a hacerlo bien.

El grupo de niños dobló la esquina; los seguían los cuatro cadén, provistos de antorchas. Christopher y James, además, llevaban cada uno a un prisionero. Los dos cautivos tenían la cara brutalmente magullada. Los niños estaban asustados; muchos lloraban y contemplaban atemorizados a los cuatro hombres de la capa roja. Aisa levantó las manos.

—Escuchadme —dijo—. Estos hombres son buenos. Han venido para ayudaros, os lo juro. Vamos a sacaros de los túneles.

Esas últimas palabras las dijo con toda la dulzura que pudo, porque sabía que salir afuera era lo que más alarmaba a los niños. Muchos llevaban toda la vida allí abajo, y no conocían el mundo exterior.

—Tenemos mucha comida —continuó Aisa, y vio que los niños la miraban con interés.

—Si subimos la escalera nos pondremos enfermos —dijo una niña, una de las mayores—. Me lo dijo mi padre.

—Tu padre te mintió —dijo Aisa, y le echó un vistazo al suyo, que seguía inconsciente pero respiraba acompasadamente—. Yo he vivido siempre allí.

La niña seguía mostrándose un poco rebelde, pero no dijo nada más. —Ahora tenéis que seguirnos, y no os separéis. Si os despistáis, podríais perderos aquí, a oscuras.

Los primeros días, esa posibilidad también había inquietado a Aisa, pero Daniel siempre marcaba muy bien las paredes, con una tiza especial que no se disolvía aunque le cayera agua encima. Mientras no se quedaran sin luz, no podía pasarles nada.

Christopher se agachó para examinar al padre de Aisa. Se fijó en las ataduras y dijo:

—Tendré que enseñarte a hacer un nudo, niña. Si se hubiera despertado, habría deshecho estos en unos segundos.

«Si se hubiera despertado —pensó ella—, lo habría matado.» Pero Aisa no lo dijo. No quería asustar a los niños, pero, sobre todo, no quería que los cadén supieran que Borwen era su padre. Coryn le había contado que los cadén, al igual que la Guardia Real, dejaban que los nuevos miembros borrarán su pasado. Sin embargo, no sabía muy bien cuál era su situación respecto a

ellos, y, además, ¿incluía ese margen un pasado tan feo como el suyo?

Christopher le puso unas esposas a Borwen, y luego lo levantó del suelo. Este abrió los ojos, empañados y enrojecidos, y paseó un momento la mirada por la cámara, hasta que vio a Aisa y se quedó mirándola fijamente.

—¿Quieres hacer los honores? —le preguntó Daniel a la niña. Aisa lo miró y se quedó inmóvil, porque comprendió que él ya lo sabía. Todos lo sabían. Por culpa de aquella maldita audiencia en la que había revelado su vergüenza al mundo entero. Merritt la miraba sin poder disimular la lástima que sentía por ella, y James le había puesto una mano en el hombro.

—Adelante —murmuró—. Te hará bien. Aisa inspiró hondo. Las caras de los niños la tranquilizaron: le recordaron lo importante que era lo que se estaban jugando allí, y Aisa sintió que su vergüenza se reducía. Ni siquiera tuvo que esforzarse para buscar las palabras; las había oído tantas veces aquella última semana que las tenía allí mismo, a mano.

—En nombre de Su Majestad, la reina Kelsea Glynn, quedáis detenidos por proxenetismo, tráfico de personas y agresión sexual. Quedaréis retenidos en la cárcel de Nueva Londres hasta que llegue el momento de presentaros ante el juez. Si no intentáis huir, no recibiréis más malos tratos.

—Venga —dijo Daniel con brusquedad—. Vamos a subirlos. Tú vigila a los críos, niña. Encárgate de que no se pierdan.

Se marcharon por donde habían venido; James y Christopher iban delante, y Aisa, Merritt y Daniel, detrás. A Aisa le dolía el brazo, y vio que el largo corte, que el día anterior se le había cerrado solo, estaba empezando a hincharse y a ponerse rojo. A medida que disminuía su adrenalina, cada vez le costaba más ignorar el dolor de aquella herida, pero Aisa lo aguantó lo mejor que pudo, con un crío cogido de cada mano.

Cuando llevaban más de una hora caminando cuesta arriba, llegaron a una gran intersección donde coincidían seis túneles. Aisa reconoció aquel sitio; solo faltaba una media hora para que llegaran a la superficie. Se filtraba una luz azulada, tamizada a través de varias capas de rejillas, y Aisa se dio cuenta de que allí arriba, en lo más alto, ya debía de estar amaneciendo. La idea de ver el sol parecía casi una utopía; cuando uno llevaba suficiente tiempo allí abajo, olvidaba que hubiera otra cosa que no fuera el resplandor anaranjado de las antorchas.

Los niños estaban cansados; un niño pequeño que no tendría más de cinco años había empezado a rezagarse cada pocos pasos, y Aisa tenía que tirarle un poco de la mano para obligarlo a andar. Nadie del grupo hablaba, solo se oían sus débiles pasos por el suelo de piedra, y fue ese

silencio lo que permitió a Aisa oír una voz de hombre, grave y apremiante, que oyó detrás de sí, a su derecha.

—Te lo ruego, Dios mío. Aisa se paró en seco. Aquellos túneles tenían una acústica muy extraña; a veces Aisa oía voces muy lejanas con suficiente claridad para entender lo que decían, mientras que otras ni siquiera oía las órdenes que daba Daniel a solo tres metros de ella. La voz que acababa de oír había sonado muy clara y en absoluto distorsionada. Quien había pronunciado aquellas palabras debía de estar muy cerca.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó Merritt, y se volvió para esperarla. —Déjame tu antorcha. —¡Alto! —les gritó él a los hermanos Miller, y a continuación le dio su antorcha a Aisa.

Ella la sujetó con fuerza y dio unos pasos por el túnel, examinando las paredes. Ahora la intersección estaba como mínimo a treinta metros detrás de ellos, y Aisa dudaba de que el origen de aquella voz pudiera estar tan lejos. ¿Una cueva oculta, quizá? Ya habían encontrado una, disimulada con gran astucia debajo de una rejilla de drenaje. Los cadén habían tenido que matar a los seis hombres y mujeres encargados de aquel grupo, pero Aisa no creía que fueran una pérdida; una de las mujeres, al verse acorralada, le había puesto una daga en el cuello a una niña pequeña, casi un bebé. Pero Daniel lanzaba el puñal con la misma destreza con que lo blandía, y la mujer había caído con el puñal clavado en la yugular, sin que la niña recibiera ni un solo arañazo. Aisa pasó la mano por la superficie irregular del túnel, caminando hacia atrás, y de pronto contuvo la respiración: había encontrado un hueco de poco más de veinte centímetros de ancho en la pared de piedra.

—¡Luz! —gritó—. ¡Más luz! Los cadén hicieron retroceder a los niños y a los prisioneros y fueron a examinar la brecha. Por ella solo podría pasar un hombre muy delgado, pero en cambio sí cabía un niño. Aisa creyó oír (quizá no con los oídos, pero sí con la mente) unos latidos acelerados al otro lado de la pared.

—Ahí dentro hay alguien —le dijo a Merritt. —¿Crees que puedes entrar? Aisa le dio la antorcha. A ella también se le aceleró el corazón, porque aquello, sin duda, era peligroso; pero se alegró de que nadie objetara a que entrara allí, ella sola, aunque ellos no pudieran seguirla.

Con el puñal en la mano, se agachó y pasó por la abertura. Era muy estrecha, pero consiguió pasar al otro lado. Sabía que podía encontrar resistencia en cualquier momento: unas manos de adulto que intentaran agarrarla. Sin embargo no pasó nada, y de pronto se hallaba al otro lado de la pared; metió un brazo por la abertura para que Merritt pudiera alcanzarle la antorcha.

—¡No bajas la guardia, niña! —le dijo Daniel desde fuera. Aisa levantó la antorcha y miró alrededor. Se encontraba en una cámara estrecha que, de hecho, parecía otro túnel. Allí dentro olía aún peor: el hedor era tan intenso que se le pusieron los ojos llorosos. Las paredes estaban recubiertas de moho. Había basura en el suelo, y en un rincón Aisa vio algo que parecía un montón de excrementos humanos. Dio un respingo y gritó cuando una rata enorme pasó por encima de uno de sus pies, y quiso huir de allí, salir corriendo de aquella cámara, de aquellos túneles y recorrer todo el camino de regreso a la Ciudadela. Le dolía el brazo, le dolía la mente, y solo tenía doce años.

«Dolor.» No era ni siquiera una voz, solo un débil eco en el fondo de su mente; sin embargo, obligó a Aisa a enderezarse, porque era la voz de Maza.

«El dolor solo incapacita a los débiles.» «Un asesino de niños», replicó su mente, pero aquel pensamiento no tenía ningún poder allí. Lo que ocurría en la Guardería era peor que el asesinato. Mucho peor.

—Solo a los débiles —se dijo Aisa en voz baja—. Solo a los débiles. Levantó un poco más la antorcha y avanzó, buscando el extremo de aquella cámara larga y estrecha, y, cuando la luz alumbró la pared del fondo, se detuvo y blandió instintivamente el puñal.

Había dos hombres sentados en el suelo, apoyados en la pared; sus ropas estaban tan impregnadas de barro y suciedad que Aisa no pudo deducir nada de ellas. Uno tenía los ojos cerrados; parecía dormido, pero Aisa intuyó que estaba muerto. El otro los tenía abiertos y miraba sin ver. Llevaba la cara muy sucia y estaba muy flaco y demacrado. Las muñecas que asomaban por las mangas parecían palos. El hombre se quedó mirando la luz y se le dilataron las pupilas. Entonces Aisa ahogó un grito al reconocer al sacerdote de la Ciudadela, el padre Tyler.

—¿Va todo bien, niña? —preguntó uno de los cadén desde el otro lado. —Sí. —¡Pues date prisa! Estos niños necesitan comer, y nosotros necesitamos dormir.

El sacerdote abrió la boca para hablar, y Aisa se llevó un dedo a los labios. Su mente trabajaba a toda velocidad. El padre Tyler, que la había ayudado a buscar libros para leer en la biblioteca de la reina. Maza quería que el padre Tyler volviera a la Ciudadela, pero no había podido encontrarlo. El Arvath había ofrecido una recompensa por la cabeza del padre Tyler; la última vez que Aisa había oído hablar de ella, ascendía ya a diez mil libras. Y Maza también había ofrecido una recompensa, pero las dos cantidades cambiaban continuamente. Aisa estaba convencida de que Maza igualaría la oferta del Arvath, pero quizá los cadén no estuvieran tan seguros. Si Aisa revelaba

a los cadén que detrás de aquella pared había diez mil libras, ¿la ayudarían a devolver al padre Tyler a la Ciudadela, solo porque ella lo dijera? Lo dudaba mucho.

Sin hacer ruido, Aisa buscó en los bolsillos de su capa gris. Se había guardado media hogaza de pan de hacía solo dos días, y un poco de fruta seca, y lo dejó todo a los pies del padre Tyler. El sacerdote cogió el pan y empezó a devorarlo. Entonces Aisa cogió su cantimplora y se la dio también. Luego volvió a llevarse un dedo a los labios y retrocedió hasta la abertura de la pared. —¡Fallo mío! —gritó—. Solo hay ratas. Un nido enorme. —¡Muy bien, pues sal! —gritó James, molesto—. Estamos cansados. Aisa levantó una mano, mostrando la palma, para indicarle al padre Tyler que debía quedarse donde estaba, y entonces salió al túnel principal. —Lo siento —masculló—. Me había parecido oír una voz. —No pasa nada. Hay que registrar todos los rincones. Sigamos —dijo Daniel. Allí dentro, Aisa se había olvidado por un momento de su padre, pero ahora, de nuevo en el túnel, oyó la voz de su padre.

—Aisa, niña. Ella levantó la cabeza, y se odió a sí misma, porque se dio cuenta de que, para ella, la voz de su padre era la voz de Dios, una voz imposible de ignorar.

—¿Qué pasa? —No irás a dejar que me hagan esto, ¿verdad? —¡Cállate! —le espetó Christopher y zarandó a Borwen como si fuera una muñeca de trapo.

—Estoy hablando con mi hija. Aisa lo miró con asco. Borwen tenía el pelo alborotado, y la barba empapada de sangre, pero por lo demás parecía el mismo de siempre. Con esposas o sin ellas, de pronto Aisa sintió miedo, porque recordaba aquello perfectamente: la voz de su padre, aduladora y lisonjera.

—Aisa, supongo que no te gustaría verme en la cárcel, ¿verdad? Aisa le dio un tortazo. —Donde me gustaría verte es en la tumba. Pero tendré que contentarme con la cárcel. No volverás a ver a ningún miembro de mi familia. Espero que mueras a oscuras. —Se volvió hacia Christopher—. Hazme un favor y vuelve a amordazarlo.

—Haznos un favor a todos —dijo Merritt con desprecio. Los niños contemplaban la escena con los ojos como platos; el más pequeño volvió a cogerle la mano a Aisa y la miró fijamente, mientras Christopher le tapaba la boca a Borwen con un trapo. Sin embargo, la mordaza no alivió mucho a Aisa; mientras lamentaba ser hija de aquel hombre, procuraba no volver la cabeza hacia el hueco de la pared. Tendría que volver a bajar allí, despistar de alguna manera a los cadén y regresar con un poco más de comida... y tendría que hacerlo sola. Esa idea le daba escalofríos, pero no veía alternativa; tenía que devolver al sacerdote a la Ciudadela. Les debía lealtad a aquellos cadén que le

habían ofrecido un trabajo, pero su lealtad a Maza y a la reina estaba por delante, y la reina y Maza querían recuperar al padre Tyler.

«¿Qué quiero ser? —se preguntó—. ¿Una cadén o una guardia real?» No lo sabía, pero las dos opciones eran peligrosas. Le dolía mucho el brazo, y cuando llegaron arriba vio que tenía el borde de la herida de un rojo intenso y que había empezado a supurar.

«Está infectada», le dijo la vocecilla, y se le hizo un nudo en el estómago. En la casita de Lower Bend tenían una vecina, la señora Lime, que se había cortado con un cuchillo sucio. En Lower Bend nadie podía comprar antibióticos, y la señora Lime había acabado desapareciendo, y su casa quedó vacía hasta que unos ocupas se instalaron en ella. Aisa recordaba muy bien aquella palabra, que resonaba como un toque de difuntos en su cabeza: infección.

Las tierras de Tear

Apuntaré en mi diario que un hombre puede sonreír y sonreír, y ser un villano.

Hamlet, WILLIAM SHAKESPEARE (período pre-Travesía)

Cuando la vencía su egoísmo, Katie solo deseaba que terminara la cosecha. Odiaba la granja, el olor a estiércol, el trabajo agotador de recoger hortalizas, cuando lo único que se cosechaba eran alimentos que luego se consumían. Odiaba el trabajo manual. A veces deseaba que ardieran los campos de cultivo.

Y no era la única. Continuamente oía quejas; la gente protestaba mucho más que antes, y la mayoría de las quejas iban dirigidas a los que vivían en la cima de la colina: los demasiado viejos o enfermos para trabajar, o los padres con niños demasiado pequeños para quedarse solos. A ellos se los dispensaba de participar en la cosecha, pero ese año las exenciones estaban provocando más resentimiento que nunca.

A lo mejor Row tiene razón, pensó una tarde, con la espalda dolorida y las manos llenas de ampollas después de una jornada cargando con su cesto de maíz. A lo mejor nadie es lo suficientemente desinteresado para vivir aquí.

Ese año, Row y Katie no trabajaban juntos en la cosecha; Row se había quedado con Gavin en el campo de calabazas, a media hectárea de distancia. Katie se preguntaba si su madre habría intervenido para que así fuera; últimamente, Katie tenía la impresión de que su madre hacía todo lo posible para alejarla de Row, para separarlos.

—Sigue intentándolo —dijo Katie por lo bajo, rodeada de plantas de maíz. Su amistad con Row ya no era como antes; él nunca había admitido lo que había hecho aquella noche, y ambos fingían que Row había perdido a Katie en la oscuridad. Pero los dos sabían que no era así, y esa certeza había afectado irrevocablemente a su amistad. Ya no parecían estar unidos en un círculo mágico e inviolable, apartado del mundo. Seguían siendo amigos, pero ahora Katie no era más especial para Row que Gavin o Lear o cualquier otro. A veces eso le dolía, pero no mucho. El recuerdo de aquella noche en el bosque era demasiado intenso. —¿Has dicho algo? —le preguntó Jonathan, asomándose por detrás de la planta.

—No, nada. Jonathan volvió a perderse de vista. Katie no sabía por qué los habían enviado a trabajar juntos, pero habría podido ser peor. Él se esforzaba mucho, y no desaparecía (como solía hacer Row tan a menudo) cuando llegaba la hora de arrastrar los cestos llenos hasta el almacén. Los primeros días de la cosecha, Katie había estado atenta por si Jonathan volvía a caer en trance, pero, como no había pasado nada, se había relajado. Habían transcurrido dos años desde aquel día en el claro, y Katie había mantenido su palabra y no le había hablado a nadie de aquello, ni siquiera a Row. Pero no estaba segura de que Jonathan lo recordara. Se lo veía siempre muy serio, completamente concentrado en la tarea que estuviera realizando. A Katie le recordaba a su padre, William Tear.

Varias filas más allá, alguien hablaba solo. Katie aguzó el oído un momento y comprobó que lo que oía era una oración. Aquello también era una novedad. Durante su infancia, Katie nunca había oído a nadie rezar en público; no estaba penalizado hacerlo, pero William Tear no lo fomentaba, y la desaprobación de Tear siempre había sido suficiente para que se abandonara cierto comportamiento. En los últimos tiempos, Katie tenía la impresión de oír plegarias continuamente, y eso la ponía muy nerviosa. Su madre estaba en contra de la religión, y su opinión sobre el tema había influenciado a Katie. No quería saber nada de padres celestiales invisibles que sobrevolaran la ciudad e impusieran comportamientos irracionales. No quería oír oraciones por todas partes.

Jonathan también lo había oído; había dejado de coger espigas de maíz y tenía la cabeza ladeada.

—... y que Dios nos proteja de todos los demonios y los espíritus, de los ladrones de niños, y que Dios nos bendiga y nos proteja...

—¡Calla! —gritó Katie, más fuerte de la cuenta. Su voz se oyó por las otras hileras, y después ya no se oyó nada. Jonathan volvió a asomarse por detrás de la planta, con las cejas arqueadas.

—Lo siento —murmuró Katie—. Es que no lo soporto. —Tienen miedo —dijo Jonathan, y arrancó otra espiga de maíz. —Todo el mundo tiene miedo. Pero no todos somos tan necios para ir en busca de Jesús.

Jonathan sacudió la cabeza, y Katie se sonrojó. Bastaban cinco minutos de conversación con Jonathan para convencerse de que él era mucho mejor persona que ella: comprensivo, bondadoso y tolerante. Katie tenía diecisiete años, y Jonathan, dieciocho, pero a ella le parecía que él era muchísimo mayor.

—¿No crees que es peligroso? —le preguntó—. ¿Tanto interés por la religión por todas

partes?

—No lo sé —contestó Jonathan—. Pero me gustaría saber de dónde sale. Ni siquiera mi padre conoce su origen.

—¿Y Paul Annescott? Sus reuniones sobre la Biblia no paran de crecer. —Annescott es un necio. Pero mi padre dice que él no es el verdadero problema.

—Y tu padre ¿no puede parar esto? —Todavía no. No mientras sigan desapareciendo niños. El miedo es terreno abonado para la superstición.

Katie se desanimó, pero en el fondo sabía que Jonathan tenía razón. Ambos habían estudiado con el mismo libro de historia en la escuela. La religión siempre se aprovechaba de la agitación. El pánico todavía no se había apoderado de la ciudad, pero no podía tardar mucho. Dos semanas atrás, Yusuf Mansour, un niño de siete años, había desaparecido del parque mientras jugaba al escondite. La ciudad había peinado los bosques, hasta llegar al río, pero no habían encontrado ni rastro de él.

En lo primero que pensó Katie fue en aquel ser que había visto en el bosque, aquella cosa que la había perseguido hasta la ciudad. Nunca había hablado de aquella noche con nadie salvo con Row; de hecho, intentaba no pensar en ella. Durante unas semanas había tenido pesadillas, pero al final habían cesado. Hacía tiempo que no se producían más profanaciones de tumbas. Katie procuraba no estar nunca sola fuera de la ciudad después del anochecer. La mayoría de los días conseguía convencerse de que se lo había imaginado. Pero cuando Yusuf desapareció del parque, Katie comprendió que quizá hubiera llegado el momento de hablar con alguien de lo que había sucedido aquella noche, aunque la tomaran por loca. Ella no tenía derecho a esconderle aquella información a la comunidad solo para sentirse más tranquila. Quizá no fuera una miembro modélica de la ciudad, pero eso sí lo sabía.

Pero ¿a quién podía contárselo? ¿A su madre? Katie rechazaba esa opción por diversos motivos. Su madre se enfadaría mucho si se enteraba de que había salido con Row después del toque de queda, pero peor aún: su madre era una de las personas más duras que Katie conocía. Su madre no habría salido corriendo; ella le habría plantado cara a aquella cosa, y, si la cosa no se hubiera rendido, su madre la habría arrastrado hasta la ciudad, pataleando y chillando, para presentársela a William Tear... o habría muerto en el intento. Katie no quería que su madre supiera que había huido para evitar un peligro.

Después se había planteado contárselo al propio William Tear. Hablar con él a solas no era fácil, pero seguramente tampoco era imposible. Sin embargo, Katie también rechazó esa idea. Tear

la había elegido para formar parte de la guardia de la ciudad; la había elegido a ella entre otros mucho mejores y más listos que ella. ¡Y más altos! ¿Cómo iba a decirle que así era como ella le devolvía el favor, guardando silencio durante dos años? De todas formas, ya hacía más de dos semanas que Yusuf había desaparecido. Parecía imposible que pudiera seguir con vida.

«¿Qué habría hecho Tear? —le preguntó su voz interior—. ¿Qué habría hecho cualquiera contra aquella cosa que viste?»

Pero Katie ignoró aquellas preguntas. William Tear era William Tear. No había problema que él no pudiera solucionar.

—¿Qué pasa? Katie levantó la cabeza y vio a Jonathan mirándola fijamente, con aquella mirada suya con la que parecía que te desnudara. Katie volvió a pensar en su padre, William. Detrás de ellos, el penitente invisible había empezado otra vez, una sarta ininterrumpida de súplicas a Dios, y Katie se sintió capaz de romperle la crisma con la pala.

—¿Qué viste? —le preguntó Jonathan. Y Katie se lo contó, tal cual, se lo contó todo en voz baja porque no quería que la oyera el cristiano de la fila de al lado. Se lo contó todo a Jonathan, y también le contó lo de Row, aquel aspecto cruel y vengativo del joven que ella nunca había visto hasta entonces. Le dolió hablar de aquello (el recuerdo de esa noche todavía le provocaba escalofríos), pero después de soltarlo todo comprendió que había escogido a la persona adecuada. No conocía mucho a Jonathan, pero se sentía mejor, casi reconfortada, como si le hubiera pasado a él una carga y hubiera cargado con ella sin que nadie se lo pidiera siquiera.

—Row Finn tenía el zafiro de mi padre —dijo Jonathan, casi como si formulara una pregunta, cuando Katie hubo terminado su relato.

—Sí —confirmó ella, desconcertada. Después de todo lo que le había contado, ¿el zafiro era lo que más le importaba? Katie comprendió que había traicionado a Row, pero todo eso había pasado hacía años, y el zafiro de William Tear lo habían encastado en un collar y se lo habían devuelto a su dueño hacía mucho tiempo; ella se lo había visto colgado del cuello muchas veces.

No había pasado nada grave.

—Bueno, no estás loca —dijo Jonathan por fin—. En el bosque había algo. Tu madre, mi padre y tía Maddy llevaban meses buscándolo.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Hace casi dos años. Organizaban expediciones, a altas horas de la noche. Yo quería ir con ellos, pero mi padre siempre me decía que tenía que quedarme con mi madre.

—Y ¿encontraron algo? —No. Fuera lo que fuese, siempre merodeaba por el cementerio, y, cuando cesaron los robos de tumbas, también dejó de ir por allí.

—¿Robos de tumbas? Jonathan la miró con gesto bondadoso, pero también con un poco de impaciencia.

—Robos de tumbas. Claro. No te creíste aquel cuento de los lobos, ¿no? —¡No, claro que no! —saltó Katie—. Pero creía que... ¿A quién se le ocurriría robar una tumba? ¿Por qué razón?

—Por la plata. —Jonathan compuso una sonrisa amarga—. Ninguno de los cadáveres que encontramos conservaba ninguna joya.

—En la ciudad no hay nadie capaz de robar una tumba. —¿Estás segura? —Jonathan volvió a sonreír, pero esta vez fue una sonrisa casi triste.

—Bueno, no, pero... Jonathan le cogió la mano. Katie dio un respingo e intentó soltarse, pero él no la dejó. Parecía que volvieran a estar en aquel claro, dos años atrás, solo que esta vez era Katie, y no Jonathan, quien estaba en trance. La joven se miró la mano, pequeña, encerrada en la gran mano de Jonathan, pero no era eso lo que veía; su visión iba mucho más allá, hasta una parcela de tierra oscura y azotada por el viento, salpicada de lápidas. Un relámpago iluminó brevemente el cementerio, y Katie vio a un hombre cavando en una de las tumbas. Pero tenía la cabeza agachada y no llegó a verle la cara. Entonces Katie dio un fuerte tirón y se soltó de la mano de Jonathan. La conexión entre los dos se interrumpió con un chispazo que la hizo gritar. Notó un hormigueo en la mano, como si se le hubiera dormido.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó. —Esta ciudad está en peligro. —Ya lo sé. Pero de pronto Katie se preguntó si estarían hablando de lo mismo. Ella pensaba en la desaparición de Yusuf, pero entonces se acordó de todas las quejas que había oído aquella semana, de toda la exaltación dirigida hacia quienes estaban exentos de participar en la cosecha, de las mismas ideas de las que llevaba tantos años oyendo hablar a Row: no tenía sentido tratarlos a todos como iguales cuando, sencillamente, no lo eran. Había personas más valiosas que otras. Esa forma de pensar se consideraba un anatema en la ciudad, por supuesto, y Row tenía mucho cuidado de no decir esas cosas si William Tear estaba cerca. Pero las ideas de Row cada vez ganaban más terreno. A veces Katie tenía la impresión de que había dos ciudades: la comunidad que ella siempre había conocido, donde todos tenían el mismo valor, y otra que surgía paralelamente, o dentro de ella, y se desarrollaba a la sombra de la ciudad. El estallido de fervor religioso, un fenómeno que Katie jamás había visto antes, parecía haberse alojado en esa segunda ciudad como un crecimiento parasitario.

—No estoy de acuerdo con todo lo que dice mi padre —comentó Jonathan mientras arrancaba otra espiga de maíz—. Pero creo en su visión. Creo que podríamos alcanzar un equilibrio en el que todos tengamos las mismas oportunidades de llevar una vida decente.

—Yo también lo creo. Katie hizo una pausa, sorprendida de sí misma. Pensó en todas las veces en que Row y ella habían hablado de una ciudad diferente; aquellos años no estaban tan lejos, y sin embargo parecían muy distantes, como si Katie hubiera mudado de piel y la hubiera dejado atrás.

—Pero nunca llegaremos allí si no nos comprometemos —dijo Jonathan—. Habrá que abandonar las doctrinas de la excepcionalidad.

Katie se sonrojó, creyendo que le había leído el pensamiento, pero al cabo de un momento comprendió que la de Row no era la única doctrina que circulaba por la Ciudad. En el movimiento religioso clandestino había muchos que pensaban que eran mejores por el hecho de ser creyentes. Incluso Gavin había empezado a formular aquellas tonterías, aunque él también ponía mucho cuidado en que no le oyera William Tear. Por lo visto, a los que se habían salvado (y esa era una palabra, salvado, en la que Katie nunca había confiado) se les había concedido el derecho a olvidar que ellos también habían sido pecadores, como si el bautismo pudiera borrar el pasado. ¿Por qué William Tear nunca había puesto fin a aquello? Lo censuraba, sí, pero no lo prohibía. Cada vez que Katie creía que estaba empezando a comprender a Tear, aunque solo fuera un poco, acababa dándose cuenta de que no lo entendía.

Sonó, a lo lejos, la campana que señalaba el fin de la jornada. —Vamos —dijo Jonathan. Cada uno cogió un cesto de maíz. A Katie le dolía la espalda, pero no se quejó. El primer día de la cosecha se había dado un tirón en un músculo, y Jonathan se había ofrecido a llevarle el cesto, y eso no podía volver a pasar.

Arrastraron sus cestos hacia el almacén, donde Bryan Bell esperaba para hacer el recuento. La de Bryan solo era una más de las cerca de veinte filas que se habían formado a medida que los peones iban llegando de los otros campos; dos filas más allá, Katie vio a Gavin y a Row, los dos igual de sucios y desaliñados que ella, cada uno con un cesto lleno de calabazas.

Katie nunca había entrado en aquel enorme almacén que tenía una altura de más de dos plantas, pero sabía por su madre que dentro había un largo abrevadero y que todas las mañanas lo llenaban de agua fresca. Después, Bryan y los otros interventores contarían todos los productos, los lavarían para que no quedaran insectos ni tierra y los repartirían. Una parte la recibirían los

habitantes de la ciudad, una buena ración para cada uno, pero la mayoría de los cereales, como el maíz, se almacenaría o se utilizaría como semillas. El almacén lo ocupaban casi por completo unos cajones de almacenamiento contruidos en la carpintería de Dawn Morrow, tan bien hechos que eran prácticamente herméticos.

—¿Quieres venir a cenar a mi casa? Katie parpadeó. Al principio creyó que Jonathan no hablaba con ella. —Despierta, Katie Rice. ¿Quieres venir a mi casa? —¿A qué? —A cenar. —¿Por qué? Jonathan sonrió, aunque la sonrisa se convirtió en una mueca cuando se cargó el cesto para avanzar unos pasos.

—Menudos modales. Katie no se dejó distraer; entornó los ojos y se cargó también el cesto para avanzar.

—¿Por qué me invitas a cenar? —Para que comas. —¿Tu padre está enfadado conmigo? —No lo sé. ¿Debería estarlo? —Ay, vete al cuerno. —Dejó el cesto en el suelo—. Tú tampoco te portas tan bien. Sé que te has saltado clases. Lo sabe toda la escuela.

—Sí, ya sé que lo sabes. Pero no sabes por qué. —¿Ah, no? ¿Por qué? —Ven a cenar y te enterarás. Katie arrugó el entrecejo; seguía intuyendo que aquella invitación era un poco rara. No había oído que Jonathan hubiera invitado a nadie a su casa, ni siquiera a jugar cuando eran más pequeños. Volvió a acordarse de aquel día en el claro, de los ojos de Jonathan con la mirada perdida, totalmente ausente.

«Lo intentamos, Katie. Hicimos todo lo que pudimos.» —¡Traedlos hasta aquí! —gritó Bryan Bell. Katie dio un respingo. Cogió su cesto y se apresuró a avanzar con la cola. —¿Qué me dices? —le preguntó Jonathan. —¿A qué hora? —A las siete.

—De acuerdo. Katie se secó el sudor de la frente; se sentía sucia. Debía darse un baño antes de ir a cenar a casa de William Tear.

—Nos vemos luego —dijo Jonathan. Dejó su cesto en el mostrador, esperó a que Bell lo revisara y se marchó. Katie se quedó mirándolo, pensando en aquel día en el claro y preguntándose: «¿Qué fue lo que intentamos?». Y luego: «¿Y por qué fracasamos?».

Pese a que su casa estaba muy cerca de la de los Tear, Katie no había estado allí ni una docena de veces en toda su vida. A muy pocos los invitaban a ir a casa de Tear, salvo a su madre y a tía Maddy, y a veces a Evan Alcott; cuando había que discutir algún tema, Tear solía ir a verlos a sus casas. Katie creía que lo hacía para parecer normal, y para evitar que lo vieran como a un rey que celebraba audiencias con sus súbditos. Si así era, no lo conseguía. Cuando la gente recibía una

invitación más formal para ir a casa de los Tear, se arreglaba más que para ir a una fiesta. Katie se había bañado y se había cepillado la larga melena pelirroja.

Esto último era toda una hazaña; no se había cepillado el pelo desde la última vez que se había bañado, y lo tenía muy enredado y enmarañado después de dos días sudando en el campo. Tras pensarlo un rato, Katie se lo recogió, pues no quería que Tear (o, peor aún, Jonathan) pensara que pretendía estar guapa.

Suponía que su madre la sometería a un interrogatorio cuando le dijera que iba a cenar a casa de los vecinos, pero su madre se limitó a encogerse de hombros y siguió trabajando la masa del pan. Katie se dio cuenta de que no había razón para preocuparse tanto: al fin y al cabo, ya tenía diecisiete años, y ni siquiera su madre podía pedirle cuentas de todos sus movimientos. Cuando cumpliera dieciocho años empezaría a construirse su propia casa en la ciudad, y a los diecinueve se marcharía de casa de su madre. Row, que iba a cumplir veinte al cabo de una semana, había decidido quedarse en casa de su madre más tiempo del que era habitual (Katie no sabía qué habría hecho la señora Finn si Row se hubiera independizado antes), pero ya había diseñado su casa y había obtenido casi toda la madera que necesitaba mediante trueques. Row estaba impaciente por irse a vivir solo, pero Katie tenía sentimientos encontrados. Por una parte no quería dejar sola a su madre, pero, por otra, le encantaba la idea de vivir sola, ser la única responsable de sí misma, y no tener que rendirle cuentas a nadie.

La casa de los Tear era prácticamente un duplicado de la de Katie: una sola planta, con un gran porche elevado para dar cabida al sótano. Katie subió los escalones del porche; la puerta se abrió y apareció Lily. Ella también había pasado el día trabajando en el campo, pero ahora tenía mala cara, y Katie se preguntó si habría pillado aquella fiebre que rondaba por la ciudad.

—Hola, Katie —la saludó Lily. Parecía contenta, como si Katie hubiera ido a llevarle un regalo.

—Hola, señora Freeman —dijo Katie educadamente. Para ella, Lily era la señora Tear, pero allí no podía equivocarse. —Pasa. Katie la siguió hasta el salón, una habitación pequeña con sillas de madera cómodas que seguramente había fabricado el propio William Tear. La pared que quedaba al este estaba dominada por una gran chimenea de ladrillo, aunque se hallaban a principios de octubre y todavía no encendían el fuego. Encima de la repisa de la chimenea colgaban los dos retratos, y, como solía hacer en sus escasas visitas a la casa de Tear, Katie se detuvo para contemplarlos.

Uno era de William Tear. Lo había pintado John Vinson, quien estaba considerado el mejor pintor de la ciudad, pero no era un retrato especialmente bueno. Tear estaba de pie junto a una pequeña librería y miraba al pintor con los hombros echados hacia atrás. La postura y el escenario eran los adecuados, pero Tear parecía molesto por tener que posar para un retrato.

El otro era un retrato de Lily. Lo había pintado William Tear, y si bien el no dominaba la técnica tanto como el señor Vinson, Katie creía que había sabido captar mucho mejor a Lily. Estaba de pie en un campo, en un día soleado, vestida para cazar, y tan embarazada que parecía que fuera a explotar. Miraba hacia atrás por encima del hombro, y parecía a punto de echarse a reír.

Su madre decía que Tear no había pintado el retrato del natural, sino de memoria. Fuera como fuese, era muy real, y a Katie siempre le había transmitido sensación de libertad. La Lily del retrato parecía feliz, extraordinariamente feliz, pero Tear no había olvidado las sutiles arrugas alrededor de los ojos y la boca, unas arrugas que revelaban un dolor ya superado, las duras condiciones de vida de antes de la Travesía. Katie no tenía ni idea de lo que había implicado aquella vida, pero no cabía duda de que a Lily le había pasado factura.

—Hace dieciocho años —comentó Lily, que también contemplaba el retrato junto a Katie—. Estaba embarazada de Jonathan, y acabábamos de superar la hambruna. Creíamos que teníamos un gran futuro por delante.

—¿Qué pasó? Lily se volvió y la miró, y Katie lamentó haber dicho aquello. ¿Era ella la única que percibía que algo no iba bien en la ciudad?

«No. Jonathan también lo sabe.» Al cabo de un momento, Lily se relajó y volvió a mirar el retrato. —Se nos olvidó. Se nos olvidó todo lo que deberíamos haber aprendido. Katie miró hacia abajo y vio que Lily se frotaba la cicatriz que tenía en la palma de la mano.

—¿Qué...? —Vamos a cenar —dijo Lily de repente, y la instó a seguirla.

A Katie le sorprendió la comida. Ella se había imaginado que los Tear debían de comer mejor que ninguna otra familia de la ciudad, (aunque no sabía por qué había hecho esa suposición; quizá por algo que le había comentado Row una vez), pero la cena resultó ser tan sencilla como las de su casa: pollo asado, brócoli, una hogaza de pan de cinco semillas. Bebieron agua, y no cerveza ni zumo. Tear y Lily estaban sentados cada uno a un extremo de la mesa, y Jonathan estaba entre ambos; Katie se sentó al otro lado, enfrente de Jonathan. Cuando retiró la cuarta silla, se fijó en que el asiento estaba recubierto de polvo.

Katie siempre había pensado que los Tear debían de hablar de temas muy serios y profundos a

la hora de la cena, pero en eso también la sorprendieron. Lily no paraba de cotillear, aunque sin maldad. Melody Donovan estaba embarazada. Andrew Ellis había terminado su casa, pero no era muy buen carpintero; por las paredes de la cocina se colaba tanta corriente de aire que iban a tener que desmontarlas y volver a construirlas antes de que llegara el invierno. Dennis Lynskey y Rosie Norris habían decidido casarse después de la cosecha.

Tras cada uno de esos anuncios, William Tear asentía, aunque casi nunca hacía comentarios; sin embargo, sí sacudió la cabeza cuando oyó lo de la casa de Andrew Ellis, y Katie se acordó de algo que había oído el año anterior: que Ellis había rechazado cualquier ayuda de los mejores constructores de la ciudad. Estaba decidido a hacerlo todo él solo, y Katie había respetado su actitud, pero ahora se preguntaba si el señor Ellis no sería simplemente necio. Aunque le intrigaba más saber qué hacía sentada a aquella mesa. ¿Por qué la había invitado Jonathan a cenar?

Jonathan le preguntó a su padre si ya habían encontrado alguna pista de Yusuf Mansour, y Tear negó con la cabeza cansinamente. La sombra que Katie había visto sobre el hombro de Tear años atrás parecía más pronunciada que nunca, como si Tear estuviera empezando a apagarse. Volvió a preguntarse si Tear estaría enfermo, pero descartó rápidamente ese pensamiento. La ciudad sin William Tear era algo inconcebible. Era habitual que familias enteras contrajeran la fiebre; si Lily estaba enferma, era muy probable que Tear también lo hubiera estado.

—No sé dónde puede estar Yusuf, pero se ha escondido muy bien —dijo Tear. —¿Crees que está muerto? —preguntó Lily. —No —contestó Tear. Fue a decir algo más, pero apretó la mandíbula y se calló.

Los últimos rayos de sol entraban, sesgados, por la ventana de la cocina y hacían brillar la cadena de plata que Tear llevaba colgada del cuello, y Katie se acordó de un detalle de otra noche de un tiempo atrás: Tear había dicho que muchas veces sus visiones no eran más que sombras. ¿Eran iguales las visiones de Jonathan? Los miró a ambos y vio algunas diferencias (el color de ojos, las mejillas sonrosadas que Jonathan había heredado de Lily, la tez clara de su padre), pero muchas más coincidencias. Ambos eran altos y desgarbados, pero, sobre todo, Jonathan, como su padre, era observador: se quedaba callado, mirando, hasta que tomaba una decisión, que sin duda alguna sería correcta.

Era una pena que nadie más viera aquel aspecto de Jonathan. Ya casi nunca iba a la escuela, pero seguía sin inspirar confianza. Si la gente hablara con él, lo respetarían más. Quizá no tanto como a su padre, pero al menos sí como él se merecía. Aquella impresión de que alguien tenía un

valor oculto le resultaba familiar, y al cabo de un momento Katie la identificó: era la misma sensación que siempre había tenido con Row.

La conversación derivó hacia la expedición que se estaba preparando para ir a las montañas la semana siguiente. De momento había habido dos expediciones para explorar las extensas tierras que rodeaban la ciudad, y la segunda había escalado unas montañas, pero montañas pequeñas como las que se veían hacia el oeste. Según Jen Devlin, que había dirigido las anteriores expediciones, la cordillera montañosa del norte era enorme, con cumbres tan altas que parecían imposibles de remontar. Pero Jen se moría de ganas de escalarlas.

—Parece peligroso —comentó Lily. —Es peligroso —confirmó Tear, y su rostro se ensombreció brevemente—. Pero ya conoces a Jen. Jamás renuncia a un desafío. Supongo que no es el peor defecto del mundo. La ciudad necesita a personas así, personas que no se arredren ante lo desconocido.

Katie arrugó el ceño y trató de decidir si ella era de esas personas. Contrariada, tuvo que admitir que no lo era. A ella le gustaba que las cosas fueran seguras, firmes.

—He tomado una decisión —anunció Jonathan. Katie alzó la vista, sorprendida. Jonathan tenía la inquietante costumbre de leerle el pensamiento, pero ahora no la miraba. Estaba hablando con su padre.

—¿Ah, sí? Jonathan señaló a Katie, que dio un respingo, como si le hubieran dado un pellizco. Ahora los tres la miraban fijamente, y eso ya era demasiado. —¿Qué decisión? —preguntó mirando el plato que tenía delante. —Katie, ¿nunca te has preguntado para qué te estaba entrenando? —le preguntó Tear.

Katie asintió sin decir nada. Nunca había conseguido una respuesta satisfactoria a esa pregunta, pero, a lo largo de los años, esa duda había ido perdiendo importancia. Estaban aprendiendo a combatir, porque alguien tenía que saber combatir, y ese conocimiento, poco a poco, se había convertido en su propia recompensa. Pero Tear esperaba una respuesta, así que Katie dijo:

—Creía que íbamos a formar una especie de cuerpo policial. —Ojalá eso pudiese solucionar nuestros problemas —repuso Tear. —¿Por qué no pueden solucionarlos? —Los cuerpos policiales están pensados para proteger a mucha gente, no a una sola persona.

Katie trató de asimilar esas palabras, pero no llegó a ninguna conclusión. No creía que los Tear estuvieran planteándole acertijos; era su forma de hablar, sencillamente. Se planteó fingir que los entendía, pero entonces se encogió de hombros y preguntó:

—¿A qué persona? —A Jonathan. Katie levantó la cabeza y abrió mucho los ojos. Miró hacia su derecha y vio que Jonathan la observaba entre indiferente y divertido.

—Protegerlo ¿de qué? —preguntó. —Eso es lo malo. Que nadie lo sabe. —Jonathan miró con sorna a su padre, que le devolvió la sonrisa—. La magia es maravillosa, pero nunca funciona cuando más la necesitas.

Katie frunció el ceño, un poco desilusionada. ¿Qué gracia tenía la magia si no funcionaba cuando tú se lo ordenabas?

—Hay una amenaza acechando a Jonathan ahí fuera —contestó Tear—, pero yo no puedo verla, ni él tampoco. Jonathan necesita protección. Necesita una guardia.

Katie se recostó en la silla. Se preguntó si Tear se estaría burlando de ella, pero no vio en su cara indicio alguno de que estuviera bromeando, y bajo la sonrisa de Jonathan intuía una gran preocupación. Este era muy aficionado al humor negro, pero Katie había observado que, incluso en sus breves conversaciones, utilizaba ese tipo de humor de forma defensiva.

—¿Todos nosotros? —preguntó. —A todos los que tú elijas. —¿Yo? —Una guardia necesita un jefe, Katie. —Yo creía que usted era nuestro líder. Tear miró a Lily, que se encogió de hombros y se sirvió más agua. Tear volvió a mirar a Katie, y ella vio tristeza y pesimismo en su mirada, la mirada de un hombre condenado, con todo en contra.

—Me marchó. —¿Adónde? —Me voy de la ciudad. Katie se quedó boquiabierta, convencida de que Tear le tomaba el pelo de nuevo. Pero Lily y Jonathan tenían la vista clavada en la mesa, y en sus miradas abatidas Katie creyó intuir discusiones ya zanjadas.

—Esta es una buena comunidad —continuó Tear—. Yo creo en ella. Pero el naufragio de la Nave Blanca supuso una pérdida terrible. Tenemos enfermeros y comadronas, y desempeñan una tarea heroica, pero necesitamos médicos. Necesitamos medicamentos.

—¿Por qué? —De entrada, nos estamos quedando sin diafragmas. Katie se ruborizó, y bajó la mirada para no tener que enfrentarse a la de Jonathan. Su madre la había llevado a ver a la señora Johnson, la comadrona, cuando cumplió catorce años, como hacían todas las niñas de la ciudad, y Katie había salido de allí con un diafragma e instrucciones para utilizarlo. Nunca se le había ocurrido pensar que pudiera no haber un suministro inagotable de aquellos artículos.

—Creía que los médicos encontrarían algún método de control de natalidad alternativo aquí, alguna planta de la flora autóctona, antes de que se nos acabaran. Pero ahora no tenemos ni médicos ni farmacéuticos. No tenemos a nadie que sepa practicar un aborto. Piénsalo un momento. —Y

¿dónde va a encontrar médicos? —Al otro lado del océano. Katie negaba con la cabeza, porque aquello era un error. Tear no debía marcharse de la ciudad ahora, precisamente, cuando circulaban tantos rumores y había tanto descontento.

—Y ¿no puede ir alguien más? ¿Por qué razón tiene que ir usted? Tear y Lily se miraron, casi con disimulo, y entonces Tear contestó: —No. Tengo que ir yo. —¿Por qué? Tear inspiró hondo y se volvió hacia Jonathan y Lily. —Dejadnos solos un momento. Los dos se levantaron de la mesa y se marcharon al salón, y Lily cerró la puerta.

—Para ti, la Travesía no fue más que unos barcos que cruzaron el océano — murmuró Tear—. Pero fue más complejo. Yo tengo que ir en ese barco.

Katie no lo entendía, pero creyó que al menos explicaba una cosa: por qué en aquel gran atlas ilustrado de la librería nunca había podido encontrar el nuevo mundo, la ciudad. Según lo que ella sabía, el nuevo mundo debería haber estado en medio del océano Atlántico, pero allí no había nada salvo unos archipiélagos diminutos. Los adultos nunca hablaban de aquello, y ahora Katie ya sabía que tenía razón: la Travesía era un secreto que se guardaba deliberadamente.

—Hace mucho tiempo —continuó Tear— cometí un gran error, un error de juicio. Entonces ni siquiera me di cuenta de su gravedad.

—¿Qué error? —Pusimos a todo el personal médico en el mismo barco —contestó Tear. La palidez en la que Katie se había fijado antes había empeorado, y a Tear se lo veía demacrado, casi esquelético bajo la luz de la vela—. Di por hecho que el peligro estaba antes de la Travesía, no después. Cuando estalló la tormenta, lo supe, pero ya era demasiado tarde. Todos vimos hundirse la Nave Blanca. No pude salvarlos.

Katie asintió. Todos sabían lo de la Nave Blanca. —Ahora la ciudad sufre por culpa de mi error. —¡No sufrimos! —protestó Katie. Desde su nacimiento, la señora Johnson siempre se había ocupado de ella, cuando había estado enferma y cuando se había hecho daño, y lo había hecho muy bien. A veces moría gente de enfermedades, pero solían ser personas mayores. La población de la ciudad se había doblado desde el Desembarco.

—Sí, sufrimos —insistió Tear, y Katie se preguntó si la habría oído. Así el mantel con una mano y lo retorció—. Fracasé, y ahora mi error me persigue y me tortura.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Katie. En circunstancias normales, no se habría atrevido a exigirle una respuesta a William Tear, pero en aquel momento él parecía un niño pequeño soñando despierto. Si hubiera sido cualquier otro, le habría dado una bofetada para sacarlo de su

ensimismamiento.

—Lily está embarazada. Katie lo miró, atónita. Siempre había considerado joven a la madre de Jonathan, pero como mínimo debía de tener cuarenta años, o quizá más. Era mayor para tener un hijo, pero podía tenerlo. Muchas mujeres de la ciudad habían tenido hijos a esa edad.

—Nyssa dice que está de tres meses —continuó Tear—. Ahora está bien de salud, pero será un parto difícil y peligroso. —Tragó saliva—. Podría no sobrevivir al parto. Pero tendrá más posibilidades si conseguimos un obstetra.

Katie entornó los ojos. La ciudad no necesitaba un médico, sino que Lily necesitaba un médico, y William Tear (el mismo William Tear que siempre les había instado a poner a la comunidad por delante de ellos mismos) iba a ir a buscar uno, y dejaría sola a la ciudad.

«Eres un egoísta —pensó mientras escudriñaba su semblante—. Pero ¿lo sabes? ¿Me mientes a mí, o te mientes a ti mismo?»

Tear no dijo nada, pero Katie pensó que eso que ella estaba pensando debía de haberle llegado por algún medio, porque bajó la vista.

—Ya sé lo que piensas —dijo él entonces—. Crees que solo pienso en mí. Katie quería decir que sí, pero no se atrevió a llegar tan lejos. —Tú no lo entiendes, Katie. La Nave Blanca lleva casi veinte años atormentándome. Tú eres joven, pero lo bastante lista, creo, para entender la necesidad de enmendar un error.

Katie no lo entendía, pero, curiosamente, en aquel momento su cólera se diluyó. Ver a un ídolo tambaleándose impresionaba, pero las lecciones de Tear seguían siendo válidas, y nadie tenía derecho a juzgar el dolor de otro. Eso Katie lo había aprendido mucho antes de pisar el aula de Tear por primera vez.

«No hace falta que sea perfecto —decidió de pronto—. La idea sí es perfecta, y la idea es más importante que el hombre.»

—No se vaya —le suplicó por última vez—. Ahora no. Ahora la ciudad está muy débil.

—Tengo que hacerlo. —Los creyentes... cada vez están peor. —Ya lo sé. —Pues ¿por qué no les para los pies? —le espetó. —Entonces sería un dictador, Katie. Puedo intentar disuadirlos, pero nada más. Katie hizo una pausa, furiosa. Lo primero que pensó fue que la ciudad necesitaba a un dictador, alguien que se impusiera y acabara con el mal comportamiento... pero aquella era la voz de Row, otra vez. Se tragó esas palabras y se quedó mirándose el regazo.

—¿Cuándo se marcha? —El mes que viene —contestó Tear—. En cuanto termine la cosecha.

—¿Usted solo? —No. Madeleine vendrá conmigo. Dejaré a tu madre al mando. —Pues déjeme ir a mí también. —No. Tú tienes que quedarte aquí. Debes quedarte y proteger a Jonathan. Katie frunció el ceño. No le gustaba pensar que Jonathan estuviera en peligro, pero la idea de muchas personas protegiendo a una sola, o a dos, parecía contravenir la esencia misma de la ciudad.

—Escogerás personalmente a tu gente —continuó Tear—. A quien quieras de nuestras clases. Calculo que cinco o seis como máximo; más serían difíciles de manejar.

—¿Cuándo empezamos? —Cuando yo me marche. —¿Y los que no entren en el equipo? ¿Cómo lo haremos para que no se entere nadie?

Tear fue a contestar, pero Jonathan le interrumpió; había vuelto y estaba en el umbral.

—Ya es tarde para eso. Tarde o temprano, todos lo sabrán. No es fácil ocultar una guardia armada.

—¿Por qué yo? —preguntó Katie mirándolos alternativamente a los dos—. Soy la más menuda. Lear es más inteligente. Virginia es más fuerte. Gavin es mejor con el puñal. ¿Por qué yo?

—Porque confío en ti, Katie —contestó Jonathan—. Llevo años observándote, y eres la única que no cambia de rumbo aunque cambie el viento.

Aquello era nuevo para Katie: ella creía que cambiaba de opinión continuamente, y a veces por los motivos más absurdos. Quería desengañar a Jonathan, pero Tear asentía dándole la razón a su hijo, y la idea de que ellos tuvieran una opinión de ella tan distinta de la suya propia le hizo guardar silencio. Más tarde pensaría que había sido como si ya lo sospechara, que siempre había habido algo más que nueve jovencuelos jugando con puñales en un claro del bosque. Aquellos tres últimos años solo habían sido una preparación para la siguiente fase.

Jonathan fue hacia ella y extendió una mano por encima de la mesa, pero durante un instante Katie no pudo hacer otra cosa que mirarlo fijamente, mirar a aquel extraño desconocido, su excéntrico compañero de clase, su impredecible amigo, que no se llevaba bien con nadie ni mostraba interés por relacionarse. A veces percibía en él la grandeza de William Tear, camuflada, cuidadosamente oculta porque ser un Tear era peligroso, porque en los días venideros todos los Tear tendrían una diana en la espalda...

«¿Cómo sabes tú eso?» La mano de Jonathan se cerró sobre la suya, y Katie pestañeó, porque de pronto una visión ocupaba toda su mente: Jonathan y ella, a solas, en un lugar oscuro. Soltó la mano y, por fortuna, la visión se desvaneció. Sin embargo, conservaba una extraña sensación en la mano, la sensación de haber sido marcada.

«¿Qué me ha pasado?» Su mente le ofreció de inmediato una respuesta, de forma espontánea, como si saliera de un pozo que Katie no pudiera controlar. Ahora estaba unida a Jonathan, y de pronto comprendió que había aceptado mucho más que unas prácticas, o incluso que una carrera. Una vocecilla cobarde protestó en su cabeza, argumentando que aquello era demasiado, que ella solo tenía diecisiete años, pero Katie, furiosa, combatió esa voz. Siempre había sabido que aquello era importante, incluso cuando tenía catorce años y estaba sentada en un banco con Tear, en el jardín. Había prometido proteger la ciudad, pero William Tear y la ciudad siempre habían estado entretreídos inextricablemente. Ahora Tear se marchaba, y lo único que le quedaría a la ciudad sería Jonathan, un desconocido.

«Soy una guardia», pensó Katie. A Jonathan podía no gustarle ese nombre (y no sería el único), pero la realidad es que era una guardia encargada de proteger a un príncipe. Pensó en las incesantes murmuraciones que oía últimamente por todas partes: descontento, avaricia, críticas. La superstición iba ganando cada vez más terreno en la ciudad, extendiéndose como la niebla. La atmósfera de confianza y buena voluntad que siempre había reinado cuando Katie era niña parecía haberse esfumado poco a poco del lugar, hasta desaparecer casi por completo.

—Has elegido bien —le dijo Tear a Jonathan—. Si te cubre las espaldas la mitad de bien de lo que tu madre me ha cubierto las mías, puedes estar tranquilo.

Miró a Katie, y le sonrió, pero ella no pudo devolverle la sonrisa, porque de pronto tuvo una terrible premonición, una certeza de la que no podía desprenderse y que le atenazaba el corazón.

—¿Estás bien, Katie? La muchacha asintió y forzó una sonrisa, pero no, no estaba bien. Lo sabía, y Jonathan también; la tristeza se reflejaba en sus oscuros ojos cuando la miró desde el otro lado de la mesa. William Tear no regresaría.

—Katie. Levantó la vista del libro. Había ido a leer al bosque, a un sitio tranquilo que Row y ella habían descubierto de niños: un claro pequeño y relativamente llano, bordeado de robles, en la ladera de poniente. Pero hacía una eternidad que no veía a Row allí.

—¿Qué lees? —le preguntó él. Katie levantó el libro y le enseñó la tapa. Estaba llegando a la parte más interesante, pero no le importó interrumpir la lectura un momento. Las obras de King siempre la asustaban, incluso en una mañana soleada. Row se sentó a su lado, y Katie vio brillar algo en su cuello.

—¿Qué es eso? Row levantó el colgante, y Katie vio que era un crucifijo de plata colgado de una cadenilla. Katie estaba nerviosa; hacía mucho que no hablaba con Row.

Aunque él ya había terminado los estudios, se veían a menudo. Sin embargo, aquellos tiempos en que ambos pasaban todo el fin de semana juntos, lejos del resto de la ciudad, habían quedado ya muy lejos.

—¿Para qué es? Row encogió los hombros. —Me he salvado. —¿Me tomas el pelo? —No. Soy un creyente auténtico. Katie lo miró, sorprendida, pero se relajó al ver el brillo travieso de sus ojos. —Salvarte no debe de haber sido fácil, Row. —Bueno, sí. Tuve que confesar mis pecados. —¿A quién? —Al hermano Paul. —¿Al hermano Paul? —Soy miembro de su congregación. Katie se quedó mirándolo, esperando una señal de que aquello era una broma, pero no vio ninguna, y su alivio se diluyó. El hermano Paul era, sin duda, Paul Annescott, quien se las daba de especialista en la Biblia. Celebraba reuniones de lectura en su casa todas las semanas, pero se suponía que eran reuniones académicas, no religiosas. Katie se preguntó qué pensaría William Tear si se enteraba de que existía una congregación cristiana activa en la ciudad... Pero no, Tear había dicho que no intervendría.

—Tú eres tan poco cristiano como yo, Row. ¿A qué viene esto? —Me he salvado —repitió él. —¿Significa eso que vas a dejar de acostarte con media ciudad? —He abandonado mis hábitos impuros —replicó Row, y compuso una sonrisa que Katie no supo descifrar.

Tenía la impresión de que Row deseaba que participase en un chiste que ella no entendía. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaban a solas? Al menos seis meses.

—¿Qué quieres, Row?

—Me marchó la semana que viene. Katie abrió la boca. Lo primero que pensó fue que Row se iba con Tear, pero no, Tear jamás se lo habría llevado con él. Al cabo de un momento comprendió a qué se refería.

—¿Te vas con la expedición a la montaña? —Sí. Katie asintió, pero aquel puntito de desasosiego se intensificó. La expedición de Jen Devlin tenía que haber partido aquella semana, pero habían aplazado la fecha ahora que Tear iba a marcharse también. Tear había anunciado sus planes de cruzar el océano en la asamblea de la semana anterior, y, como era de esperar, la ciudad había protestado enérgicamente. Todos preveían un desastre, pero ni las súplicas de una ciudad entera consiguieron influir en Tear para que se quedara.

—Tú no eres explorador, Row. ¿Por qué quieres irte con la expedición de Jen? —Quiero salir de aquí. Eso sí tenía sentido. Cuanto más cerca estaba Row de independizarse, más entrometida se volvía su madre. Cuando Row estaba trabajando, la señora Finn se presentaba en el taller con la

excusa de que su hijo se había olvidado algo: la comida, o la chaqueta. Cuando Row salía con sus amigos, a veces su madre lo seguía a unos treinta metros de distancia, achicando mucho los ojos, como si estuviera celosa. La madre de Katie decía que la señora Finn estaba trastornada, y era lógico que Row quisiera librarse de aquella vigilancia férrea; hasta la expedición a las montañas parecía una buena opción, ya que la señora Finn no estaba físicamente preparada para seguirlo hasta allí. Todo era perfectamente verosímil, pero Katie, que conocía muy bien a Row, intuía una gran falsedad en su respuesta, y sospechaba que existía otro motivo que su amigo le ocultaba. Quería descubrirlo, quería agarrar a Row por la camisa y exigirle que le dijera la verdad, pero quizá no se la revelara ni siquiera así. Y de repente Katie comprendió cuánto se había desgastado su amistad en los últimos años. No tenía ni idea de en qué estaba pensando Row, ni qué estaba planeando hacer. Aquella afinidad que los había unido cuando eran más pequeños había desaparecido, y ahora Katie solo podía imaginar qué había bajo aquella cara de ángel. Durante un breve pero espeluznante momento, se preguntó si realmente había conocido a Row alguna vez, o si el chico a quien creía conocer era solo un producto de su imaginación. Ya nada parecía seguro.

—Te echaré de menos, Katie. Katie levantó la cabeza y vio que Row la observaba, y que en sus labios danzaba una sonrisa.

—Yo también te echaré de menos, Row —repuso ella, aunque no sabía si era verdad.

Cuando se marchara Tear, ella sería la guardia de Jonathan, y, aunque nunca había protegido a nadie, era consciente de los problemas de seguridad que planteaba la incertidumbre. De pronto se vio en el bosque, contemplando un monstruo bajo la luz de la luna. La incertidumbre era peligrosa, y Row era claramente un imponderable.

«En realidad, ¿qué valor tiene una amistad de la infancia? —se preguntó, con la vista clavada en el suelo—. ¿Cuánta lealtad le debo?»

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —Jen calcula que dos meses, tres si encontramos mal tiempo. Vieron nieve en la cima de esas montañas, y eso fue en primavera.

—Bueno —dijo Katie, turbada. Sintió que se cerraba una puerta que la separaba de su pasado, de todas las veces que habían burlado la vigilancia de sus respectivas madres y se habían escapado, de todas las cabañas que habían construido en los jardines de sus respectivas casas, de las veces que Row la había ayudado con los deberes de matemáticas, de aquel día en el patio de la escuela en que Row le había acariciado la dolorida cabeza haciéndole olvidar que habían sido cruel con ella. Oyó cerrarse esa puerta en lo más profundo de su mente, y cuando parpadeó se dio cuenta de que tenía

los ojos anegados en lágrimas. Row abrió los brazos y Katie se lanzó a ellos, procurando no llorar. Row no lloraba; ella tampoco lloraría.

—Cuídate, Row —le dijo. —Tú también, Rapunzel —replicó él, sonriendo. Cogió uno de sus largos rizos y le dio un tirón, y entonces se dio la vuelta y se fue hacia el bosque, hacia el este, hacia la ciudad.

«Nunca me pidió perdón —pensó Katie de pronto—. En todos estos años, nunca me ha pedido perdón por dejarme allí sola y abandonarme para que aquella cosa...»

Ese pensamiento trató de cristalizar, de convertirse en rabia, pero Katie lo ahuyentó antes de que lo hubiera conseguido. Todavía quería a Row; siempre lo querría. Lo echaría de menos mientras estuviera en las montañas.

«Pero ¿por qué se va a las montañas? —le preguntaba su voz interna, martirizándola—. ¿Por qué se va a las montañas, Katie? ¿Por qué se va a...?»

—Cállate —dijo Katie en voz baja, y cogió su libro.

Pasaron tres semanas, pasaron cuatro, y William Tear seguía sin regresar.

Katie sabía que Tear estaba muerto. Ella no tenía el don de la clarividencia; la respuesta era mucho más sencilla: lo sabía porque lo sabía Jonathan. Él seguía mostrándose muy reservado, pero Katie ya había aprendido a interpretarlo mejor que nadie, a analizar sus palabras, a sacar conclusiones a partir de lo poco que él revelaba. Al cabo de cinco semanas, cuando llamaron a la puerta de Jonathan en plena noche, fue Katie quien abrió, porque ya lo sabía.

La mujer que estaba fuera, casi irreconocible, era tía Maddy. Estaba gravemente desnutrida, y se le marcaban todos los huesos de la cara, pálida y demacrada, pese a la tenue luz de las velas. Cuando Katie la cogió por el brazo, notó que a tía Maddy le ardía la piel. Katie registró todo eso mentalmente, pero su prioridad era hacer entrar a tía Maddy en la casa y cerrar la puerta. Supo que tía Maddy se estaba muriendo, porque no había nadie que pudiera superar aquel estado. Pero ya entonces, en ese primer momento, Katie se había concentrado en su objetivo prioritario: mantener un secreto.

Tía Maddy les contó la historia con voz ronca, con las esqueléticas manos entrelazadas delante del cuerpo. Los músculos de su cuerpo, antaño fuertes, se habían consumido, y sus antebrazos no eran más que dos ramitas.

—No lo conseguí —murmuró, y, aunque no miraba a nadie, Katie comprendió que se dirigía a Lily—. Acuérdate, la vez anterior casi acaba con él. No sé si fue porque ya era demasiado mayor,

o porque era más difícil hacerlo en el sentido contrario. Pero vi que no iba a conseguirlo, que moriría intentándolo. Traté de ayudarlo, le cogí la mano, pensé que podría sujetarse a mí. Y lo hizo, pero no funcionó. La puerta no se abría.

Katie no entendía lo que estaba diciendo, pero miró alrededor y vio que era la única que estaba en la inopia. Jonathan y Lily estaban cabizbajos, con cara de resignación.

—Al final vi que aquello lo estaba matando. Él también lo sabía, porque me apartó de un empujón. Antes de morir, me dio esto.

Se metió una mano en el bolsillo y sacó el zafiro de Tear colgado de su cadenilla de plata. La cadena se había enredado, y la plata estaba deslustrada, pero la joya brillaba más que nunca.

—Me dijo que te lo diera a ti —dijo tía Maddy con voz ronca, y se lo tendió a Jonathan—. Aquí lo tienes.

Jonathan cogió la joya, se la puso en la palma de la mano y la contempló largo rato. Katie casi siempre sabía en qué estaba pensando, pero en ese momento no tenía ni idea. Lily, que se había levantado y había salido de la habitación, volvió con un plato lleno de pan y queso. Pero Maddy solo le echó un rápido vistazo a la comida y luego los miró a ellos; tenía los ojos oscuros y apagados.

—Me estoy muriendo. Lo sé. Conseguí llegar hasta aquí porque tenía su ración de comida, pero eso que extrajo de mí ya no volverá. Estoy cada día más débil.

—¿Y su cadáver? —preguntó Lily. —Lo hemos perdido —contestó tía Maddy—. Tuve que tirarlo por la borda. Al oír eso, Lily se dio la vuelta y no dijo nada. Jonathan seguía mirando fijamente la joya que tenía en la mano. Katie sentía la necesidad de llorar la muerte de William Tear, pero no podía, pues el propio Tear ya había dirigido su pensamiento hacia un asunto más importante: ¿cómo afectaría aquello a Jonathan? ¿Qué haría la ciudad cuando descubriera que Tear había muerto? Quizá los otros no hubieran ido tan lejos todavía, pero Katie ya había entendido las consecuencias y había empezado a pensar en cómo ocultarlo.

—No podemos contárselo a nadie —anunció tía Maddy, y Katie lo agradeció. —¿Qué dices? —preguntó Lily—. No podemos mantener esto en secreto. —Claro que podemos —la contradujo tía Maddy, y su voz ronca descartaba toda discusión—. Es lo último que necesita la ciudad precisamente ahora.

Katie asintió. William Tear siempre había sabido defender los peores impulsos de la ciudad. Sin él, no habría forma de pararle los pies a Paul Annescott ni a ninguna otra de las innumerables

fuerzas que pugnaban por adquirir influencia. Tarde o temprano la gente llegaría a la conclusión de que Tear había muerto, pero la incertidumbre era preferible a la verdad.

—¿Cómo vamos a mantener en secreto una cosa así? —inquirió Lily—. ¿Qué va a decir la gente cuando vea que has vuelto sin él?

—No verán nada. Me queda poco tiempo. —Tía Maddy se levantó del sofá. Katie se fijó en cómo se le marcaban los huesos bajo la piel de los brazos—. Me marchó. Antes de que salga el sol.

—¡No puedes irte! —gritó Lily con la voz quebrada. —Lil. —Tía Maddy la agarró por un hombro, y se lo apretó hasta que Lily hizo una mueca de dolor—. Basta. —Pero ¿adónde vas a ir? —No importa. Esto es más importante que tú y que yo. Siempre lo ha sido, y tú lo sabías tan bien como yo. Él me dijo que siempre fuiste uno de los nuestros, ya entonces, en Boston.

Se dio la vuelta y echó a andar, cojeando, por el pasillo. —Tiene razón, mamá —intervino Jonathan mientras le daba vueltas al zafiro en las manos—. Papa está muerto, y esta ciudad se derrumba.

—¡Tenemos que detenerla! —insistió Lily.

Pero ni Katie ni Jonathan se movieron, y, cuando Lily hizo ademán de levantarse, Katie la agarró por un brazo y tiró de ella hacia abajo. Al cabo de unos segundos oyeron cerrarse la puerta de la calle, y Lily rompió a llorar. Katie también quería llorar, por William Tear, por tía Maddy, y más aún por todo lo que habían perdido, por la ciudad entera. Pero ante el estoicismo de Jonathan, no tuvo más remedio que contener las lágrimas y concentrarse en el futuro inmediato.

No había nadie que estuviera preparado para oír la noticia de que William Tear había muerto. Tear había dejado a la madre de Katie al mando, pero esa era una solución provisional; su madre no era la persona idónea para mantener unida a la ciudad a largo plazo. Tendría que hacerlo Jonathan, pero la ciudad tampoco estaba preparada para aceptar eso. Tía Maddy tenía razón. Debían ocultar la muerte de Tear a toda costa. Ahora Katie era guardia, y tenía que saber guardar un secreto, aunque una parte más rebelde de su ser lamentaba que aquella tarea no hubiera recaído en otro. Ella amaba la ciudad, y no se le daba bien mentir.

«Ya aprenderás», susurró la voz de Tear en su cabeza, y Katie se estremeció al darse cuenta de lo que significaba aquella voz: ahora trabajaba para un hombre muerto.

Huida

Hasta ahora no se ha encontrado ninguna prueba concluyente de los orígenes de la Reina Roja. Este historiador cree que nació en una aldea del norte de Mortmesne, pero solo es una suposición, pues ¿cómo podemos investigar a una mujer sobre la que se sabe tan poco, ni siquiera su verdadero nombre?

El Tearling como nación militar, Callow el Mártir

Cuando despertó, la reina se quedó quieta un momento. Estaba segura de haber oído algo, un débil susurro en la pared del fondo.

Una vez, durante un invierno especialmente frío, el Palais se había infestado de ratas. Lo habían remediado poniendo trampas con veneno, pero quizá hubieran vuelto los roedores.

«Sí, ya lo creo.» La reina compuso una sonrisa gélida. Cada día desertaban empleados suyos. Hacía una semana que no limpiaban su salón del trono, pues casi todo el personal de limpieza del Palais se había marchado. La mitad de su guardia personal había desaparecido. Ghislaine, el capitán de su guardia, era la única razón por la que la reina se atrevía a dormir; en ese momento, Ghislaine montaba guardia al otro lado de la puerta de su alcoba. Detrás de las ventanas, la reina oía el estruendo lejano de la batalla que se libraba en la ciudad. La anarquía se había apoderado de Demesne.

Volvió a oír aquel extraño susurro.

La reina renegó por lo bajo y cogió su vela. De todas formas, dormía muy poco por la noche; era mucho más fácil dormir de día, con luz. La alcoba estaba fría; se notaban muchas corrientes de aire, porque en el Palais había muchas ventanas rotas. Tres semanas atrás, el rey de Cadare había dejado de enviar su primera remesa por primera vez desde hacía veinte años. Solo de pensarlo, a la reina le hervía la sangre. Aquel desgraciado se había percatado de su debilidad, y la reina, que llevaba años sin tener que preocuparse por el Cadare, de pronto tenía un problema en la frontera sur. El cristal, que antes era más barato que la comida en las calles de Demesne, estaba a punto de convertirse en un artículo de lujo, y la reina, que en su día había tenido el dormitorio mejor aislado del reino, ahora temblaba bajo las mantas. El tesoro no tenía suficiente dinero para reparar las

ventanas. El Palais estaba abierto al embate de los primeros fríos del invierno, así como a cualquier alimaña que quisiera colarse dentro.

La reina encontró las cerillas, se incorporó y encendió la vela. Su alcoba estaba como siempre, con los mismos muebles y las paredes con colgaduras rojas. El verano anterior han tenido que sustituir casi todos los muebles después del incendio que había provocado la cosa oscura, pero los decoradores habían hecho un trabajo admirable, y la nueva alcoba era casi idéntica a la antigua. ¿Qué había sido de aquellos decoradores? Seguramente habían huido, para unirse a Levieux y a su banda de traidores. Había estallado una guerra civil en Demesne, y había días en que la reina creía poder convencerse de que estaba ganando. Pero la mayoría de las veces sabía que no era así.

«Es esto. La caída es esto», pensó la reina mientras se ponía una bata. De niña, había leído muchos libros de historia; su niñera, Wright, la había obligado a leer páginas y páginas sobre la caída de dictadores de todo el mundo. Pero nadie había mencionado nunca lo soporífera que era aquella experiencia, casi narcótica; era como si te arrullaran hasta que te durmieras. La reina peleaba contra un enemigo invisible, un enemigo que no anunciaba sus victorias pero que entraba sigilosamente por la noche. Poco a poco, Levieux y sus rebeldes iban adueñándose de la ciudad, y la reina solo se enteraba de cada nueva incursión cuando el mal ya estaba hecho. La estaba venciendo la parálisis, porque era muy fácil, condenadamente fácil, quedarse sentada, atrincherada, aferrada a su corona, a su trono, hasta que llegara alguien y se los llevara.

En la mesilla de noche estaban los dos zafiros de Tear; la luz de la vela les arrancaba débiles y misteriosos destellos. La reina se quedó mirándolos largo rato, y al mismo tiempo oía la voz de la niña en su cabeza: «Habéis perdido».

Sí, había perdido. No sabía qué había hecho la niña, pero lo había hecho bien. Los zafiros solo eran una herramienta rota, como Ducarte. Cuando la Reina Roja había ido a acostarse, Ducarte estaba al final del pasillo, encerrado con unos cuantos generales de la reina. A cualquiera le habría parecido una reunión de estrategia, pero la reina sabía qué hacían en realidad: esconderse. Ahora todos sus generales estaban perseguidos, pues todo el mundo sabía que la reina los había indemnizado echando mano del Tesoro. Si los soldados capturaban a algún mando, su destino no sería mucho mejor que el de la reina.

Más susurros en la pared del fondo. La reina suspiró, se guardó los zafiros en el bolsillo y caminó de puntillas hasta el rincón de la alcoba. Si encontraba una rata, la mataría. No tenía donde esconderse, salvo debajo de la cama o el sofá. De niña, mataba ratas para distraerse cuando se

quedaba sola.

«¡Evie!» Se apretó las sienes tratando de ahuyentar aquella voz. Pero últimamente daba la impresión de que no controlaba su propia mente. La voz de su madre estaba siempre allí, intimidando, criticando, regañando. La niña había despertado a la Reina Hermosa, que ya no podía volver a conciliar el sueño. Notó el suelo helado bajo los pies y miró alrededor buscando sus zapatillas, que encontró debajo de la mesa. Estaba cruzando la habitación cuando volvió a oír aquel susurro, justo por encima de su cabeza.

«¡Evie!» La reina miró hacia arriba y sintió que se le helaba la sangre en las venas. En el techo había una niña. Tenía los brazos y las piernas delgados y blancos, sin sangre. Sus sucios dedos parecían adheridos a la madera, lo que le permitía agarrarse al techo como un insecto. Estaba de espaldas a la reina, con el pelo, negro, colgando. Iba vestida con harapos.

La reina inspiró hondo, lo bastante hondo para que sus músculos se relajaran. Retrocedió hacia la pared, y la niña la siguió, correteando por el techo como una araña. El susurro que había oído era el ruido que hacían las rodillas de la niña al rozar la madera. Llegó a la unión del techo y la pared y empezó a descender. La reina volvió a pensar en una araña, pero no en las arañas tejedoras del sur de Mortmesne sino en las arañas cazadoras de las estribaciones del Fairwitch, que perseguían a sus presas por la hierba y las rocas. Al principio se desplazaban lentamente, pero una vez que estaban cerca se abalanzaban sobre sus víctimas a una velocidad asombrosa.

Sin quitarle la vista de encima a la niña, la reina retrocedió hacia su mesa. En el primer cajón guardaba un puñal, aunque no estaba segura de que un puñal pudiera serle de alguna utilidad en aquella situación. Aquel ser pertenecía a la cosa oscura; la reina percibía la similitud en la textura extraña y cambiante de la forma de la niña. Aquella cría no era del todo sólida, parecía hasta cierto punto irreal, y la reina, que tenía infinidad de formas de torturar a una persona, no encontraba ningún sitio por donde colarse en el cuerpo de aquella niña. Si no podía tocarla con la mente, menos aún podría hacerlo con un arma, pero un puñal era mejor que nada, y buscó a tientas en el cajón, apartando hojas de papel, plumas y sellos, buscando la hoja afilada. Intentó recordar las conversaciones que habían mantenido con la cosa oscura tiempo atrás, cuando eran aliados... o, como mínimo, cuando la cosa todavía la consideraba útil. No había gran cosa. La cosa oscura le había enseñado mucho, pero acerca de su propia historia, de la extraña transformación que la había convertido en lo que era, había guardado silencio.

La niña llegó al suelo y se puso en pie. La reina se estremeció, porque reconoció los harapos

que llevaba la niña: eran los restos de uno de aquellos uniformes azules baratos con que en otros tiempos se vestían los esclavos vendidos en subasta. Pero hacía más de cuarenta años que en Mortmesne no se utilizaban aquellos uniformes, desde mucho antes de que Broussard ocupara el cargo de Subastador. Esa niña tendría que haber formado parte de uno de los primeros cargamentos enviados al norte, al Fairwitch, en una época en que la reina de Mortmesne, mucho más joven, todavía creía que podría aplacar a la cosa oscura, sobornarla enviándole huérfanos recogidos por las calles de la ciudad. La niña tenía los ojos negros y vacíos, y, cuando habló, su voz sonó ronca, como si hiciera mucho que no la utilizaba.

—No quiero ir —dijo—. No me obligue a subir al carro. La reina se apartó a toda prisa, rodeando el sofá. Volvió a sondear a la niña, con cuidado, tanteando con la mente, y comprobó que tenía razón: el cuerpo de la niña era similar al de la cosa oscura, zumbaba como una colmena, y no era del todo sólido. La reina miró la vela y se preguntó si la niña ardería... pero no. Nada que perteneciera a la cosa oscura podía ser vulnerable a las llamas.

—Quiero ir con mi mamá —dijo la niña con voz quejumbrosa—. ¿Adónde vamos?

—No eres un fantasma —dijo la reina—. Eres un peón. Él te ha ordenado que me digas esto.

La niña saltó por encima del borde del sofá, y la reina volvió a pensar que se movía como una araña. La estatura de la niña era engañosa: se movía con mucha más agilidad de la que la reina esperaba, y tenía mucho mejores reflejos. La reina retrocedió precipitadamente y estuvo a punto de tropezar con el bajo del camisón, y la niña corrió hacia ella, y su inexpresivo rostro adoptó un gesto ansioso y hambriento. De pronto la reina se acordó de una larga noche en el Fairwitch; la nieve formaba ventisqueros y el viento aullaba por las heladas extensiones de la ladera. La cosa oscura la había envuelto en fuego para calentarla, y la reina estaba perpleja porque, pese a hallarse rodeada de fuego, no sentía ningún dolor. Había alargado una mano para tocar las llamas, y la cosa oscura se la había apartado.

«No te dejes engañar por este alivio pasajero —le dijo—. Al final, todos ardemos.»

—Arder —susurró la reina, pensativa. Su relación con el Huérfano había sido una historia de fuego contenido, pero ahora tenía las llamas encima.

Se dio media vuelta y corrió hacia la puerta, y oyó las pisadas de la niña, que corría detrás de ella. Abrió la puerta y salió, pero de pronto sintió que le asían fuertemente una mano, y chilló cuando la niña le hincó los dientes en la muñeca. En el sofá que había junto a la puerta vio a Ghislaine, muerto, blanco como el papel. Los cojines que tenía debajo estaban empapados de

sangre.

«Todos ardemos.» —Aún no —dijo la reina con rabia. Dio un tirón con el brazo, golpeando la cabeza de la niña contra la puerta, y notó que los dientes le soltaban la muñeca. Entonces echó a correr por el pasillo hacia la sala de audiencias; oía el correteo de la niña detrás de ella. El pasillo que tenía ante ella estaba vacío y parecía interminable.

«¿Qué puedo hacer?», se preguntó. Reconoció la voz del pánico incipiente, pero podía controlarla.

«¿Dónde están todos?» Por una puerta abierta que había a la izquierda vio a varios generales amontonados contra la pared del fondo, con las extremidades retorcidas, como si los hubieran tirado allí. Había un charco de sangre que se extendía por el suelo de la cámara.

«No he oído nada», pensó la reina, casi admirada, y entonces la niña le agarró un extremo del albornoz y tiró de él, y de pronto la reina dio una sacudida y cayó al suelo, y al caer se golpeó la cabeza. La niña le saltó encima, riendo; era la risa de un crío que juega a un juego divertidísimo. La reina cogió a la niña por el cuello e intentó apartarla, pero esta tenía la fuerza de un hombre y se soltó fácilmente. Entonces la reina reunió las pocas fuerzas que le quedaban, dio un fuerte empujón a la niña, que se estampó contra la pared opuesta del pasillo, pero al cabo de un momento la niña volvía a estar en pie y sonreía mostrando unos dientes muy blancos que destacaban en su cara mugrienta. Ni siquiera parecía aturdida.

«No voy a poder con ella», comprendió la reina. Sentía que estaba debilitándose. La herida de la muñeca le sangraba abundantemente; la apretó contra la cintura del albornoz para detener la hemorragia, y entonces notó algo duro en el bolsillo: los zafiros de Tear.

—Qué divertido es cazarte —dijo la niña ceceando; ya no tenía los ojos apagados y sin vida, sino chispeantes, rebosantes de un júbilo misterioso que rayaba la locura—. Mucho más divertido que a los otros.

La reina echó a correr por el pasillo, y la niña la siguió, riendo. La reina llegó a una puerta de comunicación, se metió por ella y la cerró; siguió corriendo, casi sin aliento. Oyó, detrás de ella, el ruido de la madera al astillarse, pero ya estaba llegando a la puerta de su Salón del Trono, y esa puerta era de acero mort y tenía un buen cerrojo también de acero. No aguantaría eternamente, pero le daría un poco de margen, tiempo para pensar qué podía hacer. Entró por la puerta, jadeando y cojeando, la cerró de un portazo y echó el cerrojo.

De pronto oyó detrás de ella unos jadeos ahogados. La reina se volvió y vio a un hombre y a

una mujer desnudos en su trono, entrelazados, que no la habían visto entrar.

—En mi trono —murmuró la reina, y su voz resonó, espeluznante, por toda la habitación.

La mujer levantó la cabeza y la reina vio que era Juliette, que tenía la frente cubierta de sudor.

—M-Majestad —balbuceó. —¡En mi trono! —bramó la reina, olvidando sus heridas y su debilidad; se olvidó incluso de la niña.

Empujó con la mente y lanzó a Juliette contra la pared opuesta de la sala. La joven se rompió la columna y cayó al suelo, donde, ya muerta, se retorció unos instantes. La reina se volvió hacia el hombre, que, acurrucado en el trono, abrazándose las piernas, trataba de ocultar su erección, que se reducía rápidamente. El espectáculo era tan penoso que la reina se echó a reír. Creyó reconocer a uno de los guardias del Palais, pero no estaba segura, y, de todas formas, aquel hombre parecía tan insignificante que la reina ni siquiera pudo recobrar su cólera. Normalmente, en el salón del trono había una dotación de guardias completa, incluso en plena noche. Pero en ese momento no la había. La reina ignoró al hombre, que bajó lentamente del trono, se acurrucó detrás de él y se quedó mirándola, aterrorizado. La reina miró el cadáver maltrecho de Juliette y lo lamentó brevemente; contar con la ayuda de Julie habría sido mejor que nada.

Un fuerte golpe sacudió la puerta de acero del salón del trono. La reina miró alrededor, desahogada, buscando algún arma, pero enseguida comprendió que era inútil: no había espada capaz de acabar con la niña. Ni siquiera su magia sería suficiente. Se metió la mano en el bolsillo y sacó los zafiros de Tear; quizá reaccionaran ahora que se hallaba en peligro... Pero no: nada. Los poderes de las joyas estaban más lejos que nunca de su alcance. Solo una persona sabía utilizarlos.

Otro golpe en la puerta. Esta vez, el impacto hizo una abolladura en la superficie de acero. La reina se dio la vuelta y salió por la gran puerta de doble hoja que daba al ancho pasillo que conducía a la Puerta Principal. Por allí no podría salir; desde hacía días, una turba rodeaba el Palais, una turba que seguramente la destrozaría si tenía ocasión. Pero había otras rutas para salir del castillo; la reina, que creía en la prudencia, se había preparado muy bien para aquella eventualidad, a pesar de estar convencida de que nunca llegaría ese momento.

«Huyes», le susurró su mente mientras corría, descalza, por las losas de piedra del pasillo. «Estás huyendo.» Ese pensamiento la hizo gruñir; pero no podía negarlo. Estaba huyendo, abandonando su sede de poder, el Palais que había construido ladrillo a ladrillo. Su construcción había llevado más de quince años, y la reina le había concedido al arquitecto, un hombre llamado Klunder, una pensión vitalicia por su trabajo. El Palais era la sede del gobierno, pero era mucho más

que eso: era el lugar que le había permitido olvidar su juventud, borrar de su memoria su infancia en el Tearling y escribir de nuevo su propia historia. No podía creer lo rápido que había llegado la caída.

Más adelante, después de la siguiente esquina, oyó gritar a un hombre, y, después, ruido de pelea, apagado por las gruesas paredes de piedra. Redujo el paso y miró hacia atrás. Solo había un pasillo largo y vacío, con algunos tramos oscuros en los que se habían consumido las antorchas. Pero ahora, lejos aunque no demasiado, oyó una pequeña risa aguda y alegre.

Ninguno de los dos caminos era seguro. La reina arrancó a correr de nuevo, jadeando; pero al doblar la esquina se paró en seco.

A unos seis metros de ella estaba Ducarte; caminaba haciendo eses, dándose contra las paredes. Dos críos, un niño y una niña, se colgaban de él y se le enroscaban como serpientes, y recorrían todo su cuerpo con las manos. Ducarte chilló cuando la niña le mordió en la nuca. La reina se quedó paralizada un momento, tratando de entender qué era aquello que estaba viendo (¿bebían sangre aquellos niños, o intentaban comer?), pero volvió a oír aquella risa y se dio la vuelta. Detrás no había nada, pero la risa se había oído muy cerca.

Ducarte cayó de rodillas, y el niño soltó un débil gruñido, el gruñido de satisfacción de un animal que ha abatido a su presa. La reina no iba a poder burlar a aquellos niños eternamente; eran demasiado fuertes, y, aunque los escasos informes que había recibido aquel último mes del norte de Mortmesne eran cada vez más extraños, resultaban muy claros respecto a una cosa: había muchísimas criaturas como aquellas, demasiadas para repelerlas. La reina necesitaba ayuda, pero su único aliado se estaba muriendo allí mismo.

«Perdisteis.» La reina abrió mucho los ojos. Creía que se había quedado sin opciones, pero no. Quedaba una. De pronto sus piernas recuperaron la energía. Abandonó a Ducarte a su suerte, torció hacia la derecha y bajó corriendo por una escalera que conducía a la mazmorra.

El hombre de la celda de al lado sabía más de ciencia que nadie a quien Kelsea hubiera conocido jamás, incluida Carlin. Se llamaba Simon, y era esclavo desde los dieciséis años. A su llegada a Mortmesne, lo habían vendido a distintos amos para hacer trabajos pesados, hasta que el quinto se dio cuenta de que Simon tenía grandes aptitudes para la construcción y la reparación. La siguiente vez se lo vendieron a un científico, un hombre que diseñaba armas para el ejército mort. El científico, de quien Simon hablaba con verdadero afecto, también había compartido los servicios de este con varios individuos de ideas afines, y todos ellos le habían enseñado algo: física

elemental, algo de química, hasta las propiedades de las plantas, un tema que Simon dominaba tanto como Barty. Muy pronto superó en conocimientos a su nuevo amo y había empezado a diseñar armas ofensivas más complejas. La Reina Roja no había tardado mucho en fijarse en él.

—¿Las pasarelas? —le preguntó Kelsea—. Esas plataformas que los mort utilizaron para atravesar el río. ¿Eran obra tuya?

—Un trabajo colectivo —contestó Simon—. El diseño era mío, pero necesitaba la ayuda de un físico para entender las relaciones de fuerza-peso. Mis artes son mecánicas, no teóricas.

—Pero has fabricado una imprenta —musitó Kelsea, todavía maravillada. —Es una imprenta sencilla, manual. Pero, bien manejada, puede imprimir veinte páginas por minuto. El rendimiento por hora disminuye, porque hay que tener en cuenta el tiempo que lleva cargar las planchas. Y cada página necesita varios minutos para secarse bien; algún día, alguien mejor que yo inventará una tinta que no se corra.

—Veinte páginas por minuto —repitió Kelsea en voz baja. De pronto, aquel hombre parecía más valioso que todas las piedras preciosas del Cadare.

Era de madrugada, pero Kelsea llevaba más de dos horas despierta. Emily, la paje, estaba sentada fuera de su celda, al parecer montando guardia. Era casi como tener a Maza allí, solo que Emily se había quedado dormida, con el puñal en la mano.

Kelsea seguía dándoles vueltas a aquellas preguntas: ¿qué eran aquellos zafiros? ¿Por qué ella podía utilizarlos, y la Reina Roja no? Tenía en su regazo aquel trozo de zafiro del mundo de Katie, pero estaba apagado, inerte. Intuía que estaba muy cerca de obtener algún tipo de respuesta, pero, cada vez que estiraba el brazo para alcanzarla, esta se alejaba un poco. La mazmorra estaba acabando con ella, con su capacidad de razonar y con su pensamiento crítico. Unos cuantos meses más allí dentro, y hasta el pensamiento más rudimentario sería como caminar por el lodo. Lanzó una patada contra los barrotes: los odiaba, odiaba a la Reina Roja, el Palais, aquel maldito país, y a todos aquellos que conspiraban para mantenerla alejada de su casa.

—Si hacéis eso, os romperéis un pie —comentó Simon con voz monótona. Kelsea renegó por lo bajo y se cogió el pie. Sentía que se avecinaba una tormenta, pero no sabía si eran en el presente, en el futuro o en el pasado. La ciudad de William Tear empezaba a derrumbarse. Miró de nuevo la piedra y reflexionó. Había mucho zafiro debajo del Tearling, pero ¿eran todos del mismo tipo? ¿Tenía eso importancia? Tear entendía a su zafiro, controlaba sus poderes, mucho mejor que Kelsea, y aun así no había podido salvar su ciudad, ni a su hijo. Unos años más, y el chico de los

ojos oscuros que solo quería lo mejor para todos estaría muerto.

¿Cómo había muerto Jonathan Tear? Kelsea no sabía por qué pero a veces sentía que todo giraba alrededor de esa pregunta. Row Finn era el principal sospechoso; aunque Katie no supiera verlo, Kelsea sí. Cadáveres robados, plata robada, la intensa fascinación de Row por la joya de Tear... Kelsea habría apostado su reino a que el segundo collar de Tear había salido de las diestras manos de orfebre de Row, pero eso no era todo. Este tramaba cosas a escondidas. Katie no quería pensar en esas cosas, pero Kelsea sí lo hacía.

¿Quién había matado a Jonathan Tear? Kelsea miró con el ceño fruncido el trozo de zafiro que tenía en el regazo. Le habría gustado acelerar los recuerdos de Katie, adelantar aquella película mental, pero nunca había podido hacerlo, ni con zafiros ni sin ellos. Solo podía observar y esperar. Se preguntó si podría hacer que Katie matara a Row Finn antes de que fuera demasiado tarde (porque Katie y Kelsea no siempre estaban separadas: a veces se fundían, de aquella forma plenamente orgánica que Kelsea recordaba de sus últimos y desesperados momentos con Lily), pero por alguna razón se mostraba reacia a aceptar esa solución. Parecía demasiado fácil. Row lideraba la oleada de descontento y temor que había surgido en la ciudad, pero ¿era realmente él la causa? Kelsea creía que no. De todas formas, una parte de ella quería matar a Row, solo por una cuestión de principios, pero identificaba demasiado bien aquella parte: la Reina de Picas, que no desaparecía de su mente, siempre buscando la forma de entrar otra vez. No había distinción entre pasado, presente y futuro; esa parte de Kelsea habría sido feliz si hubiera podido recorrer el nuevo mundo con una sonrisa macabra en los labios, administrando justicia con una guadaña.

—No —susurró Kelsea. —Os habéis quedado muy callada —observó Simon—. ¿Os habéis dormido? —No —contestó Kelsea, en voz más alta—. Simon, dime una cosa: si tuvieras la oportunidad de retroceder en la historia y corregir una grave desgracia, ¿lo harías?

—Ah, la eterna pregunta. —¿Lo es? —Sí, con una respuesta obvia. Los físicos se la plantean a partir del efecto mariposa.

—¿Qué es eso? Kelsea no sabía muy bien por qué insistía; matar a Row no era la solución para los problemas de la ciudad. Según la historia, el problema había sido el asesinato de Tear, pero no había garantías de que matar a Row fuera a evitar que asesinaran a Tear. Le habría gustado poder verlo, saberlo todo de golpe.

—Solo he leído un libro sobre este tema —dijo Simon—. El efecto mariposa explica la tendencia de las variaciones infinitesimales a amplificarse con el tiempo. No conviene jugar con la

historia, porque, seguramente, el cambio que creías que provocabas para mejorar una situación generará unas ondas imprevistas que podrían acabar empeorándola. Hay demasiadas variables para controlar el resultado.

Kelsea caviló un momento. Simon le había ofrecido un argumento científico, pero debajo subyacía una cuestión moral: si ella tenía derecho a hacer apuestas con el futuro. En los seis meses que llevaba en el trono, había tomado muchas decisiones, unas buenas, y otras, desastrosas. Dentro de ella batallaban dos Kelseas: la niña educada por Barty y Carlin para creer en la simple dicotomía entre lo correcto y lo incorrecto y la Reina de Picas, que lo veía todo en varias tonalidades de gris oscuro. A la Reina de Picas no le interesaban las cuestiones morales.

—No me has contestado, Simon. ¿Qué harías tú? —¿Os referís a si me arriesgaría a que pasase algo peor? —Sí. ¿Es una buena apuesta, o una mala? —Creo que el resultado sería completamente fortuito, circunstancial. No sería ni una buena ni una mala apuesta, sino una gran apuesta, una apuesta en la que os lo jugarías todo, buscando una recompensa enorme que podría no materializarse aunque tuvierais éxito. Yo soy un hombre prudente, no un jugador. No creo que me arriesgara.

Kelsea entendía su razonamiento. Aunque lograra matar a Row Finn, podía aparecer otro Row en su lugar. El poder era un arma de doble filo; no aseguraba que Kelsea fuera a hacer lo correcto, y las consecuencias podían ser desastrosas si obraba erróneamente... Cerró los ojos y volvió a ver a Arlen Thorne, su cara manchada de sangre.

—Qué extraño giro ha dado la conversación —dijo Simon—. Puedo preguntaros...

Un fuerte golpe resonó por la mazmorra. Emily despertó al instante y se puso en pie; Kelsea se dio cuenta de que ella, igual que Maza, se avergonzaba de haberse dormido. Blandió el puñal apuntando hacia el pasillo.

—¿Son ellos? —preguntó Kelsea. Si, como decía Emily, Maza planeaba un rescate, eso explicaría por qué Emily estaba allí en plena madrugada. —No. Falta más de un día. Por el pasillo resonó una descarga de golpes. Parecía que hubiera un crío golpeando dos cacharros de cocina, pero, en el entorno tan propicio a los ecos de la mazmorra, el ruido era casi ensordecedor, y Kelsea tuvo que taparse los oídos hasta que cesó.

—¿Es una turba? —preguntó Simon desde su celda. Kelsea miró a Emily arqueando las cejas, y la paje negó con la cabeza. Según ella, el Palais estaba rodeado por una muchedumbre escogida y dirigida por Levieux. Maza y el Traedor estaban trabajando juntos; aunque a Kelsea le costara

creerlo. Cuando cesó el estruendo, apareció una mujer en la escalera y echó a correr por el pasillo.

«Una loca», fue lo primero que pensó Kelsea. La mujer solo llevaba puesta una bata e iba muy despeinada. Sostenía una antorcha en alto, y parecía un milagro que no se hubiera prendido fuego al pelo. Respiraba a bocanadas y tenía los ojos salidos de las órbitas. El bajo de su bata estaba manchado de sangre.

—¡Identifícate! —gritó Emily. Pero al cabo de un momento, Emily salió despedida como una muñeca de trapo, chocó contra la pared y cayó al suelo. Cuando la otra mujer se detuvo, resbalando, delante de su celda, Kelsea se quedó perpleja. No era fácil relacionar a aquel ser trastornado con la reina de Mortmesne.

—No hay tiempo —dijo la Reina Roja jadeando—. Vienen pisándome los talones.

Se agachó junto al cuerpo inerte de Emily y empezó a hurgar en sus bolsillos. —Llave, llave, llave. ¿Dónde está? De la escalera llegó un ruido de metal retorcido que resonó por todo el pasillo, y la Reina Roja dejó escapar un gemido animal. Sacó las manos de los bolsillos de Emily, vencida, y se quedó un momento en cuclillas; entonces buscó la cadena que la mujer llevaba colgada del cuello. —¿Qué es eso? —preguntó Kelsea. La Reina Roja se levantó. Tenía la llave de plata en la mano izquierda. —Parece un crío —murmuró mientras abría la celda de Kelsea—. Pero no lo es.

Le tendió la mano derecha, y Kelsea vio que tenía sus zafiros en la palma. La joven estaba atónita. La Reina Roja mantenía una expresión serena, aunque en sus ojos se adivinaba el pánico.

—Ayúdame —susurró—. Por favor, ayúdame. Se oyó una risa en el pasillo, y la Reina Roja dio un respingo. Kelsea sacó la cabeza por la puerta de la celda y vio una figura, tan pequeña que solo podía ser un crío, al pie de la escalera. Pero el crío tenía la barbilla y la pechera manchadas de sangre.

—Eres muy buena jugando al escondite —ceceó la niña—. Pero ya te he encontrado.

—¿Qué es? —susurró Kelsea. —Es de los suyos. Por favor. La Reina Roja le cogió una mano a Kelsea y le puso los zafiros en la palma, y la joven se dio cuenta, atónita, de que no le había hablado en mort, sino en tear.

—Por favor. Son tuyos. Te los devuelvo. Kelsea miró las joyas que tenía en la mano. Llevaba meses soñando con tenerlas, soñando con poseer la capacidad de castigar y tomar represalias. Pero, ahora que las tenía en la mano, no sentía nada. Todo el poder que había extraído de los zafiros, toda su capacidad para canalizar su rabia y convertirla en poder, había desaparecido. Pero había pasado algo, porque ahora se daba cuenta de que podía distinguirlos. Las dos joyas parecían idénticas, pero

eran diferentes, muy diferentes, dos voces diferenciadas en su cabeza...

No tenía tiempo para analizar la diferencia. La niña se acercaba trotando a cuatro patas por el pasillo, enseñando los dientes como un lobo enfurecido.

La Reina Roja se escondió detrás de Kelsea y se agarró a sus hombros, aterrada. Kelsea se preguntó qué podía hacer, pues faltaban dos segundos para que la niña llegara a donde estaban ellas. ¿Cómo demonios iba a tener tiempo para tramar un plan, y mucho menos para llevarlo a la práctica?

Y entonces el tiempo se ralentizó. Kelsea lo vio con toda claridad. La niña, que venía por el pasillo a gran velocidad, de pronto redujo el paso; ahora avanzaba muy despacio, con la lentitud de las tortugas de pantano del Reddick.

«No hay ninguna prisa —pensó Kelsea, maravillada—. Tengo todo el tiempo del mundo.»

Miró los zafiros. Sí, eran diferentes, pero estaban conectados, ligados de alguna forma el uno al otro. Uno era el zafiro de William Tear; le hablaba claramente, no con palabras sino con un torrente de imágenes e ideas que hablaban de luz y de bondad. El zafiro de Tear, que a él le había permitido dominar el tiempo y llevarlos a todos sanos y salvos de un extremo a otro del Atlántico y el Océano de Dios. Carlin siempre decía que los colonos de Tear habían tenido una gran suerte al ir a parar al Nuevo Mundo; equivalía a dar en el centro de una diana de dardos completamente a oscuras. Pero eso no era verdad. William Tear sabía perfectamente adónde iba. La suerte no había tenido nada que ver, porque...

—Salió de aquí —musitó Kelsea, y sintió la certeza de esa idea. Una parte del zafiro de Tear había encontrado la forma de llegar al viejo mundo, y Kelsea veía claramente su viaje, como si la historia fuera sucediendo en su mente: transmitido de un Tear a otro, escondido y trasladado en secreto, a veces hasta los lugares más remotos de la tierra, ocultado a los poderosos, protegido de los débiles. Varios siglos de Tears, todos ellos luchando por contener la oscuridad, por mantenerla a raya. El zafiro de Tear operaba en tiempo; le había permitido enlentecer a la niña voraz que iba hacia ella, alargar el pasillo hasta hacerlo casi infinito, y ver el pasado.

«¿Cómo se me ocurriría pensar que eran idénticos?»

Ahora veía que la diferencia era abismal. La voz de la otra joya era grave y autoritaria, y hablaba de pequeños desprecios, celos y deseos, de robo y espionaje, de rabia y violencia. Ese zafiro también se había transmitido de una generación a otra de Raleighs, pero nunca le había pertenecido a ninguno, ni siquiera a Kelsea.

«¿Row Finn?» Eso creía. Al ver de lo que era capaz el zafiro de Tear, Row debía de haber

intentado hacerse uno también. Pero no lo había conseguido, o no del todo, porque esa joya no era independiente. Kelsea sentía el vínculo entre las dos; el zafiro de Tear mandaba sobre el otro, de alguna manera que ella no comprendía. Cuando estaban separadas, la joya de Row no podía hacer gran cosa, pero juntas...

—Carlin —susurró Kelsea. Carlin debía de saberlo, porque Kelsea había llevado el zafiro de Row colgado del cuello toda su infancia (podía ver cada uno de esos días reflejados en su brillante superficie), y sin embargo la mujer había escondido el zafiro de Tear. Y el Traedor también lo sabía, porque había ocultado el zafiro de Tear mientras Kelsea todavía estaba a prueba. El de Row solo podía hacer pequeñas cosas; en una rápida serie de recuerdos, Kelsea vio al asesino cadén tendido en el suelo del cuarto de baño; el campamento mort extendido ante sí; a la mujer del Almont, gritando mientras se llevaban a sus hijos. Había podido ver cosas muy lejanas, y había podido protegerse. Sí, esa magia era útil. Pero cuando las dos joyas volvían a estar juntas...

—¡Oh! —exclamó Kelsea, horrorizada. Toda una serie de imágenes desfiló ante sus ojos: cientos de soldados del ejército mort, caídos como moscas; el sinfín de heridas que tenía por todo el cuerpo; la cara del general Ducarte, transida de dolor; los cortes sangrantes en el dorso de las manos de Maza; y lo peor de todo: Arlen Thorne, que había tenido una vida aún peor que la de la Reina Roja, pero que, por alguna razón, no merecía compasión, porque...

Pero Kelsea ni siquiera recordaba por qué razón había decidido mutilar a Thorne. Recordaba haberlo hecho, recordaba unas alas negras que se habían desplegado en su interior, una oscuridad tan cautivadora que la recién coronada Kelsea Glynn, que en retrospectiva parecía años más joven, había deseado perderse en ella. Pero allí solo la esperaba la locura, la misma locura que Finn y los de su calaña siempre habían querido infligirle al Tearling... avaricia y crueldad, falta de empatía, y una mente que iba estrechándose más y más, hasta que solo quedaba una voz solitaria, rodeada de un vacío en el que únicamente podía gritar una palabra: «yo».

Indignada, Kelsea separó bruscamente el zafiro de Finn del de Tear y lo sostuvo en alto. «No lo quiero para nada, no quiero tener nada que ver con él, quiero volver a ser yo...»

Algo enorme se desgarró en su interior, como si el músculo se separara del hueso, y de pronto lo entendió. La Reina Roja no podía usar los zafiros, pero no porque le pertenecieran a Kelsea, sino porque ya no tenían ninguna utilidad. Kelsea los había dejado agotados, secos. Las dos partes, Tear y Finn, llevaban meses batallando dentro de ella. Kelsea sintió como si se rompiera por dentro, como si fuera a partirse por la mitad, literalmente, por efecto de su poderoso deseo de alejar a Row

y volver a ser Kelsea Glynn.

Y entonces el momento pasó. La gran brecha que había en el interior de Kelsea se cerró sola. Todavía estaba furiosa, sí, pero era su rabia, el motor que siempre la había impulsado no a castigar sino a reparar, a enmendar errores; y eso le produjo tanto alivio que echó la cabeza hacia atrás y dio un alarido. Su grito resonó por el pasillo, pero a ella le pareció algo más poderoso que el mero sonido, algo capaz de hacer temblar todo el Palais. Por un instante temió que el edificio se derrumbara.

Abrió los ojos y vio que la niña había recorrido más de la mitad de la distancia. El zafiro de Row todavía colgaba ante Kelsea; ya no estaba oscuro, sino que todas sus facetas brillaban y lanzaban destellos, como si le estuviera preguntado si quería volver a ponérselo, solo para probar, solo para ver...

Encerró la joya en el puño, bloqueando aquella luz, y volvió a ponérselo en la mano a la Reina Roja. La asaltó un viejo recuerdo: la conversación que había tenido con el Traedor junto a una hoguera, cuando ella todavía no sabía ni entendía nada, ni siquiera la verdadera trascendencia de sus propias palabras.

—Quedáoslo, Señora Carmesí. Prefiero morir limpia. No sabía si la Reina Roja la había oído; la mujer permanecía inmóvil a su lado, con los ojos muy abiertos, como ausente. Solo un levísimo movimiento de sus dedos indicó que había notado el collar y que estaba empezando a cerrar la mano.

Kelsea miró alrededor y vio que la paje, Emily, yacía inconsciente, y que se le estaba formando un gran cardenal en un lado de la cara. Ella no iba a poder ayudarla, pero junto a sus dedos, flexionados y lánguidos, había una larga daga hermosamente decorada. Kelsea la cogió y se dio cuenta de que era más larga que los puñales que ella estaba acostumbrada a manejar; el puñal de Barty, que le habían confiscado hacía ya mucho en el Almont, era como mínimo cinco centímetros más corto. Pero al menos era un arma que podía blandir.

—Es fuerte —le dijo la Reina Roja, y sus palabras sonaron lentas y distantes—. Más fuerte que un hombre.

—Entonces tendréis que ayudarme —le contestó Kelsea. La Reina Roja se quedó mirándola—. ¡Ayudadme! ¿No me entendéis?

—¿Con esto? —La Reina Roja levantó el zafiro de Finn. —No. Eso guardadlo. La Reina Roja escondió el zafiro, y Kelsea sintió alivio cuando desapareció de su vista.

—Sé hacer magia, pero nada que esté a la altura de ese ser —admitió la Reina Roja—. ¿Qué queréis que haga?

—Que empleéis vuestra fuerza bruta. Me ayudáis a sujetarla y yo le clavo esta daga en el corazón.

La Reina Roja negó con la cabeza. —Estos seres no son como los monstruos de las obras de ficción del período pre-Travesía. No tienen nada que ver.

—¿Se os ocurre algo mejor? La niña estaba a solo unos pasos de ellas, preparada para saltar. Kelsea asió la daga con fuerza y se puso a murmurar, como si se tratara de una oración.

—Voy a confiar en la ficción. Entonces la niña se les echó encima, y Kelsea notó que se le aceleraba el pulso y que el tiempo perdía su elasticidad y recuperaba la normalidad. Creía que la niña la atacaría a ella primero porque iba armada, pero la niña ignoró a Kelsea y se lanzó sobre la Reina Roja, tirándola al suelo. Esta se la quitó de encima, pero Kelsea notó que el golpe era débil; la Reina Roja le estaba fallando. Kelsea agarró a la niña por el pelo y tiró de ella hacia atrás; le sorprendió la fuerza que tenía. Consiguió retenerla, pero la niña no soltó los hombros de la Reina Roja, de modo que esta se le vino encima también, y cayeron las tres al duro suelo de piedra. La daga saltó de la mano de Kelsea y fue a parar detrás de ella. Kelsea se soltó del montón y la buscó por el suelo mientras la Reina Roja seguía forcejeando con la niña y renegando en mort.

La daga había ido a parar junto a los barrotes de la celda de Simon. Kelsea la recogió y, al levantar la cabeza, vio a Simon delante de ella, a solo unos centímetros, en cuclillas detrás de sus barrotes. Era la primera vez que podía observarlo con detenimiento, y, pese a lo que estaba pasando detrás de ella, se quedó pasmada.

Era el general Hall. Pero no podía ser: había dejado a Hall en Nueva Londres, y aquel hombre llevaba mucho tiempo encerrado allí. El hermano de Hall había partido con la remesa mucho tiempo atrás... Pero no pudo seguir tirando del hilo, porque oyó un fuerte grito a sus espaldas. La niña le había clavado las uñas en las clavículas a la Reina Roja, y estaba a punto de hincarle los dientes en el hombro. La Reina Roja trataba de quitársela de encima, pero sin éxito, y su rostro reflejaba su frustración. Kelsea agachó la cabeza y embistió a la niña; consiguió separarla de la Reina Roja y tirarla al suelo. La niña se recuperó casi de inmediato, pero Kelsea estaba preparada; se abalanzó sobre el brazo izquierdo de la niña, se lo retorció y le clavó un codo bajo la barbilla, protegiéndose de sus peligrosos dientes.

—¡Ayudadme! —le gritó a la Reina Roja—. ¡Cogedle el otro brazo! La Reina Roja se acercó

arrastrándose. Estaba herida; Kelsea se dio cuenta, pero no había tiempo para hacer nada al respecto. La niña se retorció debajo de ella, tratando de liberarse, y tenía una fuerza increíble. Aunque ahora la sujetaban cada una por un brazo, Kelsea estuvo a punto de perder otra vez la daga.

—¡Tiene mucha fuerza! —gritó—. Sujetadla, ¿de acuerdo? La Reina Roja asintió, y al cabo de un momento Kelsea notó que la niña perdía parte de su fuerza.

—Ya la tengo —dijo la Reina Roja—. Pero no aguantaré mucho. ¡Daos prisa! —¡Padre! —gritó la niña—. ¡Ayudadme, padre! «Es de los suyos», recordó Kelsea, y se preguntó cómo demonios se las había ingeniado el joven Rowland Finn, egoísta y seductor, para recorrer el largo camino hasta allí. Le temblaban las manos, pero asió la daga con fuerza y le plantó una rodilla en el tórax a la niña para que dejara de moverse.

—¡Deteneos, majestad! —le gritó Simon desde su celda—. ¡Solo es una niña! —No, no es ninguna niña —dijo Kelsea entrecortadamente. Sujetó la daga con todas sus fuerzas. Un pensamiento pasó, fugaz, por su mente («¿Y si Carlin me estuviera viendo?»), pero lo ignoró y clavó la daga. La hoja se deslizó suavemente al penetrar en el pecho de la niña.

La niña profirió un sonido estremecedor, mezcla de grito de dolor humano y quejido de animal atrapado en una trampa. Empezó a dar sacudidas y a tener espasmos, y Kelsea y la Reina Roja se vieron lanzadas hacia atrás. Kelsea chocó contra los barrotes de la celda de Simon y se dio un fuerte golpe en la cabeza. No sintió dolor; Kelsea lo esperó, pero antes de que llegara ya había perdido el conocimiento.

El general Hall siempre se había opuesto a aquel plan. De entrada, dependían de Levieux, el fantasma de Mortmesne, y nada de lo que Hall había oído de este le animaba a confiar en él. Aseguraba poder guiarlos por el Palais hasta la mazmorra, incluso hasta la celda de la reina, pero se negaba a revelar cómo sabía el camino. Ni siquiera tenían ninguna prueba de que aquel fuera el verdadero Levieux, pues nadie lo había visto nunca. Uno de los hombres de Levieux era cadarés, y, aunque Hall no conocía a ningún cadarés, sabía que no eran gente de fiar. Lo peor era que toda aquella operación dependía de una horda, y, pese a que Levieux les había asegurado que les había dado instrucciones muy claras a sus hombres, Hall sabía que nadie podía dirigir una horda. Los extremos norte y oeste de Demesne estaban en llamas, más de diez manzanas de la ciudad ardían sin ningún control, y no había ni rastro de la patrulla de bomberos. Un verdadero ejército atacaba la puerta norte de la ciudad, obligando a las pocas fuerzas de seguridad con que todavía contaba Demesne a concentrarse allí, pero Levieux se negaba a explicar qué era aquel ejército y de dónde

había salido. Las operaciones de Hall estaban diseñadas pensando en la certeza, y la eliminación de toda variable se conseguía mediante la repetición de los ensayos. Aquel plan era una locura y solo podrían intentarlo una vez. Era un riesgo excesivo para rescatar a una sola mujer, aunque fuera una reina, pero no había forma de discutir con Maza, quien parecía poseído por la falsa ilusión de que si conseguían sacar de allí a la reina, de alguna manera todo se arreglaría. Nadie había podido convencerlo de lo contrario, pero Hall, que se apreciaba de ser una persona realista, estaba preparado para el desastre.

Sin embargo, de momento no había surgido ninguna complicación. Las puertas del Palais estaban abiertas y sin vigilancia, lo que significaba que la persona infiltrada de Maza, al menos, había hecho su trabajo. No había ni rastro de las fuerzas de seguridad, y eso inquietaba a Hall; era imposible que la espía hubiera podido sobornar a todos los centinelas de la puerta. La horda de Levieux ya había entrado en el Palais, y Hall los oía en los pisos superiores, rompiendo madera y cristal. Un grupo más reducido (Levieux y cuatro de sus hombres; Hall y Blaser; y ocho guardias reales) habían ido en la dirección opuesta, habían bajado varias escaleras y habían seguido a Levieux hacia la mazmorra. Pero no encontraron resistencia, no se cruzaron con nadie. El camino estaba asombrosamente despejado, y Hall no se fiaba.

Y luego estaba el olor. Hall era soldado desde hacía mucho tiempo, y no se le podía escapar aquel tufillo a cobre. Allí había habido derramamiento de sangre, y abundante, y no hacía mucho. No vieron ningún cadáver, pero a medida que descendían iban encontrando manchas rojas en el suelo.

Se suponía que la infiltrada de Maza estaría al final de la escalera, preparada para abrirles la puerta de la mazmorra, pero no había ni rastro de ella. Lo que encontraron fue una puerta de hierro de doble hoja con unas marcas que parecían indicar que la habían golpeado con un ariete. Los barrotes estaban doblados, y una de las hojas de la puerta colgaba de milagro de una sola bisagra.

—¿Cómo demonios pueden haber hecho eso? —se preguntó Blaser en voz baja. —Estad preparados para cualquier cosa —dijo Maza. Había sacado el arma a la que debía su nombre, y estaba pálido, casi fantasmal bajo la débil luz de la antorcha. Hall no sabía cómo reaccionaría Maza si resultaba que le había pasado algo a la reina.

—Venga, acabemos con esto. Bajaron con sigilo por la escalera; solo se oía el chisporroteo de las antorchas que llevaban. Hall había temido que Levieux y sus hombres fueran un estorbo, pero se había equivocado; eran los más silenciosos del grupo. Hall no oía ni el más mínimo roce, ni la más

leve pisada.

—Señor —dijo Kibb en voz baja—. Aquí hay un rastro de sangre. Hall miró hacia abajo y lo vio: cada pocos peldaños había una mancha pequeña y oscura en la piedra gris. Pese a lo mucho que lo preocupaba aquella misión, nunca había pensado que la reina pudiera estar realmente en peligro. Era una prisionera valiosa, una buena moneda de cambio; aunque la Reina Roja decidiera hacerla azotar por pura crueldad (en las mazmorras mort esas cosas eran habituales), no había peligro de que mataran a la reina ni le infligieran lesiones graves.

Sin embargo, al ver la sangre fue como si a Hall se le encogiera el corazón. En aquellas últimas semanas había repasado muchas veces los comentarios groseros que le había hecho a la reina. La había acusado de buscar solo la fama. Le debía una disculpa, pero todavía no había tenido ocasión de presentársela.

—La sangre lleva hacia su celda —masculló Levieux, y Hall tuvo la impresión de que hasta él estaba nervioso.

Levieux tenía mucha sangre fría; Hall había coincidido con él dos veces, en unas reuniones celebradas en la Ciudadela, pero hasta ese momento nunca lo había visto inquietarse. La sensación de vacío que tenía Hall en el plexo solar se intensificó. Él sabía desde el principio que aquel plan era demasiado fácil, que algo iba a salir mal.

«Pero no tan mal, por favor —le suplicó al universo, o a quien fuera—, así de mal no.»

Los rumores que había oído Hall sobre las mazmorras mort no eran exagerados. Allí dentro hacía un frío mortal, incluso para un soldado que había dormido al raso en invierno durante varias campañas. En muchas de las celdas que vieron ni siquiera había camastro, como los de la cárcel de Nueva Londres. La mayoría de las antorchas de las paredes llevaban mucho tiempo consumidas, y en muchos largos tramos no había otra luz que la de las antorchas que llevaban Levieux y Coryn.

«Ni guardias, ni carceleros —pensó Hall—. ¿Qué demonios ha pasado aquí?» Fuera como fuese, era evidente que a nadie le importaba si aquellos prisioneros vivían o morían. Solo algunos tenían mantas, y muchos tosían, con una tos hueca y congestionada que a Hall le pareció sintomática de neumonía. Algunos gritaban pidiendo agua e intentaban acercarles unos cubos vacíos a través de los barrotes.

—Encontraremos una llave —les dijo Maza, pero Hall detectó nerviosismo en su voz.

Habían dado por hecho que tendrían que pelear para entrar en la mazmorra, que sacarían a la reina de allí por la fuerza o morirían en el intento; sin duda sería un enfrentamiento duro, pero al

menos sería un peligro conocido. Se habían mentalizado de que podían tener bajas, pero nadie había previsto un escenario como aquel. En una de las celdas, una mujer en avanzado estado de gestación les suplicó que la sacaran de allí. Detrás de Hall, uno de los guardias reales renegó por lo bajo. Para Hall, hasta el combate más sangriento habría sido preferible a aquello, y no era el único que lo pensaba. Siguieron adentrándose en la mazmorra, y Blaser empezó a tener arcadas.

—¿Cuánto falta? —le preguntó Maza a Levieux. —Hay que torcer dos veces a la derecha y luego bajar. Poco antes de torcer por segunda vez, todos redujeron el paso y Hall asió con fuerza el puño de su espada. Hacía un momento había pensado que le gustaría afrontar un combate cuerpo a cuerpo, pero ahora se le estaba poniendo la carne de gallina. Un poco más allá, una escalera descendía hacia la oscuridad, y Hall notó que por ella ascendía una corriente de aire gélido. El rastro de sangre llevaba por aquella escalera.

—No hagáis ruido —les advirtió Levieux, y empezó a bajar. Ahora tenían que ir en fila india, y Hall se colocó detrás de uno de los hombres de Levieux, grande como un oso. La escalera era muy estrecha, y por un momento Hall sintió claustrofobia, apretujado entre las paredes y con hombres delante y detrás. Además, en las paredes resonaban los pasos y los golpes de los hombres de Levieux que, en los pisos superiores, destrozaban el Palais.

Al final de la escalera, la fila se detuvo. El pasillo estaba a oscuras, pero allí el olor a sangre era más intenso y más definido, casi se palpaba; cada vez que inspiraba, a Hall se le llenaba la boca de aquel desagradable regusto a cobre oxidado.

—Antorchas hacia delante —murmuró Maza, y Coryn pasó la suya. Era suficiente para alumbrar el pasillo, pero Hall no veía más allá del hombro de aquel hombre tan corpulento que tenía delante.

—¿Qué es eso? —preguntó Maza. —No os mováis —dijo Levieux, pero Hall, que ya no podía esperar más, apartó al gigante para poder asomarse.

Al final del pasillo, a unos quince metros, había un cadáver en el suelo, delante de una celda. La puerta de la celda estaba abierta de par en par. Hall no pudo identificar el cadáver, pero había dos figuras agachadas junto a él, tan pequeñas que al principio creyó que eran buitres. Pero entonces una se dio la vuelta y Hall vio que era un niño pequeño.

—¡Atrás! —gritó Levieux—. ¡Morgan, Howell, Lear, aquí, rápido! Pero el pasillo era demasiado estrecho, y los hombres de Levieux se abrieron paso a empujones hacia la delantera, mientras el resto trataba de retroceder hacia la escalera. Maza no se retiró, ni Hall tampoco: se abrió

paso hasta colocarse al lado del capitán.

—¿Qué son? —le preguntó Maza a Levieux. —La plaga del nuevo mundo. —¡Pero si solo son niños! —objetó Hall. —Siga pensando eso, general, hasta que le hayan extraído hasta la última gota de sangre.

Levieux levantó la espada, porque el niño se había levantado y había empezado a ir hacia ellos.

—¿Quién es? —preguntó Pen—. ¿De quién es el cadáver? —Es la celda de la reina —dijo Levieux—. No te muevas. Cuatro de sus hombres y él siguieron por el pasillo y dejaron a Maza y a Hall allí de pie. Blaser se había acercado a Hall, pero el resto del grupo seguía agazapado cerca de la escalera.

—La plaga —repitió Hall—. ¿Los ataques del norte? Maza no contestó, pero Hall había empezado a atar cabos. Había oído hablar de lo que sucedía en el Reddick y en el norte del Almont; si Hall todavía hubiera estado al mando de un ejército, ya lo habrían enviado allí a controlar la situación. Pero aquella fuerza que asolaba el Tearling seguía avanzando hacia el sur sin encontrar ningún obstáculo. Casi no había supervivientes. Los pocos rumores que había oído Hall hablaban de animales con una fuerza sobrenatural. Pero... ¿niños? El crío se abalanzó sobre ellos emitiendo un silbido que hizo estremecer a Hall y derribó al cadarés. La niña se lanzó también al ataque, se abrazó a una pierna de Levieux y le clavó los dientes en el muslo.

—Puede que cinco hombres no sean suficientes —dijo Maza, y fue hacia allí; Hall y Blaser lo siguieron.

—¡No os acerquéis! —le gritó Levieux. Dio un tirón con la pierna, maldiciendo, y lanzó a la niña hacia Morgan, el más corpulento de sus hombres, quien la sujetó el tiempo suficiente para que Levieux la atravesara con la espada. La niña lanzó un chillido que sonó como un repique de campanas de alarma.

—¡Diablos! —masculló Blaser. Hall miró a Maza para ver si protestaba, pero este se limitó a observar la escena, impasible, como si estuviera familiarizado con aquel espectáculo.

El niño se había subido encima de Lear, el cadarés, y había logrado inmovilizarlo. Howell agarró al crío y lo estampó contra los barrotes, y lo dejó aturdido en el suelo. Entonces Howell lo cogió por un brazo, y Alain por el otro, y Lear se sentó a horcajadas sobre él con el puñal en la mano. Hall no lo soportó; se dio la vuelta y cerró los ojos cuando el niño empezó a gritar.

—Listos —exclamó Levieux al cabo de un momento—. Vamos. Maza continuó por el pasillo,

rodeado de su guardia, y Hall lo siguió. Tenía la impresión de hallarse en una pesadilla, y la escena que encontró poco después fue aún más aterradora: los dos niños estaban tendidos en el suelo, sangrando, pero Maza observó que había otro, una niña a la que Hall todavía no había visto, con una daga clavada en el pecho. Justo delante de la celda abierta había un cuarto cadáver, el de una mujer alta y rubia, y entonces Hall comprendió por qué al ver a aquellos críos había pensado en unos buitres: la mujer tenía el torso destrozado, y las costillas asomaban, desnudas, entre los restos de carne.

—¿Kibby? —dijo Maza. Kibb ya se había metido en la celda de la reina, y su voz sonó desde allí dentro.

—Nada. Aquí no hay nadie.

Hall apenas oyó esa conversación. Se había quedado paralizado delante de la celda contigua.

—¿Ninguna señal? ¿Ningún mensaje? —No, un camastro, velas, cerillas, dos cubos. Nada más. —¿Dónde está? —preguntó Pen. Hall levantó una mano y la agitó delante de los barrotes. El prisionero que estaba dentro no le devolvió el gesto. Llevaba la cabeza afeitada y se notaba que estaba desnutrido, pero su cara era la misma que la de Hall, y lo miraba fijamente.

—Simon —murmuró. —Tiene el cuello roto. —La voz de Coryn sonó muy lejana; estaba inclinado sobre el cadáver de la mujer rubia—. Una muerte limpia. No la han matado esas cosas.

—Maldita sea —masculló Maza, y se arrodilló junto al cadáver—. Hizo su trabajo.

Simon metió un brazo entre los barrotes, y Hall le cogió la mano y puso la palma de la otra en la mejilla a su hermano gemelo. Hacía casi veinte años que Hall no lo veía, y llevaba todo ese tiempo tratando de no pensar en él. Y sin embargo allí estaba Simon, en carne y hueso.

—Pero ¿dónde está la reina? —preguntó Elston. En otras circunstancias, Hall se habría reído del tono quejumbroso de la voz del corpulento guardia. Simon movió los labios, pero sin articular las palabras. Hall se acercó más a los barrotes.

—¿Qué? —La Reina Roja. Se la ha llevado. —¿Qué has dicho? —Maza apartó a Hall, pero este se hizo a un lado sin soltarle la mano a Simon.

—La reina se ha dado un golpe en la cabeza, contra los barrotes. La Reina Roja se la ha llevado.

Maza miró alternativamente a Hall y a Simon, y, tras un momento de vacilación, decidió resolver el parecido de sus caras más adelante.

—¿Adónde se la ha llevado? Simon señaló la dirección opuesta por la que ellos habían

entrado en la mazmorra.

—¿Hace cuánto? —No lo sé. Creo que varias horas. Aquí no existe el tiempo. —¡Mierda! Hall se sobresaltó. Pen estaba de espaldas a ellos, y le temblaban los hombros. Hall se volvió hacia Simon y se fijó por primera vez en las paredes de la celda, cubiertas de dibujos y esquemas. De niños, pasaban largas horas diseñando aparatos, dibujando los planos en el suelo con un palo. Ingenieros. Hall se enjugó las lágrimas y, al darse cuenta de que Simon seguía encerrado, miró alrededor y empezó a buscar una llave.

—¿Adónde puede haber ido? —le preguntó Dyer a Levieux. —No lo sé. —A Gin Reach —dijo Maza con un hilo de voz, y Hall vio, alarmado, que el capitán se había quedado blanco como el papel—. Está en Gin Reach. Nos lo dijo Andalie, y yo no le hice caso.

—Nadie le hizo caso —le recordó Elston. Le puso una mano en el hombro a Maza, pero este se la sacudió, y de pronto Hall lo vio venir: comprendió que el capitán había alcanzado el punto de ebullición. Por lo visto, la guardia había llegado a la misma conclusión, porque de pronto empezaron a retroceder todos instintivamente y volvieron la cabeza. Hall se volvió de nuevo hacia Simon y fijó los ojos en la cara de su hermano mientras, a sus espaldas, estallaba un largo e ininteligible aullido de rabia y dolor.

Gin reach

La felicidad de los malvados es siniestra.

Los miserables, VICTOR HUGO (período pre-Travesía)

—Mi Palais está en llamas. Kelsea despertó sobresaltada de un duermevela que cada vez se acercaba más al sueño. Llevaban casi un día entero cabalgando y empezaba a dolerle la cabeza otra vez; notaba unas fuertes punzadas pulsantes que irradiaban del enorme chichón que tenía en la parte de atrás del cráneo. Tiró de las riendas y vio que la Reina Roja miraba hacia atrás.

—Mirad. Kelsea se dio la vuelta y vio la silueta del Palais, que descollaba en la lejana línea del horizonte de Demesne. Las ventanas superiores vomitaban fuego, y toda la cúspide del castillo, incluido el balcón donde la Reina Roja y ella habían estado hablando aquel día ya tan lejano, estaba oculta tras una oscura y densa nube de humo.

—Los inmortales no huyen —murmuró la Reina Roja, y a Kelsea sus palabras le sonaron vacías, como si la mujer las hubiera aprendido de memoria a fuerza de recitarlas.

Habían huido de Demesne por un establo subterráneo que, según la Reina Roja, Ducarte le había preparado mucho tiempo atrás. El establo estaba muy bien abastecido, con ropa, agua, comida en conserva y dinero, pero la mirada extraviada de la Reina Roja indicaba a la joven que ella nunca había creído que llegaría a necesitar aquel sitio, y que le sorprendía haber ido a parar allí. A Kelsea también le había sorprendido que la Reina Roja tuviera preparada una ruta de huida. Se preguntaba qué habría pasado si el pueblo se hubiera enterado.

La Reina Roja se había hecho desgarrones en la ropa, y también se los había hecho a la de Kelsea; además, le había encrespado el pelo a la joven. Se escondieron las monedas bajo la ropa, y entonces la Reina Roja le manchó la cara con sangre de la herida que tenía en la muñeca. Kelsea no entendía muy bien a qué venían aquellos preparativos, hasta que salieron del sótano en penumbra de un edificio abandonado, no muy lejos del Palais. Desde el establo habían oído ruido de enfrentamientos, pero Kelsea no estaba preparada para lo que vio en cuanto salieron a la calle.

Demesne estaba sumida en el caos. Había varios incendios descontrolados en diversos puntos del horizonte de la ciudad. Las bandas recorrían las calles gritando el nombre de Levieux. El barrio

de los alrededores del Palais, que evidentemente era uno de los más ricos, parecía un campo de batalla, con barricadas en las casas, asaltado tanto por ciudadanos como por soldados mort. No quería que las descubrieran, pero Kelsea no sentía ningún miedo, porque le parecía extraordinario estar otra vez al aire libre. Casi se le había olvidado que pudiera respirarse otra cosa que no fuera aquel aire fétido de la mazmorra, o verse cualquier otra luz que no fuera la débil luz de las antorchas. Hasta aquella repugnante ciudad era un paisaje agradable.

En varios puntos a lo largo de su trayecto por las calles, Kelsea se planteó brevemente desmarcarse y entregar a la reina, y luego hacerse pasar por una esclava tear. Por las calles se oía hablar a mucha gente en tear, esclavos liberados convertidos en rebeldes, y seguro que los mort no se interesarían por una tear más si podían capturar a la más noble de todos los nobles. Por otra parte, estaba sobradamente justificado que Kelsea abandonara a la Reina Roja a su suerte. Ya

le había salvado la vida a aquella mujer, y la Reina Roja se la había salvado a ella. Ya no estaban en deuda. Además, el Tearling la llamaba, y de pronto lo sentía muy cerca. Una vez que lograra salir de la ciudad, solo tendría que cabalgar en línea recta hacia el oeste y, en menos de un día, cruzaría la frontera.

«Por fin.» Pero era una idea descabellada, por supuesto. Demesne era una ciudad inmensa, y Kelsea no tenía ni idea de dónde estaba. No tuvo más remedio que dejarse guiar por la Reina Roja, y por fin consiguieron salir de la ciudad sobornando a cinco soldados de la puerta sur. Una vez fuera, no tomaron la Calzada Mort, sino que se dirigieron hacia el sudoeste. Kelsea no tenía ni idea de adónde se había propuesto ir la Reina Roja, pero, mientras fueran en la dirección del Tearling, no veía necesidad de desviarse. Le sorprendió sentirse, de alguna manera, responsable de la Reina Roja. Ahora la mujer estaba sola, en un país que pedía a gritos su sangre. Si la capturaban, los mort no tendrían piedad con ella, pero los Tear serían aún más crueles. La Reina Roja no podía quedar impune, se repetía Kelsea, no eternamente. Sin embargo, tampoco estaba dispuesta a presenciar cómo la maltrataban.

—La niña a mi lado —continuó la Reina Roja, como ausente, mientras contemplaba las ruinas en llamas que dejaban atrás—. La niña a mi lado, y el hombre de gris detrás.

—¿Estáis recitando un hechizo? —preguntó Kelsea—. ¿O deliráis? La Reina Roja la miró, y Kelsea sintió un escalofrío. Fuera cual fuese su relación con el zafiro de Tear (y Kelsea no sabía muy bien cuál era), todavía le permitía ver, catalogar y analizar los pequeños tics que los demás intentaban ocultar. A lo largo de aquel día, había ido convenciéndose de que la Reina Roja se

mantenía en pie por muy poco. «Une maniaque», la había llamado Thorne... Y ¿cómo reaccionaría una persona así al verse obligada a volar sin visibilidad? Bajo la fachada de eficiencia de la Reina Roja y de las exigencias para salir de Demesne, Kelsea intuyó las primeras señales de la locura.

—No soy inmortal —dijo la Reina Roja. Miró a Kelsea con una mezcla de odio y servilismo, y la joven no supo cuál de las dos cosas le hizo sentir más incómoda—. ¿Estáis contenta, Glynn? Me habéis derrocado.

—¡Os habéis derrocado vos misma! —le espetó Kelsea—. ¡Tanto poder! Habríais podido hacer lo que hubierais querido con él, y mirad lo que habéis hecho.

—Hice lo que tenía que hacer para mantener mi trono. —Sois una mentirosa. Sé a qué se dedicaba vuestra corte, Señora Carmesí. Sé cómo os comportabais. Esclavos torturados y violados, tanto hombres como mujeres; no creáis que no he oído hablar de vuestras predilecciones. La gente entra en vuestros laboratorios y no vuelve a salir nunca de allí. Eso no es necesario. Eso es tener carta blanca.

El rostro de la Reina Roja se ensombreció, y Kelsea sintió que algo le alborotaba el pelo, aunque no soplaba viento.

—Tened cuidado —dijo en voz baja—. Será mejor que no abráis esa caja. La Reina Roja la miró fijamente, y entonces profirió una maldición y volvió la cabeza hacia la ciudad.

—Ya hemos recorrido una distancia considerable, Señora Carmesí. ¿Por qué no vamos por caminos separados?

—Bueno, podéis iros si queréis, Glynn. Pero yo preferiría que siguiéramos juntas hasta que el camino nos separe. Dos mujeres juntas están más seguras que solas.

Eso era cierto, pero Kelsea percibió falsedad detrás de aquella afirmación. Ellas no eran dos mujeres cualesquiera, y el hombre que intentara robarles o agredirlas sin duda lo lamentaría. La Reina Roja le tenía miedo a otra cosa. ¿A los niños de Finn quizá? No habían vuelto a ver a ninguno de aquellos seres espeluznantes desde que habían salido del Palais, pero a Kelsea no se le ocurría ninguna otra cosa que pudiera asustar a aquella mujer, salvo quizá el propio Finn. Unas horas atrás habían parado a descansar y a comer y beber un poco, pero la mujer no le había dejado encender una hoguera.

La Reina Roja volvía a frotarse las muñecas. En el establo, Kelsea le había curado la herida: se la había lavado y le había puesto un vendaje. Tenía dos heridas, dos pinchazos muy profundos, y ya parecían inflamados. Eran marcas de mordedura. —¿Qué? La Reina Roja la había sorprendido

mirándola fijamente. Kelsea desvió la mirada hacia el paisaje. Por fin habían salido de la extensión de hierba recortada de los Campos Demesne, que tenían detrás. El terreno que ahora pisaban era de pastizales, con algunas zonas pantanosas intercaladas. Allí resultaba un poco más fácil esconderse, aunque no era el lugar más cómodo donde pasar la noche.

—Deberíamos continuar —repuso Kelsea—. ¿Adónde os habéis propuesto llegar?

—Al Sequedal. No puedo esconderme en ningún otro sitio. —¿Y el Cadare? —No puedo ir al Cadare —dijo la Reina Roja con voz inexpresiva. —Bueno, puedo quedarme con vos hasta que hayamos cruzado la frontera. Después, tendré que regresar a mi ciudad.

—Me parece bien —concedió la Reina Roja con indiferencia, y una vez más la joven tuvo la extraña sensación de que a la mujer no le importaba adonde fueran, siempre que permanecieran juntas.

«¿De qué tiene miedo?» Cabalgaron varias horas hacia el sudoeste. Cuando el sol tocó el horizonte, pararon a descansar en un sitio desde donde se contemplaban los montes fronterizos. Allí, tan al sur, no había pinares, sino solo hierba y matorrales, y algo de vegetación. Era un paisaje aburrido, y aun así Kelsea observaba el entorno fascinada. A menos de ochenta kilómetros hacia el norte era donde Hall había instalado su base, y Ducarte había obligado al ejército a retirarse de la ladera prendiéndole fuego al bosque. Hasta Kelsea, a quien le habría gustado ver a Ducarte encerrado en una cárcel a lo resto de su vida, tenía que admirar la sencillez de aquella estrategia: si tu oponente no se movía, lo quemabas.

La cena consistió, una vez más, en cecina y fruta. Por allí había caza abundante, sobre todo ciervos y conejos, pero la Reina Roja había vuelto a prohibir a Kelsea encender una hoguera.

—¿Alguna vez habéis intentado matarlo? —preguntó Kelsea—. A Row Finn. —Sí. Y fracasé. No es un simple mortal. No tiene forma; no pude agarrarlo bien.

Kelsea no entendió del todo las palabras de la Reina Roja, pero le bastaron para hacerse una idea. Cuando había matado a Arlen Thorne, había podido ver en su interior: no algo completamente sólido, pero sí lo suficiente, delineado con una luz venenosa; y una Kelsea más joven y más furiosa, desesperada por todo aquello que escapaba de su control, no había tenido ningún problema para sujetarlo.

—¿Sabéis cómo se convirtió en lo que es? —¿La cosa oscura? De alguna manera, sí. Solía hablar de ello, después... —La Reina Roja hizo una pausa y le lanzó una ojeada furtiva a Kelsea—. Decía que él había forzado su propia supervivencia. Creo que lo decía para darse importancia.

Antes me enseñaba cosas.

—¿Cuánto tiempo pasasteis en el Fairwitch? —Dos años. El tiempo suficiente para que todos los que me conocían me creyeran muerta. —Kelsea distinguió un breve destello de odio en sus ojos—. Pero vos ya lo sabéis, Glynn. Lo sabéis todo de mí.

—No todo. No lo veo con claridad. Es como leer un libro por encima. ¿Por qué os envió vuestra madre al exilio?

—No me echó ella. Yo me fugué. —¿Por qué? —Eso no es asunto vuestro. Kelsea pestañeó, pero siguió insistiendo. —¿Aprendisteis magia con Finn? —Un poco. La suficiente para que, cuando llegara el momento, pudiera hacer yo la mía propia. Pero no lo bastante para evitar un desastre.

La Reina Roja arrugó el ceño, y Kelsea vio que se frotaba la muñeca vendada y se arrancaba la venda con los dedos.

—¿Os duele? —preguntó Kelsea. La Reina Roja no contestó. Siguieron cabalgando hacia el sudoeste. El clima era cada vez más frío y la tierra cada vez parecía más reseca. Los riachuelos y los ríos desaparecieron, y escaseaban hasta los abrevaderos y los pozos. Se detuvieron en una aldea de las llanuras, y Kelsea cambió oro por agua, regateando en lengua mort mientras la Reina Roja permanecía callada detrás de ella. A menudo pensaba que podía simplemente desaparecer, dejar atrás a la Reina Roja y echar a correr hasta Nueva Londres. Montaba mejor que ella; de hecho, tenía la impresión de que a la Reina Roja le daban miedo los caballos. ¿Cuánto tiempo hacía que aquella mujer no había salido de Demesne, ni viajado a ninguna parte por sus propios medios? Fuera del Palais, la Reina Roja había empezado a parecer menos sólida; ya no era la bruja de Mortmesne, sino una mujer normal y corriente, sola y desorientada. Lo que al principio eran únicamente pequeños indicios (momentos de desorientación, ligeros tartamudeos) iban haciéndose cada vez más pronunciados a medida que se alejaban de Demesne. La Reina Roja miraba hacia atrás a cada momento, y Kelsea no sabía si realmente veía algo, o si había llegado al estadio final de su paranoia.

—¿Qué pasa? —preguntó por fin cuando la Reina Roja paró su caballo por tercera vez aquella tarde.

—Nos siguen —respondió, y Kelsea se inquietó por la certeza con que lo dijo. La Reina Roja se frotaba de nuevo la muñeca. —Dejad que le eche un vistazo a esa herida —se ofreció Kelsea. —¡Largo! Le dio un cachete en la mano, y Kelsea la apartó y dio un grito ahogado. Habría jurado

que durante un instante había aparecido un intenso destello rojo en sus ojos.

—¿Voy a tener que ataros? —preguntó Kelsea con voz inexpresiva. —No. Me dominaré. Puedo controlar mi propio cuerpo, aunque no controle nada más.

Kelsea tenía sus dudas, pero no se le ocurría qué hacer con ellas. Aunque consiguiera dominar a la Reina Roja, ¿adónde podía ir con una mujer atada? Volvió a sentir el impulso de abandonarla y salir corriendo, huir hacia el norte, hacia su ciudad, su Ciudadela, su vida. Pero había algo que la retenía.

«¿Qué es lo que me ata a ella? —se preguntó la joven—. ¿Qué es lo que nos une?» Había registrado la mente de aquella mujer como quien registra una vivienda, con descuido, sin ninguna consideración hacia su intimidad, y ahora se daba cuenta de que esa invasión tal vez hubiera tenido un coste, un precio que ella nunca se había planteado.

—No os preocupéis por mí —dijo la Reina Roja con brusquedad—. Sigamos. Al tercer día de viaje empezaron a descender las suaves laderas de los montes fronterizos, y Kelsea pudo por fin contemplar su reino, la extensa llanura del Almont extendiéndose ante ella hasta donde alcanzaba la vista. En lugar de sentir placer, como había imaginado que sucedería, casi se sintió enferma. Había sacrificado mucho por aquella extensión de terreno, su imperfecto país, pero algo le decía que todavía no había terminado. Cuando bajó la vista, vio que tenía el zafiro de William Tear encerrado en una mano, y que tenía la palma sudada.

Aquella tarde llegaron al Sequedal, más de trescientos kilómetros de desierto que se extendían a lo largo de toda la frontera cadaresa. Iban a tener que parar para comprar ropa de invierno, pieles y tiendas. En una ocasión Carlin le había dicho que, en invierno, en el Sequedal hacía casi tanto frío como en el Fairwitch. Kelsea distinguió, a lo lejos, unos puntos oscuros, aldeas desperdigadas, pero, aparte de eso, alrededor solo se veía un paisaje desierto, reseco y desprovisto de color, totalmente hostil. Kelsea no le veía fin, ni siquiera más allá del horizonte.

Hacia el oeste, vio una mancha en el cielo y, de pronto, un rayo. Las tormentas del Sequedal eran legendarias, unos fenómenos ecológicos terribles e inexplicables, pues nadie sabía de dónde salía tanta agua. Caían aguaceros, pero el agua no alteraba ni un ápice las características del paisaje; después, todo permanecía igual de reseco que antes. Técnicamente, el Sequedal formaba parte del Tearling, pero para Kelsea el desierto era un reino en sí mismo, frío y solitario.

—¿Qué pensáis hacer? —le preguntó a la Reina Roja—. Si intentamos cruzarlo, moriremos.

La Reina Roja se volvió; sus ojos tenían un brillo de desesperación y locura. Volvía a

sujetarse la muñeca.

—Él sabe dónde estoy —dijo—. Puedo sentirlo. Enviaré a más. Necesito huir. —Pues en el desierto no podréis esconderos. —¿Qué me proponéis? —¿Por qué no volvéis a Nueva Londres conmigo? Puedo... Kelsea se interrumpió, sin poder dar crédito a las palabras que había estado a punto de pronunciar: «Puedo protegeros...». Pero no, no podía. El Tear trataría a la Reina Roja como una criminal de guerra, y tenía todo el derecho a hacerlo.

—En alguno de esos puestos de avanzada tiene que haber una posada —dijo sin convicción—. Tenemos dinero suficiente para pagar un baño y una cama, como mínimo.

La Reina Roja tragó saliva y asintió; daba la impresión de que volvía a controlarse. Pero Kelsea sabía que aquello solo era una fachada.

«Desentrañarlo», volvió a pensar. La Reina Roja pestañeó, y esa vez Kelsea no pudo seguir engañándose; la mujer tenía las pupilas teñidas de rojo.

—Sí —replicó la Reina Roja—. Un baño y una cama. Eso está bien. El primer pueblo al que llegaron no era más que una pequeña aldea, tan lúgubre como el paisaje que la rodeaba. Cuando enfilaron el estrecho sendero de arena que llevaba hasta allí, Kelsea divisó un pequeño y deteriorado letrero clavado en el suelo que rezaba: GIN REACH. Allí las casas no eran más que precarias construcciones de madera, y nadie se había tomado la molestia de embellecerlas. Solo había un edificio que tuviera vidrio en las ventanas y un toldo limpio y bonito; a Kelsea no le sorprendió comprobar que se trataba de la taberna del pueblo. Le pareció notar que la miraban, pero cuando alzó la vista vio que todas las ventanas del primer piso estaban cerradas. Había arreciado el viento, y Kelsea recibió arena en la cara. Se acercaba una tormenta, y toda la aldea había empezado a cerrar las escotillas.

La posada resultó ser una gran casa que alardeaba de tener tres habitaciones de invitados. El dueño les aseguró que solo tenía un huésped; ellas dos podrían tener intimidad, un comentario que acompañó con un guiño claramente lascivo. A la Reina Roja no pareció importarle, y pagó para que les llevaran dos baños calientes a la habitación. Después de todo el lujo y toda la insensibilidad que Kelsea había visto en el Palais, imaginaba que la Reina Roja no se sentiría muy bien en la posada de una pequeña aldea. Pero no parecía incómoda, y replicó con desenvoltura cuando el posadero intentó coquetear con ella, y eso hizo que la joven volviera a preguntarse qué era eso que no había llegado a ver dentro de la mente de la mujer, la complicada vida que debía de haber llevado.

Cuando se desnudaron para bañarse, la Reina Roja se quitó las vendas y Kelsea vio que las

marcas que tenía en la muñeca habían desaparecido. El nerviosismo de Kelsea aumentó; la herida que se le había curado era profunda y estaba infectada, y si aquello no era un caso de sanación natural, ¿qué era entonces? Mientras se bañaban, cada una tumbada en su propia bañera de acero, Kelsea observaba a la Reina Roja con el rabillo del ojo. No parecía en absoluto fatigada; es más, pese al frío que habían soportado durante el viaje, la Reina Roja parecía físicamente fuerte, más incluso que cuando habían salido de Demesne.

«¿De qué tengo miedo?», se preguntó Kelsea cuando se acostaron en sus respectivas camas. No habría sabido decirlo, pero tenía la carne de gallina, como si hubiera un animal acechando detrás de ella, a punto de saltarle encima. Volvió a sentirse observada, pero cuando miró a la Reina Roja vio que estaba de espaldas, cómodamente tumbada de lado en la otra cama. Kelsea intentó permanecer despierta, pero la venció el agotamiento, y al final desistió y apagó su vela. Estaba descargando una tormenta terrible sobre la aldea, y los truenos hacían temblar el edificio hasta los cimientos; Kelsea soñó con el Argive, con la caravana de jaulas detenida junto a la frontera. Si Kelsea y su guardia hubieran llegado un solo día más tarde, la caravana habría partido hacia Mortmesne y la habrían perdido para siempre.

«Fue un momento decisivo —pensaba Kelsea en su sueño—, un momento crucial, igual que la muerte de Jonathan Tear. Si hubiera dejado escapar ese momento, ¿qué habría sucedido? ¿Dónde estaríamos ahora?»

Pero el sueño del Argive se desvaneció y, sin interrupciones, se transformó en otro. Kelsea estaba subida al alto cadalso, y ante ella estaba arrodillado Arlen Thorne. Alrededor, una masa de gente gritaba enfurecida. Thorne alzaba la vista, y Kelsea veía que estaba agonizando y que su cara era una máscara de sangre.

«¡Lo siento!», intentaba gritar Kelsea, pero entonces una mano la agarraba por un tobillo. Miraba hacia abajo y veía a Mhurn a sus pies, sonriente, con la cara del revés, exhibiendo el ancho tajo que ella le había hecho en el cuello. Su mano empezaba a ascender por la pantorrilla de Kelsea, y la joven hacía lo único que podía hacer: saltaba del cadalso y se lanzaba a aquel mar de caras enardecidas. En el último momento, veía que todas aquellas caras eran las de Mhurn y Thorne, que la esperaban, y entonces se despertó, jadeando. Había una mujer de pie a su lado en la oscuridad. Antes de que Kelsea pudiera tomar aliento para gritar, una mano le tapó la boca. Aquella mujer tenía mucha fuerza; le sujetó los hombros y, sin demasiada dificultad, la inmovilizó en la cama.

«Me he equivocado», pensó Kelsea con amargura. No sabía en qué se había convertido la

Reina Roja, pero sí que no debería haberle quitado los ojos de encima; Maza jamás habría cometido un descuido como ese tratándose de un enemigo declarado. Se había dejado engañar por el compañerismo y el interés mutuo; se había dejado engañar y había olvidado que entre Mortmesne y el Tear, entre el rojo y el negro, había más de un siglo de odio.

La Reina Roja se agachó y acercó su cara a la de Kelsea, y la joven oyó el silbido de su aliento en el oído, y creyó notar el frío de unos dientes clavándose en su cuello.

—Sufrirás, zorra —susurró la Reina Roja en la oscuridad—. Sufrirás por lo que le hiciste a mi amo.

De pronto Kelsea la reconoció. La amenaza que había adivinado era real, pero había confundido su origen. No provenía de la Reina Roja, sino de...

—Brenna —susurró.

Ewen no se manejaba bien en los sitios que no conocía. Había vivido siempre en Nueva Londres, pero en varias ocasiones se había perdido en barrios de la ciudad que no conocía. Su padre decía que Ewen no tenía una brújula dentro. Pero después de dos semanas en Gin Reach, Ewen creía que hasta su padre habría estado satisfecho. Ya se conocía a la perfección las cuatro calles de la aldea, e incluso había identificado a los ocupantes de algunas casas.

Bradshaw y él habían causado mucho revuelo al llegar; el mago decía que era porque tenían dinero para gastar. Ewen no acababa de entenderlo, ya que en Gin Reach no había muchos sitios donde gastar dinero. Una vez por semana, un hombre con cara de pocos amigos llegaba con su carromato por la calle principal y se detenía delante de la taberna. Mientras el tabernero y su ayudante bajaban botellas y barriles del carromato, los aldeanos salían de sus casas para negociar con el hombre de la cara avinagrada y comprar comida, ropa u otros artículos como papel, tela o medicinas. La aldea disponía de un pequeño y triste huerto comunitario detrás de la hilera sur de casas, protegido del desierto por una valla y una lona, y aquella gente hacía trueques con los alimentos que cultivaban: zanahorias, puerros y patatas, todas ellas hortalizas que necesitaban poca luz. Pero los únicos sitios donde se podía gastar dinero en Gin Reach eran la taberna y la posada.

Cuando Ewen vio a la bruja, le costó reconocerla. La mujer a la que recordaba era blanca como el papel, de edad indeterminada, con unos ojos como dagas. Quizá tuviera veinte años, o quizá cincuenta. Sin embargo, la mujer a la que veía ahora tenía las mejillas coloradas y parecía estar en plena juventud. Su pelo, que cuando Ewen la había visto por última vez era del color de la paja descolorida por el sol, tenía ahora un tono saludable y dorado. Había cambiado mucho, sí, pero

aun así la reconoció cuando la vio plantada ante la puerta de la posada. Ella no lo vio, porque, nada más detectar su presencia, Ewen se escondió en un estrecho callejón entre dos casas.

Esa noche, Bradshaw y él hablaron largo y tendido sobre lo que podían hacer. Bradshaw dijo que ya sabían qué poderes tenía Brenna: controlar a un hombre, por muy fuerte que fuera, con solo una mirada. Ninguno de los dos se atrevía a intentar apresarla, ni siquiera siendo dos contra uno. Pero Bradshaw insistió en que tenía que avisar a Maza, y en que uno de ellos debía quedarse en Gin Reach mientras el otro le llevaba el mensaje.

Ewen no quería quedarse allí. Ese día, en cuanto había empezado a seguirla, había tenido la sensación, a cada momento, de que Brenna se daría la vuelta y lo fulminaría con la mirada. No se había atrevido a seguirla cuando ella se adentró en el desierto, pues allí no habría tenido dónde esconderse, y, de todas formas, hasta Ewen sabía lo que era el Sequedal. Su padre solía decir que al desierto le gustaba enseñarte imágenes ficticias, cosas que en realidad no existían, para desorientarte y hacer que te perdieras. Muchos hombres habían muerto de sed persiguiendo aquellas imágenes mentales. Ewen esperó delante de la posada hasta que Brenna regresó al anochecer y se metió dentro, y entonces él volvió a la habitación del sótano que compartía con Bradshaw; se sentía como un ratón al que un halcón ha perdonado la vida. No, no quería quedarse allí vigilando a Brenna.

Pero la alternativa era aún peor. Llevaban dos semanas en Gin Reach, y el general Hall tal vez hubiera tenido que moverse. Si el regimiento no estaba donde ellos lo habían dejado, en el sur del Almont, decía Bradshaw, el mensajero tendría que ir hasta Mortmesne y buscar a Maza allí.

¡Mortmesne! Un país terrible, un lugar de oscuridad, fuego y crueldad. Ewen no quería quedarse solo en Gin Reach, pero tampoco deseaba visitar el reino del mal. Bradshaw insistía en que Mortmesne no era tan malo como él creía, pero Ewen no quería comprobarlo. El simple hecho de mencionar el viaje bastaba para que le dieran arcadas.

—Bueno, uno de los dos tiene que ir —sentenció Bradshaw—. Y si soy yo, deberás andarte con mucho cuidado, Ewen. Esa bruja no puede verte, porque, si eso ocurre, estás perdido. ¿Me has entendido?

Ewen asintió, desanimado. Bradshaw se marchó, y, desde aquel día, Ewen se había convertido en espía. No era un trabajo fácil, pues todos los días tenía que encontrar una forma nueva y original de vigilar la posada, no solo para que Brenna no lo viera, sino también para que los aldeanos no sospecharan de él. Solía ir a la taberna, que estaba un poco más allá, en la misma calle que la

posada, y desde allí vigilaba la entrada. Pero eso tampoco era fácil, porque Ewen no bebía. Mucho tiempo atrás, su padre lo había prevenido sobre la cerveza, advirtiéndole que no haría otra cosa que causarle problemas, y le había prohibido a su hijo probar cualquier tipo de licor. Para él no suponía ningún sacrificio: solo había probado el whisky una vez, por Navidad, y le había parecido que sabía a vinagre malo. Sin embargo, las restricciones que le había impuesto su padre suponían un inconveniente ahora, cuando Ewen intentaba pasar todo el día en una taberna. Hasta él sabía que para pasarte todo el día en una taberna tenías que ser un borracho. Se planteó pedir una cerveza y bebérsela a pequeños sorbos, muy despacio, pero al final no pudo. Su padre había muerto, sí, pero eso solo hacía que sus normas fueran aún más poderosas, en lugar de lo contrario. Ewen no podía infringirlas.

Le dijo al tabernero que estaba esperando a que llegara un amigo suyo a la aldea, y, tras charlar un rato, acordaron que Ewen bebería agua y pagaría como si hubiera bebido cerveza. Ewen temía que el hombre comentara con alguien aquel extraño acuerdo, pero no debería haberse preocupado; a menos que la conversación tuviera que ver con el dinero o el alcohol, el tabernero no parecía interesado en hablar en absoluto. No le importaba que Ewen se quedara sentado al final de la barra, bebiendo un vaso de agua tras otro, levantándose solo de vez en cuando para utilizar el lavabo mugriento del fondo de la taberna.

El trabajo de espía era muy aburrido, y al segundo día Ewen se llevó su lápiz y su papel y empezó a dibujar a la gente que entraba en la taberna y el trozo de calle que veía desde allí. Sabía que sus dibujos no eran muy buenos, pero al menos el tabernero los apreciaba; al cabo de varias horas de aparente desinterés, se acercó para ver dibujar a Ewen. Unas horas más tarde, le preguntó si le dejaba dibujar algo. Ewen le dio un trozo de papel y un cabo de lápiz. Se preguntó si en Gin Reach habría alguien que dibujara. La verdad era que allí no había mucha inspiración; el paisaje circundante era tan inhóspito como Ewen se lo había imaginado. Él dibujaba personas, edificios, el cielo, pero sus ojos nunca perdían de vista la puerta de la posada.

En un par de ocasiones más, Brenna salió de la posada y subió por la calle principal, y a continuación salió de la aldea y se adentró en el desierto. Parecía que deambulaba sin rumbo fijo, pero no del todo, y al tercer día Ewen ya había empezado a preguntarse qué debía de estar haciendo allí y por qué no hacía lo mismo que los otros viajeros, que solo se detenían en Gin Reach para equiparse antes de aventurarse a cruzar el Sequedal. Brenna no entró en las pocas tiendas que cumplían ese propósito, ni intentó comprar nada, ni siquiera comida. De hecho, salvo por aquellas

incursiones en el desierto, no salía para nada de la posada. Ewen creía tener una explicación para eso: liberada de aquella palidez enfermiza que tenía antes, Brenna era una mujer bastante hermosa, y, cuando caminaba por la calle, los hombres volvían la cabeza. Sin embargo, conservaba el aspecto intimidante, y nadie había intentado hablar con ella ni seguirla al desierto. Pero no podía negarse que llamaba la atención, y Ewen intuía que ella habría preferido que no fuera así. Brenna estaba esperando algo, y tenía mucho cuidado. Ewen solo podía vigilarla durante el día, y no sabía qué hacía mientras él dormía. Al cuarto día después de la partida de Bradshaw, llegaron dos viajeras más a la posada. Iban muy tapadas, pero Ewen no tuvo la impresión de que pudieran suponer ninguna amenaza, pues la mayoría de los viajeros que llegaban a Gin Reach se ocupaban de sus asuntos y no se metían con los demás. Brenna no salió a recibir a las recién llegadas, así que Ewen se olvidó de ellas y siguió dibujando.

Aquella noche nadie pudo dormir. Se había formado una tormenta en el desierto, una tormenta como nada que Ewen hubiera visto jamás. Unos rayos espectaculares agrietaban el cielo de una punta a otra del horizonte, y los truenos eran tan fuertes que sacudían todos los edificios de la calle. A Ewen le daban miedo los truenos, y sabía que no podría pegar ojo con una tormenta como aquella, y mucho menos estando solo en su habitación del sótano. Se quedó en la taberna hasta tarde, y por lo visto el resto de los aldeanos tuvieron la misma idea, porque todas las mesas del local estaban llenas. El tabernero tenía tanto trabajo que, cuando Ewen se terminó el agua, le puso una jarra llena delante y se marchó corriendo sin cobrarle siquiera.

Allí había demasiado ruido para que Ewen dibujara a gusto, así que apoyó la cabeza en la barra y siguió vigilando la ventana. Cada pocos segundos se veía un relámpago, y toda la calle quedaba iluminada durante unos largos segundos por una luz azulada. Pese a los truenos, a Ewen empezaron a pesarle los párpados. Era casi medianoche, y él solo había aguantado despierto hasta esas altas horas tres veces en su vida, las tres Navidades antes de empezar a trabajar en la mazmorra de la Ciudadela. No sabía si el tabernero le dejaría quedarse dormido con la cabeza apoyada en la barra. Los truenos amenazaban con resquebrajar el cielo, pero Ewen no estaba tan asustado como había previsto. ¿Quién iba a decir que algún día saldría de Nueva Londres, viajaría hasta la otra punta del nuevo mundo y se las apañaría él solo en un pueblo desconocido? Le habría gustado contárselo a su padre, pero su padre...

Se enderezó de golpe. Había vuelto a estallar un relámpago, y, aunque el reflejo de la farola en el cristal de la ventana no le dejaba distinguir bien el exterior, le pareció ver que una figura

cubierta con una capa sacaba algo por la puerta de la posada.

Ewen bajó del taburete y se colocó junto a la ventana. Apenas distinguía nada en la oscura calle, solo el contorno de la fachada de la posada. Entonces estalló otro relámpago y vio un carro parado delante de la posada y distinguió un bulto en la parte de atrás.

Ewen se olvidó de sus papeles y sus lápices, que seguían encima de la barra, y salió a la calle. Quedó empapado al momento. La tormenta era tan violenta que ya no oía nada de la taberna que tenía detrás. Quería echarle un vistazo a aquel carro, pero nada más salir de debajo del toldo de la taberna estalló otro relámpago que iluminó la silueta oscura que había delante de la posada. Ewen retrocedió y se escondió entre las sombras. Volvía a estar todo oscuro; entonces otro relámpago le mostró el perfil de la bruja bajo la capucha de la capa. Movía la cabeza de un lado a otro, como un perro que ha detectado un rastro. Ewen se pegó contra la pared, rezando para que ella no lo viera, para que aquellos ojos claros no lo detectaran...

Al cabo de una eternidad, Brenna salió del umbral de la posada y bajó los escalones. El siguiente relámpago reveló que llevaba otro fardo cargado sobre un hombro, y Ewen se dio cuenta, horrorizado, de que el fardo tenía el tamaño de una persona. Él no había visto lo que Brenna le había hecho a Will en la Ciudadela, pero había oído contar muchas historias en las dependencias de la Guardia Real. Elston decía que, cuando Brenna había acabado con Will, este había quedado reducido a carne picada.

Brenna subió al asiento del carro y cogió las riendas. Ewen se dio cuenta de que se marchaba, y su primera reacción fue de profundo alivio. La bruja no tramaba nada bueno; hasta cabía la posibilidad de que hubiera matado a alguien. Pero ahora se marchaba, se iba de Gin Reach, y dejaría de ser un problema para Ewen. Cuando regresara Bradshaw, podrían marcharse de aquella aldea horrible en los confines del mundo y regresar a Nueva Londres, donde Ewen volvería a la vida que conocía, junto a sus hermanos.

Pero entonces se desanimó, porque se dio cuenta de que aquello no era del todo cierto. Maza le había ordenado que vigilara por si veía cualquier cosa extraña, y él acababa de ver a una bruja transportando unos bultos que parecían personas en medio de la noche. Es más, Brenna era una prisionera fugada, y, mucho antes de que Ewen hablara con Maza, él era, ante todo, un carcelero. Su padre le había enseñado el oficio, lo había escogido a él a pesar de que sus hermanos eran más listos y más valientes, y él jamás había dejado escapar a un prisionero.

Miró por la ventana de la taberna, pero dentro todos seguían hablando y bebiendo. Quizá

podiera pedirle ayuda al tabernero... Pero no, el tabernero no habría salido del local por nada del mundo. ¡Ojalá estuviera allí Bradshaw para decirle lo que tenía que hacer! Pero no había tiempo. El cielo volvió a relampaguear, y Ewen vio que el carro se había puesto en marcha. Se tanteó la cintura y comprobó que todavía llevaba su puñal. Maza nunca le había dejado llevar espada. De todas formas, Ewen no habría sabido utilizarla, y ni siquiera se defendía muy bien con el puñal. Eso le había dicho Venner.

«No eres un verdadero guardia real», volvió a pensar. Hasta los verdaderos guardias reales le tenían miedo a Brenna, pero allí no había nadie más. La ayuda no iba a llegar a tiempo.

—Voy a ir, padre —musitó bajo la lluvia—. Voy a ir, ¿de acuerdo? Se separó de la pared y empezó a andar por la calle, detrás del carro.

Cuando Kelsea despertó, lo primero que notó fue que tenía las manos atadas detrás de la espalda y después que estaba empapada. Se encontraba en el suelo de un carro en marcha, y se preguntó, perpleja, si todavía no habría llegado a Mortmesne, si los últimos meses no habrían sido más que un largo y profundo sueño. Abrió los ojos y no vio nada, pero entonces un relámpago iluminó el cielo y comprobó, aliviada, que aquel carro era diferente, más pequeño. A su lado había un gran bulto, y con el siguiente relámpago Kelsea distinguió unos ojos oscuros bajo una capucha: era la Reina Roja.

«Brenna.» Kelsea se dio la vuelta y vio que una figura encapuchada conducía el carro. Lo último que recordaba era haber oído la voz de Brenna en la oscuridad. La Reina Roja tenía una mancha de sangre en la frente; ¿las habían dejado inconscientes a las dos? Kelsea había recibido demasiados golpes en la cabeza últimamente, pero lo que ahora temía no era una conmoción. No sabía cómo había logrado huir Brenna de la Ciudadela, pero no cabía duda de que no había ido a Gin Reach por casualidad. Había ido a buscarla a ella; habría ido a cualquier sitio a buscar a cualquiera que le hubiera hecho daño a Arlen Thorne. La joven se retorció inútilmente y trató de comprobar si todavía tenía el zafiro de Tear. No lo consiguió. De todos modos, ¿le habría servido de algo allí? Se rumoreaba que Brenna era una bruja, pero sus verdaderos poderes eran una incógnita.

El carro se detuvo, y Kelsea cerró los ojos y golpeó a la Reina Roja con el codo para que hiciera lo mismo. Fuera lo que fuese Brenna, tenía una fuerza prodigiosa; bajó a Kelsea del carro como si no pesara nada, le quitó la capa y la tiró al suelo. Kelsea entrecerró los ojos y trató de determinar dónde se encontraban, pero, a pesar de la intensa luz de los relámpagos, no alcanzaba a ver nada más que la fuerte lluvia. El suelo que tenía bajo la mejilla parecía de arena. Debían de estar

en el desierto.

Brenna la cogió y la separó un poco del carro. Kelsea intentó hacerse la muerta, pero Brenna le tocó las costillas, y Kelsea no pudo evitar un movimiento reflejo.

—No te molestes, Reina Verdadera —masculló Brenna—. Ya sé que hace un rato que estabas despierta. No te servirá de nada fingir que estás inconsciente.

—¿Qué pretendes? —le preguntó Kelsea. Brenna no contestó, pero el siguiente relámpago reveló su macabra sonrisa. Parecía diferente, más joven, pero Kelsea no pudo apreciar bien el cambio antes de que volviera a hacerse la oscuridad. Unos cuantos pasos más y la lluvia dejó de azotarle la cara y el cuerpo; habían llegado a algún tipo de edificio. Brenna la tiró sin ceremonia al suelo de piedra, y Kelsea gritó al parar el golpe con el codo.

—Espérame aquí, reinecita. No me olvidaré de ti. Kelsea apretó los dientes e intentó incorporarse. Con las manos atadas detrás de la espalda, lo más que pudo hacer fue contonearse en el suelo. Desesperada, agachó la cabeza para mirarse el pecho y vio que el zafiro asomaba por debajo de su camisa. Pero no, no era el que necesitaba, sino el otro. El zafiro de Tear no servía para infligir daño. En aquella situación habría necesitado el zafiro de Finn, pero se lo había devuelto a la Reina Roja. ¿Por qué lo había hecho? Ya no se acordaba, y su memoria solo le ofreció una fugaz visión de la cara de Arlen Thorne.

Brenna regresó al cabo de un minuto; Kelsea oyó el sonido crispante de sus pasos por el suelo de piedra. A continuación oyó un golpazo y un grito, y la Reina Roja cayó a su lado, y entonces Brenna se marchó.

—¿Quién es? —preguntó la Reina Roja con un hilo de voz. —Brenna. La bruja de Arlen Thorne. —Bruja, ya lo creo. No la encuentro por ninguna parte. Kelsea asintió. Brenna era como Row Finn; nunca había existido claramente dentro de la mente de Kelsea, como sí parecían existir otras personas. Después de la Travesía habían nacido muchos niños con peculiaridades que habían ido transmitiéndose hasta la actualidad de forma impredecible. El Tearling estaba lleno de magia, solo tenías que fijarte bien; en muchos casos se remontaba a aquel momento, al paso de los barcos a través del agujero que se había abierto en el horizonte. Pero ¿realmente era la Travesía el origen de aquello, o lo era el zafiro de Tear, el zafiro que se ocultaba bajo el suelo del Tearling?

«¿Qué nos ha hecho? —se preguntó la joven, momentáneamente distraída—. ¿Qué nos ha hecho a todos?»

Se encendió una cerilla, y Kelsea vio la silueta de Brenna al fondo de la habitación, inclinada

sobre un montón de palos. Se hallaban en un edificio de piedra sin ventanas. Kelsea oía el repiqueteo de la lluvia en el tejado de madera. Parecía un edificio abandonado; lo único que quedaba de los muebles eran unos cuantos trozos de madera en un rincón.

Brenna se enderezó y dio unas palmadas para limpiarse las cenizas, y Kelsea vio que no se había equivocado: Brenna había cambiado mucho. El pelo, antes blanco, era de color miel, y tenía las mejillas coloradas y luminosas.

—¿Ya no eres albina? —le preguntó. —Nunca lo he sido. La gente tiende a creerse lo primero que ve. —Entonces ¿qué eres? —preguntó la Reina Roja. Kelsea comprendió que intentaba ganar tiempo, pero ¿de qué les iba a servir eso allí? Aunque Maza y Pen les hubieran seguido el rastro desde Demesne, jamás las encontrarían en un sitio como aquel. Brenna no había encontrado una casa abandonada en medio del desierto por casualidad. Era evidente que había elegido aquel lugar.

—¡Reina mort! Mi amo hablaba de ti a menudo. —Brenna le echó un vistazo al fuego, que había cobrado fuerza y proyectaba sombras en las paredes—. Esperaremos a que el fuego haya crecido un poco, y así podremos vernos bien. Si no, esto no será tan divertido.

—¿Qué eres? —le preguntó Kelsea imitando a la Reina Roja. Ganar un poco de tiempo era mejor que nada.

—Soy una herramienta. Una herramienta muy útil para mi amo. —¿Qué clase de herramienta? —No conseguirás distraerme, zorra. Pero te lo diré, porque forma parte del espectáculo.

Pronunció esa última palabra con deleite, y Kelsea se estremeció. Aquello olía a tortura, cualquiera que fuese. El entusiasmo de la mujer no podía deberse a otra cosa.

»Antes siquiera de que aprendiera a andar, nuestros cuidadores de la Guardería se dieron cuenta de que yo poseía un talento especial —continuó Brenna—. Absorbo el dolor. No el dolor físico, sino el dolor de la mente, del corazón. Podía coger los peores recuerdos de un hombre, las cosas más terribles que hubiera hecho o que le hubieran hecho a él, y absorberlos. Durante la hora por la que habían pagado, mis clientes se veían libres de preocupaciones. —Supongo que la gente debía de pagar mucho dinero por eso. —Sí, ya lo creo. —Brenna se agachó y comprobó las ataduras de Kelsea—. Pero su alivio solo era pasajero. Finalizada la hora, recuperaban su dolor.

—Ah —murmuró Kelsea; ahora entendía el extraño valor de aquella mujer. Para según quién, venía a ser como un suministro de morfina para toda la vida—. ¿Y Thorne?

Brenna le estampó la cara contra el suelo. Kelsea notó sabor a sangre en la boca.

—No pronuncies su nombre. Vi lo que le hiciste. Vi... —Se interrumpió. Por un momento pareció que se distraía, pero Kelsea no supo qué hacer con su distracción. La Reina Roja intentaba incorporarse, pero no estaba teniendo más éxito que Kelsea. Lo único que podían hacer era ganar tiempo.

—¿Qué hiciste por tu amo? —preguntó la joven. —Cogí su dolor y lo guardé. —Brenna tenía las facciones relajadas, casi hermosas. Sus ojos eran de un azul frío y profundo—. Nunca le devolví su dolor. Eso me robaba la vida, me robaba la juventud y me dejaba pálida, pero yo guardaba su dolor para que él pudiera hacer las cosas que tenía que hacer. Para protegernos.

Kelsea cerró los ojos. Había juzgado mal a Thorne: lo había considerado un puro sociópata, pero no lo era. Thorne había sentido dolor al morir, mucho dolor, un dolor mucho mayor que el de las heridas que Kelsea le había infligido. Brenna ya no había podido ayudarlo.

—Entonces eres un conducto, ¿no? —le preguntó la Reina Roja en tear—. Un conducto para drenar el dolor.

—A veces. —Brenna compuso una sonrisa tan salvaje que Kelsea volvió a estremecerse—. Pero tengo otros talentos. Mi amo casi nunca los necesitaba, pero creo que aquí nos van a ser muy útiles.

Agarró a la Reina Roja por el pelo y la levantó hasta sentarla. La Reina Roja gruñó de dolor, pero no gritó, que era lo que Brenna pretendía.

—Mi amo me habló muchas veces de ti, zorra mort. Intentaste engañarlo y creíste que te saldrías con la tuya. Serás una buena exhibición.

—Una exhibición ¿de qué? Brenna se puso en cuclillas y miró a la Reina Roja a los ojos. Esta intentó desviar la mirada, pero no pudo, y poco a poco su cabeza fue quedándose quieta, y su mirada fija en un punto, o en algo que Kelsea no podía ver, y abrió la boca en un gesto de horror.

—Domino el dolor —comentó Brenna, casi con indiferencia, pero sin dejar de mirar fijamente a la Reina Roja—. Lo manipulo. Puedo extraerlo si quiero. Pero también puedo magnificarlo.

La Reina Roja empezó a emitir un agudo chillido, parecido al de un cerdo en el matadero. Kelsea cerró los ojos, pero no podía hacer nada para dejar de oír aquel sonido espeluznante.

—Piensa en lo peor que jamás hayas hecho, en lo peor que jamás te haya pasado —le susurró Brenna—. Yo puedo llevarte allí.

Cesaron los chillidos. La Reina Roja tenía los ojos en blanco. Tenía la cara cubierta de sudor

y un hilo de baba empezaba a caer de su boca. Le temblaba todo el cuerpo.

—¡Basta! —gritó Kelsea—. ¡No tienes ningún motivo para hacerle esto! —Engañó a mi amo —replicó Brenna—. Es motivo suficiente, pero no el único. Quiero que veas lo que tengo preparado para ti, zorra tear. Esta exhibición es para ti.

—¡Madre! —gimió la Reina Roja. —Creo que ya podemos soltarla —dijo Brenna, y se incorporó. Sacó un puñal, se inclinó y empezó a cortar las ataduras a la Reina Roja—. No va a ir a ningún sitio. Así el espectáculo será mejor.

—¡Lo siento, madre! —gritó la Reina Roja, y Kelsea vio que las lágrimas resbalaban por sus mejillas mientras las palabras salían en tropel por su boca—. ¡No, por favor! ¡No, madre! ¡Me portaré bien, te lo prometo! ¡No me vendas!

Se llevó las manos, ahora desatadas, a la cara, y se hizo unos profundos arañazos en una mejilla. La herida empezó a sangrar, y la sangre resbaló por su cuello. Kelsea se dio la vuelta y vomitó.

—¿Tú también tienes malos recuerdos, Kelsea Glynn? —le preguntó Brenna en voz baja—. ¿Algo de lo que te arrepientas? ¿Algo de lo que hayas intentado huir?

Kelsea intentó protegerse de esas palabras, pero Brenna se acercó a ella, la cogió por el pelo y le levantó la cabeza.

—Yo lo encontraré. Sea lo que sea, créeme, lo encontraré, y volverá a pasarte una y otra vez, hasta que ya no sepas nada más.

Kelsea cerró los ojos, decidida a que su mirada no se encontrara con la de Brenna. Esta la soltó y la tumbó boca arriba, y, al cabo de un momento, Kelsea notó unos pellizcos en los párpados.

—Ábrelos —dijo Brenna—. Ábrelos, o te los arrancaré. Unos pasos más allá, la Reina Roja seguía sollozando y suplicándole a su madre invisible. Era un sonido terrible, pero la perspectiva de quedarse ciega era peor. Kelsea abrió los ojos y vio la cara de Brenna muy cerca de la suya.

—¿Dónde está? —susurró Brenna, y Kelsea comprendió, horrorizada, que sentía a la mujer dentro de su cabeza, buscando, hurgando—. ¿Dónde está esa cosa, la peor cosa?

«¿Esto es lo que yo hacía?», se preguntó Kelsea, atónita. Brenna rebusca por su mente con la delicadeza de un ladrón que registra un cajón lleno de ropa; era como si la aporrearan por dentro. Kelsea intentó evitar el contacto visual, pero no podía mirar para otro lado ni cerrar los ojos.

«¿Yo hacía esto?» —Muy enterrados —masculló Brenna. Y Kelsea se dio cuenta, aterrorizada, de que Brenna estaba llegando a un rincón muy oscuro y profundo de su mente: los

recuerdos de Lily, la vida de Lily antes de la Travesía, un miedo constante salpicado de notas de violencia y violación. La terrible vida de Lily, que Kelsea se había visto obligada a vivir también.

—Ah —murmuró Brenna, regodeándose—. Ahora te veo. Kelsea dio una fuerte sacudida, y su cuerpo se arqueó y se levantó del suelo. Pero seguía sin poder interrumpir el contacto visual. No lejos de ella, oyó a la Reina Roja atragantándose.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Brenna, socarrona. Le hizo cosquillas a Kelsea en las costillas, y la joven se retorció, pero no conseguía desviar la mirada. Notaba que los recuerdos de Lily trepaban desde aquel agujero oscuro de su mente, escarbando y tratando de agarrarse. Greg Mayhew, el comandante Langer, aquel animal llamado Parker, pronto todos llegarían hasta ella, y entonces...

—Déjala en paz.

Brenna se apartó de un salto. El contacto se había roto dentro de la cabeza de Kelsea; la joven gimió aliviada, y los recuerdos de Lily volvieron a hundirse en lo más oscuro de su mente, donde debían estar. Tenía los ojos reseco y doloridos; tuvo que parpadear varias veces seguidas y entonces pudo enfocar la figura que estaba en el umbral. Allí encontró a la última persona a la que podía haber imaginado que vería: Ewen, el carcelero de la Ciudadela.

—¡Corre, Ewen! —gritó Kelsea. Ewen blandía un puñal, pero tenía los ojos muy abiertos y la mirada de un niño que tiene miedo a la oscuridad. Kelsea no soportaba pensar que Ewen fuera a morir allí; ya cargaba con demasiadas muertes.

—Sí, vete de aquí, chico —dijo Brenna con desprecio—. Esto no es asunto tuyo.

—Esa es la reina del Tearling —replicó Ewen con voz temblorosa—, y yo soy guardia real. Claro que es asunto mío. Deja en paz a la reina.

—¡Guardia real! —repitió Brenna con sorna—. No eres más que un juguete para ellos, una mascota. Ni siquiera llevas espada.

A Ewen le dolieron esas palabras; ya estaba pálido, pero palideció aún más y dio una gran bocanada de aire. Aun así, levantó el puñal y dio un paso más.

—¡No la mires, Ewen! —gritó Kelsea. Los gargarismos venían de su izquierda, y cuando se dio la vuelta vio que la Reina Roja estaba estrangulándose a sí misma. Haciendo un gran esfuerzo, Kelsea se puso boca abajo y empezó a arrastrarse hacia ella.

—¡Evelyn! Con la mirada perdida, la Reina Roja se quitó las manos del cuello y las llevó hacia abajo, con los dedos flexionados como garras. Entonces, de un solo zarpazo, se abrió una

profunda herida en el muslo derecho. Kelsea intentó sujetarle las manos, pero no consiguió agarrárselas.

—¡Evelyn, despierta! —¿Madre? —susurró la Reina Roja, y, horrorizada, Kelsea se dio cuenta de que la Reina Roja intentaba alcanzarla.

Retrocedió, pero la Reina Roja siguió arrastrándose hacia ella, con los brazos estirados, intentando asir el aire.

—Madre —gemía entre sollozos—. Lo siento, no debí huir. Brenna había acorralado a Ewen, y ahora se dirigía hacia él, despacio, con el puñal escondido detrás de la espalda y con una sonrisa en los labios.

—Vamos a hablar de eso, muchacho. Ven aquí, mírame. —¡No! —gritó Kelsea, pero, impotente, vio que Ewen ya estaba atrapado, pues miraba fijamente a Brenna, con los ojos como platos y la boca abierta.

Kelsea notó una ligera presión en un tobillo, miró hacia abajo y gritó; la Reina Roja le acariciaba el pie y la miraba desde abajo con una sonrisa manchada de sangre.

—¿Madre? Sollozando, Kelsea se apartó y se arrastró hacia Ewen, desesperada por separarlo de Brenna. Se dio impulso con el codo bueno, empujando al mismo tiempo con un pie; llamó a Ewen a gritos, pero sabía que avanzaba demasiado despacio, que no llegaría a tiempo. Y entonces miró hacia arriba, desconcertada, cuando la voz de Ewen resonó por la habitación de paredes de piedra.

—Veo que tienes un puñal detrás de la espalda. La sonrisa se borró de los labios de Brenna. Se quedó mirando a Ewen con los ojos muy abiertos y los dientes apretados, concentrada.

—Ahora soltarás el puñal. El rostro de Brenna se crispó de rabia, tanta rabia que Kelsea la notó desde el otro extremo de la habitación, como si recibiera una oleada de calor. Ewen avanzó blandiendo su puñal; Brenna lo miraba con los ojos como platos.

—No puedes —dijo con un hilo de voz—. No puedes ser... —Tira el puñal —volvió a ordenarle Ewen, y Kelsea se preguntó si estaría soñando.

El muchacho casi doblaba a Brenna en estatura, pese a que, hacía solo un instante, Kelsea habría jurado que Brenna era la más corpulenta de los dos; ella retrocedió hacia el fuego, apartándose de él. Iba dando estocadas al aire, pero Ewen seguía fuera de su alcance.

—Suéltalo. —¡No! —Suéltalo —repitió Ewen. Su semblante era como un muro, paciente y testarudo, y de pronto Kelsea entendió lo que estaba pasando: Brenna había escogido un mal

objetivo. Dentro de Ewen no había nada a lo que el tipo de sufrimiento de Brenna pudiera conectarse, porque el muchacho era diferente.

«Bueno.» —¿Dónde está? —gritó Brenna sin desviar la mirada de la cara de Ewen. Volvió a atacarlo con su puñal, pero esta vez quiso ir demasiado lejos y perdió el equilibrio, y cayó hacia delante. Ewen fue a cogerla, y ella le hizo una herida en el brazo; entonces tropezó y cayó hacia atrás, hacia el fuego. —¡Cógela! —gritó Kelsea, contorsionándose enérgicamente. Ewen intentaba apartar a Brenna del fuego; se quemó una mano y dio un grito. Los chillidos de Brenna resonaban por el pequeño edificio de piedra, hasta que Ewen consiguió tirar de ella, pero se le había prendido el grueso vestido, y no había nada con lo que extinguir las llamas. Brenna gritaba de dolor mientras Ewen la contemplaba sin saber qué hacer. Un olor repugnante empezaba a impregnar la atmósfera, un olor que Kelsea recordaba muy bien del Argive.

—¡Hazla rodar! —le gritó—. ¡Hazla rodar por el suelo! Ewen tomó aire y empezó a empujar a Brenna con el pie, tratando de apagar las llamas. Pero Kelsea sabía que ya era demasiado tarde. Brenna había dejado de gritar.

—Glynn. Miró hacia abajo y vio a la Reina Roja tumbada a su lado. Tenía los ojos entreabiertos, y Kelsea vio un brillo rojizo entre los párpados. Algo despertó dentro de la joven, un instinto atávico que la prevenía de un peligro, pero dijo:

—¿Estáis bien? —No. —La Reina Roja se miró el cuerpo, cubierto de heridas y ensangrentado

—. Pero al menos he vuelto.

—¿Majestad? —dijo Ewen con la voz quebrada—. Majestad, lo he intentado, pero... Creo que...

—Ven aquí, Ewen. —Majestad... —Necesito que me cortes las ataduras. Ewen se levantó y fue corriendo hacia ella con el puñal. Kelsea se colocó de lado mientras él empezaba a cortar las cuerdas, hasta que de pronto sus muñecas quedaron libres y pudo llevarlas delante del cuerpo y aliviar la tensión de los hombros.

—Escúchame bien, Ewen. Me habría matado. Me habría torturado solo por placer, y luego me habría matado. Y también te habría matado a ti si hubiera podido agarrarte. Pero tú no la has matado. Tú le has pedido a una prisionera que te entregue su arma, y ella se ha negado a dártela.

Ewen asintió, pero su rostro se había ensombrecido, y Kelsea sabía que aquella sombra no se disiparía fácilmente.

—¿Qué haces aquí, Ewen? —El capitán, majestad. Él nos ordenó venir. A Bradshaw y a mí. —¿El mago? ¿Está aquí? —No, Señora. Fue a buscar al capitán, hace ya unos días. Aquí solo estoy yo. Kelsea se levantó, cruzó la habitación y se quedó al lado de Brenna. Su cuerpo estaba ennegrecido, y Kelsea sintió una punzada de dolor. Había odiado a esa mujer, pero, en el fondo, el rencor que ella le guardaba era legítimo. La verdad llevaba semanas mirando a Kelsea a los ojos: ejecutar a Thorne había sido un grave error, y la forma en que lo había ejecutado, aún peor.

—Ewen —masculló—. En ese carro que hay allí fuera encontrarás unas capas. Tráelas.

Ewen salió a toda prisa; su rostro delataba el alivio que sentía por tener que realizar una tarea fácil. Kelsea inspiró hondo y lo lamentó de inmediato; el aire apestaba a carne quemada.

—Glynn —volvió a susurrar la Reina Roja, y Kelsea se puso en cuclillas a su lado, y de paso recogió el puñal de Brenna.

—Cuando volvamos a la aldea —le dijo a la Reina Roja—, os curaremos las heridas.

—No hace falta. Mirad. Kelsea miró hacia abajo y vio que las heridas que la Reina Roja tenía en los muslos ya estaban empezando a cicatrizar por sí solas.

Ewen entró corriendo con las capas, y Kelsea le pidió que tapara con ellas el cadáver de Brenna. Tenía intención de incinerar los restos, pero no era necesario que lo viera Ewen.

—Glynn —volvió a decir la Reina Roja con voz ronca—. Haced salir al muchacho.

Kelsea le hizo una seña a Ewen, y este titubeó un momento, pero luego salió de la barraca y

cerró la puerta. Kelsea miró a la Reina Roja y volvió a ver un destello rojizo en sus ojos.

—Estoy cambiando —dijo la Reina Roja sin vacilar—. Me estoy convirtiendo en otra cosa. Ya no puedo controlarme. Mi sangre me pide que te mate, y yo quiero escucharla.

Kelsea se apartó. —Podría alimentarme de carne. De alguna forma, siempre lo he hecho, durante todos los años de mi reinado. —La Reina Roja sonrió; sus ojos eran dos focos de un rojo intenso—. Pero que me controle otro, sin gobernar nunca mi propio destino... Eso ya lo viví hace muchos años. No lo soportaría otra vez.

—¿Qué os pasó? La Reina Roja le tendió una mano, y Kelsea vio que en la palma tenía el zafiro de Finn.

—¿Queréis verlo, Glynn? Si lo veis, debéis hacerme un gran favor a cambio. «Un gran favor.» Esas palabras resonaron en la cabeza de Kelsea, y de pronto vio a Mhurn, su cara sonriente mientras ella le cortaba el cuello. De pronto se asustó mucho más que cuando se había despertado y había encontrado a Brenna inclinada sobre su cama en la oscuridad.

—No os he matado antes. ¿Qué os hace pensar que voy a mataros ahora? —No es lo mismo, Glynn. Ahora os lo estoy suplicando. Kelsea cerró los ojos. Notó algo en la mano, y cuando miró hacia abajo vio que la Reina Roja estaba abriéndole el puño; le puso el zafiro de Finn en la palma y entonces volvió a cerrarle fuertemente la mano.

—Sé lo que teméis —musitó la Reina Roja. El brillo rojizo de sus ojos volvió a intensificarse—. Teméis convertirlos en mí.

Se equivocaba. Kelsea no quería convertirse en la Reina Roja, pero eso no era lo que le impedía dormir por las noches. Lo que temía más que nada era convertirse en su madre.

—Es lógico que lo temáis. Pero la muerte es flexible. Es muy diferente un asesinato a sangre fría que evitarle a alguien una agonía. Y yo os lo estoy suplicando, Glynn.

Kelsea miró el zafiro de Finn. No lo quería, no podía ponérselo, pero tampoco podía rechazarlo. Los objetos poderosos había que vigilarlos. Si ella era una Tear, como aseguraban el Traedor y Finn, su familia llevaba mucho tiempo custodiando aquellos objetos.

—Yo no puedo matarme, Glynn. No tengo ese poder. Pero creo que vos sí podríais, y sin salir perjudicada. Vos podéis convertirlos en lo que queráis ser.

Kelsea estuvo a punto de hacer una mueca de dolor al oír esas palabras. Volvió a ver a Mhurn sonriendo mientras Coryn le clavaba la aguja en el brazo. En aquel momento, Kelsea había pensado que era un acto de piedad, pero ¿lo era? La Reina Roja yacía ante ella, pero no aquel cuerpo

maltrecho, sino la mujer que había debajo, un contorno de luz roja. Sin embargo, la Reina Roja se apagaba, pues había algo más que la superaba.

—No me queda mucho tiempo, Glynn. Miradme y ved. Kelsea miró, y casi se echa hacia atrás, aterrada. La mente de la mujer, que tanto se le había resistido otras veces, estaba ahora abierta de par en par, una vasta y bulliciosa metrópolis de pensamientos, ideas, recuerdos y remordimientos. Sonidos, imágenes, sentimientos: todo ello embistió a Kelsea como una gran marea, tan potente que temió ahogarse.

Al fondo, al final de todo, estaba la madre, atrapada en una gran telaraña de sentimientos contradictorios: amor, odio, celos, nostalgia, arrepentimiento, pena. La Reina Hermosa veía a Evelyn como un peón, del mismo modo que Evelyn veía ahora a los demás, un ciclo que a Kelsea le parecía inevitable, y esa idea tan triste estuvo a punto de hacerla abandonar y retirarse de la mente de la Reina Roja. Pero no se apartó, porque, como siempre, la historia era cautivadora, y valía la pena sufrir lo que fuera para llegar al final.

Cuando Evelyn tenía catorce años, el rey del Cadare ofreció una alianza al Tearling, un complicado trueque que implicaba caballos, madera, piedras preciosas y oro. Las negociaciones habían sido largas y arduas, y habían durado meses. Al final, los dos embajadores estaban exhaustos y la corte Tear estaba harta de entretener a la delegación cadaresa, que esperaba complicadas cortesías y que estaba formada fundamentalmente por hombres que no sabían tener las manos quietas. La Ciudadela dio un gran suspiro de alivio cuando las dos delegaciones llegaron a un acuerdo endeble, y, con objeto de sellar el trato con buena voluntad, la Reina Hermosa incluyó a Evelyn, la hija bastarda de la corte, en el lote de regalos para el rey del Cadare.

Evelyn estaba acostumbrada a que la trataran de forma diferente. Había soportado comentarios insidiosos; a Elaine (su hermosa hermana, la de pura raza) la colmaban de elogios, mientras que, por lo visto, a Evelyn solo le encontraban defectos. Sin embargo, se había acostumbrado a la negligencia de su madre, que iba de la indiferencia a la irritación. Pero aquella última traición... Evelyn no estaba preparada para aquello. Había una escena que lo ilustraba (una imagen que Kelsea no veía con claridad, quizá porque Evelyn también la veía borrosa), una escena de gritos, recriminaciones y lágrimas, y, por último, súplicas, súplicas vanas que Evelyn recordaba solo vagamente, a través de un tupido velo de humillación. Su madre no había cedido, y al final Evelyn se había marchado con los cadareses. La última imagen que tenía de la Ciudadela era casi idéntica a la de Kelsea: de pie al otro lado del puente de Nueva Londres, desgarrada por la pena,

rodeada de hombres en quienes no podía confiar, sin poder desviar la mirada de su ciudad. Pero, en cuanto la delegación se puso en marcha y Nueva Londres se perdió de vista, su pena se convirtió en rabia.

La delegación cadaresa nunca llegó a su destino. La tercera noche del viaje, los embajadores, ebrios de cerveza tear y de sus grandiosos sueños sobre las recompensas que recibirían del rey por haber cumplido con éxito su misión, se acostaron sin comprobar qué hacía aquella niña fea y extraña a la que se llevaban a casa. La niña se había mostrado tan reservada durante el viaje que los hombres casi se habían olvidado de ella. Se habían terminado un barril de cerveza entero, y la mayoría apenas habían opuesto resistencia cuando Evelyn se les acercó de puntillas, con un puñal en la mano, y empezó a cortar cuellos.

Una mano asió la de Kelsea. —No me queda mucho —susurró Evelyn—. Por favor. Todo está frío. Y mi corazón...

Kelsea escuchó un momento y comprobó que la mujer tenía razón; le latía el corazón, pero de forma extraña, perezosa, como un reloj que está quedándose sin cuerda, como si fuera a latir unas cuantas veces más y luego fuera a detenerse. ¡Pero todavía queda mucha historia por descubrir! Solo un hombre se había despertado del todo, y al ver a la niña manchada de sangre, enseñando los dientes como un animal y con la muerte brillando en los ojos, había huido hacia el sur, hacia el Sequedal, y jamás habían vuelto a saber nada de él. Aquel incidente había malogrado la alianza de los cadareses, aunque procuraron ocultarlo, y muy pocos sabían qué había pasado realmente; la versión oficial era que las negociaciones habían fracasado. Kelsea no podía por menos de admirar el gran favor que, sin saberlo, Evelyn se había hecho a sí misma para el futuro, porque, si el Tear y el Cadare hubieran firmado una alianza duradera, Mortmesne nunca habría gozado de aquella superioridad. Pero el asesinato de los embajadores (un asesinato que el rey cadarés creyó, hasta el final, que habían cometido los tear) había truncado la relación entre los dos países para los años venideros. Cuando una joven hechicera apareció de la nada y empezó a hacer estragos en lo que entonces era Nueva Europa, no había unidad, y por tanto tampoco un frente común para pararle los pies. Pero para eso todavía faltaban unos años. Después de matar a los embajadores cadareses, Evelyn huyó al norte y...

—Por favor —insistió la Reina Roja. —¿No podéis hacerlo vos misma? —preguntó Kelsea, angustiada. —Ya lo he intentado. No estoy hecha para renunciar. Mi cuerpo no acepta que ya no hay futuro.

Kelsea la creyó; la angustia de la mirada de Evelyn era demasiado real. Si hubiera podido elegir, esa mujer habría preferido quitarse la vida ella misma, controlar su muerte del mismo modo que había controlado todo lo demás. Aunque débilmente, Kelsea veía el sufrimiento que le había causado poner su muerte en manos de un extraño.

—No quiero hacer esto —dijo, y se sorprendió de la sinceridad de sus palabras.

Evelyn sonrió con amargura. —Mi madre solía decir que tener es el infierno de querer. Aquí es donde hemos ido a parar. Por favor.

«Ayúdame», suplicó Kelsea sin saber a quién se dirigía. ¿A Barty? ¿A Carlin? ¿A Maza? ¿A Tear? La Reina de Picas, aquella cosa que ardía en su interior cuando asesinó a Arlen Thorne (porque ahora lo entendía: había sido un asesinato), había desaparecido. Pero no había nada que lo sustituyera. Solo estaba Kelsea. Ella ansiaba volver a ser ella misma, y ahora se daba cuenta del coste de aquel deseo. Sentía el corazón de Evelyn, tan vulnerable como si lo tuviera en las manos.

—Pronto se detendrá él solo —susurró Evelyn—. Y me da miedo, muchísimo miedo, que empiece a latir para alguien más.

Kelsea vaciló; su parte más curiosa todavía seguía desesperada por ver el final de la historia de la Reina Roja. Row Fin estaba allí, esperando, y Kelsea necesitaba saber muchas más cosas.

—Por favor —insistió Evelyn—. Estoy llegando al final. Y era cierto. Kelsea sintió que los latidos de la mujer se debilitaban. Los fantasmas de Mhurn y Thorne entraban y salían de su campo de visión, pero curiosamente Kelsea no les tenía miedo. Katie también estaba allí, exigiendo una parte de la mente de Kelsea. Esta notaba que el tiempo se agotaba, y levantó el puñal sobre el pecho de Evelyn, asiéndolo con ambas manos para que no se le resbalara. Sabía que no tendría valor para repetir, como con Mhurn.

—Él os tiene miedo —susurró Evelyn. Señaló el zafiro de Finn, que ahora colgaba de la mano de Kelsea—. Cogedlo, y acabad con esto.

Kelsea la miró a los ojos, pero Evelyn ya los había cerrado. —Estoy preparada, niña. Ahora que no te falle el valor. Kelsea inspiró hondo. Volvía a ver aquellas caras, la de Mhurn y la de Thorne, pero Evelyn tenía razón: había muchas clases de muerte. —Un gran favor —musitó, y contuvo las lágrimas. —Sí. —Los labios de Evelyn trataron de esbozar una sonrisa—. Un gran favor. Kelsea hizo acopio de todo su valor y bajó el puñal.

LIBRO III

La tierra del Tear

El resurgimiento del cristianismo fundamentalista en la ciudad de William Tear supuso un fuerte golpe, un golpe que Jonathan Tear reconoció con claridad pero no pudo evitar. Hay pocas cosas más peligrosas para un ideal igualitario que el concepto del pueblo elegido, y la división trazada por la versión temprana de la Iglesia de Dios ayudó a exacerbar los numerosos fallos ideológicos que ya subyacían en el panorama. Cuando llegó el momento crítico, el pueblo de Tear estaba a punto para la lucha fratricida, y la caída de la ciudad fue muy rápida, tan rápida que nos obliga a preguntarnos si no estarán destinadas al fracaso todas las comunidades como ella. Nuestra especie es capaz de practicar el altruismo, sin ninguna duda, pero ese no es un juego al que juguemos voluntariamente, ni al que juguemos bien.

La Travesía juzgada con perspectiva, ELLEN ALCOTT

En los dos años posteriores al fallecimiento de William Tear, Katie Rice había aprendido muchas cosas. No se separaba de Jonathan, y a veces el joven sabía cosas. Pero había algo más. En ocasiones, Katie tenía la sensación de existir en el corazón oculto de la ciudad, un centro donde estaban enterrados todos los secretos de la comunidad, y a esas alturas ya sabía muchas cosas, incluidas algunas que ella habría preferido ignorar.

Sabía, por ejemplo, que cuando Lily Tear estaba en la última fase del parto, Jonathan y la señora Johnson, la comadrona, habían intentado practicarle una cesárea. El resultado fue espantoso, y Lily había muerto gritando de dolor. Katie oiría aquellos gritos hasta el final de sus días, pero eso no era lo peor. En el último momento, un pensamiento había salido de Jonathan como una flecha, un pensamiento cargado de pesimismo, y sin embargo tan claro y preciso que Katie casi pudo leerlo, como si Jonathan lo hubiera escrito:

«Estamos fallando.» Katie no lo entendía. La muerte de Lily no había sido culpa de Jonathan; como mucho, podía considerarse culpa de su padre, por no haber regresado con los médicos, o incluso por no haber logrado que la Nave Blanca llegara a su destino en la Travesía original; aunque Katie no podía pensar eso, sobre todo porque recordaba la expresión de angustia de Tear. Él ya se había castigado. No se le podían exigir responsabilidades a Jonathan, pero Katie sabía

que se culpaba de la muerte de su madre. Quizá ningún hombre fuera una isla, pero Jonathan era, como mínimo, un istmo, y ella no intentó convencerlo de su inocencia. Era imposible consolarlo; solo lo superaría con el tiempo. Katie lo conocía lo suficiente para saberlo.

Sabía que habían desaparecido dos niños más: Annie Bellam, cuando volvía de la lechería, y Jill McIntyre, que estaba jugando al escondite en el patio del colegio; ambos se habían esfumado sin dejar rastro. Esas desapariciones eran graves, pero Katie también sabía, por Jonathan, que habían vuelto a producirse profanaciones de tumbas en el cementerio: habían desenterrado quince tumbas en catorce meses, y todas eran de niños. La ciudad desconocía lo que había sucedido en el cementerio (la propia Katie había rellenado varias de aquellas tumbas, y había apisonado la tierra y la había cubierto con hojas para ocultar la profanación), pero, tras la desaparición de la hija de los McIntyre, los cristianos se habían encolerizado. Paul Annescott (o el hermano Paul, como ahora se hacía llamar) afirmaba que aquellas desapariciones eran un castigo impuesto a la ciudad, un castigo por su escasa fe. A Katie no le sorprendió; lo que sí le extrañó fue que tanta gente le hiciera caso. Estaba pasando justo lo que ella temía: sin William Tear, no había ninguna voz lo bastante fuerte para contrarrestar el torrente de retórica religiosa, cada vez más histérico. Su madre y Jonathan estaban encargándose de eso; Jonathan no tenía tanta habilidad como su padre para influenciar a las masas, pero si era necesario podía embaucarlas y hablar con una voz serena y lógica, la voz de un hombre que solo quería lo mejor para todos. Pero no era suficiente. Ocho meses atrás, un centenar de personas habían comenzado la construcción de una iglesia, un pequeño edificio de madera blanca en el extremo sur de la ciudad, y, ahora que la iglesia estaba terminada, Annescott daba sermones allí todas las mañanas. Había dejado su empleo de apicultor, pero nadie se atrevía a reconvenirlo, ni siquiera Jonathan. Katie ya sabía muchas cosas, pero no sabía cómo arreglar el problema de la ciudad. Confiaba en que Jonathan tuviera la fórmula, pero tampoco podía estar segura de eso, y tenía la inquietante sospecha de que el resto de la guardia de Jonathan también estaba acosada por las mismas dudas.

Gavin era el peor. Se quejaba continuamente de los turnos que Katie le asignaba, porque interferían con sus obligaciones para con la Iglesia. Si ella hubiera sabido que el muchacho se volvería tan piadoso, no lo habría escogido, pero ahora ya no podía prescindir de él. Seguía siendo el mejor del grupo con el puñal, y Morgan y Lear lo admiraban casi tanto como admiraban a Jonathan. («Quizá incluso más», pensaba a menudo Katie, y se estremecía, pues intuía que de eso no podía salir nada bueno.) Eso, a su vez, influía en Alain y Howell, que siempre seguían a la

mayoría. Virginia siguió siendo la aliada incondicional de Katie, pero hasta eso le parecía un fracaso a Katie, porque solo había podido conservar la lealtad de la única mujer del grupo, y la de ningún hombre. No estaba segura de si eso era machismo o no, pero, fuera como fuese, creía que a William Tear le habría decepcionado. Sabía que, tarde o temprano, Gavin se enfrentaría a ella para arrebatarse el liderazgo de la guardia de Jonathan, y Katie no tenía ni idea de cómo iba a enfrentarse a semejante reto. Jonathan la apoyaría, pero ella no podía permitir que interviniera Jonathan; eso no haría sino confirmar su falta de autoridad. Le daba vueltas y más vueltas a ese problema, pero no veía ninguna solución que no implicara echar a Gavin de la guardia.

Como es lógico, aquellas desavenencias no podían salir de su círculo. Para la ciudad, los siete no eran más que amigos de Jonathan, y sencillamente uno de ellos estaba siempre con él. Por la noche, un miembro de la guardia dormía en la cama que habían llevado al salón de la casa de Jonathan. El turno nocturno daba pie a muchas quejas, y Katie sabía que la mayoría (como mínimo Gavin y los suyos) consideraba que era demasiado alarmista. A Katie no le importaba. Todavía no había señales de la violencia que había previsto William Tear, pero ella no tenía ninguna duda de que llegaría, y estaba decidida a pararla cuanto antes. Le había hecho una promesa a Tear, y esa promesa parecía significar muchísimo más ahora que había fallecido. A veces Katie todavía tenía la impresión de que sus amigos y ella eran niños que, simplemente, jugaban a ser adultos. Pero no tenían alternativa: no había nadie más.

Sabía que Row Finn había realizado dos expediciones con el equipo de montañeros de Jen Devlin y que, hacía un mes, había emprendido una tercera. Como era amiga de Row, también sabía que a él no le interesaban en absoluto aquellas exploraciones. Pero supo por Jonathan que lo que Row buscaba en las montañas era zafiro, el mismo zafiro que Jonathan llevaba colgado del cuello. Todos habían encontrado trozos pequeños de aquel mineral alguna vez; por lo visto estaba en el lecho de roca de la ciudad. Sin embargo, en las montañas era mucho más fácil llegar a las vetas de zafiro, y también extraer grandes pedazos sin romperlos. Jonathan lo sabía, y Katie también pero ella no acababa de entender para qué quería Row aquel zafiro, ni qué pensaba hacer con él si lo conseguía. Por otra parte, conocía a Row lo suficiente para saber que este ambicionaría todo aquello que tuviera valor, y por eso, desde hacía dos años, contemplaba a su viejo amigo con algo peor que el remordimiento: la desconfianza.

Cuando no estaba por ahí explorando montañas, Row iba a la iglesia a diario. Era muy popular allí, tan popular que a veces Paul Annescott le dejaba dar el sermón. Katie le había

escuchado un par de veces, aunque se había visto obligada a hacerlo desde un bosquecillo de robles que había al otro lado de la carretera. Los sermones de Row era tan populares que la gente no cabía en la iglesia y ocupaba todo el porche. Katie le escuchaba comiéndose las uñas, mientras la voz de Row salía, atronadora, por la puerta, hablando de los elegidos, de personas que eran mejores y merecían más. Poseía una voz excelente para predicar, hasta Katie tenía que admitirlo: grave e imbuida de una emoción que ella sospechaba que era fingida. Los sermones de Row tenían un trasfondo de falta de misericordia que ella no sabía si los demás percibían; al fin y al cabo, ella lo conocía mejor que nadie, o al menos lo había conocido mejor que nadie durante años. Pero siempre había sido un excelente actor; la cuestión era saber qué parte del niño se había conservado en el hombre. Katie sabía, por Gavin, que la iglesia interpretaba los viajes de Row a las montañas como un peregrinaje, cuarenta días deambulando por el desierto o algo parecido, y eso también la inquietaba. Seguro que a Row le encantaba aquel paralelismo con Jesucristo; siempre había estado resentido por el poco protagonismo que tenía en la ciudad. Si Row se había propuesto embaucar a su iglesia, Katie no iba a compadecerse de ellos, pero la idea de que hubiera tanta gente ingenua a la entera disposición de una sola persona parecía peligrosa.

«¿Peligrosa para Jonathan?» No lo sabía. Jonathan, de alguna manera, era el mayor misterio. Katie se preguntaba a menudo para qué necesitaba una guardia, si él sabía y veía mucho más que el resto de la gente. A veces parecía que su guardia fuera puro teatro, pero Katie no sabía a quién intentaba engañar. A veces hasta se preguntaba si William Tear había tenido realmente un plan, o si los había reunido y entrenado solo por capricho. Katie era capaz de matar a un hombre con las manos, pero ¿de qué serviría eso, si ni siquiera podía ver al enemigo al que combatía?

—¿Qué pasa con este sitio? —le preguntó un día a Jonathan camino de la biblioteca.

La gente los saludaba con la mano y les sonreía, pero incluso ella sentía el vacío que había detrás de aquellos saludos, notaba que las sonrisas se esfumaban en cuanto ellos pasaban de largo. Había algo en la ciudad que se había torcido, y, hasta que Katie no encontrara el extremo del hilo, no habría forma de desenredar el embrollo.

—Han olvidado —contestó Jonathan—. Han olvidado la primera lección de la Travesía.

—¿Qué lección? Katie no soportaba que hablara de la Travesía. Él sabía mucho de aquello, más que nadie de su edad, pero compartía la información en pequeñas dosis.

—Debíamos cuidar unos de otros. —Jonathan sacudió la cabeza—. Hasta los miembros originales del Horizonte Azul parecen haberlo olvidado.

—¡Mi madre no! —saltó Katie—. Ella lo sabe. —¿Como si eso sirviera de algo! —¿Qué quieres decir con eso? De pronto Jonathan le cogió la mano. Katie fue a retirarla, pero no lo hizo. Tenía la mano tibia, y no era desagradable y, al fin y al cabo, ¿qué más daba que los vieran cogidos de la mano? De todas formas, la mitad de la ciudad creía que se acostaban juntos. Y aquello era una fuente de diversión para el resto de la guardia.

—Tu madre está acabada, Katie —le dijo—. Siento decírtelo, pero vivía entregada a mi padre, y sin él no tiene nada que la anime a seguir adelante.

Katie fue a protestar, pero algo la hizo callar, una voz interior que ya no le dejaba rebatir una verdad difícil de aceptar. Esa voz se fortalecía año tras año; Katie a veces lo lamentaba, pero muchas veces le era útil, sobre todo en una ciudad donde ahora era tan necesario el pragmatismo. Su madre no estaba bien, no estaba bien desde que William Tear se había marchado. Realizaba las rutinas diarias con normalidad, pero Katie ya nunca la veía sonreír, y hacía meses que no la oía reír. Su madre estaba acabada, era verdad, y no era la única. La partida de Tear los había dejado a todos en vilo, y, cuanto más tardaba en regresar, más veía Katie a su comunidad como una manada de lobos, peleándose por una carcasa. En la última asamblea, Todd Perry había pedido una votación para decidir si la gente podía ir armada con puñal por la ciudad. Jonathan, Katie y Virginia habían votado en contra; su voto había influido mucho, y la moción había fracasado por un estrecho margen. Pero no podían engañarse respecto a cuál era la tendencia.

—A veces los odio —comentó Jonathan en voz baja—. No es lo que habría sentido mi padre, pero es lo que siento. A veces pienso: si quieren ir armados por la calle y construir vallas y dejar que la iglesia les diga lo que tienen que hacer, adelante. Que construyan su propia ciudad estrecha de miras y que vivan allí, y que más tarde se den cuenta de que en realidad es un sitio horrible. No es problema mío.

Al principio Katie se quedó tan impresionada que no supo qué responder; Jonathan jamás había expresado ideas como esas. Con su guardia siempre se mostraba optimista; no había nada que no pudiera arreglarse, y por eso a Katie la alarmó tanto aquel pesimismo. Le había prometido a

William Tear que protegería a Jonathan, y siempre había dado por hecho que esa protección, si llegaba el momento, implicaría el uso de las armas. Pero ahora se preguntaba si Tear se habría referido a ese momento, a aquella conversación. Se acordó de aquel día en que se había sentado con William Tear en el jardín, cinco años atrás, con el zafiro encerrado en el puño. ¿Lo sabía Tear ya entonces?

—Tienes razón —dijo Katie—. No es lo que habría sentido tu padre. —Yo no soy mi padre. —Eso no importa, Jonathan. Eres lo único que nos queda. —¡No quiero serlo! —protestó él, y le soltó la mano. Habían llegado delante de la biblioteca, y, al oír el tono brusco de Jonathan, varios niños que estaban sentados en el banco levantaron la mirada, interesados ante la perspectiva de una discusión.

—Mala suerte —dijo Katie. Se compadecía de Jonathan, sinceramente; y algunas noches, acostada en su estrecha cama, pensaba que era normal que se compadeciera un poco de él. Pero aquel no era momento para sentir lástima. Un guardia era como una pared de piedra, de piedra buena, que no cedía. La piedra buena se agrietaba de arriba abajo antes de ceder ni un milímetro. Bajó la voz, porque los niños estaban escuchando: unos receptores perfectos, preparados para transmitirles aquella conversación a sus padres.

—Nadie quiere pelear, Jonathan. Pero si la pelea te busca a ti, y si es una pelea justificada, no la rehúyes.

—¿Y si estamos condenados a perder? —Eso no lo sabes. —¿Ah, no? Se llevó una mano al pecho, y Katie supo que sujetaba el zafiro que le colgaba del cuello. La desesperación de aquel gesto, la dependencia que revelaba, enfureció a Katie: le apartó la mano, y al hacerlo se sintió hipócrita, porque entendía el odio de Jonathan, el desprecio que sentía por esas personas demasiado estúpidas para saber que su futuro pendía de un hilo, un futuro de ricos y pobres, de violencia y espadas, de personas compradas y vendidas...

«¿Cómo sabes eso?» «No lo sé, pero lo sé.» Era cierto. Era como si dentro de su cabeza hubiera alguien más que lo sabía por ella. Aquel conocimiento la ponía enferma, pero lo apartó y se concentró en Jonathan.

—Tú no sabes nada —masculló Katie—. A mí me importan un cuerno la magia o las visiones. El futuro no está decidido. Podemos cambiarlo en cualquier momento. Jonathan se quedó mirándola, y entonces, inesperadamente, sonrió. —¿Te ríes de mí? —preguntó Katie. —No. Solo me he acordado de algo que dijo mi padre antes de marcharse. —¿Qué? —Me dijo que había

escogido una buena guardia, que tú serías quien nos guiaría.

Katie no supo qué contestar. Su rabia se disipó, y de pronto se emocionó; la conmovió enormemente descubrir que, después de tantos años, todavía estaba a la altura de lo que William Tear esperaba de ella. Él la había elegido para que protegiera a su hijo.

—Crisis superada —murmuró Jonathan, y sacudió la cabeza, arrepentido—. Pero no por mucho tiempo. Puede que no creas en mis visiones, pero sé cuándo va a haber problemas, y te aseguro que se avecinan problemas graves.

Katie no tuvo más remedio que admitir que era verdad, que Jonathan lo sabía, pero ahuyentó ese pensamiento y volvió a darle la mano, tirando de él hacia la biblioteca.

—Esta tarde no, Sibila. Va, démonos prisa.

Al cabo de tres días, Row Finn llegó, solo, a la ciudad. Había adelgazado más de diez kilos, llevaba la ropa hecha trizas y la bolsa destrozada. Iba dando traspiés, y parecía que deliraba. Cuando vio a Ben Markham y a Elisa Wu, que pescaban en las orillas del Caddell, se derrumbó.

La historia se extendió por la ciudad como el mercurio. Según la señora Finn, que protegía a su hijo de las visitas, la expedición se había perdido en las montañas y todos sus miembros habían sucumbido, uno a uno, al hambre y al frío. Row había sido el que había aguantado más, y por pura casualidad había encontrado un estrecho sendero que le permitió bajar por un desfiladero. Había sobrevivido durante el viaje de regreso comiendo las raíces y las bayas que había encontrado en el bosque.

La ciudad se creyó la historia. Katie no. Todavía no había visto a Row, pero había oído suficiente. Su iglesia acudió a verlo, decidida a engordarlo. Virginia, que había ido a visitar a Row dos días atrás, dijo que la casa estaba llena de comida, platos cocinados y sopas.

—Y de mujeres —añadió Virginia, enojada—. En esa iglesia hay montones de mujeres a las que les encanta ver a Row Finn en la cama, te lo aseguro.

La ciudad vivió un inusual momento de unión, de genuino duelo por el resto de los miembros de la expedición. La desaparición de Jev Devlin suponía una pérdida enorme. Celebraron un solo oficio por los once difuntos, un oficio durante el cual Katie no derramó ni una sola lágrima y se dedicó a observar, sin prestar atención a las diversas personas que hablaron en memoria de los muertos, la casa de Finn, que se veía perfectamente dos calles más allá. Estaba impaciente por interrogar a Row, pero no quería hacerlo con público delante. No iba a ser una conversación agradable. No le gustaba sospechar de su viejo amigo, pero no podía evitarlo.

Al final tardó más de una semana en poder hablar con él a solas. La iglesia de Row había ido a hacer un retiro de oración de dos días a las llanuras, y su madre estaba jugando a las cartas. La historia de Row había hecho que la señora Finn estuviera ahora mucho más solicitada, y a Katie le cayó aún más antipática por entregarse con tanta pasión a aquella popularidad pasajera. Cuando la veía siguiendo, feliz, a un grupo de mujeres, las mismas que hasta entonces no habían querido saber nada de ella, a Katie le daban ganas de zarandearla.

Katie no se molestó en llamar a la puerta para entrar en la casa de los Finn. Cuando llegó a la habitación de Row, lo encontró tumbado de lado en la cama, con los ojos cerrados como un ángel dormido. El peso que había perdido le hacía parecer aún más atractivo, y sus pómulos parecían tallados en mármol. Katie no pudo evitar preguntarse quién habría sido Row si no hubiera nacido con aquella cara.

—Sé que mientes, Row. Él abrió los ojos y sonrió. —Siempre te das cuenta, ¿verdad, Katie? —Contigo sí. —Acercó una silla; había varias repartidas por la habitación—. ¿Te escondes de tus invitados?

—La verdad es que me cansan. Katie miró alrededor y vio los ramos de flores y los platos de comida, y soltó un resoplido de burla.

—Supongo que es el precio que hay que pagar por ser el nuevo mesías, ¿no? —Yo no soy el mesías. —Row sonreía, pero en sus ojos brillaba la misma malicia de siempre—. Solo soy un hombre piadoso.

—¿Por qué no me cuentas qué te pasó en las montañas? —Esa historia la sabe toda la ciudad. —Sí. —Katie sonrió, pero su sonrisa no era tan auténtica como la de Row; era fría y forzada—. Pero a mí me gustaría que me contaras tu historia, la verdadera.

—¿No confías en mí, Katie? —No juegues conmigo, Row. ¿Qué pasó? Le contó lo mismo, prácticamente, que ella ya había oído: que se había perdido en las montañas, que los miembros de la expedición habían muerto uno a uno de hambre y de frío. Él había sobrevivido racionando cuidadosamente la comida y acurrucándose junto a los dos caballos para calentarse, hasta que los animales también perecieron. Solo hubo dos detalles respecto a los que Katie consideró que Row no mentía: lo del racionamiento de comida y lo del sendero que había encontrado para bajar de la montaña. Sin embargo, no consiguió que le contara la verdad, y al final desistió y se recostó en la silla, frustrada.

—¿No me has echado de menos, Katie? Katie parpadeó. Sí, lo había echado de menos, pero

no se había dado cuenta hasta ese momento. Todo era más interesante cuando Row estaba por allí; eso no había cambiado, aunque todo lo demás sí. Pero, al mismo tiempo, la ciudad parecía más segura cuando Row no estaba. —Yo sí te he echado de menos, Katie. —¿Por qué? —Porque tú me conoces. Que todos crean que soy bueno es útil, supongo, pero también es agotador.

—Ya sabía que ese rollo de la Iglesia era mentira. —El padre Paul se está muriendo. Katie se sorprendió de aquel repentino cambio de tema. —¿De qué? —El señor Miller cree que de cáncer. El hermano Paul quizá sobreviva este año, pero no mucho más, y el dolor quizá le obligue a quitarse la vida mucho antes.

—¿Puede quitarse la vida? Creía que eso era pecado. —Quizá lo sea, pero para la mayoría de la gente la fe es un asunto bastante flexible.

—Ya me he dado cuenta.

Row sonrió. —No tiene por qué ser mala, Katie. Los fieles son fáciles. Fáciles de convencer, fáciles de dirigir, fáciles de descartar. Cuando muera el padre Paul, me entregará la iglesia.

—¿Y a mí qué me importa? —preguntó Katie, pero sintió un escalofrío. Pensó en la iglesia abarrotada que había visto en los últimos sermones de Row, en la gente que no cabía dentro y tenía que quedarse en el porche.

«¿Cuántos son? —se preguntó—. ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos?» —Tú podrías ayudarme, Katie. —No. —Piénsalo bien. Dios hace que esa gente sea maleable. Se creerán cualquier tontería que les cuente el padre Paul.

—O tú. —O nosotros. ¡Podríamos sacarle mucho partido a esto! —¿Para qué, Row? Él le cogió una mano. Hasta hacía un momento, Katie había estado hablando con el nuevo Row, simpático y falso, pero ahora veía que era sincero. De alguna forma, eso lo hacía aún peor. Habría preferido oír aquello de su enemigo que de su viejo amigo. Quería retirar la mano, pero se quedó quieta cuando vio que Row sacaba una cadena de plata de debajo de su camisa. La luz hizo brillar el zafiro.

—¿De dónde has sacado eso? ¡Es de Jonathan! —No, es mío. Me he hecho uno. —¿Cómo? —Tú siempre creíste que William Tear era perfecto —dijo Row con una risita—. Pero no lo es.

Eso no era una respuesta, pero de todas formas Katie arrugó la frente, porque percibía una astuta mezcla de verdad y mentira en la declaración de Row; percibía que allí había una respuesta, solo que ella tendría que descifrar su significado.

—A mí me funciona —añadió Row—. Igual que a Jonathan le funciona el suyo.

Veo cosas. Sé cosas. Sé que el gran santo está muerto.

Katie se levantó de golpe, derribando su silla, y se inclinó para agarrar a Row por los hombros, estampándolo contra el cabecero de la cama.

—Cierra la boca, Row. —Piénsalo, Katie —repitió él—. Tear se ha ido. La ciudad de la que siempre hablábamos, la ciudad donde las personas inteligentes como nosotros seríamos líderes, y los demás nos seguirían. Podríamos hacerla nosotros mismos.

Katie quería contradecirle, afirmar que ella nunca había pensado una cosa así, pero entonces recordó que sí lo había pensado. Había pensado muchas cosas horribles de joven, cosas que le dolía recordar. Row le apartó las manos, y Katie se dio cuenta, demasiado, de que, pese a haber adelgazado, estaba mucho más fuerte. Katie veía maldad en sus ojos, pero no era aquella maldad inofensiva que recordaba de cuando eran pequeños. Row volvió a esconder el zafiro debajo de su camisa.

—¿Y los no creyentes, la gente que no pertenece a la Iglesia? ¿Crees que se quedarán de brazos cruzados?

—Se habrán marchado. La certeza de esa respuesta le produjo un escalofrío, porque presentía violencia en ella, una enorme sombra incipiente cuyos contornos apenas vislumbraba.

—¿Y yo, Row? —Ay, Rapunzel. No permitiría que te pasara nada malo. Compuso una sonrisa burlona, como el Row de antes, y Katie bajó un momento la guardia; de pronto, la nostalgia sepultó todo su recelo. ¡Habían sido tan amigos en otros tiempos!

—¿Qué me dices, Katie? Pese a todo, hubo un momento en que estuvo tentada de decir que sí, porque incluso ahora la visión de Row todavía tenía el poder de influenciarla: el lugar del que ellos habían hablado durante años, una verdadera meritocracia, sin las ideas ambiguas de Tear por medio. Row y ella lo habían planeado juntos, habían construido esos castillos en el aire.

«Pero ahora soy otra persona —pensó Katie—. Todo el resentimiento que sentía antes ya no me ata. Ahora puedo liberarme de él.»

Pero ¿podía? Todo el desprecio que sentía por la gente de la ciudad, unos necios con tan poco sentido de la propia identidad que necesitaban creer en un Dios invisible que se asomaba a los dormitorios de la gente... De pronto ese desprecio la abrumó, y vio que la visión de Row se extendía ante ella: una ciudad donde esa gente estuviera relegada a la privación, donde su propia necesidad estuviera en cuarentena para que no pudiera herir a nadie. Qué maravilloso sería vivir en una ciudad donde las mentes débiles eran castigadas, donde la gente como Row y Jonathan...

«Y ahora ¿quién es el necio? —le preguntó su voz interior—. ¿Jonathan? ¿De verdad crees que hay sitio para Jonathan Tear en el paraíso de Row?»

Aquello la devolvió de golpe a la realidad. Quizá Katie no supiera cómo Row pensaba llevar a la práctica su grandioso plan, pero lo conocía muy bien. Él siempre había odiado a los Tear, había odiado su apellido incluso más que a las propias personas. Jonathan no era William Tear, pero podía ser mucho más peligroso dejarlo entrar en el reino de Row.

Katie se levantó de la silla; una pena que llevaba mucho tiempo enterrada se revolvía en sus entrañas. Muchos años atrás ya sabía que algún día tendría que escoger. Pero no sabía que iba a ser ese día.

—No puedo ir contigo, Row —le dijo—. Trabajo para Jonathan Tear. El rostro de Row se tensó, pero solo un momento, y entonces volvió a aparecer aquel falso buen humor.

—Ah, sí, la famosa fuerza defensiva. Katie se quedó boquiabierta. —¿De verdad pensabas que no me enteraría, Katie? En esta ciudad no existen los secretos. Yo siempre supe que Tear era un farsante, pero tú no, ¿verdad?

—¡No era ningún farsante! —gritó ella, indignada—. ¡Es por Jonathan! ¡Es para proteger a Jonathan!

Row sonrió, indulgente, como si Katie fuera una niña pequeña. —Claro, eso es lo que te contó Tear. Pero piénsalo, Katie. Quizá parezca una guardia, pero lo que estaba formando Tear en realidad era una fuerza policial. Una fuerza policial secreta, que solo rendiría cuentas a su hijo. ¿Desde cuándo una utopía necesita una policía secreta?

—¿Acaso crees que no sé que tienes celos de Jonathan? —preguntó ella, y se alegró de ver que el rostro de Row se ensombrecía—. ¡Siempre has tenido celos! ¡Siempre lo has envidiado!

—¿Y tú? —Yo trabajo para los Tear —repitió Katie, obstinada—. Trabajo para Jonathan.

Row echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. —¿Lo ves, Katie? ¡Tú también eres de los que tienen fe! Katie lo agarró otra vez con la intención de tirarlo de la cama. En aquellos momentos odiaba a Row, lo odiaba con toda su alma, porque sus palabras escarbaban en su mente y hacían que vacilase, la llenaban de dudas. Pero al cabo de un momento lo soltó y retrocedió. Jonathan estaba allí, siempre, y a Jonathan no le ayudaría que Katie se peleara con el hijo favorito de los cristianos.

Row volvió a incorporarse, pero esta vez bajó las piernas de la cama y se levantó. Estaba desnudo; Katie hizo lo que pudo para mirar hacia otro lado antes de que la sábana resbalara de su

cuerpo, pero no lo consiguió, y la breve visión que tuvo la hizo arder por dentro. Entonces se avergonzó. Row había sido su primer amigo; ¿qué les había pasado? ¿Cuándo había cambiado todo?

—¿Cómo te va con el mesías, Katie? ¿Ya has descubierto sus debilidades? —Deja en paz a Jonathan. Ni se te ocurra acercarte a él. —No me hace falta —replicó Row sin dejar de sonreír, pero ya no era una sonrisa atractiva, sino de reptil.

Katie volvió la cabeza. Pero de pronto dio una sacudida cuando Row deslizó una mano entre sus piernas.

—Lo estás deseando, Katie.

—No es verdad. —Debe de ser agotador dedicar todo tu tiempo a un segundo William Tear. ¿Por qué no cambiar a algo mejor?

Katie apretó los puños. Bajo el hormigueo de excitación de su vientre surgía una oleada titánica de ira. ¿De verdad Row la consideraba tan necia para tratarla igual que a todas aquellas mujeres que habían sucumbido a sus encantos? Aunque ya no fueran amigos, ella merecía algo mejor que aquello, ¿no?

—El paraíso de Tear se derrumbará bajo los pies de Jonathan, Katie, como yo predije que sucedería. Y ¿a quién acudirá la gente cuando eso suceda, si no a Dios?

Entonces Katie salió precipitadamente de la habitación de Row, y se golpeó con el marco de la puerta en el hombro.

—¡Piénsatelo, Katie! —le gritó Row—. ¡Estás en un barco que se hunde! ¡Súbete a mi barco, y verás lo lejos que llegaremos!

Katie llegó al recibidor tambaleándose, con los ojos llenos de lágrimas. Al salir tropezó con la señora Finn y unas cuantas mujeres más, pero ni siquiera intercambió un saludo con ellas, sino que pasó a su lado mascullando una disculpa y apretó el paso. Cuando bajó los escalones del porche, echó a correr.

—Señora. La voz de Maza. Era agradable; incluso allí, en los confines del mundo, le habría gustado ver a Maza por última vez. —Sé que me oís, Señora. ¡Despertad! Kelsea no quería despertar. Notaba el zafiro de William Tear sobre el pecho, aquel cómplice que la había acompañado en extraños viajes; pero estaba empezando a pensar que ella no necesitaba la joya para ver el pasado, porque ahora estaban todos con ella: Tear, Jonathan, Lily, Katie, Dorian... Incluso Row Finn.

—Señora, si no despertais, os voy a bautizar.

Kelsea abrió los ojos de golpe y vio a Maza sentado al lado de su cama, sosteniendo una vela. La habitación estaba a oscuras. Se incorporó rápidamente.

—¿Lazarus? ¿Eres tú? —Claro que es él. —Coryn salió de las sombras—. Como si esos hombros pudieran confundirse.

Kelsea alargó una mano, pero Maza no se la cogió. Se quedaron mirándose largo rato.

—Esperaré fuera —masculló Coryn—. Me alegro de ver que estáis bien, Señora.

Cuando Coryn abrió la puerta, Kelsea vio un trozo de pasillo iluminado por una antorcha. Entonces se cerró la puerta, y Maza y ella volvieron mirarse el uno al otro. De pronto Kelsea se acordó de aquel día en el puente, y fue un recuerdo muy doloroso. El abismo que se había abierto entre ellos entonces era enorme, pero ahora parecía aún mayor. Vio desconfianza en los ojos del capitán, y eso le dolió más que su cólera.

—¿Dónde estamos? —En la casa de una mujer que era leal a vuestra madre. Lady Chilton.

—No estamos en Gin Reach. —No, Señora. Estamos a un día de viaje hacia el norte, en el sur del Almont. Habéis tenido una fuga que ha durado tres días, desde que nos encontramos.

—¿Tres días? —Una fuga muy larga, Señora. La guardia estaba muy preocupada. Deberíamos dejar entrar a Pen pronto, o empezará a comerse los muebles. —Maza sonrió, pero la sonrisa no llegó a sus ojos.

—No me has perdonado, Lazarus. Él guardó silencio. —¿Qué querías que hiciera?

—¿Decírnoslo, maldita sea! Yo habría ido con vos. —Claro que habrías venido, Lazarus. Pero yo creía que iba a morir. ¿Cómo querías que te pidiera que me acompañaras?

—¿Porque es mi trabajo! —bramó él, y su voz hizo temblar las vigas de la pequeña habitación—. ¡Para eso me alisté! ¡Lo decidí yo, no vos!

—Yo necesitaba que te quedaras, Lazarus. Necesitaba que gobernaras el reino. ¿En quién más podía confiar?

Esa pregunta aplacó la ira de Maza. Clavó la vista en el suelo y se sonrojó. —Pues os equivocasteis, Señora. Os fallé. —¿Qué quieres decir? —La Ciudadela vuelve a estar asediada. —¿Quién la asedia? —El Arvath, con una legión del ejército mort. La población se ha refugiado dentro, pero no aguantará eternamente. Ahora Nueva Londres está gobernada por una horda, pero a la horda también la dirige el Arvath.

Kelsea asió el borde de la sábana y se le agarrotaron los dedos. Tenía los nudillos blancos,

pero confió en que Maza no se fijara. Imaginarse al Santo padre en su Ciudadela («¿sentado en mi trono!») era como tener un agujero oscuro dentro. La ciudad entera, el reino entero a merced del dios venenoso de Anders... Pensarlo hacía que se le revolvieran las tripas, pero en ese momento la duda de Maza era aún más acuciante.

—Fue culpa mía tanto como tuya, Lazarus —dijo en voz baja—. A veces me pregunto si no debería haber dejado que las jaulas siguieran su camino.

—Vos intentabais obrar con rectitud, Señora. No es culpa vuestra que las cosas salieran tan mal.

Kelsea se acordó de Simon, de la larga conversación que habían mantenido en la mazmorra. No importaba que el tema fueran la física o la historia; muchas veces, aunque intentaras actuar correctamente, las cosas salían mal. Kelsea alejó ese pensamiento, porque intuía que era el primer paso hacia la parálisis, hacia la incapacidad de tomar decisiones por miedo a consecuencias imprevistas.

—Pero yo me marché —continuó Maza—. Nos marchamos todos para ir a buscaros. Dejamos el reino desprotegido, y el Santo Padre se aprovechó.

—No puedes tenerlo todo, Lazarus. O te dejas la capa gris siempre puesta, o te la quitas por una exigencia mayor. Quizá me equivocara al pedirte que fueras a la vez guardia real y regente. Supongo que ambas cosas no son compatibles.

—No seáis tan indulgente conmigo, Señora. —Lo hecho, hecho está, Lazarus. Los dos hemos fallado, pero una vez me dijiste que no sirve de nada aferrarse al pasado. Ahora lo que importa es el futuro.

Volvió a tender la mano. —¿Qué te parece si nos perdonamos el uno al otro, y así podremos seguir adelante?

Maza se quedó mirándole la mano, y Kelsea esperó; volvía a tener la sensación de hallarse al borde de un precipicio. El rostro de la Reina Roja apareció brevemente en su mente, y entonces desapareció. Había sido un largo viaje desde aquel otro borde hasta este, pero Kelsea sospechaba que el viaje no había terminado, y ¿adónde iba a ir sin Maza? Guardia real, voz de la duda, voz de la conciencia... Ella necesitaba todo eso. Se le contrajo la garganta cuando Maza estiró el brazo y le tomó la mano.

—Ancha como el océano de Dios —susurró ella—. ¿Te acuerdas? —Me acuerdo, Señora. Desvió la mirada, pestañeando, y Kelsea aprovechó la oportunidad para estirar los brazos y

desentumecer los hombros, todavía doloridos por haberlos tenido atados. Las noticias sobre el Santo Padre la corroían. Le habría gustado volver atrás y rectificar sus propios errores, pero el origen de aquel problema se remontaba mucho más allá, hasta la colonia de refugiados, a los inicios del Tearling, donde todo había empezado a estropearse.

«Tear pudo viajar en el tiempo», pensó, desafiante. Y a veces, cuando sufría sus fugas, Kelsea tenía la impresión de que también lo hacía, de que no solo veía sino que viajaba, como si de verdad estuviera allí, en el mundo de Lily, en el de Katie. Pero no los controlaba. Todavía faltaba algo.

—Lazarus, en la celda de al lado había un hombre, un ingeniero. —Simon, Señora. Lo tenemos.

Kelsea sonrió, contenta de oír aquella buena noticia. No sabía para qué le iba a servir al Tearling tener una imprenta, pero de todas formas se alegraba de saber que Simon había salido de la mazmorra.

—¿Dónde está? —Abajo. No hay manera de que Hall se concentre en nada. —Son gemelos. Ahora lo entiendo —repuso Kelsea. —Pero ¿por qué os interesa tanto? La joven le explicó lo de la imprenta; suponía que Maza haría algún comentario sarcástico sobre los libros o la lectura, pero el capitán escuchó en silencio y, cuando ella hubo terminado, dijo:

—Es muy interesante, Señora. —¿Ah, sí? —Sí. —Ya. Y ¿dónde está el verdadero Lazarus? El capitán esbozó una sonrisa. —Es que he... estado leyendo. —Leyendo ¿qué? —Vuestros libros, Señora. Ya llevo leídos nueve. Kelsea se quedó mirándolo, atónita. —No están nada mal esas historias —continuó el capitán, con rubor en las mejillas—. Te muestran el sufrimiento de los otros.

—Se llama empatía. Carlin siempre decía que ese era el gran valor de la ficción, que nos ponía dentro de la mente de unos desconocidos. ¿Qué ha sido de mi biblioteca, Lazarus?

—Sigue en el Pabellón Real, Señora, y también está bajo asedio. Kelsea apretó los puños. La idea de que el Santo Padre tocara sus libros... Temió vomitar encima de la colcha.

—En fin —continuó Maza, y carraspeó—, entiendo el valor que podría tener una imprenta. Si superamos esta situación, Arliss y yo ayudaremos a Simon a conseguir las piezas que necesita.

Kelsea sonrió, conmovida. —Te he echado de menos, Lazarus. Más que la luz del sol, imagínate. —¿Os han hecho daño, Señora? Kelsea hizo una mueca al acordarse del carcelero y de las palizas. Y entonces sintió vergüenza. En aquella mazmorra había muchos prisioneros más. Ella era una reina con algo con lo que negociar, y podía considerarse una privilegiada. Los otros no tenían nada que ofrecer.

«Mi sufrimiento era real», se recordó. «Puede que sí. Pero que no te impida ver el de quienes sufren más que tú.» —Nada grave, Lazarus —contestó por fin—. Lo superaré. Echó una ojeada a la habitación y vio las sombras que la luz de las velas proyectaban en las paredes. Oyó hablar a alguien a cierta distancia.

—Así, ¿estamos en casa de lady Chilton? No la conozco. Maza suspiró, y Kelsea se dio cuenta de que escogía con mucho cuidado sus palabras.

—Ella... no está bien, Señora. Este no es un alojamiento muy seguro. —¿Qué le pasa? ¿Está mentalmente desequilibrada? —Sería una forma amable de decirlo, Señora. —Entonces ¿por qué

nos hemos quedado aquí? —Porque necesitábamos algún sitio donde esperar a que salierais de vuestra fuga, y lady Chilton se ofreció a acogernos. No podíamos quedarnos en esa maldita aldea de la frontera; llamábamos demasiado la atención. Esta casa es lo suficientemente grande para acoger a todos los hombres que han venido con nosotros, y hay abundantes provisiones. Lady Chilton había acumulado provisiones por si llegaban los mort. Pero sobre todo estamos aquí porque esa mujer está en deuda conmigo. —¿En deuda? ¿Por qué? —Una vez le salvé la vida. Y todavía se acuerda. —¿Qué le pasa? —Su dolencia no es problema nuestro, Señora. Ha prometido quedarse en los pisos superiores, lejos de vos. Confío en haber salido de aquí mañana.

Aquello todavía inquietaba un poco a Kelsea, pero no podía ofrecer ninguna alternativa. Se miró y vio que todavía llevaba la ropa mugrienta con la que había llegado al desierto. —Necesito ropa. Maza señaló el armario y dijo: —Lady Chilton os ha prestado un vestido. Al pensar en el desierto, Kelsea se acordó del resto de aquella extraña noche, y preguntó:

—¿Y Ewen? ¿También está aquí? —Sí, Señora. Nos encontramos con él en Gin Reach, y nos contó una historia rocambolesca.

—Rocambolesca, pero cierta. —Ewen no para de torturarse con la idea de que no es un auténtico guardia real; se refirió a sí mismo como «mascota». Lo mandé a Gin Reach solo por precaución. No pensé que pudiera pasarle nada.

—Me ha salvado la vida, Lazarus. Y quizá no solo a mí. Kelsea cerró los ojos y vio la cara de Brenna a unos centímetros de la suya, y sintió su mirada hurgando en su mente y en la mente de Lily.

«Las dos hemos estado allí —comprendió de pronto—. Las dos a la vez, Lily y yo. ¿Cómo es posible?»

—Bien, se lo diré al resto de la guardia, Señora. Si Ewen actuó como un héroe, recibirá el reconocimiento que merece.

—Sí, actuó como un héroe. —Apartó las sábanas—. Pásame un vestido. Al cabo de unos minutos, Maza salió con ella a un largo pasillo iluminado con antorchas. Las paredes no estaban construidas con aquella piedra gris claro de la que estaba hecha la Ciudadela, sino de unos bloques oscuros que parecían erosionados por el viento y el tiempo. La corriente de aire alborotó el pelo de Kelsea y le hizo estremecerse.

—Qué aislamiento tan malo —comentó Maza—. Esto deberían haberlo arreglado hace diez años como mínimo, pero lady Chilton ha dejado que se deteriore.

—¿Vino a mi coronación? ¿Por qué no...? Pero no terminó la frase, porque de pronto Elston y Kibb aparecieron corriendo por el pasillo, seguidos de media guardia real. Kelsea ni siquiera tuvo tiempo de abrir la boca: Elston ya le había cogido una mano y se la apretaba con fuerza.

—¿Estáis bien, Señora? —Sí, El. —He rezado por vos, Señora —dijo Dyer, y sonrió cuando ella le dio un cachete en la mejilla.

Kelsea se alegraba de verlos, pero al mismo tiempo sentía un extraño desasosiego. Maza, Elston, Kibb, Coryn, Galen, Dyer, Cae... Estaba rodeada de caras sonrientes, caras queridas, gente a la que había añorado; pero detrás de su regocijo había una sensación de catástrofe, de desastre todavía lejano, pero real. Si era cierto que la Ciudadela estaba sitiada, ahora todos aquellos hombres eran exiliados, personas sin hogar.

—¿Os duele algo, Señora? —preguntó Coryn—. He traído mi botiquín. —Estoy bien —contestó ella mientras aceptaba el apretón de manos de Kibb y de Galen. Miró alrededor y se fijó en que faltaba una cara.

—¿Dónde está Pen? —Lo he mandado a vigilar el perímetro, Señora —contestó Elston—. Aquí no hay ningún peligro; estamos en la llanura, y cualquier amenaza puede verse a kilómetros de distancia. Pero nos estaba volviendo locos a todos con ese aire de enamorado...

—¡Cuidado con lo que dices! —bramó Maza, y Kelsea se sonrojó. —Lo siento, Señora —se disculpó Elston, pero tenía unos ojos tan risueños que Kelsea sacudió la cabeza y le dio unas palmadas en el hombro.

—¿Quién más ha venido? —Abajo están Hall y sus hombres. Y también Levieux, que quiere hablar con vos cuando tengáis un momento.

—¿Levieux? —Nos ayudó a entrar en el Palais, Señora —se apresuró a contestar Maza, y le indicó con una rápida mirada que ya hablarían de eso más tarde ellos dos.

Kelsea asintió, pero cuando se acordó del Traedor no consiguió imaginarse a un hombre, sino solo al niño, Gavin. ¿Qué significaba eso? Miró mas allá de Elston y dio un respingo; le había parecido ver a alguien de pie al final del pasillo, observándola. Pero parpadeó, y al cabo de un momento la figura ya no estaba.

—¿Señora? Kelsea se volvió hacia Maza. —Me ha parecido ver a alguien al final del pasillo. —Todavía no estáis bien, Señora. Kelsea asintió, pero cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de que había visto algo: una mujer, con un vestido largo negro y un velo del mismo color. «Mentalmente desequilibrada», se dijo, y volvió a sentir aquel desasosiego. —Nos iremos por la

mañana —les dijo. —¿Señora? —Dices que la Ciudadela está sitiada, Lazarus. No podemos quedarnos aquí, escondidos, mientras el reino se hunde. ¿Qué reina haría eso?

—¡Toma! —le dijo Dyer a Coryn—. ¡Me debes diez libras! —Sabíamos que diríais eso, Señora —aclaró Maza—. Mi única duda era cuánto tardaríais en decirlo. —Es que es la verdad. —No tenéis ejército, Señora. El Santo Padre tiene un batallón entero de mercenarios mort. Lo único que conseguiréis regresando a Nueva Londres será que os maten.

Kelsea asintió y trató de tomarse en serio ese consejo, y comportarse como la reina inteligente en que, a esas alturas, ya debería haberse convertido. Pero no podía quedarse allí esperando, lejos de Nueva Londres, lejos de todo. ¿Qué iba a arreglar si lo hacía?

—Señora. Se dio la vuelta y vio venir a Pen por el pasillo. —¡Pen! Kelsea arrancó a correr, pero Maza la sujetó por la muñeca. —Esperad, Señora. —¿Qué pasa? —Las cosas han cambiado. —El capitán se volvió hacia el resto de la guardia —. ¡Todos a vuestros puestos! ¡Veréis a la reina a la hora de la cena!

Los guardias obedecieron, y Kelsea se fijó en que de repente parecían impacientes por marcharse. Al cabo de unos segundos, habían desaparecido todos por distintos sitios.

—Señora. —Pen llegó a su lado y saludó a Kelsea con una inclinación de cabeza—. Es un placer ver que estáis bien.

La joven se quedó mirándolo sin comprender. Aquel hombre tan frío no era el que ella conocía. Entonces se acordó de la escena del puente y lo entendió. Pen estaba enfadado con ella, lógicamente, igual que Maza. Había huido de todos ellos, de su Guardia Real, para entregarse al enemigo. Mientras estaba encarcelada, había intentado no pensar en Pen, pero él había seguido existiendo todo ese tiempo, y sufriendo aquella traición. Bueno, haría las paces con él. Le explicaría...

—Pen ya no será vuestro guardia personal, Señora —dijo Maza con voz monótona.

—¿Cómo? —A partir de esta misma noche, Elston sustituirá a Pen. Kelsea se dio la vuelta y miró a Pen a los ojos, y él clavó la vista en el suelo. —¿Qué ha pasado? —preguntó la joven. —Os doy unos minutos para que habléis a solas, pero solo unos minutos —dijo Maza dirigiéndose a Pen—. Después, no volveréis a estar solos.

Pen asintió, pero Kelsea miró al capitán y dijo: —¡No puedes hacer cambios en mi guardia sin mi consentimiento, Lazarus! Yo no te he pedido un nuevo guardia personal. Tú no eres nadie para tomar esta decisión.

—No, Señora —intervino Pen—. Lo he decidido yo. Kelsea lo miró, atónita. Habían dormido juntos, sí, pero podían dejar de hacerlo. Eso no era motivo para cambiar la composición de la guardia.

—¿Qué significa esto, Pen? —Solo unos minutos —repitió Maza, y se dirigió por el pasillo hacia la habitación de Kelsea.

Pen esperó a que el capitán hubiera entrado; entonces la miró y ella se estremeció cuando vio lo que había en su rostro: profesionalidad pura y dura, y nada más.

—¿Ya no me quieres, Pen? —Soy un guardia real, Señora, es lo único que he querido ser siempre, desde el día en que me encontró el capitán. —Se encogió de hombros, sonriendo, y durante un momento se rompió el hielo y volvió a ser el Pen de siempre, el Pen que ella conocía—. Os amo, Señora. Creo que os he amado desde aquel día, cuando me preguntasteis si podíais ayudarme a montar aquella maldita tienda. Pero durante vuestra ausencia he descubierto que no puedo amaros y ser guardia real, las dos cosas a la vez.

Kelsea asintió, pero fue un movimiento reflejo. Ella no amaba a Pen, ¿verdad? Ya no lo sabía. El sexo los había unido, les había hecho llegar más lejos de lo que ellos pretendían al principio. Algo se movió detrás del hombro de Pen, y Kelsea creyó ver, otra vez, una oscura figura al final del pasillo. Parpadeó, y la figura había desaparecido.

Volvió a concentrarse en Pen. Se sentía herido en su orgullo, evidentemente. Pero si se dejaba llevar por ese impulso, no solo perdería a un compañero de cama, sino también a un amigo. Apretó la mandíbula e hizo todo lo que pudo para disimular su desilusión.

—¿Piensas continuar en la guardia? —le preguntó. —Sí, Señora. Pero ya no seré vuestro guardia personal. Y tendéis que tratarme como a los demás, o tendré que marcharme.

Ella asintió lentamente, y algo parecido a la desdicha se desató en su interior. No habían pasado muchas noches juntos, pero habían sido noches maravillosas, a medio camino entre el amor y la amistad, un oasis de dulzura en el desierto riguroso que dominaba la vida de Kelsea desde que se había marchado de la casita. Echaría de menos ese lado de Pen, pero en el fondo de aquel dolor había respeto por él, un respeto que crecía por momentos.

«Somos parecidos», pensó escudriñando el rostro de Pen. De pronto, en el fondo de sus ojos vio su ciudad, sus suaves colinas en llamas, y comprendió que aquella obra, la gran obra de su vida, superaba cualquier cosa que ella pudiera desear para sí misma. Habría más hombres, muchos más, pero ninguno se interpondría jamás en la realización de aquella obra. Ella jamás lo permitiría.

Respiró hondo y le tendió la mano a Pen para que se la estrechara. Pen sonrió, sincero y completamente confiado, y Kelsea se dio cuenta de que nunca volvería a ver aquella sonrisa. Hablarían, se reirían, se chincharían el uno al otro, como Kelsea hacía con los otros guardias, pero aquello nunca volvería a repetirse. Se estrecharon las manos; Pen la retuvo un momento antes de soltarla y tragar saliva. Cuando volvió a mirarla, el hombre había desaparecido, y ya era otra vez el guardia real. La miró con gesto escrutador.

—No tenéis buen aspecto, Señora. —Acabo de despertarme. —Pero Pen tenía razón. Maza la había despertado. La voz de Katie resonaba con insistencia en su mente, y se negaba a dejarla en paz —. Levieux está aquí, ¿verdad? Necesito hablar con él.

Necesitaba hablar con él, sí, agarrarlo por la camisa y zarandearlo hasta que soltara unas cuantas respuestas sobre lo que le había pasado a Jonathan Tear. No tenía sentido contentarse con las visiones que tenía a través de Katie, que avanzaban a un ritmo muy lento, cuando podía exigirle a alguien que había estado allí que le contara toda la historia.

—Tendréis que esperar, Señora. —Maza había aparecido detrás de ella, acompañado de Elston. Kelsea no conseguía orientarse en aquel lugar; los pasillos tenían algo extraño, algo que no cuadraba en sus proporciones—. Levieux ha partido hace unas horas y ha dicho que volverá tarde. Pero abajo hay cena. Puedes irte, Pen.

Pen se marchó. Kelsea sintió una última punzada de dolor, y entonces miró a Maza y a Elston y apretó la mandíbula.

«¡La obra!» —Este pasillo se mueve, señor —masculló Elston—. Continuamente veo cosas en las esquinas.

Maza miró hacia atrás y sus facciones se tensaron. —No me fío de la señora de la casa. Cuanto antes nos vayamos de aquí, mejor. —¿Estáis de acuerdo en que sea vuestro guardia personal, Señora? —preguntó Elston.

Ella asintió y le sonrió, pese a que tenía el corazón encogido de pena. —Vamos a cenar un poco, pues. Kelsea los siguió por el pasillo. Despertó a oscuras. Al principio no sabía dónde estaba (últimamente daba la impresión de que cada noche dormía en un sitio diferente), pero entonces una antorcha chisporroteó en su soporte y se acordó: estaba en casa de lady Chilton, en la habitación que le había asignado Maza. Elston montaba guardia al otro lado de la puerta.

Había algo en la habitación. Kelsea había oído un débil movimiento detrás de ella, poco más que el susurro de una corriente de aire, cerca de la puerta. Se planteó darse la vuelta, pero cuando lo

intentó vio que tenía los músculos paralizados. No quería mirar. Sin proponérselo, evocó una imagen de la niña de la mazmorra, y se le puso la piel de gallina. Podía gritar para pedir ayuda; Elston estaba allí mismo. Pero recordó lo rápida que había sido la niña de la mazmorra.

Otro débil sonido: roce de cuero en el suelo. Un paso, quizá; aunque la imaginación de Kelsea proponía otras cosas. Se imaginó a la niña a dos palmos de distancia, preparada para saltar.

«No hagas como con Brenna», le susurró su voz interior, y de pronto Kelsea notó que todos sus nervios se electrizaban. No, no se lo pondría tan fácil como se lo había puesto a Brenna. Se quedó quieta y tensó todos los músculos del cuerpo preparándose para moverse. Tenía el puñal debajo de la almohada, en su funda; no podía cogerlo sin que se notara. Sin embargo, creyó que podría sacarlo con suficiente rapidez, aunque la niña hubiera empezado moverse.

Un último paso, esta vez muy cerca. La joven se dio impulso y rodó hacia el lado de donde provenía el sonido, y cayó de la cama precipitándose sobre su atacante. Distinguió una silueta oscura que emitía un débil y agudo chillido al caer hacia atrás. Kelsea desenfundó el puñal y se puso encima de aquella cosa, buscándole el cuello. Entonces se apartó, horrorizada.

Aquel ser no tenía cara. Pero, al cabo de un momento, Kelsea se dio cuenta de que era absurdo. Se había dejado engañar por la luz del fuego, por su propia imaginación sobreestimada. Aquello no era ningún monstruo, solo era una mujer, y llevaba un largo vestido negro y un velo de encaje que le cubría toda la cabeza. La mujer intentó apartarse arrastrándose hacia atrás, pero Kelsea se puso a horcajadas encima de ella y la inmovilizó.

—Usted debe de ser lady Chilton —dijo, jadeando y tratando de apartarle el velo de la cara—. ¿Se puede saber qué quiere de mí, y por qué me persigue por la casa?

Encontró el borde del velo, tiró de él con fuerza y se lo arrancó. Y entonces fue Kelsea quien se echó hacia atrás tan rápido como pudo, al tiempo que inspiraba de golpe.

La cara que había bajo el velo era la de su madre.

La señora de la casa

¿Infierno? El infierno es un cuento de hadas para los crédulos, pues ¿qué peor castigo puede haber que el que nos infligimos nosotros mismos? Ya ardemos bastante en esta vida.

Recopilación de sermones del padre Tyler, archivos del Arvath

—Fue idea de Maza —dijo la mujer, como si eso lo explicara todo. Estaban sentadas en sendos sillones de respaldo alto, delante de la chimenea de la habitación, que estaba apagada. Hacía frío, pero Kelsea se había tomado muy en serio las supersticiones de la Reina Roja, y no quería encender el fuego. Todavía no entendía el funcionamiento del prolongado juego de Row Finn, pero, si era cierto que estaba en libertad, ahora Kelsea representa una amenaza para él.

La antorcha alumbraba muy poco, pero Kelsea no podía dejar de mirar a su madre con la esperanza de encontrar algún defecto en ella, algo que indicara que todo aquello no era más que un truco. Pero no lo encontró. La mujer que tenía delante era mayor que la del retrato que Kelsea había visto en la Ciudadela, y tenía unas finas arrugas en las comisuras de la boca y los ojos. El vestido y el pelo negros, señales de duelo, la envejecían aún más. Pero no cabía duda de que era Elyssa Raleigh.

—¿Qué fue idea de Maza? —Pues sacarme de allí. —Elyssa soltó una risita cantarina—. Había tanta gente que quería matarme. Aunque era casi emocionante.

Kelsea miró hacia la puerta, impaciente. Le había ordenado a Elston que fuera corriendo a buscar a Maza, pero se lo había dicho a través de la puerta, y ahora estaba preocupada por si Elston no le había entendido bien. Estaba esperando a que llegara el capitán para estrangularlo. Con lo mal que la hacía sentirse Maza cada vez que ella se reservaba algo, y ahora resultaba que él le había ocultado el mayor secreto que jamás hubiera podido imaginar.

—Carroll y Maza eran mis mejores guardias, los más listos. —Elyssa hizo una pausa, inclinó hacia abajo las comisuras de su boquita de muñeca—. Maza me ha dicho que Carroll ha muerto.

—Sí —replicó Kelsea automáticamente. Al cabo de un momento se dio cuenta de que tampoco había visto su cadáver. ¿Y si él también estaba escondido en algún sitio? ¿Y si lo estaban Barty y Carlin? ¿Cómo iba a creerse lo que le dijera Maza a partir de ahora? Durante años, Kelsea

había querido recibir tantas cosas de la mujer que ahora tenía sentada delante: amor, aprobación, justificación... Y, por supuesto, había soñado con la oportunidad de gritarle en la cara. Y sin embargo, ahora que tenía ocasión, Kelsea no sabía qué quería, solo sabía que habría preferido no estar en aquella habitación. Se había acostumbrado a odiar a su madre, y se sentía cómoda con ese sentimiento. No necesitaba revisar aquel status quo.

—La idea fue de los dos, pero Maza fue quien me sacó de la Ciudadela. Tiene un montón de escondites, ya sabes. Él me trajo aquí. —Elyssa volvió a fruncir el ceño—. La vida lejos de la capital es muy aburrida. Maza viene a visitarme cuando puede, y tengo mi negocio...

—¿Qué negocio? —Los vestidos —contestó Elyssa con orgullo—. Soy una de las diseñadoras de más éxito del Tear. Pero tengo que trabajar desde aquí y enviar a alguien a tomar las medidas y los pedidos. —Volvió a hacer una mueca de disgusto—. No puedo ir a ningún sitio.

Kelsea forzó una sonrisa. Se le ocurrían un montón de cosas que decirle; sin embargo, se mordió la lengua. Pensaba exponerle su opinión a aquella mujer, pero no lo haría hasta que ella le hubiera contado toda la historia.

—¡Estoy tan contenta de verte! —exclamó Elyssa, y le puso una mano en el brazo. Kelsea se puso en tensión, pero Elyssa no pareció notarlo; estaba demasiado ocupada examinándola, escudriñando su cara—. ¡Y eres muy guapa!

Kelsea se retrajo, casi como si la hubieran abofeteado. Todos aquellos días en la casita, de pie junto a la ventana, vigilando, esperando a que llegara su madre... Estaba segura de que sería una mujer inteligente, bondadosa y amable, y que la elogiaría, aunque Carlin no le elogiara, por todas las cosas que había aprendido y por haberse esforzado tanto. Aunque Kelsea hubiera sido guapa entonces, ese no era el halago que esperaba, porque ya de pequeña había entendido que eso significaba muy poco. Estuvo a punto de decirle a Elyssa que aquella belleza no era suya, pero en el último momento se contuvo.

—Creía que había un cadáver —dijo con voz ronca—. Que cuando se anunció vuestro fallecimiento había un cadáver.

—Sí, lo había —contestó Maza detrás de ella, y Kelsea se sobresaltó. Había entrado sin hacer ruido en la habitación mientras ellas dos hablaban, y ahora surgió de las sombras y apoyó una mano en el hombro de Elyssa.

—¿Cómo ha entrado? —preguntó el capitán. —Esta casa está llena de pasadizos secretos. Es un truco que aprendí de ti. —El cadáver —insistió Kelsea—. Dijiste que había un cadáver. —El

cadáver de la reina —confirmó Maza—, tendido en la cama con un corte en el cuello.

—¿Cómo? —preguntó Kelsea. Maza se quedó mirándola. —Oh, no, Lazarus. ¿Una doble? —Una doble perfecta, lo bastante parecida para engañar al resto de la Guardia Real.

—¿Dónde la encontraste? —La encontró Carroll. En las Tripas, ejerciendo su oficio. Kelsea se quedó mirándolo como si viera a un desconocido.

—Fueron muy listos —intervino Elyssa—. Primero por pensarlo, y luego por encontrar a alguien que se pareciera tanto a mí. Fue una pena que ella tuviera que morir, aunque solo fuera una prostituta.

Kelsea cerró la mano y formó un puño, pero se contuvo. La mujer que estaba sentada en el otro sillón no se merecía ni siquiera eso. Pero Maza...

—¿Tú hiciste eso, Lazarus? —Soy un guardia real, Señora. Mi primera obligación es proteger a la reina. Kelsea lo fulminó con la mirada; sus palabras habían abierto un abismo en su interior. Por primera vez, entendía que esa afirmación tenía dos caras, una buena y una espantosa. Maza también tenía una misión que cumplir, igual que ella. A veces Kelsea se sentía capaz de hacer cualquier cosa por levantar su malogrado país, pero había un límite que ella jamás habría traspasado, ¿no?

—Cada día había un nuevo intento de asesinato, Señora. Algunos estaban asombrosamente bien planeados; surgían de Demesne. Carroll y yo sabíamos que tarde o temprano alguien lo conseguiría. No podíamos quedarnos sentados esperando a que sucediera.

—¿Y esa fue la solución que se te ocurrió? —Sí. Teníamos que elegir entre eso o dejar que mataran a la reina. —¿Y el reino que dejaba atrás? Y en manos de mi tío, nada menos. ¿No pensasteis en eso?—La seguridad de la reina, Señora —insistió Maza, implacable—. Todo lo demás es secundario.

—¿A mí también me buscaste una doble? —No, Señora. Sabía que vos no lo permitiríais. —¿Pues claro que no! —le espetó—. Ya veo que te has creído que todo esto es un carnaval de moral, pero...

—Vos me conocéis ahora, Señora. No me conocíais hace veinte años. Entonces yo era diferente, tenía la Guardería mucho más reciente.

—¡Ya lo creo! —saltó Elyssa, y le dio unos golpecitos en la mano a Kelsea antes de que ella pudiera apartarla—. Gritaba y se peleaba, y luego, cuando no podía salirse con la suya, se quedaba enfurruñado en un rincón. Carroll siempre decía que era un poco salvaje, y tenía razón.

Kelsea apartó la mano del brazo del sillón; estaba asqueada. A pesar de la diferencia de edad,

su madre parecía más joven que ella, casi una niña; pero Kelsea no pensaba perdonarla por eso: aunque fuera una cría, le debía respuestas.

—¿Por qué me diste en adopción? —No tuve alternativa. —Elyssa le lanzó una mirada furtiva a Maza—. Estabas en peligro.

—Mentira. —¿Por qué insistes en hablar del pasado? —dijo su madre con voz lastimera—. ¡El pasado es muy feo!

—¿Feo? —murmuró Kelsea. Maza le lanzó una mirada suplicante, pero ella lo ignoró. ¿De verdad pretendía defender a aquella mujer?

—Déjanos solas, Lazarus. —Señora... —Cierra la puerta al salir y espera fuera. Maza se quedó mirándola un momento, consternado, y entonces se marchó. Kelsea miró a su madre. Por lo visto Elyssa por fin había captado que Kelsea estaba contrariada, y había empezado a removerse en su sillón y evitar la mirada de su hija.

—Les hiciste prometer a todos que no me hablarían de la remesa. —Sí. —¿Por qué? —Kelsea se dio cuenta de que su tono de voz revelaba claramente la rabia que sentía—. ¿De qué demonios iba a servir eso?

—Creía que podría arreglarlo —dijo su madre sin alterarse—. Creía que era una solución temporal, y que pronto se nos ocurriría alguna otra cosa, antes de que tú volvieras a casa. Maza es muy inteligente; pensé que Thorne y él...

—¿Que Thorne solucionaría lo de la remesa? Pero ¿de qué demonios estás hablando?

—Ay, no digas palabrotas. Es muy feo. Otra vez esa palabra. Si su madre se había propuesto enfurecerla, no habría podido escoger nada mejor. Para ella, nada podía tener valor si no era hermoso. A Kelsea la mente de su madre se le antojaba un estanque congelado; las ideas podían patinar por su superficie, pero nada conseguiría jamás atravesarla. Kelsea quería explicaciones, quería que su madre respondiera por su egoísmo, por sus pobres decisiones, por sus crímenes. Pero ¿cómo podías pedirle explicaciones a un páramo helado?

—Confiaba en que nunca necesitaras saberlo —continuó Elyssa—. ¡Y no salió tan mal! ¡Conseguimos mantener la paz durante diecisiete años!

—No mantuvisteis la paz. —El mal genio de Kelsea ya había llegado; lo notaba acechando alrededor de su mente, esperando cualquier oportunidad para presentarse—. Lo que hicisteis fue comprar la paz, traficando con las personas a las que se suponía que teníais que proteger.

—¡Eran pobres! —insistió Elyssa, indignada—. ¡De todas formas, el reino no podía

alimentarlos! Al menos, en Mortmesne los alimentarían y los cuidarían, eso dijo Thorne.

—Claro. Y ¿por qué ibas a cuestionar las palabras de Arlen Thorne? Tenía tantas ganas de abofetear a su madre que tuvo que meter las manos debajo de los muslos hasta que se le pasó el impulso.

«Es mi madre», pensó. Era una idea insoportable. ¡Cómo le habría gustado ser hija de Carlin, o de cualquier otra persona! Aquella mujer le había dado la mitad de lo que era, pero solo la mitad. De pronto esa idea parecía una cuerda de salvamento, y Kelsea se lanzó hacia ella, olvidando su cólera.

—¿Quién es mi padre? Elyssa bajó la mirada y volvió a adoptar una expresión angustiada. —Eso ya no importa. —Ya sé que te tiraste a toda la guardia. Me importa un cuerno. Pero quiero un nombre.

—A lo mejor no lo sé.

—Claro que lo sabes. Y Lazarus también. —¿Nunca te lo ha dicho? —Elyssa sonrió—. Mi guardia más fiel. Kelsea compuso una sonrisa amarga y dijo: —Lazarus no es de nadie. —Una vez sí lo fue, mío. —Tenía la mirada extraviada—. Y yo lo eché. —No quiero que me lo cuentes. —¿Por qué estamos hablando del pasado? —insistió Elyssa—. El pasado ya no está. Me han dicho que la Reina Roja ha muerto, por fin. ¿Es cierto?

Kelsea cerró los ojos y los abrió otra vez. —No me vas a distraer. Mi padre. Quiero un nombre. —¡No importa! ¡Está muerto! —Entonces no hay ningún motivo para que no me lo digas. Elyssa volvió a desviar la mirada, y de pronto Kelsea tuvo una terrible sospecha. Cuando especulaba sobre quién la había engendrado, solo había una opción que nunca se planteaba, porque no podía. Maza se lo habría dicho.

«No, no me lo habría dicho —le recordó su mente, casi con petulancia—. Él es un guardia real hasta la médula.»

—Uno de mis guardias —contestó Elyssa por fin—. Solo pasé con él unas semanas. ¡No significaba nada para mí!

—El nombre. —¿Estaba tan triste cuando vino a vernos! —Ahora Elyssa balbuceaba, y sus palabras salían atropelladamente—. Era un buen espada, aunque venía del campo. Carroll lo quería para la guardia, y yo solo pretendía hacer que se sintiera mejor, no era mi intención...

—¿Quién? —Mhurn. Ni siquiera sé si llegaste a conocerlo... —Sí, lo conocí. —Kelsea oyó su propia voz, inexpresiva y casi sospechosamente serena, pero su madre no se fijaba en esas cosas—.

¿Él lo sabía? —le preguntó—. ¿Sabía que era mi padre?

—No lo creo. Nunca me lo preguntó.

Kelsea sintió alivio, pero no mucho. Tenía la mente dividida; había dos líneas paralelas. Una funcionaba bastante bien, pero la otra estaba trastocada por el recuerdo: la sangre manchándole la mano y la cara sonriente de Mhurn, con la mirada extraviada por la morfina.

«Maté a mi padre.» —Carroll trajo a Mhurn a la guardia. Los muertos se habían llevado a su mujer y a su hija y... ¡Estaba destrozado! —Elyssa levantó la cabeza, y Kelsea distinguió en su mirada una pizca de sincero dolor—. Nunca he podido resistirme ante un hombre destrozado.

Kelsea asintió con la cabeza e hizo un esfuerzo para no borrar la sonrisa de sus labios.

—Yo no tengo esa debilidad... «Maté a mi padre.» —... pero he leído sobre ella. Continúa, por favor. —Maza se puso furioso cuando se enteró, pero no tenía ningún derecho, hacía mucho que nosotros dos habíamos terminado. A veces, sin embargo, me pregunto si te sacaría de la ciudad solo para castigarme...

—¿Lazarus me sacó de la ciudad? —Sí, Carroll y él. ¡Y lo hicieron a mis espaldas! —Elyssa frunció los labios—. Yo jamás te habría dado en adopción.

Kelsea se recostó en el respaldo del sillón, y dejó a Mhurn en segundo plano. Por fin tenía una respuesta a la pregunta que la había atormentado desde aquel día en los jardines de la Ciudadela: ¿cómo se explicaba que una mujer tan egoísta como su madre diera a su hija en adopción para protegerla? Ahora lo entendía: había especulado con todo tipo de motivos, y sin embargo había pasado por alto la respuesta más sencilla: su madre no la había entregado. Otros habían tomado la decisión por ella.

«Pero ¿por qué?» —Al principio te eché mucho de menos. —Elyssa parecía abstraída, como si describiera algo que le hubiera sucedido a otra persona—. Eras un bebé precioso, y ¡ay! ¡me sonreías! Pero resultó ser una buena opción. ¡Si no, habríamos tenido que buscarte una doble!

Rió un poco, y el sonido de su risa acabó por desatar aquello que había surgido dentro de Kelsea. Se levantó del sillón, con tanto ímpetu que lo tiró al suelo; agarró a su madre por los hombros y empezó a zarandearla. Pero aquello no era suficiente. Quería abofetearla, exigirle que justificara sus fallos, que los enmendara de alguna manera.

—Señora —murmuró Maza, y Kelsea paró. El capitán había entrado sigilosamente en la habitación y estaba de pie a escasa distancia, con las manos en alto, dispuesto a detenerla.

—¿Qué pasa, Lazarus? Kelsea tenía las manos a solo unos centímetros del cuello de su madre,

y quería... quería... Su madre no era realmente mala; quizá no fuera peor que Thorne, o que el carcelero, ni siquiera que Row Finn. Pero, de todas formas, la joven sentía un deseo irrefrenable de...

—No lo hagáis, Señora. —No podrías impedírmelo. —Quizá no, pero tendría que intentarlo. Y ella... —Maza inspiró hondo—. No lo vale.

Kelsea miró a su madre, que se había encogido en el sillón y la miraba con gesto de sorpresa. Más que asustada, parecía desconcertada, como si no entendiera qué había hecho mal. Kelsea se preguntó si, cuando era mucho más joven, Elyssa también ponía aquella cara en la época en que comenzaron los intentos de asesinato, cuando cada mes pasaba una remesa por debajo de sus ventanas; no debía de entender por qué no la adoraba todo el mundo.

—No lo hagáis, Señora —insistió Maza, suplicante, y Kelsea vio que el capitán tenía razón, aunque no por los motivos que él creía.

Hiciera lo que hiciese Kelsea allí, no conseguiría lo que quería. Ella deseaba venganza, pero la mujer sobre la que quería descargar su cólera no era aquella. Aquella mujer-niña nunca podría entender la magnitud de sus errores. No habría explicación, no habría justificación. No habría catarsis.

«No tendré nadie a quien odiar.» En un libro, esa idea quizá hubiera sido liberadora; quizá hubiera sanado algo en el interior de Kelsea. En la realidad, en cambio, le producía una sensación de soledad inimaginable. Se quedó sin fuerza en los brazos y retrocedió.

—Bueno, ya está —dijo Elyssa, y su rostro se iluminó—. ¿Hemos acabado ya con el pasado?

—Sí —contestó Kelsea, con un hilo de voz que incluso a ella le sonó lamentable.

Nunca acabarían con el pasado, pero su madre era incapaz de entenderlo. Elyssa se levantó del sillón con los brazos estirados, y Kelsea, horrorizada, vio que su madre pretendía abrazarla. La joven se echó rápidamente hacia atrás, y tropezó con las losas irregulares del suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre, otra vez con tono de perplejidad o, peor aún, un poco dolida—. Ya no hay más secretos. Ahora podremos conocernos la una a la otra.

—No. —¿Cómo? ¿Por qué no? —Elyssa se quedó mirándola, con los labios ligeramente fruncidos, casi haciendo pucheros—. Eres mi hija. No fui una madre perfecta, es verdad, pero ya te has hecho mayor. Ahora ya podemos dejar atrás el pasado.

—No, no podemos. —Kelsea hizo una pausa y escogió con cuidado sus palabras, porque no pensaba volver a hablar con aquella mujer nunca más—. Eres egoísta, descuidada y estúpida. Nunca

debiste tener en las manos el destino de otros seres humanos. Creo que soy mejor persona gracias a que me criaron Barty y Carlin, y a no haberte conocido. No quiero saber nada de ti.

Su madre abrió la boca. Fue a protestar, pero Kelsea se dio la vuelta. Elyssa intentó seguirla, pero Maza se adelantó y le cerró el paso.

—¿Dónde está la puerta? —preguntó el capitán. —¿Qué puerta?

—Su puerta —contestó Maza sin perder la paciencia—. ¿Cómo ha entrado dentro de la habitación?

—Está aquí. Golpeó la pared y se abrió una puerta que reveló un rectángulo negro en la piedra. Otro pasadizo secreto; ¿acaso en aquel reino ningún edificio era lo que parecía?

—Váyase. —¿Pero es que ella no lo entiende! ¡Ella...! —La reina se ha pronunciado. —¿Yo soy la reina! —exclamó Elyssa, indignada. —No, usted cambió la corona por su seguridad, hace ya mucho tiempo. —Pero... —¿Piensa irse? ¿O voy a tener que acompañarla? —¿Tú eras mi mejor guardia, Maza! —Parecía al borde de las lágrimas—. ¿Qué ha pasado?

Maza apretó la mandíbula. Sin decir nada más, hizo pasar a Elyssa por el umbral y cerró la puerta. Durante un largo minuto, la mujer golpeó la puerta desde el otro lado con los puños, y luego se hizo el silencio.

—¿Lo sabe el resto de la guardia? —le preguntó Kelsea a Maza. —Solo Carroll. Siempre me utilizaba para los trabajos que nadie más quería hacer. Muchas veces pienso que por eso me reclutó.

—Ella podría volver —dijo Kelsea—. Podría presentarse cualquier día y mostrarse ante toda la guardia.

—No lo hará. —¿Por qué? —Porque le dije que si lo hacía la mataría. —Y ¿lo decías en serio? —No lo sé. Kelsea se sentó en su cama. Estaba deseando tumbarse, quedarse dormida y olvidarse de todo aquello. Pero intuía que, si dejaba pasar aquella oportunidad, Maza y ella ya nunca tendrían aquella conversación. Kelsea perdería el valor, y los dos retomarían aquella amistad relajada, no exenta de pequeños piques, un estanque cuya superficie ninguno de los dos querría alterar.

—Maté a mi padre —dijo la joven—. No sabía que lo era, pero de todas formas lo hice.

—Sí, Señora. —¿Por qué no me lo dijiste? —Si no hubierais acabado con Mhurn, Señora, se habría matado él mismo. Era lo que había que hacer. Él estaba consumido, y en ese momento parecía poco probable que llegarais a averiguar quién era él. Evidentemente, después de aquello ninguno de nosotros os lo habríamos revelado.

—Debiste decírmelo. —¿Para qué? Kelsea no supo contestar esa pregunta. Había matado a varias personas; ¿tan diferente era aquella muerte? Y ¿por qué era tan importante la sangre? Acababa de cortar los lazos con la mujer que la había traído al mundo, y estaba segura de que era la decisión correcta. Quizá en el futuro tuviera otros sentimientos respecto a aquello, tal vez arrepentimiento; pero se sentiría mucho peor si hubiera tomado otra decisión. La sangre no convertía a Elyssa en madre, ni había convertido en padre a Mhurn; él la había apuñalado por la espalda. Kelsea se sentía mucho más cerca de Barty y de Carlin, o incluso de Maza, que de sus padres.

—Los lazos de sangre no tienen más importancia que la que yo quiera darles — dijo en voz baja.

Alguien le había dicho eso una vez. ¿Maza? ¿La Reina Roja? No se acordaba. Los animales se preocupaban por el linaje, pero los humanos deberían haber evolucionado y alcanzado algo mejor.

«Las circunstancias de tu nacimiento no importan. La bondad y la humanidad lo son todo.»

Esa voz sí la reconoció: era William Tear hablándole a Lily, una de las peores noches de la vida de la joven. Si era verdad, si aquella era la prueba de los Tear, ninguno de los dos progenitores de Kelsea la había superado.

—¿Qué hacemos ahora, Lazarus? —preguntó Kelsea—. ¿Me quedo en el exilio, igual que ella, escondida en un páramo mientras las cosas siguen empeorando?

—No lo sé, Señora. No podemos quedarnos mucho tiempo aquí, pero tampoco sé adónde podemos ir. El Santo Padre y los mort controlan Nueva Londres, pero vos solo contáis con los setenta y cinco soldados que están abajo. Regresar sería un suicidio.

La joven asintió. No habría sido la primera vez que se metían en la boca del lobo; de hecho, la insensatez había sido una constante durante gran parte de su reinado, incluso cuando el único resultado posible era su propia muerte. Sin embargo, quedarse allí sentada, protegiéndose mientras su reino ardía, parecía igual de insensato. Ese era el estilo de su madre.

—Hemos luchado mucho, Lazarus. ¿De verdad hemos llegado tan lejos para nada?

—A veces las cosas salen así, Señora. Pero Kelsea no lo creía. Quizá estuviera influida por haberse pasado la vida leyendo libros donde el argumento estaba cuidadosamente construido y cada acción tenía que significar algo. Maza y ella, juntos, habían luchado demasiado para fracasar ahora. Tenía que haber alguna opción, aunque ella no pudiera verla. Inquieta, revisaba el pasado, los

diversos planos de la historia del Tear que conocía. La muerte de Jonathan Tear estaba próxima, una tragedia terrible... Pero ¿no se podía haber evitado? Y ¿habría servido eso para salvar el Tear? Quizá Katie hubiera podido matar a Row Finn, pero los problemas de la ciudad no se limitaban a un solo hombre, y asesinando a un dictador en ciernes solo habría conseguido un trono vacío. Kelsea intuía que había una solución en algún lugar del pasado, pero todavía no la veía con claridad.

«¿Cómo murió Jonathan Tear?» Katie todavía no se lo había mostrado, pero Kelsea no podía seguir esperando a que se le mostraran los recuerdos de Katie. Miró a Maza, que seguía observándola con gesto de preocupación.

—¿Dónde está el Traedor?

Lo encontraron en el balcón del segundo piso con Hall y varios soldados. El sol estaba a punto de asomar por el horizonte, y hacía frío; el invierno ya se había instalado. La casa de lady Chilton («la casa de mi madre —pensó Kelsea— de mi madre.») estaba rodeada de terreno cubierto de maleza, y los diminutos cristales de hielo de la escarcha brillaban en aquella mañana de color marfil.

Cuando Kelsea y sus guardias salieron al balcón, Hall y Blaser la saludaron con una cabezada. La joven se alegró de verlos a los dos, aunque tuvo que cortar a Hall, que empezó a decir algo que sonaba como una disculpa. En su recorrido por la casa, Kelsea había pasado por una galería desde donde se veía la entrada; allí, en el suelo de piedra, dormían los soldados, menos de cien, los únicos que quedaban del ejército de Hall. La idea de que el general le pidiera disculpas era intolerable.

El Traedor y sus cuatro hombres oteaban el este del horizonte con sus catalejos. Al principio Kelsea se quedó impresionada al verlos: Howell, Morgan, Alain, Lear y Gavin, los cinco chicos de la ciudad, convertidos en adultos y, aparentemente, condenados también.

—Dejadnos solos un momento —les dijo Kelsea a sus soldados. —¡Ni hablar! —saltó Elston. —Por amor de Dios, El, no quiero tener que discutir esto con cada miembro de la Guardia Real.

—Elston —dijo Maza en voz baja—. Vamos. Elston le lanzó una mirada asesina al Traedor, pero siguió a Maza y salió por la puerta cristalera. Pen y Dyer salieron con ellos. Pen no puso ninguna objeción, y Kelsea sintió una ligera punzada de dolor, pero se controló. Tendría que aprender a vivir con la indiferencia de Pen; además, tenía asuntos más importantes de que ocuparse. El Traedor les hizo una señal a sus hombres, y los cuatro salieron del balcón; Morgan hizo como si se tocara un sombrero que no llevaba al pasar al lado de Kelsea.

Cuando se cerró la puerta, Kelsea se volvió hacia el Traedor. Hacía mucho que no lo veía, o al

menos lo parecía, y estaba más atractivo que nunca; pero, aun así, a la joven le sorprendió comprobar que ya no le impresionaba tanto. Tenía ante sí al hombre, pero no podía evitar ver al niño, Gavin: arrogante y descuidado, una presa fácil para Row Finn. Ver al niño insensato que había sido hacía que le impresionara menos el adulto, y, si bien la primera reacción de Kelsea fue de decepción, rápidamente la siguió el alivio.

—Os veo muy bien, Reina Tear —comentó el Traedor—. Muy bien para haber estado en la cárcel. —Estoy bien. —Y ¿qué ha sido de la Reina Mort? —La he matado. El Traedor, risueño, soltó un resoplido. —No me crees. —Sí, os creo. Me río de mí mismo. —¿Por qué? —Hubo un tiempo en que creí que para eso estabais aquí: para librarnos de la Reina Mort de una vez por todas. Pero ya lo habéis hecho, y no hemos mejorado mucho. El tear sigue fracasando.

—Tú tuviste algo que ver en ese fracaso, Gavin. El Traedor contuvo un momento la respiración, pero entonces dijo: —Sabía que al final me descubriríais. Row también lo sabía. —¿Qué quiere Row? —Lo que siempre quiso. Una corona. —¿Qué corona? —La corona Tear. La hizo Row, de plata y zafiro, pero no era una joya normal y corriente. Row dijo que le permitiría arreglar el pasado.

—Arreglar el pasado —repitió Kelsea, ya totalmente despierta. Ella llevaba meses tratando de averiguar cómo podía arreglar el pasado—. ¿Cómo?

—No lo sé. Él siempre creyó que le habían robado, que le habían arrebatado una oportunidad. Era demasiado listo para ser simplemente el hijo de Sarah Finn.

—¿Dónde está esa corona? —En algún lugar de Nueva Londres. Llevo meses buscándola, pero sin suerte. El sacerdote la robó del Arvath antes de huir.

—¿El padre Tyler? —Sí, pero no lo encontramos. Lo seguí hasta la Guardería, pero allí le perdí la pista.

Kelsea asintió, aunque le dolía imaginarse al anciano sacerdote allí dentro. Maza quizá fuera capaz de encontrarlo, pero no podía pedirle que volviera a aquel infierno. La noche anterior, durante la cena, el capitán le había explicado cómo había planeado vaciar la Guardería, y, aunque ella se había alegrado de que se hubiera tomado en serio sus órdenes, no había entendido por qué les había encargado el trabajo a los cadén. Ahora ya lo entendía; y no quería ni pensar en lo espantoso que debía de ser aquel sitio para que Maza no quisiera entrar allí. Seguro que el capitán se reiría de todo aquello, de las coronas, de la magia; Kelsea se imaginaba perfectamente el tono escéptico que adoptaría su voz. Pero en su cabeza no paraba de resonar aquella idea: «arreglar el pasado, arreglar

el pasado». Miró de nuevo al Traedor.

—¿Mataste a Jonathan Tear? —No. —Row y tu erais amigos, ¿no? Él parpadeó, sorprendido por aquella pregunta, y entonces contestó: —Sí. Éramos amigos. O yo creía que lo éramos. —¿Por qué odiaba tanto a los Tear? —Row siempre dijo que su nacimiento había sido un gran error.

—¿Qué significa eso? —No lo sé. Pero decía que la corona corregiría el error. —El Traedor se dio media vuelta, y se le quebró la voz—. Nosotros solo queríamos reconstruir una sociedad decente, como la de antes de la Travesía.

—Pero ¿qué dices? ¡El mundo antes de la Travesía era mucho peor que el nuestro!

—¡Pero nosotros no lo sabíamos! —El Traedor la miró, casi con gesto de súplica—. Nunca nos lo contaron. Nosotros solo sabíamos lo que nos contaba Row. Decía que era un mundo mejor, donde los que trabajaban duro recibían la recompensa de una vida mejor. Mejores casas, más comida, un futuro mejor... Eso era lo que nos ofrecía.

Kelsea apretó los puños. No hacía mucho, había creído que estaba enamorada de aquel hombre, pero ahora aquello parecía un episodio de la vida de otra persona. El niño, Gavin, lo eclipsaba todo. Si en ese momento el Traedor le hubiera declarado su amor eterno, ella le habría escupido en la cara.

—¿Se puede saber por qué no me contaste todo esto antes? —le preguntó—. ¿Qué esperabas conseguir ocultándomelo?

—Me atribuí más intención de la que tenía, Reina Tear. La respuesta es mucho más sencilla: estaba avergonzado. ¿Para vos sería tan fácil revelarle vuestros peores momentos a un desconocido?

—No —respondió la joven tras una pausa—. Pero tampoco antepondría mi orgullo al bien del reino.

—¿Qué bien? Todo eso ya está hecho, pasó hace trescientos años. Ya no importa.

—El pasado siempre importa, no seas necio —le espetó Kelsea—. Contéstame de una vez.

¿Quién mató a Jonathan Tear?

—Lo mató Row —respondió el Traedor con hastío—. Los mató a todos: a Dorian, a Virginia y a Evan Alcott, a cualquiera que significara un problema. Incluso mató a la señora Ziv, la bibliotecaria, pero demasiado tarde; ella ya había sacado casi todos los libros de la biblioteca y los había trasladado a un lugar seguro.

—No los mató a todos él solo. El Traedor la miró, imperturbable.

—¿Queréis que me avergüence aún más, Reina Tear? Yo era un imbécil, pero lo hecho, hecho

está. Ya he llorado todo lo que tenía que llorar.

—¿Qué pasó después de la muerte de Jonathan? —Ayudé a Katie a huir. Fue lo único bueno que hice, porque Row quería librarse de ella también. Pero Katie estaba embarazada; cuando me lo dijo, yo me sentí obligado a ayudarla. Habría sido un pecado imperdonable...

—¡Déjalo! —le cortó Katie; la palabra «pecado» siempre la irritaba, y además le repugnaba la idea de que Gavin no hubiera considerado que merecía la pena salvar a Katie hasta saber que esperaba un hijo—. ¿Quién era el padre? ¿Jonathan?

—No quiso decírmelo. —El Traedor se dio la vuelta, pero Kelsea alcanzó a ver el rastro de un viejo dolor en sus ojos, y de pronto recordó que un día él le había pedido a Katie que lo acompañara a una fiesta. Gavin la admiraba lo suficiente para ayudarla a huir, y quizá algo más... Pero no lo suficiente para ayudar a Jonathan—. Katie desapareció, y se llevó la corona de Row. Cuando este se enteró, se puso furioso, y creí que nos mataría a todos, pero por entonces ya había empezado a debilitarse. Katie nos había condenado a todos, pero tardamos meses en darnos cuenta de qué estaba pasando.

—No os castigó lo suficiente. El Traedor se puso rojo de ira, y Kelsea pensó que iba a pegarle. Pero al cabo de un momento bajó el puño y se apoyó en la barandilla del balcón, vencido.

—Decid lo que queráis, Reina Tear. Pero cuando has vivido siglos, cuando todos tus seres queridos han muerto y el mundo está lleno de desconocidos, lo ves de otra manera.

Pero Kelsea no estaba de humor para empatizar con nadie. Se dio la vuelta y contempló las tierras que se extendían allá abajo, y achicó los ojos mirando hacia el norte en un vano intento de ver Nueva Londres. Pero ¿qué Nueva Londres? ¿La de Katie, o la suya? Ahora ambas estaban sitiadas, y Kelsea sintió una repentina punzada de dolor por el sueño fracasado de William Tear. Él había trabajado mucho por su mundo mejor... Todos habían trabajado mucho: Lily, Dorian, Jonathan y todos los que se habían embarcado en las naves. Habían luchado, habían pasado hambre, hasta habían muerto persiguiendo el más antiguo de los sueños de la humanidad, pero no sabían que la visión de Tear tenía imperfecciones. Era demasiado fácil. La utopía no era la pizarra limpia que había imaginado Tear, sino una evolución. La humanidad tendría que trabajar por esa sociedad, y trabajar muy duro, y estar muy atenta para no cometer los mismos errores del pasado. Harían falta generaciones, tal vez muchas generaciones, pero...

—Podríamos llegar —murmuró Kelsea—. Y, aunque no llegáramos, al menos estaríamos más cerca.

—¿Cómo decís, Reina Tear? Kelsea levantó la cabeza; de pronto estaba segura de qué tenía que hacer. No sabía si se podía cambiar el pasado, si se podían reparar los errores que había cometido William Tear. Pero no intentarlo siquiera se le antojaba la actitud más irresponsable, y entonces la joven comprendió que ella también había quedado fascinada por la visión de Tear, igual que Lily, igual que todos los demás. El sueño más antiguo de la humanidad... Valía la pena morir por él, aunque no estuviera garantizado. Se metió la mano debajo de la camisa y cogió el zafiro de Tear; pensó en su mundo mejor, a siglos de distancia, y sin embargo tan cercano que casi podía tocarlo. Y ¿cómo podías saber qué era más real, el pasado o el presente? Justo antes de darse la vuelta y llamar a Maza, Kelsea se dio cuenta de que no importaba.

Ella vivía en ambos.

Dos horas más tarde Kelsea iba montada a caballo con Maza, rodeada de su guardia, además de Hall y sus soldados. Las riendas las llevaba el capitán, y Kelsea tenía los brazos atados con cuerdas a su cintura. Había sido idea de Maza, una buena idea; en cualquier momento la joven podía tener una fuga. Si a alguno de sus guardias le parecía extraña aquella forma de montar, ninguno lo dijo; Coryn se encargó de atarla y Kibb aseguró los nudos. Para ella, el hecho de ir atada era una ayuda, porque así ya no podía cambiar de opinión. Kelsea no era una atea perfecta; la reconfortaba demasiado la idea de lo inevitable.

—¿Sabes cuánto tardaremos, Maza? —Menos que si llevarais vuestra propia montura, Señora, porque no os tendremos que esperar —contestó el capitán, y Kelsea no dijo nada más, que era justo lo que él pretendía.

Cerca de ellos, el general Hall estaba montado en su semental gris, con su hermano Simon a su lado, al frente de lo que quedaba del ejército tear. El Traedor y sus hombres también iban en el grupo; Hall y el Traedor parecían compartir cierta afinidad, y Kelsea los había visto hablar mientras ultimaban los preparativos del viaje. Kelsea se sentía como una farsante; sabía que la única razón por la que Hall y la mayoría de sus guardias reales habían accedido a llevar adelante aquella iniciativa era que creían que, de alguna manera, ella se ocuparía de todo y compensaría las desigualdades.

«¿Podría hacerlo? —se preguntó Kelsea—. ¿Cómo?» No lo sabía. Llevaba el zafiro de Tear colgado del cuello, y el de Row en el fondo de las alforjas, junto a la piedra que había cogido del pasado. Pero ¿para qué le habían servido aquellos objetos? En una ocasión Maza le había dicho que estaría mejor sin los zafiros, y Kelsea se preguntó si el capitán tendría razón. En algún lugar de

Nueva Londres había una corona, una corona que tal vez pudiera ayudarla, pero que quizá solo fuera una esperanza vana. Había muchas posibilidades de que estuviera dirigiendo a todos aquellos hombres a una carnicería.

«Pero no puedo quedarme aquí», pensó, y sintió que su resolución se fortalecía. Miró las ventanas de la casa de su madre, los cristales relucientes donde se reflejaba el luminoso desierto y que no revelaban nada. Solo sentía alivio ante la perspectiva de alejarse de la mujer de negro. No quería quedarse allí mientras Nueva Londres ardía. Al fin y al cabo, era mejor morir limpio.

—En marcha —dijo Maza de pronto, y espoleó su caballo.

Kelsea se balanceó al mismo ritmo que él; con las manos atadas y sin poder controlar el caballo, tenía la impresión de que aquel viaje iba a resultar muy desagradable. Pero no podía hacer nada. Katie volvía a estar allí, duplicando la mente de Kelsea, casi eclipsándola. Había tenido esa misma sensación la última noche en la Ciudadela, cuando la mente de Lily la reclamaba constantemente, sin que ella pudiera controlarla. Katie y ella habían ido acercándose la una a la otra poco a poco, como dos esferas que se aproximan en una misma órbita, pero ahora Kelsea intuía que el eclipse estaba a punto de producirse.

—¡Vamos a Nueva Londres! —gritó Maza dirigiéndose a los soldados—. ¡No nos detendremos a menos que lo ordenemos la reina, o yo! ¡Si todo va bien, deberíamos llegar allí mañana por la noche!

«Si todo va bien», pensó Kelsea, preocupada. Se orientaron hacia el noroeste, e incluso desde aquella distancia a Kelsea le pareció oír gritos.

«Por favor, Tear, ayúdanos», suplicó en silencio. Hasta contuvo un momento la respiración, con la esperanza de recibir una respuesta, pero no hubo ninguna. William Tear no podría ayudarlos. Estaban solos.

El Tearland

Aquí lo tengo; en ciernes, y aún confuso: la vileza solo en acción descubre su torpeza.

Otelo, WILLIAM SHAKESPEARE (período pre-Travesía)

La ciudad había cambiado. Katie no habría sabido describir el cambio, pero lo notaba cada vez que paseaba por ella. Las calles estaban vacías y frías, no como cuando ella era más joven. Los vecinos habían vallado sus casas, y algunos edificios empezaban a deteriorarse, pues quienes no podían mantener sus viviendas no recibían ninguna ayuda. La ciudad empezaba a apestar.

Una noche, cuarenta familias se habían marchado. Para cuando los demás se dieron cuenta, el grupo estaba muy lejos, en la llanura, avanzando a buen paso hacia el sur. Jonathan había querido seguirlos, pero Katie lo había disuadido. Ninguna de aquellas familias pertenecía a la iglesia de Row, y al menos la mitad habían presentado quejas a lo largo del último año. Aunque Jonathan los convenciera para que regresaran, se enfrentarían a la misma persecución que antes: les rompían las ventanas a pedradas y les mataban las mascotas de madrugada. Dos semanas atrás, una muchedumbre había acorralado a la señora Ziv y la había golpeado con palos, obligándola a cerrar la biblioteca.

Si no hubiera tenido tanta responsabilidad, Katie tal vez se hubiera marchado también de la ciudad. Pero, como Jonathan estaba allí, ella no iba a irse a ninguna parte. De todas formas, la pérdida de aquellas cuarenta familias suponía un duro golpe; entre ellas estaban dos de los mejores carpinteros de la ciudad, varios lecheros y lo peor para Katie: el señor Lynn, que dirigía la granja de ovejas. Sin él, la calidad de la lana de la ciudad disminuiría.

Había más de un culpable (la estrechez de miras se nutría de la religión, y viceversa), pero Katie no podía evitar dirigir la vista hacia el norte, hacia el campanario de la pequeña iglesia blanca que se erigía en las afueras de la ciudad. En el año que hacía que Row estaba al frente de la congregación, sus sermones se habían vuelto cada vez más misteriosos, y la Iglesia también se había oscurecido. El dios de Row era un estricto policía del comportamiento personal, y la idea de que aquella vigilancia fuera incompatible con la idea original de la ciudad ya no parecía importarle a nadie más que a Katie y a Jonathan. Cuando no estaba trabajando, la gente estaba en la iglesia,

donde había una actividad intensa todo el día, tanto si Row pronunciaba su sermón como si no. A Katie le habría gustado culpar a la religión en general, pero ni siquiera ella podía engañarse tanto. Una iglesia era todo lo buena o mala que fuera la filosofía que se transmitía desde el púlpito. Ahora toda su rabia se concentraba en los seguidores de Row, porque ellos deberían haberse dado cuenta de que se equivocaban. En el pasado debían de haber sido más conscientes, porque, si no, William Tear no se los habría llevado en la Travesía. Él había escogido cuidadosamente a su gente; su madre siempre se lo decía. Pero ahora las cosas habían cambiado hasta tal punto que Katie no podía predecir qué harían sus conciudadanos, excepto Jonathan y, curiosamente, Row.

Había empezado a seguir a Row casi sin darse cuenta, como una especie de ejercicio. Él tramaba algo, y Katie lo sabía, pero no por eso era más fácil descubrirlo. Row iba a la iglesia todos los días, y daba sermones por la mañana y por la noche a cualquiera que quisiera escucharlo. Cuando se iba de la iglesia, las mujeres lo seguían en tropel, y todas las noches había alguna diferente en su casa, aunque él era muy discreto: las mujeres nunca llegaban hasta medianoche o la una, cuando la mayoría de los habitantes de la ciudad ya dormían. Alguna vez Katie se planteó sacar aquellos hechos a la luz, pero al final no lo hizo, un poco disgustada consigo misma. Row la atraía (no había conseguido olvidarse de aquel día en su dormitorio), y no pretendía engañarse a sí misma descartando que la envidia influenciara sus sentimientos; pero había que respetar la vida privada, incluso la de los hipócritas. Si quería poner en evidencia a Row, tendría que ser por algo relacionado con la vida pública, algo que afectara a toda la población de la ciudad. Solo eso serviría.

Entre sermón y sermón, Row iba al taller de metales de Jenna Carver, y, a medida que pasaban los días, su dedicación al trabajo empezó a intrigar cada vez más a Katie. Había estado preguntando a la gente y se había enterado de que la Iglesia de Row se ocupaba de todos sus gastos: la congregación mantenía su casa, y en una ocasión las mujeres habían llegado a las manos en una discusión sobre quién tenía que llevarle la cena. Él ya no necesitaba un empleo. Pero todos los días, sin falta, iba al taller de Jenna y pasaba allí cinco o seis horas. Una tarde, Katie encontró una excusa para acercarse al taller y asomarse por las ventanas, y vio que los cristales estaban tapados con papel, de modo que desde fuera no podías ver el interior.

«No trama nada bueno», pensó de regreso a casa. Todavía se acordaba de la noche en que Row la había llevado al taller de metales y le había enseñado el collar de Tear. Pero habían pasado años, y ahora Row podía estar haciendo cualquier cosa allí dentro. Katie decidió que necesitaba saberlo.

Al día siguiente esperó fuera del taller, escondida detrás del molino de Ellen Wycroft. Row había ido a dar su sermón nocturno, pero Katie tuvo que esperar una hora más, hasta la hora de la cena, a que Jenna Carver saliera también del taller. Ya se había puesto el sol; el otoño pronto dejaría paso al invierno. El viernes por la noche, la ciudad celebraría el festival de otoño, la última fiesta antes de que llegara el momento de cerrarlo todo y prepararse para las primeras nevadas. Cuando era niña, a Katie le encantaba el festival, pero, desde la muerte de William Tear, cada año lo encontraba más triste; se respiraba una atmósfera de falsa alegría, y todos se vigilaban estrechamente unos a otros, en busca de signos de debilidad. Pero Jonathan no podía dejar de asistir al festival, de modo que ella también tenía que ir. Últimamente, Katie casi nunca lo perdía de vista. En ese momento estaban con él Virginia y Gavin, cenando, y ni siquiera así se había quedado tranquila. A Katie le gustaba ocuparse personalmente de la seguridad de Jonathan.

La puerta del taller de Jenna estaba cerrada con llave. Katie miró alrededor y no vio a nadie en la calle. En los años transcurridos desde aquella vez que Row y ella habían ido allí, varias personas habían construido casas en el Lower Bend, pero ahora esas personas estaban dentro cenando, con las puertas cerradas. La mitad de las farolas de la calle ni siquiera estaban encendidas. Unas cuantas calles más allá, se oía el continuo staccato de los ladridos de un perro, pero nadie se molestó en hacerlo callar; la buena educación y la consideración entre vecinos que Katie recordaba de su infancia ya no existía.

Al ver que la calle estaba vacía, desenvainó su puñal y fue hacia la puerta. Se dijo que a William Tear no le habría gustado lo que se disponía a hacer: forzar una cerradura en una ciudad construida sobre la base del derecho a la intimidad. Entonces se dio cuenta de que eso era una tontería; había sido Tear quien les había enseñado a forzar cerraduras. Forzar cerraduras, construir barricadas, pelear con puñales, combate cuerpo a cuerpo, aguantar un interrogatorio... Tear les había enseñado todas esas habilidades. En otros tiempos, el único edificio de la ciudad que se cerraba con llave era la biblioteca, por la noche, cuando la señora Ziv se marchaba a su casa. Pero, desde la muerte de Tear, la gente había empezado a cerrar con llave la puerta de su casa, e incluso instalaba cerraduras adicionales. La mayoría eran candados y cadenas muy bastos, de fabricación casera, pero la cerradura del taller de Jenna era de metal y funcionaba con llave.

«Una policía secreta —susurraba la voz de Row en su cabeza—. Una policía secreta que solo le rinde cuentas a Jonathan.»

El puñal le resbaló de la mano. Katie renegó, se apartó un mechón de pelo de la cara y volvió

a empezar. Solo tardó cinco minutos más en abrir la puerta. Jenna era una orfebre excelente, pero no era cerrajera; Tear se lo habría reprobado.

Katie entró con sigilo en el taller, a oscuras, y cerró la puerta. Sacó una cerilla de la caja que llevaba en el bolsillo, vio una lámpara encima de un banco de trabajo y la encendió. La lámpara daba poca luz, pero suficiente para manejarse por el taller. Buscó por encima del banco y encontró una pequeña cuña de madera; la metió debajo de la puerta. Si Jenna (o, peor aún, Row) regresaba antes de lo previsto, Katie saltaría por la ventana de atrás y saldría corriendo.

No había vuelto a entrar allí desde aquella noche, cinco años atrás, pero una rápida ojeada le bastó para comprobar que no había cambiado mucho. El banco de trabajo y las mesas seguían llenas de trabajos sin acabar. Jenna fabricaba joyas, pero también se ganaba la vida reparando las que se habían llevado quienes habían hecho la Travesía. Katie sostuvo la lámpara en alto mientras se movía por la larga mesa de trabajo de Row. Vio varias piezas de plata, pero ningún zafiro. El cajón donde años atrás había visto el zafiro de Tear estaba ahora vacío; solo había una pequeña rasqueta.

«Debí vigilarlo hace muchos años —pensó Katie, furiosa—. ¿Qué debía de hacer sin que nadie se enterara? ¿Qué debía de hacer mientras los demás jugábamos con puñales?»

Pero otra voz le preguntó si esa era la ciudad donde ella quería vivir: una comunidad que mantenía constantemente vigilados a sus ciudadanos en nombre de la seguridad. Tear había comentado algo sobre eso una vez, ¿no? Sí, hacía mucho tiempo, cuando Lear le había hecho una pregunta sobre la obligación del gobierno de proteger a los ciudadanos. Katie cerró los ojos y de pronto se vio allí: en el salón de los Tear, con quince o dieciséis años, con la chimenea encendida y la pregunta de Lear en el aire.

—En esos casos, Lear, la seguridad es una ilusión —expuso Tear—. Una población descontenta es capaz de debilitar hasta el estado más seguro. Pero aunque la seguridad pudiera conseguirse mediante la fuerza, Lear, plantéate esta pregunta: ¿es tan importante la seguridad? ¿Vale la pena socavar todos los principios sobre los que se fundó una nación libre? ¿Qué clase de nación obtendrías entonces?

Katie contuvo la respiración. Estaba deslizando la mano por el tablero del banco de trabajo de Row, sin ninguna esperanza, convencida ya de que, si allí había algo, no lo había encontrado. Pero las yemas de sus dedos acababan de descubrir una serie de pequeñas protuberancias, apenas apreciables y demasiado simétricas para ser imperfecciones de la madera. Acercó más la lámpara y descubrió una rendija. Intentó meter las uñas, y luego metió el puñal, pero no consiguió nada; la

hendidura era demasiado estrecha. Katie caviló un momento, y entonces apoyó los dedos en aquellos bultos y empujó hacia abajo. Se oyó un débil ruido metálico, y una parte de la mesa se levantó revelando un compartimento secreto. Dentro había una caja de madera roja y pulida.

«Cerezo», pensó Katie. En la ciudad no había cerezos, pero Martin Karczmar había encontrado algunos en sus exploraciones al otro lado del río; las cerezas que había traído eran muy apreciadas en la ciudad, y los carpinteros valoraban cualquier ramita que pudieran conseguir. Sin embargo, para fabricar aquella caja habrían tenido que talar un árbol entero. ¿Quién iba a tomarse tantas molestias?

Sacó la caja del compartimento secreto. Estaba tan pulida que la superficie era lisa como el metal. La caja tenía un cierre, pero por suerte no tenía cerradura. Katie soltó el cierre y abrió la tapa, y entonces dio un grito ahogado.

Dentro de la caja había una corona. Parecía de plata maciza, y tenía incrustadas una serie de piedras azules asombrosamente parecidas al zafiro de William Tear. Era una pieza de preciosa, de excelente factura; Katie la acercó a la luz y la examinó, pero al mismo tiempo tenía el pensamiento lejos del taller de Jenna. ¿Por qué habría hecho Row aquellas piezas, y en secreto? ¿Para que necesitaría una corona?

«No seas boba —le susurró su mente—. Esa pregunta solo tiene una respuesta.»

El pestillo de la puerta hizo ruido. Katie estuvo a punto de soltar la caja, pero entonces la sujetó contra el pecho. El picaporte giró, pero la cuña que la joven había metido debajo de la puerta aguantó.

Llamaron a la puerta. Sin hacer ruido, Katie dejó la caja en el banco de trabajo y fue de puntillas hacia la puerta al tiempo que desenvainaba su puñal. Cabía la posibilidad de que se viera la luz alrededor del marco de la puerta, pero eso tampoco era grave: Jenna podía haber dejado una lámpara encendida mientras iba a su casa a cenar. Katie se inclinó hacia la puerta y apoyó una oreja. No oía nada, pero notaba que detrás había alguien.

«¿Eres tú?», preguntó en silencio. Row siempre lo sabía todo; ¿sabría que había alguien allí dentro jugando con su juguete nuevo?

Katie asió con fuerza el puñal, se agachó y, sin hacer ruido, empezó a retirar la cuña de debajo de la puerta. El corazón le latía muy deprisa, y veía borroso, y le sudaban las palmas de la mano con la que sujetaba el puñal.

«Cómo nos traiciona el cuerpo», se lamentó. Aquello no tenía nada que ver con el cuadrilátero

de entrenamiento. Consiguió soltar la cuña; se incorporó despacio y notó que le crujía una rodilla. Puso una mano en el picaporte con la intención de abrir la puerta de golpe, pero al final vaciló, incapaz de dar el último paso. Si había alguien allí de pie, ¿qué haría? ¿Apuñalarlo? ¿Realmente podía matar a una persona? ¿Y si era Row? ¿Podría matarlo? No lo sabía, y se quedó paralizada largo rato, incapaz de moverse ni un centímetro.

Oyó unos pasos que se apartaban, y luego unas botas que bajaban los escalones de la entrada. Katie se apoyó en la puerta y dio un gran suspiro de alivio. Se pasó la palma de una mano por la frente y se le quedó mojada. Esperó unos segundos más para ver si volvía, y entonces corrió hasta el banco de trabajo. Ya llevaba mucho rato allí; Row debía de estar a punto de terminar su sermón y podía regresar en cualquier momento. Katie guardó la corona en la caja y la cerró, y entonces se quedó contemplando la brillante superficie de la tapa y cavilando. Solo era una corona, no era un arma; aunque Row abrigara en secreto esperanzas de convertirse en el rey de la ciudad (y Katie estaba segura de que así era), aquella corona no le ayudaría a materializarlas. Katie podía dejarla allí, devolverla a su compartimento secreto, y nadie se enteraría. Sin embargo, había algo que le aconsejaba tomarse aquello más en serio. ¿Por qué estaba tan cuidadosamente elaborada aquella corona, y por qué tenía tantos zafiros? ¿Qué esperaba conseguir Row con ella?

Robar era de las peores cosas que uno podía hacer, la antítesis de lo que representaba la ciudad, porque no había forma más inequívoca de afirmar que no podías obtener algo libremente que el hecho de tener que robarlo. Katie no había robado nada en su vida, y tenía la sensación de que hacerlo abriría una puerta dentro de ella, una puerta oscura que no sería fácil cerrar.

«Creíamos que Tear era perfecto, pero no lo era —pensó, compungida, con la vista fija en la tapa de la caja—. Nos abandonó cuando más lo necesitábamos. Y si no podemos confiar en las palabras de Tear, ¿a quién hemos de escuchar?»

«A vosotros mismos.» Esa idea sonaba peligrosamente herética, peor aún que robar. Pero no parecía que hubiera más respuestas. Katie cogió la caja y se la metió debajo del holgado jersey, y entonces introdujo un extremo dentro de la cinturilla del pantalón y tensó el cordón. A continuación apagó la lámpara y salió con sigilo afuera. Miró alrededor por si veía a Row, pero no había nadie, y, cuando dobló la esquina de la siguiente calle, sujetó la caja con un brazo y echó a correr. Todavía estaba asustada, mucho, pero tenía ganas de reír, y se le escaparon algunas carcajadas cuando se adentró en el bosque, camino del centro de la ciudad.

El festival de otoño de aquel año parecía como los de siempre: los árboles del centro de la

ciudad estaban adornados con serpentinas, y los caminos, iluminados con farolillos de papel. Los artesanos habían montado puestos en la plaza, y exhibían sus artículos para hacer trueques con ellos. Pero allí algo había cambiado. Se echaba en falta la alegría que solía acompañar aquella ocasión. Los clientes deambulaban entre los puestos, y circulaba la cerveza, pero por todas partes había grupitos de gente que hablaba en voz baja y miraba por encima del hombro. Los artesanos, que solían llevar piezas pequeñas para regalárselas a los niños, regateaban duramente por cada artículo.

Katie no conseguía relajarse. Le parecía oír susurros por todas partes. Gavin, Virginia y ella se paseaban entre los tenderetes, formando un triángulo en cuyo centro siempre estaba Jonathan, y Katie notaba que la gente los miraba, y que desviaba la mirada cuando ellos se volvían. Era como si estuviera repasando una lista de control para descartar su paranoia, pero no podía convencerse de que todo eran imaginaciones suyas. La gente sonreía a Jonathan, pero aquellas sonrisas parecían falsas.

Alguien le puso una jarra de cerveza en la mano, pero Katie la dejó en la mesa. Su madre estaba allí, observando, pero no era solo por eso. Notaba que estaba formándose algo que se cernía sobre ellos, como la carga de electricidad estática del aire cuando se acercaba una gran tormenta por el sur. Allá donde mirara veía ojos brillantes, dientes que destellaban, pieles relucientes. Era como si tuviera fiebre. Sonaba la música y la gente bailaba en una gran pista en el centro de la plaza, pero Katie notaba algo raro, como si la gente que bailaba se esforzara en aparentar jovialidad, en enmascarar algo podrido, en conjurar la Muerte Roja.

—¡Katie! Se sobresaltó cuando alguien la cogió por la cintura. Ya se disponía a buscar el puñal que llevaba debajo de la camisa cuando se dio cuenta de que solo era Brian lord.

—¡Ven a bailar conmigo, Katie! —¡No! —Katie le apartó las manos. Sintió que todos la observaban, pero, cuando se dio la vuelta, la gente miraba hacia otro lado. Brian se marchó, y ella siguió caminando entre la multitud, buscando un sitio donde sentarse.

—Katie. Se dio la vuelta y vio a Row de pie detrás de ella. Este miró brevemente a Jonathan, como si quisiera tenerlo localizado, y luego volvió a mirar a Katie.

—¿Qué quieres, Row?

—Un baile, ¿qué voy a querer? Katie miró a Jonathan de reojo, pero Gavin, Virginia y él se habían acercado a un puesto de artículos de cuero donde vendían botas y cinturones.

—Tranquila, está bien —le susurró al oído—. Siempre está bien, Katie. No te necesita. ¿Por

qué no desconectas un momento? Nadie tiene por qué saberlo.

Row la cogió de la mano y tiró de ella, y Katie lo siguió; pasaron por delante del puesto de pan de jengibre de la señora Harris y llegaron al bosque que había detrás. Los árboles los rodearon, y Katie se asustó un poco («¡Esto está mucho más oscuro!»), pero entonces recordó que llevaba su puñal. Pero Row intentaba llevarla más allá.

—¿Qué quieres? —insistió. —Has robado una cosa, Katie. —¿Ah, sí? ¿Qué cosa? Row le puso una mano en la cintura, y ella dio un respingo. —¿Dónde está? —No sé de qué me hablas. Katie trató de proteger sus pensamientos. Había enterrado la corona en el bosque, detrás del parque municipal, bajo las raíces de un roble viejo y seco. Nadie la encontraría a menos que supiera lo que buscaba, pero Row ya había hurgado en su mente otras veces. Este dio un paso más hacia ella en la oscuridad, e hizo ruido al pisar una ramita. Katie se acordó de aquella otra noche, hacía muchos años, y sintió un escalofrío. ¿Cómo habían pasado de ser dos niños que se escondían por el bosque a aquello? ¿Por dónde había entrado la podredumbre? Row todavía le sujetaba la muñeca, y ella le apartó la mano.

—No juegues conmigo, Row. Yo no soy otra chalada de tu Iglesia. —No, claro que no. Pero a ti también te han engañado. Nos han engañado a todos. Tear.

—No empecemos. —Piénsalo, Katie. ¿Qué sentido tenía mantenerlo todo en secreto? ¿Ocultar el pasado?

La agarró del brazo, y Katie vio que estaba muy pálido y tenía los ojos muy abiertos, brillantes y con un reflejo rojizo bajo la luz de la luna. Durante un momento aterrador, le recordó a la cosa que había visto en el bosque aquella noche, y se apartó de él, y estuvo a punto de tropezar con un árbol. Pero, al levantar la cabeza, Row volvía a ser el de siempre.

—Yo sé por qué Tear escondía el pasado, Katie. No quería que supiéramos que las cosas no tenían por qué ser así, que podían ser de otra manera. Cada uno según sus talentos... Los inteligentes y trabajadores, recompensados, y los perezosos y estúpidos, castigados.

—Eso quizá funcione con tu congregación, Row, pero conmigo no. Yo no necesito creerme la historia que me cuentas. Yo leo, Row. Tu paraíso es una pesadilla.

—Solo para los débiles, Katie —replicó Row, risueño—. Los débiles eran peones. Pero tú y yo podríamos ser cualquier cosa que nos propusiéramos.

La empujó contra el tronco de un árbol y empezó a manosearle la ropa, y Katie se dio cuenta de que no quería que parara. Estaba ebria, pero la culpa no era del alcohol, sino del olvido. Se

acordó de aquella noche lejana, de Row detrás de su ventana, haciéndole señas para que saliera con él a la oscuridad. Aquel día no supo por qué lo había seguido, y ahora tampoco sabía... Solo que quizá no tenía por qué saberlo. Quizá era simplemente así. Katie no amaba a Row; de hecho, hasta era posible que lo odiara, en el fondo, en un rincón secreto donde el amor y el odio estaban tan cerca que podían confundirse. Pero el odio era afrodisíaco, muchísimo más poderoso, y Katie clavó las uñas en la espalda a Row.

Row la penetró, y Katie se corrió, casi por sorpresa. La corteza del árbol se le clavaba en la espalda, pero no le importaba; el dolor encajaba con todo lo demás. Row estaba follándola, estaba follándola como ella había leído en los libros, y Katie sentía un placer tan increíble que tuvo que morderse una mano para no gritar. A solo treinta metros de allí el festival continuaba, había gente hablando y riendo. Intentó pensar en Jonathan, pero estaba muy lejos, en aquel universo lleno de luz que brillaba detrás de los árboles. Row la besó en la boca, en el cuello, en

los pechos, le mordió los pezones hasta que Katie creyó que le sangrarían, pero el dolor no hacía sino alimentar aquello que había en su interior. Una parte de ella deseaba que aquello continuara eternamente, que nunca tuvieran que volver a la ciudad, donde ahora solo eran enemigos. Cuando ella estaba a punto de tener el tercer orgasmo, Row se puso rígido, empujó con todas sus fuerzas y se mantuvo dentro de ella un largo momento, y entonces se derrumbó, jadeando, sobre los hombros de Katie.

—Todavía no es demasiado tarde, Katie —le dijo al oído—. Podríamos ser reyes.

Ella lo miró fijamente y sintió que volvía a ser ella misma, que aquello que se había desgarrado en su interior volvía a sellarse. Tenía veinte años, Jonathan tenía casi veintiuno, Row tenía veintidós. Katie ya no podía inventar excusas para disculparlos, ni para disculparse ella misma.

—Reyes —dijo, y apartó a Row de un empujón; hizo una mueca cuando él se retiró de dentro de ella—. Veo que solo has hecho una corona, Row. ¿Era para mí?

—Katie... —Claro que no. Tú no estás hecho para compartir, no me vengas con cuentos. Pero esta ciudad no es tuya. Les pertenece a los Tear.

Row soltó una carcajada. Katie tenía la impresión de que le faltaba algún dato fundamental. Por enésima vez se preguntó por qué William Tear no había matado a Row mucho tiempo atrás. Seguro que había visto venir lo que estaba pasando.

—Te voy a dar una última oportunidad, Katie. Embárcate conmigo. —Y si no, ¿qué? Row no

dijo nada, pero no importó, porque al cabo de un momento se oyó un grito desgarrador. Katie se dio la vuelta de inmediato, pero no vio nada entre los árboles, solo el resplandor de las luces del festival. Se oyeron unos cuantos gritos más seguidos, provenientes de la plaza iluminada. Katie echó a correr, pero era como si corriera por el barro. Row reía detrás de ella, una risa gélida, el sonido que Katie imaginaba que debían de hacer los gusanos cuando se colaban,

hambrientos, en el interior de un ataúd. La gente corría entre los árboles, gritando, huyendo de la plaza. Ella desenfundó su puñal sin detenerse, y pensó que ya no importaba que vieran que lo tenía, así todos sabrían que en aquella ciudad había otra organización aparte de la pandilla de patéticos aduladores de Row, aunque Jonathan pagara por ello más tarde.

Llegó junto al tenderete de la señora Harris y se detuvo. La plaza estaba desierta, pero la luz de las farolas iluminaba los puestos, cuyas lonas se movían agitadas por el viento, y el suelo, una alfombra de trozos de loza rota. Se quedó mirando los cascos y entonces lo entendió: eran jarras de cerveza que la gente había tirado al huir y que se habían roto contra los adoquines. Miró a su derecha y se le cortó la respiración.

Había dos cuerpos en el suelo, en medio de la plaza, sobre un charco de sangre. Katie se acercó poco a poco, se agachó y le dio la vuelta a uno de los cadáveres. Se apartó y soltó un débil grito al ver la cara de Virginia, con la boca y los ojos abiertos. La habían degollado. Un hilillo de sangre resbalaba por su barbilla. Sin pensar, guiada por un terrible presentimiento, Katie estiró el brazo y le dio la vuelta al segundo cadáver.

Era su madre. Lo primero que pensó fue que era una suerte que su madre tuviera los ojos cerrados. Tenía sangre en el cuello y en la camisa, pero con los ojos cerrados transmitía una extraña serenidad; Katie pensó que tenía la misma cara que cuando dormía. Se quedó paralizada mirándola, pero solo un momento, y entonces se apartó trastabillando, abrazándose el torso, con los ojos salidos de las órbitas y respirando entrecortadamente.

«¡Jonathan!» Miró alrededor, frenética, pero no lo veía por ninguna parte, ni tampoco a Gavin... Gavin, que estaba de guardia mientras Katie se relajaba un poco en el bosque. Oyó ruido de loza rota detrás de ella y se dio rápidamente la vuelta, convencida de que era Row que iba por ella. Aquello era obra de Row, de su gente, y no podían matar a su madre y dejarla con vida a ella, porque ella los mataría a todos...

Pero no era Row: solo era un zorrito que vivía en el bosque y había salido a investigar aquel regalo de restos de comida que había por el suelo.

Katie se volvió de nuevo hacia los dos cadáveres y analizó la situación con una frialdad extraña. Alguien había degollado a Virginia y a su madre, pero no había sido Row. ¿Quién lo había hecho? Virginia estaba vigilando a Jonathan. Gavin y ella... ¿Dónde estaba Gavin? Era imposible que alguien lo hubiera derrotado con un puñal. Katie recorrió la plaza con la mirada y sintió que la observaban. Row debía de estar todavía por allí. En el bosque, quizá, vigilándola, riéndose de lo fácil que había sido distraerla, quitarla de en medio, engañarla...

—¿Dónde estás? —gritó Katie. Pero no había ni rastro de nadie, solo la plaza vacía, y las farolas que el viento otoñal hacía oscilar.

No le costó mucho derribar la puerta de la casa de Row; era una casa vieja, construida justo después de la Travesía, y la puerta se soltó de los goznes y cayó al suelo del recibidor. Katie entró corriendo, con el puñal en alto delante del cuerpo.

Un gran retrato de Row, hecho por su madre, dominaba el salón. En el cuadro tenía ocho o nueve años; no era muy bonito, pero su madre había decorado el marco exageradamente, adornándolo con flores y ramitos de acebo. Katie había pasado por delante de aquel retrato cientos de veces, sin apenas fijarse en él, y por supuesto sin pensar en el posible significado de todas aquellas flores que desprendían un olor dulzón, casi a podrido.

Encontró a la señora Finn en el salón, sentada en su mecedora, contemplando la chimenea. La casa estaba fría, y sin embargo el fuego no estaba encendido, y eso le llamó la atención a Katie, aunque no habría sabido decir por qué. La señora Finn apenas levantó la cabeza cuando Katie entró en la habitación.

—Largo de aquí, zorra Tear.

—¿Dónde está? —Ahora manda él —replicó la señora Finn—. Ya no tendremos que seguir aguantándoos.

—¿Aguantándonos? ¿A quién? —preguntó Katie mirando alrededor. Row no estaba allí, y Katie no entendía nada. Se preguntó si iba a tener que sacarle la información a la señora Finn por la fuerza. ¿Sería capaz? Tal vez no, pero cada palabra que pronunciaba aquella mujer parecía ponérselo más fácil. Su madre estaba muerta (Katie intentaba alejar ese pensamiento, expulsarlo de su mente), y en cambio esa mujer horrible seguía con vida, y continuaba justificando a su hijo.

—A todos vosotros —contestó la señora Finn con desdén—, que os creéis mucho mejores que nosotros. Ignoráis a mi inteligente y valiente hijo y preferís a ese mariquita de ahí. Todos esos libros no os han ayudado mucho, ¿verdad? El único que tiene autoridad en esta ciudad es mi hijo.

—Así que usted también tiene celos de Jonathan —observó Katie sin soltar el puñal—. Igual que Row.

—¡Jonathan Tear es un farsante! —le espetó la señora Finn—. Él no es su padre, ¿por qué iba a serlo? ¡La puta de su madre lo estropeó todo!

Katie inspiró bruscamente. De todos los recuerdos que conservaba de la madre de Jonathan, en ese momento solo le vino a la mente el retrato que colgaba en el salón de la casa de los Tear: Lily, con un arco en la mano, una sonrisa beatífica en los labios, y la melena al aire y salpicada de flores. Aunque conocía la palabra «puta», nunca se la había oído decir a nadie, y el odio con que la había pronunciado la señora Finn la dejó paralizada.

—Tú eras amiga de Row. Me acuerdo, y él también se acuerda. Pero bastó con que ellos movieran un dedo para que tú le dieras la espalda.

—¿Dónde está Jonathan? —preguntó Katie. Entonces se le ocurrió preguntarse por qué no se la habían llevado con Jonathan, pero la respuesta era fácil: Row quería recuperar su corona y confiaba en que Katie se la devolviera. Ella no entendía ese mundo en el que vivían Row y

los Tear, un mundo de joyas y magia y cosas invisibles, pero se daba cuenta de que aquella corona era un peligro, y en aquel momento decidió no volver a acercarse a ella jamás. Dejaría que se pudriera bajo tierra.

La señora Finn sonrió con desprecio. —Mi hijo ya no te necesita. Él tiene sus poderes. William Tear ya no puede hacerle daño.

Katie entrecerró los ojos e intentó descifrar aquella última afirmación. Que ella supiera, Tear nunca le había hecho ningún caso a Row; es más, la falta de distinción, la sensación de que a Row nunca se le habían reconocido sus méritos, era el problema fundamental. Row siempre había pensado que él se merecía algo mejor. Pero William Tear nunca lo había elogiado, ni lo había escogido para nada, ni siquiera cuando estuvo justificado, ni siquiera cuando debería haberlo hecho, dadas la inteligencia y la inventiva de Row. Tear lo había ignorado de una forma que solo podía ser deliberada, y de pronto una sospecha espeluznante cobró vida en el pensamiento de Katie. Se quedó mirando a la señora Finn, e intentó no pensar en lo que acababa de ocurrírsele, porque en realidad no quería una respuesta a esa pregunta, no quería saberlo.

—Llevo toda la mañana leyendo —dijo la señora Finn. Alargó una mano hacia la mesa, y Katie dio un salto hacia delante; estaba tan tensa que creyó que la señora Finn también tenía un puñal. Pero lo que cogió la mujer fue un libro, encuadernado en piel, con una cruz dorada dibujada

en la tapa —. ¿Conoces la historia de Caín, niña?

—¿Caín? —preguntó Katie sin comprender. Había leído la Biblia, desde luego, para asegurarse de que entendía qué era aquello que decía Row desde su púlpito. Pero en aquel momento el nombre no le dijo nada.

—Caín. El hijo desfavorecido, ignorado y despreciado sin ningún motivo. La voluntad de Dios. —La señora Finn volvió a sonreír, y esta vez su risa no fue despectiva, sino macabra, como si se asomara por una abertura y contemplara su propia muerte—. He leído muchas veces la historia de Caín y Abel. En esta ciudad teníamos un dios injusto y corrupto, pero ahora se ha marchado. Mi hijo ocupará legítimamente su lugar.

—Su marido... —¡Mi marido murió cuatro años antes de la Travesía! —exclamó la señora Finn—. Veníamos aquí a construir un mundo mejor, y ¿cómo lo empezó? ¡Escogiéndola a ella! ¡Lo sabía todo el mundo, incluso antes de que desembarcara la primera nave! —La señora Finn se agarró a los brazos de su mecedora y, a voz en grito, añadió—: ¡Yo estaba embarazada de cuatro meses, y él me dejó por una estadounidense!

Katie retrocedió y se controló para no taparse los oídos. La señora Finn jamás entregaría a Row. Pero si Katie se quedaba allí, la mujer seguiría hablando, y ella no quería seguir oyéndola. Se acordó de la conversación que había mantenido con William Tear aquel atardecer, sentados en un banco. Si entonces lo hubiera sabido todo, ¿también le habría dicho que sí?

—He leído la Biblia —masculló la señora Finn, con una mezcla de tristeza y satisfacción—. En esta casa somos piadosos. Caín venció.

Katie fue a decir algo, aunque no sabía muy bien qué (seguramente, que a Caín y a todos sus descendientes los habían condenado eternamente por aquel único acto irreparable), pero entonces notó que se le erizaba el vello de la nuca. Giró sobre sí misma y vio a Gavin detrás de ella, dispuesto a darle un puñetazo. Cayó hacia un lado y se golpeó la cabeza contra la pared. Y entonces ya no le importó William Tear, ni su madre, ni Jonathan, ni nadie.

Katie despertó con frío. Se hallaba en una habitación profundamente oscura, una habitación que no admitía ni luz, ni nada. Le escocía la nariz, y al cabo de un momento se dio cuenta de que olía a moho, a podrido, a tierra húmeda. Estiró un brazo y encontró un cuerpo a su lado.

—Katie. —Jonathan —suspiró ella, y sintió tanto alivio que el hecho de estar cautiva no le pareció importante.

Jonathan no prodigaba los abrazos, pero a Katie le dio igual, y lo abrazó en la oscuridad. Se

acordó de que su madre había muerto, y también Virginia. Todos estaban muertos: Tear, Lily, tía Maddy. Solo quedaban Jonathan y ella.

—¿Estás herido? —Todavía no. Esa respuesta le produjo un escalofrío, pero no insistió. Soltó a Jonathan y empezó a tantear a su alrededor. Suelo de piedra, paredes de piedra, todo ello cubierto por una fina capa de algo húmedo y resbaladizo que parecía musgo. Una especie de sótano. Todas las casas de la ciudad tenían un sótano, pero no era de piedra, sino de madera. Por encima de su cabeza, a cierta distancia, Katie oyó algo que al principio creyó que era un fuerte viento, pero al cabo de un momento se dio cuenta de que era demasiado musical.

—Cantan —murmuró, y entonces añadió—: Estamos debajo de la iglesia. —Sí. La joven ladeó la cabeza y aguzó el oído. Era la densa música de un coro, pero sonaba muy lejana. Estaban a gran profundidad, demasiado hondo para que les oyeran, aunque gritaran los dos a la vez, y eso hizo que se le pusiera la piel de gallina. Aquella habitación tenía que haberla construido Row. Pero ¿para qué?

—Tiene que haber una puerta. —No te molestes —dijo Jonathan—. Está cerrada con candado. —Yo sé abrir un candado. —Este no. —Jonathan dio un suspiro, y Katie detectó cierto humor en su voz—. Tu amigo es todo un cerrajero.

—No es mi amigo —dijo Katie con rabia, tanteando la pared. Su mano encontró por fin la madera del marco de la puerta, y luego la puerta, tan gruesa que cuando la golpeó con un puño se hizo daño, pero apenas hizo ruido. Katie regresó junto a Jonathan y volvió a sentarse con la espalda pegada a la pared.

—¿Están muertas? —preguntó él—. ¿Virginia y tu madre?

—Sí —confirmó Katie. Tenía un nudo en la garganta, pero contuvo las lágrimas y se mordió el labio inferior hasta hacerse sangre. Si empezaba a llorar en aquel lugar tan oscuro, nunca podría parar.

—Gavin... —musitó Jonathan, pensativo—. De Row me lo esperaba, pero de Gavin... Nunca pensé...

«¿Por qué no? —quería gritarle Katie—. ¿Por qué no lo sabías? ¡Lo sabes todo! ¿Por qué esto no lo sabías?»

Inspiró hondo y trató de serenarse. «El pánico no conduce a nada», les decía siempre William Tear, y hasta un Tear imaginario era una presencia tranquilizadora. Gavin era un traidor, y Katie suponía que el resto de la guardia también. Nadie iría a rescatarlos. Si había alguna forma de salir

de allí, tendrían que encontrarla ellos. Por encima de sus cabezas, las voces entonaron un crescendo agudo hasta apagarse.

—¿Qué quiere Row de nosotros? —preguntó Katie. —Quiere el zafiro de mi padre. —Y ¿por qué no lo coge? —No puede —contestó Jonathan. Hizo una pausa, y Katie se dio cuenta de que estaba formulando su respuesta con mucho cuidado. La joven volvió a enfurecerse (¿también en aquella situación se guardaría secretos?), pero el arrebató no duró mucho. Los Tear eran los Tear. Ella sabía dónde se metía; ya lo sabía aquel día en el claro cuando Jonathan le había cogido la mano y se había puesto a decir tonterías. Ahora no tenía derecho a quejarse de cómo habían acabado.

—No entiendo del todo cómo funciona mi zafiro —continuó Jonathan—. Mi padre tampoco lo entendía, aunque él sabía más que yo, desde luego. Row siempre ha querido hacerse con él, pero no me lo puede quitar. Tengo que dárselo yo, y él también lo sabe.

—¿Qué pasaría si él intentase cogerlo? —Que recibiría un castigo por ello.

—¿Qué significa eso? —Dame la mano. Katie estiró un brazo, y Jonathan le cogió la mano y le puso algo frío en ella. Habían pasado muchos años desde que Katie había tocado el zafiro de Tear, pero todavía recordaba perfectamente su tacto: frío, sí, pero vivo, como si respirara en sus dedos.

—Están todos dentro —murmuró Jonathan encerrando la mano de Katie en la suya—. Todos los Tear. Ni siquiera sé hasta cuándo se remontan; no he llegado muy lejos. Esta joya tiene su propia mente, pero es la de todos ellos. Mi padre está ahí dentro, y algún día también estaré yo. Estaremos todos juntos.

Katie cerró los ojos y contuvo un momento la respiración, y pensó que le gustaría poder ver lo mismo que veía Jonathan, saber lo que él sabía, moverse por aquel mundo invisible y secreto. Pero ella no era una Tear, nunca lo había sido. Ella nunca vería más allá de lo que le contara Jonathan, y, aunque eso la apenaba, también la tranquilizaba. Jonathan había vivido siempre atormentado por las visiones; la magia de Tear acarreaba un precio, aunque pocos lo sabían. Lily sí lo sabía, y quizá también su madre. Pero Katie intuía que Row no. El fantasma de una idea pasó fugazmente por su mente y desapareció.

«¿Qué podemos hacer?», se preguntó. Quizá pudiera luchar contra Row. Pero ¿podría matarlo? Pensó en aquella cosa que la había perseguido por el bosque, un monstruo de miembros blancos y ojos de color rojo, un ser que sin ninguna duda había creado Row, y que actuaba por la noche, mientras el resto de la ciudad dormía. ¿Podía ella matar a un ser como aquel? Ya no tenía su

puñal; se lo habían quitado mientras estaba inconsciente. Pero ¿habría podido matarlo si lo hubiera tenido? No sabía si aquello podía solucionarse con puñales.

—Row es poderoso —continuó Jonathan—, pero no infalible. Ha estado jugando con cosas que no entiende, y, aunque no lo sabe, eso lo debilita.

Katie asintió; entendía esa afirmación, aunque no pudiera captar todos sus matices. Row era cuidadoso, pero no precavido. Siempre iba más lejos de lo que debía, y una de las primeras lecciones que había aprendido Katie en los entrenamientos con Tear era que llegar demasiado lejos te dejaba expuesto, aunque tú no pudieras percibir tu vulnerabilidad. Era mucho más fácil apreciar esas cosas desde fuera del cuadrilátero; Katie lamentó no poder salir de aquel círculo, porque así habría podido evaluar la situación tan desapasionadamente como entonces.

«Katie.» Dio un respingo. Algo se había movido dentro de su mente, una voz pausada pero ajena.

—¿Qué? —preguntó Jonathan. Katie sacudió la cabeza. Arriba volvían a oírse cánticos. Sintió que su cerebro se partía por la mitad. ¿Sabía Jonathan quién era el padre de Row? Si no lo sabía, ella no podía decírselo. Nunca había entendido sus sentimientos hacia él, pero, fuera como fuese, no quería hablarle de William Tear, no quería poner en duda todo lo que Jonathan sabía o creía saber de él. Su función nunca había sido esa.

Se oyó el ruido de una cadena al otro lado de la puerta, y luego el del candado al abrirse. La luz de una antorcha alumbró la habitación, y Katie vio que estaban en una cámara alargada y estrecha, de metro y medio por tres metros aproximadamente. Las paredes estaban mojadas y había goteras en el techo.

«¿Quién ha construido esto? —se preguntó Katie—. ¿Y cuándo?» Gavin entró por la puerta seguido de cuatro hombres más: Lear, Morgan, Howell y Alain. Katie los miró fríamente y lamentó no tener su puñal aunque solo fuera durante cinco segundos. A Gavin no habría podido derrotarlo, pero los otros cuatro habrían sido pan comido.

—Os hemos traído agua —anunció Gavin. Lear y Howell dejaron un cubo en el suelo. Era como si Gavin le hubiera leído el pensamiento, porque tenía el puñal en la mano, y no le quitaba los ojos de encima a Katie.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —preguntó. —No mucho, me parece. Ahora Row está ocupado, pero cuando termine se encargará de vosotros.

—¿No me porté bien contigo, Gav? —preguntó Jonathan, sarcástico, y Katie no pudo evitar sonreír—. ¿Mi padre no te hizo sentir suficientemente especial?

—¡Eso no tiene nada que ver! —saltó Gavin—. ¡Tiene que ver con la ciudad que queremos!

Jonathan sacudió la cabeza con gesto de hastío, y Katie se fijó en que Gavin se achicaba. Este necesitaba la aprobación de los demás, incluso de aquellos a quienes no había tratado bien. Era una grave debilidad de carácter, y Katie lo miró con tanto desprecio que él volvió achicarse.

—¿Qué clase de ciudad es esa? —le preguntó—. ¿Una ciudad donde Row os dice a todos lo que tenéis que hacer, y vosotros lo hacéis? Es increíble cómo os ha engatusado.

—¡Yo tomo mis propias decisiones! —exclamó Gavin, con rabia—. ¡Y en una ciudad gobernada por los Tear nadie puede hacerlo!

—Así que eso es lo que va contando por ahí —caviló Jonathan—. Que impedimos la democracia.

—¡Sí! Katie quería contradecir a Gavin, decirle que se callara, pero no pudo. Durante un extraño y breve momento vio a Jonathan con los ojos de Gavin, con los ojos de Row, y dentro de ella se revolvió una verdad difícil de aceptar pero innegable. Gavin se equivocaba, se equivocaban todos, pero en aquello tenían razón. ¿Cómo podías decirles que todos eran iguales si los Tear estaban por encima de los demás en todo momento? ¿Cómo podías construir una sociedad justa en la ciudad de William Tear?

Pero ahuyentó ese pensamiento, horrorizada. —¿Y vosotros cuatro? —preguntó mirando a Howell y a los demás. Lear fue el único que la miró a los ojos. —Nosotros prometimos que protegeríamos la ciudad —le contestó—. Necesitamos una dirección clara. Necesitamos soltar lastre.

—Soltar lastre. Y ¿qué piensa hacer Row con nosotros? Lear miró a los otros cuatro, compungido, y Katie vio, alarmada, que ninguno lo sabía.

—Ya lo veo. Sois todos unos consejeros muy útiles, hasta que ya no lo sois. —¡Cállate, Katie! —le gritó Gavin. Le dio una patada al cubo que estaba en el suelo, que estuvo a punto de volcarse; se derramó un poco de agua que le mojó los pies a Jonathan.

—Por esto no te escogí, Gavin —murmuró Jonathan—. Tienes un agujero dentro, y lo llenas con lo primero que encuentras. La calidad no te importa.

Gavin blandió su puñal, pero Lear le sujetó el brazo y se apresuró a decir: —Solo hemos venido a traer el agua. Gavin miró con rabia a Jonathan y a Katie; luego enfundó su puñal y se

dirigió hacia la puerta.

—Vámonos. Ya no son problema nuestro. Katie apretó los dientes. Hacía solo un momento pensaba que Gavin era demasiado estúpido para merecer su ira. Sin embargo, al oír esas palabras, el desprecio que contenían, la idea de que podía lavarse las manos y desentenderse de aquella situación simplemente porque había decidido creer eso, Katie notó una serie de detonaciones en su cerebro.

—¡Yo seré tu problema, Gavin Murphy! —le gritó cuando salían por la puerta—. ¡Eres un traidor, y cuando salga de aquí te trataré como mereces! ¡Ni siquiera Row podrá protegerte de mí!

Se cerró la puerta, pero Katie aún pudo ver la cara de Gavin, pálido y, de pronto, aterrorizado. Le sonrió enseñándole los dientes, y entonces echaron el cerrojo y Katie y Jonathan volvieron a quedarse a oscuras.

—No tengo nada contra las bravatas —comentó Jonathan—, pero esa no me ha parecido una amenaza fácil de cumplir.

—No importa. Le tiene miedo a Row; también puede tenerme miedo a mí. —Gavin le tienen miedo a todo. Eso hace que sea muy fácil de manipular. Ese miedo también imperaba en la época pre-Travesía; mi padre solía hablar de ello. Países enteros cerraban sus fronteras y construían muros para protegerse de amenazas ficticias. ¿Te imaginas?

—Sí. —La ciudad de Tear solo había tardado veinte años en corromperse. Lo único que había necesitado Row había sido una iglesia y, paradójicamente, una población sin fe. Ahora Katie podía imaginarse cualquier cosa. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos. Así era más fácil soportar la oscuridad—. ¿Cómo consiguió tu padre derrotarlos?

—No los derrotó. Lo intentó, pero al final no tuvo más remedio que huir. Lo llamaron la Travesía, pero en realidad fue una retirada. Y ahora también eso ha fracasado.

Hablaba con voz triste, tan triste que a Katie le llegó al fondo del alma. La joven buscó su mano a tientas y entrelazó sus dedos con los de Jonathan.

—No seas imbécil. —No lo soy. —De repente Jonathan adoptó un tono más enérgico, como si hubiera decidido algo—. Necesito que hagas una cosa por mí.

—¿Qué? Se oyó un ruidito metálico en la oscuridad, y Katie se sobresaltó al notar que algo se deslizaba por su cuello, y una piedra pesada reposaba sobre su esternón.

—¿Qué haces? —Te lo doy a ti. —¿Por qué? —Porque tú eres más fuerte que yo. Siempre lo has sido. —La voz de Jonathan tenía un deje de amargura—. Tú tardarás mucho más en

derrumbarte.

—No nos vamos a derrumbar, ni tú y yo. —Yo sí. —Le cogió la mano—. Ya no nos quedan más opciones. Esto es mejor que nada.

Katie hizo una mueca. Los Tear eran pragmatistas; siempre lo habían sido. Pero ella no podía evitar anhelar algo mejor: no un pacto, sino una solución mágica, el Santo Grial del gobernante. ¿Dónde estaba aquella fórmula perfecta? Creía que, si la encontraba, no le importaría pasarse el resto de la vida trabajando para ponerla en práctica.

«Palabras muy interesantes de alguien encerrada en una mazmorra», se burló la voz de Jonathan.

Katie arrugó el entrecejo y volvió a echar la cabeza hacia atrás. Ahora tenía que esperar, aclararse las ideas, prepararse para el momento en que su mejor amigo, su amigo más antiguo, entrara por la puerta con un puñal.

Pasaba el tiempo. Horas, quizá días; Katie no tenía forma de saberlo. A veces dormía con la cabeza apoyada en el hombro de Jonathan, y a veces él apoyaba la cabeza en el suyo. A veces despertaba en la oscuridad y no recordaba dónde estaba, y entonces notaba la mano de Jonathan en la suya y se daba cuenta de que en realidad no importaba si estaban en una mazmorra o en un claro, en la ciudad o fuera de ella. Estaban juntos, tenían el mismo objetivo, y eso los unía más de lo que nunca los había unido nada, hasta tal punto que cuando Jonathan deslizó una mano por debajo de su camisa y Katie se le sentó en el regazo, sintió que aquello era la continuación natural de algo que ella ya conocía, no del amor sino de algo mil veces más poderoso; y cuando Jonathan la penetró y le apartó el pelo para dejar al descubierto su cuello, Katie casi chilló de placer, y el zafiro que llevaba colgado del cuello empezó a brillar, iluminando su cara y la de Jonathan; y vio que él no era él del todo, sino que también estaba como poseído; y entonces se olvidó de todo, y se atascó y volvió a arrancar, y pensó una y otra vez: «Ahora estamos juntos, ahora somos uno...».

Después se durmieron. Jonathan no dijo nada, y Katie tampoco, pero ella no creía que ninguno de los dos estuviera dormido. Estaban esperando, preparándose, cada uno a su manera, para aquel momento definitivo: el ruido del candado y la puerta abriéndose.

La gran apuesta

Cuando por fin se produjo la invasión de Nueva Londres, fue muy diferente de lo que todos habían imaginado. Más de mil soldados mort entraron en la ciudad indefensa, saqueando y quemando todo a su paso, y, de ellos, quinientos fueron a sitiar la Ciudadela. El Santo Padre había contratado a aquellos soldados (y, tal como se reveló más tarde, había invertido mucho para transportarlos en secreto), pero, como suele suceder cuando se contratan mercenarios, el resultado no fue el esperado. Los mort se sintieron utilizados, y fueron en busca no solo de riqueza, sino también de sangre y venganza. No sabemos a ciencia cierta con cuántas víctimas se saldó aquella masacre, pues quedaron pocos con vida para hacer la crónica, y ninguno sabía escribir...

El Tearling como nación militar, CALLOW EL MÁRTIR

Al contemplar su ciudad, Kelsea tuvo una extraña sensación de duplicidad. Veía Nueva Londres, un lugar que conocía muy bien. Las casas apiñadas en lo alto de las colinas, la fortaleza gris de la Ciudadela, la torre blanca del Arvath: todo aquello le resultaba familiar. Pero al mismo tiempo no podía evitar ver la ciudad con los ojos de Katie: como un gran cáncer de posibilidades desaprovechadas. Saber qué debería haber sido Nueva Londres hacía que resultara mucho más difícil aceptar en qué se había convertido.

Todo el oeste de la ciudad estaba en llamas. Incluso desde allí, desde la base de la ladera sudoeste, se oían los gritos de la gente que huía del incendio, pero Kelsea no se quiso engañar pensando que el fuego era el único problema. Los mort estaban haciendo estragos en la ciudad. En el lado de poniente no había muralla, y bastaba con trepar por la colina para acceder al barrio de la base, Lower Bend. Pero Kelsea no sabía por dónde empezar. Iba rodeada de hombres armados: Hall y el resto de su ejército, además de la Guardia Real. Pero no eran suficientes. No iba a poder retomar la ciudad por la fuerza.

—Majestad —masculló Maza con tono apremiante. La joven se volvió hacia el sur, hacia la gran nube de polvo que los había seguido el último día. Al principio era pequeña, poco más que una ligera turbulencia del aire en el horizonte, pero en las últimas horas se había convertido en una extensa niebla que se extendía por todo el bajo Almont. Los miembros de su guardia no habían

dejado de vigilarla, nerviosos, pero no habían tenido tiempo para detenerse. Kelsea miró al Traedor y vio que él la miraba con gesto pesimista.

—¿Viene a buscarte a ti? —le preguntó. —No, Reina Tear. A vos. —¿De qué estáis hablando? —preguntó Elston—. No digáis tonterías. ¿Qué es eso?

—El Huérfano. —El Huérfano es un personaje de los cuentos infantiles —protestó Dyer. —Cállate, Dyer. —De pronto Kelsea tuvo una idea, y se acercó al Traedor para hablarle al oído—. ¿Qué le pasó a Row cuando murió Jonathan?

—Le cayó una maldición. Nosotros no supimos que Katie tenía la magia de Jonathan hasta después de fallecer él, y, cuando nos enteramos, ni siquiera Row se atrevió a tocarla. Katie huyó, pero antes nos maldijo a todos. —El Traedor señaló a los cuatro hombres que iban con él, y ellos asintieron, compungidos; entonces dirigió de nuevo la vista hacia la nube de polvo que tenían detrás—. Nos condenó por traidores, y seguimos pagando por ello.

—¿Y Row? —No sé qué le hizo Katie. Row empezó a difuminarse, y al final desapareció, simplemente. En la ciudad aparecieron facciones antagónicas, y acabó derrumbándose. La mitad de la población se marchó hacia el este por las llanuras. Años más tarde nos enteramos de que Row no había muerto, sino que estaba en el Fairwitch.

—Y yo lo he liberado —murmuró Kelsea. Ya no necesitaba catalejo para verlos: una horda de pequeñas figuras oscuras que corrían a cuatro patas y avanzaban por la llanura, hacia el norte. ¿Las había guiado ella hasta la ciudad, o ya estaban en camino? No lo sabía, pero en realidad ya no importaba mucho. No tenía explicación para aquella misteriosa marea; o, al menos, no tenía explicación allí, en el presente. No entendía en qué se había convertido Row Finn, pero dudaba mucho que pudiera vencerlo. Ese problema, como tantos otros, había comenzado en el pasado, y era demasiado tarde para arreglarlo.

—Señora —insistió Maza—. Debemos continuar. Kelsea asintió, y entonces miró hacia lo alto de la colina. Su problema más inmediato estaba allí. Necesitaba entrar en la Ciudadela, pero en la ciudad reinaba el caos. La violencia se había apoderado de las calles... lo que dejaba a Kelsea donde había estado siempre.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el zafiro de Row. Sus facetas azules destellaron bajo la luz del atardecer, y una vez más Kelsea tuvo la incómoda sensación de que la joya le hacía señales, casi como si la incitara a colgárselo del cuello.

«¿Acaso tengo alternativa? —se preguntó—. Carlin me educó para evitar el uso de la fuerza,

pero este mundo lo gobierna la fuerza. Ya es demasiado tarde para buscar otras soluciones.»

Miró a sus guardias, que formaban un corro a su alrededor. El general Hall y su hermano gemelo también estaban allí, aunque el patético grupito de soldados de Hall esperaba unos metros más abajo. También estaba Ewen, que se había empeñado en ir con ellos a la ciudad. Kelsea creía que Bradshaw lo había dejado montar en su caballo, pero no estaba muy segura de nada relativo a aquel viaje. Había recorrido demasiados kilómetros en la penumbra de la mente de Katie. Sin embargo, lamentaba que Ewen los hubiera acompañado. Habría preferido que se hubiera quedado atrás, donde habría estado seguro. Le habría gustado protegerlos

a todos: a su guardia, a su país; le habría gustado estar en cualquier sitio menos en el presente. Sostuvo el collar con los dedos y lo balanceó, y observó cómo la luz lo hacía brillar.

«La fuerza —pensó—. La fuerza es lo que queda cuando están agotadas todas las otras opciones. Hasta Carlin tenía que saberlo.»

—Vamos a subir —les dijo—. A la Ciudadela. Ya sé que vuestro primer impulso será protegerme...

—Ya empezamos —masculló Dyer. —... pero hacedme un favor y proteged los unos a los otros. ¿Entendido, Dyer? —Sí, señora. ¡Sí! Porque para eso me alisté: para proteger a los otros guardias mientras la reina se las apañaba ella sola.

Kelsea lo fulminó con la mirada, pero se dio cuenta de que no podía enojarse con él; al cabo de un momento, sacudió la cabeza y continuó:

—Comentarios sarcásticos aparte, lo digo en serio. No sé qué puede pasar cuando me ponga esto —levantó el zafiro—, pero estoy segura de que no será la cosa más suave e inofensiva del mundo. Quizá no sea yo misma; quizá me convierta en...

«La Reina de Picas.» Tragó saliva. —Quiero que todos os apartéis de mi camino. ¿De acuerdo? —Ningún miembro de la Guardia Real la miró a la cara excepto Maza, que arqueó una ceja.

—Lo digo en serio. —¿Nos vamos ya? —preguntó Elston—. ¿O vamos a esperar a que esas cosas nos alcancen y se nos tiren encima?

Kelsea se volvió y vio que la marea de niños ya había llegado al pie de la colina. Inspiró hondo y se puso el segundo collar, y, en cuanto la piedra se asentó entre sus pechos, tuvo una sensación de trágico consuelo, el consuelo de volver a una casa que había sido saqueada pero que, de todas formas, era su hogar.

—Vamos —les dijo, y, sin pararse a comprobar si ellos la seguían, empezó a trepar por la colina.

—Ahora —susurró Aisa, y el padre Tyler asintió. Juntos, empujaron la tapa que tenían encima de sus cabezas. Era de hierro macizo, muy pesada, pero Aisa vio que cedía un poco. Si hubieran sido hombres forzudos, no habrían tenido ningún problema. Pero el padre Tyler estaba más frágil que nunca, y Aisa estaba debilitada por la fiebre. El brazo le dolía como si se lo hubieran atravesado con un hierro al rojo vivo. Empujaron hasta que a Aisa se le agarrotó toda la espalda, y aun así solo consiguieron revelar un pequeño resquicio de cielo azul marino.

—Bueno, algo es algo —musitó Aisa—. Volveremos a intentarlo dentro de unos minutos.

Se quedó callada y aguzó el oído. —¿Son ellos? —preguntó el padre Tyler en voz baja, pero Aisa le puso una mano en la muñeca para indicarle que no hicieran ruido. Le había parecido oír algo allí mismo, en el túnel: el roce de una bota contra la piedra.

—Otra vez —dijo jadeando—. Rápido. Agarraron el borde de la tapa y empujaron los dos a la vez. Aisa veía puntitos de luz que danzaban ante sus ojos, pero esta vez habían conseguido levantar la tapa hasta la mitad. La luz de las estrellas iluminaba los bordes de la escalerilla en la que estaban encaramados, y Aisa sintió que perdía el equilibrio y temió caerse, pero no al túnel del que acababan de salir, sino en una oscuridad mucho más profunda que nada que ella hubiera conocido jamás. —Creo que puedo colarme —murmuró el padre Tyler. Subió unos peldaños más, metió su delgado cuerpo por la abertura y se dio impulso hacia arriba. La gastada bolsa de cuero que llevaba colgada golpeó el último travesaño de la escalerilla, y Aisa hizo una mueca. Cualquiera que estuviera en los túneles habría podido oír el ruido.

Aisa les había dado esquinazo a los cadén hacía varios días, y había desaparecido por una grieta del túnel principal mientras ellos seguían adelante. No había sido fácil tomar la decisión, porque se sentía en deuda con aquellos cuatro hombres. Sin embargo, su lealtad a la reina era mayor, y estaba segura de que a esta le habría gustado saber que el padre Tyler se hallaba a salvo en la Ciudadela. Había creído que sería un asunto relativamente rápido y sencillo: sacar al padre Tyler de aquella cámara oculta, llevarlo a la Ciudadela y volver allí abajo sin que nadie se hubiera enterado de nada. Siempre podía decir que se había perdido en los túneles durante un día o dos. Fácil.

Se había olvidado de que los cadén no eran imbéciles. En retrospectiva, se daba cuenta de que los cadén debían de haber sospechado que pasaba algo desde el momento en que Aisa había

descubierto al padre Tyler. Se había quedado muy preocupada al dejarlo allí abajo, y su nerviosismo debía de haberse notado. Cuando les había dado esquinazo, ellos no habían continuado por el túnel como ella había creído que harían, sino que habían esperado, escondidos, para ver adónde iba Aisa y qué hacía. Hasta esa mañana no había empezado a sospechar que les estaban siguiendo la pista por los túneles al padre Tyler y a ella, y a esas alturas ya era demasiado tarde para idear un plan alternativo. Se encontraban en la parte sur de las Tripas, una zona de aquel laberinto que Aisa no conocía bien y por donde le costaba moverse. Parecía que su mejor opción era salir al exterior, pero eso también presentaba peligros, y habían tenido que esperar al anochecer.

En cuanto el sacerdote salió por la abertura, terminó de apartar la tapa de la boca de la alcantarilla. Desde arriba podía agarrarla mejor, y él solo consiguió apartar el disco de hierro por completo. Entonces metió un brazo por el agujero.

—¡Vamos, niña! ¡Arriba! Aisa se dio impulso. Normalmente le molestaba que la llamarán «niña», pero que lo hiciera aquel anciano sacerdote no le importó. Le cogió las manos y dobló las rodillas, preparada para impulsarse hacia arriba, y de pronto dio un grito: una mano se había cerrado alrededor de su tobillo.

—¿Adónde crees que vas, niña? Aisa se puso a patallar frenéticamente; miró hacia abajo y vio el círculo blanco de la cara de Daniel. Sus patadas no sirvieron para nada: la mano del cadén parecía un grillete de hierro. Se planteó abandonar. Al fin y al cabo, estaba muriéndose. Lo único que la impulsaba a seguir luchando era su preocupación por el sacerdote.

—Te hemos dado una buena oportunidad —dijo Daniel con rabia—. Y ¿así nos lo agradeces? ¿Pretendes quedarte con una recompensa de diez mil libras para ti sola?

—No me interesa la recompensa —dijo ella entrecortadamente. El rostro de Daniel se acercó más, y Aisa se dio cuenta, asustada, de que estaba subiendo por la escalerilla. Su otra mano se cerró alrededor de su pantorrilla y apretó hasta hacerla chillar.

—Nosotros somos un gremio, bribona. Nadie se queda con el dinero del gremio.

—¡Mentira! —le espetó ella—. Vosotros os quedasteis con un dinero. ¡Me lo han contado! ¡Lady Cross! ¡La dejasteis marchar, os quedasteis el dinero y entonces os echaron!

Daniel se quedó mirándola con la boca abierta, y el padre Tyler aprovechó la ocasión: se acercó al borde de la boca de la alcantarilla y golpeó a Daniel en la cara con la bolsa, y el cadén cayó hacia atrás, gritando de dolor.

—¡Vamos, niña! —gritó el sacerdote—. ¡Ahora! Aisa le dio las manos y dejó que él la sacara

del agujero. Inmediatamente se dio cuenta de que había calculado mal su posición: ya no estaban en las Tripas, sino al borde del Lower End. Allí podía orientarse fácilmente, pero estaban a más de un kilómetro de los jardines de la Ciudadela. Demasiado lejos. Apenas podía caminar, y mucho menos correr. No podía mover el brazo, y el dolor era insoportable.

Por la boca de la alcantarilla salieron una serie de palabrotas, y luego se oyeron unas botas que subían por la escalerilla.

—¡Tenemos que irnos, niña! El padre Tyler la cogió por el brazo bueno y tiró de ella. Aisa parpadeó, cegada por el dolor y la fiebre, y oyó una voz grave dentro de su cabeza, una voz del pasado. Una voz paternal, pero no la de su padre.

—El dolor —le dijo en voz baja al sacerdote, y se tapó los ojos, deslumbrada por una retahíla de ventanas iluminadas—. El dolor solo...

Se le doblaron las piernas y empezó a derrumbarse. Al cabo de un momento, aunque ella casi ni lo notó, el sacerdote la había cogido en brazos y había echado a correr. Con cada paso, Aisa sentía que iba a abrírsele la cabeza, pero pensó que el padre Tyler debía de saber adónde iba, porque se metió por un callejón, y luego por otro, bordeando con cuidado las Tripas, hacia el centro de la ciudad.

Javel tenía hambre. Sentía el hambre como una piedra en el fondo del estómago, un dolor lacerante y persistente, tan amalgamado con las náuseas que a veces no los distinguía. De vez en cuando el dolor remitía, y Javel se olvidaba de él por completo, pero bastaba con que percibiera el más leve olor a comida para que el hambre volviera a atenazarlo. Ya habían empezado a racionar las provisiones, y ahora, por mucho que tuviera que trabajar la Guardia de la Puerta, solo recibían dos pequeñas comidas al día. La Ciudadela todavía estaba relativamente bien abastecida gracias a los preparativos para la invasión mort, y, si llegaba a ser necesario, la comida podría durar mucho tiempo. Pero un asedio era un asedio.

Tras una larga lucha habían conseguido cerrar la puerta de la Ciudadela y atrancarla con barras de madera. Haciendo gala de una gran valentía, Bil se había descolgado por la muralla con un pequeño escuadrón y había bajado al puente levadizo, donde habían levantado una pared de ladrillo mientras los mort dormían, de modo que, cuando despertaron, el mortero se había secado convirtiéndose en un obstáculo real. Pero a continuación los mort habían derribado la pared y habían empezado a arremeter contra la puerta. Los refuerzos de madera estaban debilitándose poco a poco, pero Bil no parecía preocupado. Actuaba como de costumbre, como un héroe, y no pensaba

en él mismo sino en los que estaban arriba, en las mujeres y los niños atrapados en la Ciudadela. Bil quizá fuera un héroe, pero Javel tenía miedo.

De vez en cuando, Bil se llevaba a dos o tres centinelas a los balcones de los pisos superiores, desde donde se veía toda la ciudad. Y no había nada bueno que ver. Los mort habían tomado los jardines y el puente levadizo de la Ciudadela, pero daba la impresión de que dentro de la ciudad eran aún más, y quemaban casas, robaban todo lo que encontraban, y cosas peores. Javel no quería mirar, pero no pudo evitarlo. Era un mirador privilegiado, y los gritos se oían perfectamente en un extremo a otro de los jardines. Sin embargo, ese día la visibilidad estaba reducida por el humo del incendio que ardía en el oeste de la ciudad.

—Ojalá el fuego viniera hacia aquí —observó Martin—. Los mort tienen aceite, y no tienen dónde tirarlo.

—El fuego también nos perjudicaría a nosotros —dijo Bil—. Aquí hay demasiada madera. El puente es de madera.

Javel no dijo nada. La idea de quedar atrapados allí, rodeados de fuego, era espeluznante. Se preguntó por enésima vez por qué no había nacido valiente como los hombres que estaban con él. ¿De qué le había servido su cobardía? Vio la cara de Allie, su gesto de desprecio, y cerró los ojos como si así pudiera huir de su mirada.

—¿Ha aparecido ya el Santo Padre? —preguntó Bil. —Todavía no —contestó Martin—. Pero vendrá. Estos son sus soldados. La reina debería acusarlo de traición.

—¿Qué reina? ¿Acaso hay alguna reina aquí? —Solo quería decir... —Ya sé qué querías decir —replicó Bil con hastío—. Basta. Bajemos. Necesitamos dormir un poco.

Pero cuando llegaron a la planta baja no encontraron tranquilidad, sino una acalorada discusión enfrente de la puerta. La Guardia de la Puerta al completo se había encarado con un grupo de guardias reales y una mujer a la que Javel reconoció inmediatamente: Andalie, la bruja de la reina. A su lado, cogida de su mano, estaba aquella cría con la que Javel ya había hablado alguna vez. Al verlas, el centinela se estremeció.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Bil—. ¿Por qué no estáis en vuestros puestos? —Es esta mujer, señor —respondió Ethan—. Insiste en que abramos la puerta. Bil miró a Andalie con nerviosismo. —Bobadas. —Viene la reina —dijo ella—. Abrid la puerta. Uno de los guardias reales se adelantó, un arquero en el que Javel ya se había fijado. No era más que un chiquillo, pero su actitud era tan agresiva que Bil dio un paso atrás.

—¡Maza dejó a Andalie al mando! —le espetó el arquero—. ¡Abrid la puerta! Le dio un empujón a Bil, que cayó hacia atrás. Marco y Jeremy desenvainaron las espadas, pero de pronto se encontraron ante más de veinte guardias reales, todos ellos armados hasta los dientes. Javel miró, embobado, a los hombres que tenía delante, pero en realidad no los veía: veía a una mujer alta montada a caballo, una mujer que había sufrido mucho, con una corona en la cabeza. Oía gritar a niños y mujeres.

«Haría falta un hombre muy valiente para abrir la puerta», susurró la voz de Dyer.

«¿Eres valiente, Javel?» La voz de Allie, ni cruel ni clemente, sinceramente escéptica. Y por último, la voz de la reina, mucho tiempo atrás, en la Ciudadela:

«¿No quieres averiguarlo?» Sí, quería. Al cabo de un momento, se había dado la vuelta hacia las puertas que tenía detrás y había empezado a arremeter contra las trancas, frenético, retirando una madera tras otra. Unas manos lo sujetaron por los hombros y tiraron de él hacia atrás, pero al final lo soltaron, y Javel se dio cuenta, agradecido, de que había otras manos que le ayudaban, muchas manos que retiraban un tablón tras otro, hasta que por fin empezó a verse la madera de roble de la puerta de la Ciudadela.

El primer edificio que cayó fue el Arvath. Cayó deprisa, tan deprisa que Kelsea se sintió un poco engañada. A ella le habría gustado ver cómo la casa del Santo Padre se venía abajo poco a poco, cómo la piedra primero se agrietaba, luego se despegaba, y por fin caía en grandes pedazos, cómo caía la nieve de los árboles en primavera, los primeros días del deshielo. Quería ver cómo se derrumbaba el edificio. Pero cayó muy rápido; nada más concentrar su mente en aquella alta torre blanca, empezaron a aparecer unas grietas enormes por toda su circunferencia, unas grietas tan gruesas que Kelsea las veía desde donde estaba. La cruz reluciente que coronaba la torre fue lo primero en caer, precipitándose desde el pináculo, y al cabo de diez segundos todo el edificio se había venido abajo en medio de un tornado de polvo. Con trampa o sin ella, era estupendo. Kelsea se daba cuenta ahora de que aquellos últimos meses habían renunciado a una parte muy importante de sí misma, de que una gran parte de su personalidad había estado muerta, apagada bajo el rígido control que ella misma se había impuesto para sobrevivir en la mazmorra. Allí abajo todo tenía tonalidades grises, y no habría servido de nada dejar que se desatara su mal genio. Se preguntó si habría estado a punto de enloquecer, si se habría dado cuenta de haber cruzado esa frontera y haberse sumergido en la locura. Quizá solo le hubiera parecido la siguiente fase, nada más.

No importaba. Ahora ya era libre. Era consciente de que la Guardia Real estaba con ella, de

que sus hombres la seguían por la ciudad. Corrían, porque los críos de Row Finn les pisaban los talones, y ahora Kelsea también percibía la presencia de Row, no muy lejos, con toda su atención concentrada en ella. A veces creía notar su mirada. En varias ocasiones sus guardias se detuvieron y dispararon flechas, pero Kelsea sabía que no acertarían. Los niños de Row eran demasiado escurridizos.

Atravesaron el Circo, y Kelsea, sin verla siquiera, notó que la gente se apartaba de su camino. Toda aquella gente no parecía importarle. Sus problemas eran insignificantes; Kelsea los percibía al pasar a toda velocidad a su lado: problemas con sus cónyuges, problemas de dinero, problemas con el alcohol.

«Que se aparten —pensó, inflexible, como si aquel viaje fuera una discusión en la que había salido justificada—. Que se aparten. Soy la Reina de Picas.»

Bordearon las Tripas, donde las casas y los edificios se extendían hacia un valle, la hondonada entre dos colinas. En otros tiempos, en aquella depresión había habido un anfiteatro donde los utópicos de William Tear se reunían y tomaban decisiones por votación popular. Parecía democracia en acción, pero en realidad no lo era. Detrás de todo aquello estaba Tear, siempre Tear, y, cuando desapareció aquella fuerza motriz, la ciudad quedó reducida a nada. Lo único que se interponía entre la democracia y la masa era el liderazgo. Atravesaron las Tripas, y Kelsea notaba la presencia de la Guardería bajo el suelo, un gran hormiguero de cámaras y túneles, construido no se sabía cuándo. Kelsea se acordó de aquella mazmorra subterránea y se preguntó si la Guardería la habría construido el propio Row. ¿De qué habría sido capaz en aquella oscuridad?

«Ojalá pudiera pararlo», pensó; era un pensamiento tan familiar que parecía discurrir por un camino marcado, un surco grabado en su mente. ¡Ojalá alguien hubiera podido pararlo! Cuando empezaban a dejar atrás las Tripas, Kelsea abrió una gran grieta en el suelo, como había hecho cuando había destruido el puente de Nueva Londres, meses atrás. El suelo tembló bajo sus pies, pero Kelsea no se detuvo a ver los efectos de su obra. Sabía por dónde discurriría, podía preverlo con la misma exactitud con que Simon preveía el funcionamiento de cualquiera de sus numerosas máquinas. La grieta sería profunda, llegaría hasta la madriguera de túneles donde vivía el corazón oscuro de Nueva Londres. Los puntales se desplomarían, los cimientos se hundirían, las calles empezarían a caer por aquella fisura que ella había provocado. Quizá llevara horas, o días, pero al final las Tripas y la Guardería quedarían reducidas a un yacimiento arqueológico, capas y más capas de madera y piedra que en un futuro lejano alguien podría excavar.

—¡No, señora! —gritó Maza—. ¡La niña! ¡Aisa!

Kelsea no le hizo caso, molesta por su interferencia. ¿Qué valor podía tener una sola vida en comparación con la gran cantidad de dolor que había existido bajo aquellas calles? Quizá, con tiempo suficiente, la ciudad entera caería por aquel agujero abierto en la tierra y se sumaría a los escombros. Sí, parecía un resultado justo. ¿Cómo podías reconstruir un edificio con los cimientos fracturados? Tendrían que derribarlo todo y empezar desde cero.

«Es Row quien habla.» Era la voz de Katie, pero Kelsea tampoco le hizo caso. La reconstrucción vendría más adelante. Ahora solo quería castigar. Enfiló el Gran Bulevar, y la gente se apartaba al verla acercarse. Su mirada se encontró con la de una mujer que estaba delante de una sombrerería, y la mujer se puso a gritar.

«¿Qué ven?», se preguntó Kelsea. Volvió la cabeza con la intención de preguntárselo a Maza, pero no lo vio por ninguna parte. Delante de ella, a menos de diez metros, Elston peleaba con varios soldados con el uniforme negro del ejército mort.

«¿Mort? —se dijo, extrañada—. ¿Aquí?» Fijó la atención en los soldados mort, que cayeron al suelo con la pechera del uniforme manchada de sangre. El resto de su guardia seguía con ella, pero Kelsea se dio cuenta de que no la miraban, sino que se esforzaban en fijar la vista hacia otro lado. La Reina de Picas no le gustaba a nadie: ni a Maza, ni a sus guardias; a nadie. El zafiro palpitaba en su escote, y Kelsea notaba a Row Finn dentro de su cabeza, toda su larga vida, una acumulación aparentemente infinita de experiencias. No había tiempo para detenerse en una sola, pero vio

Los dedos regordetes de una niña, sus dedos, jugando con unas tabas en el suelo de madera

A su inútil madre sentada a una mesa, llorando a la luz de una vela; Kelsea la miraba fijamente y sentía algo muy parecido al odio, y el desprecio inundaba su corazón A William Tear de pie al otro lado de la calzada, mirándola desde lejos, con una expresión que delataba recelo y pena. Que seguía a Jonathan Tear por el camino, cuando los dos eran pequeños, no tendrían más de diez u once años, pero el corazón de Kelsea estaba rebosante de anhelo, el anhelo de ser alguien especial, una niña especial a los ojos de la ciudad

La cara de Jen Devlin debajo de ella, sus ojos saltones y sus mejillas poniéndose moradas mientras Kelsea la estrangulaba, sin gustarle ni disgustarle la mirada de perplejidad de Jen, y pensando únicamente que la culpa la tenía Jen por confiar en ella, por pensar que tenía buenas intenciones

Que examinaba el montón de zafiros sin tallar que tenía en la mano, sin saber muy bien qué hacer con ellos, sin saber qué había conseguido, y pensando únicamente que por fin tenía algo que era suyo.

Llegaron al final del bulevar, donde empezaban los jardines de la Ciudadela, que no estaban como ella los había dejado. Allí había más soldados mort, repartidos por el parque y alrededor de la Ciudadela. El puente levadizo estaba bajado, y parecía que ya hubieran derribado la puerta, pero de todas formas los mort seguían atacándola con un ariete. Algunos intentaban trepar por la muralla exterior de piedra de la Ciudadela con objeto de llegar a los balcones del tercer piso.

—¿Dónde está el capitán? —gritó Coryn detrás de ella. —¡Se ha ido! —le contestó Elston—. ¡Iba con nosotros en el Bulevar, pero de pronto ya no estaba!

Kelsea sacudió la cabeza. En ese momento no le importaba Maza, no le importaba ninguno de sus hombres. Tenía cosas que hacer, porque había visto algo en los jardines: una tienda blanca con una cruz en lo alto. Si Su Santidad había logrado huir del Arvath, mucho mejor. Buscó mentalmente a Row Finn, buscó fuego, el fuego que él siempre había sabido controlar, y cuando lo encontró dio un grito de júbilo, y vio cómo prendía la tienda blanca, y oyó los gritos de los hombres detrás de la lona. Después se concentró en los soldados que trepaban por la muralla; cayeron al foso y desaparecieron, y solo dejaron una mancha de sangre cada vez más extensa en el agua. Se fijó en que los hombres que estaban junto a la puerta tenían aceite, y que se preparaban para prender antorchas y provocar un incendio alrededor de su Ciudadela. Se metió en las entrañas de aquellos hombres y tiró con fuerza, y sonrió al ver que la sangre rociaba la hierba y los hombres se desplomaban.

—¡Señora! ¡El capitán! Era la voz de Elston. Molesta, Kelsea se dio la vuelta y vio que el guardia señalaba colina arriba, hacia la entrada que daba al bulevar. Aquella imagen le recordó algo, con una claridad asombrosa, casi un *déjà vu*, y se estremeció y volvió un poco en sí; ¿cuándo...

—¡Pueblo del Tearling! ... había pasado aquello? Junto a la entrada de los jardines, Maza peleaba contra cuatro hombres ataviados con capa roja. La asaltaban los recuerdos; durante unos instantes, Kelsea se preguntó si habrían regresado a las orillas del Caddell y si estarían luchando por sus vidas. Junto a Maza había una figura menuda, diminuta, que también peleaba. Al pequeño guerrero se le cayó la capucha, y Kelsea vio que era la hija de Andalie, Aisa, que trataba de rechazar a dos cadén con su puñal. Estaba colorada, afiebrada, y el brazo izquierdo le colgaba inerte al lado del cuerpo. El resultado de aquella pelea estaba cantado; mientras Kelsea observaba, uno de los

cadén agarró a la niña, le hizo una llave y le partió el cuello.

Kelsea oyó un largo grito a sus espaldas, procedente de la Ciudadela: era Andalie, pero Kelsea tampoco podía ocuparse de ella. Una tercera figura bajaba corriendo por la ladera hacia Kelsea y su guardia, y la marea de violencia que llenaba a Kelsea quedó de pronto detenida cuando reconoció al padre Tyler.

Volvió a sumergirse en la irrealidad, a tener aquella sensación de estar en un sueño que había experimentado de forma intermitente desde que había despertado en la casa de su madre.

El padre Tyler parecía un espantajo; la ropa, mugrienta, le colgaba del cuerpo hecha trizas. Maza le cubría la retirada rechazando a los cuatro cadén. Dyer y Kibb habían ido a ayudarlo, pero no hacía falta; Kelsea podía ocuparse sin ninguna dificultad de los cuatro cadén. Ya no les tenía miedo, ni a ellos ni a nadie. —¡Llevala adentro! —gritó Maza. Se separó de Dyer y Kibb y bajó corriendo por la ladera, llevándoselos a todos.

«¿Adentro? ¿Dónde?», se preguntó Kelsea, pero cuando se volvió hacia la Ciudadela vio que la puerta se había abierto como por obra de magia. Alrededor del puente levadizo y por la parte baja de los jardines había soldados muertos, y la joven quedó maravillada ante aquella visión. ¿Aquello lo había hecho ella? No, claro que no. Había sido la Reina de Picas.

—¡Corred, Señora! —gritó Elston. La agarró por el brazo y señaló la cima de la colina. Kelsea miró hacia allí y sintió que el miedo la atenazaba por primera vez aquel día. La entrada del Gran Bulevar estaba abarrotada de niños, una horda colosal, y se empujaban y se pisoteaban unos a otros para llegar los primeros. Iban a cuatro patas, como la niña de la mazmorra, y por eso era fácil distinguir la alta figura que caminaba erguida entre ellos: Row Finn, con la tez pálida y los ojos llameantes. Por fin había prescindido de su rostro amable y atractivo, y Kelsea no tenía poder para detenerlo. Percibía un muro que los rodeaba a él y a los niños, un escudo parecido al que la Reina Roja había levantado para proteger a su ejército bajo las murallas de Nueva Londres.

—¡Vamos, señora! —volvió a gritarle Elston, y la joven dejó que la arrastrara por los jardines.

Ahora corría con sus guardias formando un bloque compacto a su alrededor, y por eso no vio qué les pasaba a Dyer, a Kibb ni a los cadén.

—Majestad —dijo el padre Tyler, jadeando.

Kelsea jamás había visto a un hombre tan maltratado, tan a punto de derrumbarse. El sacerdote le tendió una gruesa correa, y Kelsea vio que todavía llevaba con él su vieja bolsa, aunque

estaba mucho más gastada. ¿Acaso pretendía que se la llevara ella? ¿Ahora?

«La Kelsea de antes se le habría llevado», dijo la voz de Carlin, y Kelsea cogió la bolsa frunciendo el ceño.

—Gracias a Dios —dijo el padre Tyler llorando a lágrima viva—. Gracias a Dios.

Ella se quedó mirándolo, desconcertada, pero habían llegado al puente levadizo y corrían hacia la puerta. Maza se unió a ellos en cuanto entraron, empezó a gritar órdenes y llevó a Kelsea detrás de unos montones de ladrillos rotos. Kelsea vio a Andalie, pálida y horrorizada, con Glee en los brazos; a Devin; a Javel con su uniforme de centinela de la Puerta. Pero no tenía tiempo para hablar con nadie, porque la Guardia Real la empujaba por un pasillo. Detrás, Kelsea oía a los niños de Row, que seguían llegando, y sus chillidos agudos parecían resonar también dentro de su cabeza. Miró hacia atrás y vio que el pasillo estaba lleno de ellos; se abalanzaban sobre los centinelas de la Puerta y, moviéndose como insectos, se subían por las paredes y el techo. La bolsa del padre Tyler rebotaba contra la pierna de Kelsea y le hacía daño en la rodilla, pero ya no podía devolvérsela, porque el sacerdote se había quedado atrás.

—Por aquí —dijo Maza, y abrió una de las muchas puertas del pasillo principal—. Nos encerraremos aquí.

Empujó a Kelsea por la puerta, y ella sintió alivio al ver que Pen, Elston, Ewen, Coryn y Galen los seguían. Maza cerró con un fuerte portazo.

—¡Asegurad la puerta! —gritó. Elston y Coryn se apoyaron en la puerta, que había empezado a temblar, y cargaron todo su peso contra ella. Pen se colocó delante de Kelsea, con la espada en la mano. La joven se sentó en el suelo y no soltó la bolsa del padre Tyler.

—¡Ay, Lazarus! —murmuró—. ¡Qué mal lo he hecho! —No os reconozco, Señora —refunfuñó el capitán, y se unió a los guardias que empujaban para impedir que cediera la puerta—. Ahora no os pongáis sensiblera. «¿Qué quieres que haga?», le habría gustado preguntarle. Maza había elegido bien la habitación, pero la puerta de roble macizo no aguantaría eternamente. La Reina de Picas había desaparecido, y solo quedaba Kelsea, que por lo visto no tenía tanta capacidad de recuperación como sus hombres. Un fuerte golpe sacudió la puerta, y el quejido de la madera resonó por toda la habitación. Sin nada más que hacer, Kelsea abrió la bolsa del padre Tyler y encontró dos objetos: una Biblia vieja y gastada y una gran caja roja.

—¡Empujad! —gritó Maza—. ¡Empujad, por la reina! Otro fuerte golpe sacudió la puerta, pero Kelsea apenas lo oyó. Se había quedado perpleja mirando la superficie pulida de la caja de

madera de cerezo. Había visto aquella caja antes, en las manos de Katie. Era casi tan antigua como el Tearling, y sin embargo allí estaba. Soltó el cierre, abrió la caja y contempló la corona que había dentro, absolutamente perfecta, tal como la había visto Katie.

«Él quería ser rey —pensó—. Era lo único que quería, y ¿no me gustaría presentarle a la Reina de Picas? Sí, cómo me gustaría...»

¡Pum! Otro fuerte golpe sacudió el marco de la puerta, y varios guardias gritaron al recibir el impacto. Coryn salió despedido hacia atrás.

Kelsea volvió en sí. Cogió la corona e ignoró una voz ligeramente autoritaria que parecía viajar de sus dedos hasta su cerebro...

«¡No te atrevas!» ... y se la puso en la cabeza. Al otro lado de las paredes de piedra, oyó el grito de rabia de Row Finn.

Creía que la corona pesaría, y sin embargo cuando la tuvo en la cabeza la notó ligera como el aire; sintió que su poder se extendía por todo su cuerpo, una especie de corriente que descendía hasta su pecho, y experimentó un placer inmenso, que le hizo cerrar los ojos. Los abrió y... Apareció en la casita. Pero estaba vacía. Ella siempre sabía, nada más despertar, si Barty y Carlin estaban en casa. Ahora notaba su ausencia. No se movía nada en las habitaciones. Hasta las motas de polvo que danzaban en el haz de luz parecían aletargadas, quietas.

Estaba de pie en medio de la biblioteca de Carlin. Se sentía muy joven, como mínimo siete u ocho años más joven, como aquellas mañanas cuando entraba allí y se acurrucaba en el rincón de Kelsea y sentía que todo iba bien. Pero el rincón de Kelsea no estaba; de hecho en la habitación no había ningún mueble, aparte de las estanterías. Los libros de Carlin la rodeaban por los cuatro costados... pero no estaban viejos y gastados como cuando Kelsea era pequeña. Aquellos libros parecían nuevos. Instintivamente, Kelsea alargó una mano (¡cuánto tiempo hacía que no tenía un libro en las manos!) y cogió uno: Ojos azules. Pero cuando abrió la tapa vio que las páginas estaban en blanco.

Alarmada, cogió otro libro, *La feria de las tinieblas*, y los hojeó. Nada, solo una colección de páginas en blanco.

—¡Carlin! —gritó. Pero nadie contestó, solo la modorra de la casita vacía una tarde de domingo de su infancia. Cuando era pequeña le encantaba que Carlin se marchara, porque entonces se quedaba sola con Barty y ninguno de los dos tenía que volver la cabeza temiendo una mirada de desaprobación. Pero al ver los libros en blanco sintió que aquella quietud adquiriría tintes de

pesadilla.

Cogió el volumen de Shakespeare de Carlin (seguro que aquel baluarte de la lengua era demasiado indeleble para desaparecer), pero también estaba en blanco. Presa del pánico, Kelsea fue cogiendo un libro tras otro, pero estaban todos vacíos. Aquello solo era una biblioteca falsa, nada más. Sin palabras, el papel no tenía ningún valor.

—¡Carlin! —gritó con todas sus fuerzas. —No está aquí. Kelsea se dio la vuelta y vio a William Tear. Su presencia parecía lógica, como siempre sucedía en los sueños. Solo los libros eran demasiado horribles para ser reales.

—¿Por qué están en blanco? —le preguntó. —Supongo que porque el futuro todavía no está decidido. —Tear recogió dos de los libros que Kelsea había tirado al suelo y los puso con cuidado en su sitio —. Pero no estoy seguro. Yo nunca intenté jugar con el pasado.

—¿Por qué no? El período pre-Travesía... Habría podido retroceder y cambiarlo, ¿no? Frewell, la Ley de poderes de excepción...

—Parecía más fácil controlar el futuro cambiando el presente. El pasado es poco flexible.

Sus palabras estimularon la memoria de Kelsea. Alguien le había dicho algo muy parecido, ¿no? Algo sobre las mariposas... Pero parecía que hubiera transcurrido mucho tiempo.

—¿Cree que no tengo derecho a cambiar el pasado? —preguntó la joven. —Yo no he dicho eso. Pero deberías estar preparada para que esa decisión te pase factura.

—Estoy preparada —replicó ella, aunque no sabía si era cierto—. No hay alternativa. El Tearling está acabado.

—El Tearling —murmuró él con ironía—. Ya les dije que no les pusieran mi nombre a las cosas.

—No le hicieron caso. —Kelsea recorrió la biblioteca con la mirada, la casita vacía—. ¿Por qué estamos aquí?

—Para hablar, niña. Yo también hablaba con mis antepasados, aunque no aquí. Íbamos a Southport, al paseo marítimo donde yo crecí. Me daba miedo ver el paseo tan vacío. Pero yo era más joven que tú.

—¿Sabe quién soy? —preguntó Kelsea. —Sé que eres descendiente mía, porque, si no, no estaría aquí. Pero ¿eres Tear, o Finn?

Kelsea reflexionó un momento, y entonces, a regañadientes, admitió: —No lo sé. Creo que no lo sabe nadie. ¿Por qué abandonó a Row?

—No se lo dijimos. Se suponía que su madre tenía que guardar el secreto. —¿Por qué no se lo dijo? —Yo no me enteré de que Sarah estaba embarazada hasta después del Desembarco. No podía quedarme con ella, porque ya sabía que Lily era algo más que una visión. Sarah me obligó a elegir. Elegí a Lily, y perdí a mi hijo.

—Pero Row lo sabía. —Sí. Sarah era una mujer débil, y Row, un manipulador consumado. Ella nunca le escondió nada mucho tiempo.

—Usted estaba orgulloso de él. Tear frunció el ceño, apenado. —Estaba orgulloso de su potencial. Pero preveía una ruina. —La ruina nos amenaza ahora —insistió Kelsea—. ¿No puede ayudarnos? —¿Cómo te llamas, niña? —Kelsea Glynn. —Glynn... No conozco ese apellido. Veo que tienes muchas historias que contar, y me gustaría saber qué fue de nuestra ciudad. Pero presiento que tienes poco tiempo. Ven.

La sacó de la biblioteca y recorrieron juntos el pequeño pasillo de la casita. Por todas partes Kelsea veía objetos que recordaba: los candelabros de plata de Carlin; el jarrón que Kelsea había desportillado cuando tenía doce años; el armario zapatero que Barty había fabricado para guardar las botas. Pero no había velas en el candelabro, ni botas en el zapatero, y el jarrón estaba intacto.

Tear abrió la puerta de la casita y le hizo señas a Kelsea para que saliera con él. Kelsea lo siguió, e imaginó que vería aquella parcela de tierra rastrillada que siempre había habido delante de la casita, pero cuando salió afuera dio un grito ahogado y se tapó los oídos.

Estaban en un túnel en el que soplaba un fuerte viento que venía de todas direcciones. La joven se acordó de los túneles de la memoria de Lily, donde había un ruido ensordecedor y pasaban vehículos a toda velocidad, pero aquel túnel estaba vacío, allí no había coches, ni personas. En lugar de las paredes de hormigón del tiempo de Lily, Kelsea veía un extenso panorama de personas y lugares, todos en constante movimiento. Su visión parecía extenderse a lo largo de kilómetros.

—¿Qué es esto? —El tiempo —contestó Tear—. El pasado, el presente y el futuro. —¿Cuál es cuál? —preguntó Kelsea girando a derecha e izquierda. No distinguía las escenas que tenía delante.

—Todo es lo mismo. El pasado controla el futuro; ¿no es por eso por lo que estás aquí?

Kelsea fijó la mirada en una escena y caminó por el túnel vacío para examinarla: una habitación pequeña, con suelo de madera y paredes de piedra. Unos hombres se apoyaban contra una puerta cerrada y empujaban con todas sus fuerzas; detrás de ellos había una mujer sentada en el

suelo con las piernas cruzadas, los ojos cerrados, la cabeza agachada y con una corona. Mientras Kelsea la observaba, se abrió una grieta en la puerta y la madera empezó a astillarse.

—Muy poco tiempo —repitió Tear—. Podrías volver ahí. Pero podrías elegir cualquier otra cosa.

Kelsea ya había empezado a buscar. Iba leyendo las escenas que tenía delante más deprisa de lo que jamás había leído ningún libro.

¡Cuánto tiempo había concentrado allí! Sí, mucho tiempo, pero era el tiempo de Kelsea, porque en la serie aparentemente infinita de escenas que se desarrollaban ante sí no encontró nada que no reconociera. Vio la remesa avanzando por el Almont, nueve jaulas alargadas camino de Mortmesne. Vio la Nave Blanca naufragando en aquella terrible tormenta (¡cielos, si hubiera podido impedir aquello!). Vio al presidente Frewell de pie detrás de un atril. Vio a un William Tear mucho más joven saltando desde un avión. Vio a Lily llorando mientras cuatro hombres con uniforme negro se llevaban a su hermana pequeña por un pasillo... Y así sucesivamente. Y entonces Kelsea vio escenas aún más lejanas, mucho más antiguas, que se remontaban a una época sin coches, sin electricidad, sin libros. Eso la asustó, el vacío inhóspito de aquel mundo, donde los seres humanos solo tenían tiempo para luchar por la supervivencia. No quería volver allí.

Entonces examinó el futuro, pero lo que allí encontró era aún más aterrador. Moriría en la Ciudadela, víctima de los niños de Row. Aquellos seres serían una tortura constante para la humanidad, pero un día los erradicaría alguien que inventaría una vacuna. La visión de Kelsea se amplió, y vio el Tearling, cientos de años más allá, un reino despótico que se había construido sobre el legado de Kelsea y había extendido su dominio hasta convertirse en un imperio y controlar todo un nuevo mundo. Ese nuevo Tearling no era mucho mejor que Mortmesne: ebrio de su propio poder e impulsado por una ilusión de superioridad tan bien afinada que se confundía con el destino. Parecía lógico. El peligro del imperio, al fin y al cabo, residía en el carácter de los emperadores.

—Escoge deprisa —dijo Tear desapasionadamente. Kelsea miró hacia atrás y vio que los niños de Row se habían abalanzado sobre la guardia y que eran mucho más rápidos que sus espadas. Uno consiguió subírsele encima a Maza y morderlo en el hombro. Kelsea sintió un dolor que la desgarraba por dentro, y cerró fuertemente la boca para no gritar. Pero fue el siguiente en caer: su espada no sirvió de nada contra aquellos seres que treparon por sus piernas hasta derribarlo. Al cabo de unos segundos, la mujer que estaba en el suelo con la cabeza agachada quedó desprotegida y aquellos seres se le echaron encima.

—El tiempo no es infinito ni siquiera aquí —dijo Tear—. Elige. Kelsea, aturdida, contempló el panorama que tenía delante y fue pasando de una escena a otra. Su mente iba más deprisa que nunca, hasta que encontró lo que buscaba: Katie y Jonathan, sentados en una habitación mohosa. La habitación estaba a oscuras, pero Kelsea los veía: estaban los dos dormidos, y Jonathan tenían la cabeza apoyada en el hombro de Katie.

—Esto —dijo—. Elijo esto. Cogió el zafiro de Finn. La Reina de Picas estaba allí, acechándola, pero Kelsea ya no le tenía miedo. Las cosas que Kelsea no podía hacer, las cosas que era necesario hacer... Ese era su campo. Ambas habían nacido rabiosas.

«Volver a casa.» —¿Estás segura? —le preguntó Tear. —Sí. —En ese caso, buena suerte, niña. —Le dio unas palmadas en el hombro—. Tal vez algún día volvamos a encontrarnos, cuando tu tiempo haya terminado. Veo que tienes una historia que contar, y me gustaría oírla.

A Kelsea se le llenaron los ojos de lágrimas. Se dio la vuelta para darle las gracias, pero Tear ya no estaba allí.

El Tearling

Historia del Tearling, según...

En la oscuridad de la celda, Katie despertó sobresaltada del sueño más extraño que había tenido en su vida.

Había estado hablando con la madre de Jonathan, ambas envueltas en la neblina, pero no era la neblina blanca que cubría la ciudad cuando el otoño descendía de las montañas, sino una tupida cortina gris oscuro. Podías mirar fijamente aquella neblina durante cientos de años, en cientos de direcciones diferentes, y aun así no podrías encontrar la salida.

—Necesito que me ayudes —le dijo Lily, y Katie asintió; al fin y al cabo, solo era un sueño.

Debería haber tenido miedo, porque Lily llevaba mucho tiempo muerta, tres años. Pero Katie no tenía miedo. Ella siempre había querido mucho a Lily, y no concebía que su fantasma quisiera hacerle ningún daño.

Sin embargo, eso no significaba que aquella percepción de Lily no inspirara temor. De vez en cuando, Lily parpadeaba y Katie distinguía otra cosa bajo la superficie, algo terrible. Aquella Lily no era amable y comprensiva, sino vengativa. Sin embargo Katie no creía que fuera de ella de quien Lily quisiera vengarse. Esperaba que así fuera. Tenía la sensación de que en cualquier

momento Lily se desprendería de su piel y revelaría algo muy diferente, una forma negra y decaída que utilizaba a Lily como máscara.

—¿A qué? —le preguntó, pero solo escuchaba a medias. Con la otra mitad de su mente vigilaba lo que ocurría en la celda, a la espera de oír el ruido de una llave en la cerradura, la señal de que Row había ido por ellos. Pensó que estaba dispuesta a prometerle cualquier cosa a Lily con tal de que ella la sacara de aquel sitio y la devolviera junto a Jonathan. Katie escudriñó el rostro de Lily en busca de pistas, pero solo vio una paciencia infinita. Y entonces se fijó en otra cosa: Lily llevaba una corona, una diadema de plata adornada con piedras preciosas azules. ¡La corona de Row! Y de pronto Katie se relajó, porque aquella parecía la prueba más incuestionable de que aquel era un sueño inofensivo. La corona de Row no podía estar allí, en la cabeza de Lily. Katie la había enterrado en el bosque, y allí seguiría para siempre, incapaz de hacerle daño a nadie.

—Necesito estar aquí —dijo Lily—. Necesito que me dejes estar aquí. Katie arrugó la frente, pero asintió, como en trance, y dejó que la voz de Lily pasara por ella. Tuvo un momento de confusión, y creyó que no estaba hablando con Lily sino con William Tear; pero entonces todo volvió a encajar, y Katie pestañeó deslumbrada por una luz que había aparecido en lo alto. Llevaba horas esperando oír el ruido de la llave en la cerradura, y al final se había despistado. Gavin y sus cuatro compinches estaban a su lado. Cada uno sostenía una antorcha en una mano y blandía un puñal en la otra. Eran demasiados para que Katie se enfrentara sola a ellos, aunque hubiera tenido su puñal.

—Levantaos —ordenó Gavin con voz monótona—. Quiere veros. Se agachó para coger a Katie por un brazo, pero ella se soltó. —No me toques, traidor. —Yo no soy ningún traidor. Estoy ayudando a salvar esta ciudad. Ella apretó los dientes y se preguntó cómo podía Gavin ser tan estúpido y estar tan ciego. Katie tampoco estaba segura de qué era lo que necesitaba la ciudad, pero sabía que, fuera lo que fuese, no provendría de Row, porque él lo quería todo para él solo. Sin embargo, la expresión de Gavin era petulante y afectada. A Katie le habría gustado pegarle un puñetazo; apretó el puño, y entonces se quedó quieta, desorientada, y su mano se abrió por iniciativa propia. Notó que algo se movía, impaciente, dentro de su mente, y luego volvía a quedarse quieto.

«¿Lo has soñado? —se preguntó Katie—. ¿Lo has soñado todo?» —Vamos —dijo Gavin—. Seguid a Lear. Katie obedeció, y se preguntó por qué no le habían puesto esposas. Sí, se acordaba de haber tenido un sueño, pero no recordaba sobre qué. Al subir la escalera (una escalera larga, con muchos más peldaños que ninguna otra que hubiera visto jamás en la ciudad) notó unos golpes, como si algo pesado rebotara sobre su esternón. El zafiro de Tear: claro, todavía lo llevaba debajo de la camisa. Jonathan se lo había entregado durante aquel largo y extraño interludio en la oscuridad. Katie se preguntó si estaría soñando en ese momento. Ojalá despertara en su camita, con su libro en la mesilla de noche y su madre en la habitación de al lado. Ojalá fuera así como terminaba aquella pesadilla.

Miró a Jonathan y vio que estaba pálido pero tranquilo. La llama de la antorcha parpadeó, y durante un instante el contorno de los pómulos de Jonathan se tiñó de gris, y su cara le recordó a una calavera. Katie estuvo a punto de gritar, pero entonces notó que Jonathan entrelazaba los dedos con los suyos en la oscuridad.

—Nosotros lo intentamos, Katie —le susurró con una voz apenas audible—. Lo hicimos lo

mejor que pudimos.

Katie lo miró, pero él miraba al frente, concentrado en el futuro, y apenas se dio cuenta de que sus palabras se habían clavado como un puñal en el corazón de Katie, la habían trasladado al claro del bosque, cuando tenía quince años, aquel día en que Jonathan y ella se habían quedado rezagados. ¡Ojalá Katie pudiera volver allí! Habrían podido cambiar muchas cosas, empezando por Row. Katie habría podido estrangularlo en el bosque y haber enterrado su cadáver sin que se enterara nadie.

«Eso no le habría gustado a Tear.» «Tear está muerto. ¿Por qué tiene que seguir condicionándonos?»

No hubo respuesta, solo aquella sensación de movimiento en lo más hondo de su mente, una sucesión de pensamientos que no eran suyos. Durante un instante la maraña se aflojó y destacó un solo pensamiento:

«Picas...», y luego pasó. Llegaron al final de la escalera. Se hallaban en un pasillo largo y estrecho, iluminado con antorchas. Katie volvió la cabeza, pero solo vio los primeros peldaños, una gran boca que bostezaba y descendía hacia la oscuridad.

«¡Cuánta gente! —se extrañó Katie de pronto—. Rob no construyó esta mazmorra para Jonathan y para mí. Madre mía. ¿Cuánta gente habrá encerrado aquí?»

Cuando ya estaban cerca del final del pasillo, una sombra alargada y estrecha apareció en el umbral, y Katie se puso en tensión y se preparó para arrebatarse el puñal a Alain, que siempre había sido el menos hábil del grupo. Seguramente Gavin solo tardaría unos segundos en apuñalarla, pero aun así quizá ella tuviera tiempo de clavarle el puñal en el corazón a Row. Valía la pena morir por intentarlo.

Pero no era Row. La sombra la había engañado. La figura que salió por la puerta era un niño, de poco más de un metro veinte de estatura, pero Katie tuvo que escudriñar su rostro largo rato antes de reconocer a Yusuf Mansour.

—¿Qué demonios es esto? —le espetó a Gavin—. ¿Qué le habéis hecho? Gavin desvió la mirada, y Katie se dio cuenta, asqueada, de que él ni siquiera lo sabía. El Yusuf al que Katie había conocido era un niño adorable, muy bueno en matemáticas y deseoso de complacer. El ser que ahora estaba delante de ella tenía la cara de Yusuf, pero ahí terminaba el parecido. Estaba pálido, tan pálido que su piel parecía casi blanca, y sus ojos eran dos huecos insondables y oscuros. No sonrió, ni dio ninguna otra señal de haberla reconocido; se quedó mirando fijamente al grupo, y,

cuando continuaron hacia la puerta, Katie vio, alarmada, que Yusuf tenía los ojos clavados en Jonathan.

Lo último que recordaba era haber salido por aquella puerta.

Rowland Finn se había imaginado aquel momento tantas veces que, cuando llegó, temió que lo decepcionara. Allí estaba Jonathan Tear, el hijo predilecto (sí, todavía le dolía aquella injusticia; Tear no le había dado nada a la ciudad), y allí estaba Katie, cabizbaja, como debía ser, porque Katie era la que más tenía que arrepentirse.

Katie alzó la vista, y Row sintió que le fallaba el equilibrio. Sintió un levísimo estremecimiento de miedo.

Katie debería estar arrepentida. Durante años, cada vez que Row imaginaba aquel momento, eso era lo primero que pensaba: Katie debería estar arrepentida de no haberse ido con él. Su postura encajaba: estaba encogida y debilitada; sin embargo su cara no. Lo miraba con gesto inexpresivo, impasible, como si estuviera conmocionada. Parecía que no supiera dónde se encontraba.

Row miró a Gavin, que estaba cerca, patético con aquel gesto de entusiasmo. A diferencia de Katie, Gavin reaccionaba a la perfección, como una marioneta: solo tenías que tirar de una cuerda, y él hacía lo que le ordenaras.

—¿Qué le pasa? ¿Está drogada? ¿Le habéis pegado? —No —contestó Gavin—. No la hemos tocado. Row se volvió hacia Jonathan. —¡Tú! ¿Dónde está el zafiro de William Tear? Tear levantó la vista, y Row se encogió ante la lástima reflejada en su rostro. Jonathan Tear no podía compadecerse de él, no ahora, no cuando Row se había impuesto por fin.

—Vas a dármelo —le dijo a Jonathan—. Nadie es inmune al dolor, ni siquiera un Tear.

Al oír eso, Katie tembló ligeramente, y Row vio algo, un estremecimiento bajo la máscara imperturbable de la joven. Y luego pasó. Dentro de Row se disparó una alarma. Era como si Katie estuviera en trance... Pero Katie no tenía trances. Ella nunca había tenido ningún don. Row miró de nuevo a Tear.

—Dámelo. —No —dijo Tear, casi con hastío—. Si vas a matarme, hazlo ya, porque no voy a dártelo.

Row frunció el entrecejo. No se atrevía a coger la joya; ese era el problema. Su zafiro funcionaba, pero solo esporádicamente, de forma aleatoria, y no tenía el poder que había sentido que sí tenía la joya de Tear. Y sin embargo nunca se le había ocurrido matar a Jonathan y quitárselo. Sabía que no podía ser tan fácil, porque nada era tan fácil; no obstante, bajo esa certeza había otra:

una magia que pudiera arrebatarse por la fuerza no merecía la pena. Row se había ganado su poder, llevaba años afinándolo. Nadie podía llegar y quitárselo.

Chasqueó los dedos y Yusuf se acercó de inmediato, y en su rostro apareció una sonrisa salvaje. Aquella sonrisa hizo estremecer a Row, pero no pudo evitar sentir una especie de orgullo paternal. Aquel crío, que ya no era ningún crío, era creación suya. Estaba construyendo otros dos, en las profundidades de las catacumbas que había excavado debajo de la Iglesia, pero aquellos tres no eran nada comparados con lo que podía llegar a hacer. Habría muchos más.

Creyó que, al ver a Yusuf, a Jonathan se le borraría la expresión de lástima, pero volvió a llevarse una decepción. Jonathan se quedó mirando al niño y dijo:

—Así que era esto lo que hacías por las noches. Ni siquiera mi padre creía que pudieras llegar tan bajo.

Row apretó los puños. Incluso ahora, después de tantos años, detestaba pensar que William Tear hubiera hablado de él a sus espaldas, que hubiera hablado de él con aquella familia de la que Row siempre había sido excluido. Tear, Lily, Jonathan, Katie, la zorra Rice... todos ellos estaban dentro, y él se había quedado fuera.

Miró a Katie, que seguía catatónica. Ella le había robado la corona; sabía dónde estaba, pero Row intuía que no iba a obtener esa información sin pelear. El dolor de Jonathan podía serle muy útil, pero al ver la mirada extraviada de Katie se preguntó si la joven sería capaz de entender que estaba torturando a Jonathan. ¿Se enteraría siquiera?

«¡Esto no tenía que funcionar así, maldita sea! —volvió a pensar—. ¡Ella tenía que llorar! ¡Se suponía que los dos debían estar asustados!»

Chasqueó los dedos delante de la cara de Katie, pero ella lo ignoró. La joven miró a Jonathan, le tendió una mano y Jonathan se la cogió. Los celos, con sus uñas de gato, le arañaron toda la espalda a Row. No le gustaba la forma en que Katie y Jonathan se miraban, comunicándose sin hablar. En otros tiempos, habían sido ellos, Row y Katie, quienes se miraban así. En una ciudad que se había olvidado de él, ella era la única que lo veía con claridad. Cuanto más se miraban Katie y Jonathan de aquella forma, más nervioso se ponía Row, hasta que al final le dijo a Lear:

—Sepáralos. Lear cogió a Katie y la apartó. Ella alzó la vista, y Row dio un paso atrás. La joven tenía el rostro encendido y lo miraba con los ojos entrecerrados, dos estrechas rendijas verdes. Al cabo de un momento, dio un salto y atacó a Jonathan.

Row, atónito, no supo reaccionar; le había ordenado Gavin que vigilara a Katie atentamente,

dando por hecho que si atacaba a alguien sería a él. Pero la joven se había subido a la espalda de Tear y forcejeaba con él. Lear, Gavin y los demás estaban paralizados, boquiabiertos, mientras Katie, enseñando los dientes, agarraba a Jonathan por el cuello. Tear ni siquiera se defendió: se quedó allí plantado, respirando con dificultad, y en el último momento Row se dio cuenta de lo que estaba pasando y fue hacia ellos, pero ya era demasiado tarde. El cuello de Tear, al partirse, hizo un ruido casi ensordecedor que resonó por la espaciosa iglesia. Katie lo soltó, y Jonathan cayó al suelo, inerte, con los ojos abiertos.

—¡Que Dios nos ayude! —gritó Gavin. Row quiso decirle que se callara (solo un necio como Gavin seguiría creyendo en Dios en un momento así), pero se mordió la lengua. Quizá necesitara a Gavin. Katie se quedó mirando el cadáver de Tear; le temblaban los hombros, y Row la miró como si la viera por primera vez.

—¿Katie? —preguntó.

Ella levantó la cabeza, y Alain se puso a chillar. Katie tenía la boca muy abierta, tan abierta que parecía que también estuviera chillando. El agujero fue agrandándose cada vez más, aumentando de circunferencia, hasta que pareció que la boca fuera a engullir toda su cabeza. Los ojos y la nariz retrocedieron hasta quedar en la coronilla, y luego descendieron hasta la nuca. La boca se convirtió en un agujero negro, y Row vio, horrorizado, que por ella salía primero una mano, y luego un brazo.

Alain salió corriendo de la habitación, sin parar de gritar, y Howell y Morgan lo siguieron. Gavin y Lear se quedaron donde estaban, pero Gavin se había retirado al rincón del púlpito, y se abrazaba el torso mientras contemplaba la transformación de Katie con los ojos como platos. Había salido un hombro, y los bordes del agujero se ensancharon un poco más para dejar pasar una cabeza, y, cuando vio la cara, Row también gritó. Los muertos no le daban miedo. Llevaba años trabajando con cadáveres. Los muertos no le daban miedo, pero aquello no era un cadáver.

Era un fantasma. Lily Freeman había salido por la boca de Katie, despojándose de ella como una serpiente se despoja de su piel, y la había dejado atrás, un montoncito en el suelo. Lily estaba desnuda, y tenía manchas negras en el cuerpo, manchas que parecían de tierra, y llevaba el pelo suelto, largo y oscuro, y no era la mujer a la que Row había conocido, sino otra mucho más joven. Él había visto a aquella Lily en el retrato que estaba colgado en el salón de la casa de los Tear. En más de una ocasión Row se había colado en la casa de los Tear cuando no había nadie dentro, y el retrato de Lily siempre le había llamado la atención, aunque no sabía por qué. Pese al poco caso que

le hacía Row a su madre, cuando miraba aquel cuadro siempre sentía la rabia de ella, la rabia que le inspiraba aquella Lily salvaje y feliz que lo había estropeado todo, que se lo había quitado todo a los Finn.

Lily llevaba puesta la corona. Row, horrorizado, vio sus destellos azules y plateados; estaba dispuesto a matar para recuperarla, estaba dispuesto a torturar a Katie si era necesario, pero no podía arrebatarse la corona a un fantasma, del mismo modo que no podía quitarle la joya del cuello a Jonathan Tear. Mientras la llevara en la cabeza, estaba tan fuera de su alcance como si hubiera estado en la luna.

Lily se volvió hacia él, y luego volvió a gritar. La cara era de Lily, pero los ojos eran dos pupilas negras como el azabache. Sus labios dibujaban una sonrisa dura, bordeada de negro, como si se la hubieran manchado con hollín.

—Tenías razón, Row —susurró, y eso fue lo peor, porque aquellas palabras las decía Katie, era la voz de Katie la que salía por la boca de aquella aparición repugnante—. Aquí no hay sitio para gente especial.

Se abalanzó hacia él, y Row retrocedió y se agachó detrás de uno de los diez bancos que había en el lado derecho de la iglesia.

—No hay elegidos —continuó Lily con voz ronca—. No se salva nadie. Se salvan todos, juntos.

Una sombra salió corriendo hacia la luz: era Yusuf, que gruñía, con las manos en alto formando garras. Row sintió un profundo alivio, porque, a pesar de que no lo entendía todo de aquel niño, sabía que era capaz de...

Lily se dio la vuelta, y Yusuf soltó un gruñido que no parecía humano. El niño se encogió, como si le hubieran pegado, y cayó al suelo, retorciéndose. En el rincón, Gavin soltó un débil gemido y se abrazó la cabeza, tapándose los ojos. Lear se había derrumbado en uno de los bancos.

—Éramos buenos amigos —susurró el fantasma con una voz áspera, como el ruido de una carcasa arrastrada por el suelo de piedra—. ¿Por qué quieres huir?

Row dio media vuelta y echó a correr entre los bancos, pero cuando volvió la cabeza la vio, al final del pasillo, más cerca que antes. Lily le sonrió, y Row vio que tenía agujas en lugar de dientes.

—¿Katie? —preguntó, y luego, aterrado —: ¿Lily? —¿Katie? ¿Lily? Ay, Row. El fantasma rió, y entonces levantó un brazo, y Row vio que blandía una pala, no una de aquellas herramientas de jardinería que utilizaban en la ciudad para cultivar los campos, sino una pala plana, tan alta como

una persona, y que estaba manchada de sangre.

Row echó a correr hacia la puerta, por donde entraba la luz del sol, y pensó: «Dios mío, sácame de aquí, te lo suplico, y seré el hombre que ellos creen que soy, el hermano Row, el padre Row, lo que sea, solo te pido...».

Cuando estaba a dos metros de la puerta, esta se cerró de golpe, y chocó contra ella, rebotó y cayó al suelo; se le metió sangre en el ojo izquierdo, y con el derecho vio un remolino negro.

«¿Como puede ser? —se preguntó, indignado—. ¡Lo planeamos tan bien! ¡Funcionaban tan bien! ¿Cómo es posible?»

Oyó pasos que se arrastraban hacia él, cada vez más cerca. Cerró los ojos y apretó los párpados. Hacía mucho que no lo pensaba, pero por las noches, cuando era niño, tenía miedo de los monstruos que pudiera haber en su habitación, pero, si cerraba los ojos y los mantenía cerrados el tiempo suficiente, desaparecían. ¡Habría dado cualquier cosa por tener cinco años y volver a estar allí, acurrucado en su cama!

Unos dedos lo cogieron por los hombros, le clavaron las uñas y lo levantaron del suelo. Row abrió su ojo bueno y vio aquellas pupilas negras y vacías clavadas en las suyas. Cuando el fantasma habló, su aliento salió entre aquellos dientes como agujas, y olía a las tumbas que Row había abierto cuando tenía trece años, buscando un tesoro, sin saber muy bien qué quería hacer, pero convencido, ya entonces, de que conseguiría hacerlo.

—Yo definiendo esta tierra, Rowland Finn. Nadie quiere saber cómo lo hago, pero lo hago.

Row se puso a gritar.

Katie despertó lentamente, con la sensación de haber salido de un sueño insondable.

Estaba tumbada en el suelo, en medio de la iglesia, justo delante del púlpito desde el que Row había pronunciado tantos sermones a lo largo de los años. Notaba algo frío contra la mejilla, y al cabo de un momento se dio cuenta de que era la cadena de plata, el zafiro de Jonathan que llevaba colgado del cuello.

Levantó la cabeza y vio un cuerpo tirado en el suelo un poco más allá. Parecía Jonathan, pero no podía ser; los dos acaban de subir por la escalera. Se puso de rodillas, se arrastró hasta él y le dio la vuelta.

Los ojos sin vida de Jonathan se clavaron en los suyos. Katie no se sorprendió mucho. En el fondo ella siempre había sabido que aquello terminaría así, claro que lo sabía: se lo había contado William Tear. Sin embargo eso no impedía que sintiera dolor.

Al fondo de la iglesia se oían unos sollozos. Katie miró alrededor, desesperada, y vio a Gavin acurrucado en un rincón, mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿Qué has hecho? —preguntó, y sus lágrimas ocultaron el veneno de su voz—. ¿Qué le has hecho?

Gavin negó con la cabeza, presa del pánico, y palideció. —¡No he sido yo! ¡Lo juro! Katie se levantó y fue dando grandes zancadas hasta él; Gavin se abrazó el torso y se acurrucó en el rincón con la voz quebrada por el pánico.

—Por favor, Katie, lo siento. ¡Lo siento! Katie vaciló un momento, pensando en la satisfacción que le produciría matarlo, en lo fácil y agradable y justo que sería, pero entonces se acordó del cadáver de Jonathan, que yacía detrás de ella, y eso la frenó.

Se dio la vuelta y vio que las puertas de la iglesia estaban abiertas de par en par; por el pasillo entraba la luz de un precioso día de verano. Fuera se oía gritar a los niños a lo lejos, en el parque. Nada de todo eso tenía relación con lo que ella estaba viendo: el cadáver de Jonathan, y a Gavin agazapado en el rincón.

«Subíamos juntos por la escalera —se dijo—. ¿Qué ha pasado?» Al final del pasillo, cerca de la puerta, vio un gran charco oscuro que parecía aceite. Pero, al acercarse, el olor la golpeó como una bofetada, y vio revolotear y zumbar a una gran cantidad de insectos alrededor del charco, moscas y mosquitos. Cerca del charco había un objeto reluciente; Katie se acercó más y vio que era una joya azul colgada de una cadena de plata.

Miró a Gavin y le preguntó: —¿Dónde está Row? Gavin empezó a sollozar, y eso la enfureció tanto que fue hasta él y le pegó un bofetón.

—Ya puedes llorar, inútil. Y ahora ¿qué vamos a hacer? —No lo sé. Asqueada, Katie lo ignoró y recogió el collar de Row. La cadena estaba manchada de sangre, pero la limpió con la manga de su camisa, casi distraída, encerrando el zafiro en la mano. De todas formas, Row no debería haberlo tenido nunca; no era suyo. Lo había conseguido mediante trampas. Miró el cadáver de Jonathan una vez más, y las lágrimas resbalaron por sus mejillas, no solo por Jonathan sino por todo, por el fracaso de la ciudad, por cómo se había corrompido. Se agachó junto a Jonathan y le apartó el pelo de la frente. Tantos años protegiéndolo para que acabara así. Y, sin embargo, en el fondo de su ser estaba confusa, porque, pese la claridad de los hechos (Row había desaparecido y Jonathan yacía muerto en el suelo), tenía la sensación de que nada encajaba. Así no era como había acabado la historia. Debajo de aquel relato, apenas visible, había un final diferente: Jonathan había

muerto, sí, pero ella no había llegado a ver su cadáver. Ella había huido, había desaparecido, y había dejado a Row y a Gavin, que recibirían el castigo que esperara a los traidores de la ciudad... Pero mientras intentaba desentrañar aquel otro final, esa segunda visión desapareció, se disipó como el humo. No, ella no había huido; seguía allí, y, al pensarlo, Katie sintió que la responsabilidad descendía sobre ella como un manto.

—Gavin. Levántate. La miró, atemorizado. Solo tenía veinte años, y Katie pensó que era extraño, porque hubo un tiempo que la gente de esa edad parecía muy mayor, y en cambio, ahora, tener veinte años era ser un crío. Entonces pensó que hasta podría compadecerse de Row, porque, al fin y al cabo, él era casi igual de joven y estúpido que todos ellos.

—Levántate. Gavin se puso inmediatamente en pie, y Katie se dio cuenta de que le tenía miedo. Mucho mejor.

—Tú has ayudado a destruir esta ciudad, Gavin. Él tragó saliva y, sin querer, desvió la mirada hacia el cadáver de Jonathan, y Katie asintió con la cabeza mientras le leía el pensamiento.

—No hay sitio para los Tear, dijiste. Pero yo no soy una Tear, ni tú tampoco. Ni Lear, ni Howell, ni Morgan, ni Alain. Tú has ayudado a Row a destruir todo esto. Y ahora me vas a ayudar a arreglarlo. ¿Me has entendido?

Gavin asintió enérgicamente. Se tocó la frente, como si fuera a santiguarse. Pero en el último momento bajó la mano y se quedó embobado.

«Esperando órdenes», pensó Katie con desdén. Bueno, Gavin siempre había necesitado que alguien le dijera lo que tenía que hacer. Acabó de limpiar la sangre del collar de Row echándole saliva en todos los sitios donde había empezado a secarse, y lo limpió hasta que el zafiro quedó como nuevo. Fue a ponerse la cadena por la cabeza, pero en el último momento se detuvo, sin saber por qué; un antiguo temor que aconsejaba prudencia, algo relacionado con los fantasmas...

Tras cavilar un momento, se metió el zafiro en el bolsillo. En años venideros, Caitlyn Tear pensaría a menudo en aquel collar, y a veces lo sacaría y lo contemplaría. En una o dos ocasiones hasta se planteó ponérselo.

Pero nunca lo hizo.

Kelsea despertó en una habitación iluminada por el sol. No era su alcoba de la Ciudadela; era la primera vez que veía aquel sitio: una habitación con las paredes pintadas de blanco, pequeña pero limpia y ordenada, con una mesa y una silla y dos estanterías llenas de libros. La luz entraba por una gran ventana que había encima de la mesa, una ventana de cristal. Kelsea se movió un poco y

comprobó que estaba acostada en una cama individual.

«Mi habitación.» No sabía de dónde había salido aquel pensamiento: de un rincón recóndito de su cerebro que todavía estaba medio dormido.

Kelsea se incorporó, se destapó y bajó los pies al suelo. Sábanas, almohadas, suelo... En aquella habitación todo estaba increíblemente limpio. Estaba tan acostumbrada a la Ciudadela, donde las botas siempre dejaban barro y donde todos estaban demasiado ocupados para que les importara. Pero era evidente que alguien limpiaba aquella habitación.

«La limpio yo», pensó. Una vez más, fue un pensamiento extraño, ajeno, seguido de un recuerdo fugaz: barría el suelo con una vieja escoba.

«¿Qué ha pasado? —se preguntó—. ¿Cómo terminó?» —¡Kelsea! ¡A desayunar! La voz le dio un susto. Era una mujer... «Mamá»; ... pero el sonido llegaba muy apagado, como si la llamaran desde el piso de abajo.

Kelsea se levantó de la cama, y, al hacerlo, notó que la familiaridad de aquel espacio se solidificaba en su mente. Aquella era su habitación, lo había sido desde que ella era pequeña. Allí estaba la puerta del armario, donde guardaba su ropa: unos cuantos vestidos para las ocasiones especiales, pero, sobre todo, pantalones cómodos y jerséis. Aquella era su mesa, y aquellos, sus libros. Se quedó un momento junto a la estantería, repasando los títulos. Conocía algunos de aquellos libros; los cogió y los abrió, y se alegró de ver que las páginas estaban escritas (allí estaban Tolkien, Faulkner, Christie, Morrison, Atwood, Wolfe), aunque no reconoció las ediciones. Estaban todos en buen estado; era evidente que los cuidaban. Conocía aquellos libros, incluso los lomos. Algunos los tenía desde que era muy niña.

—¡Kelsea!

La voz había sonado más cerca, y Kelsea, aterrorizada, le echó un vistazo a la puerta. Tenía la mente en blanco.

«Me llamo Kelsea —se dijo—. Al menos ya sé algo. Mi nombre no ha cambiado.»

Corrió hasta el armario y sacó unos pantalones y un jersey azul. El suelo del armario estaba lleno de cajas vacías, y Kelsea se quedó mirándolas un momento hasta que lo recordó: ¡claro! Estaba preparándose para mudarse, pero ¿adónde? Su mente parecía llena de pozos y túneles que le ocultaban aquella vida. Se suponía que estaba recogiendo las cosas de su habitación, pero llevaba dos semanas entreteniéndose, porque no quería meter sus cosas en cajas y que se las llevaran.

Cuando se hubo vestido, Kelsea abrió la puerta del dormitorio con cuidado, como si temiera

encontrar dragones al otro lado. Vio un pasillo corto con varias puertas cerradas, y, más allá, una escalera que descendía. En la pared, cerca de la escalera, había un espejo de cuerpo entero sencillo, con marco de madera. Olía a huevos fritos.

—Kelsea Raleigh, ¡baja inmediatamente! ¡Vas a llegar tarde al trabajo! —Raleigh —murmuró. Sí, claro. Allí no había ningún Glynn, ni Barty ni Carlin, porque nunca la habían dado en adopción; había vivido siempre allí, en aquella casa, y ya se había cansado de ella, se había cansado de que su madre la despertara todas las mañanas y de que lo supiera todo sobre ella. Quería mucho a su madre, pero su madre la sacaba de quicio. Kelsea quería vivir en su propia casa. Por eso iba a mudarse.

Avanzó hacia la escalera, con la sensación de estar soñando, pero cuando se vio en el espejo volvió a detenerse.

Vio su cara reflejada. Tocó el espejo con una mano y escudriñó la imagen con avidez. Allí había una chica de diecinueve años, con la cara redonda, una cara bondadosa de ojos verdes. Dio un paso atrás y vio que estaba fuerte y bien alimentada. Aquella mujer no era Lily; no era ni muy guapa, ni llamaba la atención por nada especial... y sin embargo Kelsea habría podido quedarse mirándola eternamente.

«Mi cara.» —¡Kelsea! Se miró por última vez y bajó la escalera.

En el piso de abajo encontró una puerta abierta que daba a un comedor. Había platos en la mesa, pero no eran piezas bastas de cerámica de gres, sino de loza fina, blanca con dibujos azules. Tocó el borde de un plato y comprobó que era muy liso y suave.

—¡Por fin! Se dio la vuelta y vio a Elyssa Raleigh plantada en la diminuta cocina contigua al comedor. Tenía una espátula en una mano y un plato en la otra. Y parecía rendida.

—¡Venga, a desayunar! —Le puso el plato en las manos a Kelsea—. Hoy no tengo tiempo. Tengo que ir a casa de la señora Clement. Su hija se casa y quiere que le haga un vestido ridículo.

Kelsea cogió el plato mientras aquello encajaba en su mente: otro dato sólido: su madre era modista.

—¡Venga! ¡Tú también vas a llegar tarde! Su madre la empujó hacia la mesa, y Kelsea se sentó. Sintió que se desconectaba de la realidad. Nadie habría reconocido a la reina Elyssa... porque no existía ninguna reina Elyssa, nunca había existido. Kelsea no tenía ni pizca de apetito; no podía dejar de mirar a su madre, que trasteaba por la cocina, guardando cacharros y saliendo de vez en cuando por una puerta abierta que Kelsea sabía que daba a la despensa.

«Modista», susurró una voz en su cabeza. Eso podía aceptarlo, pero tenía la impresión de que todo lo demás, el mundo que había fuera de aquella casa, se cernía sobre ella como una incógnita inmensa. ¿Quién era su padre?

—Tengo que irme —anunció su madre—. Dame un beso. Kelsea la miró, sorprendida y enojada. ¿Cómo iba a besar a aquella mujer tan egoísta que había hecho cosas tan feas? ¿O no las había hecho? De pronto se sintió perdida, deambulando por el enorme vacío que había en su interior, el abismo entre el mundo que siempre había conocido y aquella cocina. La reina Elyssa había destruido el Tearling, pero aquella mujer no era la reina Elyssa. Aquella mujer quizá fuera frívola; Kelsea intuía que eso había sido motivo de discusión entre ellas dos durante mucho tiempo. Pero no se dedicaba a destruir reinos.

—¿Kelsea? —dijo su madre arrugando el ceño, y la joven comprendió que sus sensaciones debían de haberse reflejado en su semblante—. Ya sé que estás nerviosa por la mudanza, Kel. Yo también lo estaba a tu edad. Pero te echaré de menos. ¿No me das un beso?

Kelsea se quedó mirándola, tratando de dejar a un lado el pasado, o, al menos, de hacer las paces con él. Nunca había sido una persona indulgente; era más fácil pasar del enfado al resentimiento. Pero su mente exigía una mínima justicia, y esa justicia decía que su madre no entrañaba ningún peligro para nadie. ¿De verdad quería responsabilizarla de aquella otra vida, cuando esa madre no tomaba decisiones, y lo único que hacía era confeccionar ropa?

La joven se levantó con rigidez, como si manejara las extremidades de otra persona, y abrazó a su madre, aquella mujer a la que conocía tan bien... y a la que sin embargo no conocía en absoluto. Se abrazaron, y a Kelsea la invadió un intenso aroma con notas cítricas.

—Que tengas un buen día, tesoro —le dijo su madre. Salió presurosa de la cocina, y Kelsea se quedó contemplando su plato lleno de comida. El reloj de pared que estaba colgado encima del fregadero dio las nueve en punto. Kelsea tenía que estar en el trabajo a las nueve y media.

—Pero ¿dónde trabajo? —se preguntó en voz alta. No se acordaba, pero sabía el camino.

Al salir a la calle, Kelsea tuvo que pararse. Las casas, para empezar. Eran tan... impecables. Casas de madera limpias, recién pintadas, unas junto a otras, un bosque no de árboles sino de cúpulas y tejados a dos aguas que se extendía por una ladera. No había vallas que las separaran; en muchos jardines había robles, y en algunos habían plantado arriates de flores, pero por lo demás compartían el espacio. Y había una cosa que Kelsea solo había visto con los ojos de Lily, en los barrios aparentemente alegres de la Nueva Canaán pre-Travesía: buzones, uno delante de cada casa.

Atónita, casi aturdida, Kelsea recorrió el sendero de la casa hasta la calle. Se fijó en el buzón, amarillo intenso, con el número 413 pintado en rojo. La calle estaba concurrida; unos carros tirados

por caballos pasaban cada pocos segundos, y había gente que iba a pie, presurosa; era evidente que también iban al trabajo. Todo parecía ordenado y próspero, pero eso hizo pensar a Kelsea, una vez más, en Nueva Canaán. Veía muchas cosas buenas, pero ¿eran reales?

Sin pensar, torció a la derecha y enfiló la calle mezclándose con el resto de transeúntes. Tomó el mismo camino que tomaba todas las mañanas, pero no paraba de mirar a un lado y a otro, buscando respuestas. Tenía la sensación de que algo se le escapaba, algo tan elemental que su mente se negaba a reconocerlo...

Había recorrido cerca de un kilómetro cuando lo entendió. Se había cruzado con mucha gente por la calle: obreros con la ropa manchada que cargaban con sus herramientas, hombres y mujeres bien vestidos que parecían dirigirse a algún tipo de oficina; transportistas que transportaban todo tipo de mercancías tapadas con lonas en sus carros... Pero no vio por ninguna parte ninguna armadura, ni siquiera un bulto bajo una capa que revelara que debajo se escondía algún tipo de armadura. Y después de esa certeza llegó otra: no había visto ninguna espada ni ningún puñal. Kelsea observó atentamente a las personas que pasaban a su lado, buscando una empuñadura, una vaina... Pero no vio ninguna.

«¿Qué hacíamos?»

Kelsea obedeció a sus piernas y recorrió la calle hasta el final, y luego torció a la izquierda y llegó a una calle que reconoció: era el Gran Bulevar. Allí estaban las tiendas con sus alegres toldos: la sombrerería, la botica, la zapatería, la tienda de alimentación... Pero había algo diferente, y de nuevo la diferencia era tan fundamental que al principio Kelsea no supo identificarla, y siguió caminando pese a que tenía la cabeza en otro sitio. Miró hacia la derecha y se paró en seco.

Estaba delante de una ventana llena de libros. Alguien tropezó con ella, y Kelsea perdió el equilibrio un momento; un hombre la cogió por el brazo.

—Lo siento —se disculpó sin detenerse—. ¡Llego tarde al trabajo! Kelsea le hizo una señal con la cabeza, atontada, y se volvió de nuevo hacia la ventana.

Los libros estaban colocados con ingenio, distribuidos en pisos ascendentes que formaban una pirámide. Kelsea reconoció algunos (Escoria, El gran Gatsby, Siempre hemos vivido en el castillo), pero había muchos más de los que nunca había oído hablar: En este mundo en llamas, de Matthew Lynne; Prestidigitación, de Marina Ellis; un montón de libros que nunca había visto en las estanterías de Carlin. Encima de los libros, un letrero escrito a mano rezaba sencillamente:

CLÁSICOS. Kelsea se apartó un poco, esta vez más atenta, procurando no tropezar con los

peatones que se dirigían al trabajo, y vio otro letrero escrito a mano, colgado debajo del toldo de la tienda. «Librería Copperfield.» La tienda estaba cerrada; en la habitación que había detrás del montaje expuesto en la ventana todavía no había luz. Kelsea fue hasta la puerta e intentó asomarse, pero no vio nada: la puerta era de una especie de cristal templado, diseñado para evitar el paso de la luz. Había visto ese cristal en Mortmesne, en los aposentos de la Reina Roja, pero en al Tearling jamás había llegado nada parecido. Kelsea retrocedió y volvió a examinar el montaje de libros. Era una librería. Su librería favorita. La mayoría de los libros de los estantes de su casa los había comprado en aquella tienda. Era su sitio preferido para ir una tarde de sábado.

Un reloj dio la hora cerca de allí, unas calles más allá, y la joven se sobresaltó. Eran casi las nueve y media. Iba a llegar tarde al trabajo, y pese a su perplejidad, su instinto tomó las riendas de la situación y la obligó a ponerse en marcha; ella nunca llegaba tarde al trabajo. Recorrió a buen paso el bulevar, sujetando su bolso para que no rebotara en su cadera, como había hecho todos los días desde que había terminado los estudios, a los diecisiete años... y sin embargo había algo diferente, algo tan diferente que...

—Santo cielo —susurró. Estaba en medio del Gran Bulevar, contemplando casi dos kilómetros de calzada. Había estado allí antes, justo en aquel sitio, el día que había llegado con Maza a la ciudad, y se acordaba de que la Ciudadela se erguía ante ellos a medida que se acercaban, titánica, proyectando su alargada sombra por el bulevar.

Pero ahora no había ninguna Ciudadela. Kelsea siguió contemplando la calzada hasta confirmar definitivamente ese hecho. Donde debería haber estado la sombra de la Ciudadela no había nada, solo la lejana silueta de otros edificios donde el bulevar ascendía hacia la cima de la colina. Tras confirmarlo, Kelsea se volvió hacia la derecha, y automáticamente buscó el otro baluarte del horizonte de Nueva Londres... y no encontró el Arvath.

Kelsea se quedó contemplando el horizonte completamente vacío. —Carlin, ¿tú ves esto? —dijo en voz baja. Y, de alguna manera, creyó que Carlin sí lo veía.

Se puso otra vez en marcha y trató de entender qué significaba aquello. Ni Ciudadela, ni Arvath... ¿qué tenía aquella gente? ¿Quién gobernaba aquella ciudad? Rebuscó en su mente con la esperanza de encontrar también esa respuesta, pero no encontró nada. Tendría que resolver ella misma el enigma.

—De acuerdo —musitó—. Lo resolveré.

Ahora sus pasos la llevaron hacia la derecha; salió del bulevar y entró en una calle estrecha

que debería haber conducido hasta las afueras de las Tripas. Sin embargo, a Kelsea le bastó una ojeada para comprobar que las Tripas también habían cambiado. La madriguera de casas destartadas e inclinadas y chimeneas humeantes se había convertido en un bullicioso barrio comercial. Junto a cada puerta había una placa de cobre bien limpia donde se anunciaban diversos servicios profesionales: un contable, un dentista, un médico, un abogado.

«¿Qué hicimos?», volvió a preguntarse, y ahora era la voz de Katie la que exigía respuestas, la que exigía una valoración. Pero Kelsea intuía que tenía que ser muy prudente con eso. Al fin y al cabo, Demesne también parecía una ciudad próspera y bonita.

Había llegado al trabajo. Contempló la estructura que tenía delante, un edificio de ladrillo de varias plantas. En todas las ventanas había muchas ventanas (Kelsea no se acostumbraba a ver tanto cristal), y a la puerta principal se accedía por una amplia escalinata, pensada para que pudiera subir por ella mucha gente a la vez. Kelsea miró hacia abajo y vio otro letrero, atornillado al suelo: BIBLIOTECA PÚBLICA DE NUEVA LONDRES. Se quedó largo rato mirando el letrero, hasta que el reloj volvió a dar otro cuarto. Comprendió que tenía que darse prisa porque llegaba muy tarde al trabajo. Subió los escalones de piedra, abrió la puerta de vidrio y entró en una sala fresca y espaciosa. Dedujo que aquellas ventanas también debían de tener los cristales templados para aislar del calor. Allá donde mirara veía altas estanterías llenas de libros; ni siquiera se atrevía a calcular cuántos podía haber. Se dio cuenta de que aquello era lo más extraordinario que veía aquel día, pero no le impresionó. Era como si su capacidad de sorpresa se hubiera agotado. Le encantaba aquella biblioteca, pero era su lugar de trabajo.

Pasó por detrás del mostrador, que todavía no estaba atendido (la biblioteca no abría hasta las diez) y bajó al laberinto de despachos del sótano. Sus compañeros de trabajo la saludaron, y Kelsea les devolvió el saludo; sabía sus nombres, pero no quería pararse a hablar con ellos. Lo único que quería era sentarse a su mesa. Entonces recordó que estaba trabajando en un proyecto enorme: había fallecido un hombre muy rico, que había dejado todos sus libros a la biblioteca, y había que limpiarlos y catalogarlos. Era un trabajo tranquilizador.

—¡Kelsea! Se dio la vuelta y vio a Carlin detrás de ella. Al principio Kelsea creyó que aquello solo era otra fase de un sueño (se fijó en que Carlin llevaba las mismas gafas de leer que siempre había llevado en la casita, y lo encontró divertido), pero la mirada de desaprobación de Carlin le resultó demasiado familiar y demasiado seria.

—Llegas tarde —dijo Carlin con un tono que parecía insinuar que habría sido preferible que

Kelsea hubiera estado muerta.

—Lo siento. —Bueno, es la primera vez. Pero mejor será que no haya una segunda.

¿Entendido?

—Sí. Carlin se metió en el despacho más cercano y cerró la puerta, y a Kelsea no le sorprendió ver la placa en la que se leía: CARLIN GLYNN, DIRECTORA. Al cabo de un momento, siguió por el pasillo con paso vacilante. Se preguntó si se habría vuelto loca. Tal vez aquello solo fuera otra fuga, otra realidad que se desarrollaba en los límites más lejanos del Tearling que ella conocía.

«¿Y si no lo es?» Se paró en medio del pasillo, conmocionada por ese pensamiento. ¿Podía ser? ¿Y si las tres mujeres —Kelsea, Lily y Katie— lo habían conseguido, habían recogido el pasado, el presente y el futuro y los habían convertido en ese lugar?

«El sueño más antiguo de la humanidad», se dijo, y en el fondo de su cabeza creyó oír la voz de Tear, de William Tear, quien había visto aquel lugar en sus visiones, mucho antes de que nadie más supiera que el Tearling podía ser real.

«No hay armas, ni vigilancia, ni drogas, ni deudas, y no domina la codicia.» Pero ¿era eso aquel lugar? A Kelsea se le antojaba imposible; a ella, hasta las victorias más insignificantes siempre le habían costado un precio. Aunque el mundo que tenía ante sus ojos no fuera onírico, sino sólido, tenía que haber algún inconveniente, algo que debilitara todo lo que había visto. Seguro que aquello tenía un coste.

Llegó a su despacho (KELSEA RALEIGH, AUXILIAR), y cuando abrió la puerta vio que en la pared del fondo había libros apilados hasta el techo. Viejos, nuevos... libros de todo tipo; y, al verlos, algo se liberó dentro de Kelsea por primera vez. Ese día ya había visto más libros de los que había visto en toda su vida en el Tearling, y parecía evidente que un mundo donde el acceso a la lectura fuera tan fácil no podía ser tan terrible. Sin embargo, con prudencia y recelo, cogió un volumen de uno de los montones y lo abrió. Vio que las páginas estaban impresas y dio un gran suspiro de alivio. Todo lo que había visto a su alrededor hasta ese momento parecía indicar que lo había conseguido, que había logrado mucho más de lo que había soñado para su reino. Hasta Carlin habría estado orgullosa si lo hubiera sabido, pero Kelsea ya no necesitaba los elogios de Carlin. El Tearling estaba a salvo, y Kelsea podía contentarse con eso.

Y se contentó, al menos por un tiempo.

Cuanto mejor conocía Kelsea el nuevo Tearling, más le gustaba. Quizá no fuera el sueño

inalcanzable de William Tear hecho realidad (todavía se apreciaban sutiles diferencias en el poder adquisitivo de los ciudadanos, y la naturaleza humana hacía que fueran inevitables los conflictos personales), pero la comunidad era extraordinariamente abierta, y por lo visto no existía la corrupción que había imperado en el Tearling y en los países vecinos. No había tráfico ni de drogas, ni de personas ni de armas. Si alguien quería ir armado, no había ninguna ley que lo impidiera, pero Kelsea no vio ni un solo cuchillo, salvo en las carnicerías, y la violencia parecía limitada a alguna pelea ocasional provocada por el exceso de cerveza.

Había libros por todas partes, y en la ciudad se editaban seis periódicos diferentes. No había personas sin hogar; aunque algunos eran más ricos que otros (los médicos se ganaban la vida mejor que nadie), y en la ciudad todos tenían casa, comida, ropa y atención médica. Kelsea no había oído las quejas que, en los últimos años, se habían generalizado en la ciudad. Aquel mínimo de bienestar había sido el verdadero objetivo del sueño de William Tear, el motor que los había impulsado a todos a embarcarse en aquellas naves, y allí funcionaba a la perfección, consagrado y atesorado por la comunidad.

Además, Nueva Londres no era la única ciudad así; ahora había réplicas del prototipo de William Tear por todo el nuevo mundo, gobernadas sin mucho rigor por un parlamento que se reunía muy pocas veces. No existían ni Mortmesne ni el Cadare. Aunque alguna vez hubiera existido Evelyn Raleigh, nunca habría podido convertirse en la Reina Roja.

En los días posteriores Kelsea visitó el edificio del parlamento, que se erigía cerca de la antigua ubicación del Arvath; la Universidad de Nueva Londres, en la que ella misma se había graduado no hacía mucho; y, por último, y lo más extraño, el museo del Tear, una exposición de dos salas, abierta al público, ubicada cerca del viejo polígono industrial. Allí, un guía turístico de entusiasmo desbordante contaba la historia de la Travesía; de William Tear, que los había guiado a través del océano; de Jonathan Tear, que había muerto a manos de su traidor consejero, Row Finn. Al consejero lo habían asesinado después los guardias de Jonathan Tear, poniendo rápidamente fin a su rebelión.

Kelsea solo escuchaba a medias. En la pared de la primera sala había una serie de retratos, y reconoció muchos: William Tear, con cara de haber preferido estar en algún otro sitio; Lily en el campo con su arco, mirando hacia atrás a pesar de que todavía tenía todo el futuro por delante; y Jonathan Tear, con gesto impasible, con una nota de preocupación en la mirada. El único nuevo para Kelsea era el último retrato, y se separó del grupo y se quedó mirándolo largo rato, mientras

oía la alegre cantinela del guía.

—¡Caitlyn Tear, la primera y única reina del Tearling! Disfrutó de un largo reinado: gobernó hasta los setenta y siete años.

No era el mismo retrato que Kelsea había visto en la Ciudadela, ni se le parecía. Allí, Caitlyn Tear era mayor, y tenía arrugas prematuras en la cara, y la boca tensa. Todavía tenía el pelo largo y brillante, y lo llevaba suelto, pero no portaba corona. Era una mujer intimidante, pensó Kelsea, una mujer que se reía muy poco, o nunca.

—La reina Caitlyn ayudó a redactar la constitución tear, y muchas de nuestras leyes actuales provienen de la época de su reinado. Tardó más de cincuenta años en diseñar y construir el parlamento tear, pero a los setenta y siete años le entregó el gobierno al parlamento y renunció al trono. El Tearling no ha vuelto a tener ningún monarca desde entonces.

Kelsea asimiló en silencio esa información; no era el desenlace que ella habría podido prever, pero en retrospectiva parecía perfectamente lógico. Una constitución y un parlamento: parecía un matrimonio de lo mejor de la Inglaterra y de Estados Unidos del período pre-Travesía. Katie quizá no lo supiera, pero Lear sí, porque él estudiaba historia. Katie debía de haberlos necesitado a los cinco: a Gavin, Howell, Lear, Alain, y Morgan, cada uno con su talento particular. A Kelsea le gustaba pensar que los cinco se habían pasado sesenta años pagando por sus crímenes. No una eternidad, pero sí toda una vida. Un castigo justo...

—También tenemos aquí sus joyas —anunció el guía con entusiasmo, y señaló un expositor que iba de un extremo a otro de la sala.

Kelsea se acercó y vio los dos collares de zafiro sobre un campo de terciopelo azul. La sensación de irrealidad se apoderó de ella, y se sujetó al borde de la vitrina para no caerse.

Concluida la visita, Kelsea salió de la sala detrás del guía y, nerviosa, echó un último vistazo a los destellos del zafiro bajo la luz del sol, pero ya era demasiado tarde. Dentro de ella se había disparado una alarma, la misma alarma que había oído aquella primera mañana en la biblioteca. A lo largo de su larga historia con aquellas dos joyas, siempre habían sido un arma de doble filo, y aunque ya no le pertenecían (y quizá no le hubieran pertenecido nunca), seguían siendo un incómodo recordatorio de que nada era fácil. Siempre había un coste, y por primera vez desde hacía muchos días Kelsea pensó en Maza y en el resto de su Guardia Real. ¿Estarían también ellos allí, en algún sitio? Algunos quizá no hubieran nacido; recordaba la charla de Simon sobre el efecto mariposa, y lo entendía. Pero si Carlin estaba viva, quizá también estuvieran vivos algunos de sus

guardias. Maza, Pen, Elston, Coryn y Kibb... Habría dado cualquier cosa por volver a verlos.

Pero ¿podría encontrarlos? Salió a la calle, soleada, y al otear el extenso horizonte de la ciudad se amilanó. Aquella Nueva Londres era mucho más grande, y allí no había nada parecido a una Guardia Real. El dominio de la espada no se valoraba. Allí sus guardias quizá no destacaran en absoluto.

Pero ¿cómo no iba a intentarlo? Había sucedido algo extraordinario, se había producido un cisma en la cronología del mundo, y de pronto Kelsea se dio cuenta de que lo que más anhelaba era tener a alguien con quien hablar, alguien que hubiera estado allí con ella. Todavía se acordaba del pasado, y, si ella se acordaba, seguro que había otros que también se acordaban. Aunque no se creyeran su historia sobre Katie y Row, al menos podrían hablar de la Ciudadela, de los viejos tiempos, del mundo que ellos conocían.

Dos días más tarde vio a Pen. Había ido a la tienda de alimentación a comprar uvas (aunque todavía no era tiempo de uvas), y de pronto lo vio pasar por detrás de la ventana. Le dio un vuelco el corazón, y salió corriendo de la tienda, gritando su nombre.

Él no se dio la vuelta. Llevaba una mochila de piel colgada del hombro, y Kelsea la fue siguiendo entre el gentío, y llamándolo. Él no la oía, por lo visto, y eso hizo que Kelsea se preguntara otra vez si estaría loca, y si aquel sería, sencillamente, el sueño más extenso e irreal que nadie hubiera tenido jamás. Al final lo alcanzó y lo agarró por el hombro.

—¡Pen! Él se dio la vuelta y la miró, pero no la reconoció. —¿Perdón? —¿Pen? —preguntó ella, dudosa—. ¿Eres tú? —Lo siento, pero me parece que te confundes. Me llamo Andrew. Kelsea se quedó mirándolo. Era Pen, no había ninguna duda. Pero no se llamaba Pen.

—Que pases buen día —le dijo él, y le dio una palmada en el hombro; se dio la vuelta y se marchó.

Kelsea lo siguió. No era tan necia como para volver a abordarlo (la cara de perplejidad del joven la había dejado helada), pero tampoco podía dejar que se marchara sin más, ahora que lo había encontrado. Manteniendo la distancia, lo siguió por varias calles hasta que el joven llegó ante una casita de piedra bastante apartada de la calzada. Se dirigió hacia los escalones de la entrada, y se abrió una puerta, y Kelsea vio a una mujer en el umbral, una chica rubia con un bebé en brazos. Pen le dio un beso, y entonces entraron y cerraron la puerta.

Kelsea se quedó largo rato allí plantada, contemplando la casa de Pen. No se había sentido tan sola en la vida, ni siquiera en la casita de Barty y Carlin. Al menos Barty la quería. Quizá Carlin

también la quisiera, a su manera, pero en realidad Kelsea no la conocía. Nunca la había conocido. Y de pronto la asaltó un pensamiento espeluznante: ¿y si pasaba lo mismo con todos los miembros de su guardia? ¿Y si todas las personas que la habían querido, que habían luchado a su lado y la habían cuidado la veían como una extraña? Ella siempre le había dicho a Maza que estaba dispuesta a sacrificar cualquier cosa por su reino, pero había un precio que nunca se había planteado: estar sola.

Al final se dio media vuelta y, a regañadientes, se alejó de la casa de Pen y volvió a su casa. Últimamente había estado ocupada preparándose para irse de la casa de su madre y mudarse a un piso pequeño más cerca de la biblioteca. Sería la primera vez que viviría sola, y le gustaba la idea; pero de pronto la emoción de tener su propia casa parecía falsa e inconsistente, como un arco iris. Durante un momento deseó haber muerto en la Ciudadela; al menos así los habría tenido a todos a su alrededor. Habrían estado juntos.

Fue dos veces más al museo del Tear, y contempló los relucientes zafiros en su vitrina. Incluso a través del cristal, Kelsea ansiaba tocarlos, coger aquellas joyas y volver atrás, destruir su reino si fuera necesario, con tal de recuperar su vida, de volver a tener a una familia alrededor.

No llegó a ir al museo una cuarta vez, pero no importaba. El daño ya estaba hecho.

En las semanas siguientes, sin proponérselo, Kelsea empezó a preguntar a sus compañeros de trabajo si conocían a alguien que se llamara Christian. Creyó que sería un nombre bastante común, pero resultó que no; en nueva Londres había muy pocas iglesias, y aquel nombre ya no estaba de moda, ni siquiera entre los creyentes. Kelsea no sabía por qué buscaba a Maza; aunque lo encontrara, seguro que se repetiría la terrible escena que había vivido con Pen. Pero necesitaba saberlo. Tal vez algunos miembros de su guardia no hubieran nacido, pero quizá algunos estuvieran todavía allí, y Kelsea no podía hacer como si no lo supiera.

Resultó que en aquella Nueva Londres Maza también era todo un personaje. Kelsea solo tuvo que indagar un poco para descubrir que un tal Christian McAvoy era el jefe de la policía de la ciudad. Christian McAvoy era un hombre corpulento, de más de un metro ochenta de estatura, y todos lo consideraban un excelente policía, severo pero razonable. No podías mentirle, porque siempre te descubriría.

Kelsea vaciló durante dos semanas. Quería verlo, y al mismo tiempo no quería. La idea la atraía, pero por otra parte la aterrorizaba. Al final se decidió.

Fue aprovechando el descanso para comer; cogió un carro taxi y atravesó la ciudad. Se propuso no molestar a Maza; solo quería verlo. Sería bueno para ella verlo. Saber que era cierto que

existía, que él, igual que Pen, era feliz en aquel sitio nuevo. Que Kelsea le había hecho bien. No quería alterar su vida. Solo quería verlo.

Pero, cuando llegó el momento, cuando aquel hombre alto con la cara de Maza salió de la comisaría de policía y miró más allá de Kelsea como si ella no existiera, comprendió que había cometido un terrible error. De pronto se quedó sin fuerza en las piernas. Estaba de pie en la escalera del edificio que había enfrente de la comisaría, y, cuando Maza echó a andar por la calle, Kelsea se sentó en un escalón y se tapó la cara con las manos.

«Me acuerdo de todos. Yo me acuerdo de todos, pero ellos no se acuerdan de mí. Nunca se acordarán de mí.»

Esa idea era tan tremenda que Kelsea rompió a llorar. Ella había negociado por aquello, había luchado, habían hecho algo importante, lo más importante que habría podido hacer. Ahora su reino era una economía próspera, con comercio libre y libre circulación de información. El Tearling tenía leyes, leyes codificadas, y un sistema judicial para hacerlas cumplir. La iglesia estaba separada del Estado. En el reino había numerosas librerías, pero también escuelas y universidades. Todos los trabajadores cobraban un sueldo. La gente criaba a sus hijos sin temor a la violencia. Era un buen país, por el que Kelsea lo había dado todo. De pronto se vio gritándole al Traedor, diciéndole que merecía su destino: ver morir uno detrás de otro a todos sus conocidos y sus seres queridos. Entonces ella no lo sabía, no lo entendía. Siguió sollozando, tan absorta que al principio no notó la mano en su espalda.

—¿Estás bien, niña? Kelsea se enjugó las lágrimas, levantó la cabeza y vio al padre Tyler.

—No me importa que estés aquí —la tranquilizó, interpretando mal su expresión de alarma—. La casa de Dios está abierta a todos, y especialmente a los que sufren.

—La casa de Dios —murmuró Kelsea. No había visto la diminuta cruz del tejado del edificio que tenía detrás. El padre Tyler tenía la tez pálida, pero no era la palidez enfermiza que ella recordaba; tenía la impresión de que aquel padre Tyler ya no era un asceta. No se parecía mucho al sacerdote tímido y cohibido del Arvath.

—¿Quieres entrar? —preguntó el sacerdote—. ¿Aunque solo sea unos minutos, para no estar al sol?

Kelsea quería entrar, pero sabía que no podía. El padre Tyler también la trataba como si no la conociera de nada; eso ya era demasiado, no podría soportarlo.

—La casa de Dios no es para mí, Padre —dijo Kelsea, compungida—. No soy creyente.

—Y yo no soy padre —replicó él con una sonrisa en los labios—. Solo soy hermano. El hermano Tyler. Y esta es mi iglesia.

—¿Cómo se llama su iglesia? —No tiene nombre —contestó el padre Tyler (ella no podía pensar en él como el «hermano» Tyler)—. Los fieles vienen cuando quieren. Los domingos doy un sermón. A veces salimos a hacer buenas obras.

—Ya, seguro —masculló Kelsea, poco caritativa. Habría dado cualquier cosa por ver al padre Tyler, pero tenía que conformarse con el hermano Tyler, un religioso sonriente que no la conocía de nada.

—¿Por quién lloras? —preguntó el sacerdote. —No importa. —Claro que importa. Se sentó a su lado y se abrazó las rodillas. Kelsea habría apostado cualquier cosa a que ya no sufría aquella terrible artritis, y se preguntó cómo habría logrado aquel milagro. Claro, ahora el Tearling estaba lleno de médicos. En el centro de Nueva Londres había incluso un hospital. —¿Has perdido a algún ser querido? Kelsea rió un poco, entre sollozos, porque lo suyo era peor que una pérdida. A su alrededor, la gente vivía tan tranquila, ajena a todo, feliz en aquel nuevo mundo. Más que quedarse sola, se había quedado atrás, y no podía imaginar una soledad más inmensa.

—Dígame, padre. ¿Alguna vez ha conocido a alguien que hubiera perdido toda su vida?

—Sí, pero nunca a alguien tan joven como tú. Por eso tu caso es una tragedia. —¿Qué quiere decir? —¿Cuántos años tienes, niña? —Dieciocho, diecinueve? —Diecinueve. —Ahí está. Eres joven, tienes buena salud... Porque tienes buena salud, ¿verdad?

Kelsea asintió. —Eres una joven que goza de buena salud, con toda la vida por delante, y te sientas aquí a llorar por el pasado.

«Yo ya he vivido mi vida», pensó Kelsea, pero no lo dijo. No había cargado a Pen ni a Maza con el pasado que ellos no podían conocer; tampoco iba a cargar al padre Tyler con él.

—El pasado influye en todo —dijo—. Un hombre de Dios aficionado a la historia debería saberlo.

—¿Cómo sabes que soy aficionado a la historia? —Me lo imagino —contestó Kelsea con hastío. No estaba de humor para aquello, para andarse con finezas con un hombre a quien había conocido tan bien y fingir que no lo conocía de nada. Se colgó el bolso del hombro.

—Tengo que irme, padre. —Espera un momento, niña. —El sacerdote escudriñó brevemente su cara—. Dices que has perdido algo.

—Sí. —Pues mira a tu alrededor. —Abrió un brazo—. Mira a toda esta gente. Seguro que

encuentras algo nuevo por lo que interesarte.

Kelsea parpadeó, alarmada por el optimismo del sacerdote. ¿Cómo podía haber alguien tan resistente?

—Da usted buenos consejos, padre —dijo por fin—. Pero no son para mí.

Gracias por ofrecerme un sitio donde descansar.

—Claro, niña. —Señaló el edificio que tenían detrás—. Puedes venir cuando quieras, si te apetece hablar.

—Gracias. Pero sabía que no volvería, y no miró atrás al bajar los escalones de la entrada. Todavía estaba un poco aturdida, como si no encontrara suelo donde pisar.

«Todas estas cosas que ya no están... ¿adónde han ido a parar? ¿Todavía están en algún sitio?»

Lamentó haber ido a la comisaría de policía. Allí solo podía encontrar dolor, y debería haberlo sabido. Había perdido incluso a Maza.

«Seguro que encuentras algo nuevo por lo que interesarte.» Pero ¿qué? Ella ya había logrado la gran obra de su vida. Había salvado el Tearling, y ya no era reina, sino solo una joven normal y corriente. Ya no tenía que conseguir ninguna hazaña. ¿Qué iba a hacer como Kelsea Raleigh? Le gustaba su trabajo de bibliotecaria; le encantaba su pisito. ¿Y nada más? ¿Cómo no iba a ser aquella una vida vacía, después de ver cómo triunfaban y se derrumbaban reinos?

«También tiene un lado positivo —observó una voz inexpresiva y seca que Kelsea reconoció: era la voz de Andalie—. Nadie quiere asesinarte, ¿no? No has matado a nadie. No has sido cruel con nadie.»

Cierto. La Reina de Picas, la sombra de venganza que había caído sobre Kelsea nada más ocupar el trono... había desaparecido, había quedado enterrada en un pasado lejano. Kelsea sentía su ausencia, como si le hubieran quitado una astilla que tuviera clavada, y estaba convencida (todo lo convencida que podía estar de algo en aquel nuevo mundo) de que la Reina de Picas jamás volvería a molestarla.

Eso era una ventaja, quizá una gran ventaja... pero Kelsea no acababa de verlo con claridad. El pasado se lo impedía.

En el cruce del Gran Bulevar, que ahora se llamaba Paseo de la Reina Caitlyn, Kelsea se apeó del carro e hizo el resto del camino hasta el trabajo a pie. Miró la hora y se tranquilizó al ver que tenía tiempo de sobra. No había vuelto a llegar tarde después de aquella primera mañana, y Carlin

ya no miraba el reloj cada vez que Kelsea entraba por la puerta, lo cual era un alivio. Carlin no había cambiado ni un ápice; Kelsea buscaba continuamente su aprobación, pero Carlin parecía dispuesta a que se la ganara a pulso. Igual que en los viejos tiempos. Le dieron ganas de llorar otra vez, y apretó el paso. Sin embargo, las palabras del padre Tyler permanecían en su memoria.

«Toda la vida por delante.» Habría preferido que esa idea se borrara de su mente. Soltar un pasado irrecuperable e intentar alcanzar un futuro... haría falta valor para eso, mucho más del que ella tenía. El pasado estaba incrustado en su ser.

«Tú tienes valor, reina mía», le susurró la voz de Arliss. Eso era verdad: siempre había sido valiente. Pero lo que necesitaba ahora era una sacudida. ¿Cómo iba a olvidarlo todo y volver a empezar allí, en aquella vida normal?

Llegó a la biblioteca y comprobó, compungida, que estaba llorando otra vez. Introdujo una mano en el bolso, pero no se le había ocurrido meter un pañuelo.

Sin embargo, lo peor estaba por llegar: Carlin se hallaba en el porche de la entrada, sentada en una silla. Le gustaba comer fuera cuando no hacía mucho frío, de modo que el resto del personal evitaba salir al porche. Kelsea intentó pasar a su lado lo más deprisa posible.

—¿Kelsea? La joven maldijo en silencio y se dio la vuelta. —¿Qué te ha pasado? —le preguntó Carlin. —Nada —respondió Kelsea, cabizbaja, y en ese momento comprendió que quizá fuera cierto.

No había pasado nada, fuera de su cabeza no había pasado nada... pero ¿llegaría a aceptarlo algún día? Se enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, y dio un respingo cuando Carlin le puso una mano en el hombro.

De todas las situaciones extrañas que Kelsea había vivido aquellas semanas, aquella fue, quizá, la más inquietante. Carlin no era nada cariñosa, nunca lo había sido; nunca tocaba a nadie, salvo para castigar. Pero, ahora, la mano que Kelsea tenía en el hombro no la estaba pellizcando, y cuando levantó la vista vio que el rostro adusto y arrugado de Carlin destilaba bondad. Sorprendida, Kelsea comprendió de pronto que en aquel nuevo Tearling todo podía ser diferente. Hasta Carlin Glynn podía cambiar, ser otra persona.

—¿Kelsea? Kelsea contuvo las lágrimas, inspiró hondo y cuadró los hombros. No era una reina, sino una chica normal, una buena ciudadana del Tearling, su reino, que ya no necesitaba que lo salvaran, porque ya estaba completo.

—Kelsea, ¿de dónde vienes?

Agradecimientos

Quien tenga dudas sobre la necesidad de la figura del editor nunca ha tenido un buen editor. Este libro ha sido, con diferencia, el más difícil y exigente que he escrito, y en más de una ocasión no me habría importado destruirlo y no volver a escribir jamás. Mi buena amiga y editora Maya Ziv me ha apoyado en todo momento a lo largo del proceso de convertir un primer borrador horrible en un libro del que puedo estar orgullosa, y los fallos que puedan quedar en el texto definitivo son producto de mi imaginación. Además, ¡Maya solo me hizo quitar algunas de las palabrotas!

Por si fuera poco, tengo la suerte de contar, además de con una gran editora, con una gran agente. Gracias, Dorian Karchmar, por creer que el Tearling se merecía tanto trabajo, y algún que otro problema. Hay más de un Maza por aquí; te agradezco que hayas velado por mí, tanto personal como profesionalmente, mientras escribía estos libros. En William Morris Endeavor todos se han portado increíblemente bien conmigo; gracias, Jamie Carr, Laura Bonner, Simone Blaser, Ashley Fox, Michelle Feehan y Cathryn Summerhayes.

Gracias a todo el personal de HarperCollins, y sobre todo a Jonathan Burnham, por alargarme el plazo y darme el tiempo que necesitaba para acabar este libro como yo quería. Gracias también a Emily Griffin, a la maga de la continuidad Miranda Ottewell, Heather Drucker, Amanda Ainsworth, Katie O'Callaghan, Virginia Stanley y Erin Wicks, por vuestra ayuda a lo largo de los años, así como por vuestra tolerancia con mis... ejem, problemáticas rarezas.

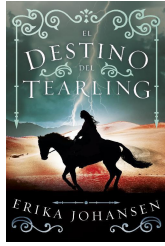
Gracias a toda la gente de Transworld Publishers, y en especial a Simon Taylor, Sophie Christopher y Leanne Oliver. Son muy buena gente, y han sido muy amables con esta burda estadounidense.

Mi familia y mis amigos han sido muy comprensivos con el Hyde que sale de dentro de mí cuando se acerca el plazo de entrega. Gracias a mi marido, Shane, por ayudarme a no volverme loca —¡y por no volverte loco tú también!— cuando estaba bajo una presión brutal. Gracias, papá, por no decirme nunca que sentara la cabeza y dejara los estudios de Humanidades. Y, sobre todo, gracias, Christian y Katie, por ser lo que sois.

Como siempre, estoy profundamente agradecida a todas las bibliotecas y pequeñas librerías por apoyar y creer en estos libros, pero me gustaría romper una lanza por Copperfield's Books, de Petaluma, y por sus fantásticos empleados Amber Reed y Ray Lawrason, que siempre me guían hacia los buenos libros.

Por último, quiero dar las gracias a los lectores. El Tearling no es un mundo fácil, lo sé. Como voy a contracorriente, estoy decidida a que este reino sea un reflejo de la vida, donde las respuestas a nuestras preguntas no llegan envueltas en un bonito paquete de regalo, sino que hay que ganárselas, mediante la experiencia y la frustración, y, en ocasiones, incluso con lágrimas (y, os lo aseguro, no solo las de Kelsea). A veces, las respuestas ni siquiera llegan. A todos los lectores que se han interesado por esta historia, y que han entendido y hasta han disfrutado con el hecho de que el Tearling sea un mundo que va desplegándose poco a poco, lleno de historias incompletas y a veces contradictorias, gracias por tener fe en la idea. Espero que sintáis que, al final, vuestra paciencia ha recibido su recompensa.

Y, ahora, hagamos todos juntos un mundo mejor.



En menos de un año, Kelsea Glynn ha dejado de ser una adolescente desgarrada e insegura para convertirse en una poderosa y justa monarca, la visionara Reina del Tearling, transformando su reino y poniendo fin a la corrupción. Por el camino ha hecho un montón de enemigos y enemigas.

La más feroz de todas ellas es la Reina Roja, que se ha propuesto destruirla. Para proteger a sus súbditos de la ofensiva de esta despótica soberana y su ejército, Kelsea hizo lo impensable: entregarse a sus enemigos y también sus zafiros mágicos.

En su lugar nombró rey regente a Maza, el responsable de su guardia personal. Pero este no piensa descansar hasta que logre rescatarla.

El fin está cada vez más cerca. ¿Cuál será el destino de la Reina Kelsea y de su reino, el Reino del Tearling?

«Déjate atrapar por Kelsea, una heroína tan molona que Emma Watson ya tiene previsto interpretarla.»

Cosmopolitan

«¿Te gustó Los juegos del hambre? ¿Eres fan de Juego de tronos? Entonces, disfrutarás sumergiéndote en esta nueva fantasía brillantemente imaginada y cautivadoramente escrita.»

Heat

Erika Johansen creció en la bahía de San Francisco, donde reside actualmente. Estudió en Swarthmore College, recibió un MFA del Iowa Writers' Workshop, y con el tiempo se convirtió en abogada, pero nunca dejó de escribir. La Reina del Tearling es su debut y el inicio de una trilogía cuyas dos primeras entregas gozaron de ventas y críticas excelentes cuando se publicaron en inglés y que se traducirá a diecisiete idiomas.

Título original: The Fate of the Tearling

Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2014, Erika Johansen. Todos los derechos reservados. © 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona © 2016, Gemma Rovira Ortega, por la traducción © Nick Springer Cartographics, LLC., por el mapa

Adaptación a partir del diseño original de portada de © Milan Bozic Fotografía de portada: © Thinkstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01924-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial